

GABRIELA EXILART



# Tormentas del pasado

AMOR Y PASIÓN  
EN LA REVOLUCIÓN  
DEL PARQUE

Lectulandia

Por su rigor histórico obtuvo la **Declaración de Interés Legislativo por el Senado de la provincia de Buenos Aires**.

Mientras aguarda ser rescatada, encerrada en la casilla del leñador y presa del pánico ancestral que siente por las tormentas, Prudencia mira hacia atrás.

Su corta vida está marcada por la tragedia: la violencia de su madre, el abandono de su padre y el abuso de su padrastro, a quien debió matar para defenderse, condenándola a prisión.

La vida le da una nueva oportunidad cuando Doña Leonides de Aragón, mujer de la alta sociedad porteña, decide apadrinarla y presentarla como su sobrina. Oculta tras una identidad falsa, vuelve al mundo como Victoria Moro Bayón.

Gabriela Exilart

# **Tormentas del pasado**

**Amor y pasión en la Revolución del Parque**

**ePub r1.0**

**Titivillus** 10-09-2023

Título original: *Tormentas del pasado*  
Gabriela Exilart, 2012

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*Para una mujer diferente a todas que sin saberlo  
dio vida a esta historia y de quien aprendí  
a transformar el destino en un sueño cumplido.  
Para vos mamá.*

## Introducción

*Victoria se despertó sudando en medio de la noche. La recurrente pesadilla no la dejaba dormir en paz. Intentó alejarse de los malos recuerdos y volver a conciliar el sueño, aunque fue inútil. Para peor afuera llovía y traumas añejos la rodearon, asfixiándola. Un miedo atroz se apoderó de ella y tuvo que taparse los oídos fuertemente y con ambas manos para no escuchar las gotas impactando contra los postigos cerrados. Los truenos y relámpagos aumentaban su fobia, escondió la cabeza debajo de la almohada y se tapó el cuerpo con las frazadas. ¿Nunca superaría ese temor?*

*Recordó cuando la hermana Consuelo la sentenció a perecer bajo el diluvio por no haber asistido a misa. Aún podía ver la mirada dura de ojos pequeños y perversos, las manos delgadas cuyos dedos, como garras, se cerraron sobre su brazo infantil haciéndole daño. Su propia voz salió débil e insegura cuando le dijo que había tenido que cuidar de su hermana bebé. Sin embargo, la monja no escuchó razones y la acusó de ser una pecadora por faltar a misa, condenándola a perecer bajo el agua que se descargaría sobre la ciudad.*

*Al salir de la iglesia la tormenta se desató y la lluvia anegó calles y plazas llevándose consigo todo lo que encontró a su paso. La niña que era entonces corrió a guarecerse del vendaval y pasó la tormenta abrazada a la rama de un roble que crecía a metros del conventillo y al que trepó gracias a la agilidad de sus piernas y la fuerza de sus brazos.*

*Las tres horas que duró el temporal las pasó aferrada al árbol. Cuando el agua bajó lo suficiente como para poder caminar, regresó a su casa, sucia y empapada, donde recibió la reprimenda y los golpes de su madre. Desde ese día a lo único que le temía era a la lluvia.*

*¿Cuántos años habían pasado? Casi diez. Dolía mirar hacia atrás. Su vida estaba marcada por la infelicidad y la desgracia, aunque al verla nadie dudaría de que fuera una joven dichosa y afortunada. Solo un observador avezado descubriría detrás del gris de sus ojos el gris de su alma.*

*La tormenta escampó alrededor de las siete y recién a esa hora pudo dormir. Los demonios de la noche le habían dejado la cabeza dolorida, los ojos hinchados y las mandíbulas tensas. Tenía que descansar, la aguardaba un largo día de actuación, como todos sus predecesores, y su rostro tenía que lucir resplandeciente y su piel lozana.*

*A lo largo de sus veinte años había aprendido a fingir a la perfección, y cuando sus ojos sonreían su alma lloraba. Podría haber sido una excelente actriz.*

# Capítulo 1

*Buenos Aires, 1882*

Doña Piedad Montes y Moro dio las últimas recomendaciones a su hija antes de salir para su trabajo:

—Cuida bien de tu hermana y no abras la puerta a nadie. Mira que estamos rodeadas de gente de malvivir. —Se envolvió en el chal raído y miró a su alrededor antes de partir.

La pequeña, de apenas doce años, asintió en silencio y corrió tras ella para poner la silla debajo del picaporte a modo de tranca. La beba dormitaba en un cajón de madera que había sido acondicionado a modo de moisés y Prudencia aprovechó para sacar las hojas lisas que había rescatado del puesto de verduras. Eran unos papeles finos con que se envolvían las manzanas, que alisando con cuidado servirían para escribir. Si su madre se enteraba de que los destinaba a tan inútil tarea la habría castigado duramente; a falta de otros lujos bien servirían para el retrete en vez de las hojas del periódico que traía su padre vaya uno a saber de dónde.

Pero para la niña era mucho más importante poder escribir y realizar las operaciones aritméticas que secretamente le enseñaba doña Marisa, la encargada del conventillo, que limpiarse el trasero con el envoltorio de las manzanas.

Se sentó sobre la butaca desvencijada y comenzó a practicar. Ella ya no tenía la gracia de ir a la escuela como otros niños de su edad; sus padres trabajaban todo el día y tenía que ocuparse de su hermanita de apenas diez meses.

Los minutos pasaron rápidamente y cuando quiso acordarse era la hora de darle el biberón a Purita, que berreaba en su cajoncito, blandiendo brazos y piernas.

Prudencia calentó en el hornillo la leche rebajada con agua y la vertió en el biberón de vidrio. Tomó a su hermana en brazos y se sentó para alimentarla. La pequeñita tenía poco pelo de color blancuzco, la piel blanca y



translúcida, la naricita pequeña y la boquita redonda. Sus ojos se encontraron y se sonrieron con ternura a la vez que las manitas de la beba se cerraban en torno a la muñeca que sostenía el biberón.

Luego de la bebida, la mayor le hizo el provechito y espió a través de la tela que servía de pañal para verificar que estuviera limpia. Purita dio unos grititos de alegría al sentir la panza llena y Prudencia la depositó en el suelo, sobre una mantilla, para que jugara.

Con un ojo observaba a su hermana y con el otro escribía. Su propio estómago reclamó alimento y buscó en la mesada algo para ingerir. Solo había pan duro y se conformó con él. Ya vendría mamá con algunas monedas para hacer la compra.

Doña Piedad hizo aparición cuando la tarde moría, cansada y con la nariz roja a causa del frío invernal. Traía bajo sus brazos unos paquetes con algunos comestibles que desparramó sobre la mesa antes de quitarse la mantilla.

—¿Y tu padre? —inquirió a Prudencia.

—No vino, madre —respondió la pequeña con ansiedad.

—De seguro estará de juerga por ahí —se quejó la mujer mientras ordenaba las cosas que había traído y preparaba algo para la cena.

Pura dormía en su cajita y Prudencia intentó mantener una conversación con su madre, la cual le fue negada con un gesto de la mano.

Los golpecitos en la puerta anunciaron la llegada del padre, don Miguel Fierro Rodríguez. Prudencia quitó la silla y se arrojó a los brazos del hombre flaco y alto que ingresó.

—¡Papá! —El padre la alzó y la besó con cariño para depositarla luego en el suelo e ir en busca de la beba, que con el ruido se había despertado.

Con delicadeza la sacó del cajoncito y la meció y besó con ternura.

—¿Has traído algo para llenar la olla? —inquirió de mal modo su mujer mientras lo taladraba con sus ojos azules fríos.

—Aquí tienes —extendió un paquete en el cual venía envuelto un pescado—. Me lo dio don Ángel. —Don Ángel era pescador y a menudo les enviaba lo que podía rescatar de los muelles.

—Límpialo —ordenó.

El hombre se quitó el abrigo y lo colgó en el clavo que servía de perchero. Luego salió con el recipiente metálico para cargar agua. Al cabo de unos minutos regresó y se dispuso a limpiar el pescado que impregnó de olor la pequeña habitación que conformaba la vivienda.

Hacía apenas unos meses que la familia había llegado a la ciudad, proveniente de Gijón, España. Miguel había arribado primero, para instalarse

antes de mandar por las mujeres. Doña Piedad aún no le perdonaba que la hubiera sometido a semejante viaje con una criaturita tan pequeña.

La década de 1880 fue un período de gran inmigración, logrando rehacer y moldear al país como ningún otro de América. Los españoles llegaron rezagados y en su mayoría venían con la familia auestas, lo cual, comparado con los italianos que vinieron antes y solos, les generó una desventaja que se evidenció en su progreso.

La mayoría de los inmigrantes se instalaba en los centros urbanos, donde proliferaban las obras públicas: aguas corrientes, ferrocarriles, edificios públicos, viviendas privadas y la enorme obra del puerto.

Por lo general los extranjeros no encontraban ningún tipo de hostilidad o discriminación, aunque paulatinamente irían apareciendo manifestaciones aisladas de antipatía de la población local contra los gringos, cuya condición los eximía de las temidas levas militares.

Gran parte de los inmigrantes ingresaba por el puerto de Buenos Aires, transportada en navíos de toda clase cuyos pasajes se habían abaratado notablemente a partir de 1870. Debían desembarcar en botes y descender sobre un endeble muelle de pasajeros. La silueta redonda de la Aduana se presentaba a los recién llegados dominando la chatura del paisaje urbano. Tras un breve trámite el inmigrante ya pisaba suelo argentino.

“Cuando desembarcan en América —escribía Sarmiento en aquellos tiempos— sus ojos quedan alucinados como si miraran el sol”.

Algunos ya venían con la dirección de algún paisano que había venido antes y se encaminaban con rumbo preciso. Otros vagaban al azar hasta dar con el alojamiento que pudieran pagar. Muchos se perdían y no hallaban nunca al amigo o familiar que venían buscando, generándose situaciones de angustias y desencuentros.

Los que no se encaminaban hacia el campo se establecían en distintos puntos de la ciudad, pasando generalmente una o dos noches en el Hotel de los Inmigrantes que se erguía sobre el puerto de Buenos Aires.

Cuando Miguel llegó a Buenos Aires pasó unos días de jornalero en el puerto mientras se hospedaba en la posada que había al lado del Mercado Modelo. Más tarde se instaló en el conventillo de Mariano Unzué, propietario de varios inquilinatos en La Boca.

Cuando el hombre terminó de limpiar el pescado solo quedaron pequeños restos para cocinar, dado que era puro espinazo.

—¿Y crees que con eso llenaremos la panza? ¿No pudiste traer algo más sustancioso? —increpó la mujer con ojos furiosos.

—No —respondió Miguel con su parsimonia habitual mientras alzaba a la beba que lloraba—. No me pagaron.

Miguel era sastre y trabajaba en una sastrería de la calle Alvear. El dueño le pagaba por semana aunque a veces le daba un adelanto. Ese día no había podido darle ni siquiera unas monedas para comprar el pan.

—Es que tú eres un holgazán —bramó doña Piedad—. Nos has traído aquí para matarnos de hambre.

—Calma, mujer, que están las niñas. —Prudencia había tomado de brazos de su padre a Purita, que no cesaba de llorar.

—¡Las niñas y un rábano! —gritó enceguecida—. ¡Lo hubieras pensado antes!

La historia se repetía cada noche, cada vez con más violencia y sin motivos. Pese a sus doce años Prudencia podía distinguir cuándo un reproche era justificado y cuándo no. Y últimamente su madre se encarnizaba en contra de su padre, que recibía sus embates verbales con pasividad.

Miguel era un hombre delicado, su oficio mismo hacía que sus movimientos fueran medidos, sus manos lentas y su mirada atenta. Trabajaba igual de horas que su madre y el dinero que traía se iba en pagar la piecita que le alquilaban a doña Marisa. Era su madre la que paraba la olla, como se decía por allí, limpiando el Teatro de la Ópera, edificado en 1871. Allí se ofrecían interpretaciones líricas de Regina Pacini y presentaciones de los tenores Stagno y Tamango, aunque debido a las desfavorables condiciones acústicas prefirieran luego el Politeama.

El conventillo de La Boca era uno de los tantos de la zona. Allí se mezclaban obreros con meretrices, borrachos con intelectuales, jóvenes con viejos, argentinos con inmigrantes.

La fachada del edificio era igual al resto de las demás casas, pero por dentro la situación cambiaba. Las habitaciones eran pequeñas y mal ventiladas en su mayoría, a todas se accedía por un pequeño pasillo en cuyo final estaba el retrete. Un patio cuadrado y de escasas dimensiones servía para oxigenar los pulmones de sus habitantes, que durante la noche salían a fumar o a beber.

Los inquilinatos no eran refugio de gente de malvivir, sino de trabajadores cuyos bajos salarios no les permitían afrontar el alquiler de una vivienda mejor. Aunque a menudo se mezclaban en ellos meretrices y malevos.

Piedad había prohibido a Prudencia salir sola dado que el ambiente no era bueno. Prostitutas y borrachos se mezclaban con inmigrantes que, como ellos, intentaban levantar cabeza.

Prudencia era una niña camino a la adolescencia, la blusa ya comenzaba a levantársele y las caderas se le redondeaban sin que ella se diera cuenta. Más de uno le había echado el ojo y Piedad temía una desgracia. No fuera a ser que terminara embarazada y tuviera otra boca que alimentar.

La monotonía de los días solo era interrumpida los sábados, cuando la madre permitía a Prudencia concurrir a la iglesia cercana y las monjas la recibían en su taller de costura y bordado. Allí la niña alternaba con otras muchachitas de su edad y aprendía un oficio.

Las hermanas las trataban con paciencia, aunque el silencio era primordial. Solo cuando les concedían salir al patio de pisos embaldosados con cuadros negros y blancos, les estaba permitido jugar y hablar en voz alta. La hora de la misa era sagrada y la formación era minuciosa.

Para Prudencia ese era un recreo, aunque íntimamente le dolía dejar a Purita al cuidado de doña Encarna, una viejita vecina del conventillo en quien su madre confiaba ciegamente. La anciana recibía a su hermanita de buen grado y la mimaba y cuidaba como si fuera oro.

Los domingos toda la familia concurría a misa, aunque su padre fuera obligado porque no era afecto a las ceremonias. Pese a ello, Miguel agachaba la cabeza y seguía a su mujer, que vistiendo su único vestido decente, iniciaba la marcha hacia la iglesia.

Una noche su padre llegó más tarde de lo habitual. Traía la cara gris y el gesto agobiado, sin embargo nada le impidió abrazar a sus hijas con el amor tranquilo y sincero que lo invadía. Piedad se le abalanzó echa una fiera, reclamándole dinero para la olla, pero el hombre nada tenía. No le había dicho a su esposa para no alterarla más, que la encargada del conventillo les había aumentado el alquiler. Si no podían pagarlo, tendrían que irse dado que la pieza sería ocupada inmediatamente, había mucha demanda de locaciones como esa. Miguel había pagado los aumentos pero su jornal seguía siendo el mismo, de modo que no tenía ni una moneda.

Ante la respuesta, la mujer, fuera de sí, tomó un palo que utilizaba para amasar y lo descargó sobre la espalda encorvada de Miguel, que anticipando el golpe se agachó y cubrió la cabeza.

—¡Vete! ¡Vete! —gritaba mientras blandía el garrote en el aire, frente a los ojos desorbitados de Prudencia y los chillidos de terror de Purita—. ¡No vuelvas, holgazán, no vuelvas!

—¡No! ¡Mamá! ¡Déjalo! —reaccionó Prudencia, corriendo hacia ella intentando quitarle el palo que amenazaba con descargar nuevamente sobre el hombre, que se masajeaba los hombros con gesto dolorido.

Piedad la empujó con tal fuerza que la niña fue a dar contra la pared.

—¡No te atrevas a pegarle a la niña! —bramó Miguel yendo hacia la mujer enfurecida y quitándole el madero.

Piedad estaba fuera de sí y lo acometió con sus manos, arañándole el rostro y pegándole con sus brazos fuertes. Miguel no quiso defenderse porque eso hubiera implicado lastimarla, y era demasiado hombre para golpear a una mujer. Soportó como pudo los embates de su esposa porque temía que a su partida se la tomara contra las niñas y prefirió dejarla desahogarse. Cuando Piedad se calmó y bajó los brazos miró a su alrededor: Prudencia lloraba en un rincón apretando a Pura que no cesaba de berrear presa del pánico; su marido tenía el rostro cruzado por sus uñas y en los ojos la tan ansiada señal: el hartazgo.

Miguel se aproximó a sus hijas, las rodeó entre sus brazos y las besó y consoló mientras las lágrimas rodaban por su mejilla aún joven. Las niñas se aferraron a él sabiendo que era una despedida y dieron rienda suelta a su congoja.

—¡Llévanos contigo! —imploró Prudencia por lo bajo.

—Vendré por ustedes, lo prometo —susurró Miguel secando sus lágrimas.

Luego reunió su escasa ropa en un atadillo y sin mirar atrás el hombre salió de sus vidas.

Piedad impuso silencio y les dio de cenar la sopa aguada que les servía de sostén.

## Capítulo 2

*Buenos Aires, 1885*

A Prudencia no le gustaba llegar al conventillo antes que su madre; prefería volver junto a ella por más que eso implicara tener que soportar sus reprimendas durante todo el camino. La posibilidad de encontrar a Pedro en la pieza la inquietaba. Desde el confuso episodio luego de la fiesta en el conventillo por el cumpleaños de doña Marisa, Prudencia no quería hallarse con él a solas.

Recordaría esa noche por siempre: su madre había subido con Purita para acostarla y ella se había quedado en la fiesta junto a Lucy, una joven prostituta que había tomado franco para compartir con los demás el festejo, no tanto por su cariño hacia la anfitriona sino por la gratuidad de la comida.

Todos habían bebido bastante y varios borrachos dormían la mona en los rincones. Ya se encargaría doña Marisa de correrlos a escobazos.

Pedro estaba por ahí, jugando a las cartas con otros habitantes del conventillo. Hacía casi dos años que vivía con ellas; desde que su madre se había emparejado con él creyendo que las ayudaría en su pobreza. Lo había conocido en el Politeama, el nuevo teatro en que trabajaba Piedad, él era acomodador y se habían cruzado en uno de los intervalos.

A Prudencia no le había gustado; el hombre la había mirado con lascivia pese a que coqueteaba con su madre. Desde que su padre se había ido esa fatídica noche no habían vuelto a saber de él y comenzaban a resentirse. En más de una oportunidad había contenido el impulso de ir a buscarlo a la sastrería, pero Piedad le había prohibido acercarse a él.

—Haz de cuenta que está muerto —había dicho.

Su madre les llenaba la cabeza en su contra y los buenos recuerdos se iban diluyendo en la ausencia.

Pedro Ruiz dejaba en la casa casi todo lo que ganaba, reservándose pequeñas sumas para sus gastos personales. Esa actitud era suficiente para que Piedad lo viera con buenos ojos pese a que no estuviera enamorada de él.

El hombre se había adueñado de la piecita y las trataba como si fuera su padre. Prudencia no había tenido más opción que agachar la cabeza y acatar sus órdenes, porque su madre le había otorgado la conducción del hogar.

Esa noche de fiesta estaban todos avispados y más de uno quiso propasarse con Lucy; creían que por ser prostituta de profesión obtendrían de ella sus favores. La jovencita los puso en su lugar y dejaron de molestarla.

Cuando Lucy se fue a descansar porque al día siguiente tendría que recuperar el jornal, Prudencia se dirigió hacia la escalera que la llevaría hacia su pieza. Creyó que Pedro continuaba jugando a las cartas y subió tranquila; siempre que andaba sola por el conventillo tenía los sentidos alertas y el oído fino, ante el temor de algún hombre que estuviera al acecho. No oyó los débiles pasos a su espalda, iba distraída pensando en la historia que Lucy acababa de contarle sobre un cliente que le había propuesto ser su novia y rescatarla de la prostitución, al que ella había rechazado porque tenía el labio leporino y no quería hijos deformes. Cuando sintió la respiración cerca ya la tenía sobre la nuca y la mano firme le sujetaba la cintura. Quiso gritar pero él le tapó la boca y con la otra le manoseó los senos voluptuosos que se encerraban bajo su blusa. Prudencia quiso desasirse y pateó hacia atrás dando en la canilla de Pedro quien con un débil gruñido la soltó.

La jovencita lo miró con odio y reconoció que estaba borracho, el aliento caliente y fétido le dio en pleno rostro y observó con repulsión la mano de Pedro meterse por sus pantalones para tocarse el pene enhiesto.

—Le diré a mamá y te echará de casa —amenazó despidiendo chispas por los ojos. Como respuesta, una sonora carcajada la golpeó en la cara.

—A tu madre solo le interesa que le deje dinero, tontita —intentó acercarse a ella otra vez, pero Prudencia le dio la espalda y corrió hacia la pieza.

Entró en ella hecha una furia y su madre la silenció con el típico gesto de su mano: Purita dormía en el colchoncito.

Prudencia se acercó y se arrodilló con el rostro bañado en llanto a los pies de Piedad, que estaba sentada cosiendo una camisa de Pedro.

—¡Madre! —imploró con la mirada.

—¿Y a ti qué te pasa que lloras? —inquirió con su habitual mueca de frialdad.

—Fue Pedro, mamá. Tienes que echarlo —los ojitos grises la miraban suplicante—. Me tomó por sorpresa en el pasillo y quiso abusar de mí.

—¿Qué cosas dices? —los ojos azules de Piedad la taladraron.

—Que me tocó los senos, mamá.

—Lo habrás provocado —adujo sin importancia.

—¡Madre! ¿Cómo puedes decir una cosa así? —Prudencia se secó los ojos y se puso de pie—. Te estoy diciendo que me tocó. ¿No te importa?

—Son ideas tuyas —con un ademán le indicó que se acostara—. No me vengas con cuentos. Pedro es una buena persona, nos cuida y nos mantiene. No inventes, todavía no tienes edad para un hombre.

—Pero mamá... —Piedad clavó en ella sus ojos de hielo y la hizo callar.

Prudencia se acostó al lado de Purita que dormía en un ovillito y se acurrucó junto a ella. Al rato, la puerta se abrió e ingresó Pedro, quien sin mirarla se acercó a su madre y la besó con pasión en el cuello. La jovencita cerró los ojos, le asqueaban esas escenas que últimamente su madre permitía.

“¿Dónde estás, papá? Prometiste volver por nosotras”.

Sintió a su madre dejar la silla y apagar la lámpara. Los oyó moverse hacia el camastro donde dormían, detrás de la cortina que servía de separación, y la angustia subió a su garganta y se le quedó atorada allí. Los jadeos ahogados de Pedro y las risitas de su madre la llenaron de asco y se dijo que nunca tendría un hombre a su lado.

Recordando esa noche, Prudencia se encaminó hacia el conventillo rogando que su padrastro no hubiera llegado todavía.



## Capítulo 3

*Buenos Aires, 1886*

Luego del episodio con Pedro y ante la actitud de su madre, Prudencia se resintió contra ella y se cuidó de él.

Purita tenía casi cinco años y la cuidaba doña Encarna, que estaba ya en sus últimos años, aunque conservaba una lucidez y agilidad envidiables.

Prudencia ayudaba a su madre en la limpieza del Politeama y poco tiempo había para otra cosa. Cuando finalizaba su tarea en el teatro tenía que ocuparse de lavar la ropa de todos los de la casa mientras Piedad cocinaba.

En invierno los dedos de la jovencita se agarrotaban de frío a causa del agua helada. La escasez de abrigo junto a la mala circulación sanguínea le ocasionaba sabañones en pies y manos. Ya no podía disfrutar de esos momentos a solas cuando su hermana era aún un bebé y ella tenía que cuidarla, aprovechando para escribir y estudiar. Ahora tenía una responsabilidad que no concebía como propia y a menudo envidiaba a las jovencitas de la clase alta que veía ingresando al teatro cuando ella salía por la puerta trasera, desgredada y sucia.

Prudencia sabía que su destino estaba marcado, que jamás podría salir del conventillo de La Boca y que nunca luciría esos vestidos finos y esos sombreros vistosos que adornaban a las muchachitas de fortuna. Pese a ello a veces soñaba que salía de la pobreza y se permitía fantasear que era una dama adinerada y elegante.

¿Cómo hacer para ascender en la escala social? Difícil le sería si ni siquiera tenía educación. Lo poco que había aprendido en la escuela en España y que había sostenido gracias a la ayuda de doña Marisa, de seguro no le abriría ninguna puerta. No era fácil para una mujer acceder a una buena posición; algunas lo intentaban por medio de un matrimonio de conveniencia, pero ella nada tenía que ofrecer. ¿Qué hombre se fijaría en ella? Además, luego de lo ocurrido con Pedro la joven sentía asco por el género masculino.

Esa tarde llegó al conventillo descompuesta. Hacía mucho frío, que se le había metido por los huesos mientras caminaba envuelta en el chal, ocasionando su malestar. Decidió tomar algo caliente, aunque más no fuera un té; luego iría por Purita a casa de doña Encarna.

Ni bien abrió la puerta de la pieza quedó paralizada ante la imagen de Pedro, que yacía acostado en el colchón que utilizaba con su hermana, hojeando un periódico. Vaciló en el umbral, con intenciones de irse, dado que no quería estar con él a solas, pero el hombre no le dio tiempo y de un salto estuvo a su lado.

—¿Qué te pasa? ¿Estás mal? —inquirió con aire de preocupación.

—No es nada, es el frío nada más —contestó ella con aspereza, pasando por su lado con rapidez.

—Si el problema es el frío yo puedo calentarte. —Sin que Prudencia pudiera deshacerse de él Pedro la sujetó por la cintura y acercó su boca a su rostro con clara intención de besarla. Ella lo rechazó empujándolo pero él volvió al ataque y la sujetó con más fuerza, impidiendo que moviera sus brazos—. Vamos, no te hagas la decente conmigo, que sé que anduviste preguntándole a la Lucy qué hace con los hombres. —Mientras le hablaba, sus ojos oscuros la desnudaban y su boca lasciva se babeaba—. Yo puedo enseñarte: no te imaginas lo que vas a sentir cuando esté dentro de ti. —Sin darle tiempo la empujó sobre el colchón y se tiró encima de ella, haciéndola sentir su pene erecto y palpitante. Prudencia intentó golpearlo con sus piernas y gritó, pero sabía que nadie acudiría: eran frecuentes las peleas en el conventillo.

Pedro comenzó a besarla en el cuello mientras sus manos la manoseaban con impudicia en los pechos y en los muslos que habían quedado al descubierto con las patadas que ella daba. Cuando los labios del hombre llegaron a los senos de Prudencia, esta enloqueció, y desplegando todas sus fuerzas clavó sus uñas en el rostro masculino. Este se llevó las manos a la cara sintiendo la sangre correr por sus mejillas y la muchacha aprovechó para ponerse de pie y buscar algo con qué defenderse. Pedro no se dejó estar y la siguió, enfurecido, mientras se abría los pantalones y tomaba su miembro entre sus manos sucias de sangre.

—Esto es para ti y hoy lo tendrás —amenazó mientras se acercaba a la jovencita que sollozaba presa del pánico.

Prudencia miró con horror el pene enhiesto y oscuro de ese hombre que aborrecía y por un momento quedó paralizada. Él aprovechó para tomarla nuevamente por la cintura mientras le levantaba la falda.

—Te gustará, ya verás. —Metió sus manos entre sus piernas, confiado en su inmovilidad, y cuando rozó su vagina virgen y pulposa lanzó un gemido de placer. Tan excitado estaba que no advirtió que Prudencia tenía algo en la mano. En el momento mismo que Pedro metía sus dedos para acariciarla ella clavó el cuchillo en su espalda.

## Capítulo 4

*París, 1889*

La vida de Diego Alcorta carecía de altibajos. Hacía dos años que había finalizado la carrera de Derecho en la Universidad de París y pese a los reclamos de su madre se resistía a volver a Buenos Aires. No estaba en sus planes hacerse cargo de la hacienda de su padre, Federico Alcorta, ni vivir en su tierra natal que juzgaba atrasada y llena de inmigrantes.

Junto a sus compañeros de estudio no asumía aún la responsabilidad que sus veinticinco años reclamaban y prefería departir entre los despreocupados parisinos.

Faltaban pocos días para la inauguración de la Torre Eiffel y Diego aguardaba ansioso el espectáculo.

Todo comenzó con la organización de la conmemoración del centenario de la Revolución Francesa. Entre los muchos proyectos presentados, figuraba uno cuyos primeros estudios databan de 1884 y estaban avalados por el célebre ingeniero Gustav Eiffel, que consistía en la construcción de una inmensa estructura metálica en forma de torre que sería vista desde una enorme distancia. El proyecto, lejos de enamorar a los parisinos, tuvo un enorme rechazo social, pese al cual finalmente la Torre había sido levantada y su inauguración se anunciaba para el 31 de agosto.

Gran cantidad de extranjeros había llegado a París y se había alojado en el Grand Hotel de París para asistir a la Exposición Universal. Pese a lo impresionante de la obra a los parisinos no les acababa de gustar; la veían como un inmenso armatoste de hierros, de modo que se fijó fecha para su desarme en el año 1900.

Diego solía frecuentar los salones argentinos que abundaban en la ciudad de las luces, como los de José C. Paz en la *rue* de Teherán o el de Ángel María Méndez, consuegro de Mitre y cónsul de Francia, sobre los Champs Elysées, o el de sus parientes, Santiago Alcorta y Margarita C. de Chenaut.

En Argentina habían quedado sus padres, que recientemente se habían mudado a la ciudad, dejando la hacienda ubicada en cercanías de San Isidro, al cuidado de su hermano mayor, Andrés. Este se había casado hacía unos meses con una muchacha de clase alta, Manuela Acuña, más que por amor, por negocios. Las cosas no marchaban bien y dicho matrimonio era un conveniente acuerdo para levantar las finanzas de los Alcorta, que venían en picada.

La idiosincrasia de la clase pudiente se centraba en generar y mantener la fortuna con la adquisición y venta de tierras, las rentas inmobiliarias y la explotación de las estancias. Ningún componente de la clase dominante ejercía la actividad fabril o manual, que se convirtió en el fortín de los inmigrantes. De manera que se fue generando en la sociedad un lento pero sostenido proceso de segregación de clases.

A Diego no le interesaba volver a Buenos Aires, ciudad que recordaba atrasada comparada con aquellas otras que había visitado en Europa. Nada más lejos de su pensamiento que regresar, y menos para dedicarse a la ganadería o a las especulaciones inmobiliarias. A él lo seducía la aventura, viajar era su proyecto más próximo.

En la última carta su madre le contaba de su nueva residencia en Barrio Norte. Era una mansión con dos ventanas al frente, una puerta que permitía ver el vestíbulo cerrado por una reja, cinco habitaciones seguidas una a continuación de la otra y abiertas todas a los patios. También tenía dos cuartos de servicio, “uno para Tita, que te extraña horrores, y la otra para las mulatitas que sirven ahora en esta casa tan grande”, decía su madre en la misiva. “En un rincón de la sala hemos colocado el piano, que suena de maravillas con la acústica del lugar. También hemos traído un tablero de mármol sobre el que colocamos un velador. Tenemos muebles nuevos, porque aquí en la ciudad se acostumbra a recibir, y no podemos quedar mal con la nueva familia, los Acuña. Los tapizados son de seda y las arañas de cristal, que despiertan la admiración de las visitas”. Ante tales descripciones de doña Teresa, Diego no pudo menos que soltar una carcajada. Imaginaba el salón decorado con rigidez y poca imaginación, que provocaría una deplorable impresión en viajeros de buen gusto y conocimientos mundanos.

Le molestaba esa actitud de su madre de pretender sumarse a la ostentación que caracterizaba a los porteños pudientes, queriendo demostrar lo que no eran, dado que siempre habían vivido en la estancia y sus modos y hábitos eran sencillos. Menos aún la comprendía sabiendo que los negocios no funcionaban de lo mejor y que había sido su hermano Andrés quien se

había sacrificado casándose con una muchacha bien a la que no amaba, y todo para sostener una fortuna que menguaba, debido a los malos manejos de su padre durante los últimos años.

Luego su madre le relataba sobre las actividades de su padre en el Club del Progreso y en el Jockey Club. La sonrisa se negaba a abandonar su rostro anguloso y atractivo al imaginar a Federico Alcorta paseándose con indiferencia por la calle Florida del brazo de su mujer, exageradamente engalanada para ostentar una posición que tambaleaba.

Por último, rezaba su madre: “Hijo querido, no es capricho mi ruego para que regreses a casa. Un horrible presagio ronda mis sueños y temo por la salud de tu padre, a quien noto agotado pese a que intenta simular bienestar. Podrás darte cuenta de que tras treinta y cinco años de estar a su lado, sé hasta cuando respira con dificultad. Vuelve a nosotros. Te ama, mamá”.

Las últimas reflexiones de doña Teresa borraron la sonrisa de sus labios finos. ¿Sería cierto que su padre no estaba bien? Pensó en escribir a su hermano, pero el viaje de la carta y su respuesta podrían demorar meses.

Un golpecito en la puerta le advirtió de la llegada de su compatriota Eugenio Aquino, con quien saldría de tertulia junto al francés Jean-Pierre Duplesis. Dobló la carta, la dejó sobre el escritorio y salió.

## Capítulo 5

*Buenos Aires, 1889*

La cárcel de San Telmo tenía su historia. El edificio, uno de los más antiguos de Buenos Aires, había sido diseñado por los sacerdotes y maestros mayores de obra Prímoli y Blanqui, los mismos que realizaron los planos del Cabildo de la ciudad.

En un principio funcionó como residencia de los hermanos jesuitas, con su capilla y convento aledaño, donde se enseñaban diversos oficios; el lugar era conocido como La Residencia.

La iglesia de San Pedro González Telmo era parte del complejo jesuita de América del Sur. Los jesuitas permanecieron allí hasta 1767, fecha en que fueron expulsados de la ciudad por una cédula real de Carlos III. La residencia quedó abandonada durante treinta años, hasta que en 1797 los hermanos Betlehemitas fundaron allí un hospital y asilo de ancianos.

En 1831 el presidente Rivadavia les retiró la concesión y el sitio se convirtió en saladero y curtiembre, luego en un polvorín, y años después funcionó como hospicio. Más tarde sería sede de la cárcel de deudores mixta y en 1880 pasó a ser cárcel de mujeres procesadas y condenadas, que eran alojadas en diferentes secciones.

Allí pasaba sus días la joven Prudencia, que acababa de cumplir 19 años tras tres de encierro.

El uniforme gris, los cabellos castaños casi al rape, el rostro anguloso y pálido, la delgadez del cuerpo, todo su aspecto denotaba la decrepitud en que se hallaba. Solo sus ojos grises mantenían la fiereza de su niñez, que se había agudizado por su injusta reclusión.

Luego de la cuchillada a Pedro todo se había vuelto borroso. Sintió resbalar por su falda las manos del hombre agonizante, escuchó el gemido angustiante de la muerte y luego los gritos de su madre insultándola y sus manos sacudiéndola. Del resto solo vagas nociones le acometían de vez en cuando.

El sistema penal argentino aún estaba definiéndose y recién en 1887 entró a regir el Código Penal de 1886.

Si bien la jovencita había actuado en legítima defensa, figura penal que Tejedor había proyectado en 1865 tomando como antecedente las disposiciones del Código de Feurbach para Baviera, y que el código de 1886 finalmente había plasmado, haciendo referencia especialmente a la mujer que hiere o mata al que intenta violarla o robarla (art. 81, inc. 5), la situación de Prudencia no había sido tomada en cuenta como un caso de defensa propia dado que el código comenzó a regir el primero de mayo del año 1887, cuando ya la niña estaba encerrada.

Su madre, avergonzada y culpándola por haber provocado a Pedro “moviendo el trasero y ostentando los senos delante de él”, según sus propias palabras, la había condenado.

Prudencia había ido a parar al reformatorio primero, que funcionaba en el mismo sitio que la cárcel, y a la prisión después.

Ahora vivía entre mujeres asesinas y ladronas que, como ella, cumplían su condena.

La habían confinado a una celda de reducidas dimensiones y sin ventilación. Un colchón tirado en un rincón y una bacinilla que cambiaban una vez por día era su único mobiliario. Las levantaban a las seis de la mañana para ir a rezar a la capilla de Nuestra Señora del Carmen que funcionaba en el penitenciario para luego destinarlas a los distintos sectores del penal a trabajar.

Luego, la principal ocupación de las internas era la costura. Confeccionaban su propia ropa que consistía en los típicos delantales grises y cosían prendas para otras cárceles de condenados.

La adolescencia que crecía en su cuerpo redondeando sus caderas, afinando su cintura y moldeando sus pechos la vivió entre las oscuras paredes de su celda. Mientras se transformaba en exquisita mariposa su alma se ennegrecía a diario. Su corazón se vistió de luto y el odio fue creciendo como un tumor maligno en sus entrañas. Todos la habían abandonado: primero su padre, que había prometido ir por ellas y nunca había dado señales de vida; luego su madre, sometiéndola a la convivencia con un degenerado para luego culparla de su muerte. Lo único puro en su vida, paradójicamente, era Purita, su hermana, de quien no tenía noticias sobre su destino en compañía de una mala madre.

¿Volvería a verla? Era la única pregunta que Prudencia se hacía a diario y la única ilusión que la mantenía con fuerzas para seguir.



En los terrenos traseros de la prisión había una huerta que las mujeres debían mantener, tarea que al menos les permitía tomar un poco de aire puro y disfrutar de las pocas horas del sol invernal.

Prudencia no participaba de ninguno de los grupos que se habían formado, y permanecía ajena a las demás reclusas que la miraban con intriga.

El régimen del penitenciario era estricto, comían una vez por día, las obligaban a tener el cabello bien corto para no tener que lidiar con los piojos y no tenían derecho a nada que no fuera trabajar.

Algunas de las internas recibían visitas y la muchacha escuchaba el jolgorio contenido previo al encuentro. Pero de ella nadie se acordaba, no tenía quién pudiera visitarla, era como si estuviera muerta en vida.

¿Cuándo saldría de allí? Ni siquiera de esa certeza gozaba. Prudencia desconocía quién se había ocupado de defenderla, si es que alguien había abogado por ella. Recordó que una vez la celadora le había hablado de un procurador oficial, pero ella no entendió a quién se refería.

Los minutos de encierro se convirtieron en horas, las horas en días, los días en meses y estos en años. Por las noches la joven intentaba aferrarse a algún bello recuerdo de su vida pasada, pero no tenía ninguno demasiado alentador. Su infancia en España estaba tan lejana que apenas recordaba el rostro de su abuela y de sus tías. Allí, en Gijón, había sido feliz. Vivían todos juntos en una casita modesta y pequeña, pero era de la familia. Las tardes junto a sus primos correteando por el prado, las escapadas a la orilla del mar para maravillarse con el rompimiento de las olas, todo parecía tan lejano que a menudo creía que había sido un sueño.

Le vino a la mente una ocasión en que estaba enferma, sumida en los delirios de la fiebre y toda la parentela asistía a visitarla. La tía Dora, prima de su madre y a quien ella no conocía, se apareció una tarde frente al lecho de la pequeña. Vestía de oscuro y tenía la mirada aguda, las manos blancas sostenían un rosario de cuentas y llevaba los cabellos cortos y negros. Luego de unos cuantos rezos la mujer se acercó a besarla y Prudencia osó preguntar:

—¿Es usted monja?

—No, hija. ¿Por qué lo preguntas? —susurró la tía con voz cálida y mirada de intriga.

—Por los bigotes. —Prudencia recordaba a las monjas de la iglesia a la que concurría con sus primas para aprender bordado, en su mayoría, bigotudas.

La inocencia de la niña halló de inmediato el reproche de los ojos de hielo de su madre, que no le pegó porque estaba convaleciente, aunque atinó a

justificar:

—No le hagas caso, Dora, está delirando por la fiebre.

La tía encontró la observación muy atinada y se llevó la mano al bozo, donde palpó, sin vergüenza, el vello que lo cubría.

Al no poder dormir Prudencia recordaba las discusiones de sus padres previas al viaje, cuando Miguel relataba a Piedad sobre otros asturianos que habían emigrado a América y de los cuales llegaban noticias alentadoras.

La política agitada, las malas cosechas y la desamortización de Mendizábal había agravado la situación de los campesinos forzándolos a emigrar. El periódico *El Carbayón* del 13 de enero de 1881 escribía: “Denles (a los labradores) tierra fértil que cultivar y arrendamientos ventajosos, más estimación y menos desdén, alívienlos de los impuestos y disminuyan el precio del arriendo; entonces la emigración disminuirá, porque nadie va a buscar lejos lo que puede hallar en su hogar”.

También el factor poblacional era para tener en cuenta, ya que en la segunda mitad del siglo XIX las altas tasas de fertilidad alcanzadas no permitían ofrecer tierras a los hijos a través de nuevas particiones de caserías por alcanzar estas una extensión mínima. Esto, añadido a la elevación de las rentas y de los impuestos, formó otro pilar fundamental como causa de emigración.

Los campesinos se veían tentados a dejar su tierra en busca del sueño americano, y proliferaron los agentes armadores, que se dedicaban a hacer publicidad de los próximos viajes y también a arreglar los papeles para la salida.

Más tarde aparecerían las Agencias de Viajes para Ultramar, sometidas al control de las Inspecciones de Emigración (la de Asturias se hallaba en Gijón), recibiendo el nombre de Oficinas de Información y Despacho de Pasajes para Emigrantes, condición que obligaba a llevar un Libro de Registro con los datos relativos al comprador de cada uno de los pasajes y un Copiador de Cartas con la correspondencia relativa al mismo asunto; ambos libros tenían que ser visados por la inspección correspondiente.

La jovencita se preguntaba qué hubiera ocurrido de haber quedado en España, junto a su abuela, sus tías y sus primos. De seguro su destino habría sido otro.

Recostada en el colchón, los brazos debajo de la cabeza, los ojos grises fijos en el techo, recordaba el largo viaje a través del océano.

Habían abreviado la despedida de la familia a la que seguramente no volverían a ver y subieron al *Alfonso XIII*. A causa de la lluvia debieron bajar

al camarote sin poder admirar las costas que se alejaban.

A cada viajero le habían dado un plato y un tarrito de loza, junto con un tenedor y una cuchara. Cada uno iba a buscar su comida en el plato, la cual era bastante buena: carne de buey y de cerdo, patatas, garbanzos, arroz, habas, bacalao y algunas otras sustancias alimenticias bien condimentadas por un viejo y divertido cocinero español.

Prudencia todavía podía sentir los empujones que se daban entre codazos y puntapiés para buscar la comida haciendo la cola con dos horas de anticipación para llegar antes al caldero que contenía el rancho.

Las primeras veces, con el apuro, la niña de entonces se había quemado las manos y había arrojado el plato a toda prisa, recibiendo las reprimendas de su madre al ver la comida desparramada en el piso.

Los viajeros comían apurados para llegar al “reenganche”, como se decía cuando se volvía por un segundo plato.

Por la mañana se apresuraban a buscar el café armado cada uno con su tacita, en la cual también se les servía el té al anochecer. Con nostalgia, Prudencia rememoraba cuando a alguien se le rompía alguno de los servicios de mesa y robaba a otro lo que necesitaba, este hacía lo propio con los demás, y así sucesivamente, de modo que todo se volvía robos de platos y tazas, viéndose uno obligado a guardarlos con más cuidado que si fuesen oro si no quería exponerse a tener que esperar a que alguno de sus parientes comiese para luego servirse él de sus utensilios.

Ella misma había sido víctima de un robo de esta clase pues aunque había tenido buen cuidado de guardar el plato bajo el colchón del camastro, esto no había impedido que se lo robaran. En esa oportunidad se había visto obligada a servir la comida y bebida en la tacita que a lo sumo tendría capacidad para medio cuartillo; así había pasado dos días hasta que comprendió la necesidad de hacer como los demás. Fingiendo irse a dormir a su camarote robó un plato de unas alforjas que cerca de ella tenían colgadas unos leoneses.

Las camas del barco consistían en unos cajones parecidos a la mitad de un ataúd que sirve de último reposo y muchas veces, al verse acostada, venía a su memoria el más triste de los recuerdos humanos: ¡la muerte! El colchón no era otra cosa que un saco lleno de hierba seca, y por almohada tenían unos pedazos de corcho unidos entre sí por unas cintas y cubiertos de lona, a los cuales llamaban salvavidas. Además, a cada persona le habían dado una manta para cubrirse.

El largo viaje había avinagrado aún más el humor de su madre, que cargaba en su vientre a su hermanita, lo cual la ponía incómoda y a menudo la

obligaba a recluirse en el camarote para retener el vómito. Prudencia aprovechaba esa libertad inusual para recorrer el barco y soñar mirando por la barandilla en el futuro americano. Añoraba a su padre, un hombre bueno y simple que los aguardaría en el muelle, seguramente con la vida resuelta y la seguridad que buscaban. La niña no avizoraba en ese entonces otro destino que no fuera la felicidad en el país recientemente estrenado. Grande sería su desilusión cuando llegara al conventillo y observara las escasas comodidades de que gozarían.

Ahora, recluida en aquella celda de pequeñas dimensiones, veía todo tan lejano que parecía la historia de otra persona y no la propia.

## Capítulo 6

*Buenos Aires, vísperas de Navidad de 1889*

La noticia de la muerte de su padre trajo de vuelta a Diego a Buenos Aires. Ya habían pasado tres meses desde que recibiera la carta de su madre y el hijo volvía con sensación de culpa por no haber cumplido sus ruegos anteriores.

El recién llegado notó la ciudad notablemente cambiada después de ocho años de ausencia apenas interrumpida por cortas visitas a la casa paterna. Buenos Aires, junto a Rosario, era la ciudad indiscutiblemente más poblada y una rápida urbanización y desarrollo edilicio la caracterizaban. Avenidas arboladas, estaciones ferroviarias, mansiones de estilo europeo y cuidados parques coexistían con el atraso y la marginalidad que no era posible todavía erradicar.

Asimismo, habían surgido en la pampa nuevas ciudades, municipios incipientes fundados alrededor de los fortines que custodiaban la frontera con el indio. Nuevos asentamientos germinaron en torno a los ejes ferroviarios. El fortalecimiento de las industrias agropecuarias en la llanura bonaerense estimuló el crecimiento de la población de ciudades como Tandil, Bahía Blanca, Azul.

Buenos Aires cambiaba de piel, pero sus sectores populares, compuestos mayoritariamente por inmigrantes, se habían despersonalizado y lo mismo les ocurría a las clases altas, que se empeñaban en adoptar usos venidos de Europa. Ya no era chic hablar español en el gran mundo sino que era necesario salpicar la conversación con algunas palabras inglesas o francesas, tratando de pronunciarlas con el mayor cuidado para acreditar la raza de gentilhombre.

Ese súbito afrancesamiento no era extraño, muchos argentinos habían sido enviados al exterior a estudiar y a su regreso esparcían sus conocimientos del mundo europeo.

Tras instalarse en la casa familiar, pomposamente engalanada y vestida de luto, Diego se puso al día con su madre, que le recriminaba, aunque

veladamente, su larga ausencia. La mujer habría preferido que su hijo menor hubiera sentado cabeza; ya era un hombre, con veintiséis años recién cumplidos y ninguna certeza en su vida. El título de abogado permanecía arrumbado en sus arcones de viaje, que ni siquiera había desempacado. Tita, la siempre complaciente Tita, se encargaría de hacerlo, ordenando las cosas traídas del viejo continente por su protegido dilecto.

Diego estaba más entusiasmado en recorrer la nueva Buenos Aires que interiorizarse en los negocios de su padre, que su hermano Andrés manejaba desde la estancia. Tampoco tenía intenciones de establecerse en un bufete como pretendía su madre, ni siquiera sabía si algún día ejercería su profesión. Se había embarcado hacia Francia con la promesa de graduarse pero solo lo había hecho por complacer a su familia y por alejarse de ellos; su espíritu indómito lo instaba a viajar, a conocer otras culturas, a romper las frías estructuras y moldes que tenían planeados para él.

Pero reconocía que no era momento de contradecir a su madre, tan sensible todavía por la muerte de su compañero de más de treinta años. Debería esperar a que Teresa se resignara y levantara el luto que oprimía la casa y obligaba a todos a hablar casi en un murmullo para anoticiarla de sus decisiones.

Diego se levantaba tarde y recibía en la cama el desayuno que su antigua nodriza, la negra Tita, le alcanzaba como cuando era niño.

—Lo que más extrañé en París fue este tipo de atenciones —le dijo a la mujer mientras manoteaba para palmearle las nalgas como cuando era pequeño y ella lo corría por la cocina para asestarle un golpe.

—Deja eso que ya no eres un niño —reprendió la mujerona sentándose al borde del lecho—. Cuéntame, ¿eras feliz allá?

—Era libre, Tita, era libre —respondió él cavilando mientras sorbía el café todavía humeante—. No tengo ganas de escuchar todo lo que se espera de mí.

La negra, una mujer de casi cincuenta años y cuerpo abundante, sonrió con pesar.

—Tu madre está muy triste. Ella presagió la muerte de tu padre y se siente culpable.

—Nadie es responsable de su muerte, y ella lo sabe —comió un pastelillo mientras preguntaba—. ¿Y mi hermano?

—Viene poco por acá, anda enredado con los asuntos del campo —informó la mujer poniéndose de pie para acomodar la ropa que Diego había desparramado por el suelo la noche anterior—. Te enseñé a poner las prendas

sobre la silla antes de enseñarte a caminar —reprendió con una mirada de sus ojos oscuros—. ¡Nunca aprenderás! ¿Cómo hacías en París? Seguramente vivías en plena mugre.

—En París lo hacía yo —sonrió Diego mientras apartaba la bandeja del desayuno—. Solo quería hacerte enojar, me gusta cuándo te pones furiosa.

Salió de la cama y comenzó a vestirse con las prendas que Tita había acomodado.

—Eres un malcriado, o mejor dicho, mal aprendido, porque bien que te eduqué.

—Y tú estás tan rezongona como hace ocho años atrás. —Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos.—Vamos, Tita, si sabes cuánto te eché de menos.

La mujer lo cobijó en su pecho blando y perfumado con lavanda y Diego volvió el tiempo atrás cuando ella lo acunaba en las noches de insomnio o cuando estaba enfermo.

—Cuéntame de Andrés —pidió mientras se calzaba—. ¿Es linda su mujer?

—¿No te acuerdas de cuando eran niños? —inquirió la negra, dado que ambas familias se habían frecuentado tiempo atrás. Ante la negativa de Diego prosiguió—: Ni linda ni fea. Pero tiene apellido y buen respaldo —contestó la negra abriendo la ventana para ventilar.

—¿Tan mal estamos?

—Digamos que las cosas no están de lo mejor para los Alcorta.

Argentina pasaba por una etapa de crisis. En las elecciones de 1886, Roca logró imponer la candidatura de su conculñado Miguel Juárez Celman, exgobernador de Córdoba, quien, elecciones fraudulentas mediante, asumió la presidencia de la Nación.

Al poco tiempo de asumir el mismo presidente declaró: “No creo en el sufragio universal. Consultar al pueblo siempre es errar pues este únicamente tiene opiniones turbias. El hecho del fraude, si es que existe, será obra de los partidos en lucha; pero no vemos qué intervención pueda haber tenido en el Poder Ejecutivo Nacional”.

El nuevo presidente asumió también la conducción del Partido Autonomista Nacional (PAN), transformándose así en el jefe único. A este régimen se lo conoció como “El Unicato”. A través de él, Juárez Celman y sus socios controlaban todos los resortes del poder.

De esta forma, los negocios públicos y los privados se complementaban. Ricos empresarios incursionaron en la política; funcionarios y políticos lo hacían en los negocios. Estos grupos, formados por financistas, gestores,

intermediarios, especulaban con cada venta, cada compra, cada préstamo, cada licitación, haciendo enormes negocios a costa de los fondos estatales, sin siquiera preocuparse en pagar impuestos.

Juárez Celman llevaba adelante una política económica liberal fomentando la privatización de todos los servicios públicos. Esto dio lugar a grandes negociados y se generalizó la corrupción en la administración estatal.

Era tal el afán de lucro del grupo del presidente que fue dejando afuera de sus negocios a los clásicos beneficiarios del sistema para privilegiar, casi exclusivamente, a sus allegados.

La élite tradicional, representada por el roquismo y el mitrismo, sintiéndose excluida del manejo de los negocios públicos, comenzó a retirarle su apoyo. Pero lo que más les molestaba no era la ostensible corrupción sino haber quedado fuera de sus beneficios.

La alocada política privatista de Juárez Celman llegó a sancionar por decreto una “Ley de Bancos Garantidos” que autorizaba a los bancos privados a emitir papel moneda de curso legal. Esto incrementó descontroladamente la circulación monetaria y generó una notable inflación.

El Banco Nacional otorgó préstamos con total liberalidad a los amigos del poder. Estos fondos se destinaron, fundamentalmente, a la especulación con tierras y las inversiones en la Bolsa, que vivía un verdadero *boom* alcista.

Toda esta euforia especulativa comenzó a desvanecerse a mediados de 1889 cuando bajaron los precios internacionales de las exportaciones y fue necesario hacer frente a una deuda externa que comprometía el 60% de la producción nacional.

Diego conocía la situación económica de la Argentina, todos los diarios extranjeros hablaban de ella, pero no creía que la familia Alcorta estuviera afectada. Su padre, acérrimo seguidor de Roca, no había sido beneficiado por los manejos del nuevo presidente y sus negocios habían comenzado a flaquear.

Sabía del incipiente partido cívico que se estaba gestando desde aquel artículo escrito por Francisco Barroetaveña y publicado en agosto en el diario *La Nación*, donde exhortaba a los jóvenes a participar en contra de los principios morales del presidente Juárez Celman.

Un grupo juvenil convocó a un gran mitin para el primero de septiembre en el Jardín Florida, un local de espectáculos situado entre Florida y Paraguay. En un ambiente de fervoroso entusiasmo se proclamó la constitución de la Unión Cívica de la Juventud, con el fin de reunir a todos los opositores al régimen del partido oficialista. Entre los oradores estaban



Aristóbulo del Valle, José Manuel Estrada y Vicente Fidel López. Pero el héroe de la jornada fue el redescubierto Leandro Alem, quien se había retirado de la política luego de su defensa de la autonomía porteña en 1880.

En pocas semanas la Unión Cívica abandonó el aditamento “de la Juventud” y se organizó en las parroquias, extendiéndose a los pueblos bonaerenses. Casi todos los comités eran presididos por Mitre y Alem.

Días atrás a su llegada, exactamente el 15 de diciembre de 1889, la Unión Cívica de la Juventud había inaugurado un club cívico en la parroquia de San Juan Evangelista de la Ciudad de Buenos Aires, con un mitin realizado en el Teatro Iris. Al finalizar el acto, los cívicos fueron atacados con armas de fuego por parte de un grupo parapolicial enviado por el gobierno. La policía presente en el lugar, lejos de detener a los atacantes, reprimió violentamente a los asistentes al acto. El hecho causó una gran indignación pública y fue el desencadenante más inmediato de la revolución.

—Se habla de una revolución —continuó Tita—. Tu padre lo veía venir, estaba muy nervioso los últimos tiempos.

—Esperemos que no sea para tanto —opinó Diego, ya presto a salir.

Encontró a su madre en la cocina, dando instrucciones a las mulatitas y aguardó a que finalizara.

Luego la acompañó hasta la sala donde la escuchó quejarse de sus infortunios mientras los ojos inquietos del hombre vagaban por las paredes atiborradas de cuadros con marcos dorados, las cortinas pesadas y las lámparas de cristal.

Mientras la oía sin pensar en sus palabras se recriminaba por no poder sentir dolor por la muerte de su padre, con quien nunca había forjado un vínculo estrecho. La distancia de esos años lejos del hogar agudizó su frialdad hacia él y ni siquiera podía recordar el tono de su voz.

Cuando juzgó que ya había cumplido con su papel de hijo se puso de pie, la besó en la mejilla, calzó su sombrero y salió a la calle.

Todavía no se habituaba a encontrar en Buenos Aires esas residencias fastuosas y perfectas, pertenecientes a familias tradicionales como los Álzaga, Sáenz Peña, Lahitte, Victorica, Unzué, Obregón y demás.

Sin apuro, sus pasos lo llevaron a la calle Florida y recorrió, rememorando París, los cafés ambientados al estilo europeo, frecuentados exclusivamente por hombres, dado que no era aceptable que las damas de bien fueran vistas en lugares públicos, salvo en las grandes fiestas previamente organizadas.

Pasado el mediodía Diego ingresó en la Confitería del Águila, tradicional café de la calle Florida, y pidió una bebida, acodado en la barra. A pocos

metros un hombre hojeaba el periódico y cuando sus ojos se encontraron inmediatamente se sonrieron.

—¡Pero si es Diego Alcorta! —dijo el caballero impecablemente ataviado acariciándose el bigote rubio y peinado.

—¡Agustín Mejía! —respondió el otro mientras le estrechaba la mano.

Habían sido compañeros del Colegio Nacional y pese a que hacía años que no se veían podían reconocerse fácilmente. No en vano habían sufrido penitencias juntos luego de sus imprudencias en clase.

—¿Cuándo regresaste? —inquirió Agustín acodándose a su lado.

—Apenas dos días.

—Lamento lo de tu padre —dijo el amigo—. Y cuéntame, ¿cómo es la vida en París? ¿Tan atrayente como cuentan?

—Y más también —sonrió Diego recordando—. Es incomparable.

Luego de un breve relato de su experiencia parisina Diego inquirió:

—¿Son ciertos los rumores de una revolución?

Agustín Mejía conocía todas las noticias aun antes de que se gestaran. Trabajaba en el diario *La Nación* como periodista y eso le permitía estar en “la cocina del infierno”, como llamaba él a la editorial.

—Es un hecho —apuró su bebida mirando el reloj con leontina de oro antes de agregar—. ¿Supiste lo de Fernando?

—¿Fernando del Monte, dices? —preguntó Diego.

—El mismo —se refería a otro compañero del Colegio Nacional—. Lo mataron días atrás, en el mitin.

A Diego se le oscurecieron los ojos azules y su puño se crispó con impotencia. Fernando había sido muy amigo de ellos, juntos habían formado un trío inseparable, tanto en las buenas como en las malas.

—¿Qué hacía Fernando allí? —atinó a cuestionar de mal modo cuando la noticia le dio un respiro.

—Estaba con ellos, con los de la Unión Cívica. Era abogado, como tú, aunque él estudió en Londres. Al llegar se relacionó con Mariano Demaría, quien le presentó a Aristóbulo del Valle —informó Agustín—. Tú sabes cómo era Fernando cuando algo injusto se le cruzaba. Sus ideales lo llevaron a la muerte, pero al menos murió haciendo lo que sus convicciones le marcaban.

—Sé cómo era. Admirable. —De pronto, Diego se dio cuenta de que su vida era vacía, que no tenía un objetivo y que vivía al día, amparado en su apellido y la fortuna, menguante, eso sí, de su padre. Sintió un ligero resquemor y una incipiente envidia por la valentía y arrojo de su amigo Fernando; él era tan distinto, nunca se había arriesgado por nada ni por nadie,

era más bien de naturaleza egoísta—. Sin embargo, no deja de dolerme su muerte.

—Los porteños odian a Juárez Celman —informó Agustín—. Además de ser cordobés —sonrió al decir esto—, muchos se sienten marginados. Los mitristas los primeros. Los de Roca le vienen atrás, se sienten traicionados. Y el resto ve en el presidente un saqueador de los fondos públicos.

—¿Tú andas metido en política?

—Trabajando en el diario es imposible no tomar partido. —El gesto de su amigo le confirmó sus sospechas.

—Estabas con Fernando —afirmó Diego. La mirada de Agustín se ensombreció y no hizo falta la respuesta—. Entiendo.

Diego volvió a su casa taciturno y sin ánimos de hablar con nadie. Se encerró en su escritorio y allí paso el resto de la tarde. Ni siquiera aceptó el plato que Tita le hizo llegar como si fuera todavía un niño. Sus días de irresponsabilidad habían concluido.

## Capítulo 7

*Buenos Aires, 1890*

La vida en la cárcel cambió rotundamente con la llegada de las monjas. El penal pasó a llamarse Asilo del Buen Pastor y las hermanas de la Orden del Buen Pastor se hicieron cargo de él. Algunas de ellas lograron incluir un mínimo de humanización en el trato dado a las internas.

Prudencia, enemistada con Dios y sus delegados terrenales, se mantuvo distante y no permitió que ninguna monja llegara a su alma.

El resto de las prisioneras, muchas de las cuales cargaban con sus hijos, dado que por ley los menores debían estar con sus madres hasta los dos años, intentó congraciarse con las religiosas, quienes les dispensaban un trato disciplinado pero no tan duro como el de las carceleras.

La comida mejoró ostensiblemente y los ánimos parecían más distendidos.

Prudencia vivía en su mundo y no mantenía comunicación con el resto de las detenidas. A menudo su mirada gris se perdía en la contemplación de alguna criaturita que le recordaba a su hermana y una puntada en el pecho la traía de vuelta al patio rodeado de galerías adonde las habían sacado un rato.

Mientras las prisioneras parloteaban reunidas en corro, gesticulando y dirigiendo sus rostros al sol, Prudencia destilaba su odio contra su madre, la primera en traicionarla.

La vida allí dentro transcurría ajena a los sucesos del exterior. Solo unas pocas recibían visitas y la charla corría por carriles distintos a la actualidad del país.

La madre superiora, sor Alba, una mujer madura de aspecto intimidante, pocas veces se dirigía personalmente a las internas. Para ello se servía de sus discípulas, siempre dispuestas a responder a su llamado de voz firme y chillona.

Una mañana Prudencia se sintió descompuesta y terminó vomitando la comida apenas la ingirió. Sor Renunciación corrió a su lado para sostenerle la

frente mientras su hábito se mojaba con las bascas.

Cuando la jovencita expulsó todo lo que tenía dentro y el estómago parecía dársele vuelta, sor Renunciación la tomó de la cintura y la condujo a la enfermería. Entre dos la hicieron acostar sobre un camastro y le revisaron los ojos y el vientre.

La monja le tomó la mano y la sintió helada.

—Niña, es que has comido con frío —le dijo con un cariño inapropiado para Prudencia, que no deseaba compasión ni acercamiento de nadie—. Sor Milagros, alcánceme una cobija —pidió mientras le frotaba los dedos.

Prudencia no contestó ni agradeció y permaneció en la enfermería hasta que sor Renunciación juzgó que el malestar y el frío habían pasado. Luego la envió a su celda.

—Recuéstate. En un rato te llevaré algo caliente.

La muchacha caminó vacilante hacia su destino y se recostó sobre el jergón. No pasaron unos minutos que allí estaba sor Renunciación con un jarrito humeante.

—Toma, te hará entrar en calor. —Prudencia tomó el recipiente y olió; un olor conocido pero añejo le despertó los recuerdos. Impulsada por los aromas de un pasado que recordaba dichoso disparó la pregunta, sin darse cuenta de que derribaba su barrera de mutismo.

—¿Qué es? —Los ojos mansos de la monja la miraron complacidos: había logrado lo que tanto ansiaba, que era rescatar a esa muchachita del pozo de silencio.

—Es cascarilla —informó.

A Prudencia le brillaron los ojos por una fracción de segundo al recordar que su abuela en Gijón era quien le preparaba esa bebida hecha con cáscara de cacao tostada.

—No digas nada porque las demás no tienen este privilegio —pidió sor Renunciación con mirada cómplice.

La jovencita asintió en silencio y bebió con placer. Hacía tiempo que no ingería nada sabroso, las comidas en el penal eran sosas, siempre llegaban frías y eran poco elaboradas. No comprendió por qué la monja se preocupaba por ella, siempre tan apática y encerrada en su odio.

Con el paso de los días la muchacha fue venciendo sus resquemores al notar que el interés de sor Renunciación era sincero. La religiosa en persona se encargaba de hacerle llegar raciones complementarias a su celda dado que la veía muy delgada y desmejorada. Se generó entre ambas una complicidad silenciosa, dado que Prudencia no soltaba aún demasiadas palabras.

Una tarde, mientras las reclusas se afanaban en sus tareas de costura, la monja la llamó aparte y le comentó:

—Mi sobrino es abogado y le pedí que se ocupe de tu caso. —Los ojos grises de la muchacha no denotaron sorpresa ni agradecimiento alguno, sino más bien fastidio.

—No tengo a nadie que pueda pagarlo, sor Renunciación. —Su voz sonó dura y afilada y la mirada de la mujer expresó su pena.

—No he dicho que tuvieras que pagarlo —posó su mano tibia sobre el brazo de la condenada, que no estaba acostumbrada a las caricias y lo retiró súbitamente.

—No creo que su sobrino quiera trabajar gratis, algo a cambio ha de querer. —El rechazo hacia el género masculino la había llevado a pensar que el abogado querría cobrarle los servicios de alguna manera.

—¡Prudencia! ¡Qué cosas piensas! —reprochó la beata mientras caminaba hacia la galería instando a la joven a seguirla—. Mi sobrino lo hará porque yo se lo pediré como un favor personal.

—¿Y por qué haría usted eso por mí? —inquirió Prudencia, todavía a la defensiva.

—Porque te han hecho mucho daño, eso se nota —se detuvo para mirarla—. Y si nadie se ocupa de ti te olvidarán entre estos muros. —La jovencita bajó los ojos, repentinamente arrepentida por su maltrato hacia esa mujer que solo quería ayudarla.

—Perdóneme. —Era la primera vez que mostraba esa actitud.

—Quería contar con tu consentimiento antes de dejarlo actuar.

—Está concedido, sor Renunciación.

Sin embargo, los días pasaron unos iguales a otros y la hermana no tenía noticia alguna de la actuación de su sobrino. Prudencia, plantada sobre su orgullo, no preguntó, y creyó que había sido víctima nuevamente de un abandono.

La muchacha cumplía con sus obligaciones al pie de la letra sin rebelarse jamás, al contrario de otras reclusas que vivían en permanente confrontación con las autoridades, lo cual las conducía invariablemente a las celdas de castigo, antiguamente llamadas “infiernillos”. Prudencia había aceptado su destino y su odio avanzaba por dentro, lenta pero certeramente corría por su sangre, y el único sentimiento puro que aún no se había envenenado era el que experimentaba por su hermana Purita, a quien algún día pretendía encontrar.

Habían pasado más de diez días desde la conversación mantenida con sor Renunciación cuando esta se presentó en su sitio de trabajo en la huerta. Con

un gesto la apartó del sembradío y caminaron hacia el patio embaldosado.

—Mi sobrino ya pidió el derecho de gracia.

El Código Penal de 1886 contemplaba el derecho de gracia, que había tomado del Proyecto de Tejedor y este a su vez del Código de Baviera de 1813. El código disponía que los condenados a presidio por tiempo determinado, una vez transcurridos los dos tercios de su condena y habiendo dado muestras de reforma positiva durante su encierro, podrían solicitar el beneficio.

—Lo bueno, hija, es que si te lo conceden, la pena queda extinguida. Nunca más podrán reclamarte por ello. —Los ojos bonachones de la monja le dieron confianza.

—¿Y qué haré si salgo de aquí? —se inquietó Prudencia, sabiendo de su desamparo.

—Hay algo que no te dije —comenzó sor Renunciación ante la mirada desconfiada de la jovencita—. Hay una persona interesada en ti.

Como la muchacha no preguntó y permaneció expectante, continuó:

—Leonides de Aragón es una vieja amiga de mi familia. No viene al caso contarte toda su historia, solo tienes que saber que hace unos años perdió a su única hija, Bernarda, que tenía la edad que tú tienes ahora. —Prudencia la escuchaba sin comprender—. Bernarda tuvo la desgracia de enamorarse de quien no debía, lo cual, infortunadamente la llevó a la muerte; una muerte injusta y atroz. Pero esa es otra historia. El marido de Leonides estaba gravemente enfermo, y al morir su hija dejó de luchar contra la muerte y permitió que ella lo llevara junto a Bernarda. Leonides no encontró consuelo y se recluyó en su casa, cerrada bajo doble luto. Sus allegados hicieron lo imposible para rescatarla de su angustia pero fue imposible. Cuando todos creímos que había perdido la cordura, una mañana se apareció en el convento donde yo estaba en esos tiempos y se ofreció para ayudar en nuestra tarea de beneficencia para con los pobres. Allí pareció reencontrar la paz y se dedicó a enseñar bordado y tejido a las mujeres que concurrían a la capilla. Se encariñó con una de ellas, Jimena Alonso, sí, la misma que está aquí y a quien visita todos los jueves. Tiempo después Jimena fue acusada de robo y vino a parar aquí.

—No entiendo qué tiene que ver todo esto conmigo —interrumpió Prudencia que no veía adónde quería llegar sor Renunciación.

—Leonides te vio una tarde, cuando vino a visitar a Jimena, y sufrió un desmayo a causa de la impresión. —Como la muchacha seguía sin comprender explicó—: Eres igual a su hija Bernarda: el mismo cabello

castaño claro, las mismas ondas, los ojos de ese gris perlado tan inusual, la boca carnosa, la nariz recta e importante. Imagina que para una madre ver a alguien tan parecido a su perdido retoño puede ser un sobresalto muy fuerte. Recuperada de su desmayo me preguntó por ti y le conté lo poco que sabía. Desde esa vez no deja de interrogarme sobre tu salud, si alguien te visita, si eres feliz y cuándo saldrás. En realidad fue Leonides quien me sugirió la idea de pedir ayuda a mi sobrino. —Ante el temor que había asomado a los ojos de Prudencia, sor Renunciación le tomó las manos—. Ella está dispuesta a acogerte en su casa y a presentarte como a una pariente recién llegada de España. Leonides te dará un hogar y una posición, no tendrás que preocuparte por nada. —Sor Renunciación sabía que el orgullo de Prudencia sería el primer escollo a vencer.

—Yo no aceptaré nada de eso —respondió retirando sus manos.

—¿Por qué no? —inquirió la monja—. ¿No crees que mereces una oportunidad?

—Esa mujer querrá algo a cambio, nadie hace nada si no es por un interés.

—Tal vez espere tu cariño. —Los ojillos mansos de la religiosa la conmovieron—. ¿Tan vacío ha quedado tu corazón, Prudencia? —La joven bajó los ojos y suspiró—. Intenta al menos conocerla. Varias veces me ha pedido hablar contigo, a lo cual me negué conociendo tu actitud. Pero ahora creo que tendrías que darle una oportunidad.

A fuerza de hablarle durante más de una hora obtuvo el consentimiento para que Leonides de Aragón la visitara.



## Capítulo 8

*Buenos Aires, 1890*

—No sé para qué ha vuelto —decía doña Teresa Alcorta a su hermana Mercedes—. Hay noches que ni siquiera viene a dormir, lo cual es escandaloso. —Los ojillos vivarachos de su sobrina Remedios se oscurecieron repentinamente—. Le dije que si tiene una mujer que al menos cuide las formas. Tampoco ayuda a su hermano con los negocios de la estancia y pasa el día de aquí para allá.

—Al menos instaló bufete —acotó doña Mercedes, quien profesaba una ciega admiración por su sobrino dilecto.

—Lo hizo para cerrarme la boca. A Diego no le interesa la abogacía y todo el trabajo recae sobre su socio Luis Fontán.

Tita servía el té mientras escuchaba a las damas debatir sobre la vida de Diego como si el muchacho fuera un títere, sin advertir que Diego era ya un hombre y que sus años en Francia le habían insuflado nuevas ideas y costumbres que la sociedad porteña, pacata y chismosa, aún no asumía como propias. La negra algo intuía de las actividades del abogado, pero no sería ella quien echaría luz sobre el tema.

A partir de su encuentro con Agustín Mejía, un nuevo Diego Alcorta había nacido. La injusta muerte de Fernando del Monte, su lucha y sus ideales habían echo carne en él, y ahora se encontraba conspirando junto a los revolucionarios que querían voltear el gobierno de Juárez.

El mismo Agustín lo había presentado a Mariano Demaría, quien lo había recibido sin reservas e integrado a la conspiración.

A Diego lo había seducido la actitud de Leandro Alem, ferviente defensor de la Constitución y quien propiciaba elecciones libres y transparentes. Escucharlo hablar era un placer, su retórica era impecable y sus ideas concretas.

Los revolucionarios se habían organizado en clubes parroquiales diseminados por la capital y a través de ellos se recogía la opinión pública que

exigía un cambio. Era en especial la juventud la que se movilizaba, no se podía mantener un gobierno que representaba la ilegalidad y la corrupción. Día a día desaparecían todas las garantías de la administración, el país iba camino a la bancarrota y los únicos que se enriquecían eran el presidente y su séquito.

Se había suprimido el sistema representativo y el Congreso era unánime, sin discrepancias de opiniones. El sistema federativo también estaba en crisis, los gobernadores de provincia eran lugartenientes del gobierno, salvo rara excepción.

En las reuniones a las que asistía Diego, algunas en casa del doctor Copmartín, otras en la del doctor Romero, algunas en el estudio de Alem, siempre se recalaba que la revolución no la haría un partido político sino que sería esencialmente popular e impersonal. No se derrocaría al gobierno para separar hombres y colocar a otros, sino para devolver el poder al pueblo para que este lo reconstituya sobre la base de la voluntad nacional y con dignidad.

—Este será un movimiento sin caudillo —decía Alem—. El único autor de esta revolución profundamente nacional e impacientemente esperada, es el pueblo de Buenos Aires que, fiel a sus tradiciones, reproduce en la historia una nueva evolución regeneradora que esperaban anhelosas las provincias argentinas.

Alem era de la idea de que el ejército tendría que participar, que con el pueblo solo no alcanzaría para triunfar. Pero las fuerzas armadas no servirían más que de apoyo; el movimiento tenía que conservar su carácter popular.

—El ejército no es una máquina automática creada para provecho personal de gobernantes corrompidos —había dicho Leandro—, sino el guardián de las instituciones y del honor nacional.

Luego de la reunión del 13 de abril, Del Valle y Alem recibieron por parte del comandante Joaquín Montaña la noticia de que había varios distinguidos oficiales del ejército con mando de tropa, opositores al gobierno, que deseaban comunicarse con los revolucionarios. Concertada la cita se congregaron en reunión secreta con los representantes de dichos oficiales, los capitanes Castro Sunblad, Lamas, el teniente Berdier y el subteniente Uriburu.

Diego pudo presenciar aquel encuentro celebrado en la casa de Del Valle, aunque permaneció callado en un rincón. Alem a último momento no pudo asistir, pero el resultado fue que había una agrupación importante de oficiales de los diversos cuerpos de guarnición decididos a fusionar con el pueblo contra el vergonzoso gobierno.

El día parecía no tener fin para Diego, que lo pasaba de un lugar a otro, repartiéndose entre las reuniones misteriosas de la logia revolucionaria, el bufete que había decidido abrir para no oír más a su madre y que le servía de pantalla por sus prolongadas ausencias, y los reproches de su prima Remedios con quien andaba enredado.

La bonita muchacha lo había abordado en la primera reunión familiar celebrada a pocos días de su regreso. Él la recordaba baja y regordeta en los tiempos de la adolescencia, pero ahora era toda una mujer de casi treinta años.

Remedios tenía la piel blanca, casi translúcida, en donde brillaban unos ojos negros vivaces y siempre chispeantes. El cabello rubio a punto de parecer blanco le daba aspecto de ángel, pero bien sabía Diego que la muchacha tenía más de demonio.

La prima era viuda. La habían obligado a casarse con Ramón Ruiz Díaz, un hombre de edad madura y buena posición económica. Ramón estaba enamorado de Remedios, a quien conocía desde que era casi una niña. Ella, por el contrario, tenía en esos tiempos puestos los ojos en un militar, el capitán Artemio Benítez.

Con mentiras, excusas y encubrimientos por parte de su criada, Remedios se encontraba a escondidas con Artemio en donde hubiera lugar. Al principio ella cuidaba las formas y su nana controlaba que al hombre no se le fueran las manos más allá de su vista. Con el correr de los encuentros la pasión fue creciendo y Remedios ordenó a su nodriza que se retirara. Poco tiempo pasó para que la jovencita dejara de lado sus prejuicios y entre beso y beso le entregó al capitán lo único valioso que poseía: su virginidad.

Al enterarse la familia por boca de la sirvienta, que se sintió en la obligación de evitar un mal mayor, no fuera a ser que la niña quedara embarazada, Remedios fue castigada y la encerraron en su cuarto durante más de un mes. La tuvieron a pan y agua durante ese tiempo, hasta que accedió a contraer matrimonio con Ramón Ruiz Díaz.

Remedios asistió a su propia boda al borde de las lágrimas, no se preocupó en fingir una felicidad que no sentía. La ceremonia fue sencilla y no hubo más recepción que para los íntimos, dado el estado de ánimo de la novia.

Ramón fue un marido paciente pero jamás logró que ella lo amara. El hombre respetó su decisión de dormir en cuartos separados y supo guiarla con paciencia y delicadeza a su propia cama, a la que ella concurría por la pasión de su carne afiebrada ante el recuerdo de los encuentros con Artemio. Lo único que le había exigido su esposo era lealtad, esto implicaba terminar sus

encuentros con el capitán. Remedios accedió, pero no por eso dejó de amarlo en silencio.

Las noches de pasión alcanzaban a Ramón, quien amaba profundamente a esa jovencita experta y apasionada, que no tenía vergüenza ni tapujos en la cama. El amor de él alcanzaba para los dos, y se conformaba con eso.

Ella ejercía su rol de señora de la casa a la perfección, no en vano la había educado su madre. Dos años transcurrieron del matrimonio hasta que Ramón enfermó. Comenzó con dolores de cabeza que terminaron en desmayos cada vez más prolongados. Finalmente, luego de un largo padecer a causa de un tumor que crecía en su cerebro, el marido de Remedios dejó el mundo de los vivos.

La joven lo lloró, no por amor pero sí por cariño, dado que Ramón había sido bueno con ella, la había recibido a pesar de saber que se había revolcado en brazos de otro y nunca le había reprochado nada.

Ahora Remedios estaba libre y su naturaleza apasionada la había arrojado a los brazos de su primo, quien al principio se había negado a tal relación dado que no estaba listo para atarse a nadie. Sin embargo, ella lo fue enredando con sus miradas ardientes y sus manos rápidas, que osaban tocarlo disimuladamente en las reuniones familiares, ya fuera por debajo de la mesa o en algún oscuro rincón. El hombre que había en Diego intentó resistir, pero su propio instinto animal triunfó sobre su razón y terminaron en la cama.

Diego le había dejado bien en claro que no existía compromiso entre ellos, lo cual ella aceptó sin condiciones. También el secreto era parte del juego, el primo no quería verse obligado a casarse con ella.

Esa noche, luego de la reunión en casa del poeta Joaquín Castellanos, Diego se dirigió a la casa de su prima. La criada lo recibió, recogió su abrigo y lo condujo al dormitorio de la señora, que estaba leyendo.

Allí encontró a Remedios, tendida sobre el lecho, vestida únicamente con una bata de seda negra transparente. Era una mujer seductora, segura de sí misma y complaciente.

Diego se arrimó mientras se aflojaba el cuello, pero ella lo detuvo con un gesto de su mano.

—Tu madre dice que no duermes en tu casa —sus ojos negros arrojaban chispas y él supo que estaba celosa.

Sonriendo se acercó al lecho y le rozó la pierna con un dedo que había humedecido con saliva. Ella gimió cuando la caricia llegó hasta la entrepierna, pero su orgullo pudo más y le sacó la mano de un manotazo.

—Bueno, bueno —dijo Diego mientras se quitaba los zapatos para trepar al colchón—. Creí que todo estaba claro entre nosotros.

—Está claro en cuanto a que no tenemos un compromiso, aunque sí exclusividad —cruzó los brazos para impedir que él la tocara—. No me acostaré contigo si andas con otra. —Su voluntad era firme.

—No ando con otra —respondió él con voz melosa mientras le acariciaba el muslo—. Contigo tengo todo lo que necesito y más también. —Su boca rozaba sus orejas, sabiendo que eso la volvía loca.

—¡Déjame! —se exaltó Remedios saltando de la cama—. Eres un mentiroso. ¿Dónde duermes entonces?

—Son otras cuestiones las que me tienen fuera de casa —repuso él advirtiéndole que la cosa con su prima iba en serio. No le daría demasiadas explicaciones y si no le creía, se iría y todo terminaría allí. No pondría en riesgo la revolución—. Cuestiones de trabajo que no te conciernen.

—¡Ah, sí! ¿Me tomas por estúpida? —gritó la mujer.

—Sé que no eres estúpida. Si quieres creer en mí, vuelve a la cama y hagamos lo que tan bien nos sale —palmeó el colchón a su lado, invitándola a ir a su encuentro—. Si no, me iré y aquí terminamos.

Remedios la pasaba muy bien con Diego Alcorta, más que con Artemio, que había sido destinado a la provincia de Tucumán y de quien no tenía noticias. Diego era un amante experimentado, sabía acariciarla allí donde a ella más le gustaba, le dedicaba tiempo y la llevaba hasta el límite de sus fuerzas. No deseaba perderlo. Si bien no estaba enamorada de su primo, se divertía con él y le tenía cariño. Pese a lo que decía su tía Teresa, ella veía en Diego a un hombre comprometido con algo que iba más allá de su profesión, intuía que a su amante algo más lo desvelaba. Detrás de esa fachada de indiferencia había algo más, algo que ella estaba dispuesta a descubrir.

Se acercó a la cama con paso gatuno y se plantó frente a él, que la apreciaba recostado sobre los almohadones. Con gesto seductor tiró del fino cordón que anudaba su bata, la abrió y la dejó caer al suelo. Diego se incorporó y le tomó los pechos blancos y llenos con ambas manos, para hundir su rostro entre ellos. El aroma al perfume de violetas que la caracterizaba se le metió por las fosas nasales a la vez que las manos de Remedios le acariciaban la espalda.

La pasión los encendió de golpe y terminaron haciendo el amor de manera feroz y ruidosa, como siempre. A Remedios no la avergonzaban sus gritos de placer ni sus gemidos roncós. Al momento del clímax aullaba como una loba

sin importarle que en la planta baja estuvieran las sirvientas que a esa altura estaban curadas de espanto.

Luego se durmieron uno en brazos del otro y Diego abandonó la casa al amanecer para no manchar lo que quedaba de la reputación de su prima.

## Capítulo 9

*Buenos Aires, 1890*

Las visitas de la señora Leonides comenzaron a ser cada vez más frecuentes. Prudencia la recibía con su mutismo habitual, sin embargo, con el paso de los días, la muchacha se fue aflojando y se permitió intercambiar algunas palabras con quien sería su benefactora.

Leonides siempre llegaba a su encuentro emocionada, no podía reprimir las lágrimas que asomaban a sus ojos cada vez que la veía. Prudencia escapaba al abrazo, desacostumbrada a las manifestaciones de cariño. Sor Renunciación advirtió el gesto de desprecio de la muchachita cuando Leonides quiso tocarla, y sus ojos la reprendieron calladamente. En las siguientes visitas y a expreso pedido de la monja, Prudencia accedió a caminar con Leonides del brazo por los largos corredores de la prisión.

Las autoridades permitían dichos paseos dado que sabían de la pronta liberación de Prudencia, quien durante todos esos años había cumplido con sus obligaciones quedamente y sin rebelarse. Respetaban la opinión de sor Renunciación, quien aseguraba del encierro injusto de Prudencia, que solo se había defendido de un monstruo.

—¡Sor Renunciación! Una muerte jamás debe ser justificada —dijo la madre superiora.

—No la justifico, solo opino que Prudencia también fue una víctima.

Finalmente, el derecho de gracia le fue concedido. La señora Leonides fue a buscarla y sor Renunciación le dijo que tenía que firmar unos papeles que su sobrino, el abogado, le entregaría.

Pocas pertenencias tenía Prudencia para llevar. Un atadito de ropa que ella misma había cosido allí, sus gastados zapatos, un dibujo echo en carbonilla de su hermana Purita, que le había robado a su madre antes de haber sido apresada, y el cuadernillo en que escribía, que ya tenía varias hojas. Era una especie de diario en que volcaba su vida en la prisión.

Al llegar a la sala donde la señora Leonides la aguardaba, divisó que había otras personas además de la hermana superiora y sor Arrepentimiento. Eran dos hombres, uno de ellos mayor, con barba canosa y pelo ralo, ataviado de negro y con un bastón. El otro era más joven y vestía impecablemente. Era alto, tenía los cabellos rebeldes y los ojos más azules que Prudencia había visto en su vida, más que los de su abuela. El anciano le dirigió la mirada, no así el otro, que apenas le echó un vistazo como si nada valiera y se concentró en los papeles que había desparramado sobre el escritorio.

Por sor Renunciación, que estaba a su lado, supo que era su sobrino; el viejo era un funcionario estatal que tenía que firmar su liberación.

Pocas palabras se intercambiaron, Prudencia estampó su firma en aquellas hojas que no leyó pero que la dejarían fuera de las paredes de la prisión, y vio salir del despacho a los dos hombres. Más allá observó al abogado abrazar a sor Renunciación, quien le agradeció besándole las manos. El hombre le sonrió y Prudencia alcanzó a ver una dentadura blanca y pareja a pesar de los metros que los separaban. Los observó conversar con complicidad para luego ver la espalda del hombre que había intercedido por ella alejarse por el oscuro pasillo. Se sintió ingrata con él, porque ni siquiera le había dado las gracias.

La monja volvió y le tomó las manos.

—Ya puedes partir, Prudencia. Espero que seas feliz ahora. —Los ojos húmedos de la religiosa la enternecieron y se arrojó a sus brazos por primera vez.

—Nunca olvidaré lo que hizo por mí —reconoció con voz débil y vacilante—. Dele las gracias a su sobrino, yo no lo hice —se reprochó.

—Puedes venir a visitarme algún día. —Más que una opinión era un pedido.

—Lo haré, hermana, lo haré —prometió.

La señora Leonides la condujo a un coche tirado por dos caballos negros y conducido por Silverio, el cochero. Los ojos grises de Prudencia miraban incrédulos por la ventanilla; Buenos Aires estaba muy cambiada. Había ferrocarriles, parques especialmente diseñados para la vista, automóviles que rodaban por nuevas avenidas que antes no existían.

El viaje fue de un aprendizaje impresionante y su benefactora la guiaba e instruía sobre los sitios y edificios que dejaban atrás.

—Tendrás que acostumbrarte a llamarme tía —dijo la mujer de pronto—. Ya avisé que en pocos días recibiría a mi sobrina de España. Mientras, nos encargaremos de hacerte ropa y de pulir tu estilo y modales. —A la muchacha no la ofendió la observación de Leonides—. ¿Sabes tocar el piano?



—No.

—Pues tendrás que aprender, aquí todas las muchachas de bien saben hacerlo. —La señora parecía muy entusiasmada en su renacimiento—. Contrataré a un profesor que te sacará buena, ya verás.

Prudencia contestaba con monosílabos, entusiasmada por absorber con sus ojos todo lo que veía. Hacía años que no salía y lo poco que había andado por Buenos Aires cuando vivía con su madre la convertía en una perfecta extranjera.

—Nadie dudará que acabas de llegar de España. Tu acento continúa arraigado en ti —observó Leonides—. Tendremos que armarnos una buena historia para cuando lleguen las preguntas, no podemos vacilar ni dar distintas versiones.

—Como usted mande, señora.

—No me digas señora, que soy tu tía —recordó la mujer.

El coche se detuvo en una mansión de dos plantas y de tantas vueltas que habían dado Prudencia no supo dónde estaban; más tarde sabría que estaban sobre la avenida Alvear.

Su supuesta tía había ordenado a sus criadas preparar una habitación para su sobrina y mantener la boca cerrada. Nadie tenía que saber que Prudencia había llegado hasta tanto ella no anunciara formalmente su arribo.

La casa resultó imponente para la muchacha, acostumbrada a las carencias de su antiguo hogar y luego las de la prisión. Allí nada faltaba, hasta un cuarto de baño había.

Las criadas, Ramona, una mujer madura y negra, Lulú, una mulata de unos veinte años, la recibieron con deferencia, como si fuera una señorita distinguida. Ella agradeció sus tratos con una media sonrisa y se dejó conducir al que sería su cuarto.

La dejaron sola para que se acomodara y Prudencia no supo qué hacer. No tenía nada que acomodar, su ropa estaba más para tirar que para colgar en el espacioso mueble de roble que cubría la pared.

Se miró en el espejo que reinaba sobre la cómoda y vio a una desconocida. Desde la llegada de las monjas a la prisión se habían acabado los cortes de pelo que las tenían rapadas, y ahora lucía una melena que le llegaba los hombros. Pero su pelo carecía de brillo y estaba tan opaco como sus ojos grises. Se vio muy delgada, la ropa le bailaba en el cuerpo y su piel grisácea y macilenta la golpeó con la fuerza de una bofetada. “Nadie creerá que soy la sobrina de la señora Leonides”, pensó Prudencia.

El mullido colchón le arrancó una mueca de sonrisa cuando se sentó en él. No estaba feliz, pero al menos viviría en un sitio cómodo, y lo principal era que estaba libre. No sabía aún cómo sería la vida con la señora Leonides, si tendría la libertad que necesitaba para buscar a su hermana o si solo sería un juguete para la dueña de casa. Sor Renunciación le había pedido paciencia y confianza asegurándole que su benefactora era una buena persona. Tendría que esperar.

La puerta se abrió y su supuesta tía ingresó portando unos vestidos que posó sobre la cama.

—Eran de mi hija, servirán hasta que tengas los tuyos. —Un vistazo bastó para darse cuenta de que tenía que deshacerse de su gastado atuendo—. ¿Quieres tomar un baño? —ofreció la mujer.

—Gracias.

Lulú le llenó la tina de agua caliente y Prudencia se sumergió en ella con placer. Nunca había disfrutado de ese lujo. En su casa de Gijón se aseaba con agua caliente que su madre o su abuela vertían mientras ella permanecía tiritando de frío de pie dentro de un fuentón. El agua apenas alcanzaba para una enjuagada ligera y tenía que arreglarse con ella para el cuerpo y el cabello.

En el conventillo las cosas empeoraron, a veces el agua estaba tan fría que Prudencia prefería permanecer sucia o limpiarse con un trapo humedecido.

Pero el baño del que disfrutaba ahora era algo incomparable. Sentía el agua caliente acariciando su piel, el olor de la pastilla de jabón que se deshacía en sus manos, la calidez y paz del ambiente circundante, todo la llenaba de una dicha inusual.

Permaneció dentro de la tina hasta que el agua empezó a enfriarse y su piel a arrugarse. Al salir, Lulú la aguardaba con una toalla, pero ella rechazó el ofrecimiento de vestirla y le dijo que podía hacerlo sola. La mulatita pareció ofenderse, con el tiempo aprendería que la “señorita” era demasiado independiente en las cuestiones íntimas.

El día estaba muriendo y la señora Leonides la instó a concurrir al comedor; era el momento de la cena.

—Veamos tus modales en la mesa —dijo la mujer de manera que Prudencia no se sintiera agraviada. La muchacha tomó los cubiertos con miedo, no sabía qué esperaba de ella la dueña de casa—. Hazlo tranquila, a tu modo. Ya veremos luego cómo seguimos.

Prudencia se olvidó de que era observada y se dedicó a saborear la comida con fruición. El plato era delicioso y, acostumbrada a las insípidas raciones de

la prisión, devoró todo cuanto le sirvieron. Leonides se compadeció de ella y la dejó hacer, después de todo había pasado casi cuatro años de hambre y privaciones, más otros tantos viviendo en el conventillo.

Finalizada la cena, la mujer dijo:

—Mañana comenzaremos con tus clases de protocolo. —Prudencia asintió con la cabeza—. Ahora vete a descansar. Tenemos unas cuantas jornadas duras por venir.

La jovencita, con la panza llena y el ánimo fatigado, se puso de pie.

—Con su permiso, señora.

—Tía, debes llamarme tía —repitió Leonides.

—Con su permiso, tía —replicó ella caminando hacia la escalera.

—Prudencia —llamó cuando ya se había alejado unos metros. La muchachita se dio vuelta y la interrogó con sus ojos grises—. Tenemos que buscarte un nombre, por precaución.

—Me llamaré Victoria —contestó ella sin vacilación—. Victoria Moro Bayón.

## Capítulo 10

*Estancia La Luz Buena, 1890*

En un entorno de jardines naturales y árboles añejos se levantaba la amplia casona de estilo campestre de la familia Alcorta. Las ocho habitaciones de la casa podían albergar hasta veinticuatro huéspedes; eran amplias y luminosas y poseían muebles rústicos sin ser ordinarios. Los techos eran de madera y los pisos adoquinados, siendo la decoración interior cálida y sencilla.

Gran variedad de frutales, rosales, jazmines y otras flores lucían con gallardía gracias a los esfuerzos de María Gracia, la esposa del casero, Julián.

Alejado de la construcción principal, enorme y sombrío, se erguía el cobertizo donde se guardaban los elementos de labranza y demás utensilios de ganadería. A la derecha, los corrales con algunos caballos, la manga, el sulky y la carreta.

Como todas las mañanas, Julián era el primero en aparecer. A las seis en verano y seis y media en invierno, cuando el día empezaba a clarear, el hombre se levantaba, ponía la pava a calentar y tostaba la galleta de pan. Después asomaba María Gracia y desayunaban juntos.

Esa mañana Andrés les ganó de mano. Ya a las cinco estaba tomando mate en la cocina, silencioso y con el ceño fruncido. Había discutido la víspera con su mujer y esta lo había echado del cuarto. No tuvo más remedio que acostarse en otra de las habitaciones, pero poco había podido dormir.

Manuela Acuña no tenía un pelo de boba. Si bien se había casado con él enamorada, sabía que su marido no lo estaba de ella. Conocía los problemas económicos que aquejaban a la familia Alcorta, que no había sido beneficiaria de los favores y negociados del presidente. Por eso cuando se concertó el matrimonio ella no dudó en aprovechar: era la única manera de que Andrés accediera a tomarla por esposa.

La joven había suspirado por Andrés Alcorta desde que eran niños y jugaban en las reuniones familiares llevadas a cabo en casa de los Lacoste, dado que sus padres eran amigos de Perfidio Lacoste. Las salidas al campo,

los festejos, las celebraciones de matrimonios y cumpleaños habían generado entre ellos una amistad infantil que se alongó en el tiempo. Al arribar a la adolescencia Manuela advirtió que sus sentimientos hacia Andrés eran muy disímiles a los que experimentaba hacia su hermano Diego, y allí descubrió que estaba enamorada. En esos tiempos ella era una jovencita gorda y sin gracia y no logró siquiera una mirada por parte de su pretendido.

Con el paso de los años las relaciones familiares se distanciaron y dejaron de verse, aunque ella intentaba cruzarlo en los paseos o reuniones sociales. Manuela había cambiado tanto su aspecto que cuando se halló frente a Andrés en una fiesta del Club del Progreso, este no la reconoció.

Nada quedaba de la muchachita gorda y sin gracia que él había conocido; tenía frente a sí a una mujer que sin ser bella resultaba interesante. La cintura se le había afinado, los pechos habían crecido, lucía el cabello peinado en una cola que resaltaba sus facciones finas y determinadas, y sus ojos invitaban a conversar.

Por educación Andrés bailó con ella, pero los ojos del muchacho estaban puestos en María Antonia Salerno y Cruz, una jovencita cándida, de bucles dorados y vestido almidonado que estaba saliendo de la niñez.

Después de un tiempo de citas que Andrés creía casuales pero que habían sido planificadas por su padre, el muchacho terminó pidiendo la mano de Manuela.

Ahora llevaban ya un tiempo de casados y si bien la relación había sido placentera en sus comienzos, la falta de amor de Andrés había ocasionado el rencor de la esposa, que había creído poder enamorarlo.

Manuela había sido desde el inicio complaciente y cariñosa con Andrés, sin embargo no era intrépida sino más bien pacata en la cama. El muchacho no era lujurioso, aunque sí de naturaleza apasionada, y hallaba a su mujer desabrida y rutinaria.

Sus pasiones lo llevaron a frecuentar otras mujeres, hasta que conoció a Roberta Manzano, una jovencita que vivía en una choza cerca de la estancia, huérfana de padre y madre, que se ganaba la vida cosiendo ropa ajena.

La vida se la puso en el camino un atardecer cuando Andrés volvía a caballo a la estancia y se encontró a Roberta que caminaba cargando un enorme canasto de ropa que debía zurcir. Le dio pena que una jovencita tan bella y delgada tuviera que hacer tanto esfuerzo para ganarse el pan, y se ofreció a ayudarla. Ella vaciló con su mirada de ojos negros poblados de espesas pestañas arqueadas y esa fue la perdición de Andrés, que inmediatamente quedó hechizado.

La cargó a la grupa, calzó delante de sí el canasto y la llevó hacia su rancho. Roberta agradeció con pocas palabras y se metió en la casucha. Esa noche Andrés le hizo el amor a Manuela pensando en la jovencita de ojos oscuros que había conocido por la tarde.

Al día siguiente se presentó en el rancho con una canasta llena de provisiones, que Roberta rechazó, orgullosa:

—Yo soy pobre pero decente, señor. Y usted no comprará mis favores de ninguna manera.

Andrés bajó los ojos, avergonzado, nada más lejos de sus pensamientos estaba el herirla de esa manera. Se fue de allí con las provisiones que regaló por el camino a unos niñitos desarrapados que encontró. Tardó dos días en volver al rancho, pero Roberta no estaba. La aguardó hasta el anochecer sentado sobre el tronquito que la muchacha tenía delante de su puerta. Cuando el día moría la vio llegar cargando su canasta de ropa y se puso de pie. Ella lo indagó con la mirada y pasó a su lado sin hablarle. Se metió en la casita y cerró la puerta con violencia. Andrés golpeó pero no fue atendido.

Así lo tuvo Roberta durante más de un mes, fingiendo una indiferencia que no sentía, dado que ese hombre alto, fornido y musculoso, de cabellos rubios y ojos tan azules como el cielo del anochecer, la atraía poderosamente.

Andrés vivía pensando en Roberta, de quien no sabía siquiera su nombre. Una tarde se dijo que tenía que actuar. Cuando la muchacha llegó como siempre y pasó a su lado, Andrés impidió que le cerrara la puerta en las narices e interpuso su pie. Ella abrió los ojos, asustada, y el hombre ingresó, arrebatándole la canasta y posándola sobre la mesa. Sin dejarla reponerse de su sorpresa la tomó por la cintura y la arrinconó contra las paredes de adobe. Le tomó la cara entre las manos y se apoderó de su boca roja como la grana.

Roberta nunca había sido besada y permaneció tiesa, sintiendo la respiración agitada de él y los latidos atolondrados de su propio corazón. Andrés le acarició la espalda y el cuello y hurgó con su lengua para que le abriera los labios. La muchacha no aguantó su urgencia y le permitió entrar. Sintió que él se enardecía y un ligero temblor la recorrió por entero humedeciendo sus axilas y sintiendo un sudor frío que corría entre sus pechos.

—Eres hermosa, hermosa —decía Andrés en susurros. Roberta lo dejó desahogarse y cuando él terminó y se separó de su cuerpo ella elevó su mano y le propinó una bofetada.

—¡Salga de mi casa! —ordenó sin saber por qué lo hacía, porque había disfrutado del beso tanto como él.

Andrés le tomó la muñeca y la obligó a acariciarlo donde le había pegado. Ella se asombró del sentimiento que vio en sus ojos azules y una lágrima rodó por su mejilla.

—No me apartes de ti, por favor —pidió él y sus palabras terminaron de desarmarla.

Andrés volvió a abrazarla y se besaron con una pasión largamente contenida. Luego se sentaron y Andrés le dijo quién era y le preguntó por su vida. Conversaron hasta que la noche cerrada indicó que tenía que irse.

—Vendré mañana y todos los días —prometió el hombre antes de salir.

Ahora recordaba esos primeros besos y advertía su error. Su pasión por Roberta había llevado a Andrés a olvidar sus responsabilidades de marido, permanecía demasiadas horas fuera de la casa y las preguntas de su mujer lo dejaban sin excusas.

Su amante había demostrado hacia él una adoración infinita y un ardor en la cama que los dejaba a ambos exhaustos y complacidos. Roberta había sido una alumna brillante en las artes amatorias, no así Manuela que no quería avanzar y se mantenía en la pose clásica y su actitud pasiva. La muchacha del rancho, por el contrario, tomaba iniciativas, estaba dispuesta a la inventiva y no tenía vergüenza alguna en caminar frente a él desnuda y moviendo las caderas. Andrés la había modelado a su antojo y ella lo obedecía feliz y tan enamorada como él.

Pero la dicha había llegado a su fin. Su esposa, sospechando de su infidelidad, había mandado vigilarlo. Tan en las nubes vivía Andrés que no se había percatado del jinete que lo había seguido de lejos mientras él se internaba en el sendero que conducía a la morada de su amante.

Manuela le había recriminado la noche anterior que le había sido infiel, a ella que lo había amado con locura. Lo había conminado a abandonar a su amante. Ella aguantaría estoicamente su desliz, pero tenía que dejar a la mujerzuela, como ella la llamaba.

Andrés no había negado su relación, no tenía sentido negar lo evidente, aunque se resistía a dejar a Roberta, con quien era feliz pese a que no podía lucirla en los salones del club social ni en las fiestas porteñas. Sabía que un abandono sería la ruina moral para su amante, que conocía la existencia de la esposa y que jamás había puesto exigencia ni formulado pregunta alguna.

Entre mate y mate decidió alejarse de la estancia unos días. Desde que su hermano había llegado, venía postergando el viaje a Buenos Aires, pero ahora tenía la excusa perfecta. Dejaría todo en manos de Julián y se marcharía a la casa paterna.

Hacía años que no veía a Diego y le haría bien ponerse al día con él. Tal vez, si la ocasión era propicia, hasta le confesara su secreto y le pidiera opinión.

Recordaba a su hermano menor como un joven intrépido y aventurero, siempre dispuesto a las andanzas y nuevas emociones. Por lo que decía su madre en sus cartas Diego no había cambiado, seguía tan osado como siempre y no parecía querer sentar cabeza. Sonrió al imaginar el rostro de doña Teresa. Pese a todo, su madre no era una mala mujer. Siempre había propiciado para ellos lo mejor, había intentado educarlos para que pudieran defenderse en la vida y había dejado sus mejores años en pos de encaminarlos. El sueño de Teresa había sido que alguno de sus hijos fuera profesional, y Diego lo había logrado. Pero todos sabían que no lo había hecho por vocación sino por tener la oportunidad de emprender una nueva aventura que lo alejara de la casa familiar.

Y vaya si Diego lo había logrado. Había vivido en París los últimos ocho años, viajado por varios países de Europa y realizado miles de hazañas y correrías. Al menos había traído en su equipaje el tan ansiado diploma.

Andrés terminó el mate y divisó a Julián que aparecía en la cocina.

—¿Se cayó de la cama, patrón? —inquirió el viejo aceptando el mate que Andrés le extendió.

—Me voy a Buenos Aires —anunció mientras se ponía de pie—. No sé cuántos días tardaré en volver, pero quiero que te hagas cargo de todo.

—Como mande, patrón.

Luego se dirigió al cuarto que compartía con su esposa e intentó entrar. La puerta estaba trabada por dentro y desistió. No quería armar un escándalo y menos a esa hora. Fue hasta el cuarto donde guardaban la ropa que no entraba en los muebles del dormitorio, recogió unos cuantos pantalones, camisas y chaquetas, y las empacó.

Silenciosamente abandonó la casa y fue en busca del coche que guardaban en un galpón. Condujo hacia el rancho de su amada, a quien halló cosiendo sentada a la luz del amanecer que entraba a raudales por las dos ventanas de su casita.

Roberta supo que se iba; la presencia del vehículo la alertó. No hubo pedido de explicaciones ni preguntas, pero Andrés se las brindó por iniciativa propia.

—Voy a Buenos Aires por unos días. —La sentó sobre sus rodillas mientras le acariciaba la espalda y los cabellos—. Mi hermano llegó hace unos meses de Europa, hace años que no lo veo.



—No tienes que rendirme cuentas —musitó ella.

—Ya lo sé, y por eso las rindo —sonrió Andrés besándola en el cuello mientras sus manos buscaban sus senos—. Están más carnosos —dijo arrancando en ella una suave carcajada.

Roberta giró sobre sí y se sentó a horcajadas buscando sus labios. Se besaron con ese ardor que los consumía y terminaron haciendo el amor sobre la mesa. Luego Andrés la alzó y la depositó sobre la cama para tenderse a su lado y abrazarse a su cuerpo cálido y todavía palpitante.

—Te amo, Roberta, nunca lo olvides —le dijo antes de partir.

## Capítulo 11

*Buenos Aires, mayo de 1890*

Luego del mitin del 13 de abril, constituida la Unión Cívica con fines bien plantados, se sumaron al movimiento distintas personalidades del ámbito privado, personas respetabilísimas que José M. Estrada contactó con Del Valle.

La crisis ministerial terminó con el nombramiento del doctor Roque Sáenz Peña y de otros que no pertenecían al círculo personal del presidente, y cundió la esperanza de que fuera el comienzo de una verdadera reacción política.

La Unión Cívica continuaba agitando la opinión en toda la República y ya varios oficiales del ejército estaban de su lado. La revolución era inevitable.

Diego, que nunca se había comprometido con nada, estaba sumido en una gran exaltación con las tareas conspirativas. Participaba activamente de las reuniones, proponía ideas, formulaba estrategias y hasta había comenzado a practicar tiro y a familiarizarse con las armas gracias a la colaboración del sobrino del comandante Joaquín Montaña, Luis Figueredo.

Doña Teresa se había cansado de reprocharle presencia en la casa y dejó de indagarlo. A menudo pasaba horas sin comer, compenetrado con las deliberaciones, y sin darse cuenta fue perdiendo peso.

La negra Tita lo regañaba cuando tenía oportunidad y lo tentaba con comidas sustanciosas y nutritivas, como cuando era niño y la algarabía de la infancia le hacía perder el apetito para ir a jugar.

Sus encuentros con Remedios eran cada vez más espaciados y su prima no perdía ocasión de amenazarlo con que esa sería la última vez.

A instancias de Del Valle se llevó a cabo una reunión en casa del doctor Eduardo Copmartín a la cual asistieron además el doctor Alem y el general Campos. Especialmente invitado por Alem, a último momento apareció el coronel Figueroa y tantos oficiales jóvenes y entusiastas que Diego no pudo

precisar su número. El objetivo era tomar datos exactos de la verdadera fuerza de los cuerpos a que pertenecían cada uno.

El coronel Figueroa, fundado en su prestigio de antiguo jefe del 9º y en el valor de sus oficiales, aseguró que saldría al frente del batallón en el momento que se ordenase. Otro tanto dijo el sargento mayor Bravo con relación al 5º. Los oficiales de Ingenieros, de artillería y del 1º de infantería, dieron seguridades análogas respecto de los cuerpos a que pertenecía, reconociendo, sin embargo, que tendrían que vencer graves dificultades si los jefes se encontraban en los cuarteles en ese momento.

La tropa de todos estos cuerpos sumaba aproximadamente novecientos hombres. No contaban todavía con ninguno de los jefes, excepto el segundo del 5º. Sumando el resto de las fuerzas de la guarnición, entre cadetes, batallones de infantería, bomberos, vigilantes y sargentos, se conformaba un total de 4.688 plazas.

La opinión del general Campos y del coronel Figueroa fue que se necesitaba vigorizar, principalmente, los elementos del regimiento de artillería, del batallón de Ingenieros y del batallón 1º de infantería, para tener la seguridad absoluta de que estos cuerpos concurrirían al movimiento con todo su poder.

La Junta Revolucionaria, integrada con el doctor Miguel Goyena, el coronel Figueroa y el comandante Joaquín Montaña, tomó en consideración estos datos y resolvió proceder de acuerdo con lo aconsejado por el general Campos y el coronel Figueroa.

Cada uno de los cuerpos requería atención especial y reclamaba trabajos de distinta naturaleza.

En el regimiento de artillería la dificultad estaba en superar el prestigio de su jefe, el coronel Gil, estimado y respetado por la oficialidad, querido por la tropa. “Es el único que puede perturbarnos si se presenta en el cuartel”, dijo uno de los oficiales revolucionarios.

Para salvar este escollo se debía recurrir al general Domingo Viejobueno, jefe del Parque, que a pesar de no haber concurrido a la reunión apoyaba a la Junta Revolucionaria.

Finalizada la logia, los concurrentes se dispersaron discretamente en la noche. Diego se envolvió en su capa dado que el frío otoñal de la medianoche le dio en pleno rostro y se dirigió a buscar refugio en los brazos de su amante.

Remedios estaba dormida pero al sentir el cuerpo tibio a su lado se volvió hacia él y le ofreció la boca. Diego la despojó del camisón y recorrió su cuerpo generoso y dispuesto a recibirlo.

Más tarde, la pasión de la carne sosegada y el apetito satisfecho, dado que la criada le había dado de comer, Diego continuó desvelado; su mente era un torbellino y en lo único en que podía concentrarse era en la revolución.

Al día siguiente acompañaría a Demaría a entrevistar al general Viejobueno, a ver si tenía alguna idea de cómo sortear al coronel Gil.

Huyó de la casa de su prima a la madrugada, cuando el cielo aún estaba oscuro y la ciudad despertaba. Ingresó a su vivienda como si fuera un fugitivo, no deseaba ser visto por las criaditas que le irían con el cuento a su madre. Grande fue su sorpresa al hallar desayunando a hora tan temprana nada menos que a su hermano Andrés.

Se abrazaron con efusión y se palmearon las espaldas con sincero cariño. Como cuando eran niños, Andrés le tiró una piña que Diego supo esquivar y terminaron observándose y midiéndose con las miradas sonrientes.

—¡En qué andarás que llegas a estas horas y en ese estado! —exclamó Andrés paseando sus ojos por la ropa desarreglada de su hermano, los cabellos alborotados y la pinta de desfachatado que siempre lo había caracterizado.

Diego no pensaba soltar prenda y desvió la atención con una pregunta.

—¿Y qué haces tú aquí? ¿Viniste solo? —indagó al observar el escaso equipaje que había sobre un rincón.

—Sí, Manuela quedó en la estancia. —Andrés le palmeó el brazo al pasarle el mate—. Tenía ganas de verte, hermano.

Tita observaba a uno y a otro con una sonrisa pintada en el rostro. ¡Cuánto quería a sus muchachos! Ella los había criado como si fueran propios, les había enseñado a caminar y a hablar, los había atendido durante sus enfermedades y se había convertido para ellos en una segunda madre. Verlos ahora ya hombres, ambos apuestos y todavía cómplices, la llenaba de ternura. Tanto ella como la madre siempre les habían inculcado que nunca se separaran, que por más amigos que tuvieran el vínculo de sangre que los unía era más poderoso que cualquier otro.

Cuando alguna riña de niños los enfrentaba, Tita hacía todo lo que estaba a su alcance para limar las asperezas y acercarlos. Más de una vez se habían ido a las manos, ambos eran temperamentales y orgullosos. Sin embargo, el amor que se tenían borraba todas esas marcas que a veces quedaban en un ojo negro o un moretón.

—¿Cómo está mamá? —preguntó Andrés.

—Creí que estaría peor —opinó Diego—. Sin embargo, lleva el duelo bastante bien. Las tías la visitan casi a diario y entre ellas y alguna que otra

serpiente que viene por acá —al decir esto miró de reojo a Tita, aguardando su reacción, pero la negra ya sabía por dónde venía el tema y permaneció impávida— la tienen entretenida con chismes y cuentos.

—Siempre igual —sonrió Andrés—. Nada cambiará en esta familia.

—Dejen de criticar a sus tías y vayan a asearse, que parecen dos pordioseros —acusó Tita—. Vamos, que su madre no los vea así.

La negra acompañó a Andrés hacia su cuarto y le preparó el baño. Diego mientras tanto se cambió la ropa y salió nuevamente para la reunión con Viejobueno.

El general los recibió a él y a Demaría como si fueran de la oficialidad y luego de una charla cordial y distendida en la cual no faltó café y bollitos, el hombre les aconsejó visitar a su hermano, el general Joaquín Viejobueno, antiguo jefe del coronel Gil y su amigo máspreciado.

A dicho encuentro concurriría al día siguiente Aristóbulo del Valle y la cuestión quedaría solucionada con el compromiso de Viejobueno de comprometer al coronel Gil a que lo acompañara en un viaje al sur de la provincia unos días antes de la revolución.

Finiquitadas las cuestiones a su cargo en la conspiración, Diego decidió volver a su casa y pasar un tiempo con su hermano. También debería aumentar su vida social, dado que poco aparecía por las tertulias y la pantalla del bufete caería si él no frecuentaba la sociedad porteña.

Luego de un baño reconfortante se presentó elegantemente vestido en la sala logrando la admiración de su madre que se evidenció en una sonrisa.

—Madre —dijo él besándole la mano. Luego se sentó frente a ella y aguardó el té que le servía la criada.

—¿Cenarás en casa hoy? —la pregunta llevaba un velado reproche.

—Sí. Hoy podrás disfrutar de mi grata compañía. —Una sonrisa burlona le bailó en el rostro y la madre lo reprendió:

—Eres un desvergonzado, Diego. ¡Encima de todo te burlas de mí! —El hijo se puso de pie y la abrazó.

—Pero así y todo no podrías vivir sin mí.

—Eres incorregible —protestó doña Teresa dejándose abrazar.

Luego de la cena que con esmero hizo preparar Tita para sus muchachos, ambos se retiraron al salón a beber una copa.

—Está cambiada Buenos Aires —dijo Diego a su hermano.

—Mucho. —La madre ya se había retirado y las criaditas estaban terminando sus faenas en la cocina—. ¿Anduviste por la noche porteña? —inquirió Andrés.

—Poco. ¿Damos una vuelta? —propuso el menor.

Tomaron sus abrigos y sombreros y partieron al frío de la noche. Andrés guio a su hermano hasta la plaza del Temple.

—Ahora verás la fauna que ha llegado a Buenos Aires —dijo mientras ingresaban en un local de prestigio pecaminoso donde pululaban las esclavas blancas de origen exótico, turcas, rusas, polacas, francesas, junto a chinas combativas como la parda Loreto o la Refucilo, que era capaz de mantener a raya a clientes y policías.

Uno de los graves problemas de Buenos Aires en la década de 1880 era la prostitución, debida entre otras causas a la gran influencia de inmigrantes varones que provocó un desequilibrio entre los sexos. También el afán de lujo, el rápido enriquecimiento de ciertos sectores y la inmoralidad generalizada fruto de la crisis.

La ciudad ofrecía opciones para todos los gustos. Había *dandies* de la élite, dueños de lujosos departamentos adonde llevaban a las cantantes de moda para satisfacer sus costumbres eróticas. Habían llegado al puerto bonaerense las “mundanas” de categoría internacional, atraídas por la riqueza de las pampas, y se lucían paseando por la calle Florida o por Palermo para escándalo de la gente pacata.

La gran cantidad de prostíbulos iba desde la cantina modesta en el suburbio, atendida por tres o cuatro chinitas y con cuartos al fondo, a los ruidosos locales de La Boca, con organito y todo.

Luego de beber unas copas deleitándose en observar a las muchachas que ofrecían sus servicios y recibir por parte de ellas algunas caricias invitantes, los hermanos se dirigieron al café de Casauleux, ubicado en la esquina de la plazoleta, donde jugaron al billar con los muchachos de la “indiada”, como se conocía a los hijos de hombres distinguidos que gozaban de impunidad porque sus padres los protegían de las autoridades.

Entre ellos se contaba Marcelo T. de Alvear, quien en el carnaval de 1885 había sido detenido por el intendente Marcos Paz por jugar excesivamente con agua. Don Torcuato, intendente, se había indignado y quiso liberar a su retoño reclamando ante el ministro del Interior.

“Se ha hecho sufrir un vejamen tan innecesario como indebido a un grupo de jóvenes conocidos y a sus familias”, había argumentado.

Paz respondió de la siguiente manera: “No he tenido el tino de reservar el rigor de las leyes para los humildes”. También le recordó a Alvear que él mismo había hecho sancionar la legislación municipal que la policía se limitaba a cumplir.

Estas barras de muchachos protegidos eran a la vez corajudos y audaces, y en las trifulcas de los bajos fondos se batían a la par de los malevos. Más de una vez Andrés había participado en correrías con ellos.

Los de la “indiada” aceptaron a Diego de inmediato, algunos lo recordaban de años atrás, y entre billar y tragos se les fue la noche.

El café era el centro de operaciones de personajes como el Marsellés, jugador de mala fe, o Rata Carcelera y otros compadritos inofensivos que calzaban botines de tacón alto y fino, de chambergo y llamativa corbata.

Llegaron a su casa bastante bebidos y con dolor de cabeza, pero a Diego le gustó la experiencia y el reencuentro con algunos muchachos de sus épocas de estudiante. Se dijo que volvería por el café.

## Capítulo 12

Los avances de Prudencia eran impresionantes. Luego de unas cuantas clases de protocolo se comportaba en la mesa como una señorita, con una gracia innata y como si toda su vida hubiera departido entre la nobleza.

La señora Leonides la instaba a caminar erguida y para mantener la espalda derecha la hacía cargar un libro sobre su cabeza. Prudencia aceptaba todas sus indicaciones con sumisión, mientras su mente elucubraba planes para hallar a su hermana. Ni bien su disfraz estuviera perfectamente concluido y se hubiera convertido en Victoria Moro Bayón, proveniente de España y sobrina segunda de su benefactora, comenzaría su búsqueda. Descontaba que los contactos que se generarían a partir de su nueva filiación le abrierán numerosas puertas.

Mientras tanto tenía que pulirse y aceptar todos los consejos de su repentina tía. A decir verdad las clases de piano la embelesaban. Nunca hubiera creído que tenía facilidad para la música, jamás hubiera imaginado que terminaría tocando. Pero lo cierto era que su profesor, Lucien du Courrieux, estaba orgulloso de ella.

—*Mademoiselle* Victoria tiene alas en las manos —solía decir a doña Leonides, que presenciaba las clases todas las tardes.

—Mi sobrina es especial, *monsieur* du Courrieux —se enorgullecía la señora.

Aún no se había hecho la presentación de Victoria en sociedad, es más, nadie sabía de su llegada, y doña Leonides contaba con la discreción de sus sirvientes y de *monsieur* du Courrieux. Ninguno había osado preguntar el porqué de tanto misterio por la consideración y respeto que merecía la dueña de casa, que sobrados motivos tendría para mantener oculta a su sobrina.

Prudencia se sentía a gusto con la señora Leonides, y si bien su corazón no se había abierto a ella, la apreciaba y no perdía ocasión de agradecer lo que hacía por su bienestar.

—No pienses que lo hago por ti, niña, que no soy más que una vieja egoísta —le dijo una tarde mientras bebían el té en la sala.



Prudencia abrió sus grandes ojos grises en gesto de incompreensión.

—Eres tan parecida a mi hija —murmuró mirando por los ventanales que daban al jardín donde los jazmines perfumaban el aire—. Verte a diario es como verla a ella. —Sus ojos brillaban y Prudencia vio una lágrima correr por su mejilla.

Impulsada por la compasión, la joven se puso de pie y se arrodilló a sus pies.

—Hábleme de ella —pidió con voz queda.

—Ella era un sol, mi sol. —La mujer se secó el rostro y la miró con ojos tristes—. Bernarda no conocía la maldad, era tan inocente. Se crio entre sirvientes y protegida tanto por mí como por su padre. Cometimos el error de tratarla como si fuera de cristal, no le dimos armas para defenderse en esta sociedad tan voraz. Parecía una niña a pesar de sus veinte años. Tenía el cabello castaño claro, así como el tuyo. —Al decirlo tomó unas ondas que caían en cascada sobre la frente de Prudencia—. Y sus ojos eran iguales a los tuyos, de un gris perlado extraño y único. Su risa invadía toda la casa y se esparcía como el canto de un ave llenando nuestros corazones de dicha y armonía. —Prudencia la oía sin animarse a interrumpirla—. Todo comenzó aquella noche, en casa de los Baudrox, cuando festejaron los quince años de su primogénita, Lucille. Bernarda estaba hermosa, con su vestido de organdí color celeste, su cabello exquisitamente peinado con una trenza sobre su cabeza, sin más adorno que una gargantilla de perlas. Mi hija era la más hermosa de la fiesta, opacando sin proponérselo, a la agasajada. Allí lo conoció, a su asesino, digo. —Ante tal revelación Prudencia sintió un estremecimiento en el pecho—. Francisco Montes de Orenca era un joven alocado pero de familia bien. Había llegado recientemente de Londres donde se había graduado en Medicina. Ni bien se descubrieron ambos quedaron prendados uno del otro: Bernarda no podía quitar los ojos de ese muchacho moreno con aire irreverente pero sumamente atractivo a su mirada. Y él otro tanto en relación a mi niña. Bailaron varios vales bajo mi mirada atenta pero supe que Bernarda había caído bajo sus redes. Los días que siguieron mi hija se las ingenió para burlar mi vigilancia, que por esas semanas se vio dificultada por problemas de salud de mi marido, y encontrarse con Francisco en lugares ocultos. Fueron días muy ajetreados para mí, debía recibir a médicos y especialistas que no descubrían qué tenía mi esposo; era el comienzo de una enfermedad larga y angustiante que lo dejó sumido en los huesos para finalmente entregárselo a la muerte. Mientras tanto Bernarda vivía su amor alocado con Francisco Montes de Orenca. Nunca había visto

tan linda ni tan dichosa a mi querida niña, pero no me daba cuenta el motivo. Jamás me perdonaré mi ceguera. —Prudencia la observaba: Leonides tenía la vista perdida y las manos tiesas sobre el regazo—. Una tarde llamaron a mi puerta: era un oficial de policía. Me condujeron a un hotel de mala muerte ubicado en los suburbios, tuve que ir con el cochero porque mi marido estaba muy mal. Poco me explicaron los de la policía, pero al ingresar por ese pasillo oscuro y maloliente supe que mi hija estaba ahí. El cuarto olía a encierro y la luz era escasa. Sobre el lecho ensangrentado yacía el cuerpo inerte de mi niña. A un costado, con una pistola en la mano, yacía el de Francisco. —Las lágrimas habían vuelto a descender por la mejilla de Leonides—. Luego supimos que ella estaba embarazada. Suponemos que la discusión vino por el tema del bebé. Mi marido jamás se repuso del golpe y la enfermedad se profundizó. El resto, ya lo conoces. —Se puso de pie estirando su falda y caminó hacia el ventanal.

Prudencia se puso de pie y la siguió como una autómatas. La apenas sobremano el sufrimiento de esa mujer que tan bien la había recibido en su casa, máxime sabiendo que ella había matado a un hombre, porque Prudencia sabía que doña Leonides conocía la verdad aunque nunca hubieran hablado del tema.

La joven se paró a su lado y contempló con ella las flores del jardín.

—No pretendo que suplantes a mi hija, sé que no eres Bernarda pese a su parecido —dijo de pronto la señora—. No quiero que creas que estoy loca —sonrió irónicamente al musitar dichas palabras.

—Yo no creo eso, señora.

—Solo deseo que me hagas compañía en estos últimos años. —Y mirándola a los ojos añadió—: Tal vez con el tiempo llegues a tomarme cariño. —Sus palabras hicieron sentir culpa a la jovencita, que por lo general era fría y distante con su benefactora—. Conozco tu historia, Prudencia, sor Renunciación me contó todo y espero no te enfades con ella. Sé que mataste a tu padrastro y sé por qué lo hiciste. —La muchacha aún no elevaba la vista del suelo—. Solo Dios puede arrogarse el poder de decidir la muerte de un ser humano, pero en tu situación yo hubiese hecho lo mismo. —Y luego de una pausa meditada reveló—: Si hubiese estado en ese cuarto junto a Bernarda ese día yo misma hubiera dado muerte a Francisco Montes de Orenca si con ello lograba recuperar a mi niña. —Había un dejo de furia reprimida en sus palabras.

La mujer giró hacia Prudencia y le tomó las manos.

—Tu secreto se irá a la tumba conmigo, hija —dijo al ver el rostro asustado de Prudencia que temía un chantaje por parte de la mujer—. Solo te pido lealtad. Todo lo que tengo es para ti, Victoria Moro Bayón, mi sobrina segunda proveniente de España —sonrió doña Leonides.

—Espero no defraudarla, señora —contestó la joven con un nudo en la garganta.

—Tía, debes acostumbrarte a decirme tía —recriminó.

—Tía —repitió ella.

—Creo que tu transformación está operada —dijo de pronto cambiando de tema—. Haremos tu presentación la próxima semana. Invitaré a personas respetables y con influencia para que te puedas integrar a la sociedad porteña. —La mujer recobró de repente su vitalidad de antaño—. Sé que muchos se extrañarán de mi actitud, porque esta casa estuvo cerrada y en luto por varios años, pero eso quedará atrás. Ahora hay un nuevo motivo para abrir puertas y ventanas, y eres tú, querida Victoria. Ensayaremos tu historia hasta que ambas terminemos por creerla y no existan huecos o baches. ¿Recuerdas el parentesco que tenemos?

—Sí, tía.

—Bien. Mañana mismo iremos a la modista para la prueba de tu vestido, serás la joven más hermosa de la recepción.

Al día siguiente Victoria y su tía partieron en el carruaje. Los ojos grises recorrían las calles con avidez mientras avanzaban. La avenida Alvear que solo tenía cinco años de existencia era una calle amplia y llena de palacios de recreo de lo más suntuosos que concluía en la Recoleta, plaza paseo en cuyo fondo estaba la antigua iglesia de los Recoletos. En el centro una soberbia gruta coronaba una eminencia y un juego de aguas coronaba la gruta. Un estanque reflejaba hermosos árboles de especies escogidas y a ambos lados de la barranca hermosos jardines con toda la lujuriosa frondosidad que adquirían las plantas gracias al clima de Buenos Aires. Más al norte, inmensos invernáculos de flores tropicales y un caprichoso lago y puentes bonitos junto a un bosque de sauces.

Victoria no podía quitar la vista de innumerables carruajes, los mejores de los más reputados fabricantes de París y de Londres. Los caballos que los tiraban eran de las mejores razas del mundo y avanzaban despacio y con cierta solemnidad para llegar limpios e intachables. Ella no lo sabía, pero los jueves y los domingos se habían institucionalizado en la sociedad porteña como días de paseo y ostentación por la calle Florida, la avenida Alvear y el hipódromo de Palermo.

La modista, madame Florette, era una mujer adusta y distante. Hablaba aún con acento francés y deslizaba unas palabras en tal idioma que Prudencia no entendía. Mientras le probaba el vestido de seda color esmeralda que se engamaba con el extraño gris de sus ojos, la jovencita miraba a su alrededor y evocaba a su padre. Mezcla de nostalgia y resentimiento la acuciaba, dado que él también la había abandonado. Los elementos de trabajo de madame Florette le recordaban a Miguel; las pocas veces que se había aventurado hasta la sastrería con algún encargo de su madre lo había visto inclinado sobre la larga mesa, centímetro en mano, la tela delicadamente extendida y las tijeras prontas. Su padre siempre llevaba alfileres prendidos a la solapa y sus manos se movían con lentitud y mesura. Mientras madame Florette medía y tomaba apuntes de dónde menguar o aumentar, la mente de la jovencita viajaba hacia atrás.

—*Parfait!* —dijo la modista—. *La semaine prochaine Victoria sera une reine.*

—Hija, estás hermosa —acotó doña Leonides.

La muchachita se miró en el espejo y vio a una desconocida. Los cuidados a que la había sometido su protectora habían operado un cambio impresionante en ella. Gracias a los baños de aceite de almendras y al té de semillas de lino su cabello había adquirido brillo y se había asentado. Su piel lucía traslúcida y suave y eso se lo debía a las máscaras de pepino y lociones a base de jugo de limón que doña Leonides le hacía preparar. Sus ojos, habitualmente tristes, brillaban de un modo especial, y por primera vez en su vida Prudencia se sintió bella. En realidad, se sintió hermosa. Ese descubrimiento le otorgó una nueva seguridad que se evidenció en una sonrisa.

—Gracias, madame Florette —dijo doña Leonides—. Mi sobrina será la más hermosa de la recepción.

A la salida la señora ordenó al cochero las acompañara en las compras para que cargara los paquetes. Sin importarle lo que iba gastando la surtió de medias de seda, de sombreros con adornos y plumas, de zapatos y botines de tacón y perfumes. Cuando doña Leonides quiso ingresar a una joyería, Prudencia la detuvo:

—No, tía, no hace falta.

—Sí hace falta. No puedes presentarte en sociedad sin joyas —la tomó del brazo y la obligó a entrar.

Allí eligió pendientes de perlas y una gargantilla haciendo juego, luego escogió un juego de aros adornados con una piedra de aguamarina y el collar

en composé, y continuó comprando joyas que Prudencia se dijo no llegaría a lucir. Se equivocaba: la señora Leonides pretendía introducirla en la sociedad porteña por la puerta grande. A la viuda le sobraba el dinero y no tenía a quién dejárselo. Su única ilusión era hacer de Victoria lo que no había podido culminar en su hija.

## Capítulo 13

Faltaban pocos días para la revolución. En las reuniones los ánimos estaban tensos, aún había cuestiones que decidir; la más delicada, la hora del ataque.

Ya se había designado el gobierno revolucionario por la Junta, que por mayoría había elegido a Leandro Alem como presidente. Demaría sería vicepresidente y los doctores Goyena, Lastra, Torrent y el general Joaquín Viejobueno ocuparían los cinco ministerios del gobierno provisorio. El doctor Costa había sido designado para el Ministerio del Interior pero no había aceptado.

En vísperas de la revolución Alem debía recorrer la ciudad de un extremo al otro, atendiendo detalles importantes, bajo la vigilancia feroz de la policía. Lo seguían sin descanso y él los despistaba cambiando tres o cuatro veces de carruaje en cada viaje comprometedor, dejando el coche lejos de la casa adonde iba. Los agentes lo seguían a él hasta cuando se iba a dormir, sin prestar atención a los que quedaban en las viviendas adonde concurría. Los de la policía eran más fastidiosos que hábiles. El día que iba a una cita peligrosa Alem salía de paseo con su familia y en algún lugar conveniente tomaba otro coche y se dirigía a la entrevista. Los agentes se alejaban si veían que era una salida familiar y si había alguno más tenaz Leandro lo burlaba y despistaba completamente.

A menudo Alem fomentaba las agrupaciones civiles para desviar la vigilancia policial de los cuerpos de línea, porque consideraba que las tropas veteranas comprometidas con la revolución eran suficientes para dominar la ciudad aunque los grupos civiles no acudieran tan bien organizados en un primer momento.

De esa manera, mientras el doctor Del Valle se hacía cargo de todo lo que se refería a la escuadra, la policía no descubrió la organización militar de la revolución.

—Tendrá que ser de día —dijo un capitán en una de las últimas reuniones—. Entre las tres y las cuatro de la tarde. Esa es la hora más propicia para detener al presidente, al vice, al ministro de Guerra y al general Roca.

—El plan será sencillo —acotó otro—. Provocaremos una interpelación ruidosa en el Senado sobre las fuerzas armadas en Entre Ríos y Santa Fe, para obligar así la concurrencia del ministro. Seguramente asistirán a la sesión el vicepresidente y el general Roca, y a menos de grave inconveniente el presidente estará en su despacho, como acostumbra a hacerlo en casos análogos, a la espera de las informaciones del debate. Entre tanto ocuparemos las galerías de la Cámara y los alrededores. A la hora señalada los batallones saldrán de los cuarteles y avanzarán hacia la Plaza de la Victoria para reunirse con el resto de los miembros de la Junta Revolucionaria y el general Campos. Dos grupos de jóvenes, que podrían ser encabezados por los doctores Goyena y Demaría, se lanzarán sobre Casa de Gobierno para apresar a las personas indicadas. Se echarán las campanas a vuelo y se llamará al pueblo a las armas.

—Tendremos que tener alguna divisa que nos identifique —opinó Diego.

Luego de una breve deliberación se sugirió que los colores no debían confundirse con ninguna bandera extranjera, y se optó finalmente por el blanco, verde y rosa.

—Fermín, ¿podrías encargarte? —pidió Alem dirigiéndose a Fermín Rodríguez.

—Le encomendaré la tarea a mi esposa —respondió el interpelado.

—Antes de avanzar con la estrategia —interrumpió el capitán Rojas, el más antiguo en artillería—, creo que el plan de atacar de día no es conveniente. A esa hora las dificultades se centuplicarán, dado que los jefes generalmente se encuentran en el cuartel y la lucha armada será inevitable. Opino que la revolución debe hacerse de madrugada. Propongo que el regimiento 1º, bajo las órdenes del comandante Montaña, salga del cuartel a las cuatro en dirección a la Plaza del Parque, punto de reunión de todas las fuerzas. —Todos los asistentes a esa reunión en la casa del doctor Castro Sunblad escuchaban atentamente—. En el camino deberán recoger a todos los vigilantes que encuentren, en especial a los de la comisaría de la calle Suipacha. Los batallones 5º, el de Ingenieros, el 9º y el regimiento 11º también llegarán al punto de destino para reunirse con el resto.

Las fuerzas revolucionarias se habían incrementado con cabos y sargentos y con los cadetes de la escuela militar, que se habían incorporado por movimiento propio apenas tuvieron conocimiento de qué se trataba. Los encabezaba el cabo 1º Pablo Hermelo.

—El grupo de civiles de los cuales usted participará —dijo Alem mirando a Diego— se ocupará de la prisión del doctor Juárez, del doctor Pellegrini y de los generales Levalle y Roca.

La reunión llevaba ya varias horas, era una de las más largas, dado que se acercaba el final de la conspiración. El café y las bebidas corrían como agua, y ninguno cesaba de beber ni tenía intenciones de partir.

—No considero oportuna la detención de tantas personalidades a esa hora —interrumpió el doctor Demaría—. ¿Cómo haremos para asaltar las casas bajo los ojos de la policía? Es casi imposible delegar tal empresa a un grupo de ciudadanos sin disciplina, máxime teniendo en cuenta que las fuerzas se pondrán en marcha y aún no dominarán esa zona.

—Concentrémonos entonces en la detención de los generales Roca y Levalle.

—Supongo que dejaremos lo de las divisas de lado —argumentó Fermín Rodríguez—. En todo caso tendremos que proveernos de faroles de colores combinados para reconocernos y evitar un choque con nuestras propias fuerzas.

—Habrán trescientas carabinas rémington con una buena dotación de municiones proporcionalmente distribuidas en puntos estratégicos —informó Alem.

Una vez resueltos los detalles se decidió que la revolución se haría la madrugada del 21 de julio.

Diego miraba a esos hombres enfervorizados y entusiastas y se reconocía como uno de ellos a pesar de su reciente compromiso con la revolución. El recuerdo de su amigo de infancia y juventud, muerto tan injustamente, el haber tomado cabal conocimiento de los estragos en materia económica que el gobierno estaba realizando, le habían mudado el espíritu, que de ser despreocupado y aventurero, se había transformado en combativo y revolucionario. Grandes ideales ajenos se le habían hecho piel y sabía que no cejaría en su lucha. Se desconocía a sí mismo, siempre tan indiferente a los problemas de los demás, aunque también debía admitir que ahora tenía un motivo que lo mantenía en acción.

Nadie sabía de sus actividades revolucionarias, su madre ya se había cansado de preguntar para no obtener respuestas y la única que aún lo atosigaba, sospechando que tenía una amante, era su prima. Sin embargo, nada salía de sus labios, jamás pronunciaría palabra que pusiera en riesgo la revolución. Nunca se sabía dónde estaba el enemigo. Pese a todo flotaba en la conciencia general un aire conspirativo.

Paralelamente a su vida revolucionaria, Diego se veía obligado a participar de reuniones sociales a las cuales no tenía deseos de asistir pero que le servían de pantalla.



La presencia de Andrés en Buenos Aires y los pedidos de su madre lo forzaron a concurrir al obligado paseo dominguero bajo un tenue sol y un inmaculado cielo azul. Allí se daba tácita cita la sociedad porteña en un desfile deslumbrante por las barrancas de la Recoleta en dirección a Palermo.

Los paseantes burgueses iban a respirar un poco de aire puro al solaz de los árboles, contemplando la superficie de los lagos poblados de cisnes y patos de colores variados.

Entre la alta sociedad porteña, donde las hermosas damas lucían sus mejores vestidos y sombreros, aparecían los mozos de tienda, los empleadillos de toda clase que también asistían al clásico paseo, devorando con sus ojos a esas hechiceras que jamás se dignarían a dirigirles una mirada. La brecha social era abismal y el destino estaba escrito para ellos.

Si bien su madre aún guardaba luto por la muerte de su padre, la mujer se permitía salir. ¿Es que acaso Federico volvería a la vida si ella permanecía encerrada? Teresa percibía las miradas de velado reproche que otras damas de su entorno le dirigían al verla aproximarse del brazo de sus hijos en aquel sitio de paseo. Pero con el tiempo había ido alejándose de las convenciones sociales que de nada servían. A su edad no le importaba que la señalaran con el dedo y lo único que la mantenía con ilusión ahora era la esperanza de tener nietos. Tal vez Andrés le diera la noticia dentro de poco. Con Diego sabía sería más difícil. Notaba que su hijo menor andaba enredado con alguna mujer pero que por una oscura razón no era una relación seria ni decente. Diego siempre había hecho lo que se le había dado la gana, y por mucho que ella insistiera en presentarle una muchacha de bien para formar una familia, sabía que su empresa era inútil. Él se encargaría a su tiempo de hallar la horma de su zapato, y doña Teresa temía con qué se encontraría.

—Miren —dijo doña Teresa a sus hijos mientras avanzaban por los bosques—. Allí está doña Carolina Lagos de Pellegrini.

—¿Y quién es? —preguntó Diego para quien todas las personalidades resultaban desconocidas.

—¿Cómo que quién es? —se escandalizó su madre—. ¡Es la presidenta de la Sociedad de Beneficencia!

El hijo hizo una exclamación aunque no le dio importancia.

—Ya verás, cuando vayamos a alguna fiesta en el Club del Progreso conocerás a sus sobrinas, una más bella que la otra.

Andrés observaba divertido las insinuaciones de su madre que pretendía encontrar candidata para su hermano. Sabía que Diego tenía una amante, lo

intuía aunque no hubieran hablado del tema. En ese aspecto Diego era muy reservado.

La gran vida europea se había trasladado a la ciudad de Buenos Aires. Hombres que tiempo atrás no eran nadie, convertidos en los nuevos ricos, se mezclaban con aquellos otros de apellidos tradicionales que habían empezado a destacarse en la época de Rosas, como Anchorena, Terrero, Cobos, Sáenz Valiente, y juntos ostentaban sus elegantes faetones guiados por cocheros y lacayos de aparatosas libreas.

Diego, que había visto con sus ojos el verdadero brillo parisino, encontraba a su ciudad como disfrazada, queriendo meterse en la piel de otra. Todo le parecía de un falso resplandor y las mujeres que su madre señalaba se le antojaban frívolas y carentes de personalidad.

Habían descendido del carruaje, que los seguía a prudente distancia, dado que su madre, pese al frío de esa tarde invernal, quería caminar un rato. En un recodo divisaron un grupo de personas que habían improvisado un pícnic y al aguzar la vista doña Teresa dijo:

—¡Pero si es mi querida sobrina Remedios! Vamos a saludarla —guió a sus hijos a través del sendero que conducía al sitio donde el grupo disfrutaba de la merienda.

Había varias muchachas, algunas con sus madres, otras con sus nodrizas, y pocos muchachos.

—¡Tía! —saludó Remedios poniéndose de pie—. Venga, siéntese aquí junto a nosotros. —Luego miró a sus primos y saludó cortésmente con una leve inclinación de la cabeza.

El círculo se abrió y los muchachos se acomodaron. Luego de las presentaciones, dado que había personas a las que Diego no conocía, les sirvieron el té y les convidaron bollitos.

Remedios no perdía ocasión de dirigir miradas insinuantes a su primo, que las evitaba, abochornado por la presencia de su madre, que no perdía ocasión de intentar un acercamiento con María Rosa de Villafañe, una muchachita de aire angelical que no superaba los dieciséis años.

Andrés, perspicaz por demás, advirtió la furia en los ojos negros de Remedios y la incomodidad de Diego, y supo al fin con quién se acostaba su hermano.

—¿Te enteraste de la fiesta que organiza doña Leonides de Aragón? —preguntó Mercedes a su hermana.

—¿Una fiesta? —se extrañó doña Teresa—. Pero si esa pobre mujer no ha salido de su casa en años.

—Ha llegado una sobrina de España y va a oficiar una reunión para presentarla en sociedad.

—No sabía que tuviese familia en España —terció doña Manuela Sáenz Roque.

—Parece que es sobrina segunda de su difunto marido —aclaró Mercedes—. Y dicen que es muy bonita. La criada de Leonides le contó a mi mulatita en la feria.

Diego escuchaba aburrido la conversación frívola de las mujeres y no veía la hora de desembarazarse de su madre para acudir a una de las últimas reuniones en lo de Del Valle.

El día de la revolución ya había sido fijado para el 21 de julio; todas las unidades comprometidas se reunirían en el Parque de Artillería. Grupos civiles y militares avanzarían sobre la Aduana y la Casa de Gobierno.

Por la noche Diego se reunió con los conspiradores y entre café y bebidas alcohólicas dieron las puntadas finales al plan. En el manifiesto de la Junta Revolucionaria todos los miembros del gobierno provisorio se comprometieron a no aceptar la candidatura a la presidencia, demostrando así un ejemplo de rectitud política.

La semana de Diego transcurrió entre reuniones secretas y visitas al bufete. Su amigo y socio Luis Fontán le expuso acabadamente sobre algunos clientes que, por la relación que habían tenido con su difunto padre, pedían por el doctor Alcorta en persona.

—Diles que estoy enfermo —se excusó Diego—. No puedo atender a nadie por estos días.

—¿Te sientes mal? —inquirió Luis al observarlo detenidamente y advertir la barba de dos días, las ojeras alrededor de sus ojos y el cansancio que acompañaba a su compañero.

—A ti no te mentiré —bajó la voz al tiempo que cerraba la puerta para que el amanuense no escuchara—. Estoy con algunas cuestiones políticas que resolver. De más está decir que ni una palabra a nadie. —Los ojos de Diego lo taladraron.

—¿Estás con los de la revolución? —inquirió Luis.

—Sí. —Los ojos marrones del letrado lo compadecieron.

—Es riesgoso, Diego, hay muchos rumores. Todos saben que habrá un golpe y también hay quienes hablan de traición. —Luis apreciaba a Alcorta y temía por su vida—. Tú no estás acostumbrado a estas cosas, has llevado una vida de rey. —Había cierto ánimo de reproche, tal vez porque Luis había

vivido un sinfín de privaciones para lograr obtener el tan ansiado título de abogado, profesión que había sido su vocación desde la adolescencia.

—Por eso mismo, estoy cansado de ser un rey, de no haber luchado jamás por algo que valiera la pena —reconoció Diego, enfervorizado de repente por sus lealtades políticas recientemente adquiridas—. No te preocupes, me estuve entrenando.

—¿Con armas?

—Sí. Solo te pido que me cubras en mis ausencias, y ante mi familia, debes sostener que paso muchas horas aquí dentro.

—Como gustes, pero recuerda que te lo advertí.

El viernes 18 de julio se llevó a cabo la última reunión antes de la revolución. Los asistentes llegaron a diferentes horarios y se introdujeron en la mansión mayoritariamente por los fondos, dado que la vigilancia policial había aumentado ante los rumores del ataque.

Una vez que estuvieron todos y se sirvió el café, el general Campos se puso de pie. Iba vestido con su uniforme, y su mirada de hielo junto a la reciedumbre de su figura intimidaba. El cabello bien corto, la barba en punta y los bigotes ligeramente peinados hacia arriba le daban un aspecto que oscilaba entre lo grácil y lo temible.

—Hoy a la tarde un amigo se me acercó para traermé un encargo en nombre de otro que, por cuestiones personales, reservaré en el misterio. En la nota me decía que me abstuviera de salir durante todo el día y esta noche, dado que me amenazaba un grave peligro.

Un ligero rumor se elevó en la sala pero nadie se atrevió a preguntar.

—Más tarde se presentó en mi casa el mayor Vázquez, con carta del mayor Palma, en la que este le solicitaba fuera de su casa de la calle Malavia en mi compañía, porque tenía una cosa muy buena que comunicarle. El mayor Vázquez, *motu proprio*, le envió una tarjeta confirmándole nuestra presencia. —El general caminó de un lado a otro de la estancia—. Sospecho que no es más que una emboscada y por eso no acudí a la cita.

—Hizo bien, mi general —respondió un capitán.

—Considero, general, que debe retirarse ya mismo de esta junta —dijo Alem—. El coronel Figueroa puede acompañarlo.

—Por supuesto —contestó el aludido poniéndose de pie.

—De ocurrir alguna detención, suspenderemos la revolución hasta nuevo aviso —coincidieron todos antes de la partida del general.

La reunión continuó y trabajaron hasta altas horas. Una vez finalizada, Diego se dirigió a la casa de su prima, quien lo recibió gustosa, como

siempre.

## Capítulo 14

Los días de Victoria eran sumamente ajetreados. Se levantaba temprano para sus clases de piano y luego departía en la sala junto a doña Leonides, que le hacía preguntas sobre el supuesto parentesco que las unía y corroboraba la historia que habían inventado.

Prudencia se había negado a decir que venía de Castilla, dado que no conocía la zona y temía que alguien la descubriera. Con dicho argumento había convencido a la mujer para remontarse a su verdadera ciudad natal: Gijón.

La joven conocía la ciudad pese a que había sido arrancada de allí cuando era una niña; sus recuerdos aún se mantenían vívidos en su mente. También recordaba la fisonomía de los alrededores, podía mencionar asimismo los apellidos de algunas familias de la zona, como los González Tuñón o los Fernández Montalbán.

—Me sentiré más segura si alguien osa preguntarme sobre mi país —argumentó Victoria.

—Como tú digas entonces, querida —consintió la mujer mientras llevaba la taza de té a sus labios y observaba la transformación operada en la muchachita.

Nada quedaba de la jovencita delgada y pálida, con cabellos crespos y sin vida, vestida prácticamente con harapos. Victoria era ahora una mujercita grácil y bella.

A pesar de haber mencionado el episodio con su padrastro, Victoria no había vuelto a tocar el tema, y su pasado parecía sellado para ella. Sin embargo, Leonides intuía que algo más desvelaba a la muchacha. A menudo la espiaba mientras regaba las rosas del jardín, tarea que le había usurpado a las sirvientas porque según decía le daba paz, y notaba que sus ojos grises adquirían un brillo especial y su mirada se volvía furiosa, como si tramara una venganza. Doña Leonides no se atrevía a preguntar, conocía la naturaleza desconfiada de su protegida y temía un retroceso en la relación. Se decía que con el tiempo Victoria le confiaría el porqué de sus desvelos.

Sor Renunciación le había dicho que nunca nadie había visitado a Prudencia durante su encierro, y que en su planilla de ingreso solo constaba el nombre de su madre, Piedad Montes y Moro. Ni una palabra del rumbo de la mujer que la había dejado en manos de la policía luego del funesto episodio.

“Ya habrá tiempo”, se dijo Leonides. “Esta niña ha sufrido demasiado, debo tenerle paciencia”.

Ajena a los pensamientos de la mujer Victoria leía un periódico. *El Mosquito* no cesaba de ridiculizar al presidente. En la página central aparecía una caricatura de Juárez Celman durmiendo, y sobre él, el rostro desencajado de una mujer que pretendía ser la Patria, angustiada por la tremenda situación que corría el país.

Doña Leonides se maravillaba del interés de Victoria en las cuestiones actuales, y la veía particularmente interiorizada sobre los rumores de una revolución.

—¿Será cierto, tía, que el presidente tiene los días contados? —inquirió Victoria haciendo a un lado el diario.

—Así dicen —contestó pasivamente la señora.

Doña Leonides conocía, y de muy buena fuente, los pormenores de la revolución. Marianito, como ella llamaba a Demaría, era ahijado de su marido, y pese a la muerte del padrino, Mariano se hacía tiempo para visitarla. El hombre le tenía absoluta confianza a doña Leonides, y más de una vez le había pedido consejo. Antes de hacerse cargo de Prudencia, la viuda le había ofrecido su casa incluso para llevar a cabo las reuniones, aunque el hombre había rechazado el ofrecimiento.

—Gracias, tía, no deseo comprometerla.

—Hijo, nada tengo ya para perder —había sido su respuesta.

Ahora, sin embargo, mirando a esa jovencita distante y hermosa que tenía frente a sí, Leonides se dijo que era mejor mantenerse al margen de la revolución.

—Aquí dice que la deuda pública se ha triplicado, y que el dinero por la venta de los ferrocarriles se ha despilfarrado —decía Victoria ajena a los temores de su tía.

—Niña, no debes atormentarte por esas cuestiones. Tú tienes que ocuparte ahora de tu próxima presentación en sociedad —aconsejó la mujer mirándola con ojos tiernos—. A nosotras las damas no deben desvelarnos tales sucesos. A los hombres no les gustan las mujeres entrometidas.

—A mí no me interesan los hombres —respondió precipitadamente la muchacha para sorpresa de la otra.

Leonides la miró extrañada: no era normal que una muchachita de su edad no tuviera ideas románticas en su cabeza. ¿Quién no soñaba con enamorarse? Aunque bien sabía ella que la mayoría de los romances terminaban estrellándose frente a un matrimonio por conveniencia.

—¿Cómo que no te interesan los hombres? —inquirió.

—Soy joven todavía —argumentó sabiendo que a su edad ya muchas estaban casadas. Había hablado apresuradamente y no quería preocupar a su protectora—. Ya habrá tiempo.

Doña Leonides intentó volver sobre el tema pero Victoria continuó distrayéndola con preguntas sobre la revolución.

Al día siguiente Victoria le pidió permiso para visitar a sor Renunciación.

—Es una buena idea —reflexionó la señora—. Yo debería visitar a Jimena, desde tu llegada la tengo abandonada.

Doña Leonides dio la orden al cochero que las condujo hacia la prisión. Al divisar los muros de su antigua morada, Prudencia sintió la agitación en su pecho: nunca se repondría de sus días entre aquellas paredes. Sin embargo, mientras avanzaba del brazo de su tía por el largo pasillo que la llevaría hasta la monja, su rostro permanecía imperturbable. Día a día la muchacha aprendía a dominar sus emociones y vestía el disfraz que le había tocado para poder seguir viviendo. Su propósito de enterrar su horrendo pasado requería de toda su voluntad. Lo único que la acuciaba era encontrar a Purita. Pero todavía no podía moverse con libertad, debía esperar que doña Leonides la presentara como su sobrina y le permitiera moverse por Buenos Aires con más soltura, sin su constante compañía. Ya se las arreglaría para burlar la vigilancia del cochero o de las muchachas que las servían, que de seguro doña Leonides mandaría con ella cuando saliera sola de la casa.

Sor Renunciación las recibió con sincera alegría y las invitó a sentarse en la pequeña salita de recibo.

—¡Prudencia! ¿Eres tú? —inquirió al ver a aquella jovencita prácticamente irreconocible debajo de ese vestido elegante y el sombrerito delicadamente adornado.

—Sí, sor Renunciación, la misma —sonrió tenuemente mientras se dejaba tomar las manos por la religiosa.

—Veo que Leonides se ha ocupado bien de ti —premió con sus ojos bondadosos a la otra mujer.

—Sí, la señora de Aragón es muy generosa conmigo.

—Tía, debes llamarme tía —recordó la aludida.

—Tía —repitió obedientemente.



—Sor Renunciación, quisiera ver a Jimena —pidió doña Leonides.

Con paso tranquilo sor Renunciación abrió la puerta y llamó a una novicia.

—Hermana, acompañe a la señora que vino a hacer una visita.

—Gracias —dijo Leonides antes de salir.

Una vez solas, sor Renunciación se acercó a Prudencia.

—¿Te sientes a gusto con doña Leonides? —inquirió.

—Sí, gracias nuevamente. Todo se lo debo a usted, que fue la única que intercedió por mí —los ojos grises brillaron de manera especial.

—Es a Dios a quien debes agradecer —opinó la religiosa—. Nuestro señor es quien te ha puesto a salvo. ¿Cómo es tu vida ahora? ¿Tienes familia en algún sitio?

Prudencia se sentía en deuda con esa mujer y se vio tentada de contarle su verdad, aunque a último momento desistió.

—No, todos quedaron en España. Pero la señora Leonides es muy buena conmigo. Solo que hemos inventado una mentira. —Los ojos de la monja la interrogaron, instándola a hablar—. Diremos que soy sobrina segunda de su difunto marido y que acabo de llegar de Gijón. No quiere que me aparten por haber estado en la cárcel, ya sabe usted lo prejuiciosa que es esta sociedad —bajó los ojos un instante—. Y yo quisiera olvidar mi pasado.

—No te atormentes, niña —consoló sor Renunciación—. Ya llegará el día en que puedas decir tu verdad.

—¿Usted lo cree? —Por momentos Prudencia parecía una niña ansiosa y crédula.

—Estoy segura de ello.

Luego de una pausa la muchacha agregó:

—Nunca agradecí a su sobrino lo que hizo por mí. Ese día estaba tan nerviosa que dejé pasar el momento.

—Yo le agradecí por ti —dijo la religiosa.

—Lo sé, pero era yo quien debía decírselo. Fue muy gentil de su parte defender a una desconocida que ni siquiera pudo pagar sus honorarios.

—Prudencia, ya tendrás la oportunidad de devolverle el favor. Los caminos están marcados desde el momento mismo de nuestro nacimiento. De seguro Dios lo cruzará otra vez en tu senda para que le devuelvas la gentileza.

—Usted confía mucho en Dios, sor Renunciación.

—¿Y tú no? —se alarmó la monja.

—Sé que no aprobaré lo que digo, pero más de una vez he pensado que Dios se había olvidado de mí.

—Dios siempre tiene sus ojos puestos en todos sus hijos. Solo que a veces nos pone a prueba. Y tú, querida Prudencia, has sido puesta a prueba. Pero nunca debes dejar de confiar en el Señor.

Prudencia bajó los ojos, se sentía en falta. A pesar de los reveses de su vida ahora tenía a alguien que se desvivía por ella y que le prometía una vida sin privaciones. Era su corazón resentido el que hablaba por ella, su alma atormentada, y su soledad la volvían mordaz y desconfiada.

Luego de la visita a sor Renunciación, Victoria volvió a la casa con una nueva sensación. Por primera vez en mucho tiempo no sentía esa ansiedad que la atormentaba cada mañana y cada noche antes de dormir.

## Capítulo 15

El 19 de julio de 1890 los insistentes golpes a la puerta de Aristóbulo del Valle le indicaron al dueño de casa que algo había ocurrido.

El hijo del general Campos se apresuró por el largo pasillo que lo condujo hacia el escritorio donde Aristóbulo lo aguardaba.

—Han puesto preso a mi padre —anunció ni bien entró.

Luego de un intercambio de palabras, Del Valle ordenó a su cochero aprestara el carruaje.

—A lo de Alem —ordenó.

A poco andar, en la calle Juncal, encontró al coronel Figueroa, de uniforme y sin espada. El coche se detuvo el tiempo necesario para oír las siguientes palabras:

—Voy a presentarme preso.

La revolución se había quedado sin jefe militar. Obviamente había un delator entre los revolucionarios. Conjuntamente con la orden de detener a Campos y a Figueroa, se había ordenado el traslado de un par de regimientos sospechosos.

Inmediatamente Alem convocó una reunión de la Junta para esa misma noche en casa de Del Valle.

Diego se enteró de la traición e inmediatamente recordó la desconfianza que le había inspirado el mayor Garaita. Mientras planificaban la estrategia uno de los inconvenientes planteados había sido la salida del batallón 9º, porque estaba acuartelado con el regimiento 11º de caballería, donde muchos oficiales estaban ligados personalmente con el presidente Juárez. Las cuadras de soldados de uno y otro cuerpo no distaban más de diez varas y era prácticamente imposible que el primero se moviera sin ser sentido por el segundo.

—El 11º no podrá contener al 9º, lo dominaremos y marcharemos a incorporarnos con la artillería —había dicho en esa oportunidad el coronel Figueroa.

Mientras caminaba hacia el café de la calle Florida donde se encontraría con Demaría, con quien había trabado una estrecha amistad, Diego rememoraba los pormenores para solucionar el inconveniente. Finalmente se había autorizado al general Campos a que realizara ciertos trabajos en el 11°. El general tenía la mayor confianza en la discreción, lealtad y valor del sargento mayor Vázquez, íntimo del sargento mayor Garaita, otro bravo oficial a quien también conocía.

El sargento mayor Garaita había sido del regimiento 11° y estaba ligado con el sargento mayor Palma, jefe de uno de los escuadrones, por doble vínculo. Palma era casado con una hermana de Garaita, y Garaita con una hermana de Palma. Este gozaba también de buena reputación como soldado y en la revolución del 74 había levantado el cuerpo en que entonces servía a las órdenes del comandante Rivademar.

—Si confiamos en el mayor Vázquez —había dicho el general Campos— debemos también apoyarnos en el mayor Garaita. En cuanto a Palma, la buena opinión de que goza en su círculo sumado al parentesco con el mayor Garaita y su amistad con el mayor Vázquez, nos autoriza a suponer que cumplirá lealmente su compromiso.

Días después Vázquez y Garaita se habían puesto al servicio de la revolución sin dificultad alguna y en una conferencia llevada a cabo con el general Campos, en la que estuvo presente Palma, los tres se comprometieron a sacar el regimiento 11° para incorporarlo a las filas revolucionarias, y si esto no era posible, inutilizarlo.

Palma había pedido al general Campos datos sobre los otros cuerpos, pero el general le había contestado que únicamente la Junta podía proporcionarlos.

—Si desea conocerlos puedo presentarlo en una de las próximas reuniones —ofreció el general Campos, pero Palma rechazó el encuentro.

A Diego no le había gustado la mirada esquiva de Garaita, a quien tuvo oportunidad de cruzar entre reunión y reunión. Algo en su persona le disparaba una alarma incomprensible, pero que no podía dejar de escuchar.

Esa noche en la Junta en lo de Del Valle se comunicó a todos los cuerpos que la revolución quedaba suspendida hasta nueva orden.

Diego salió de allí con los ánimos por el piso y ni siquiera tuvo ganas de visitar a su prima Remedios. Al parecer todo volvía a fojas cero. La adrenalina de los últimos días lo estaba consumiendo y no veía la hora de lanzarse a la lucha, no por el ánimo belicoso ni las ganas de violencia sino por el escozor que sentía en el cuerpo y en el espíritu de estar haciendo por primera vez algo que valía la pena.

Recordó a su difunto padre y se dijo que estaría revolcándose en su tumba; Federico Alcorta había sido un acérrimo seguidor de Roca y no vería con buenos ojos a su hijo revolucionario.

Las próximas cuarenta y ocho horas estuvieron impregnadas de una inquieta expectativa para los revolucionarios. Los diarios oficiales anunciaban que el gobierno era dueño del secreto de la revolución: Garaita estaba preso y Vázquez podía serlo en cualquier momento. ¿Hasta dónde había llegado la confianza de Vázquez con Garaita? ¿Hasta dónde la de Garaita con Palma? Vázquez había asistido a la última junta de oficiales y conocía al detalle el plan militar y las fuerzas de la revolución. La lealtad de Garaita se ponía en cuestión. Se le creía de acuerdo con Palma. La prisión del coronel Figueroa y del sargento mayor Casariego, los sumarios que se iniciaban en los cuerpos, parecían demostrar que, si el gobierno no sabía todo, sospechaba mucho.

*La Nación* sintetizaba la siguiente información: “Niebla por todos lados. Un día de agitación. Revoluciones. Noticias alarmantes”. Dos días después hablaría de una conspiración militar de siete mil hombres. Lo cierto era que la revolución tenía su jefe preso, quien creía fervientemente en la fidelidad del mayor Garaita, aunque desconfiaba en su discreción para escapar de las dificultades del sumario. Garaita por su parte se había declarado revolucionario y había deslizado el nombre del general Campos.

Demaría se contactó con Diego y le pidió ayuda.

—Debemos esconder al mayor Vázquez —dijo mientras bebía un café acodado sobre la barra de un bar de la calle Florida—. Esta noche lo llevaremos a lo de Páez. ¿Puedes ocuparte?

—Por supuesto —contestó Diego, la sangre nuevamente agitada por la emoción.

El sargento mayor Vázquez debía permanecer escondido. Ya había cambiado de residencia tres veces para escapar de la policía.

—Ayer cometió la imprudencia de presentarse en el Comité, ¿puedes creerlo? —inquirió Demaría—. Y todo porque un diario insinuó que era cómplice de Palma en la traición y quería justificarse personalmente ante la Junta.

—No debe ser fácil para un hombre de su talla permanecer impasible frente a semejante acusación —contestó Diego.

—Lo sé, pero su actitud nos compromete a todos —se refería a que la policía no perdía pisadas sobre los que tenía en la mira—. El gobierno tiene en su poder la tarjeta que él mismo escribió a Palma asegurando la presencia del general —refiriéndose a Campos— en aquella reunión. ¿Cómo explicaría

la promesa? Tampoco sabemos qué ha declarado el general, y sería peligroso que cayera en una contradicción.

Esa noche, ayudado por otro civil revolucionario, Diego sacó entre gallos y medianoches al mayor Vázquez de su último escondite y lo condujo a la casa del señor Páez. Allí pasó sus días hasta la revolución.

Páez informó al resto de la Junta que el valiente oficial pasaba las noches sin dormir, desvelado a causa de la tremenda insinuación que sobre él se había deslizado.

—Es que mi honor se ha manchado —le confesó una vez a su protector.

Ante tal situación Del Valle decidió visitar al refugiado. El señor Páez lo recibió con beneplácito y lo condujo hacia el cuarto que estaba disimulado detrás de un robusto mueble de roble. Allí encontró Aristóbulo al mayor Vázquez, sumido en la peor de las depresiones, barbudo y ojoso.

La esposa de Páez les sirvió café y bollitos mientras departían.

—No se deje caer, mayor, que lo necesitaremos en pie cuando la revolución estalle —dijo Del Valle.

El otro lo miró con sus ojos apagados por esos días y con gesto impasible respondió:

—Me desespera la idea de que pueda ponerse en duda mi lealtad.

Del Valle se fue habiendo tranquilizado a medias al mayor Vázquez, con la promesa de avisarle, oportunamente, cuándo estallaría la revolución para que pudiera acudir a su puesto. También habían despejado su declaración en términos generales por si caía preso.

—Mañana iré a ver al general Campos para conocer los detalles de su declaración y no caer en contradicciones —fueron tales las palabras de despedida de Del Valle.

La Junta evitaba reunirse; todos estaban muy vigilados; de modo que esa noche Diego regresó a su casa y se encontró con la sorpresa de que su tía y su prima habían venido de visita. No tenía ganas de hablar con nadie y menos aún dar explicaciones, porque anticipaba que Remedios le reclamaría la ausencia de las últimas noches.

—¡Hijo! ¡Qué traza traes! —recriminó su madre.

La tía lo miró con indulgencia, no podía negar que se trataba de su sobrino predilecto, aunque llevara la ropa arrugada y la barba de unos cuantos días.

—Perdón, señoras —respondió él con una reverencia que arrancó una sonrisa en Tita, que ocultó tras su mano para no ofender a la dueña de casa—. Enseguida me adecentaré para ustedes. —Y sin más caminó hacia su cuarto con la negra detrás.

—Mira qué desfachatado presentarte con estas pintas —reprendió la mujer.

—¿Tú también, Tita? —la premió con una de esas miradas que la hacían enternecer.

—Tú sabes que tu madre desaprueba tus andanzas y que ya nadie cree en esta casa que te ocupas de tu bufete.

—Mis asuntos son cosa mía —contestó Diego mientras se deshacía de la ropa sucia y buscaba lo que se pondría para la cena.

—¡Tus asuntos! Deberías irte unos días a la estancia y ayudar a tu hermano con los asuntos agrícolas. Ni siquiera te despediste de él. —Sus palabras lo hicieron sentir un poco de culpa.

Era cierto, poca atención le había dedicado a Andrés, a quien, a pesar de todo, había notado apesadumbrado. No había tenido un momento a solas con él ni se había interesado en su familia ni en las cuestiones de la estancia, que también a él le concernían.

—En eso tienes razón —reconoció—. Dentro de poco le haré una visita. —Y caminando hacia la tina que Tita ya había llenado con agua añadió—: Y ahora déjame solo que ya no soy un niño para que me bañes.

—Ya, ya —protestó la negra mientras salía cargando en sus brazos la ropa sucia.

La cena transcurrió tranquila y Diego resistió estoicamente las miradas de velado reproche de Remedios, cuyos ojos negros parecían taladrarlo.

—¿Irán a la fiesta que está organizando doña Leonides de Aragón? —inquirió tía Mercedes.

—Aún no hemos recibido la invitación —contestó Teresa.

—Si me ha invitado a mí con más razón lo hará contigo, que eres la hermana dilecta de Agostina —refiriéndose a la otra hermana que tenían—. Ella y doña Leonides tienen una relación estrecha aunque por la vida que lleva nuestra hermanita menor no pueda frecuentarla demasiado.

—Yo no soy la hermana dilecta de Agostina —protestó doña Teresa, y Remedios lanzó un lánguido suspiro.

—¿Por qué siempre terminan en la misma discusión? —interrumpió la muchacha poniéndose de pie—. Diego, ¿me acompañas al jardín? Tita me dijo que hay un nuevo rosal blanco que me gustaría ver.

El aludido comprendió la indirecta y la condujo del brazo hacia la puerta ventana que conducía al jardín. Remedios tomó su mantilla antes de asomarse al frío de la noche que los envolvió de inmediato. Bien sabía él que a su prima le importaban un cuerno los rosales.

Ni bien atravesaron el patio y estuvieron fuera de la vista del comedor, Remedios le echó los brazos al cuello y lo besó con ardor.

—Me tienes abandonada, primito. —Sus labios ávidos lo besaron con pasión y él se dejó llevar por ella—. ¿Es que ya no sientes necesidad de mí?

—Tú sabes que sí. ¿Es que no lo notas? —se apretó contra ella y le hizo sentir su erección.

—¿Vendrás esta noche? —mientras lo interrogaba Remedios llevó su mano hacia la entrepierna de Diego acariciando su miembro erecto.

—No puedo hoy —se excusó él—. Mañana tengo un día muy ajetreado y vengo durmiendo poco.

Remedios lo soltó abruptamente y se alejó en dirección al rosal que había servido de excusa.

—A mí no me mientas, Diego —lo miró con sus ojos negros centelleantes—. Si tienes otra dímelo y ya.

—¿Cómo se te ocurre, tontita? —se le acercó zalamero y le rozó el cuello como sabía que a ella le gustaba—. Tú eres la única para mí. Pero debes entender que estoy enredado en asuntos que me demandan mucho tiempo y no tienen nada que ver con mujeres, —la apretó contra su pecho y la besó con pasión—. Prometo que todo se normalizará en unos días.

Al volver a la sala su madre y su tía bebían un licor.

—¿Te gustó el rosal, querida? —inquirió Teresa inocentemente.

—Sí, tía. Tiene un aroma especial —contestó ella.

—Y tú, querido sobrino, ¿qué opinas de los rumores? —preguntó Mercedes.

—¿A qué te refieres, tía? —replicó Diego fingiendo no saber nada.

—¡A lo que habla todo el mundo! El gobierno anunció que no podrá pagar la deuda; los ahorristas comenzaron a extraer sus depósitos de los bancos que quiebran en su gran mayoría y las acciones bursátiles caen estrepitosamente. ¿No tienes miedo de las finanzas de tu familia?

—No debe ser para tanto, tía. Ya sabes cómo manipulan la información los medios. Además, todos están muy impresionados por el caso Dreyffus y hasta se menciona una supuesta conspiración judía internacional para destruir la economía argentina.

Remedios permanecía sentada en un rincón con la vista perdida. Al parecer las palabras de Diego no la habían convencido, pero por el momento no presentaría batalla.

Minutos más tarde su tía pidió al cochero que las llevara a su casa y se despidieron en el recibo.



## Capítulo 16

A pesar de haber nacido en un sitio que marcaría uno de los tantos hitos de la historia argentina, Pedro Ruiz llevaba la mala semilla en su sangre. Había sido engendrado con la misma violencia que él destilaría durante toda su vida, pese a los vanos intentos de su madre para hacer de él un hombre de bien.

Sobre la margen derecha del Arroyo del Medio, partido de San Nicolás, allí donde el 11 de noviembre de 1820 se reunieron los gobernadores de Buenos Aires, Martín Rodríguez, y de Santa Fe, Estanislao López, para convenir las bases del Tratado de Benegas, se alzaba la estancia La Esperanza, perteneciente a la familia Insaurrealde.

Los primeros Insaurrealde que se afincaron en el pago de la Cañada de Roldán, nombre con que se designaba a la zona, llegaron al paraje entre aquellos que en 1784 fundaron la ciudad de San Nicolás de los Arroyos, y mantuvieron el dominio de dicha propiedad dentro de la familia.

Para aquellos que se aventuraron a esa zona todavía dominada por el indio, la vida no les fue fácil sino llena de privaciones, dificultades y peligros. Las estancias distaban unas de otras y sus habitantes debían armarse para protegerse con los pocos medios de que disponían.

Algunas de las casas parecían ranchadas con techos de quincho, dado que en una llanura desprovista de árboles era difícil conseguir madera dura, que debía traerse en carreta en interminables y penosos viajes desde las provincias del Norte que no muchos podían afrontar.

La primitiva estancia de los Insaurrealde fue consumida por el fuego, y Palmira Ruiz asistió a la construcción del nuevo edificio. La jovencita de entonces no solo asistió sino que cargó troncos, acarreó agua y prestó sus manos y sus brazos para proteger a la propiedad con una doble línea de zanjas.

Ni las duras noches de invierno ni el trabajo forzado para su cuerpo delgado y casi aninado lograron apagar la luz que brillaba en los ojos de la muchacha, enamorada perdidamente del hijo del capataz, Lisandro Moreno, un joven con porte de rey y mirada cristalina como el agua del río.

Palmira aprovechaba la oscuridad del atardecer, cuando las luces menguaban y las sombras se estiraban fantasmagóricamente para encontrarse con Lisandro más allá del molino, calmo a esa hora en que el viento se tomaba un descanso.

Entre la hierba a menudo húmeda pero mullida, los amantes se profesaban su amor que iba mucho más allá de miradas lánguidas y suspiros ahogados.

El cuerpo de Palmira pareció cobrar vida a partir de sus encuentros con su amante, las caderas se le redondearon y adquirió una forma de caminar tan sensual como el temblor que habitaba su boca de labios carnosos. Los pechos comenzaron a llenársele y Lisandro le decía que se debía a las caricias de sus manos, que no cesaban de masajearlos con placer y dedicación.

Una tarde de primavera en que Palmira venía de lavar la ropa en el río, los ojos ávidos del sobrino de la patrona, Miguel Acevedo, se posaron sobre ella. El muchacho estaba aprendiendo a ser hombre y toda su sangre se acumulaba en un solo punto de su cuerpo, allí donde la bragueta le apretaba y las piernas se separaban. Todavía no había debutado y su único desahogo consistía en las caricias atolondradas de sus manos ansiosas.

Al ver a la muchacha, tan llena de vida, los ojos brillantes, la blusa entreabierta a causa del calor de la siesta, el sudor que le corría por entre los senos y se perdía en ese valle que Miguel deseaba explorar, el joven perdió la conciencia.

Amparado por su condición de sobrino del patrón, la siguió hasta el cuarto donde Palmira estiraba la ropa para colgarla. Ella estaba distraída, rememorando su último encuentro con Lisandro. Él entró sigiloso y el piso de tierra apisonada acalló el ruido de sus pasos. La lujuria la sorprendió de un golpe.

Sin miramientos Miguel la silenció con una mano sobre su boca mientras que con la otra le levantaba la falda. De nada sirvieron los intentos de la muchacha para deshacerse de él, la calentura del muchacho podía más que la débil fuerza de sus brazos. Como ella se debatía impidiendo sus propósitos, Miguel no tuvo reparo en asestar un golpe de su puño en la frente de la jovencita que cayó desmayada al suelo. Pero ni el hilo de sangre que manó de la herida de Palmira devolvió la cordura a Miguel, que con la bragueta abierta y el pene erguido, solo quería saciarse en una hembra.

La tomó entre sus brazos y apoyó el cuerpo inerme sobre la mesa, haciendo a un lado el fuentón de lata donde aún estaba la ropa. La cara de Palmira golpeó sobre la superficie de madera y sus brazos cayeron abiertos en cruz hacia los costados. Miguel le levantó la falda, le separó las piernas y

luego de arrancar sus calzones arremetió contra ella. Sus manos sujetaban y abrían las nalgas rosadas de la muchacha, y se metían por debajo del cuerpo inconsciente para tocar esos pechos que tanto había deseado mientras la veía venir por el sendero. Su miembro entraba y salía de ella con una violencia desconocida en él, habitualmente manso y ausente. Pero esa primera vez con una mujer había sacado fuera de sí a una bestia voraz que todavía no conocía. Sus ansias lo llevaron a poseerla de manera violenta y ni siquiera cuando acabó pudo tranquilizarse. Terminó masturbándose al lado de ella, que comenzaba a despertar y sentía con horror lo que le había sucedido.

—La próxima vez te la daré por el culo —dijo Miguel antes de partir, la mirada vidriosa, las manos sucias aún con semen pese a que las había pasado por la falda de Palmira para limpiarse.

Ella se levantó de la mesa y sintió el ardor en su entrepierna. Se sintió sucia y corrió despavorida al río para lavarse.

Esa noche no durmió, escuchando atentamente los ruidos que venían del exterior, temiendo una visita de Miguel, a quien había visto durante la tarde acosándola con su sonrisa maligna y sus ojos ansiosos.

Su madre, sirvienta también en la casa, dormía plácidamente, ajena a la tragedia de la muchacha. Palmira adivinaba que la historia se repetiría: ella misma era producto de la violación del sobrino del anterior patrón, Dámaso Insaurrealde, quien nunca la había reconocido.

A la mañana siguiente el alivio la invadió al recibir la noticia: Miguel y su familia habían vuelto a Buenos Aires. Pero su tranquilidad duró poco, al poco tiempo supo que estaba embarazada.

Lisandro, que tanto amor le había jurado y a quien ella atribuyó la paternidad, huyó despavorido ante la noticia, y con la excusa de trabajo en otra estancia, desapareció para siempre.

A los nueve meses nació Pedro, a quien ella le dio su apellido, el de su madre. Al principio Palmira quería convencerse y buscaba en ese bebé de pelo claro y ralo el rasgo de Lisandro. Pero con el correr de los días las facciones del niño adquirían las que llevaría durante toda su vida: era una miniatura de Miguel Acevedo.

Por mucho que luchó Palmira, su hijo llevaba una semilla de maldad. Cuando aprendió a manejarse por sí solo en la estancia, no perdía ocasión de martirizar con sus torturas a cuanto animalito encontrara. No tenía piedad con ninguno, y más allá de las travesuras infantiles de cualquier pequeño de su edad, Pedro se ensañaba con ellos.

La madre propiciaba por todos los medios un acercamiento con la bondad que parecía haberle sido negada, pero el jovencito siempre volvía a sus andanzas.

A los quince años, luego de una discusión trivial por un asunto doméstico, Pedro osó poner mano sobre su madre. La golpeó de tal manera que tuvieron que asistirlo y el hijo huyó de la estancia. Nunca más volvió por allí y se fue con sus maldades a otra parte.

Sin embargo, Pedro seguía en la zona. Logró emplearse como jornalero en otra de las estancias del lugar y disfrazando su naturaleza con un manto de cordero, se congració con el patrón, que luego de un tiempo le permitió dormir en la casa grande.

De vez en cuando, cuando la hora de la siesta llamaba a dormir y la brisa acariciaba el prado peinando los pastos verdes, Pedro se escapaba y rondaba La Esperanza para espiar de lejos a su madre, que con la mirada apagada y la espalda encorvada, seguía de sirvienta.

Poco tiempo pasó para que los instintos de la carne lo acuciaran y lo llevaran a recorrer los lupanares perdidos en esa vasta llanura. La poca inocencia que Pedro conservaba en su virginidad fue desperdigada en vientres de matronas experimentadas, con olor a sudores ajenos y brazos carnosos más propios de una madre que de una meretriz.

El muchacho, que ya había alcanzado los dieciocho años, gastaba todo su jornal en saciar las llamadas de su masculinidad, hasta que advirtió que lo mismo que le daban esas mujeres que a menudo fingían sus orgasmos podía otorgárselo alguna señorita decente y con olor a limpio.

Comenzó a prestar atención a las damas que frecuentaban la casa grande, usualmente sobrinas y amigas de las hijas del patrón. Pero por más que Pedro intentaba acercarse a ellas ninguna le dirigía la mirada; él no era más que un peón de campo, sin instrucción ni porvenir.

De modo que el muchacho fue juntando resentimiento contra esas niñitas bien que se reían de él ni bien lo descubrían espiándolas mientras bebían el té en el patio o se asoleaban las piernas al descuido de sus madres.

Sin embargo, en una oportunidad, una de las muchachitas que visitó la estancia, se prendó de él. Tal vez fueron sus ojos de mirada decidida, tal vez su cuerpo espigado y sus brazos morenos que habían logrado tensar los músculos a fuerza de trabajo. O acaso fueron sus palabras de falsa admiración formuladas en una tarde de otoño mientras Lucecita, así le decían, recogía flores en el jardín trasero.

Pero Pedro solo quería someterla a sus bajos deseos. Con palabras de amor y promesas consiguió que la niña, porque apenas pasaba los quince años, accediera a encontrarse con él a la hora de la siesta en el cobertizo.

Luz acudió a la cita, envuelta en sus tules, con los zapatitos blancos, inapropiados para el campo, la capelina de muselina rosada como sus mejillas, el cabello suelto en una cascada de bucles y cintas, y el muchacho se conmovió. Enmudeció de repente y se borró todo el discurso y lo que había imaginado para ella. En vez de tomarla con pasión y revolcarla sobre los fardos, como tantas veces había ensayado en su mente, la invitó a sentarse y la escuchó hablar.

La niña le contó de su vida en la ciudad, de su casa en Rosario, del enorme nogal que reinaba en su patio, del colegio de monjas donde la habían tenido encerrada y del cual la habían sacado porque ella se había enfermado gravemente, a punto de morir, y las religiosas no habían querido hacerse cargo de su muerte.

—Por eso estoy tan delgada —dijo mientras Pedro la miraba con embeleso.

El tifus finalmente había abandonado su cuerpo y su madre, conmovida, la había dejado en la casa. “Basta de encierro”, había dicho. “De ahora en más se educará aquí”.

Las inocentes citas en el cobertizo duraron lo que duró la estadía de la familia de Luz en la estancia. Al partir, llevándose a ese ángel vestido de niña, Pedro creyó enloquecer. Mientras duraron sus encuentros no volvió a frecuentar los prostíbulos, pero ni bien Lucecita se fue, las urgencias de la carne le despertaron el viejo instinto y el muchacho corrió nuevamente a los brazos de las mujerzuelas. Pese a que descargaba en ellas su simiente, el alma le había quedado atormentada por el recuerdo de la muchachita.

De modo que armó un atadito con sus escasas pertenencias, agradeció al patrón todas las licencias que le había dado y se fue para Santa Fe. No le costó trabajo encontrar un empleo decente y al poco tiempo halló la casa de quien lo había arrastrado hasta allí gracias a los datos que le había dado.

La cortejó con resolución, pese a la oposición inicial del padre, que sabía que era un don nadie. Sin embargo, el amor desfalleciente de la muchacha, a quien sabían enfermiza y a quien los médicos le habían pronosticado poco tiempo de vida, y el apoyo de la madre, una dama romántica a quien habían casado por conveniencia y no quería repetir en su hija su desgracia, lograron que Pedro fuera admitido como pretendiente.

Para ello tuvieron que pasar dos años de citas vigiladas y un arduo trabajo por parte del muchacho, a quien el padre terminó aceptando, más por hartazgo que por convencimiento.

El matrimonio con Luz duró poco: no más quedar embarazada su salud comenzó a flaquear y en el parto murió.

El niño nació sano, con todo el vigor del padre y la belleza de la madre. Lo llamaron Marcos Ruiz.

## Capítulo 17

La revolución no tenía jefe militar: Campos y Figueroa estaban presos, los dos generales Viejobueno estaban ausentes, uno encargado de retener al coronel Gil, el otro en el desempeño de una comisión militar que no había podido retardar sin dar lugar a sospechas. Un nuevo general implicaba procedimientos que requerían tiempo y diligencias peligrosas en medio de las exigencias de los que no querían esperar ni un día, ni una hora; militares y civiles querían proceder inmediatamente.

El plan militar se había basado en el concurso del regimiento 11º y del batallón 9º, que debían bajar por Maldonado a Palermo para acompañar la artillería hasta el Parque. En el nuevo estado de las cosas, el regimiento 11º era el mayor peligro, porque estaba prevenido y animado su espíritu hostil hacia la revolución, porque estaba acuartelado junto con el batallón 9º y le vigilaba, y porque al primer aviso podía montar a caballo y detener la artillería en su trayecto, guerrilleándola desde las calles laterales.

El batallón 9º era la pieza principal en el tablero, pero ese cuerpo no había tenido contacto directo con la Junta, sino a través del coronel Figueroa, preso ahora en el cuartel del Retiro. ¿Cómo se comunicarían con ellos durante esos días de desconfianza y vigilancia extrema? Otra cuestión inquietaba a Del Valle: ¿se atreverían los oficiales a mover el batallón 9º faltándoles su antiguo jefe? Si el 9º fallaba, las fuerzas revolucionarias quedaban reducidas al regimiento 1º de artillería, batallones 1º y 5º de infantería, batallón de Ingenieros y cadetes de Palermo. El gobierno por su parte había aumentado las fuerzas con el batallón 2º y el regimiento 6º.

Del Valle consiguió visitar al general Campos en la prisión, y aunque había varias personas presentes consiguió datos importantes así como el consejo de esperar algunos días para la revolución. Como dato esperanzador lo autorizó a hablar con el coronel Mariano Espina, jefe del regimiento a que pertenecía el batallón 9º.

—Varios meses atrás el coronel dijo al doctor López y al doctor Alem que no había otro medio para salvar al país que la revolución. Podremos contar

con él —afirmó el general Campos.

Esa semana fue ardua de reuniones entre gallos y medianoche. Los conspiradores apenas dormían y se mantenían a café y bebidas. Alem conferenció con el coronel Espina y obtuvo la seguridad de su buena disposición.

El día viernes se reunieron desde las nueve de la mañana, para poder contar con todo el día, ya que presentían que la hora se aproximaba.

Diego asistió a dicha junta donde ya estaban Alem, Romero, Goyena y su amigo Demaría. El último en llegar fue Del Valle, retrasado por un asunto familiar.

El doctor Demaría dijo:

—Creo que hoy vamos a hacer algo; Alem piensa que no podemos demorar más tiempo, Goyena y yo somos de la misma opinión.

Entre el humo de los cigarros y la tensión de la deliberación se decidió atacar; el doctor Romero temía el regreso del coronel Gil.

—Si tal es la opinión de todos ustedes, no perdamos tiempo: hay mucho que hacer, subdividamos el trabajo —dijo Del Valle—. Conozco en todos sus detalles el plan militar porque he asistido a las juntas de los oficiales, y me encargaré de adoptar las medidas necesarias para que se cumpla al pie de la letra.

—Doctor Goyena, usted se encargará de las órdenes relativas a la escuadra —indicó Alem—. Yo me ocuparé de los elementos populares junto al doctor Alcorta.

Diego asintió mientras se ponía de pie; tantas horas sentado le adormecían los músculos.

Durante todo el día la casa se convirtió en un entrar y salir de personas que recogían sus órdenes y desaparecían.

El coronel Figueroa dio aviso por medio de un miembro de la Junta que tenía permiso para salir esa noche del cuartel donde se hallaba preso. De inmediato se inició el plan para liberar al general Campos.

El único escollo era que el coronel Espina, a quien no se le habían dado detalles de la conformación de las fuerzas, creía que era el único elemento militar y, por tanto, debía ser el jefe.

En la reunión mantenida entre Alem, el coronel Espina y el doctor López, el militar anunció que no se pondría a las órdenes de Campos.

—No se me debe pedir en este momento que me ponga a sus órdenes —dijo mientras masajeaba su bigote—. Podríamos compartir el mando, tomando yo la división Norte y él la del Sur, o constituir una junta directiva



de que ambos formáramos parte. Entro en la revolución por patriotismo, pero no hay motivo para que renuncie a la gloria militar que me correspondería, legítimamente, después de afrontar tantos peligros y de realizar con éxito una empresa llena de dificultades.

Del Valle no pudo explicarle que toda la oficialidad de los cuerpos obedecía a las órdenes de la Junta y que tenía que limitarse a consideraciones de otro orden, especialmente las que los obligaban, como caballeros, a no retirar ni disminuir el mando del general que ya habían designado y cuya vida corría peligro por causa de la revolución.

Al no lograr un acuerdo con el coronel Espina, se convino que si la Junta modificaba su resolución se le comunicaría esa misma noche a las doce por intermedio del doctor López, quedando luego de esa hora en recíproca libertad y sin otro compromiso que el de preservar lo que habían hablado hasta ese momento.

La tensión se evidenciaba en los rostros enjutos de esos hombres cuyo afán era salvar la patria de los desmanes del gobierno de turno. Diego había bebido tanto café que tenía la boca amarga y ni el sabor del cigarro logró apaciguar su malestar. Ya había limpiado el arma que usaría esa misma madrugada, se había puesto la ropa de combate recomendada por los expertos en artes bélicas, dado que él era un hombre de ciudad, y esperaba ahora el momento exacto de la partida.

Se había convenido que todos los batallones debían salir de sus cuarteles a las cuatro en punto de la mañana, en dirección al Parque, siguiendo el itinerario previamente marcado. El santo y seña de la revolución que se esparció por todos los cuerpos era: patria o muerte.

El obstáculo lo presentaba el mayor Toscano, segundo jefe del cuerpo del batallón 10°. Era un hombre perteneciente a la mejor escuela del ejército argentino, vivía en el cuartel, era de los primeros en levantarse y de los últimos en retirarse. Jamás salía después de la lista de la tarde, en cambio solía aparecerse en la guardia a las dos o tres de la mañana. Los soldados no le tenían cariño porque era reservado y seco, pero le respetaban y obedecerían sus órdenes. El general Campos estimaba sus sólidas cualidades de soldado y lo tenía como un jefe circunspecto, vigilante y cuidadoso, excesivamente dedicado al cuerpo.

Para salvar tal dificultad se había decidido narcotizarlo con una droga recetada por el doctor Torino, y si tal plan fallaba, un grupo de diez o quince jóvenes resueltos de la familia del general Campos, ya que no querían que

oficiales fueran empleados en actos de fuerza contra sus superiores, se quedarían en el cuartel para impedirle movimiento.

Todos los cuerpos ya habían recibido los faroles que servirían de señal y a las dos de la mañana, sufriendo el frío de la noche, Del Valle e Hipólito Irigoyen partieron hacia la casa del doctor Romero, donde los aguardaba el coronel Figueroa, a quien no veían desde el día en que fue preso. Luego de una breve conversación se dieron cita para las tres y media de la mañana en el cuartel de artillería.

Cuando Del Valle se enfrentó con el Colegio Militar vio que de sus muros se desprendía una sombra; avanzó y alguien dijo:

—¡Quien vive! —Estaba a dos pasos de distancia y reconoció al cabo Hermelo. Segundos después se estrechaban en un abrazo lleno de emoción.

—Estoy pronto —susurró el cabo—. Treinta o cuarenta de los compañeros ya están vestidos.

—Espere que salga la artillería y nos vamos para el cuartel —respondió Aristóbulo.

El oficial de guardia los reconoció y los hizo entrar. Los oficiales de artillería habían acordado que la noche de la revolución se pusiera al frente del regimiento el capitán Rojas, por ser el más antiguo.

—¿Y el capitán Rojas? —inquirió Del Valle.

—Ha desertado —contestó un oficial.

Aristóbulo recordó que el capitán Rojas había asistido a una reunión de oficiales celebrada en casa del doctor Sunblad y que había sido uno de los que había insistido en la conveniencia de que el movimiento tuviera lugar de noche, para que la artillería saliera sin dificultad. Más tarde se enterarían de que durante esos días el capitán servía al gobierno y había recibido un ascenso.

El coronel Figueroa ya había llegado, montaron a caballo y avanzaron. Salieron por la puerta de Belgrano y se toparon con el grupo de cadetes del Colegio Militar dirigidos por Hermelo. Con sigilo y sin sonido llegó al batallón 9º y el coronel Figueroa se adelantó para hablar con sus jefes. Volvió al momento:

—Todo va bien —informó a Del Valle—. Pero es conveniente que usted hable con el comandante García.

Cuando Del Valle se aproximó a este sus primeras palabras después del saludo fueron:

—¿El coronel Espina toma participación en este movimiento?

—No es seguro, pero es posible —dijo Del Valle, aún con dudas sobre la presentación del coronel a quien se le había negado la conducción.

—¿Y el general Racedo?

—Puedo garantizarle por mi honor que el general ha cooperado en él.

—Está bien —replicó el comandante García—. Ahora ustedes pueden contar conmigo hasta la muerte.

Continuaron avanzando y recogieron en el camino a la guardia de la penitenciaría y el batallón 10º, cuyos oficiales habían puesto en libertad al general Campos.

La visión de más de cuatrocientos cívicos que estaban arriba de las azoteas de los edificios circundantes, armados y municionados, listos para el combate, los llenó de ánimos.

Alem aguardaba expectante y con la impaciencia propia de quien espera una difícil misión, reloj en mano a cada momento, miradas ansiosas hacia la puerta del Parque. ¿Por qué no llegaba la columna de artillería?

El coronel Irigoyen, que había bajado para observar los alrededores, le anunció poco antes de las cinco que el 5º e Ingenieros llegaban al Parque. El 5º venía con un grupo de civiles organizados por Torino y Honores, y encabezados por el teniente Bravo; entre estos se contaba Diego Alcorta.

El cielo dejaba atrás su negrura y comenzaba a teñirse de un color rosado; algunas nubes interrumpían la uniformidad y las siluetas, disimuladas por la noche, tomaban formas. Un nuevo día nacía y con él una nueva esperanza.

Al rato llegó la columna revolucionaria a Plaza del Parque después de una marcha sin inconvenientes: ni el 11º había agredido al 9º, que salió del cuartel muy temprano para el ejercicio de tiro, ni la artillería había sido atacada por nadie. Los cadetes del Colegio Militar salieron sin ser sentidos.

Como gusanos que avanzaban por las calles desiertas y envueltas en la neblina del amanecer, todos fueron arribando al punto de reunión. Todo indicaba que habían sorprendido al enemigo dado que durante la marcha habían ido apresando y desarmando a los vigilantes y rondines policiales que hallaron a su paso.

El coronel Espina, para sorpresa del resto, acudió desde el primer momento, y se condujo con una bravura inigualable.

La primera parte del plan se había ejecutado a la perfección y los ánimos de los revolucionarios estaban en alza.

—Hemos superado la primera etapa —dijo Diego a Alem, sobre quien tenía especial admiración—. Mire, allí viene el general Campos.

Por la puerta del Parque avanzaba la columna encabezada por el general, que había sido rescatado exitosamente de su prisión sin siquiera dispararse un solo tiro. Gritos de alegría de la tropa interrumpieron los murmullos del amanecer cuando la división entró al Parque.

La Junta Revolucionaria completa estaba ya en el Parque; las fuerzas se habían reunido sin el menor contratiempo. Gritos de alegría partían de las azoteas adornadas por los jóvenes entusiastas; el triunfo se sentía en la sangre aún no derramada.

Los miembros del gobierno revolucionario reclamaron la presencia del general Campos para comenzar la acción.

—Opino que es necesario buscar el consenso de los demás cuerpos de la guarnición —dijo con su voz grave y modificando levemente los planes minuciosamente trazados—. Enviaremos una nota perentoria, una intimación: si no se adhieren a la revolución dentro del plazo de dos horas, serán considerados enemigos y tratados como tales.

El procedimiento escrito y el plazo perentorio no eran del agrado de los miembros del gobierno; Demaría especialmente se mostró reacio y lo comentaría más tarde con Diego. Pero el plan fue aceptado, por deferencia a la opinión del general que tenía razones para creer que la intimación sería decisiva en cuerpos como el 6º, donde había oficiales dispuestos a secundar la revolución, o como la escuela de cabos y sargentos, cuyo jefe estaba comprometido formalmente y que no había acudido al movimiento.

Alem redactó la intimación en los términos indicados y la mandó a los jefes de los cuerpos y al jefe de policía, por intermedio de ciudadanos, entre ellos el señor Oliver.

—No sabemos dónde pueden estar las tropas del gobierno, temo que si enviamos columnas del ejército sean atacadas por retaguardia y batidas —dijo el general—. Mientras aguardamos la respuesta autoricemos a la tropa a comer algo. Y si no se entregan, los haremos pedazos con los elementos de que disponemos, carajo.

Diego conversaba con Demaría quien le refería sus temores ante el cambio del plan inicial. Si no adelantaban darían tiempo a las fuerzas del gobierno a concentrarse.

La mañana avanzaba, la niebla se había levantado y la tropa tomaba mate, ansiosa, la sangre caliente a punto de explotar. Tanta preparación para acabar viendo el cielo aclarar sin siquiera un enfrentamiento.

A las seis treinta apareció el señor Eugenio Garzón, a informarse de lo que ocurría, y Alem le entregó el manifiesto de la revolución para que lo

llevara al diario *La Nación*.

—Que se imprima y empiece a circular en toda la ciudad —pidió.

El manifiesto no se había impreso antes por temor a una imprudencia; la vida de muchos implicados estaba en juego y los revolucionarios habían tomado sobre sí una gran responsabilidad. Sus intenciones eran puras, su juicio, reflexivo, e hicieron lo humanamente posible para desempeñar bien sus deberes, aun cuando alguna vez se hubieran equivocado o no hubieran previsto las emergencias posibles.

Los minutos transcurrían, y la tranquilidad y sensación de triunfo se esfumaban. Diego avanzaba entre los soldados acantonados y oía constantemente las siguientes preguntas:

—¿Qué haremos? ¿Por qué no salimos de aquí?

Los ojos azules de Diego recorrieron el entorno y sintió por sus venas la misma excitación que latía en los soldados. Se acercó con cautela a Demaría, que bebía café con la vista perdida y le dijo:

—Están todos muy nerviosos. ¿Qué pasa que no avanzamos? El plan era perfecto, no debemos perder más tiempo.

—Tienes razón, hablaré con Alem.

Demaría se alejó y Diego ocupó su sitio en un taburete improvisado. Lo vio hablar moviendo sus manos y luego ambos se dirigieron junto al doctor Romero en dirección al general Campos.

—General, me parece que si permanecemos acá vamos a dar lugar a que el gobierno reconcentre sus fuerzas —opinó Alem, con respeto al rango de su interlocutor pero con una firmeza que no dejaba lugar a dudas sobre lo errado de la decisión de aguardar.

—Tanto mejor —contestó el general para perplejidad de sus oyentes—. De esa manera concluiremos de una sola vez y sin exponernos a los riesgos de dispersar nuestros batallones. El gobierno no tiene artillería, si resiste, seguramente lo batiremos.

Otros miembros de la Junta y jefes subalternos intentaron hacer cambiar de actitud al general, pero para todos tuvo la misma respuesta.

Entretanto, ni Roca ni Levalle habían sido detenidos. El primero se había reunido con Pellegrini y deliberaba sobre la actitud a adoptar. Finalmente aconsejaron a Juárez a abandonar la ciudad y el presidente aceptó la propuesta.

Apresuradamente se armó un convoy ferroviario que lo llevó a Campana; Pellegrini quedó a cargo de la represión, secundado por el ministro de Guerra,

general Nicolás Levalle, que por su cuenta ya había adoptado algunas medidas.

En los alrededores del Parque varios cantones cívicos esperaban armados. Desde el balcón de Piedad y Talcahuano, rifles y escopetas apuntaban amenazadoramente; las boinas blancas, con que se distinguían los cívicos, destacaban entre la negrura de sus ropas.

La ciudad comenzaba a despertar y la noticia cundió rápido entre sus habitantes. Muchos padres se preguntaban dónde estaban sus hijos, que hacía días andaban ausentes y no habían dormido en casa.

Doña Teresa Alcorta, sin embargo, estaba tranquila. Diego les había dicho que partía en viaje durante unos días, asuntos de su bufete lo requerían en otro sitio que no venía al caso detallar.

Antes de irse se había llevado algunas cosas que había dejado en casa del señor Páez, por si las necesitaba. Como sabía que la revolución requeriría de su presencia unos cuantos días, prefirió dejar a su familia en la paz de la mentira antes de la incertidumbre de la lucha.

El gobierno, recibida la intimación, comenzó a organizarse y cercó los alrededores de la plaza Lavalle con un precario dispositivo militar que impedía a los revolucionarios abandonar su sitio.

La línea de cantones ocupados por vigilantes inició el ataque alrededor de las ocho y media de la mañana. La revolución quedó reducida a defenderse en el Parque.

—Sabía que esto era un error —dijo Demaría a Diego. Estaban tirados en el suelo, las cabezas escrutando la escasa línea de visión por donde podían avistar al enemigo.

Ambos empuñaban la escopeta pero aún no habían disparado. El ruido de los tiros resonaba en los oídos e impedía la comprensión de las palabras que generales y oficiales se gritaban unos a otros. Las nubes de polvo a causa de tantos fogonazos empañaban la visión de uno y otro lado. El fuego era fuerte y crecía segundo a segundo.

Los aullidos desgarradores de los heridos quebraron por momentos la sensación de triunfo que aún conservaban los revolucionarios en el alma. Se improvisaron tiendas de enfermería y los médicos que formaban parte acudieron a asistir a los heridos.

Cerca del mediodía el fuego no cesaba. La noticia de que el presidente Juárez había huido dio nuevos ánimos a la tropa, que resistía la ofensiva del gobierno. Pero el ataque no menguaba y los muertos y heridos se iban acumulando. Fue necesario trasladar a algunos moribundos a casas de

familias comprometidas con la revolución, para que recibieran asistencia adecuada. Los sacaban en andas entre dos e intentaban burlar el cerco escapando por la parte posterior del Parque, donde la milicia leal era menor.

Así como los heridos salían, el pueblo acudía en busca de armas. Tanto los civiles como los militares lucharon con valor y coraje. Diego estaba irreconocible: sucio por reptar en el suelo, el cabello más rebelde que nunca, manchas de sangre en sus manos y en sus ropas dado que había asistido a un soldado que exhaló su último suspiro entre sus brazos. La visión del muchacho, un cadete del Colegio Militar, casi un niño, contorsionándose de dolor mientras la muerte le arrancaba la vida, lo perseguiría durante mucho tiempo.

Al ver que nada podía hacer por él, le cerró los ojos y lo tapó con una manta. Volvió a la lucha con la sangre rugiéndole en las venas y disparó a mansalva.

Escuchó entre los ruidos de la metralla la voz del general Campos que informaba que todo iba bien, que tenían al enemigo dominado, pero no le creyó. Los cuerpos se acumulaban y el fuego no se detenía.

Cerca de las dos de la tarde llegó al Parque el señor Legarreta y pidió hablar con Del Valle: traía una propuesta, aparentemente de Roca y Pellegrini. Quería saber si era posible poner fin a la lucha con la renuncia del presidente Juárez.

El gobierno revolucionario se reunió de inmediato para tratar el asunto y prevaleció la opinión de que la proposición era inaceptable.

—La revolución se ha hecho para salvar al país de la ruina a que nos arrastra una administración desastrosa —dijo Alem—. Debemos volver a un gobierno constitucional, y para ello no basta la simple separación del doctor Juárez mientras subsistan el Congreso y los gobiernos de provincia que constituyen su sistema político.

La noche cayó y un cambio de fuerzas de artillería en el Parque llamó la atención de Del Valle, quien se acercó al general Campos para preguntarle el porqué.

—Tengo sobrados motivos para creer que al amanecer las fuerzas del gobierno traerán un ataque decisivo, de modo que les facilitaré la agresión retirando las fuerzas de avanzada —dijo para perplejidad de Aristóbulo—. Si encajonamos al enemigo en una calle o plaza será más fácil combatirlo.

—Juzgo inconveniente el retiro de las piezas, general —argumentó.

—Déjeme, doctor, facilitarles el ataque y verá cómo, en cuanto se encajonan, los hago pedazos.

Aristóbulo partió no muy convencido, no entendía por qué las tropas revolucionarias no avanzaban cuando el enemigo retrocedía; pero los informes del general eran buenos.

Por la noche el fuego cesó en una calma aparente, interrumpida solo por los quejidos de los heridos que aún no habían podido ser trasladados a los domicilios donde recibirían atención.

Diego fue encomendado junto a otro civil para llevar a un soldado, que había recibido un impacto de bala en el brazo, a casa de un pariente de Demaría. Con la destreza adquirida recientemente en sus prácticas previas, Diego montó al caballo que le habían señalado y su compañero cargó sobre la grupa al cadete herido. El otro hacía de escolta y se perdieron por las oscuras calles de la ciudad en la dirección señalada. Para no alertar a las tropas leales habían envuelto los cascos de los caballos con telas.

En el domicilio les abrió una negra madura a quien acababan de sacar de la cama, que los recibió con cara de pocos amigos, pero que al escuchar el nombre de Demaría, los atendió como a reyes.

—La señora duerme, pero ya la llamo —anunció luego de acomodar al convaleciente en una habitación.

Ramona desapareció por el pasillo oscuro y Diego y su compañero aguardaron a la dueña de casa. A los pocos minutos apareció la señora, impecablemente vestida y sin visos de malhumor por haber sido arrancada de su descanso.

—¡Diego Alcorta! —dijo al reconocerlo.

—¿Nos conocemos? —inquirió el nombrado.

—Claro que sí —informó doña Leonides—. Soy amiga de tu tía, sor Renunciación. —Doña Leonides rogó para que Victoria no apareciera.

—Perdone, señora, no la recuerdo. —“Mejor así”, pensó la dueña de casa.

—¿Cómo va todo? ¿Y Marianito? —preguntó ansiosa.

Demaría le había informado de la relación que lo unía con esa mujer que se había ofrecido en caso de ser útil a la revolución.

—Muchas bajas, pero él está bien. —Se pasó una mano por la frente, que sentía sudada a pesar del frío de la noche.

—Vengan —dijo tomándolos del brazo—. Ramona, llama a Lulú y ocúpense del muchacho. Dile a Silverio que vaya por el doctor Mecena.

Los condujo a la cocina y ella misma les preparó unos bocadillos.

—Ustedes tienen pinta de no haber comido —les acercó las bandejas y tanto Diego como su acompañante comieron con fruición.

Al terminar, ella les sirvió licor.



—Para pasar la noche, que imagino será larga.

Los hombres bebieron en silencio y previo agradecer salieron a la noche.

## Capítulo 18

Marcos Ruiz fue criado por su padre, quien mortificado por la prematura muerte de su esposa sacó a la luz su innata naturaleza vil. Sus suegros se dieron cuenta enseguida de la caída del disfraz con que se había cubierto para lograr la aceptación de la familia y lo soportaban solo para que no les arrebatara al nieto, que se había convertido en el solaz de sus vidas.

El bebé fue alimentado por una nodriza que hizo su infancia más llevadera y Marcos apenas sintió la carencia de la madre, que fue olvidada en los recovecos de su alma, ya que su único vínculo se remontaba a su vida intrauterina.

A los diez años Marcos era un muchacho bello y fuerte; había heredado los rasgos delicados de la madre y la firmeza del cuerpo del padre. Su carácter aún no se definía y oscilaba entre la inocencia y la perversidad.

Pedro, que por esas épocas trabajaba en un saladero, lo dejaba varias horas al cuidado de la abuela, dado que no podía llevar al pequeño con él. Pero al regreso lo arrebatava de los brazos tiernos de su suegra y se encargaba de él hasta el día siguiente, cuando partía al alba dejándolo dormido.

El vínculo entre padre e hijo era firme y se veía en los ojos del pequeño la admiración que sentía por su progenitor.

Los fines de semana Pedro lo llevaba de paseo, a veces alquilaba un carro para llevarlo al campo y pasaban todo el día de cacería o de pesca, según los deseos del niño.

Al cumplir los quince Marcos sintió el llamado del deseo y fue su padre quien lo llevó a debutar en los placeres de la carne.

Caminaron bajo el sol fuerte de la siesta hacia una casita alejada del centro urbano. Se veía pulcra, las paredes blanqueadas, macetones con flores, cortinas prolijamente colgadas en las ventanas; pese a todo, la pobreza brillaba y se esparcía por la vivienda.

Pedro palmeó las manos y apareció una mujer seguida de tres niñitos desaliñados, de cabellos largos que hacían su sexo incierto. No era la primera

vez que el hombre iba por allí y una ligera sonrisa en el rostro de la dueña dejó ver que le faltaban unos cuantos dientes.

Sin palabras, con una inclinación de cabeza, los condujo hacia el interior. Ordenó a los pequeños que fueran al patio a jugar y guio a los visitantes hacia una habitación cerrada bajo llave.

Marcos miraba con desconfianza a su alrededor, pero la certeza de su padre lo envalentonaba.

La mujer giró la llave, tomó el puñado de billetes que Pedro puso en su mano y que deslizó inmediatamente hacia el bolsillo de su delantal, y les abrió la puerta.

La jovencita, alerta ante los pasos y el ruido de la llave, estaba agazapada en un rincón de la pieza en penumbras. No había ventanas, el sitio parecía una prisión, y el olor a sudor y humores ajenos golpeó el rostro de los visitantes ocasionando distintas reacciones: Pedro sintió de inmediato el olor a sexo y su miembro se conmovió; Marcos en cambio sintió asco, pero ante la palmada de aliento de su padre se animó.

La puerta se cerró llevándose a la mujer, y la jovencita, casi una niña, los miró con odio. Recordaba bien a ese hombre a quien su madre le había vendido su virginidad hacía ya más de un año. Él no había tenido consideración con ella y la había lastimado sin piedad con sus embates de animal en celo. Luego habían pasado otros por su cuerpo, pero ella odiaba a aquel que le había robado la inocencia.

El resentimiento cedió ante el desconcierto: nunca venían de a dos. Seguramente su madre recibiría esta vez el doble de dinero.

El muchacho exhalaba tanto temor como ella y eso la tranquilizó de momento.

Sin reparar en los pensamientos de la esclava, Pedro empujó a su hijo hacia el catre.

—Vamos, es toda para ti —dijo con mirada libidinosa, recordando sus encuentros anteriores y la tarde en que la había desvirgado.

Marcos, tímido y cohibido ante quien sabía era una víctima, quedó tieso, sin reaccionar.

—¿Quieres que te enseñe? —inquirió su padre con una sonrisa burlona, y como el hijo no contestara caminó hacia el lecho.

Estiró la mano para tocar a la jovencita pero esta dio un salto y escapó. Ante el desaire frente a su hijo, el hombre enfureció y la arrinconó contra la pared. La tomó de los cabellos y la llevó hacia la cama.

—¡Así no, padre! —pidió Marcos, pero sus pedidos cayeron para estrellarse contra el piso.

El joven vio con horror cómo su padre arrancaba la ropa de la niña, que se debatía con uñas y patadas. Su padre parecía feliz ante el desafío, se sabía más fuerte y avizoraba el triunfo tantas veces repetido.

La muchacha finalmente se rindió, conocía el poder de ese hombre implacable y temía que la lastimara, herida su hombría frente al jovencito.

—Así, hijo, así —decía Pedro, los ojos inflamados, las manos apretando los pechos pequeños de la niña, las caderas adelantándose y penetrándola una y otra vez con su pene insaciable.

Cuando acabó tomó su miembro con una mano y lo limpió en las piernas de su víctima que volvió el rostro, asqueada.

Marcos estaba contrariado: la pena que le inspiraba la joven luchaba contra la excitación que nacía en su entrepierna y se expandía por todo su cuerpo. La visión de la chica desnuda, el acto desesperado de su padre, el olor a sexo y su propia adolescencia empujando sus hormonas, lo llevaron a quitarse la ropa y ocupar el mismo sitio húmedo que Pedro acababa de abandonar.

Si bien logró vaciarse en la muchacha, la sensación no tuvo la magia largamente imaginada. Ella yacía inmóvil debajo de él y lo miraba con sus grandes ojos fijos en su rostro casi infantil.

Pedro fumaba en un rincón y lo arengaba con palabras obscenas, para terminar masturbándose bajo la mirada sorprendida de su hijo.

Esa nueva complicidad que Pedro había auspiciado forjó en ellos una profunda relación que más que de padre e hijo parecía de hermanos.

Marcos compartió su adolescencia y sus despertares con su padre, y cuando este tuvo que partir de la ciudad, el muchacho lloró como nunca lo había hecho. Pedro nunca le dijo las verdaderas razones, inventó excusas de trabajo, relaciones importantes que no existían y partió para Buenos Aires. Desde allí le escribía a su hijo largas cartas a casa de sus abuelos, y este las contestaba a un puesto del correo adonde Pedro las retiraba.

Así se enteró Marcos, años más tarde, de la nueva familia de su padre. “Tengo una mujer y dos hermosas hijas, una es apenas una bebé, la otra está entrando en la adolescencia, ya tendrás la oportunidad de conocerlas ni bien pueda organizar mis asuntos para que nos visites”. Pero Pedro siempre demoraba su tan ansiado viaje a Buenos Aires con excusas que Marcos devoraba en sus cartas.

El hijo nunca supo que su padre había escapado de Santa Fe porque había matado a una niña de catorce años a la que había violado en un descampado.

## Capítulo 19

En las primeras horas del domingo 27 de julio se inició el fuego terrible que llenó de espanto a la ciudad. Las bajas de ambos bandos eran parejas pero los revolucionarios se quedaban sin municiones. Los soldados aún no lo sabían y su espíritu continuaba entusiasmado.

Las primeras luces del día mostraban el edificio del Parque de Artillería, de tipo colonial, con algunas piezas en altos hacia la plaza y un muro chato y liso que contorneaba toda la manzana.

El barrio del Parque quedaba en los suburbios, casi todas las construcciones eran bajas; el crecimiento de la ciudad lo invadía rápidamente por el norte, pero hacia el sur continuaba siendo el maldito barrio de las mancebas de lujo, burdeles sórdidos, tabernas de maleantes y otras lacras de las grandes ciudades.

La única entrada del cuartel daba a la plaza. En el fondo del ancho portal se destacaban, como trofeos de guerra, el Criollo y el Cristiano, dos cañones enormes y primitivos, fundidos por indomables paraguayos en las últimas horas de la guerra, uno con metal de los utensilios de cocina y el otro con el de las campanas de las iglesias.

Antiguamente el Parque había sido plaza de armas y refugio de varios cuarteles, pero actualmente estaba destinado a unas pocas oficinas militares en el frente y cuadras para maestranzas y depósitos de fusiles, cañones, vestuarios y municiones.

Diego se arrastraba entre las defensas que se habían desplegado a modo de barricada porque había visto caer a su amigo, el periodista Agustín Mejía.

—¡Agustín! —se acercó a su lado reptando entre los escombros que había dejado el estropicio de tiros sucedidos a lo largo de todo el día anterior y vio al muchacho convulsionarse en medio de un charco de sangre—. ¡Agustín! —repitió con temor.

Su amigo yacía desmayado, un hoyo oscuro reinaba en su vientre y la sangre parecía haberse concentrado allí, vaciando el resto de su cuerpo que tomaba una súbita coloración blanquecina.

—¡Jiménez! —llamó inútilmente porque los ruidos de las descargas impedían que fuera escuchado.

Diego miró a su alrededor y vio que todos estaban concentrados en apuntar hacia el enemigo, escopeta en hombro, mirada de lince y manos de hierro. Los pocos que no disparaban se hallaban en la recuperación de otros heridos que se iban acumulando a un costado, protegidos por la trinchera que habían improvisado.

Nada parecía anticipar un triunfo, más bien se gestaba una masacre. Había escuchado a Demaría, que disparaba en otro sector, decir que quedaban pocos tiros. ¿Sería cierto? De ser así el final se avizoraba pronto.

En la desesperación de ver que su amigo moriría si no detenía el torrente que manaba de su herida, Diego cortó un trozo de su camisa y lo introdujo en el agujero oscuro de la herida. Apretó para detener la sangre y buscó con la mirada a quien pudiera socorrerlo. En eso vio venir a Jiménez, un soldado que tenía conocimientos médicos y que se aprestó a auxiliarlo.

De repente una explosión lo dejó sordo y ciego, sintió un inmenso calor en su pierna, un grito de espanto a su lado y todo quedó oscuro.

La casa estaba vigilada y Mariano Demaría tuvo que acercarse por el portón trasero destinado al coche. Silverio ya de nada se asombraba, desde la noche anterior que estaban trayendo heridos a la casa que ya parecía un hospital.

La señora Leonides indicó que cargaran a los heridos, tres esta vez, y que los ubicaran en los cuartos que todavía quedaban libres. Luego ordenó a Ramona y Lulú que asistieran a los enfermos y se encaminó hacia la sala con Demaría.

Sirvió una bebida fuerte a su sobrino político mientras le preguntaba:

—¿Hasta cuándo durará esto?

—Poco más podremos resistir. El general Campos informó que nos quedan pocas municiones. —Al oír esto la mujer llevó sus manos a la boca en señal de pánico—. De querer avanzar solo nos alcanzarían para una hora.

—¿Es posible que se hayan aventurado a tal misión sin conocer el respaldo que tenían?

—Según nos habían dicho había 560.000 tiros de rémington en el Parque. Pero el encargado de los depósitos, Pedro Sequeiros, acaba de decirnos que solo existían 200.000 tiros.

—¡Por Dios, hijo! Será una masacre.

—Ya están hablando de un armisticio —contestó Demaría, desanimado.

—¡Qué desperdicio de vidas tan jóvenes! —Uno de los cadetes del Colegio Militar había fallecido en la madrugada, nada habían podido hacer para retenerlo en la vida.

—Debo irme ahora, pero le ruego salve a estos hombres —tomó las manos de la señora y las besó—. Dos de ellos no son soldados y sin embargo prestaron un excelente servicio a la causa.

—Ve tranquilo, hijo.

Luego la mujer se encaminó hacia las habitaciones donde estaban los recién llegados. Uno de ellos era un jovencito esmirriado con aspecto aniñado, pero pese a todo tenía todo el uniforme militar. Tenía una herida severa en uno de sus brazos que Ramona estaba limpiando a la espera de la llegada del doctor.

—Tiene fiebre, señora —informó la negra—. Le puse ruda debajo de las axilas y Lulú está preparando el ungüento.

—¿Y los otros?

—Uno está muy mal, tiene un escopetazo en pleno vientre, no creo que salga de esta. La señorita Victoria lo está aseando. —En el estado de la situación todos estaban de servicio en ese hospital improvisado.

—¿Silverio fue por el doctor? —preguntó doña Leonides mientras examinaba al herido.

—Sí —la negra hizo una pausa para enjuagar el trapo con que limpiaba la herida aún sangrante—. Del tercero nadie se ocupó todavía, tiene una herida en la pierna.

—Iré a ver —Leonides abandonó la habitación y cruzó el pasillo en donde la luz del día bañaba las paredes iluminando con su esperanza clara.

Al entrar se halló con un rostro conocido bajo las manchas de mugre y sangre.

—¡Diego Alcorta! —musitó. El hombre había estado el día anterior trayendo heridos. “Tendría que informar a sor Renunciación”, pensó.

Tocó su frente y la halló hirviendo. Miró su estado general y se dijo que era bueno. “Tal vez tenga que resignar la pierna, pero vivirá”. Rasgó el pantalón por donde manaba sangre de un corte profundo e irregular que había ocasionado las esquirlas del cañón a la altura del muslo. Fue por un recipiente de agua tibia y trapos para limpiar. En el pasillo halló a Victoria que salía del cuarto de enfrente, la mirada desanimada, las manos manchadas de sangre.

—Hija, ayúdame. Ve a traer más agua y lienzos para limpiar a este muchacho.



Victoria obedeció sin preguntar. Desde la noche anterior que estaban asistiendo a los heridos, no habían comido ni dormido y estaban exhaustas. Todavía no entendía por qué una mujer como doña Leonides se había mezclado con la revolución; ya habría tiempo de preguntar.

Fue hasta la cocina y tomó agua de la gran olla que hervía sobre el fogón. Buscó en una alacena paños limpios y regresó al cuarto donde la aguardaba la dueña de casa.

Doña Leonides estaba desnudando al herido dado que sus ropas estaban sucias, ensangrentadas y polvorientas, con riesgo de ocasionar una infección mayor a las heridas. Ya había cortado su chaqueta y su camisa, de la cual quedaban jirones apenas sostenidos por los hombros anchos y altos del inconsciente. El pantalón lo había rasgado también dejando a descubierto la profunda lesión en el muslo. Solo quedaba un trocito de tela que cubría sus intimidades y que por pudor en relación a Victoria, Leonides no había quitado. Ya le pediría a Ramona la ayudara y cubriera al hombre.

Al acercarse Victoria al lecho del desfalleciente algo en su rostro sucio le trajo recuerdos. De inmediato vino a su memoria el abogado sobrino de sor Renunciación que había intercedido por ella para que saliera de la prisión. Un ligero estremecimiento en su pecho dio vuelo a una mariposa que terminó en un suspiro de sus labios rojos.

—¿Quién es este hombre? —preguntó ante la sorpresa de doña Leonides, que no esperaba la pregunta.

—Es Diego Alcorta. —Pero sus palabras no despejaron sus dudas.

—¿Es soldado? —inquirió mientras ayudaba a limpiar la lesión, intentando no mostrarse demasiado interesada.

—Es abogado.

La mirada gris se encontró con la de la mujer y decidió ser sincera con ella, después de todo doña Leonides conocía su historia.

—¿No es el sobrino de sor Renunciación? ¿El que logró que saliera de prisión? —murmuró temiendo que alguien más, incluso el herido, la escuchara.

—Es él, Victoria. —Y al ver el temor en los ojos de la jovencita agregó —: No temas, ni siquiera reparó en ti, ¿recuerdas? —Victoria le había comentado de su remordimiento al no haberle agradecido nunca lo que había hecho por ella—. Ahora tendrás oportunidad de saldar tu deuda. Vamos, no te quedes ahí pasmada, ayúdame.

Entre ambas terminaron de asearlo y limpiaron su herida, que era profunda en la pierna y leve en el resto del cuerpo. Las esquirlas del cañón

habían impactado en su pecho, en sus brazos y aun en el cuello. Algunas habían ocasionado solo un rasguño pero otras habían arrancado trozos de carne dejando un hueco rosado y sangrante.

Diego permanecía inconsciente, por momentos gemía y deliraba, nombrando a un tal Agustín. La fiebre alta lo sumía en una pesadilla en la que las mujeres a su alrededor no tenían cabida y murmuraba palabras sin sentido.

Una vez que hicieron todo lo que podían hacer por él fueron a ver a los demás hombres que habían llegado el día anterior y que se estaban recuperando lentamente pero con ganas de volver a la batalla. Todos eran varones de temple, aún los que no eran soldados, y tenían en mente regresar a la lucha.

—Usted no irá a ningún lado mientras esté bajo mis cuidados, —dijo doña Leonides a un coronel que amenazaba con irse—. Apuesto a que ni siquiera puede ponerse en pie.

El hombre iba a decir un impropio pero advirtió la verdad de aquellas palabras proferidas por una mujer que a juzgar por la expresión de sus ojos había vivido mucho. Guardó silencio y se relajó en el lecho.

El día transcurrió en un ir y venir de las mujeres de la casa por el largo pasillo que conducía a las habitaciones. El doctor llegó cuando la luz de la tarde menguaba y los ruidos de los cañonazos ya no asombraban a nadie, acostumbrada la ciudad a ese tambor de fondo donde los disparos ponían la nota disonante.

El médico revisó a los recién llegados, administró las medicinas y dio pocas esperanzas para Agustín Mejía, a quien el disparo había perforado el estómago.

—Solo puedo menguar su dolor, del resto se encargará Dios —dijo el hombre limpiando el sudor de su frente y acomodando sus quevedos—. Denle láudano y traten de bajar la temperatura.

El cadete del brazo herido evolucionaba bien y hasta había pedido de comer. En cuanto a Diego, todavía no despertaba, sumido en los delirios de la fiebre; pero el doctor opinaba que mejoraría. Su lesión era profunda pero no vital, de manera que luego de unos días podría apoyar la pierna.

—Tal vez cojee pero no será nada en comparación con el resto.

Eran casi las nueve de la noche y doña Leonides le ofreció un plato de comida.

—Agradezco la gentileza, señora Leonides, pero no es esta la única casa donde hay heridos que me necesitan.

Se fue por el portón de atrás, porque la calle estaba vigilada.

En el Parque crecía la sensación de fracaso, y los del gobierno mandaban refuerzos para forzar la capitulación dado que había trascendido el informe del general Campos anunciando la escasez de municiones.

La soldadesca parecía insubordinada, quería atacar a toda costa. Alem se sentía en parte responsable y se dijo que era una falta grave en un jefe militar como el general Campos que no hubiera verificado los elementos de guerra cuando llegó al Parque. Sin embargo, no quiso recriminarle en ese momento de rudo batallar; el fuego de fusilería y cañón era violento.

La Junta se reunió para decidir sobrellevar adelante un ataque definitivo, aun con pocas municiones, pero Campos expresó:

—No hagamos derramar sangre estérilmente, es imposible un triunfo; aun cuando arrolláramos en el primer momento al enemigo, luego quedaríamos de brazos cruzados, y yo les prevengo que no cargaré con esa responsabilidad.

Alem creyó que cambiar de jefe en ese momento supremo traería desconcierto y dispersión en las filas, de modo que no se atrevió a nombrar a otro.

La situación era angustiante, los muertos se acumulaban, el combate seguía recio y dentro de dos horas ya no podrían responder al fuego del enemigo. ¿Qué hacer?

Interrogaron al general Campos para cuánto tiempo alcanzarían las balas.

—Para cincuenta minutos —fue su respuesta.

—Si este es el caso —dijo Del Valle—, es indispensable ganar tiempo para buscar munición, antes de que recomience el fuego.

—Pidamos un armisticio para enterrar a los muertos —dijo Alem—. Mientras podremos buscar municiones.

El armisticio dejaba a los beligerantes en la plenitud de su derecho actual; mientras duraba podían reunir fuerzas y elementos de guerra si no tenían que atravesar la zona que dominaba el enemigo. De modo que era lícito para los revolucionarios recoger las municiones que existían en los cuarteles y en las casas de comercio situadas en la parte que dominaban.

Los queridos muertos, Roldán, Villanueva, Julio Campos, servirían todavía a la causa del pueblo.

El señor Francisco Wright y el doctor Adolfo Saldías fueron comisionados para negociar el armisticio, pero el doctor Pellegrini quiso entender con un miembro de la Junta.

Luego de una breve deliberación se designó a Aristóbulo para que la represente, a quien acompañaron el doctor Saldías, el señor Wright y Mariano Demaría.

La conferencia en casa del señor don José Luis Amadeo la inició el doctor Pellegrini:

—¡Quién hubiera podido pensar que tendríamos que reunirnos como adversarios, para tratar asuntos de guerra!

—Vengo por asuntos de guerra y no debo ocuparme de otra cosa —respondió con valor Del Valle.

—Está bien —replicó Pellegrini variando el tono—. ¿Qué es lo que ustedes desean?

—Un armisticio para enterrar a los muertos entre los cuales se encuentra el coronel Julio Campos, hermano de nuestro general, el capitán Roldán, el doctor Villanueva y otros.

Pellegrini asintió en el acto y en breves palabras convinieron las bases: los ejércitos respectivos guardarían las posiciones que tenían en esa madrugada al comenzar el combate; el armisticio duraría tantas horas y no sería obstáculo para que los beligerantes aumentasen sus fuerzas; cualquier reclamo se anunciaría levantando por una u otra parte la bandera de la patria y una bandera blanca delante de las respectivas trincheras de la calle Libertad.

Acordadas las bases, el doctor Pellegrini dijo:

—El señor ministro de la Guerra garantizará el armisticio por parte del gobierno. ¿Quién lo garantizará por los revolucionarios?

—Su gobierno —respondió Del Valle.

—No puedo reconocerle, pero me bastará la garantía del senador Del Valle.

—Ya no hay ningún senador Del Valle —replicó este—. Dejé de ser senador ayer a las cuatro de la mañana.

—Es lo mismo; acepto la del doctor Del Valle.

—Está bien.

La conferencia no duró ni quince minutos. Al regreso de la comitiva se pusieron en campaña para buscar municiones. Los doctores Demaría, José M. Rosa, Liliedal y el señor Francisco Uriburu se encargaron de ello. Trajeron del batallón 5º alguna cantidad y se consiguieron en plaza otros veinte o treinta mil. Pero las municiones duraron poco, dado que los ciudadanos acudían al Parque en busca de armas y no era prudente desalentarlos negándoselas.

El general Campos, desolado por la muerte de su hermano, informó a la Junta:

—Ya no es posible el triunfo, solo queda resistir.

## Capítulo 20

Sin demasiado conocimiento de lo que acontecía en Buenos Aires, Andrés libraba su propia guerra en la estancia. Había llegado hacía unos días pero antes de ir a su casa había acudido al encuentro de su amante, cargando los regalos que le había traído.

Quería sorprender a Roberta y le había comprado vestidos que jamás usaría en el rancho pero que luciría para él como si reinara en el mejor salón de la ciudad.

Al doblar por el conocido camino, el corazón se le achicó de espanto: donde antes estaba la casita de Roberta solo había unas cuantas figuras oscuras y retorcidas que a la distancia no supo precisar. Mientras se acercaba a la mayor velocidad que el coche permitía, reconocía con horror que el rancho no estaba, las lenguas de un fuego que imaginaba tremendo lo habían consumido dejando en su lugar un cementerio de paredes de adobe chamuscadas.

Descendió y se tomó la cabeza entre las manos; aún se sentía el olor a quemado que le perforó las entrañas mientras se impregnaba por sus fosas nasales. Cayó de rodillas y lloró amargamente. ¿Qué habría sido de Roberta? ¿Se habría salvado del incendio? Se puso de pie y corrió como un loco a buscar entre los restos algún signo de ella, pero no halló nada parecido a restos humanos y el alma le volvió al cuerpo.

¿Adónde habría ido? Tarde se daba cuenta de que no sabía nada de ella. Sabía que no tenía familia cerca, pero tampoco había indagado sobre otras relaciones que pudiera tener. Miró a su alrededor y divisó a lo lejos otros ranchos, tan míseros como el de Roberta.

“Tendré que averiguar en la zona, alguien debe conocerla. La gente a la que cosía la ropa puede ayudarme”. Ese pensamiento lo animó un poco. Recorrió el lugar donde estaba la casita en busca de algo que lo acercara a ella, pero solo halló restos calcinados y retorcidos que no pudo identificar.

Rememoró el lugar exacto en que estaba la cama donde tantas veces le había hecho el amor y la imaginó allí, desnuda y expectante, aguardándolo

con su sonrisa mansa y su actitud de entrega.

“Amor mío, ¿dónde estás?”

Subió al coche y escondió los regalos, no fuera a ser que Manuela creyera que eran para ella. ¿Habría sido su esposa la mentora del incendio? Andrés se debatía entre reclamarle o fingir indiferencia. ¿Y si Manuela nada tenía que ver? Quedaría al descubierto su relación que había prometido finalizar para salvar las apariencias.

Arribó a La Luz Buena cuando los rayos del sol del mediodía caían rectos sobre la mansión. Los perros le salieron al encuentro y él los acarició sin ganas.

—Buenas, patrón —lo recibió Julián—. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, Julián —le tendió la mano y agregó—: ¿Y cómo estuvo todo por aquí?

—Sin novedades, patrón. La yegua parió anteayer, con la luna llena —se quitó el sombrero y se rascó la cabeza—. El potrillo es fuerte, como el padre.

Andrés quería preguntarle por el incendio, pero prefirió aguardar.

—Lo ayudo con el equipaje —ofreció el capataz.

—No hace falta, son pocos bultos —dijo Andrés bajando él mismo sus cosas y caminando hacia la casa.

Encontró a su esposa bordando en una de las galerías; la luz le daba de espaldas y por un momento la vio bella, pero de inmediato recordó a Roberta y su pasión, y desechó la idea de intentar recomponer algo con Manuela.

Ella oyó sus pasos y lo miró con ojos que revelaban la tregua. Hizo a un lado sus labores y se puso de pie para recibirlo.

—Hola —dijo con voz calma mientras él le daba un beso en la mejilla—. ¿Qué tal tu viaje? ¿Tu madre está bien?

La formalidad del saludo indicó a Andrés que la guerra aún no había empezado.

—Sí, está bien.

—¿Y tu hermano?

—También, aunque lo vi poco, está muy atareado. Manuela se tomó de su brazo y caminaron hacia el comedor.

—María Gracia —llamó.

Cuando la mujer apareció, la joven ordenó:

—El señor llegó, agrega un plato.

—Buen día, señor.

—Buenas —respondió Andrés.

La comida fue silenciosa, Manuela hizo las preguntas de rigor y luego se dedicó a estudiar el semblante taciturno de su marido.

“Ella sabe”, pensó Andrés sabiéndose examinado. El silencio entre ambos era tan incómodo que hasta podía oírse el sonido de sus respiraciones contenidas. El almuerzo le cayó pesado y estuvo repitiendo lo ingerido el resto de la tarde.

Superado ese primer momento a solas con su esposa en donde sobraron las miradas y faltaron las palabras, Andrés se retiró al dormitorio adonde había dormido la última noche en la estancia. Cerró la puerta con llave tras de sí, por si a Manuela se le ocurría ir tras él.

En la intimidad del cuarto que sería suyo de ahora en más, porque estaba decidido a no volver al lecho nupcial, se tiró en la cama a reflexionar. Sus sentimientos hacia Roberta iban más allá de una calentura. Ya no era un muchacho que se dejaba dominar por las pasiones de la carne, ya había tenido su cuota de aventura antes de casarse. Esto era diferente, Roberta había penetrado allí donde ninguna había osado aventurarse. Con sus maneras simples y su cariño desmedido había sabido ganarse su corazón, que él ya creía anestesiado para el sentir. Nada le había pedido nunca y eso era lo que más admiraba de ella. La muchacha se había negado a dejar de zurcir ropa ajena y se había enfadado cuando él le había propuesto hacerse cargo de ella.

—Vete de mi casa y no vuelvas —le había dicho con voz firme y ojos heridos—. Yo no soy una puta para que me mantengas.

—Perdóname, por favor, perdóname. —Andrés se había arrodillado ante ella que mantenía la puerta abierta invitándolo a irse—. Solo quería facilitarte la vida, que no tuvieras que trabajar ni pasar horas encorvada y forzando la vista a la luz de un candil.

Ella se convenció de que era sincero y de que no había querido ofenderla y lo perdonó. Terminaron en la cama enredados entre piernas y brazos haciendo el amor como dos adolescentes. De eso hacía ya más de un mes.

“Roberta, amor mío”, pensó Andrés mientras reflexionaba dónde comenzar a buscarla sin levantar rumores. No quería un nuevo enfrentamiento con Manuela, ya bastante tendría con soportar la farsa del matrimonio.

Más tarde se fue a los corrales y se cansó el cuerpo trabajando para poder dormir por la noche. Intentó sacarle información a Julián pero el viejo no soltó prenda; tal vez nada sabía. Indagó a los peones y todos parecían haberse confabulado para no decir nada. Hasta que dio con Panchito.

Era un muchachito de unos quince años que se había aquerenciado en la estancia, como esos perros que llegaban para quedarse. El jovencito se había

aparecido una tarde del verano anterior, sudoroso y muerto de hambre. María Gracia le había dado de comer y lo había obligado a bañarse dado que tenía un olor insoportable de tantos días sin aseo.

Panchito había pedido trabajo y Julián, receloso ante la apariencia de inútil del recién llegado, lo había rechazado. María Gracia había intercedido ante el patrón que finalmente, más por pena que por necesidad, lo dejó quedarse.

—Aunque sea para limpiar el cobertizo —le había dicho Andrés a Julián, que andaba protestando por tener que ocuparse del muchacho—. Que se gane el techo.

Andrés encontró a Panchito limpiando el huerto trasero que se había llenado de maleza.

—Hola, Panchito —dijo Andrés encendiendo un cigarro.

—Güenas, patrón —contestó el muchacho mirando con ganas el habano.

—¿Fumas? —interrogó Andrés al ver los ojitos ansiosos del jovencito.

—A veces, cuando me convidan. —El patrón entendió la indirecta y le dio su cigarro—. Gracias, patrón.

Andrés se sentó bajo la sombra de un roble que estaba cerca y lo miró trabajar. Desde su llegada Panchito había aprendido muchas cosas y desempeñaba bien su trabajo. Se le había ordenado mantener el cobertizo ordenado y cuidar del huerto, pero el mocito había demostrado actitud para las tareas campestres y hasta Julián le encomendaba faenas.

—¿Alguna novedad durante mi ausencia? —Andrés sabía que el muchacho le sería leal, había sido él quien le había permitido quedarse y le estaba agradecido, podía notarlo en la forma en que lo miraba e intentaba imitarlo.

—Nada raro, señor —se secó el sudor de la frente y añadió—: Lo de siempre. Nació el potrillo y aprendí a hacer queso, que la María Gracia me enseñó —declaró orgulloso.

—¿Vino alguien? —se le ocurrió preguntar.

El joven detuvo su tarea y se apoyó en el mango de la azada a pensar; los ojos hacia arriba, el gesto de quien recuerda, la boca entreabierta sosteniendo el cigarro.

—Sí —dijo de repente—. Unos hombres que andaban de paso, según ellos, pero a mí no me parecieron.

—¿Por qué no te parecieron? —se alarmó Andrés.

—Yo los vi venir, y preguntaron por la patrona —dio una pitada y exhaló con maestría de adulto el humo del cigarro—. Me llamó la atención que no



preguntaran por el patrón.

“Es vivo el chico”, meditó el hombre.

—¿Y qué querían?

—Yo no sé —volvió a la azada, no era bueno perder el tiempo frente al amo—. La señora los recibió en la galería, hablaron un rato y se fueron.

—¿Venían en coche? ¿Tenían ropa de ciudad?

—Ja —rio el muchacho—. Eran vagabundos, peores que yo cuando llegué acá —se enorgulleció Panchito.

—¿Y dices que la señora los recibió? ¿Les dio comida o ropa?

—No creo, se fueron enseguida. Pero volvieron a la noche siguiente. —Al decir esto bajó la voz, como si alguien pudiera escucharlos.

—Vamos, Panchito, no me des más vueltas. Dime lo que tú opinas de esos hombres. —Andrés sabía que el muchacho quería decir algo y no se atrevía. Podía advertirlo porque le esquivaba los ojos, cosa inusual en él, siempre tan frontal. Además, le vacilaba la voz y se notaba que se contenía—. No temas, di lo que sea —animó Andrés.

—No va a gustarle, señor —intentó el joven.

—Menos va a gustarme que me lo ocultes.

—Cuando volvieron era noche cerrada. Yo estaba fumando detrás del cobertizo, porque el Julián no quiere que le fume adentro, dice que puedo provocar un incendio. Tenía miedo por el fuego que se había desatado esa tarde en un ranchito de la zona, ese que usted frecuenta —dijo con vergüenza.

—¿Ese día fue el incendio? —El corazón de Andrés se aceleró tanto que creyó que se le saldría y golpearía al muchacho en pleno rostro.

—El anterior, cuando vinieron esos hombres. El Julián andaba enloquecido y nos tuvo al trote todo ese día. Y a la noche siguiente esos vagabundos volvieron. Todos dormían, pero la señora salió a la galería, con una pistola, supongo que tendría miedo.

“¿Manuela una pistola?”

—¿Estás seguro de que era la señora?

—Segurísimo, patrón, yo la vi porque me acerqué. Esos hombres no eran de fiar. Los perros ladraban y todo fue muy rápido porque enseguida salió el Julián, escopeta en mano, a ver quién andaba por ahí. Pero ellos ya se habían ido, y ahí sí que la señora les dio algo.

—¿Viste qué les dio?

—No, señor, un paquetito, no muy grande. —El muchacho suspiró: al fin había contado su verdad y su sospecha—. ¿Está enojado conmigo, patrón? ¿Me va a echar?

Andrés lo miró con pesar: ese jovencito que había llegado como un pordiosero le estaba develando la naturaleza perversa de su esposa, a quien no le había temblado la voz al momento de dar semejante orden para acabar con la mujer que él amaba.

—No, Panchito, no te voy a echar. —Se puso de pie, las piernas le temblaban de la furia contenida que llevaba encima—. Te estoy agradecido. —Le palmeó la espalda y le dio otro cigarro—. Para la noche. De más está decir que cuento con tu discreción.

—Soy una tumba, señor —respondió el muchacho, liberado del peso del secreto.

Andrés caminó por el sendero que conducía a la llanura. Necesitaba pensar. ¿Cómo abordaría el tema con Manuela? ¿Le increparía haber atacado a su amante? ¿Y si todo era una casualidad? ¿Y si nada de lo que Panchito había dicho era cierto? Su cabeza se llenaba de preguntas que no podía responder.

Luego de una hora de caminata resolvió indagar a Manuela. Pondría las cartas sobre la mesa, que para eso era hombre.

La encontró en su cuarto, recostada. La puerta estaba sin llave y Andrés entró sin golpear.

Ella levantó los ojos y vio la furia contenida en los azules de su esposo. Imaginó lo que se le venía porque se sentó, la espalda erguida y la cabeza derecha.

—¿Por qué no llamas a mi puerta en vez de entrar como un maleducado? —increpó, desafiándolo.

—Porque esta es mi casa y hago lo que quiero —rugió como respuesta mientras se acercaba a ella con decisión—. Y ahora vas a decirme quiénes eran esos hombres que recibiste hace cinco noches, a oscuras y en la galería.

Ella abrió los ojos sorprendida, no esperaba un ataque tan frontal, pero decidió responder de la misma manera.

—Personas que cumplieron un encargo, nada más que eso.

—¿Y por qué no vinieron de día? ¿Qué clase de encargo? —Quería ver hasta qué punto ella osaría hacerle frente.

—Vamos, Andrés, no le demos más misterio al asunto. Tú bien sabes qué encargo cumplieron. ¿O acaso no pasaste por el ranchito antes de venir?

Los ojos azules de Andrés se oscurecieron de repente. Avanzó hacia ella y la tomó por los hombros, sacudiéndola fuertemente, tanto que Manuela gritó.

—¡Suéltame! ¿Es que acaso piensas pegarme?

—Es lo que te mereces —bramó él soltándola con tal fuerza que ella cayó hacia atrás golpeándose la cabeza con el respaldo de la cama.

—No te preocupes, tu ramera tuvo la oportunidad de escapar, no soy tan desalmada como para mandar matar a alguien. —El sarcasmo con que lo dijo chocó con la incredulidad de Andrés.

Dicho esto, Manuela pasó a su lado y escapó del cuarto dejándolo perplejo.

## Capítulo 21

Diego despertó y miró extrañado a su alrededor. Sus últimos recuerdos evocaban un fogonazo y la angustia de saber a Agustín malherido.

Era de noche y la tenue luz del farol iluminaba el cuarto sobrio e impersonal. “¿Dónde estaré?”, se preguntó. Intentó moverse en el mullido lecho y un agudo dolor en su pierna se lo impidió. Ahogó un gemido y cayó nuevamente sobre las almohadas.

Descorrió las sábanas y miró su cuerpo apenas cubierto por el calzón y los vendajes que tenía dispersos sobre su piel. Lentamente probó mover sus miembros, temía que la herida de la pierna lo dejara postrado. Apretando los dientes para detener el sufrimiento que significaba levantar la rodilla, logró incorporarse. El esfuerzo le llenó la frente de sudor y se limpió con el dorso de la mano, notando que tenía fiebre.

A su costado había una mesilla con un vaso con agua y un recipiente profundo, también con líquido, donde flotaba un paño pequeño. Lo tomó como pudo, estirándose hasta alcanzarlo, y alivió con él el ardor de su cabeza. Sus ojos se acostumbraron a la penumbra de la estancia y divisó más allá de la cama un ropero con cortinitas blancas de encaje, un espejo de marco en madera trabajada y un retrato de una mujer desconocida.

De la puerta entreabierta llegaban ruidos de pasos que iban y venían por el que imaginó un largo pasillo, voces susurradas, algunos gemidos en la distancia, y supo, o más bien adivinó, que estaba en casa de doña Leonides de Aragón.

El sonido de un cristal al estrellarse en el suelo y la voz ahogada de una mujer le indicaron que había alguien cerca.

—¿Alguien que me ayude? —intentó, y su voz sonó más ronca de lo habitual; tenía la boca pastosa y amarga.

Enseguida, pasos cortitos que se acercaban, le indicaron que había sido escuchado. De inmediato entró la negra que él recordaba de las veces anteriores. La mujer se acercó al lecho y sin palabras le tocó la frente.

—¿Cómo se siente? —quitó el paño que Diego se había aplicado, lo remojó en el agua y luego de estrujarlo para que el líquido chorreara dentro, lo posó nuevamente sobre él.

—Mareado —respondió el hombre—. ¿Y mi amigo? ¿Agustín está aquí también?

—No sé sus nombres, pero hay varios heridos. —La mujer era parca para la conversación.

—Tiene que haber llegado conmigo, estábamos juntos cuando me hirieron —imploró Diego, con sus ojos más azules que nunca.

—Con usted vinieron dos, un soldado con el brazo cortado y un civil con un agujero en el vientre.

—¡Ese! —adivinó Diego—. ¿Cómo está?

La negra no estaba hecha para la diplomacia y disparó sus palabras, después de todo las malas noticias era mejor darlas rápido.

—Está muriendo. —Vio el cuerpo del herido tensarse, la mandíbula apretada y los ojos brillantes.

—Tengo que verlo —Diego se destapó y quiso bajar del lecho.

—¡Quédese donde está! —ordenó la mujer—. En su estado no podrá mantenerse en pie.

—¡Ayúdeme entonces! Por favor. —Había tal ansiedad en sus ojos que la morena vaciló. Sin embargo, de inmediato dio media vuelta y salió del cuarto—. ¡Por favor! —gritó Diego.

Por más esfuerzos que hizo para abandonar el lecho, su estado no se lo permitía. Estaba mareado, la cabeza le dolía y le daba vueltas y terminó por rendirse, extenuado por el esfuerzo. De una de sus heridas comenzó a manar sangre y el hombre se llevó la mano al pecho, sintiendo en sus dedos la tibieza y viscosidad de su líquido vital.

—¡Mierda! —exclamó.

La puerta se abrió y entró doña Leonides.

—¿Qué pasa, muchacho? —inquirió con voz comprensiva y mirada benévola—. Dice Ramona que quiere escaparse.

—Señora —musitó él, aún débil por ese esfuerzo inútil—. Quiero ver a mi amigo, a Agustín.

—Lo sé. —Doña Leonides se sentó en la silla que había junto al lecho—. Pero no puede levantarse solo y no hay hombres en esta casa habitada solo por mujeres.

—Ayúdeme, por favor —suplicó él—. No quiero que muera solo.

—El padre Marcos ya le dio la extremaunción, su alma descansará en paz.  
—Diego apretó los puños y sus ojos brillaron—. Si le consuela pediré a mi sobrina que se quede junto a él.

—Se lo agradezco —se resignó Diego.

—¿Quiere comer algo? —Él asintió levemente, no por hambre sino porque sabía que estaba débil y algo de energía no le vendría mal a su cuerpo.

Doña Leonides salió y al rato entró la mulatita cargando una bandeja con una abundante cena que él no comería en su totalidad.

Del pasillo llegaban lamentos y toses, retumbar de pasos ligeros, otros arrastrando los pies, voces ahogadas y ruido de vajilla al ser retirada.

No supo en qué momento pero la fiebre lo adormeció de nuevo. No sintió cuando Ramona le cambió el paño de la frente ni cuando Lulú retiró la bandeja.

El amanecer entró a raudales por la ventana que tenía los visillos corridos. Diego abrió los ojos lentamente, la luz del alba le molestaba a causa de la fiebre, que todavía no abandonaba su cuerpo. Una mujer colocaba algo en una mesita ubicada cerca de la puerta, que no había visto en la penumbra de la noche. Al darse vuelta descubrió que era muy joven, no más de veinte años. No parecía de la servidumbre, su vestido era elegante. La estudió brevemente porque de inmediato ella salió del cuarto; ensimismada en sus pensamientos no se había dado cuenta de que él había despertado.

Los ruidos del exterior eran los mismos y de la calle venían los fogonazos lejanos del cañón, señal de que la guerra continuaba. ¿Qué día sería? ¿Qué habría pasado con sus compañeros? ¿Y Agustín?

Tantas preguntas y nadie se acercaba a saciarlas. De seguro había muchos heridos que atender, recordaba que la casa era grande y que la viuda de Aragón vivía sola con sus criadas. Aunque ella había mencionado a una sobrina, y haciendo memoria recordó los comentarios de su tía y de su prima que hablaban de una fiesta de presentación de una parienta lejana. ¿Sería acaso esa joven que había visto momentos atrás salir del cuarto? La recepción debería haberse cancelado al estallar la revolución, porque Remedios le había reprochado su viaje.

—Me hubiera gustado poder bailar contigo en la fiesta en casa de doña Leonides —había dicho en una de las últimas visitas a su lecho.

—A mí también —mintió él, que no deseaba ser visto en actitud amorosa con su prima; siempre había malas lenguas que podían poner a descubierto esa incestuosa relación—. Pero motivos más importantes requieren mi presencia en otro sitio.

—¿Qué puede haber más importante que yo?

—Trabajo, mi querida, trabajo.

Concluía ahora que quien había dejado el cuarto minutos atrás no era otra que la sobrina de doña Leonides, esa muchacha recién llegada de España que todos querían conocer.

La puerta se abrió y la jovencita ingresó otra vez. Diego fingió dormir, quería estudiarla. Ella se acercó al lecho con sigilo, posó su mano delicada sobre la frente del herido y él sintió ese contacto efímero como una caricia. Victoria comprobó que la fiebre menguaba pero no por ello dejó de cambiar el paño que reposaba sobre la cabeza del hombre.

Luego, con timidez que él advirtió en el temblor de sus dedos, bajó la sábana que lo cubría hasta la altura de la cintura y descubrió una por una las heridas que ya habían dejado de sangrar. Las limpió con dedicación, usando para ello otro trocito de tela que había en la mesita de la esquina, aplicó un ungüento con olor desagradable y las cubrió nuevamente con un vendaje blanco.

Recogió los restos en un recipiente y cuando se disponía a partir él la tomó por la muñeca.

—No se vaya —pidió con voz queda, vacilante.

Ella se volvió y sus ojos se encontraron: los de él, azules, de pestañas negras pobladas y un dejo de picardía a pesar de su convalecencia; los de ella, grises de un gris único, casi perlado, con un dejo de tristeza y mucho de desconfianza.

Victoria se compadeció brevemente del hombre que yacía postrado por la fiebre más que por sus heridas, y recordando que había sido él quien había propiciado su salida de prisión decidió quedarse.

—¿Qué necesita? —Su voz sonó para Diego demasiado grave para una mujer, pero el acento que la acompañaba lo envolvió en sensualidad. La pronunciación de la “c”, tan especial, lo embriagó.

—Quédese conmigo —imploró apretando su mano que aún retenía entre la suya—. No quiero morir solo.

—Usted no va a morir —se compadeció ella.

—¿Y por qué un ángel está cuidándome? —Al oír estas palabras Victoria retiró de inmediato su mano y se alejó del lecho en dirección a la puerta—. ¡Por favor! Necesito tomar agua. —Diego apeló a su último recurso para reflotar la situación. “A nadie se le niega un vaso de agua”, pensó.

Ella volvió sobre sus pasos y le sirvió agua de una jarra que estaba sobre la mesa de noche. Estiró el brazo sin acercarse demasiado y le ofreció el vaso.

—Ayúdeme a sentarme, por favor. —En eso era sincero, todavía no podía hacerlo solo.

Victoria se acercó a la cama y lo ayudó a incorporarse. Lo tomó por los brazos y notó la dureza de sus músculos. Diego a su vez olió su aroma a jazmines que se introdujo por sus poros y llegó hasta su torrente sanguíneo generando un alerta en lo más recóndito de su ser. Al inclinarse, Victoria dejó ver apenas el valle incipiente de sus senos que despuntaban debajo del vestido.

Una vez sentado, él bebió y ella aguardó para volver el vaso a la mesita.

El hombre no quería que se fuera, aunque adivinaba que esa muchacha era esquivia. Además, seguramente tendría que atender a otros heridos, cuestión que a él no le hacía gracia; de repente, quería acaparar toda su atención.

La muchacha iba a salir cuando la voz grave del hombre la detuvo:

—¡Espere! —Ella lo miró con mezcla de enfado y resignación—. Mi amigo, ¿cómo está? —Su pregunta estaba cargada de anhelo y un cierto temor que dejó ver a través de la expresión de su rostro barbudo.

—No sé quién es su amigo —mintió ella, no le gustaba dar malas noticias.

—El de la herida en el vientre. —Ella bajó los ojos y Diego supo que Agustín había muerto—. ¿Murió? —se atrevió a decirlo en palabras, tal vez de esa manera su muerte no fuera tan real.

Victoria asintió y sus ojos se encontraron nuevamente. Los de Diego comenzaron a brillar y no tuvo vergüenza en dejar caer una lágrima que, atrevida, resbaló por su mejilla transitando lentamente por entre su barba de tres días. Ella se conmovió, no era frecuente ver a un hombre llorar y eso hablaba bien de él; por lo general, los varones ostentaban hombría en la ocultación de sus sentimientos. Pero este parecía indiferente a lo que para otros sería muestra de debilidad.

—Lo siento —murmuró ella, y salió del cuarto antes de que él la demorara.

Los civiles que habían concurrido al Parque para sumarse a la revolución habían recibido armas y la orden de instalar cantones, que a esa altura estaban diezmados.

Las barricadas estaban en las bocacalles y rodeaban el Parque. Los cantones, aproximadamente cincuenta concentrados en unas cien manzanas, eran puestos militares instalados en casas estratégicamente ubicadas en las esquinas. Tanto los revolucionarios como las tropas leales tomaban esas casas y se instalaban en las azoteas, balcones y ventanas desde donde atacaban a



cualquier fuerza enemiga que se acercara. Los revoltosos habían tomado adoquines de las calles para elevar las barricadas.

El cantón más importante era el instalado en el Palacio Miró, una enorme mansión con jardines ubicada frente a Plaza Lavalle, con sus construcciones cercanas a la esquina de Libertad y Viamonte, que estuvo al mando del mayor Cabrera y del capitán Cortina después.

Luego de la batalla el Palacio ostentaría las heridas de sus muros, las rajaduras de sus cristales y el hartazgo de sus plantas mustias.

Donde más muertes se produjeron fue en la Escuela Avellaneda, ubicada en la intersección de Viamonte y Talcahuano, llamada luego la Esquina de la Muerte. Allí había perdido la vida el coronel Julio Campos, hermano del general.

El humo había vuelto el aire irrespirable y los cadáveres que aún no habían recibido sepultura se amontonaban en fantasmagórica montaña humana. La muerte más horrorosa fue quizá la del niño Díaz, el pequeño encargado del tambor de órdenes que dejó su inocencia en el Cantón General Mitre.

Nada se salvó durante la refriega y tanto la famosa confitería Del Molino como la iglesia y el convento jesuita del Salvador sirvieron de cantones.

Cuando las casas de familiares y conocidos que habían abierto sus puertas para acoger a los heridos se vieron desbordadas, los revolucionarios organizaron un hospital de sangre en el frente, con médicos y estudiantes voluntarios. Estos se afanaban en salvar vidas y, en el peor de los casos, en sostener la mano del moribundo que exhalaba su último suspiro en brazos de un desconocido. Entre ellos se destacaba la alumna Elvira Rawson que luego se convertiría en la segunda mujer médica del país y destacada feminista, así como el doctor Juan Bautista Justo, quien seis años después fundaría el Partido Socialista.

Alem, desmadrado ante aquella carnicería humana, asumía el fracaso de la revolución. El error, según confesara a Aristóbulo, había sido ceder al cambio de plan propuesto por el general Campos, modificando así la decisión de la Junta Revolucionaria.

—Debí haber sometido el tema a una junta de guerra —dijo, abatido su corazón romántico y entusiasta—. Y no aceptar yo solo semejante responsabilidad.

Sin embargo, confiado en la pericia del general, había consentido sus planes de defender el Parque en vez de atacar. Ya era tarde para lamentarse.

Otra de las fallas se había debido a los problemas de correspondencia con la flota sublevada. El plan inicial había previsto realizar señales con globos, pero estos luego no se consiguieron y la comunicación se vio seriamente afectada. Ante la ignorancia de lo que ocurría en tierra, la flota había zarpado de su base en la boca del Riachuelo y se había ubicado detrás de la Casa Rosada, bombardeando desde allí al azar el cuartel de Retiro, el cuartel de policía y la zona aledaña al sur de la ciudad.

Además de no poder verificar la efectividad de los blancos ni coordinar con las tropas de tierra, la flota se vio intimada por los barcos de guerra extranjeros que se hallaban en el puerto de Buenos Aires, en especial el *Tulapoose* de Estados Unidos, a cesar el bombardeo sobre la ciudad. Por esta acción los marinos norteamericanos serían luego condecorados por el gobierno argentino.

Tanta sangre había cebado a los hombres y ni siquiera hubo piedad para un grupo de mujeres que salía del Palacio Miró. De allí partía un grupo de prostitutas dirigido por la hermosa francesa Helena Dorcelé, cuando fueron detenidas por un oficial del gobierno. Amenazando con fusilarla por colaborar con los rebeldes, el militar la violó reiteradamente. Cuando finalmente se quedó dormido, Helena lo apuñaló en el corazón y luego le seccionó el pene que envolvió en un papel donde había escrito: "*L'homme et la merde, la même chose*".

De nada había servido que el coronel Mariano Espina, desoyendo las órdenes del general Campos, contraatacara a las fuerzas del gobierno avanzando por calle Talcahuano, con la intención de atacar plaza Libertad, donde los leales se habían atrincherado y hasta Pellegrini había instalado su propio despacho.

El tiempo de tregua corría y los revolucionarios se sirvieron de la revista popular *Don Quijote*, cuya alma eran los dibujantes Eduardo Sojo y Manuel Mayol Rubio, para difundir entre los rebeldes y la población las ideas que inspiraban a la Unión Cívica. También contaban los revolucionarios con el apoyo de Mauricio G. Alemann, propietario del diario *Argentinisches Tageblatt*, quien facilitó su imprenta para imprimir la proclama revolucionaria y los panfletos.

Aprovechando la tregua comenzaron a actuar los mediadores, entre ellos Dardo Rocha, Ernesto Tornquist, Luis Sáenz Peña, el general Benjamín Victorica y Eduardo Madero.

Mariano aprovechó para escapar a casa de doña Leonides, que quería saber sobre el estado de los heridos, en especial de Diego, a quien había

tomado afecto al ver su valor desplegado en la batalla y la profundidad de sus convicciones.

Montó a caballo y serpenteó con él por las calles hasta llegar a la vivienda, donde Ramona le anunció la muerte de Agustín Mejía y de un soldado del Colegio Militar.

Luego de asearse se dirigió al cuarto donde Diego se recuperaba en soledad; habiendo pasado el peligro que lo había rondado, las mujeres de la casa apenas se ocupaban de él, afanadas en los moribundos.

Se estrecharon las manos y Mariano se desplomó, abatido, sobre la silla ubicada al lado de la cama.

—¿Qué está pasando allí que no se oyen disparos? —inquirió Alcorta.

—Estamos en tregua —declaró con pesar—. Hemos perdido, Diego, solo nos queda lograr la amnistía. Los mediadores están negociando.

—Tanta sangre derramada inútilmente —musitó Diego.

—Inútilmente no —refutó Demaría—. Ahora sabrán que con el pueblo no se jode.

Doña Leonides entró cargando una bandeja con tazas con café y algunos bocados para su sobrino político.

—Vamos, hijo, come algo, mira cómo estás —insistió ante la negativa de Mariano, que finalmente aceptó.

La Comisión Pacificadora, como se llamó al grupo de hombres que llevaban adelante la mediación, trabajó incansablemente con propuestas que iban y venían. Los revolucionarios exigían la amnistía para todos los partícipes, con la promesa de que los jefes y oficiales conservarían sus empleos y no verían postergados sus ascensos, y la renuncia del presidente.

En este punto Pellegrini estuvo de acuerdo, aunque al enterarse de las intenciones de Roca de negociar también la renuncia del vicepresidente y nombrarse él mismo como presidente *pro témpore* del Senado hasta una nueva elección, se opuso.

Reunida la Junta de Guerra con la Junta Revolucionaria, se debatió sobre la posibilidad de seguir la lucha armada o llegar al acuerdo. El coronel Morales concluyó que era deber de todos evitar más derramamientos de sangre y que en consecuencia votaba para que se llevara a término la negociación pendiente. Se adhirieron a la propuesta todos los jefes y oficiales presentes excepto el coronel Espina y el sargento mayor Day.

—Le recuerdo, mayor, la ordenanza que prevé el caso en que un jefe superior no cree posible la defensa de una plaza y un jefe subalterno cree lo contrario —dijo el general Campos—. Si la mayoría decide continuar la

resistencia, estoy dispuesto a entregar al mayor Day la responsabilidad del mando y ponerme a sus órdenes al frente del batallón 10º que no tiene jefe.

—Acepto esa responsabilidad —declaró el aludido.

El coronel Espina reclamó la prioridad, pero como la mayoría opinaba que la negociación debía seguir adelante el incidente terminó con ese intercambio de palabras y miradas desafiantes.

Otro de los jefes observó que el desarme tenía que hacerse de manera honrosa para el ejército revolucionario. Se convino entonces que los cuerpos de la revolución fueran conducidos a los cuarteles por los jefes y oficiales que habían tenido en combate.

Mientras Del Valle, sentado ante su improvisado escritorio de campaña, redactaba las bases para el desarme, se desató de ambos lados un fuego horroroso que se propagó por toda la línea y que no había manera de detener; los cívicos, disconformes con la amnistía, no acataban los toques de corneta. El mismo coronel Espina había dado órdenes de atacar, envalentonado por los revoltosos que anhelaban ganar la batalla.

Una última luz de esperanza brilló ante los ojos de los revolucionarios con la llegada del señor Portela, presidente de la Cámara de Diputados de Buenos Aires, que venía de La Plata.

—El gobierno de la provincia acaba de declararse revolucionario —dijo conteniendo la emoción que lo embargaba—. Mi hermano —que era ministro de Gobierno— me dio la noticia, y tomé el primer tren porque temía llegar tarde; sabíamos de su situación desesperada.

El fuego había interrumpido las negociaciones y aprovecharon esa circunstancia para ganar tiempo, al menos hasta el día siguiente. Como el armisticio terminaba, Del Valle se trasladó al cuartel general de plaza Libertad y concertó una prórroga hasta el martes a las diez de la mañana, para dar tiempo a que las fuerzas de Buenos Aires se incorporaran durante la noche.

—Enviaremos una comisión a La Plata para apresurar el envío de las tropas —dijo Alem, nuevamente entusiasmado—. Doctor Demaría, ¿iría usted con el señor Portela?

—Con todo gusto.

A último momento se les unió Irigoyen y cuando estaban en la estación del Sur aguardando el tren expreso se anunció la llegada del tren de La Plata con fuerza armada. Grande fue su sorpresa que se transmitió a sus rostros desaliñados y barbudos al conocer la noticia de que eran conducidos por el coronel José M. Fernández, ayudante del general Levalle. El gobierno de

Buenos Aires, a última hora y de acuerdo con el señor Paz, había decidido sostener la autoridad del presidente Juárez.

La revolución estaba irremediablemente perdida pese a la insistencia de Demaría y de Irigoyen, que no se resignaban a perder y proponían trasladarse a Entre Ríos para municionarse en Montevideo y volver luego, levantando al pueblo que seguramente se uniría a la sublevación.

La noche fue larga y los ánimos tensos. Miradas airadas se entrecruzaban y se sacaban chispas en el aire, todos estaban cansados, mal dormidos y sin energía en el cuerpo a causa de la privación de una buena comida durante casi cuatro días.

El martes por la mañana se reunió en casa del señor Madero la Comisión Pacificadora y se concluyeron los arreglos. Como cláusula adicional al pacto se determinaba que la ejecución del desarme se arreglaría entre un jefe designado por el ministro de la Guerra y otro designado por la Junta Revolucionaria.

El ministro de la Guerra designó al general Bosch y los revolucionarios al general Campos. Pellegrini y Del Valle los acompañaron y se firmó el acuerdo en el devastado Palacio Miró.

—Sería conveniente que la entrega de los cuerpos de línea se realizara en la misma plaza del Parque —dijo Pellegrini.

—No fue eso lo que acordamos —replicó Del Valle—. Jefes y oficiales conducirán a la tropa a sus cuarteles. —Y así se convino.

Pese a ello, a instancias de un jefe que creyó más prudente entregar los cuerpos inmediatamente, allí en el Parque, salvado ya el honor militar con la posibilidad de acudir a sus cuarteles, a último momento se modificó esa situación.

El descontento era visible, la noticia del pacto había circulado y cívicos y soldados se negaban al desarme; la ilusión del triunfo aún rondaba en sus espíritus y varios comenzaron a amotinarse.

Demaría logró desarmar unos de los grupos con la promesa de una revancha:

—Volveremos a organizarnos y los atacaremos de nuevo.

Un incidente se suscitó con el batallón 10° que se había sublevado. El capitán Rosas Racedo puso el hecho en conocimiento de Del Valle y juntos fueron en busca del general Campos, que por suerte andaba cerca todavía.

Al acercarse los tres vieron una gran cantidad de curiosos que, sin reparar en el grave peligro que corrían allí, se movían alrededor de la soldadesca.

Varios soldados se desprendieron de uno de los grupos y avanzaron en actitud hostil hacia los recién llegados.

—Capitán, mande formar —ordenó el general Campos, firmes la voz y la mirada.

—¡A formar el 10°! —dijo el capitán con voz de mando.

Algunos hombres obedecieron, otros se quedaron parados en su sitio, tozudos y malencarados. El general y el capitán cambiaron el tono sin abandonar el respeto y se dirigieron a ellos con familiaridad autoritaria, consiguiendo al cabo de unos momentos formar el batallón. Sin embargo, la excitación era tal que los murmullos continuaban.

—¿Quiere que les hable? —propuso Del Valle al general.

—Sería bueno —replicó este.

Del Valle se adelantó y se dirigió a ese grupo de hombres enardecidos, los rostros sucios, caras de bronce, la ropa maltrecha, heridos levemente unos, recta la espalda otros. No lo conocían, pero el general lo presentó como miembro de la Junta Revolucionaria y eso pareció aquietarlos.

El exsenador pronunció palabras que venían de su corazón cargado de amargura. Veía correr lágrimas en algunos de los rostros de los soldados y oía a otros que le gritaban:

—¡Si no hay municiones tenemos las bayonetas! ¡Dígale al general que nos lleve al ataque!

Poco a poco los ánimos se calmaron; razón y disciplina recobradas.

Cuando Del Valle fue hacia el Parque halló a Alem, Demaría e Irigoyen, a quienes les comentó la situación en que había dejado al general. Los tres salieron a su encuentro, y cuando se acercaban al batallón 10° se produjo un nuevo tumulto que casi acaba con la vida de Alem, que fue auxiliado por un subteniente que se abalanzó sobre él en el momento justo en que una descarga de fusilería pasaba sobre su cabeza.

Del Valle se dirigió al cuartel general de plaza Libertad para apurar a Pellegrini en la tarea de designar a los jefes y oficiales que se harían cargo de la fuerza de línea.

—Sería conveniente que dicha operación la dirija un jefe de la más alta jerarquía —opinó ante Pellegrini—. Es inminente una sublevación.

—Designaré a uno bravo y prestigioso —contestó el general Levalle.

Como la designación se dilataba, Del Valle recurrió nuevamente a Pellegrini.

—El caso es grave —repuso este—. Tal vez mandemos a morir, en recompensa de sus buenos servicios, al jefe que elijamos; quizá lo mejor sería

que fuese Levalle mismo y que yo le acompañara. Veré qué acordamos.

Pellegrini intercambió unas palabras con Levalle, más alejado, y regresó con la noticia:

—Irá el general Supisiche, jefe de la división.

—Perfectamente —contestó Del Valle—. Supisiche es bravo y tiene la ventaja de parecerse mucho al general Levalle.

Pero cuando salía del cuartel, Del Valle fue alcanzado por el ministro de la Guerra quien le dijo:

—Lo he reflexionado y es mejor que ustedes mismos disuelvan los batallones.

—¿Cómo?

—Haciéndoles bajar las armas y dispersando la tropa.

—Pero si hacemos eso los soldados tal vez no vuelvan a los cuerpos en quince días, y serán tratados como desertores —intuyó Del Valle.

—Le prometo que no —afirmó Levalle.

—¿Quiere usted darme por escrito, bajo su firma, cuatro palabras que puedan inspirar confianza a la tropa?

—Vamos a redactarlas. —Y juntos caminaron nuevamente hacia el cuartel.

“El que firma, garantiza bajo su palabra de honor y de soldado, que todos los individuos de tropa del ejército que han servido en las filas de la revolución, serán recibidos en las filas del ejército nacional con la estimación y el cariño del antiguo compañero de armas. Cuartel General Plaza de la Libertad, julio 29 de 1890. Nicolás Levalle”.

## Capítulo 22

Las consecuencias de la revolución eran visibles en la ciudad de Buenos Aires. Edificios con heridas de balas, agujeros de cañón en otros, los muros ennegrecidos y las manchas de sangre que formaban parte del adoquinado, oscureciéndose lentamente bajo el rayo del sol en los alrededores de plaza Lavalle.

Lentamente la clase alta volvía a frecuentar los sitios de reunión como si nada hubiera pasado, aunque algunos hablaban en murmullo sobre quienes habían apoyado el golpe. Se sabía y se rumoreaba que varios miembros de familias pudientes habían formado parte de la cabecilla revolucionaria, pese a que no se conocían sus nombres y algunos andaban todavía ocultos, dado que ni siquiera sus parientes sabían de sus actividades políticas.

Uno de ellos era Diego Alcorta, que ya recuperado había pedido alojamiento por unos días más a doña Leonides.

—Hasta tanto camine normalmente —había dicho.

La mujer, adivinando el porqué del pedido, consintió que se quedara. De todas maneras, todavía había en su casa otros heridos a quienes las dolencias acosaban.

Sor Renunciación, a quien doña Leonides había avisado por medio de Silverio, acudió a visitar a su sobrino. Al encontrarse con Prudencia ambas se abrazaron con emoción.

—¡Prudencia! —dijo la monja, feliz de verla tan cambiada.

—Debe decirme Victoria, por favor —pidió ella en voz baja.

—Tienes razón, es que no me acostumbro. —Le tomó el rostro entre las manos y la examinó—. Eres bella, Victoria, y luces bien a pesar del cansancio que trasuntan tus ojos.

—Fueron días muy duros —reflexionó la joven—. Todavía lo son.

—Es cierto. —Y siguiéndola por el pasillo hacia el comedor le preguntó—: ¿Te ha reconocido mi sobrino?

—No, gracias a Dios —declaró ella—. Fue una bendición que ese día apenas me haya mirado.



—Estás muy diferente ahora, pierde cuidado —tranquilizó la religiosa—. ¿Cómo está él? ¿Lo visita alguien?

—Su sobrino evoluciona bien, ya se levantó y camina apoyado en un bastón que consiguió Ramona —informó Victoria—. Es muy tozudo y quiso escapar varias veces. “Mi lugar es en el campo de batalla y no aquí entre faldas”, me dijo una tarde cuando lo obligué a volver a la cama.

La risa acudió a los labios de esa mujer a quien Victoria nunca había escuchado levantar la voz ni reírse con sonido y la miró asombrada.

—No te sorprendas, hija, soy humana —expresó sor Renunciación—. Diego siempre fue rebelde, en eso sale a mí —dijo la mujer, evocando un pasado muy lejano.

—¿A usted? —inquirió Victoria, extrañada.

—No siempre fui monja, querida niña. —Y palmeando su mano para cambiar de tema volvió a preguntar—: ¿Vino alguien de la familia a verlo?

—No, solo el doctor Demaría lo visita casi a diario.

—Lo imaginaba. Su madre debe creer que está en viaje o algo así. ¡Pobre hermana mía, siempre ignorante de lo que pasa a su alrededor! —exclamó.

—¿Quiere que avisemos?

—¡No! Diego enfurecería. Mejor dejemos que él arregle sus asuntos cuando salga de aquí. —Y poniéndose de pie agregó—: Ahora llévame a verlo.

Victoria la condujo por el largo pasillo donde varias puertas entornadas retenían, sin resultado, los lamentos de algunos heridos de gravedad. La joven se detuvo casi en la última y previo anunciarse con dos golpecitos abrió.

Sor Renunciación divisó a su sobrino sentado en una mecedora de mimbre, camisa blanca abierta en sus primeros botones dejando ver todavía algunos vendajes, pantalón ancho y un bastón apoyado en un costado. Diego leía y levantó los ojos de inmediato.

—¡Tía, qué alegría! —Su sonrisa fue sincera y dejó ver unos dientes blancos y parejos. Su cabello estaba crecido y rebelde en la coronilla, y los reflejos del sol que entraban por la ventana de visillos descorridos arrancaban destellos dorados. Se había afeitado y su piel lucía tersa y sin cicatrices. Los ojos inmensamente azules se dirigieron por un instante a Victoria, que preguntó si deseaban algo para beber y se retiró al instante.

—¡Ay, Diego, tú siempre haciendo de las tuyas! —recriminó la mujer sentándose frente a él—. ¿Cómo te sientes?

—Mejor, aunque enjaulado. El encierro no es para mí, tú lo sabes bien. Pero estas mujeres me han hecho su prisionero —bromeó.

—Estas mujeres han pasado noches sin dormir cuidándote a ti y a tantos otros que aún gimen en sus lechos sin saber si saldrán de allí.

—Lo sé, y estoy infinitamente agradecido. Además, ya podría haberme ido. Sin embargo, no puedo volver a casa cojeando, sospecharían.

—¿Crees que valió la pena, hijo? —interrogó la monja con pesar.

—Como dijo el senador cordobés Manuel Pizarro, la revolución está vencida, pero el gobierno está muerto, tía.

—¿Qué mentira le has dicho a tu madre? —reprochó la mujer.

—Que iba en viaje por cuestiones del bufete.

—¿Y te creyó? ¿Le has mandado recado?

—No te preocupes, no soy tan mal hijo —tranquilizó Diego—. Todas las semanas recibe noticias mías por medio de mi socio.

—Que Dios te perdone, hijo.

Antes de partir y como correspondía a su función, sor Renunciación visitó a los otros enfermos llevándoles paz.

Luego compartió el té con doña Leonides y le agradeció lo que había hecho, no solo por su sobrino sino por todos esos heridos a los que había ayudado a recuperarse.

Esa misma noche Diego compartió la cena junto a la dueña de casa y su sobrina. No se tocaron temas políticos, como si todo lo que acontecía en la ciudad y en el país no fuera relevante. A doña Leonides no le gustaba que se hablara de política en la mesa y lo había dejado bien claro.

Victoria se sentía repentinamente incómoda por la presencia de un hombre en la mesa, y más aún de un hombre como Alcorta, que parecía desnudarla con la mirada cuando su tía se descuidaba.

Diego era como esos animales salvajes, bellos y libres, y su instinto animal afloraba en él ante la presencia de Victoria, que lo desconcertaba. Detrás de sus ojos grises, esquivos la mayor parte de las veces, esa muchacha ocultaba algo. Sus maneras estudiadas, su voz contenida, su actitud distante, todo en ella lo intrigaba y por eso lo excitaba. Quería conocerla, pero ella le negaba la conversación. Nunca se había mostrado condescendiente con él, ni siquiera cuando lo vio llorar por la muerte de Agustín; en esa oportunidad Victoria había huido del cuarto dejándolo solo con su pena, en contra de lo que hubiera hecho cualquier otra mujer.

A Victoria la incomodaba la mirada azul permanentemente acosándola, podía sentir sus ojos fijos en ella aun con la cabeza gacha, mientras cortaba el trozo de pollo que ni siquiera le inspiraba ganas de comer; tan nerviosa la ponía ese hombre.

Doña Leonides hablaba por demás y su tema ahora era la reanudación de los planes para presentar a su sobrina en sociedad.

—Demás está decir que tendremos que esperar que todos estos muchachos alojados en este improvisado hospital se recuperen.

—Tía, no hay necesidad de hacer fiesta alguna —dijo Victoria, sorprendiendo a Diego, que había esperado de ella un entusiasmo mayúsculo por una recepción en su honor.

—¡Sí hay necesidad! —refutó la mujer—. ¡Está invitada *la crème de la crème*!

Diego rio ante la ocurrencia.

—¿Vendrá a la fiesta, Diego? —inquirió doña Leonides.

—No me la perdería por nada del mundo —contestó luego de limpiar su boca delicadamente con una servilleta—. Espero que mi cojera no sea impedimento para bailar con usted —dijo mirando fijamente a Victoria, logrando sonrojarla, sin arrancarle una respuesta.

La cena continuó con una charla intrascendente y luego cada uno se retiró a su cuarto. En la cama, Diego pensaba en cómo explicaría a Remedios las cicatrices en su cuerpo. No quería decirle la verdad, no confiaba en que mantuviera la boca cerrada; de seguro su prima se vanagloriaría ante sus amigas de que su amante estaba entre los revolucionarios y que era un hombre de valor. Conociéndola sabía que sería así. Diego suponía que las amigas de Remedios conocían de sus amoríos, más de una vez las había sorprendido riéndose a sus espaldas y murmurando. No, Remedios no era de confiar. Su nombre no podía filtrarse, porque pese a las promesas de que no se tomarían represalias contra los revolucionarios, ya las había.

En los días siguientes al pacto se habían producido algunas matanzas a modo de venganza, y todavía quedaban muchas por venir.

Al cabo de una semana Diego caminaba normalmente y se despidió de doña Leonides y su sobrina.

—Nunca olvidaré lo que hicieron por mí —dijo esa mañana, de pie ante el recibidor, vestido impecablemente como si realmente trabajara de abogado. Miró a ambas mujeres y Victoria le quitó el placer de sus ojos—. Usted, doña Leonides, ha sido más que generosa al acogerme a mí y a tantos heridos. —Y acercándose con elegancia a Victoria y tomándole las manos para sorpresa de ambas damas, añadió—: Y usted, Victoria, ha sido como un ángel guardián para mí. Nunca olvidaré estas manos que sanaron mis heridas. —Ella balbució un “gracias”, aturdida y roja de pies a cabeza.

Luego Diego la liberó y abrazó a Ramona que estaba en un rincón, gesto que sorprendió a la negra, desacostumbrada a los afectos y menos de alguien como el señor Alcorta.

—Cúidese, Diego —recomendó la dueña de casa—. No vaya a meterse en problemas. Mire que lo esperamos la semana que viene para la fiesta.

El resto de los heridos que no habían fallecido ya se habían ido, solo quedaba un cadete que se iría al día siguiente para volver al cuartel.

En los días subsiguientes Juárez intentó algunas salidas: aceptó las renunciaciones de sus ministros y buscó apoyos. Pero el vacío y el descontento crecían a su alrededor. En un acto desesperado convocó a los parlamentarios a la Casa de Gobierno para el domingo 3 de agosto, y los ministros los interrogaron sobre su lealtad. Ante la falta de precisiones, la ciudad aletargada, muda y con la atmósfera de la revolución flotando como una nube, se integraron comisiones para entrevistar a Roca, Levalle y Pellegrini. Cuando regresaron, el aire de la reunión era más sombrío: Roca había afirmado que el espíritu de la sublevación se había extendido y Pellegrini había sintetizado que no se podía gobernar sin dinero, sin fuerza y sin opinión. El ministro de la Guerra reiteró su lealtad, aunque no pudo garantizar la del Ejército si no se cambiaba el rumbo. La triste reunión terminó con la noticia del ministro de Hacienda que declaró que en dos semanas había que pagar medio millón de libras esterlinas por el servicio de la deuda externa y las garantías de los ferrocarriles.

—No disponemos de más de 35.000 pesos moneda nacional —informó.

El 4 de agosto el presidente Juárez presentó la renuncia, que fue aceptada de inmediato. La había redactado Ramón Cárcano, que observó que el renunciante estaba tranquilo, pero hondamente afectado por la soledad en que se encontraba.

—Me voy al campo a criar vacas —dijo festivamente Cárcano.

—Cuide de no criar cuervos —refutó el presidente.

En su reemplazo, el 7 asumió el vicepresidente Carlos Pellegrini, quien nombró a Julio Roca como ministro del Interior.

Roca había salido airoso de la revolución y resultaba evidente su participación, secreta, para influir en su curso y sus consecuencias, dado que terminada la insurrección fue quien más se había fortalecido. Él mismo escribiría tiempo después a un conocido suyo: “Ha sido una providencia y una fortuna grande para la República que no haya triunfado la revolución ni quedado victorioso Juárez. Yo vi claro esta solución desde el primer instante, y me puse a trabajar en este sentido. El éxito completo coronó mis esfuerzos y

todo el país aplaudió el resultado, aunque haya desconocido al autor principal de la obra”.

Los acontecimientos indicaban lo que la intuición popular susurraba: la revolución había sido traicionada. Los hechos eran confusos y contradictorios. Una conspiración casi pública que se desplomó por la detención del jefe militar, el repentino aflojamiento de las medidas preventivas y un nuevo impulso de confabulación que culminó con la concentración en el Parque sin que el gobierno tomara iniciativas para evitarla. Un plan revolucionario perfectamente trazado, alterado a último momento, negociaciones que se entablaron y llegaron a buen término para poner fin a la actividad combativa de civiles y militares.

Décadas después se hablaría de la doble revolución: la de los cívicos, que ingenuamente pelearon y murieron para derrocar a un gobierno corrupto, y la de quienes imprimieron media máquina al estallido para lograr sus objetivos.

Roca y Pellegrini sabían cuáles eran los dos peligros que los aquejaban: Juárez y Alem, el presidente y el candidato a presidente si la revolución triunfaba, porque no creían que Alem rechazara el puesto por más que pregona sobre la necesidad de elecciones libres. Juárez estaba desprestigiado y sin autoridad, pero se obstinaba. Alem, por su parte, a causa de su temperamento y su carácter intransigente, era un hombre con el que no cabía negociación alguna. En consecuencia, había que urdir bien las cosas para encauzar la revolución de modo que, sin que triunfara, alcanzara para derrotar al presidente.

Mientras Campos estuvo detenido recibió la visita de Roca y a partir de tal entrevista el plan marchó a la perfección. Campos era firme partidario de Mitre, sugestivamente ausente del país, y creía que la solución nacional llegaría con la figura del vencedor de Pavón.

Por tanto, las convicciones de Roca y Campos coincidían: liquidar a Juárez pero impedir el acceso al gobierno de Alem. De esta forma, los conservadores se deshacían del “burrito cordobés” y recuperaban para sí todos los resortes del poder.

No hubo otra lectura de lo sucedido. ¿Por qué si no se permitió salir a los regimientos de sus cuarteles sin inconvenientes? ¿Por qué Campos mantuvo las fuerzas acantonadas sin atacar? Pero ninguno habló jamás públicamente del tema. El depuesto presidente envió una carta al tutor de sus hijos que estaban estudiando en Londres en la cual denotaba su hondo pesar: “He sido víctima de la conjuración más cínica y más ruin de que haya memoria en los anales de la miseria humana, cuyo protagonista era un hombre a quien había

profesado una vieja y leal amistad y con quien me ligaban otros vínculos que no ha sabido respetar. Ni yo ni mi familia mantendremos relaciones de ningún género con Roca”.

Alem por su parte no podía denunciar la intriga que lo dejaba disminuido en su carácter de jefe civil del movimiento y siempre se refirió a factores negativos y resistencias que habían operado para frustrar el alzamiento.

Pellegrini, enérgico, prestigioso, lleno de recursos, estaba dispuesto a restablecer la autoridad y el orden, con el apoyo de Roca, designado ministro del Interior.

Se abría una nueva etapa con un duro desafío: reconstruir la confianza pública.

## Capítulo 23

*Buenos Aires, diciembre de 1887*

Al no recibir más cartas de su padre, Marcos organizó sus cosas y decidió viajar a Buenos Aires en su búsqueda. No tenía muchos datos de él, solo algunas referencias sobre su trabajo y su nueva familia, aunque carecía de una dirección certera donde buscarlo.

Se despidió de sus abuelos, que le dieron una buena suma de dinero para afrontar su viaje y la promesa de auxiliarlo económicamente si decidía quedarse.

El muchacho, que contaba con veinticuatro años, arribó a la ciudad y quedó azorado. No sabía que Buenos Aires fuera tan grande y al principio creyó que se perdería en sus calles. Con el tiempo se fue acostumbrando y se convirtió en un experto, conociendo todos sus secretos y recovecos.

Ya se habían incorporado al territorio de la Ciudad de Buenos Aires los partidos de San José de Flores y Belgrano, quedando determinada la superficie de la capital en 18.884 hectáreas.

Marcos alquiló una habitación en una pensión de viajeros en el barrio de Monserrat, donde recientemente se había inaugurado La Puerto Rico, un café ubicado en la calle Perú entre Alsina y Moreno. Su dueño, don Gumersindo Cabedo, lo llamó así porque había vivido un tiempo en Puerto Rico, tierra de buen tabaco y apreciado café, sitio que don Gumersindo recordaba con mucho afecto.

El aire del barrio se vio de pronto perfumado por el aroma del café recién molido y Marcos se sintió atraído de inmediato a ese sitio.

La fachada misma de La Puerto Rico era atractiva: combinaba piedra negra en el revestimiento de sus muros, amplias vidrieras, carpintería de madera y la puerta de dos hojas con vidrios esmerilados, con la síntesis de una taza de café con su nombre, toda una novedad para la época.

La característica principal del local era el muñeco que aparecía sentado en la vidriera: un negrito con ropa blanca y sombrero anaranjado. En sus

comienzos el salón era pequeño pero los clientes no tenían apuro en acomodarse en la barra. En las paredes, la *boiserie* alcanzaba una altura de dos metros, intercalando espejos en medialuna, donde se reflejaban las columnas existentes. Había mesas rectangulares y redondas, con tapa de mosaico granítico que llevaba incrustada en estaño el nombre del café.

El piso era de baldosas decoradas, con alusiones al nombre y estilizadas figuras de negritos y de barcos de vela triangular.

Don Gumersindo había hecho traer del exterior todos los materiales que no había podido conseguir en el país, había gastado una buena suma de dinero en ello, pero había valido la pena.

La clientela acudía siguiendo el mandato del olfato, atraída por el café recién molido, los bombones y las masas.

Los mozos vestían pantalón negro, camisa blanca, chaleco y moño a cuadritos rojos y negros.

Entre la variada concurrencia adicta en su mayoría al café, sin despreciar los chocolates, la torta de manzana ni los buñuelos, se encontraba todas las mañanas Marcos Ruiz.

Había vagado por la ciudad en busca de su padre sin resultado. En la oficina postal desde donde este le mandaba las cartas y donde las decepcionaba, no supieron darle demasiados datos, solo que sabían que vivía en un conventillo, sin identificar cuál de los tantos que bordeaban Buenos Aires.

Fue en el Politeama donde le dieron la dirección de Pedro.

—¿El señor Ruiz sigue trabajando aquí? —inquirió ante lo esquivo de la mirada de quien lo atendía.

—No —fue la parca respuesta—. Hace tiempo que no sabemos nada de él —mintió el empleado; no tenía por qué ser el encargado de decirle que estaba muerto. Que se arreglara por sí solo. Ya bastante tenía él que soportar los retos del patrón por unos pocos pesos para encima tener que hacer de mensajero de funestas noticias.

Al aproximarse al conventillo Marcos sintió incomodidad: ¿cómo podía vivir su padre en un sitio tan decadente? Tal vez fuera un error. Superado el primer momento de decepción y dejando atrás la indecisión, entró.

El largo pasillo de paredes despintadas y con signos de humedad lo condujo hacia un patio cuadrado donde varias personas tomaban mate y escuchaban la radio colgada de un clavo sobresaliente en la pared. De un vistazo advirtió el crisol de razas que allí se mezclaba.



Llamó la atención de Marcos el piletón de material ubicado en un extremo donde una mujer, delantal atado en su cintura y pañuelo cubriendo sus cabellos, lavaba la ropa; detrás, como una serpiente, una extensa fila de matronas aguardaba.

Algunos conventillos tenían agua potable, otros eran abastecidos por carros de aguateros, situación que se volvía intolerable en los meses de verano. El uso del piletón común originaba serios conflictos.

Todos miraron al recién llegado, que vestía de manera impecable. Un hombre con aspecto de compadrito avanzó y lo encaró:

—¿A quién busca? —El cigarro le colgaba de costado en los labios, la mano en la cintura reforzaba su actitud maleva.

—Al encargado del lugar. —La voz de Marcos sonó firme, sin visos de debilidad, y el compadrito bajó los humos. A los gritos llamó a alguien.

Al rato apareció una mujer madura que venía de recorrer los cuartos.

—La buscan, doña Marisa.

La señora, aparentemente con voz de mando en ese sitio, lo apartó a un rincón para evitar que los demás escucharan la conversación.

—Soy la administradora del lugar, Marisa Gómez. —La actitud y elegancia de Marcos le indicaron que se trataba de alguien importante, y no quería tener problemas—. ¿En qué puedo serle útil, señor...?

—Ruiz. —El hombre extendió su mano y la mujer la tomó con sorpresa—. Marcos Ruiz. Estoy buscando a mi padre, tengo entendido que vive aquí.

La mujer elevó sus ojos a un costado, intentando recordar el apellido, aunque no le sonaba familiar.

—Se llama Pedro Ruiz, tiene una esposa con dos niñas, una de ellas adolescente. Trabajaba en el Politeama, pero allí no supieron decirme nada de él.

El gesto que vio en el rostro de la mujer lo alertó: algo malo había ocurrido con su padre. Lo condujo por el pasillo hasta una habitación ubicada al fondo, pequeña pero aireada por una ventana que daba al patio, donde había un pequeño escritorio y papeles amontonados.

—Siéntese —dijo Marisa haciéndolo a su vez—. Me dijo que usted era...

—Su hijo.

—No tengo buenas noticias, señor Ruiz —comenzó la mujer, mientras maldecía internamente a quien había mandado ese sujeto a interrogarla.

—Las malas noticias conviene darlas rápido —refutó el hombre sin hesitación—. ¿Qué pasó con mi padre?

—Está muerto. —Marisa escrutó el rostro de su interlocutor, que permaneció imperturbable, solo un ligero temblor de sus dedos reveló la emoción.

—¿Cómo fue?

“Este hombre es de piedra”, pensó la mujer. “Ni una lágrima, ni un quejido. Aunque pensándolo bien, ese mal nacido bien merecía morir, vaya uno a saber qué le habrá hecho a su propio hijo”, reflexionó.

—Un confuso episodio, aquí, en el conventillo.

—Por favor, señora, explíquese —pidió Marcos.

—Una discusión con su hijastra terminó en sangre. Nunca supimos qué fue lo que pasó en la pieza, pero ella lo acuchilló. —La revelación arrancó a Marcos un largo suspiro.

—¿Dice usted que una niña lo acuchilló? ¿Cómo puede ser?

—Una adolescente, Prudencia, así se llamaba, tendría unos quince o dieciséis años.

—¿Qué pasó con ella? —Doña Marisa estaba incómoda, no le gustaban las preguntas.

—No sé mucho más. Vino la policía y se la llevaron. —Y a modo de final redondeó—: Por motivos de seguridad con el resto de la población de esta casa me vi en la obligación de echar a su madre; nunca más volví a verla.

Marcos se puso de pie y encendió un cigarro. Ante la mirada de codicia de la mujer le ofreció uno y ella aceptó.

—¿Cómo dijo que se llamaba la chica?

—Prudencia.

—Apellido —pidió con autoridad que ella no pudo desobedecer.

—Fierro Rodríguez.

Luego de la detención de su Prudencia, Piedad huyó del conventillo. Ni siquiera se preocupó en volver a buscar las pocas pertenencias que habían logrado reunir, la vergüenza por su hija asesina la arrastró en un huracán sin rumbo ni planes. Purita lloraba, no entendía por qué su hermana había sido sacada casi a la rastra de la pieza mientras ella, al pie en la escalera, escuchaba los gritos de horror de su madre.

Después todo fue como un sueño del que la pequeña quería despertar. Su madre la llevó casi arrastrándola de tan fuerte que tiraba de su delgada manito, por las sucias calles del bajo, entre hombres que las miraban con asedio, tachos de basura hediondos y gatos hurgando en ellos.

El largo peregrinar por la ciudad en busca de Miguel, a quien Piedad, haciendo a un lado su orgullo, decidió acudir para que se hiciera cargo de su

hija, agotó tanto a la madre como a la pequeña. Piedad no logró dar con su paradero, ni siquiera el sastre para el que trabajaba pudo darle información. Solo le contó que había recibido noticias de España y que Miguel le había hablado de un cambio de rumbo. Nada más.

La mujer, cuya belleza se había disipado en gestos de fiereza y reproches, buscó asilo en el Politeama. Allí, a escondidas del administrador y ayudada por quien hacía de sereno, durmió unas cuantas noches, entre telas de decorado, sillones con ribetes dorados, espejos, pianos y plumas.

Purita no comprendía por qué no podían volver a su casa, esa pieza pequeña y desordenada que ella creía un hogar. No osaba preguntar a su madre, que lo único que hacía todo el día era quejarse y hablar mal de todos. La pequeña iba detrás de Piedad como un cachorrito, mendigando un cariño o al menos una mirada bondadosa. Nada de eso tenía su madre para ofrecer. Era una mujer endurecida y avinagrada a la que nada haría cambiar, ni siquiera los ojitos perlados de su hijita que suplicaban amor.

Durante el día Piedad limpiaba el teatro con Purita a la rastra, a veces le daba un trapo para que sacudiera cortinados y la pequeña se ahogaba en toses a causa del polvillo y parecía a punto de quebrarse del esfuerzo que significaba para ella agitar semejantes telones.

Cuando terminaba su turno de trabajo Piedad fingía irse y vagaba por las calles con la niña a cuestas, hasta que la noche ocultaba la traición del sereno, quien les permitía ingresar por los fondos, siempre que no hubiera función. Si el teatro se hinchaba de público y todas las luces y ojos estaban puestos en él, Piedad y Purita tenían que hacer tiempo hasta que el espectáculo finalizara. Entonces la madre premiaba a la hija con un bocado decente en algún bar de la zona.

Las noches de función eran las mejores para la niña, porque sabía que comería sentada frente a un plato caliente. Las demás, su alimento se reducía a frutas o pan, dado que no había lugar para cocinar y Piedad ahorraba cada centavo del salario para alquilar una vivienda digna.

El sereno, apiadado más por la pequeña de ojitos implorantes que por la madre, a quien creía en su sano juicio, ya que de otra manera habría buscado aunque sea un cuarto de pensión, traía de su casa algo para llenar el estómago de esa niñita esmirriada y sin educación.

Purita era como esos animalitos abandonados que van por la vida atizados por el instinto y la naturaleza que los trajo al mundo. El hombre la miraba y se compadecía de ella: ¿qué futuro podría tener con una madre tan desalmada?

Si le hubiera tocado a él... Su esposa no había tenido la dicha de convertir su vientre en nido y los años habían pasado y envejecían solos.

Una tarde de tormenta, la función arrojó a las moradoras clandestinas del Politeama a la calle. A Jaime se le encogió el corazón al ver a la niñita tiritar de frío en la esquina, soportando la lluvia que caía de costado y la mojaba. Sin pensarlo corrió hacia Piedad y la detuvo antes de que cruzara la acera.

—¡Señora! —llamó entre relámpagos y truenos que devoraron su voz—. ¡Piedad! —gritó con más fuerza, logrando que la mujer se diera vuelta.

Jaime corrió bajo el aguacero y las llevó hasta un portal, donde se guarecieron momentáneamente.

—Señora Piedad, no es noche para andar con la niña en la calle. —Ella lo fulminó con la mirada de hielo, pero el hombre no se amilanó—. Mi casa queda cerca, ¿por qué no se va para allá? Mi esposa les dará de comer y abrigo para la pequeña.

Piedad desconfió, aunque un tirón que le dio Purita en la falda la decidió. El hombre le dio la dirección y el nombre de su esposa.

—Dígale que yo la mando —agregó antes de correr nuevamente bajo la lluvia en dirección al teatro.

Al llegar a la casa del sereno, modesta pero cuidada, Piedad llamó y encontró frente a sí a una mujer madura, de rostro arrugado y cabello entrecano.

Enseguida las hizo pasar y se agachó para mirar a la niña.

—Tú debes ser Purita —dijo la mujer acariciando su cabecita luego de que Piedad, mordiendo su orgullo, le diera su referencia—. Jaime me habló de ti.

—Sí, señora —respondió ella con su voz dulce y afinada.

—Dime Luz, María Luz es mi nombre —aclaró—. Pero vengan, pasen —señaló extendiendo su mano dirigida por un brazo rollizo—, vamos a la cocina a comer algo calentito.

Esa noche madre e hija comieron decentemente por primera vez en mucho tiempo. La tormenta no cesaba y María Luz las obligó a quedarse.

—No saldrán con esta lluvia, acabarían ambas enfermas —dijo la mujer reforzando sus palabras con un gesto de sus manos—. Aquí hay un cuarto libre —repentinamente su mirada se oscureció, pero fue un segundo—. Vamos.

Luego de mucho tiempo de miseria y necesidades, Piedad volvía a dormir en una cama decente. Ni bien el colchón se hundió bajo su peso y sus piernas hallaron solaz y su espalda recreo, la mujer se durmió.

Purita en cambio quedó mirando embelesada la cama con sábanas limpias, el acolchado tejido en tonos pálidos, el gran espejo de pie en un rincón. Todo era tan pulcro y tan confortable que sus ojitos infantiles luchaban contra la penumbra que reinaba en el cuarto; el farol del pasillo apenas esparcía un haz de luz.

De repente su mirada se topó con otra que le llegaba desde lo alto del placard: una muñeca con cara de porcelana y cabellos dorados peinados en rodete, coronado por una tiara de piedras brillantes. El vestido de tules y la prestancia del juguete la convertían en una princesa.

La niña se abalanzó sobre el placard y no pudo alcanzarla. Trepó a una silla y se hizo del preciado bien que abrazó con emoción, cuidando de no arrugarla.

Luego se sentó en la cama y adoró con su mirada brillante por las lágrimas a ese tesoro que escondía el cuarto. Inmediatamente la nombró “Princesa” y con diálogos mentales jugó durante más de dos horas, hasta que el sueño se apoderó de su cuerpecito infantil y cayó dormida, sin soltar a la primera muñeca de su vida.

## Capítulo 24

*Buenos Aires, agosto de 1890*

Mientras la ciudad se recomponía, la sociedad porteña, en su mayoría indiferente, hacía como siempre y miraba para otro lado.

El llamado “corso” de Palermo seguía con sus desfiles de jueves y domingos, y en casa de doña Leonides las mujeres corrían de un lado a otro, ultimando los detalles de la fiesta de presentación que se llevaría a cabo esa noche en honor a Victoria.

La joven estaba nerviosa, aunque era experta en dominar sus emociones. Su sonrisa estaba pintada en su rostro y hasta había logrado vencer, o al menos oprimir, el resquemor de que un hombre la tocara. Sabía que tendría que bailar, y por ello había aprendido a hacerlo con el profesor Lucien du Courrieux, al ritmo del vals, esa nueva danza que había desplazado a las tradicionales.

Madame Florette ya había llegado para ayudarla a vestirse y ultimar los detalles del vestido que aguardaba tomar vida en cuerpo de su dueña.

Estaba realizado en seda color verde esmeralda, con mangas de farol francesa, realizadas en fino encaje de bolillos con cuadrantes de terciopelo a juego con el color del vestido. Los puños terminaban también en encaje de bolillos y lucían apliques de encaje sobre tul y pequeños flecos en seda color marfil.

La prenda estaba confeccionada en una sola pieza, siguiendo los patrones franceses del siglo XIX. Presentaba una amplia falda con gran vuelo en color verde esmeralda, con bordados a mano en los bajos que circundaban todo su perímetro hasta la mitad de la parte posterior, que subía hasta la zona de la botonadura, que discurría desde el escote trasero hasta un poco más de la zona lumbar, y que con un poco de arreglo permitiría tener parte de la espalda al descubierto. Toda la zona de la botonadura se encontraba oculta por apliques ovalados de encaje con redecilla y florecillas de encaje belga en cada extremo.

La parte de la cintura tenía pequeños pliegues que daban a la silueta un toque muy estilizado, cosa que Victoria no necesitaba.

La parte más espectacular era sin duda alguna el escote, tipo barco, con infinidad de detalles de cordonería realizada en colores plata, azul pavo y verde, con aplicaciones de pedrería plateada que pendían de hilos sueltos, lo que le daba cierto movimiento.

El peinado había quedado en manos de Ruperta Guadaño, una mujer que hacía maravillas con los cabellos.

Victoria se sentía entre halagada y tironeada. Un corro de mujeres la rodeaba y manipulaba, como si fuera un muñeco a punto de ser desmembrado. Todas opinaban y la miraban con arrobamiento mientras concluía su preparación.

Al finalizar, ataviada con el opulento vestido, peinada y adornada con las joyas previstas para la ocasión, le permitieron verse al espejo: no era de ella la imagen que este le devolvió. Tenía frente a sí a una joven hermosa.

—Estás muy bella, hija —sollozó doña Leonides, repentinamente emocionada.

—Gracias, tía —respondió Victoria volviéndose y tomándole las manos—. Gracias —repitió, por primera vez, conmovida.

Ya todo estaba preparado, las mesas y su mantelería fina, la vajilla debidamente lustrada, las copas de cristal lanzando destellos a la luz de las arañas, los mozos elegantemente vestidos y los músicos de la pequeña orquesta instalados en un rincón.

Al ingresar Victoria en el salón se asombró ella misma ante tanto lujo, generalmente oculto en esa casona.

—Tía, ¿no es demasiado? —inquirió.

—Nada es demasiado si se trata de ti. —Doña Leonides, aristocráticamente ataviada con un vestido diseñado por madame Florette, estaba feliz, radiante, como si la fiesta fuera para su propia hija.

Victoria se ahorró los comentarios y aguardó la llegada de los invitados. Concurrirían a la velada alrededor de ochenta personas de las más reconocidas personalidades porteñas. Había oído algunos nombres, los Álzaga, los Victorica, los Anchorena, los Alcorta, los Acuña y tantos otros. Pero a ella no le importaban. Solo quería poder ingresar a esa élite para servirse de las relaciones y buscar a su hermana. Todavía no había tenido oportunidad de salir, enredada en sus lecciones de protocolo, piano y demás.

La organización de la fiesta, la revolución y sus heridos en el medio le habían impedido ocuparse y traspasar las paredes de la casa para iniciar su

búsqueda que, por cierto, no tenía rumbo, más que los lugares donde habían estado.

La gente comenzó a llegar y la sala donde se servían las copas y donde más tarde se realizaría el baile cobró vida en los murmullos, las miradas y las risas.

Entre las personas que su tía le presentaba, Victoria causaba una impresión disímil: las mujeres de inmediato se resentían ante su belleza y juventud; la joven tenía un aire inocente aun detrás de su fingida desenvoltura. Los hombres se sentían subyugados por su mirada, tan extraña a causa del color plateado de sus ojos, brillantes esa noche a causa de la ansiedad que la embargaba. Todos los varones querían acaparar su atención sin caer en la adulación ni deshonorar a sus esposas y prometidas.

A Victoria le dolían los músculos de la mandíbula de tanto sonreír, pero debía sostener su máscara durante el resto de la velada.

—Ven, quiero presentarte a la señora de Alcorta, hermana de sor Renunciación y madre de Diego —agregó susurrando su tía—. También a su otra hermana y su sobrina —dijo Leonides rescatándola, sin saber, de la charla aburrida y frívola a que la educación la obligaba con Mariquita Gallardo de Narváez y Lucrecia Olmos.

Victoria se halló frente a tres mujeres que la estudiaban sin disimulo, dos maduras y una joven de alrededor de treinta años.

—Victoria, te presento a mis amigas, Teresa de Alcorta y Mercedes del Pino —dijo la anfitriona presentando a las señoras.

—Encantada.

—Y ella es la hija de Mercedes, Remedios Ruiz Díaz. —La mujer la saludó con cortesía pero Victoria notó de inmediato la adversidad en sus ojos.

“Otra para sumar a la cuenta del haber”, se dijo, dado que la mayoría de las solteras o viudas jóvenes la habían mirado con envidia. “Si supieran...”

Había pocos rostros conocidos para ella: el doctor Demaría la había saludado con sinceras muestras de afecto y había sido uno de los pocos que no había mirado su escote; el doctor Mecena, que con tanto ardor había curado a los heridos de la revolución, su profesor de piano y baile, que jamás revelaría que ella había tomado clases con él. El resto, eran completos desconocidos, y los nombres y las caras se confundían en su mente. Cada vez que alguien le hablaba tenía que hacer un esfuerzo sobrehumano para acertar quién era y no pasar vergüenza.

La orden de pasar a la mesa fue dada en el mismo momento en que Diego Alcorta ingresaba al salón. Sin disimular su impuntualidad se abrió paso entre



los presentes, fue hacia la anfitriona y le besó ambas manos.

—Perdóneme, doña Leonides, tuve un percance —dijo con su mejor sonrisa adornando su rostro atractivo donde unos cabellos rebeldes e ingobernables caían sobre sus ojos azules.

—Llega justo. —Y tomándose de su brazo lo condujo al comedor.

Victoria lo vio avanzar y notó la leve cojera, imperceptible a los demás que ignoraban tal secuela. Sentimientos encontrados la aguijonearon: no sabía por qué ese hombre la molestaba, sus terminales nerviosas se alteraban ante su presencia y la corrían del eje en que ella se había plantado. Sin embargo, la invadía a la vez una extraña complacencia.

Al llegar al comedor Diego dijo algo al oído de la dueña de casa y caminó resuelto hacia la agasajada.

—Victoria —saludó a la joven, que lo vio avanzar y se zambulló en una charla sin sentido ni memoria con una señora de la que no recordaba ni la alcurnia ni el parentesco—. Es un placer para mí volver a verla —dijo para asombro de la muchacha y de la señora, ya que Diego había osado tomarle la mano y besársela como hubiera hecho un príncipe.

Victoria balbuceó una respuesta y retiró su mano temblorosa que transmitió a su cuerpo un estremecimiento que llegó hasta su coronilla, causado por los labios tibios de Diego Alcorta.

Del otro lado del salón llegó una ráfaga de furia proveniente de los ojos negros de Remedios.

Luego Diego saludó a la señora que conversaba con Victoria y se alejó a saludar a su madre.

Remedios lo fulminó con la mirada pero él no se hizo cargo. Sabía que eso pasaría, no estaba en sus planes ocultar que Victoria le gustaba. Y no era solo su belleza lo que le atraía, sino esa dualidad que la caracterizaba y que la hacía caminar por una delgada línea entre la ingenuidad y la malicia de quien planea una venganza. Algo ocultaba tras esos ojos tan extraños, grises aunque ligeramente obnubilados esa noche por el color esmeralda del vestido.

Durante la comida los hombres se lanzaron de lleno a comentar los últimos acontecimientos políticos y las mujeres a interrogar, con disimulo, a Victoria sobre su vida en España. Doña Leonides intentaba desviar el tema hacia otros menos comprometedores pero la curiosidad podía más.

Demaría, de quien se sabía abiertamente que había formado parte de la revolución, sostuvo en la mesa su necesidad de llamar a elecciones. Diego, aun a riesgo de parecer tibio y desinformado, se mantuvo al margen de las

discusiones sin tomar partido por ningún bando; no quería levantar sospechas sobre su persona menos ahora que se sabía de las persecuciones y venganzas.

Victoria observaba con detenimiento los rostros de quienes tenía cerca: su tía, feliz y pendiente de todos los detalles; Mariano Demaría, concentrado en sus argumentos, la mandíbula tensa, los ojos fijos; Remedios Ruiz Díaz que echaba miradas furtivas a Diego Alcorta, que a su vez la miraba a ella mientras hablaba con su tía Mercedes; y la dulce María Rosa de Villafañe, una jovencita angelical que acudía a una de sus primeras fiestas y observaba embobada a un hombre que estaba cerca y de quien Victoria no recordaba el nombre.

Si alguien hubiera encendido lumbre en el aire que flotaba en torno a la mesa se habría iniciado un gran incendio; era mucha la pasión que tantos ojos dirigían a otros, conscientes unos, aturdidos otros.

Como diría al día siguiente su tía, allí se habían reunido los más *gommeux de la haute gomme*. Aquel *savoir faire* pertenecía en particular a esa gente de la *fine fleur*. Las mujeres en su mayoría introducían alguna palabra en francés, aunque lo pronunciaran mal y jamás hubieran viajado a París, pero era chic salpicar vocablos franceses.

Diego se divertía al oírlas, él sí sabía hablar ese idioma gutural y seductor, pero jamás lo hacía a menos que su interlocutor lo requiriera para poder comprender.

Luego de la cena pasaron al salón y comenzó el baile al son del vals ejecutado magníficamente por los músicos de la orquesta contratada a tal fin.

Las parejas se lanzaron al centro y Victoria fue acosada por los hombres que, como moscas en almíbar, se amontonaban a su alrededor.

El primer afortunado fue el doctor Demaría, porque le inspiraba confianza y no se sentía un trozo de carne bajo su mirada. El hombre la condujo con pericia y elegancia y luego de la pieza terminó en brazos de otro muchacho y así otro y otro hasta que la orquesta se tomó un descanso.

Entre tanta vuelta poco había podido ver de lo que ocurría a su alrededor. Se había perdido el enojo de Remedios al ver a Diego Alcorta bailar con María Rosa de Villafañe antes de hacerlo con ella, la caída de una dama entrada en copas cuando se dirigía por la puerta balcón a tomar aire al jardín y la huida disimulada de una parejita que tenía encuentros furtivos en cualquier sitio oscuro que les diera cobijo.

—Baila usted primorosamente —dijo una voz grave a su lado mientras aguardaba que le sirvieran una copa dado que tenía la garganta seca.

De inmediato se le erizaron los pelillos de la nuca y le temblaron las rodillas al reconocer al dueño de esas palabras. Giró con elegancia, simulando una serenidad que no sentía y se topó con Diego Alcorta.

—Gracias —respondió Victoria refugiándose en la copa que el mozo le entregaba y mojando ligeramente los labios, como le había enseñado doña Leonides. “Una dama nunca comete excesos. Así te estés muriendo de sed bebe con la delicadeza de un pajarito”, le había dicho.

—La comprometo con el próximo baile ni bien la orquesta comience a sonar —siguió él—. Me mantendré cerca así no me la roban —agregó con una sonrisa pícaro que acompañaron sus ojos.

Victoria no respondió y buscó con los suyos a su alrededor a alguien que viniera en auxilio y la rescatara de ese hombre que la volvía de manteca con su sola cercanía. Divisó a Remedios Ruiz Díaz que se aproximaba con sus pasos felinos y su mirada feroz, que le hizo recordar a su madre, siempre con sus ojos de hielo que le conferían un aire malvado.

—Querido primo —exclamó colgándose de su brazo como si fuera de su propiedad—. Te estaba buscando. ¿Me acompañas al jardín a tomar un poco de aire?

Aun a riesgo de ser descortés, él la rechazó con elegancia:

—Prometí a la señorita Victoria el primer baile y no borraré con mis actos mi palabra —le obsequió a la mujer una mirada de advertencia y le sugirió—: ¿Por qué no le pides a Ramón Ocampo que hace rato que te está mirando? —Remedios se sonrojó al extremo al decir:

—¿Qué insinúas, Diego?

—Pero primita —dijo acentuando el parentesco—, si Ramón es un caballero.

Ella se alejó furiosa y diciéndole con la mirada “ya verás” antes de partir.

Victoria permaneció muda ante aquel intercambio y en ese mismo instante la música comenzó a sonar y los caballeros se dispersaron en busca de las damas de sus desvelos.

Diego no le dio oportunidad a ninguno y tomó a la muchacha del brazo para llevarla al centro de la pista.

Ni bien sintió su mano en la cintura, Victoria se estremeció de nuevo. Ya no sentía ese asco ancestral al género masculino, era algo muy diferente y nuevo lo que ese hombre le ocasionaba y el no poder descifrarlo la ponía de pésimo humor.

Diego bailaba con elegancia y destreza, conduciéndola con firmeza. En uno de los giros la estrechó un poco más y sintió, subyugado, su perfume a

jazmines que subió desde su cuello y se impregnó en sus fosas nasales como el olor de Victoria. Ella intentó separarse un poco pero él no se lo permitió y susurró a su oído:

—No voy a morderla. —Las mejillas de la muchacha se tiñeron de rojo y él se sintió satisfecho ante aquel gesto de inocencia.

El hombre notó su talle flexible y admirable, la lozanía de su piel, la turgencia de sus pechos y el brillo de su mirada. De repente la deseó: la imaginó desnuda en su cama y una erección se le rebeló debajo de la levita que ocultaba su desliz. Esa jovencita lo excitaba demasiado y cuando los vaivenes ondulantes del vals los unían involuntariamente todo él se enardecía ante ese cuerpo que descubría tímido y a la vez audaz.

Victoria intentaba mantener la compostura, pero le era casi imposible; quería que la música terminara, sacarse esa ropa incómoda que la convertía en una mujer deseable y encerrarse en su cuarto a llorar. No entendía por qué de pronto la angustia y la desazón se le habían instalado en el alma; no quería atribuir la culpa a ese hombre, que no era más que otro invitado pero que por alguna razón la desequilibraba.

Al fin el vals terminó y ella se le escurrió de entre los brazos, o al menos eso creyó. La realidad fue que él la dejó partir porque el deseo lo atosigaba demasiado y no quería cometer una locura; al menos no esa noche y en presencia de su familia.

Pasada la fiesta la casa de doña Leonides recuperó su ritmo habitual. Ya no llegaban mandaderos con encargos, ni la modista ni los músicos a ultimar detalles.

—No es bueno que una joven decente ande por ahí sin compañía —argumentó la tía ante el pedido de Victoria de salir de paseo por las calles de Buenos Aires.

—Podría acompañarme Lulú —intentó la muchacha.

Después de evaluar la posibilidad, doña Leonides accedió. El cochero la llevaría adonde ella indicara y Lulú sería su escolta.

Luego de recorrer varios sectores de la ciudad, Victoria decidió caminar por el Paseo de Julio, tendido en forma paralela a lo largo del muelle y de las vías del ferrocarril.

—No es sitio para usted, señorita Victoria —arguyó Silverio—. Allí acuden gentes de bajos recursos —aclaró, aunque a ella no le importó y ordenó detener el coche.

A Victoria le molestaba esa división entre el norte y el sur de la ciudad, reservado el primero para la clase pudiente y el segundo, donde antes había

gente de clase acomodada en casonas coloniales abandonadas luego de la fiebre amarilla, a los trabajadores, atorrantes, compadritos, putas e inmigrantes.

Sin planearlo, Victoria se halló caminando entre peones, urbanos algunos y rurales otros, humildes y pesarosos todos, que la miraban con curiosidad.

Su mente voló hacia atrás y se reencontró con sus recuerdos de Gijón, cuando de niña jugaba con sus primos, trepaba árboles y osaba desafiar las olas del bravo mar aun a su corta edad.

Lulú la seguía a corta distancia, tranquila y feliz de poder pasear un poco.

—¿Prudencia? —dijo una voz a que la sacó de sus nostalgias.

Victoria miró en esa dirección, sin reparar que había pronunciado su verdadero nombre y no ese otro que ella misma había elegido y al que se estaba acostumbrando.

Una mujer joven, vestida con un sobrio vestido y cubierta su cabeza con un sombrero a la moda, aguardaba respuesta de pie frente a ella.

—¿Eres tú, Prudencia? —repitió acercándose—. Sí, esos ojos son únicos —añadió—. ¿Es que no me reconoces? ¡Soy yo, Lucy!

Victoria buceó en su memoria y el nombre la llevó al conventillo de La Boca, a aquella prostituta que recién se iniciaba y a la cual ella interrogaba con curiosidad adolescente.

—¿Lucy? —repitió.

La otra supo que la había reconocido y la abrazó con alegría, como si fuera lo más normal del mundo. Al sentir la rigidez de Victoria se separó, ofendida.

—¿Es que ya no somos amigas? —A Victoria le dio pena el tono en que lo dijo y de inmediato se disculpó.

—Perdona, Lucy, es que no salgo de mi asombro —dijo a modo de excusa—. Pasó tanto tiempo, estás tan cambiada...

—¿Cambiada yo? —Lucy volvía a sonreír—. ¡Tú estás cambiada! ¡Pareces una señorita rica!

Victoria bajó los ojos. La última vez que la había visto había sido esa tarde cuando la policía la sacó del conventillo, llevándola detenida. La vergüenza cedió enseguida ante ese rayo de luz que se desplegaba ante ella. Lucy podía saber, tenía que saber.

—Es una larga historia, Lucy —dijo a modo de explicación—. Cuéntame, ¿qué fue de tu vida? ¿Vives aún en el conventillo?

—¡No! Hace rato que salí de allí —dijo la otra con desprecio—. ¿Recuerdas el hombre que iba a sacarme? Cumplió, Prudencia, cumplió.

—Me alegro por ti, de verdad —contestó Victoria, conmovida—. ¿Y qué haces ahora?

—Ahora tenemos un negocio juntos. —La mirada de la mujer se tiñó de vergüenza—. Somos dueños de un burdel, pero yo ya no trabajo, solo administro y canto algunas veces.

—¿Eres feliz?

—Sí. Richard, así se llama mi hombre, es bueno conmigo, estamos enamorados. Cuéntame de ti. ¿Estuviste en prisión? —bajó la voz porque los transeúntes eran curiosos y sabía que a Prudencia no le interesaría dar a conocer su oscuro pasado.

—Lucy, nadie sabe que estuve en la cárcel, no lo vuelvas a decir. —La fuerza de sus palabras fue reforzada por la profundidad de su mirada.

—Puedes confiar en mí.

—Lo sé. —Lucy, a pesar de su vida, era buena persona, desinteresada y de palabra.

Rápidamente resumió su historia, sin dar nombres ni detalles y observó el asombro en los ojos de la mujer.

—¿Qué ocurrió con mi hermana, Lucy? ¿Volviste a verla?

—Ni bien sucedió aquello doña Marisa echó a tu madre del conventillo. Nunca volví a verlas.

—¿Y doña Encarna? ¿Recuerdas la anciana que cuidaba a Purita algunas veces?

—Sí, cómo olvidarla, era buena la gallega. Pero ella murió hace tiempo, Prudencia, aunque dudo que supiera nada. ¿Has ido al teatro que limpiaba tu madre?

—Aún no —admitió Victoria. A decir verdad tenía medio de cruzarse cara a cara con Piedad, no quería verla, no estaba preparada para enfrentarla. Solo buscaba a su hermana.

—Escucha, Lucy, tengo que irme ahora, pero volveremos a vernos. Necesito que me hagas un favor —se le ocurrió de repente—. Supongo que a tu negocio concurre mucha gente. —Lucy asintió con la cabeza—. Averigua, pregunta, sonsaca; alguien tal vez pueda darte algún dato. ¿Lo harás?

—Sabes que lo haré, niña, puedes contar conmigo. —Le dio la dirección del burdel—. Por si quieres venir alguna vez, no es un sitio tan malo —aclaró, demostrando el orgullo que sentía al tener algo propio—. Canto allí todos los miércoles, soy la estrella.

Victoria regresó a la casa de la calle Alvear con un brillo de esperanza en la mirada.

## Capítulo 25

El alambrado era la principal novedad en esos días en la estancia La Luz Buena. Una vez plantados los postes y tendido el cerco perimetral, los peones se vieron en la dificultosa tarea de alambrear los diferentes potreros, a indicación firme del patrón, que andaba cabrero últimamente. Así quedaron separados en corrales, las vacas de las ovejas, los avestruces de los cerdos y los toros de los caballos.

Andrés había comprado dos ejemplares finos de padres Shorthorn y los cuidaba como si fueran de oro. De su último viaje a Buenos Aires también había traído grandes cantidades de Vellón de Oro, un tónico para curar la sarna en las ovejas, dado que el cuidado intensivo y el mejoramiento de las razas era una de las preocupaciones fundamentales para los estancieros.

La explotación del ovino proporcionaba el más valioso producto rural de la época; las ovejas merino eran las más difundidas en la campaña bonaerense, aunque también estaban presentes las Rambouillet, que criaban Eduardo Olivera y sus hermanos en la cabaña Las Acacias, en Luján.

Otro de los adelantos, técnicamente sencillo y relativamente barato, era el molino de viento, gran auxiliar del avance en las tierras, que sustituyó al primitivo *jagüel*.

Pese a las nuevas tecnologías con que contaba, Andrés estaba malhumorado y taciturno. Su relación con Manuela era imposible. La mujer no cesaba de hostigarlo con reclamos de cualquier tipo, furiosa y despechada por no haber conseguido que su marido volviera a ella. Había creído que el dicho popular de “muerto el perro se acabó la rabia” funcionaría. Lejos de ello, la furia de su esposo había alcanzado tamaño insospechado y ya no se preocupaba por simular ni siquiera frente a la servidumbre. Manuela se sentía avergonzada ante el trato que él le profería y no se quedaba atrás, de modo que una guerra se había desatado en la casa y ya nadie quería permanecer cerca de la pareja.

Los peones conocían la historia y también por donde venía la mano; a pesar de que no habían conocido a la amante del patrón, lo justificaban.

Andrés solo hallaba solaz cuando salía a cabalgar campo adentro e inevitablemente terminaba llorando en donde antes estaba el rancho y ahora moría su recuerdo.

Había indagado en las cercanías, no había tenido vergüenza de preguntar por Roberta en las viviendas precarias de barro y paja de los tamberos, ni a los capataces de otros establecimientos ganaderos, pero ninguno tenía noticias de la muchacha, algunos ni siquiera la conocían.

Nada de lo que ocurría a su alrededor lo complacía, ni la leve mejora en sus negocios, ni la próxima visita de su madre, a quien tantas veces había invitado. Ahora, por el contrario, no quería que llegara. No podría fingir frente a ella que todo estaba bien, y tampoco le interesaba hacerlo. Manuela se había convertido para él en un ser despreciable, sin moral y sin escrúpulos.

El recuerdo de Roberta se agigantaba mientras él empequeñecía y se volvía despiadado con quienes no tenían la culpa de su desgracia. Sus peones le temían, no porque Andrés los agrediera físicamente, sino porque tenía la palabra fácil y ya había echado a tres que le habían contestado cuando les había reclamado por un trabajo mal hecho o algún descuido. El cambio en el patrón era rotundo, antes ni siquiera se hubiera inmutado y se hubiera ofrecido para enseñarles o ayudarles en caso de desconocimiento frente a alguna tarea nueva. Ahora no tenía miramientos y cualquiera que osara mirarlo mal era despedido.

Julián, el capataz, también andaba con pie de plomo, porque a pesar de los años y el cariño, sabía que Andrés no le perdonaba su descuido ante la fechoría de Manuela. En el fondo, el viejo había sabido, solo que había mirado para otro lado. No creía a la señora de la casa ser capaz de tamaña bajeza, había creído que solo le daría un susto a la amante de su marido para que no volviera a sus brazos. Pero la cosa se había ido de cauce y el estropicio ya estaba hecho. Julián solo podía fingir que no estaba enterado de nada.

María Gracia también estaba enojada, tanto con su marido como con el patrón. Con el primero, por los mismos motivos que Andrés, con el segundo, por haber mostrado sus garras con quienes menos lo merecían. A su criterio, el patrón tendría que haberle dado una buena tunda a su mujer, a esa víbora disfrazada de corderito. Bien sabía ella del carácter irascible de la señora, que en ausencia de su marido también se desquitaba con la servidumbre para volverse elegante y delicada a la vuelta del hombre.

—Doña Manuela tiene doble cara —le había dicho a Milagros, una empleadita nueva—. Cuídate de ella. —Y como la muchacha andaba medio



ilusionada con el patrón, que era muy buenmozo, añadió—: Ni se te ocurra hacerte la linda frente al señor, que la doña no tendrá piedad de ti.

Así estaban los ánimos en La Luz Buena.

En el año 1615, en la ciudad peruana de Lima, “Ciudad de los Reyes”, una religiosa beata llamada Isabel Flores de Oliva, apodada Rosa, encabezó una rogativa desde la capilla de San Gerónimo ante el posible desembarco de naves de piratas holandeses que ya habían asaltado el puerto vecino de El Callao. Sin previo aviso, una gran tormenta impidió que las embarcaciones se acercaran a tierra y así, la ciudad de Lima quedó salva. Los creyentes comenzaron a atribuir la presencia de la tormenta y la huida de los piratas al poder místico de Rosa, una joven por demás extraña y dedicada a Dios, que flagelaba su cuerpo a causa de su belleza, dado que era signo de incitación al pecado.

La leyenda se popularizó en Argentina, con gran fuerza en la zona del Río de la Plata, en Córdoba y en la región de Cuyo.

Como casi todos los años, a finales de agosto, se descargó sobre la ciudad una tormenta eléctrica. La cantidad de agua que caía no era de tal intensidad como años anteriores, aunque para Victoria era igual que si se hubiese producido un maremoto.

La muchacha se refugió en su lecho, tapó su cabeza con las almohadas y lloró de pánico y angustia, de furia y resentimiento. Se enojaba consigo misma por no poder superar ese trauma de su niñez, se reprochaba su falta de raciocinio y, pese a todo, no podía dominar su miedo.

Los estruendos secos de los truenos la hacían temblar y si osaba espiar por debajo de su refugio de plumas, el breve resplandor del relámpago la obligaba a volver a ocultarse. Un sudor frío le corría por la espalda y el corazón parecía querer salirse de su pecho. Su cuerpo temblaba involuntariamente, sentía deseos de vomitar y sequedad en la boca.

Era un ataque muy fuerte comparado con los anteriores y tal vez se debía a la excitación en que estaba viviendo por todos los cambios en su vida. Por mucho que Victoria aparentara, su calvario iba por dentro. Todavía sufría por la pérdida y el abandono de sus seres queridos, el abuso al que había sido sometida y por el cual se había defendido matando. El desamparo posterior, el olvido en aquella celda para volver ahora a la vida convertida en otra, una dama decente y refinada que se había instalado en su cuerpo y en su rostro, desplazando a esa otra, temerosa y débil.

La muchacha vivía esos momentos de pánico como si no fuera ella, como si todo sucediera a través de un vidrio empañado y ella fuera una espectadora

lejana. En esos instantes perdía toda relación con la realidad y cuando volvía en sí, su furia crecía. No quería ser frágil, no podía.

Así estuvo casi dos horas, dado que era tiempo de siesta y en la casa nadie conocía sus temores. Cuando su tía golpeó a su puerta reclamándola para la merienda, se preocupó al no obtener respuesta.

Doña Leonides abrió sigilosamente, tal vez su sobrina estuviese dormida, y su sorpresa fue mayor al hallar a la jovencita acurrucada bajo las mantas, temblando de miedo.

—¡Victoria! ¿Qué te ocurre? ¿Te sientes mal? —buscó debajo de los acolchados el rostro de la muchacha y la encontró llorosa y pálida—. ¡Hija! Dime qué ocurre.

Victoria no lograba articular palabra y su llanto era acallado por el ruido de las gotas de lluvia que, furiosas, acometían contra los cristales.

Cuando al fin pudo tranquilizarse en brazos de su tía, que la cobijó como hubiera hecho con un bebé, logró decir:

—Es la lluvia —un sollozo la interrumpió—. Me hace mal, tengo miedo de la lluvia.

—¡Pero niña! ¿Cómo vas a temerle al agua de Dios? —replicó la mujer, aliviada. Había creído que algo peor le sucedía.

—Ya sé que es una tontera, tía, ya lo sé —se justificó mientras se secaba las lágrimas—. Pero no puedo dominarlo. —Y le contó sucintamente el origen de su temor.

—¡Pero Victoria! —reprendió doña Leonides con una sonrisa—. ¿Cómo vas a creer algo así? Esta lluvia no es más que el invierno que se despide para dar paso a la primavera.

Pese a la larga charla de doña Leonides, que no abandonó el cuarto hasta altas horas de la noche, cuando la tormenta amainó y el cielo se tiñó de un color rosado, Victoria no lograba superar su pánico.

Los efectos de la tormenta aumentaron la sensación de declinación que algunos, especialmente los viajeros, tenían por Buenos Aires.

Muchos de estos ciudadanos del mundo preferían la limpia y prolija Montevideo que una Buenos Aires que daba la idea de una gran ciudad rezagada, que habiendo llegado a cierto grado de civilización se acostó a descansar sobre sus laureles para caer en la decadencia.

Las calles, las plazas y los tranvías se encontraban muy descuidados, y los grandes baches de las calzadas se habían llenado de agua estancada, dado que el sol tardó varios días en volver a brillar en el cielo.

Pese a todo, los porteños conspicuos discutían el tema de los bulevares, las perspectivas y las calles más anchas, dado que resultaban estrechas en relación al crecimiento comercial.

Gracias a las obras de aguas corrientes y de cloacas, que en su tramo central estuvieron listas en 1886, la suciedad y los malos olores habían menguado, disminuyéndose así el riesgo de las epidemias de cólera que castigaron a Buenos Aires en 1884 y 1885.

Doña Leonides no se asombró cuando Victoria le pidió permiso para salir de nuevo. Esta vez iría de compras y la tía la dejó en manos de Silverio, quien se encargaría de llevarla a la calle de las tiendas para recogerla al cabo de tres horas.

—¿No es mucho tiempo para que una muchacha deambule sola por la ciudad? —había dicho doña Leonides.

—No, tía, usted conoce mis ansias de ver todo —replicó Victoria mirándola con sus ojitos suplicantes y soñadores.

La mujer se conmovió; la muchacha había vivido años de encierro y privaciones.

—Compra todo lo que quieras —dijo la tía mientras sacaba su monedero y metía en la mano de la joven un puñado de billetes.

—No hace falta, tía, solo deseo pasear libremente y ver vidrieras.

—Por las dudas, entonces.

Victoria guardó el dinero y en un acto inusual en ella le dio un beso afectuoso a quien hacía el papel de tía. La mujer llevó su mano a su mejilla mientras, en un revuelo de faldas, la muchacha se alejaba.

A Victoria no le gustaba mentirle a doña Leonides, aunque tampoco podía decirle la verdad de su salida, pese a que le había prometido lealtad. La tarde anterior, luego de que la tormenta escampara, había aparecido en la casa una mulata preguntando por la señorita Prudencia. Ramona sabía de su historia y la llamó de inmediato. Era una empleada de Lucy que le traía una nota. “Te espero en mi negocio mañana por la tarde, alrededor de las cinco. Hay alguien que puede saber. Lucy”.

La noche anterior la había pasado excitada y ansiosa, la ilusión de reencontrarse con Purita le había impedido dormir lo suficiente y había debido recurrir al café, que no le gustaba, para mantenerse despierta.

Silverio la dejó en la esquina donde las calles comerciales se abrían como cruces mostrando sus tiendas con productos locales algunas y las más anheladas, de ultramarinos.

Victoria ingresó en una de ellas tras despedir al cochero y compró apresuradamente un bonito obsequio para doña Leonides que serviría de testimonio de su falso paseo.

Luego tomó un coche de alquiler y pidió la llevara a la zona del bajo donde reinaban los burdeles y tabernas de gente de malvivir. A pesar de haberse criado entre esa gentuza, un ligero resquemor la invadía, un presuroso latir de su pulso, un frío sudor en su espalda.

Al llegar al lugar Victoria despidió al cochero e ingresó al burdel. El sitio estaba escasamente iluminado por una lúgubre luz en un rincón y apenas se divisaban los rostros de los parroquianos, difuminados por el humo de los cigarros. El aire denso y viciado la hizo toser y tapó su boca para no llamar la atención.

De inmediato apareció un hombre que Victoria juzgó enorme, que la indagó con voz de trueno y mirada amenazante:

—¿Qué quiere? —No era usual la visita de damas refinadas como ella, a no ser que fuera una puta venida a menos.

—Busco a Lucy. —Su voz salió débil y vacilante. De repente se había convertido en la niñita asustada de las noches de tormenta.

—Sígame. —La hizo subir por una escalera endeble y mientras ascendían Victoria vio los oscuros rincones donde algunas mujeres fingían placer sobre las rodillas de ocultos y dudosos caballeros.

Sintió asco por todos ellos y desvió la mirada. El gigante la hizo entrar en un cuarto improvisado como escritorio donde estaba Lucy, cigarro en mano, reclinada sobre unos papeles. Al verla dejó a un lado lo que estaba viendo y avanzó hacia ella sonriendo.

—¡Prudencia! —Se abrazaron como confidentes que habían sido, pese a que Victoria se sintiera ahora muy lejana de esa mujer que meneaba las caderas como un gato y cuyos labios rojos dibujaban en su frente un cartel que decía “pecado”.

¡Cuánto había cambiado Lucy! Victoria se alegraba por ella, ahora era una madame, dueña del burdel, y solo cantaba.

—Trae café y que nadie nos moleste —ordenó al gigante—. Ven, siéntate. ¿Cómo estás? ¡Pareces otra! —Lucy no se acostumbraba a su nuevo aspecto.

—Soy otra, Lucy —replicó Victoria con voz pausada—. Tú también eres otra.

—Sí —dijo triunfal—. Al fin soy libre. —La vida no la había tratado tan mal como a otras prostitutas y Lucy se sentía dichosa—. Te mandé venir porque hay un tipo que viene aquí a horas tempranas, como tantos otros que

engañan a sus mujeres durante el día pero nunca faltan a la noche en su casa. —Victoria la escuchaba atentamente. El hombre jamás fallaba los días martes, en que Lolita, una prostituta joven, de pechos todavía firmes y caderas estrechas, le dedicaba todo el día. Lucy creía que el sujeto, por sus relaciones con el dueño del Politeama, podría saber algo.

—¿Vino hoy? —indagó Victoria.

—¡Seguro! ¡No falta si se trata de Lolita! —El gigante entró y depositó torpemente la bandeja con el café—. Avisa cuando llegue el “enamorado de Lola”. —Y mirando a Victoria agregó—: ¿Qué fue de ti todo este tiempo?

Victoria repitió parte de lo que le había contado la vez anterior.

—Lo que te dije es secreto Lucy, mi vida anterior debe quedar en el pasado.

—No te preocupes, querida.

La puerta se abrió y el gigante anunció:

—Ya vino.

—Que suba unos minutos —pidió Lucy—. Dile que hoy le saldrá la mitad, cortesía de la casa.

Al cabo de un instante, un hombre maduro y desmejorado ingresó en la oficina. Al ver a Victoria se sobresaltó: ¿quién era esa mujer? ¿Alguna amiga de su esposa? Reculó para escapar pero el gigante lo obligó a entrar y se paró ante la puerta impidiendo su salida.

—Pase, no tema —dijo Lucy con media sonrisa en el rostro—. ¿Un café?

El hombre avanzó vacilante y asintió. Victoria lo miró y dudó que ese sujeto dijera algo. Lucy le sirvió un pocillo que él bebió de un sorbo.

—Se preguntará por qué lo he convocado. —El sujeto la miró con sus ojos huidizos—. Estamos buscando a una niña, se llama Pura y tendrá unos nueve años. ¿Sabe de quién le estoy hablando?

El hombre se incomodó y balbuceó antes de responder:

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Haga memoria, por favor —pidió Victoria al borde de la desesperación. Anticipaba que su presencia allí había sido en vano.

—Ya le dije, no sé de qué hablan.

De nada sirvió el interrogatorio al que lo sometió Lucy; el sujeto no soltó prenda.

Cuando al fin lo dejaron partir, Lucy exclamó:

—Lo siento, Prudencia, me habían dicho que él sabía algo. —Victoria bajó los ojos y se masajeó las sienes.

—Gracias de todos modos —musitó.

—Seguiré averiguando y te avisaré.

Victoria salió del recinto desconsolada. El grandote la dejó sola en la escalera y se escurrió a conferenciar con Lucy que le había ordenado quedarse.

La jovencita quería salir de allí cuanto antes, no le gustaba cómo la miraban los hombres de la taberna, cual lobos hambrientos codiciando a su presa.

Pasó presurosa entre las mesas cuando una mano la detuvo, tomándola de la muñeca. De un solo movimiento se encontró sentada en las rodillas de un desconocido cuyo aliento a alcohol le dio en pleno rostro, descomponiéndola.

—¡Suélteme! —gritó intentando ponerse en pie, pero el hombre la abrazó por la cintura y acercó su boca babosa a su cuello—. ¡Auxilio! —pidió la muchacha a los gritos. Los demás se limitaban a mirar, excitados por el forcejeo, anticipando quién llevaba la derrota.

Victoria quiso liberar sus manos para defenderse y el perverso se las aprisionó con sus brazos.

—¡Déjeme! —volvió a gritar, sin ser atendida.

En ese instante, otro hombre apareció desde las sombras y golpeó a su atacante, derribándolo con su puño y haciéndolo caer de la silla.

Victoria aprovechó para escapar y corrió hacia la puerta sin siquiera agradecer a su salvador, que fue tras ella y la tomó del brazo, arrinconándola contra la pared. “La pesadilla recomienza”, pensó la joven al sentir otro cuerpo cerca del suyo. Elevó los ojos con temor y se sorprendió, aliviada en parte, al reconocer a Diego Alcorta.

Él también parecía desconcertado y le apretaba los hombros con fiereza.

—Victoria, ¿qué haces aquí? —Su voz sonaba enojada y sus ojos azules echaban chispas.

Ella no respondió e intentó desasirse, pero él se acercó más, sus rostros casi se tocaban.

—No creí que fueras ese tipo de mujer, Victoria, aunque si eso te gusta, hazlo conmigo. —Sus labios la tomaron por sorpresa y solo atinó a morderlo para sacarlo de encima.

—¡Mierda! —protestó Diego sin soltarla—. ¿Quieres que antes hablemos de tus honorarios? —Había furia mezclada con desilusión en la mirada del hombre.

—¡Déjeme! —atinó a decir ella—. ¡No soy una puta! —dijo mientras pensaba “soy una asesina”.

—¿Qué buscas acá entonces? —Su cara estaba muy cerca y ella vio el delgado hilo de sangre que brotaba de su labio.

Como ella no respondió Diego volvió a besarla, excitado por sus pechos que subían y bajaban apretados a su torso, el primitivismo de Victoria al morderlo, su olor a jazmines y su estremecimiento. Los labios masculinos se prendieron de los de Victoria pero no pudieron someterla: una punta filosa y fría rasgó levemente la piel del cuello del hombre, que se separó de inmediato al sentir el puñal.

—¿Qué haces, Victoria? —Ella llevaba escondida entre su ropa una daga, que no había podido sacar antes con el otro sujeto. Diego rio, burlonamente—. No serías capaz de matarme.

—Usted no sabe de lo que soy capaz —replicó la joven mostrando una faz desconocida que vivía agazapada y en las sombras.

La determinación de su mirada lo hizo capitular. Todo había sucedido rápidamente y el gigante, enterado de que había un hombre desmayado, bajó raudamente. Lucy lo seguía, y corrió al lado de Victoria, apenas repuesta.

—¡Prudencia! —exclamó al ver su rostro pálido—. ¿Estás bien?

—Sí —respondió la joven caminando velozmente hacia la salida—. Adiós.

¿Prudencia?, reflexionó Diego. ¿Por qué la había llamado Prudencia? ¿Sería ese su nombre de guerra? Extraño nombre para una prostituta. Desechó la idea, Victoria no podía ser una ramera. Pero, ¿qué hacía en un sitio como ese?

—Señor Alcorta —dijo Lucy sacándolo de sus cavilaciones—. ¿Qué ocurrió aquí?

—Ese hombre atacó a la señorita... ¿Prudencia? —intentó que ella develara algo, pero la madame calló. Lucy había advertido tarde su error al nombrarla así.

—Sus compañeros aguardan donde siempre —informó.

Diego caminó hacia un cuarto al que se accedía por una puerta disimulada detrás del mostrador, donde estaban ocultos algunos revolucionarios, todavía perseguidos y a quienes Diego servía de conexión con el mundo exterior.

## Capítulo 26

Si bien en el armisticio firmado el 29 de julio se había establecido que no se tomarían represalias contra los revolucionarios, en los meses que siguieron se produjeron algunas matanzas que tenían como clara motivación tomar venganza por el levantamiento y desmoralizar nuevos alzamientos.

En Saladas, provincia de Corrientes, se produjo una represión de opositores conocida como la Masacre de Saladas en la que fueron asesinados Manuel Acuña, Castor Rodríguez y Pedro Galarza.

Los revolucionarios de Buenos Aires andaban escondidos, los nombres de varios de ellos habían trascendido y temían por sus vidas.

Diego todavía caminaba libremente y ayudaba a los que estaban guardados en sitios seguros, adonde la policía no tenía acceso. Muchos se refugiaron en los fondos de la confitería Del Molino, ubicada en calle Rodríguez Peña y Rivadavia, centro de reunión de radicales y más tarde de socialistas. Otros lo hacían en burdeles a los cuales la milicia concurría solo para despuntar el vicio y levantar su tajada.

Pellegrini, para asumir la presidencia, había puesto una condición: que un grupo de banqueros, estancieros y comerciantes argentinos suscribieran un empréstito de 15 millones de pesos para hacer frente a los vencimientos externos. La crisis parecía superada, pero algunos temían que con el paso del tiempo los usureros del otro lado del mar se quedaran con todo: ferrocarriles, telégrafos y grandes empresas. Hubo quien llegó a decir que cuando no hubiera más bienes que entregar se comenzaría por otorgar las rentas de aduana, luego la administración de dichas rentas, y después se permitiría la ocupación del territorio hasta ver flotando en el aire otra bandera.

Los objetivos de Alem y Mitre habían sido notablemente diferentes. Solo coincidían en expulsar a Celman del gobierno. Pero mientras Alem quería elecciones libres y transparencia gubernativa, el mitrismo, aliado con el roquismo, pretendía recuperar el poder para colocarlo en manos confiables que aseguraran que nada cambiaría.



De modo que tras el acuerdo, la Unión Cívica se dividió en la Unión Cívica Nacional, liderada por Bartolomé Mitre, y la Unión Cívica Radical, comandada por Leandro N. Alem.

Diego acostumbraba visitar a Alem en su casa de calle Cuyo, donde solía encontrarlo en la puerta, pálido y pulcro como siempre, tomando mate amargo que la muchacha que servía en la casa le traía.

Alem era querido y apreciado en su barrio, la cuadra se alborotaba cuando lo veía, y algunos de los que pasaban por su vereda se detenían a conversar con él. Los chicos eran su debilidad y nunca faltaba su ayuda para lápices y cuadernos, o algún dinero para la madre.

Ante su puerta pasaba el tranvía “de a caballo”, y si don Leandro estaba en la vereda, el conductor iba frenando, deseoso de que el doctor Alem lo individualizara, y si la operación era ajustada, sacaba su gorrita saludando y Alem contestaba con su galera.

Como abogado era un perpetuo defensor de pobres, de gente sin un peso; aconsejaba a vecinos sobre cosas grandes y también sobre nimiedades.

Diego quería contagiarse de su amor por el derecho pero no lo lograba. Iba de vez en cuando al bufete porque sentía vergüenza ante su socio, pero solo estaba unas horas. Atendía gente, evacuaba sus consultas y luego dejaba todo en manos de su incondicional compañero.

Después de su encuentro con Victoria en el *cabaret* de Lucy, su ánimo había quedado trastornado. Esa muchacha que desde un principio lo había alborotado, se le había instalado en la memoria de su piel. Los besos robados, su salvajismo y su estremecimiento aún rondaban su cuerpo.

Acosado por las necesidades de la carne había sucumbido en los brazos de su prima, aunque no había logrado saciar sus ansias, que evocaban a Victoria. Lo intrigaba su presencia en el burdel. Había indagado allí y le habían dicho que había sido la única vez que la muchacha había estado. El grandote que servía a Lucy era parco y no había abierto la boca, de modo que su curiosidad crecía.

Estuvo tentado de visitar la casa de doña Leonides con alguna excusa, pero desechó la idea, anticipando que Victoria no diría palabra y que la tía no estaría enterada.

Su madre estaba organizando una ida a la estancia y lo hostigaba para que la acompañase.

—Hijo, eres un egoísta. Has estado años fuera de casa y me niegas tan tremendo placer —insistió doña Teresa—. Te hará bien un cambio de aire, estás muy delgado.

—Lo pensaré, mamá —prometió Diego.

—Además, tu hermano necesitará presencia masculina —sonrió la mujer—. He invitado a doña Leonides y a su sobrina y seremos todas mujeres.

Ese dato cambió de inmediato el ánimo de Diego, que resolvió acompañar a su madre en su visita, aunque se guardó de decirlo.

—Mañana tendrás la respuesta —dijo mientras la besaba para volver a salir.

Victoria regresó a la casa luego del encuentro con Alcorta totalmente alterada. Exageró ante su tía sobre un dolor de cabeza y se encerró en el cuarto a descansar. Ni siquiera bajó para cenar y doña Leonides en persona le llevó la bandeja con la comida.

—Perdone, tía, pero tengo una jaqueca que me marea. —En parte era cierto.

—¿Ocurrió algo en tu paseo, hija? —La mujer sospechaba.

—No, tía, si hasta le traje un regalo. —Y señalando hacia la cómoda dijo—: Está allí, tómelo.

La señora se puso de pie y admiró el obsequio: un peine y espejo, ambos con mangos de nácar.

—¡Victoria, son muy bonitos! —La besó en la mejilla—. Gracias. ¿Y compraste algo para ti?

—No necesito nada, tía, usted me ha dado todo.

Victoria parecía una niña: los cabellos despeinados cayendo sobre su rostro, las mejillas arboladas y una mezcla de inocencia con temor. Tendría que acostumbrarse a las extrañezas de la joven, a menudo distante y absorta.

—Bueno, ahora come algo y a descansar. —Se puso de pie para abandonar el cuarto y anunció—: La semana próxima iremos al campo, te hará bien el aire puro.

A la muchacha pareció agradecerle la idea porque sus ojitos se iluminaron para volver a apagarse al oír su destino.

—Iremos a la estancia de los Alcorta, doña Teresa nos ha invitado.

—¿La madre del señor Diego? —inquirió.

—La misma. —Doña Leonides ya estaba en la puerta—. Allí podrás pasear por los alrededores y tal vez tus jaquecas desaparezcan.

—Dios la oiga, tía.

Esa noche tampoco pudo dormir demasiado. Se reprochaba el haber ido al burdel, se había expuesto sin sentido dado que ni siquiera había obtenido la información que buscaba. Para peor, Diego Alcorta la había visto allí y creía que era una prostituta. Ahora estaba a su merced. ¿Qué ocurriría si el hombre

la extorsionaba con esa información? Sería el final de su vida con doña Leonides. ¿Y si se anticipara y le contara a la tía de su excursión al *cabaret*? Las preguntas se le amontonaban en la cabeza y le impedían conciliar el sueño.

Y buceando entre todas sus dudas se repetían en su mente los dos besos que Diego Alcorta le había dado. Pese a su rechazo al género masculino el contacto con ese hombre no le había generado asco y eso la preocupaba. Se había propuesto mantenerse lejos de los hombres y para ello se había recubierto de una capa impermeable de indiferencia. Pero cuando Diego Alcorta la había abrazado, lejos de sentir repulsión, un hormigueo había serpenteado por todo su cuerpo, aflojando sus rodillas y agitando el río rumoroso de su sangre.

¿Qué ocurriría cuando lo tuviera frente a ella? ¿Qué haría él? Poco le importaba que la juzgara prostituta, no quería agradecerle, pero sí quería preservar su imagen frente a doña Leonides. Tendría que hablar con él y aclarar el asunto, se dijo.

Al día siguiente, tomada esa difícil decisión, aprovechó la hora de la siesta para pedir a Silverio la llevara a un sitio.

El hombre ya se estaba acostumbrando a las excentricidades de la muchacha, que se hacía conducir a cualquier hora y a los lugares menos usuales para una jovencita de su edad, pero accedió sin preguntar.

Victoria llegó a la sastrería donde trabajaba su padre, que halló en iguales condiciones que cuando había ido unos años atrás. El mismo olor, las mismas cortinas, la exacta ubicación de los muebles y vestidores.

El anciano que estaba frente al mostrador no la reconoció, pero ella sí a él.

—Buenas tardes —dijo Victoria sacándose el sombrero.

—Buenas tardes, *mademoiselle* —replicó el hombre—. ¿En qué puedo servirla?

—Estoy buscando a un sastre.

—Vino entonces al sitio indicado. —Sus palabras arrancaron una sonrisa en la muchacha que advirtió la obviedad de su frase.

—¡Oh! Lo sé. Pero no busco a uno cualquiera sino a Miguel Fierro Rodríguez. —Al oír el nombre el rostro del viejo hizo una mueca.

—Él ya no trabaja aquí, *mademoiselle* —anunció—. Pero tengo otro que cose muy bien...

—No —cortó ella rápidamente—. Yo necesito ver al señor Fierro Rodríguez.

—No sabría decirle dónde hallarlo.

—¿Hace mucho que se fue de aquí? —Los ojitos grises de la muchacha indicaron al anciano que buscaba algo más que un buen sastre.

—Casi cuatro años. —El hombre salió de detrás del mostrador y se puso a su lado—. ¿Puedo hacerle una pregunta? —Victoria, con un ligero temblor en la voz, contestó:

—Adelante.

—¿Quién es usted? —Los ojos vidriosos del modisto bucearon en los de ella; había algo en su mirada que lo remontaba al pasado. Él había visto antes esos ojos tan extraños, de un color tan inusual, aunque no acertaba dónde.

Victoria bajó la vista, se restregó las manos y reveló:

—Soy su hija.

—¿Prudencia? —inquirió el hombre enseguida—. ¿Tú eres la pequeña Prudencia? —De pronto recordó a la niñita delgada y calladita que a veces visitaba a Miguel en la sastrería, acercándole un trozo de pan o un abrazo.

—Sí, soy yo. —Victoria se asombró que recordara su nombre—. ¿Dónde está mi padre? Necesito saber de él, por favor —imploró.

—Ya te dije, no sé dónde está, aunque dejó algo para ti. —La jovencita pareció revivir y aguardó.

El viejo se demoró bastante en la habitación del fondo para volver con una carta lacrada.

—Antes de irse me pidió que si alguna de ustedes, refiriéndose a ti y a tu hermanita, venían por aquí, les entregara esto. Solo a ustedes —afirmó, emocionado—. Pensaba que iba a morirme antes de cumplir mi promesa.

Victoria tomó la misiva de las manos arrugadas del viejo y se las apretó emocionada:

—Gracias, gracias —repitió.

Mientras volvía para la mansión en el coche, se dispuso a leer.

La delicada caligrafía de su padre la hizo lagrimear.

*Queridas hijas de mi alma. ¿Dónde están? Después de haberme ido del conventillo trabajé denodadamente para poder ofrecerles un hogar digno y confortable, pero la adversidad siguió de mi lado. Logré reunir algo de dinero trabajando de cantinero durante las noches y cuando fui a buscarlas nadie supo decirme dónde estaban. Removí cielo y tierra pero no hallé persona alguna que supiera o quisiera darme dato de ustedes. Recorrí todos los sitios que frecuentábamos, lugares de trabajos, conventillos y pensiones, pero siempre volvía con el alma en duelo. ¿Qué ocurrió con nuestra familia? Parece que la tierra las hubiera devorado.*

*No sé si alguna vez podrán leer estas líneas que escribo llorando ante mi partida. No sé siquiera qué edad tendrán ni si me perdonarán por no haberme sabido imponer ante vuestra madre. Ahora no tengo más opción que partir. Noticias de España me hacen volver a mi patria, pero sé que regresaré a buscarlas.*

*Prudencia, Purita, soles de mi corazón, volveremos a vernos. Las ama.  
Papá.*

*Buenos Aires, diciembre de 1886.*

## Capítulo 27

Marcos Ruiz había llegado a Buenos Aires con la ilusión de reencontrar a su padre. La noticia de su muerte lo sumió durante días en la congoja y apatía, para resurgir luego con un único objetivo en mente: vengar el asesinato de Pedro.

Conocía el nombre de su asesina y no cejaría hasta destruirla. Como el dinero que sus abuelos le habían dado se acababa, decidió generar sus propios ingresos y para ello frecuentó las casas de juego clandestino que funcionaban en los alrededores de la plazoleta del Temple.

Entre prostitutas de todo tipo de procedencia, malevos, los muchachos de la indiada y caballeros que huían de sus casas sobre la avenida Alvear, Marcos comenzó a aumentar su billetera.

El joven tenía habilidad para el juego, era observador y de mente veloz, lo que sumado a su buena estrella, hacía que cada noche se fuera a su pensión del barrio Monserrat con grandes cantidades de dinero.

Al cabo de tres meses logró alquilar una vivienda digna en Barrio Norte, cambió su vestuario y se mandó a confeccionar trajes, levitas y chalecos. Compró sombreros y hasta un bastón. Cualquiera que lo viera no dudaría de que era un heredero de la vieja aristocracia.

Marcos sabía que para insertarse en esa comunidad clasista tenía que tener dinero. Porque por más que la sociedad argentina mantenía entre sus valores fundamentales la honra, la hidalguía y el linaje, nadie dudaba del utilitarismo de la riqueza.

El dinero era una obsesión para todos. Los jóvenes de la clase alta ya no elegían las antiguas profesiones de prestigio, civiles o militares; ahora querían ser propietarios de tierras, financistas, rematadores o corredores de bolsa.

Había en consecuencia un ascenso de hombres nuevos que no eran admitidos con agrado por los sectores tradicionales, pero que gracias al dinero adquirido se introducían en las clases altas y terminaban por ser aceptados.

Marcos era uno de ellos. De las mesas de juego clandestinas pasó al Jockey Club, fundado en 1882 luego de una reunión previa el año anterior de

un grupo formado por Carlos Pellegrini, Santiago Luro, Eduardo Casey, Francisco Bosch y Manuel Campos.

Los socios fundadores eran cien, ni todos criadores de caballos ni todos hacendados, ni todos senadores ni todos militares, ni siquiera ricos. Había muchos extranjeros también y el grupo era heterogéneo. Los cien fundadores tenían tres características que los definían: o eran criadores de caballos, o aficionados al turf, o amigos de Pellegrini o de sus amigos o de alguno de los criadores.

Había sido Pellegrini el iniciador del club, cuya idea había surgido en Francia cuando había concurrido al Derby el año anterior. El objetivo era mejorar la raza caballar argentina.

Cuando Marcos se paró enfrente de la fachada del Jockey en la calle Florida, supo que allí concretaría sus planes. Vestido impecablemente, con levita de Pool y dándose aires con su bastón, el joven logró, gracias a su capacidad de camuflarse y su lengua veloz, introducirse en dicha élite, y terminó convirtiéndose en rematador.

Allí se codeó con importantes personajes de la política, como Carlos Pellegrini y Aristóbulo del Valle, con extranjeros fanáticos del turf, con hacendados criadores de caballos de carrera famosos. El grupo era disímil y visto por muchos como un círculo cerrado, una camarilla, una casta. Sin embargo, lo que los unía era la ilusión de mejorar la raza caballar argentina.

Los socios del club comenzaron a invitarlo a sus reuniones, a las fiestas en sus mansiones, y el panorama se le fue abriendo en abanico, llegando a olvidar, por momentos, la venganza que lo alimentaba a diario.

En una de las fiestas del Club del Progreso, a la que concurrió invitado por uno de los socios del Jockey Club, quedó prendado por la hermosura de una muchacha, a quien acababan de casar, seguramente por conveniencia o apariencia para ocultar algún desliz, con un hombre que bien podría haber sido su padre, dado que la doblaba en edad.

Celeste, así se llamaba la joven, derrochaba belleza por donde se la mirara, pero además flotaba a su alrededor una halo de pasión que la revelaba pecadora. Su mirada invitaba a la lujuria a cualquier caballero que hubiera cerca; su boca de labios rojos que ella humedecía constantemente con su lengua, que dejaba deslizar lentamente sobre el inferior, pedía a gritos silenciosos ser besada. Celeste caminaba como una pantera, oscilando sus caderas y sus pechos generosos.

El marido, un viejo infeliz a quien todos compadecían y tildaban de “cornudo”, la observaba tan embobado como los demás.

Marcos no fue inmune a ella y en uno de los bailes pudo tenerla entre sus brazos, luego de aguardar pacientemente el turno. Ni bien la tuvo cerca confirmó que la atracción le era correspondida, dado que ella susurró a su oído las siguientes palabras:

—Por la fuerza de su mirada imagino que tiene usted una cama ancha y solitaria. —Ante tal comentario, osado para una mujer, Marcos no supo qué responder—. Mañana tengo la tarde libre, mi marido tiene inversiones en la Bolsa y se ausentará durante horas. —Su voz melosa, cerca del cuello del hombre, su perfume dulce y empalagoso y la visión de los senos por encima del escote demasiado profundo para la ocasión, terminaron de marear a Marcos—. Espéreme en su casa a las tres. —Luego, sin esperar respuesta, Celeste se escabulló de entre sus brazos y terminó bailando con otro.

Así comenzó una aventura apasionada que haría olvidar al hombre de sus deseos de venganza. Celeste era insaciable en el lecho y tenía mucha imaginación para las artes amatorias, tanta que se convirtió en una maestra para Marcos, pese a ser más joven que él.

Cuando ella no podía ir porque su marido estaba en la casa, Marcos tenía que desahogarse solo, porque de imaginarla se excitaba y no podía aguantar la exaltación hasta volver a verla.

Enardecido como estaba por esa mujer, descuidó sus remates y los ahorros fueron menguando. Al advertirlo, decidió poner en orden su economía, pero los tiempos de la revolución y sus consecuencias no ayudaban.

Pese a todo, su interés por Celeste aumentaba y hasta le había propuesto que abandonara a su marido para irse con él.

—¿Estás loco? Jamás lo abandonaré —respondió ella con la mirada enardecida—. Cuando muera y toda su fortuna sea mía, veré qué hago contigo. —En vez de ofenderse y sentirse un títere, Marcos reía ante tales respuestas. No le importaba lo que ella tuviera en mente, solo necesitaba sentirla a su lado y vibrar junto a ese cuerpo generoso y dispuesto.

Celeste por su parte compartía la cama con dos amantes más, solo que Marcos lo ignoraba. La mujer se las ingeniaba para manipularlos de manera tal que ninguno supiera de la existencia del otro, y el marido, que poco estaba en la casa y casi nada recibía en la cama, le permitía esos excesos con tal de que no trascendieran demasiado.

Purita jugaba con Princesa en el patiecito de la casa de don Jaime. En la cocina, María Luz mezclaba los ingredientes que formarían la masa con la que haría los fideos. La mujer no cabía en sí de dicha al observar por la ventana a esa niñita dulce e inocente que hablaba a la muñeca que había



sentado sobre un tronquito. La veía gesticular y moverse como haría una persona adulta, luego se acercaba a Princesa, la tomaba en brazos y la acunaba como si estuviera llorando. Después volvía a sentarla y le ofrecía de comer en un recipiente que le había pedido para jugar.

Una lágrima atrevida rodó por su mejilla, ya no más virgen de besos infantiles, y la limpió con el dorso de su mano ensuciándose con harina.

María Luz no comprendía cómo una madre podía desprenderse de semejante tesoro; ella no había sido privilegiada con la bendición de un hijo, pero si lo hubiera tenido, estaba segura de que a nadie se lo hubiera entregado. Lo hubiera defendido con uñas y dientes, convertida en leona.

Desde la noche de la tormenta en que Piedad había dormido en la casa con su hija, su corazón y el de su marido se habían abierto de par en par para acoger en él a la niña, que ávida también de cariño, los había recibido.

En esa velada de lluvia y truenos María Luz no había podido dormir, su pecho agitado le anunciaba un cambio. El amanecer la halló en la cocina, desayunando, la vista perdida pero iluminada, la sonrisa boba poblando su boca, las manos temblorosas ante lo que iba a proponer a su esposo cuando se levantara.

A Jaime no le desagradó la idea y se aturdió tanto como ella. Solo restaba convencer a Piedad, esa mujer dura y fría.

Purita y su madre aparecieron al rato, ambas aseadas y silenciosas. La pequeña abrazaba la muñeca como si su vida se fuera en ella, la angustia de la despedida la había acongojado durante la noche.

María Luz sirvió el desayuno y se le atragantaron las palabras que tantas veces había repetido en su mente. Fue Jaime quien tuvo que hacer la propuesta, luego de enviar a la niña a jugar al patio.

A las primeras palabras del hombre, Piedad permaneció imperturbable, como si allí se estuviera hablando de la tormenta anterior y no del futuro de su hija. Cuando Jaime finalizó su exposición la mujer exclamó:

—Solo tengo dos condiciones: que la niña vaya a la escuela y que permitan mis visitas una vez a la semana. —Sus ojos de hielo ni siquiera se humedecieron y taladraron con su potencia los ojillos asustados de María Luz.

—Señora, usted es su madre y podrá venir las veces que quiera —dijo Jaime.

—Iré a despedirme —se puso de pie y avanzó hacia el patio. Al rato volvió y como un soldado enfiló hacia la puerta de calle—. Sé que cuidarán de ella.

Marido y mujer si miraron incrédulos, aún no entendían lo que había pasado. ¿Cómo haría esa madre para vivir sin su hija? ¿Cómo había podido tomar una decisión de tal entidad de manera tan fácil? No importaba, la niña estaba allí, para recibir amor y cuidados.

María Luz espió el patio y la angustió lo que vio: Purita lloraba, sentada en el suelo abrazada a la muñeca. Nunca supo cuál fue la explicación que le dio la madre ante su abandono, aunque ella sabía qué tenía que hacer.

Salió a la luz de la mañana, fresca y húmeda todavía por la lluvia de la víspera y se arrodilló junto a la pequeña. Abrió sus brazos y la envolvió en ellos mientras le cantaba una canción de cuna. Así estuvieron hasta que dejó de llorar.

Había pasado casi un año desde ese día en que la vida cambió para todos. Al principio Purita se había mostrado nostálgica y se despertaba llorando durante las noches. María Luz corría a su lado y la mayoría de las veces terminaba durmiendo con ella. Al día siguiente se levantaba con el cuerpo dolorido, dado que apenas se movía para no despertar a la niña; pero nada importaba.

Luego Purita comenzó la escuela y la avidez por aprender hizo que olvidara sus carencias familiares. Piedad iba al principio una vez a la semana, compartía con la niña la merienda y le llevaba algún dulce. Luego las visitas se fueron espaciando hasta que dejó de ir. Su ausencia coincidió con el fin de su trabajo en el Politeama y Jaime no supo ni el porqué ni adónde había ido Piedad a trabajar. Se rumoreaba que había ingresado como sirvienta en una casa de familia, pero no había certezas.

Purita preguntaba por Piedad y María Luz ya no sabía qué excusas inventarle, hasta que la niña dejó de preguntar y todos creyeron que se había olvidado. Sin embargo, la pequeña sufría el abandono de la madre; una sensación de vacío que no podía detener rondaba en su pecho infantil. A veces soñaba con personas que no sabía si eran reales, oía voces, gritos y se despertaba llorando. Por su cabecita desfilaban rostros y nombres que le venían de un pasado remoto y desconocido, y esa incertidumbre sobre su primera infancia la sumía en la angustia que sabía disimular, dado que María Luz era buena con ella y no quería hacerla sufrir.

—¡Purita! —llamó María Luz—. Ven que ya está la masa.

La niñita tomó a su muñeca y corrió hacia la cocina. Sentó a Princesa sobre la mesa y acercó la silla al lado de la mujer, que le dio un palo pequeño para que la ayudara.

Entre ambas estiraron la masa cuanto pudieron hasta dejarla casi convertida en papel. Luego la enrollaron y María Luz tomó la cuchilla.

—Ni muy gruesos ni muy finos —explicó—. Dentro de unos años podrás cortarlos tú.

La pequeña sonrió y miró para aprender.

## Capítulo 28

El viaje a La Luz Buena había sido tranquilo. Los primeros soles de la incipiente primavera habían entibiado el aire de la mañana que se tornó más cálido al mediodía.

Victoria iba nerviosa, aunque era una experta en el arte del disimulo y observaba el paisaje que se abría a su alrededor con ojos verdaderamente entusiastas.

—Hace años que no voy a la estancia —dijo su tía—. Creo que la última vez fue cuando Agostina tenía quince años.

—¿Agostina? —inquirió la joven.

—Sor Renunciación —aclaró doña Leonides—. Su nombre es Agostina. Es la menor de las tres hermanas. ¡Qué tiempos! —Los ojos de la mujer brillaron ante el recuerdo de las jovencitas que corrían en su mente coqueteando con los peones.

Al llegar las recibió el capataz que se apresuró a bajar el equipaje y las condujo hacia la casa. Victoria quedó prendada de ese sitio bordeado de árboles y llanura. A lo lejos veía los corrales, el molino que apenas giraba dado que no había viento y la embriagaba el olor de los eucaliptos y el sonido de las aves.

La casa le pareció enorme con solo echar un vistazo y sintió temor mientras avanzaba por la galería hacia la estancia principal. Su corazón de pájaro inquieto se tranquilizó al divisar en ella únicamente a dos mujeres que conversaban animadamente.

Al verlas ambas se pusieron de pie y sonrieron. Victoria reconoció en la mayor a doña Teresa, que ya estaba a su lado y la saludaba. La otra, que venía detrás, era más joven y le fue presentada como la señora Manuela.

—¿Tuvieron un buen viaje? —preguntó doña Teresa.

—Diría que perfecto —respondió doña Leonides.

—María Gracia —llamó Manuela—. Lleva el equipaje de las señoras a sus habitaciones. —Había elegancia y determinación en su voz, quería dejar en claro que ella era la dueña de casa—. Vengan, tomen asiento.

—Te agradezco, querida —replicó la tía—. Pero mis huesos no aguantan que esté tanto tiempo sentada. —Se refería al viaje.

—¿Quiere ir a descansar? —ofreció Manuela.

—De ninguna manera, pensaba caminar por los alrededores. —Y mirando a Teresa y a Victoria inquirió—: ¿Me acompañan?

Ambas asintieron y dejaron a Manuela que no aceptó ir dado que quería ordenar la comida.

—A ti puedo contártelo —dijo doña Teresa una vez alejadas de la casa—, pero no hemos venido en buen momento.

—¿Quieres que nos vayamos? —exclamó de inmediato doña Leonides—. Puedo inventar una excusa.

—¡De ninguna manera! —Los ojos de doña Teresa estaban decididos—. Solo que presiento que las cosas entre mi hijo y su mujer no andan bien. Nadie me dijo nada pero basta verlos para darse cuenta. Andrés la mira con odio y ni siquiera se cuida de disimular. —Habían llegado a la zona de las quintas y estaban mirando los tomates recientemente sembrados—. Apenas le habla y duermen en cuartos separados.

—Eso es normal, Teresa, muchos matrimonios funcionan así.

—Yo te digo que algo pasa.

—No quisiéramos importunarlos con nuestra presencia, de veras, podemos volver a Buenos Aires.

—No, esta es mi casa aunque Manuela se comporte como si fuera de ella —replicó Teresa—. Hace tiempo que quería venir, este sitio tiene tantos recuerdos para mí. —Doña Leonides le tomó la mano.

—Lo mismo le contaba a Victoria durante el viaje.

Los perros las siguieron cuando bordearon la casa y se dirigieron adonde María Gracia cultivaba rosas, admirando la gran variedad de colores y tersuras.

—Son hermosas —dijo Victoria mientras recogía unos pétalos blancos que el viento había arrancado del rosal—. Y tienen un exquisito perfume.

De regreso a la casa, doña Leonides preguntó:

—¿Y tus hijos? ¿Están en el campo?

—Andrés sí. —Y suspirando al cielo agregó—: Diego prometió venir, pero hace dos días que estoy acá y ni noticias. Ese muchacho me desconcierta, no sé nunca en qué anda.

Victoria se alegró de que Diego no estuviera en la estancia, así podría disfrutar de ese sitio tan cálido y apacible.

El almuerzo entre mujeres fue tranquilo y ameno. Doña Teresa y doña Leonides entretuvieron a las más jóvenes relatando historias de su lejana adolescencia, donde sor Renunciación tenía un papel fundamental y se revelaba ante los ojos de Victoria como una muchachita atrevida y determinada llamada Agostina.

—¿Y por qué se metió a monja? —preguntó Manuela, intrigada también, dado que lo que contaban de Agostina no coincidía con la imagen de una religiosa.

Doña Leonides y doña Teresa se miraron apenas un instante, fue una ojeada fugaz que Victoria no perdió.

—Nunca lo supimos —dijo la hermana—. Tanto Mercedes como yo intentamos convencerla en sentido contrario, pero no hubo forma.

A Victoria le quedó la sensación de que había algo más que no estaban diciendo, pero no era quién para seguir indagando.

Por la tarde las mujeres se recostaron a la hora de la siesta, aun Manuela, y Victoria salió a caminar por los alrededores.

—Detrás de mis rosales sale un caminito que llega hasta un estanque —le informó María Gracia—. Es un sitio muy bonito y tranquilo.

—Gracias, señora.

Victoria tomó su sombrero para protegerse del sol, que había aumentado la temperatura del ambiente, y caminó hacia los rosales. Admiró una a una las flores, los capullos, olió los diferentes aromas y juntó algunos que estaban a punto de desprenderse de sus tallos.

Cuando estaba por llegar al estanque la figura de un jinete que avanzaba levantando polvo la distrajo. Miró en su dirección y al advertir que se acercaba su corazón se agitó: parecía Diego Alcorta.

Dio media vuelta y emprendió el regreso hacia la casa; no quería encontrárselo a solas y menos en medio del campo. El hombre también la había visto y galopó hacia ella hasta detener el caballo justo a su lado.

—Buenos días —dijo una voz que la sacó de su nerviosismo al advertir que no era de quien había imaginado.

Victoria elevó sus ojos, todavía temerosos, y descubrió a un hombre muy parecido a Diego Alcorta. De inmediato supo que se trataba de su hermano Andrés.

—Buenos días —respondió.

El hombre desmontó y se paró a su lado. Se quitó el sombrero y extendió su mano.

—Soy Andrés Alcorta. Usted debe ser la sobrina de doña Leonides.

—Victoria. —Ella extendió la suya y él la estrechó.

—Encantado. —Andrés sujetó las riendas y caminó junto a ella—. Espero sepan disculpar mi ausencia para recibirlas, pero tenía trabajo en el campo.

A Victoria le pareció extraño que el dueño de la estancia se ocupara en persona de las tareas campestres en vez de delegarlas en los peones. Sin embargo, ella no sabía que lo que Andrés necesitaba era alejarse de la casa para no ver a su mujer y no caer en la tentación de matarla o echarla a patadas.

—No es ningún problema, señor Alcorta.

Hicieron el camino de regreso conversando y Andrés le resultó simpático. Si bien era apuesto, carecía del atractivo animal que exultaba Diego. Andrés parecía más sosegado y hasta con un cierto dejo de nostalgia detrás de la chispa de sus ojos azules.

Al llegar a la casona Andrés se disculpó, debía liberar al caballo, y Victoria ingresó sola a la estancia.

Allí encontró a las mujeres tomando el té y se unió a ellas.

—Acabo de conocer a su esposo, señora Manuela —dijo Victoria, más que nada para ver qué reacción suscitaba en la mujer.

—Espero no se haya impresionado —respondió ella—. Cuando Andrés viene del campo parece un jornalero más.

Doña Teresa advirtió el rencor escondido en sus palabras pronunciadas con un dejo de inocencia y hasta cierta compasión por el hombre trabajador que era su marido.

Andrés pasó directamente a sus habitaciones para adecentarse para la cena y cuando apareció en el salón estaba vestido de manera impecable y olía a jabón.

—Señoras —saludó con una franca sonrisa que descubrió sus dientes blancos. Avanzó hacia doña Leonides primero y le besó ambas mejillas. Luego se dirigió a Victoria y tomó su mano.

—¿Tanto trabajo tiene, señor Alcorta, que no puede descansar en la labor de sus hombres? —inquirió doña Leonides.

—Conoce el dicho: el ojo del amo engorda el ganado —respondió él evadiendo los verdaderos motivos de sus prolongadas ausencias.

Cuando la cena estuvo servida pasaron al comedor.

—Creí que mi hermano llegaría hoy —afirmó Andrés mirando a su madre.

—Conoces a tu hermano, hijo. —Doña Teresa revoleó sus ojos al techo—. Nunca sé en qué anda.

—No sé cómo haré para ocuparme de tantas mujeres —bromeó Andrés logrando que la comida transcurriera distendida pese a las miradas airadas y las frases mordaces que le dirigía Manuela.

Una vez en la habitación que le habían destinado, decorada exquisitamente pero sin lujos, Victoria se despojó de la ropa y se metió en la cama. Estaba cansada, no había querido desaprovechar un minuto del día y había vagado por los alrededores buscando aventura. Esa amplitud de tierras, el aire puro, los animales, le traían recuerdos de su infancia en Gijón, y hubiera querido ser nuevamente una niña jugando junto a sus primos, haciendo travesuras y metiéndose en problemas.

Si tuviera coraje o más confianza con los dueños de casa pediría que le ensillaran un caballo y saldría al galope a recorrer la llanura. Pero debía comportarse como una señorita.

Se durmió pensando en todo lo que le aguardaba al día siguiente. La hora de la siesta era una tentación, dado que las mujeres se retiraban a descansar y ella podría alejarse sin tener que dar explicaciones y sentirse libre.

A la hora del desayuno se sorprendió al no ver a su tía, que siempre se levantaba temprano.

—La señora no se siente bien —declaró María Gracia.

Victoria fue presurosa a su cuarto y la halló aún en la cama.

—¿Qué le ocurre, tía? —A una indicación de doña Leonides se sentó en el borde del lecho.

—Nada para que te preocupes, solo una jaqueca —y bajando la voz agregó—: Creo que anoche me pasé con el vino.

La revelación, sumada al gesto de la tía, hicieron sonreír a Victoria.

—Pero no digas nada.

—Quédese tranquila, tía.

—Tú aprovecha, que parece un día magnífico —y dando palmadas en su mano dijo—: Ya sé que estás inquieta y deseosa de recorrer todo. —Victoria bajó los ojos—. Conozco ese espíritu que anida en ti y que te lanzaría a la aventura si no fueras mujer.

La joven se asombró por lo mucho que la conocía doña Leonides.

—¿Está mal eso, tía?

—No, aunque debes disimularlo. A las mujeres nos están destinadas otras cosas en la vida y debemos guardar la compostura.

—A menudo pienso que debería ser hombre —develó la muchacha—. Si así fuera podría pedirle al señor Alcorta que me preparara un caballo y galopar campo adentro hasta perderme en la llanura. No tendría que usar



todas estas faldas, ni *corsets* que me aprisionan, y podría calzar pantalones — se quejó Victoria.

—Me recuerdas a alguien...

—¿A quién?

—Te sorprenderías si te dijera —rio la tía.

—Por favor, cuénteme —pidió—. No es justo que me deje con la intriga.

—A Agostina.

—¿Agostina? ¿Sor Renunciación? —Los ojos grises se abrieron de asombro.

—La misma. Pero dejemos que ella misma te cuente su historia algún día. Ahora vete a disfrutar, dentro de tus limitaciones.

—Gracias, tía, y que se mejore.

Sin embargo, la mañana de Victoria no fue como esperaba. Manuela y doña Teresa la retuvieron en la galería y prácticamente la obligaron a permanecer allí, bordando en bastidor y haciendo bolillo.

Cuando al fin la liberaron ya era la hora del almuerzo y no hubo tiempo para una escapada. Había oído que en uno de los corrales cercanos había dos corderitos guachos que un tal Panchito alimentaba a biberón. Victoria quería correr hacia allí y presenciar el espectáculo o inclusive participar. Pero no halló el momento.

Andrés, haciendo honor a la visita, se presentó puntualmente a la hora de la comida y las acompañó, entreteniéndolas con su conversación relajada. Victoria había oído rumores que venían de la cocina que hablaban de una querida del señor Andrés. Pero no sabía si eso era cierto o solo un chisme. Aunque advertía que el matrimonio con Manuela no funcionaba bien.

—Esta tarde iré a la estancia de los Cordero —informó durante el almuerzo—. De modo que llegaré tarde dado que el viaje es largo; no me esperen a cenar.

—¿A qué vas? —indagó Manuela, a quien su esposo hacía tiempo había dejado de informar sobre sus actividades.

—Negocios —respondió él sin mayores explicaciones.

La tan ansiada siesta llegó y cuando las mujeres se retiraron a descansar, costumbre por demás incomprensible para Victoria, que no entendía de qué descansaban si no hacían nada en todo el día, la jovencita escapó de la casa y se dirigió hacia los corrales.

Pasó entre los alambres levantándose la falda y se acercó a los corderitos que estaban encerrados en una especie de corralito pequeño. La ternura ante la visión de aquellos desamparados le aflojaron las lágrimas, tal vez recordando

su propio desamparo. Con voz dulce se fue acercando hasta quedar a centímetros de ellos. Se agachó y extendió sus manos e inmediatamente los borreguitos se le fueron encima. Su lana era suave y pese a que estaban sucios los acarició y mimó como si fuera una madre.

Tan sumida estaba en su tarea que no escuchó los pasos, amortiguados por la tierra, que se acercaban. La voz la asustó:

—Buen día, señorita.

Victoria giró la cabeza, sobresaltada, y el muchachito se disculpó:

—Perdone, no quise asustarla. —Ella sonrió al jovencito que la miraba desde su altura y se puso de pie—. Soy Francisco, pero aquí todos me dicen Panchito.

—Yo soy Victoria. —Extendió su mano que él tomó asombrado, dado que nadie de la casa, excepto María Gracia, lo trataba con esa deferencia—. Y dime, ¿qué pasó con la madre de estos animalitos?

—Se murió. —El muchacho tomó uno de los corderos y lo acunó entre sus brazos; él también era guacho y se sentía identificado—. Pero ahora me tienen a mí —declamó, orgulloso.

—Tienen mucha suerte entonces.

—El señor me dijo que si sobreviven podré quedarme con uno para mí, porque yo los encontré casi muertos en medio del campo.

—Por supuesto que sobrevivirán, mira qué fuertes se ven —observó Victoria—. ¿Puedo ayudarte a alimentarlos la próxima vez?

El muchacho la miró y se extrañó de la pregunta. No era frecuente que una señorita como ella estuviera siquiera cerca de los corrales, menos usual todavía era que quisiera alimentar corderos huérfanos.

—Si quiere, por mí no hay problema —contestó—. Al atardecer, cuando comienza a caer el sol, y a la mañana tempranito, ni bien sale.

—Estaré aquí entonces. —Luego de un rato se dirigió hacia el estanque.

El sitio era tan agradable que se sentó sobre la hierba verde y aspiró profundamente. Después tomó un sendero abierto naturalmente entre la maleza, sin saber hacia dónde la conduciría. Halló al final un sector arbolado y sintió un poquito de frío dado que el sol no traspasaba el denso follaje; se envolvió en la mantilla y buscó un claro. Caminó sin poder salir de la arboleda, pasó una construcción hecha de piedras y pajas, de techo bajo y apenas una ventana, que aparentemente estaba desocupada. Se preguntó qué sería ese sitio pero no se animó a entrar.

Descubrió un nido de palomas en la rama baja de un árbol y espió, hallando en él dos pichones hambrientos en espera de la madre. Estaba

contenta, tranquila y libre. Ese lugar era realmente encantador, lejos de la ciudad y sus crisis, lejos de las tertulias en las que se veía forzada a sonreír constantemente y de los bailes impuestos.

Pero Victoria sabía que tenía que volver a la ciudad y reemprender la búsqueda de Purita. Tan ensimismada estaba en la contemplación de toda la naturaleza viva que danzaba a su alrededor que no advirtió el cambio de la atmósfera, la huida de los pájaros ni el gris oscuro del cielo.

Cuando se dio cuenta, era tarde: una ráfaga de viento repentino levantó tierra y hojas agitando sus cabellos y su pecho. Un trueno quebró la melodía campestre y una fuerte lluvia se descargó sin tregua.

Victoria sintió el mismo pánico de tantas otras veces, pero ahora no tenía donde refugiarse. Le vino a la mente la tarde del diluvio, cuando la monja la había amenazado y su predicción se había cumplido. Estaba muy lejos de la estancia, ni siquiera sabía en qué dirección quedaba. Había sido una inconsciente al alejarse tanto y ahora estaba aterrada.

Corrió entre los árboles, el corazón desbocado, la náusea en la garganta y terminó vomitando entre el follaje. No sentía ni frío ni calor, la vista se le nublaba de miedo y de agua y no sabía qué dirección tomar.

La tierra debajo de sus pies comenzó a empantanarse y se formaron grandes charcos, dado que la lluvia no cesaba de caer y lo hacía de manera pareja y constante.

Como cuando era niña, temerosa de que la corriente de agua la arrastrara y terminara con su vida, Prudencia desplazó a Victoria y trepó, en un acto más instintivo que razonado, a un árbol. Se aferró con sus brazos alrededor de la rama, impulsó sus piernas jóvenes y cuando estuvo arriba se sintió a salvo. Allí la corriente no la llevaría. Se abrazó a su salvación y comenzó a llorar.

## Capítulo 29

La tarea que asumía el presidente Pellegrini no era fácil. Debía recuperar la confianza internacional en la capacidad de pago, enderezar las arbitrariedades y locuras del juarismo, suprimir los gastos desorbitados y para ello debió quitar el auxilio del poder público a los amigos del expresidente que ocupaban gobiernos de provincia.

La recesión general y la paralización de obras públicas generó desempleo y protestas sociales y muchos de los inmigrantes que habían inundado el país retornaron a los de origen.

Fortunas espectaculares, como la de Eduardo Casey, se desvanecieron en meses y la crisis se expandió a sectores altos.

Acreedores extranjeros reclamaban al gobierno nacional por deudas provinciales y las discusiones eran arduas y largas. La crisis afectaba a todos los sectores: comercio, industria y a todas las clases sociales.

Entretanto, Diego Alcorta se vio envuelto en una persecución inesperada. Demaría le había encomendado que acercara a uno de los muchachos de la revolución, que estaba siendo buscado por la policía y se escondía en el local de Lucy, un paquete con su medicina, dado que era asmático y la necesitaba.

Diego había llegado al sitio como de costumbre, simulando ser un consumidor más de las bebidas y mujeres del burdel, pero había sido detenido por un oficial que, camuflado como él, aguardaba en las sombras.

Se había corrido la voz del refugio de los revolucionarios y una comitiva policial había irrumpido en el lugar. Gracias a la vigilancia que Lucy tenía apostada en sitios estratégicos, los muchachos habían escapado antes.

Por desgracia, Diego, cuyo nombre también había trascendido, fue detenido por el policía. El hombre, alto y corpulento, lo arrastró hacia los fondos del local a punta de pistola y comenzó a interrogarlo: quería conocer el escondite de los que habían huido. Todo había sido tan reciente que Diego ni estaba al tanto, y maldijo al gigante de Lucy no haberlo alertado.

Como no logró sacarle información alguna, el oficial enfureció y lo golpeó con la culata en la cabeza. Diego tambaleó pero no perdió el

conocimiento, y mientras se levantaba pateó a su atacante en los genitales y logró doblarlo en dos. De inmediato le arrebató el arma y la arrojó lejos.

—A ver si ahora eres tan macho —le dijo convertido en furia mientras lo acometía a puñetazos.

La pelea fue pareja porque ambos eran fuertes, aunque Diego estaba en mejor estado físico y logró desmayarlo.

Luego del episodio avisó a Demaría de lo ocurrido para que corriera la voz entre los que todavía eran buscados y le anunció que se iba al campo.

Su partida se había demorado por motivos de trabajo, su socio había caído en cama y tuvo que cumplir en la oficina. Estaba ansioso por ir a la estancia donde sabía estaría Victoria. Quería desentrañar la intriga que rodeaba a esa muchacha.

Su viaje no fue como esperaba, porque a mitad de camino se descargó una tormenta que embarró los caminos y dificultó la llegada.

Doña Teresa se asustó al verlo, estaba golpeado y con un corte en la sien.

—¡Hijo! —dijo abrazándolo—. ¿Qué te pasó?

—Una pelea callejera, nada más —minimizó él mientras recibía de manos del capataz su equipaje—. ¿Y cómo está todo por aquí? —miró a su alrededor y se asombró de ver solo a su madre—. ¿Dónde están todos?

—Menos mal que llegaste, Diego, estamos muy preocupados —dijo la mujer mientras estudiaba los golpes de su hijo—. Es Victoria, salió temprano y no ha regresado. Doña Leonides está en cama, descompuesta, y teme por ella. Dice que su sobrina sufre ataques de pánico cuando hay tormenta y teme lo peor.

—¿Y nadie salió a buscarla? —inquirió poniéndose nuevamente el sobre todo.

—Tu hermano quién sabe dónde anda y Julián recién regresa.

—¿Saben adónde fue?

—Un peoncito dice que estuvo temprano con unos corderitos huérfanos y que luego se fue caminando hacia el lado del monte.

Diego protestó por lo bajo, esa mujer siempre traía problemas. ¿Por qué no podía ser una muchacha normal, que lo hubiera aguardado bordando bajo la galería? Aunque a decir verdad dicha imagen tampoco lo entusiasmaba, se aburriría con alguien así.

—Iré a buscarla —anunció tomando su sombrero—. Dile a doña Leonides que la traeré sana y salva. —Besó a su madre y antes de partir dijo—: Que a mi regreso me preparen un buen baño caliente.

Corrió bajo el agua hacia el galpón y buscó riendas y cabezal. Ingresó al corral empantanado, ensilló el primer caballo que encontró y montó de un salto. El agua caía con fuerza y la luz comenzaba a menguar.

Galopó en dirección al monte de eucaliptos, pasó el antiguo rancho del leñador que aún no habían mandado destruir porque su padre lo había construido con sus propias manos, y siguió entre los árboles.

Pese a que gritaba el nombre de la muchacha el ruido de la lluvia interrumpido por los truenos lo convertía en apenas un murmullo.

Cuando salió del bosquecillo y se halló de nuevo en la llanura, decidió dar la vuelta. No podía haberse alejado tanto, tenía que estar en el monte, pero ¿dónde?

Victoria lo había visto pasar y supo que la estaba buscando, y por más que había gritado su nombre, mordiendo su orgullo, él no la había escuchado. Aguardó con paciencia hasta que lo vio regresar y se descolgó del árbol frente a él con una agilidad que lo apabulló, mientras su mirada azul se perdía en la admiración de sus largas piernas blancas.

De pronto Diego se dio cuenta de que esa no era una muchacha común; no conocía mujer que tuviera tal destreza en el manejo del cuerpo ni tanta fortaleza en los brazos. Iba a desmontar para ayudarla, aunque en el último instante desistió. Sin palabras extendió su mano y ella montó de un salto detrás de él, tomándose de la montura para no tocarlo.

El galope los acercó y Diego sintió el calor que emanaba de su cuerpo aunque estuviera empapado. Un rayo quebró el plumizo del cielo y partió un árbol que estaba casi frente a ellos. El caballo se asustó y se encabritó lanzando a la pareja por el aire para huir despavorido entre la arboleda.

Diego corrió hacia donde la muchacha había quedado tendida.

—Victoria, ¿te encuentras bien? —Ella lo miró con sus ojos vacíos de toda expresión y él supo que estaba en trance. Su rostro pálido era una máscara inmovible y su cuerpo temblaba como una hoja—. Vamos.

La tomó de la mano y la hizo correr en dirección a la casilla del leñador. Le costó abrir la puerta y mientras luchaba contra ella vio que la muchacha se doblaba en dos y vomitaba. Lo apenó tal imagen y advirtió que su miedo era genuino.

—Entra. —Tuvo que empujarla dado que Victoria no reaccionaba.

Una vez dentro Diego se quitó el sombrero y el sobretodo, y luego se acercó a la muchacha.

—Victoria —ella no respondió—. Tienes que sacarte la ropa mojada, te enfermarás. —De repente le parecía una muchacha desvalida y no se animó a

tocarla—. Victoria —repitió con más fuerza.

Ella dirigió sus ojos asustados y obedeció mecánicamente. Se quitó la mantilla y los botines, porque sus pies estaban helados.

Diego tomó unos cuantos leños y los encendió en el pequeño fogón que había en un rincón. Las pequeñas llamas iluminaron el ambiente y el fuego comenzó a crecer, menguando con su crepitar el ruido de la lluvia.

Como la muchacha no se movía él la empujó hacia las llamas para que se calentara. Su vestido estaba empapado y chorreaba a su alrededor.

—¿Por qué no te quitas el vestido? —tentó, deseando no parecer irrespetuoso.

Victoria comenzó a aflojar las correas que lo sujetaban y luego se lo quitó, apoyándolo sobre unos troncos cerca de la hoguera. Diego se sintió incómodo ante la jovencita en enaguas que dejaban ver la piel blanca y delicada de los brazos y el cuello. Se quitó el saco y la cubrió con él; después de todo, gracias a su capote, él no se había mojado tanto. Ella pareció salir del trance y musitó un “gracias”.

Con el fuego Diego encendió un cigarro y fumó, sentado sobre un leño cerca de las llamas. Victoria permanecía de pie, inmutable, mirando las figuras fantasmales que las lenguas anaranjadas formaban.

El ruido de un trueno alteró a la joven, que gimió y se llevó las manos a los oídos.

—¿Por qué le temes a la lluvia? —preguntó Diego.

—No lo sé. —Era la primera vez que lo miraba con franqueza.

—Creí que no le temías a nada —dijo él, recordando el episodio con el puñal en el burdel de Lucy. Ella no respondió y se limitó a apretar el saco a su alrededor, sintiendo el olor masculino que emanaba de él.

Diego se levantó y agregó más leña. Luego se acercó a la pequeña ventana y miró hacia el cielo.

—No va a parar —anunció—. Tendremos que pasar la noche aquí.

Al oír sus palabras, Victoria se estremeció, aunque él no la vio, dado que estaba de espaldas. El hombre buscó con la mirada un sitio donde dormir y lo encontró en los fardos de paja que había en un rincón. Caminó hacia ellos, los acomodó a modo de colchón y volvió a su sitio cerca del fuego.

—Siéntate —ofreció acercándole otro leño grueso. Ella obedeció y quedaron ambos de cara a la fogata, muy cerca el uno del otro—. ¿Qué hacías en el *cabaret*? —Diego no pudo dilatar más la pregunta. Lo acuciaba la intriga, no podía ni quería creer que Victoria fuera una prostituta.

—Eso no es asunto suyo —de pronto parecía haber recuperado todos sus bríos.

—No quiero creer que eres... —no lo dejó concluir:

—¿Una puta? —Sus ojos grises, con un fulgor anaranjado a causa de la cercanía del fuego, lo taladraron. Diego se sorprendió de que usara esa palabra, pero en vista de que lo había amenazado con un cuchillo y que trepaba a los árboles como un mozuelo se dijo que de esa muchacha podía esperar cualquier cosa—. Pues no lo soy, señor Alcorta.

—Entonces dime qué hacías allí —dio una larga pitada al cigarro antes de agregar—: Creo que luego de salvarte de las garras de ese sujeto —refiriéndose al que la había atacado en el burdel— es lo menos que merezco.

—Me salvó para hacer lo mismo que él —retrucó ella.

“Es brava esta muñequita”, pensó el hombre.

—Perdona —dijo sin pensar, y eso pareció aflojarla—. No sé qué me pasó. —Aunque sí sabía, era lo mismo que le ocurría en ese instante, esas ganas de tomarla entre sus brazos y hacerla vibrar bajo su cuerpo.

—Buscaba a alguien —reveló ella al fin.

—¿Y a quién buscaba en un sitio así?

—Señor Alcorta. —Victoria lo miró de frente—. No quiero hablar del tema. Solo le diré que fui a ver a alguien que iba a darme cierta información. Resultó que ese alguien no me dijo lo que yo esperaba y me disponía a partir cuando ese sujeto me atacó. —Ella volvió la vista al fuego y extendió sus manos—. No quiero volver sobre el asunto, y demás está decirle que mi tía no sabe de mi visita a ese lugar. —Nuevamente sus ojos lo indagaron—. Supongo que cuento con su discreción de caballero.

“Es inteligente, me manipulará con esto”.

—Por supuesto —contestó Diego—. Pero sería conveniente que la próxima vez que concurras a un sitio como ese no lo hagas sola. Puedes contar conmigo.

Ella no contestó y siguió mirando hacia las llamas, preguntándose qué le habría ocurrido a Diego Alcorta que estaba tan golpeado en el rostro. Se dijo que era una descortesía no preguntar y musitó:

—¿Qué le ocurrió que está magullado? —El hombre se alegró de que preguntara, al menos demostraba algo de interés. Además a ella podía decirle la verdad dado que sabía de sus actividades revolucionarias.

Le contó sucintamente lo ocurrido y ella mejoró la imagen que se había formado de él al conocer el verdadero motivo de sus visitas al burdel; Victoria había supuesto que era un cliente más de mujeres de la noche.



Los minutos pasaron y Diego caminó por el reducido recinto. Estaba cansado y hambriento, no había comido desde el desayuno y ya sentía la vacuidad del estómago. Ella debió advertirlo porque dijo:

—Lamento que no haya podido descansar, supongo que está recién llegado.

—Sí. —Miró nuevamente por la ventana y sacudió la cabeza. La idea de una noche con una mujer hermosa como Victoria hubiera alentado a cualquier hombre. Sin embargo, bien sabía él que no podía ponerle un dedo encima, aunque ganas no le faltaban. Tampoco estaba muy tranquilo de pasar la velada con ella, ¿y si querían obligarlo a casarse para dejar a salvo su reputación? No, de ninguna manera se casaría con Victoria. La muchacha era deseable y le gustaba, pero la cosa no pasaba de allí. Él era un hombre libre.

Ajena a sus pensamientos, Victoria pensaba en qué diría su tía cuando supiera que se disponía a compartir la noche con un hombre.

—¿No podemos intentar volver? —dijo de repente mirando a Diego.

—Victoria, es noche cerrada y estamos en plena tormenta. Sería peligroso salir con este vendaval. —Entendía los nervios de la jovencita, él mismo los sufría—. ¿Por qué no intentamos dormir? Así ni bien escampe podremos partir.

—Usted duerma, yo vigilaré por si deja de llover. —Y se concentró en observar el fuego mientras calentaba sus manos y sus pies.

Diego se dijo que más valía dejarla en paz. Como el cansancio del viaje aún vagaba por su cuerpo, además de los dolores por la golpiza, se acercó al improvisado lecho de heno y se acostó de cara al techo, llevando sus brazos hacia atrás para ponerlos debajo de la cabeza. Al instante su durmió, Victoria lo advirtió por el sonido de su respiración, pareja y acompasada.

Ella permaneció en el tronco hasta que el sopor de las llamas logró adormecerla; debía ser muy tarde y la lluvia caía sin cesar aunque el viento había amainado. Un bostezo la instó a dormir. Se puso de pie, agregó dos leños gruesos al fuego y buscó con la mirada otro sitio donde acostarse. Al no hallarlo se arrimó al colchón de forraje donde Diego descansaba, vuelto hacia la pared.

El sitio era estrecho, aunque no tanto como para acoger dos cuerpos, y la joven se recostó en el otro extremo, de espaldas al hombre. Recogió las piernas y se tapó casi por completo con el saco de Alcorta. Le costaba conciliar el sueño, la proximidad del hombre la alertaba, aunque no la asqueaba como había supuesto. Diego Alcorta ejercía sobre ella una extraña mezcla de seguridad y ansiedad. Por un lado la provocaba, no sabía si a

propósito o de manera inconsciente, pero lograba alterarla, erizaba su piel y estremecía su pecho. A la par, se sentía protegida, como en ese momento; sabía que nada malo le ocurriría si él estaba allí, aún durmiendo.

Aquel sitio, aquella precariedad, el hambre, el frío, la carencia, le trajeron a la mente su infancia y su encierro. ¡Cuántas cosas habían pasado en su corta vida! Acostumbrada a la cama perfumada y mullida que le había ofrecido doña Leonides, el lecho de paja le daba comezón y le impedía dormir. No quería moverse por temor a despertar a Diego, prefería que durmiera y no tener que responder sus preguntas ni sofrenar sus miradas. Convertida en ovillito finalmente se durmió.

El fuego, al no ser alimentado, fue muriendo lentamente y solo quedaron las brasas, que no alcanzaban para calentar el ambiente.

Diego se dio vuelta y sintió la cercanía de la mujer que dormía en posición fetal. La miró por encima del hombro procurando no despertarla y vio su nariz roja y sus labios azulados. Concluyó que tendría frío y se puso de pie para ir en busca de su sobretodo, que ya estaba seco y colgaba de un gancho cerca de la hoguera. Volvió al lecho, se acostó más cerca de la muchacha, temeroso ante su reacción, y cubrió ambos cuerpos con el abrigo. Victoria ni se percató, había caído en un sueño profundo luego de varias horas de desvelo.

La proximidad de la jovencita lo encendió de inmediato y maldijo en voz baja su inoportuna erección. Intentó dominarla mentalmente diciéndose que Victoria era intocable; a menos que se casara con ella tendría que comportarse como un caballero. Pese a todo acomodó su cuerpo a la posición del femenino y pasó su brazo sobre la cintura de Victoria, cayendo su mano sobre su vientre. Concentró toda su energía en controlar su excitación y se dedicó a mirar su perfil exquisito, su cabello brillante y alborotado por la lluvia, su piel blanca y que adivinaba suave.

Afuera, la cortina de agua seguía cayendo, aunque el viento había cesado. En pocas horas más amanecería. Oliendo el débil perfume que subía desde el pecho de Victoria y que lo embriagaba, Diego volvió a dormirse.

Al alba una ventisca había recommenzado y la lluvia seguía. Victoria abrió los ojos, confundida y sin saber dónde se hallaba. Su cuerpo estaba cálido y no sentía la picazón del forraje donde se había acostado. Lentamente cayó en la cuenta de que yacía en brazos de Diego Alcorta. El hombre dormía prácticamente debajo de ella, haciéndole de colchón con su ancho pecho, acunándola como si fuera un bebé. La cabeza de Victoria se escondía en el hueco que formaban el hombro y el cuello masculino, y ella pudo sentir la

profundidad de su perfume mezclado a su olor. La mano de la muchacha descansaba sobre el estómago de Diego, y la de él cubría la suya, cobijándola.

“Por Dios, ¿qué hice? ¿Cómo llegamos a esto?”, se dijo la joven sin saber qué hacer. Podía despertarlo y recriminarle a los gritos, o fingir que nada había ocurrido y deslizarse lentamente de sus brazos. Descartó la primera opción, demasiado vergonzante, y optó por separarse de él suavemente.

Pero la cosa no le sería tan fácil. Diego había despertado y la miraba con sus ojos inquisitivos, expectantes.

Por la mente masculina mil ideas tomaban fuerza, ninguna de ellas realizables con una muchacha como Victoria.

La vergüenza la paralizó, después de todo era ella quien estaba en sus brazos y no a la inversa. Sin embargo, Diego fue un caballero, tragó su deseo y la sacó del apuro diciendo:

—Perdona, Victoria. —Ella se sentó y acomodó sus cabellos—. Temblabas tanto que me acerqué para que no tuvieras frío. —Sabía que no era una buena excusa, aunque al menos no la exponía al bochorno—. Si esto pone en riesgo tu reputación, prometo que me haré cargo.

—¿Qué quiere decir? —interrogó ella mientras se ponía de pie y buscaba su vestido que ya estaba seco.

—Que hablaré con tu tía y si es su deseo me casaré contigo. —Ni él mismo podía creer lo que estaba diciendo.

—¡Yo no quiero casarme con usted! —se alteró la joven—. Además, ¿no cree que tendría que ser yo quien tomara esa determinación?

—Yo tampoco quiero casarme, soy un hombre libre —retrucó de repente Diego, molesto ante el rechazo.

—Entonces olvídense de hablar con mi tía, que acá no ha pasado nada —dijo Victoria con resolución.

“No ha pasado nada porque te perdoné la vida, solo Dios sabe cuánto me contuve para no sacarte la enagua con los dientes”, pensó el hombre.

Luego del intercambio de palabras ambos quedaron de malhumor. Diego encendió el fuego, quería dejar la estancia cálida, porque ya había decidido que saldría a buscar un coche para llevar a Victoria a la casa. No soportaría más tiempo a solas con esa muchachita.

Ella permaneció mirando por la ventana, pidiendo quedamente que dejara de llover. Tenía hambre y también estaba incómoda. Sintió que Diego se movía detrás de ella, oyó el arrastrar de los leños y el olor de la fogata aguzó su apetito, pero no había nada para llevarse a la boca.

Después, el hombre tomó su abrigo que yacía desparramado sobre el forraje, único testigo de que allí habían dormido, y se lo puso. Recogió el sombrero y con él en la mano se acercó a la puerta.

Victoria lo miró, repentinamente asustada; el temor a la tormenta había renacido con intensidad, y pese a todo no deseaba quedarse sola en ese sitio. ¿Y si algo le ocurría a Diego y no podía volver? Nadie sabía que ella estaba allí encerrada.

Él adivinó todos sus cuestionamientos y su enfado se disipó como el humo en la pequeña estancia. Victoria parecía una niñita, desaliñada y temerosa. Sus cabellos estaban enredados, su vestido rasgado a causa de haber trepado al árbol y sus ojos tenían el mismo color plomizo del cielo.

Diego avanzó hacia ella y se detuvo muy cerca, sofrenando el impulso de abrazarla.

—No tengas miedo, volveré cuanto antes.

—¿Por qué no me lleva con usted? —imploró ella—. Puedo correr como un hombre —añadió para convencerlo.

—No se trata de eso, ya sé que eres capaz de cualquier cosa —sonrió recordando lo del puñal y luego su trepada al árbol—. Pero estamos algo lejos, llueve demasiado, y no quisiera que pescaras una pulmonía.

—Usted también puede pescarla y saldrá igual —intentó la jovencita.

—Pero yo soy el caballero aquí —contestó Diego tratando de hacerla sonreír, sin resultado—. Tú procura mantener el fuego, volveré antes del atardecer.

Ella reprimió un quejido, temía quedarse allí sola, aunque reconocía que él tenía razón.

—Prométeme algo —dijo Diego antes de abrir la puerta.

—¿Qué cosa?

—Que no saldrás de aquí por nada del mundo —se aproximó de nuevo y la tomó por los hombros—. ¿Lo prometes, Victoria? —Sus rostros estaban muy cerca y ella sintió la determinación de su mirada. Asintió levemente—. Dilo.

—Lo prometo. —Diego la soltó.

—Así me gusta, sé niña buena.

Calzó el sombrero y salió a la intemperie. Victoria lo vio alejarse a través de la ventana mientras se perdía en la llovizna.

## Capítulo 30

Roberta no dormía la noche en que su rancho fue incendiado, sino que estaba doblada en dos, vomitando en el retrete cuando escuchó los ruidos que venían del exterior y el ladrido alborotado de los perros.

Se enderezó como pudo, reteniendo las aguas que ascendían por su garganta, y buscó el palo que tenía detrás de la puerta por si tenía que defenderse. Armada con él asomó su rostro a la ventana y vio dos hombres que corrían alrededor de su casa esparciendo algo que no supo precisar; la señal de alarma sonó en su cabeza y fue en busca de un bolsón para guardar lo elemental.

El fuego se desparramó enseguida y el aro de llamas rodeó la casa al instante. La joven, presa del pánico y descompuesta a causa de las náuseas, logró pese a todo sacar fortaleza de su rico interior y una vez con sus pertenencias guardadas abrió la puerta.

Los ejecutores del macabro plan controlaban que este se cumpliera a la perfección y lanzaron sonoras carcajadas cuando Roberta apareció al frente de la choza, con su vestido de aldeana y el atado de sus posesiones aferrado entre sus brazos.

Ella los desafió con su mirada mientras avanzaba hacia las lenguas de fuego que se iban acercando y ya habían encendido parte de las paredes de la casa. Roberta contuvo las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos y con toda su resolución caminó con la espalda erguida y la cabeza derecha. Eligió cuidadosamente el sitio en que las llamas fueran más bajas y con una manta que había predestinado para ello las sofocó momentáneamente y pasó sobre ellas.

Los malhechores reían y se burlaban de ella, pero sus órdenes habían sido claras: que la rata escape.

—Quiero que esa mujerzuela se vaya y no vuelva nunca por acá, —había dicho Manuela—. No la toquen, no quiero más consecuencias de esto. Pero déjenle bien en claro que si vuelve a acercarse a mi marido le haré arrancar la piel y se la obligaré a comer.

Mientras Roberta se alejaba con toda la dignidad de que era capaz en un momento de total desamparo, los forajidos le gritaron:

—Más le vale no pisar nunca más estos pagos, porque la próxima le sacaremos los ojos y los comeremos en guiso.

La feroz carcajada de uno de ellos ocasionó un escalofrío en la muchacha que emprendió la carrera mientras el vómito llegaba a su boca.

Habían pasado tres meses desde aquella trágica noche y Roberta recordaba los sucesos mientras lavaba la ropa, arrodillada en el patio trasero de la estancia donde vivía.

Después de haber vagado por los alrededores buscando cobijo y trabajo durante varios días, una mujer se había compadecido de ella y le había permitido pasar la noche en su casa, un ranchito mísero pero tibio.

La señora enseguida se dio cuenta de su estado y por la mañana, mientras bebían el mate cocido, le dijo:

—A ti te llenaron la cocina de humo. —Roberta elevó los ojos del tazón humeando y asintió en silencio—. ¿Y qué pasó con el desgraciado?

—No lo sabe —dijo ella con voz queda.

—Bah, siempre saben, pero es mejor fingir que no —sentenció la dueña del rancho, desengañada por un hombre.

Roberta prefirió no contestar, ella confiaba en Andrés y sabía que no tenía que ver con el ataque sufrido. Por su bien, se alejaría de su vida, por mucho que lo amara.

Solo un propósito dirigía sus acciones y era salvar su reciente embarazo. Más adelante vería cómo seguir.

Luego de pasar unos días en la choza de Juana, esa mujer a quien la vida había avinagrado el carácter, Roberta partió en busca de un empleo en alguna de las estancias de la zona.

En las primeras que visitó fue rechazada, tal vez por ser mujer, tal vez por su juventud, o tal vez porque en la mayoría no pudo ocultar la náusea y terminó vomitando en medio de la conversación. Era a todas luces evidente que estaba embarazada.

Cuando su ánimo estaba por flaquear y sus fuerzas se agotaban, dado que las provisiones que le había dado Juana se habían acabado, la suerte se puso de su lado y un anciano estanciero se compadeció de ella.

El hombre se llamaba Segundo López Cernadas y estaba mal de salud, aunque su alma de caudillo estaba intacta y toda la parentela se movía al ritmo de su bastón.

Don Segundo la aceptó entre su plantel de sirvientas, cocineras y lavanderas, sin demasiadas preguntas ni prejuicios. Nadie osó oponerse y Roberta terminó durmiendo en una cama caliente en una habitación que compartía con otras dos muchachas jóvenes.

—El viejo es medio loco —dijo Nina, una jovencita pícara y atrevida—, pero es buena gente. Debes cuidarte de su nieto Luciano, que cuando viene por aquí nos quiere voltear a todas —acompañó sus palabras con una risita inquieta—. No creas que tendrá piedad de ti porque estás gruesa, que ese no le hace asco a nada.

—Es un perverso —añadió Marita, la otra mucama—. Así que ni siquiera le dirijas la mirada por más que no puedas despegar los ojos de él, porque es hermoso.

Roberta las escuchaba, divertida, mientras pensaba que ella jamás pondría la mirada en otro hombre que no fuera Andrés.

La casona era enorme, tenía más de veinte habitaciones, cinco cuartos de baño, escritorio, biblioteca, bodega y cuartos de trastos viejos. Morena, la sierva de la familia que era casi tan vieja como el mismo dueño de casa, le asignó la tarea de fregar la ropa, cosa que no entusiasmaba a Roberta, que hubiera preferido la cocina. Pero no era ocasión de protestar, ella era una recién llegada.

La señora de la casa había muerto hacía muchos años y los hijos del patrón vivían en la ciudad, aunque siempre había nietos con sus esposas e hijos que estaban visitando la estancia. De allí la necesidad de tanta gente para servir.

Ese día estaban a la espera del tan nombrado Luciano, por quien las muchachitas que compartían su cuarto suspiraban, pese a que lo tildaban de malicioso. Roberta suponía que ambas estaban enamoradas de él.

La muchacha regresó a la cocina por la puerta trasera cargando entre sus brazos la ropa que ya estaba seca y la depositó sobre la mesa para estirla y doblarla. Su vientre abultado de cuatro meses la enorgullecía y se decía que su hijo, porque sabía que era un varón, sería un hombre de bien, alguien importante y que se destacaría en la vida.

A menudo pensaba en Andrés, a quien imaginaba nostálgico. Por mucho que lo amaba no quería arriesgar su vida ni la de su hijo; la amenaza de esos hombres había sido clara y Roberta sabía que había sido la esposa quien se había ensañado con ella. Le dolía creer que Andrés estuviera enojado y se fortalecía recordando la profundidad de su amor. “Amor mío, algún día

volveremos a vernos, lo sé, puedo presentirlo”, se consolaba, pensando en un futuro.

El ruido de voces que venían del comedor principal le indicó que la familia de la ciudad había llegado. Roberta rara vez aparecía en los salones principales adonde sí iban las demás muchachas encargadas de la comida, de modo que existía poco riesgo de cruzarse con el famoso Luciano, sin embargo, estaba intrigada. Las chicas le habían dicho que era el hombre más hermoso que habían visto en su vida.

Nina llegó casi corriendo y saltó alrededor de Roberta.

—Llegó, Roby, llegó. —Los ojitos negros de la jovencita estaban brillantes—. Y apenas me vio sacó su lengua y la pasó lentamente por sus labios, provocándome.

Roberta se sintió asqueada al imaginar tal gesto y lo denotó en la expresión de su rostro.

—Tú te pones así porque estás con el niño, pero ya verás cuando salga la criatura y te vuelva el deseo —regañó la criada—. ¿Quieres verlo?

Roberta vaciló, súbitamente curiosa.

—Ven. —Nina la tomó del brazo y la arrastró en dirección a la puerta.

—¡No! —se detuvo de repente—. ¿Estás loca? ¿Qué haremos? ¿Apareceremos ante la familia y diremos que voy a conocer al nieto del señor? —la reprendió.

Nina lanzó una carcajada y se dobló en dos de la risa. Cuando terminó de burlarse le explicó:

—Espíaremos. —Y avanzando hacia la puerta se detuvo frente la pared y se asomó a un agujerito pequeño que estaba disimulado en el marco con un trozo de tela arrugado del mismo tono—. Ven, mira.

Roberta se acercó y puso su ojo en el hoyo.

—Es el que está al lado del viejo, el de camisa celeste.

Roberta tuvo que admitir que se trataba del hombre más atractivo que había visto. Rondaría los treinta años, era alto y musculoso, pero lo más llamativo era el aspecto maligno que le daban sus ojos verdes rasgados poblados de pestañas gruesas, tan oscuras como sus cejas que se unían casi en el centro, y sus cabellos largos que llevaba atados en una coleta. Dicho peinado había sido el motivo de discusión con toda su familia, que lo tildaba de descuidado. Hasta su madre le había dicho que parecía un pirata, porque más de una vez aparecía cubierto con un pañuelo. A Luciano no le importaba y seguía haciendo de las suyas. Después de todo, él cumplía con sus responsabilidades y se había graduado en Medicina como todos querían.



—¿Y? ¿Qué opinas? —inquirió Nina.

—Que tenías razón —respondió Roberta separándose—. Es un hombre muy apuesto.

—Ándate con cuidado —recomendó la otra.

—Ya te dije que a mí no me interesan los hombres, Nina. Solo me importa mi hijo y juntar dinero para volver a levantar mi casa algún día. —A menudo se despertaba llorando ante el recuerdo de su destruida vivienda, aquella que con tanto esfuerzo habían levantado sus padres en vida y que ella había podido sostener gracias a su trabajo.

—Pero a él le interesan las mujeres, en especial las nuevas.

Roberta volvió a sus quehaceres y se olvidó del hombre que había visto a través del agujero en la madera.

Por la tarde tuvo un momento de respiro, y una vez tendidas las camas se dirigió hacia la huerta, donde le gustaba descansar un rato sentada a la sombra del ciruelo. Allí estiraba las piernas que se le habían llenado de varices a causa de la gravidez y sentía el movimiento de su bebé, que comenzaba a dar patadas cuando ella se serenaba.

Roberta no se cansaba de hablarle y mientras acariciaba el vientre que día a día crecía un poquito, le contaba sobre su padre, describiéndoselo como si ello la ayudara a recordar sus rasgos, que amenazaban con borrarse de su mente a medida que pasaban los meses.

“Podrás diluir tu imagen en mi cabeza, Andrés, pero jamás saldrás de mi corazón”. La muchacha lo amaba más allá de todo y aún seguía creyendo en su amor incondicional. Ella sabía que todo había sido urdido por su esposa, a quien ella había llegado a compadecer al inicio del romance.

Muchas noches se había reprochado el no haberle hecho llegar a su amado un mensaje avisándole que estaba bien y que iban a tener un hijo. Pero lo hacía por su bien y el de su bebé; temía que su mujer tomara represalias contra la criatura y eso no podría soportarlo. Aunque a veces su voluntad flaqueaba y sentía impulsos de correr hacia la estancia de Alcorta, que no estaba tan lejos. Luego, la cordura volvía a ocuparla y Roberta se distraía pensando en su futuro hijo.

Esa tarde en el huerto, el bebé se movió con más energía que de costumbre y ella entonó una hermosa canción de cuna para él. Su voz era clara, dulce y llevaba una infinita ternura, tanta, que el hombre que la espiaba oculto tras unos yuyales con la intención de conquistarla, desistió al oír su canto y quedó contemplando, embelesado, el vientre abultado que ella había

dejado al descubierto levantando su camisa y que acariciaba con un amor incomparable e incondicional.

Luciano permaneció oculto y se dejó arrullar por esa bonita canción de cuna que le llegó hasta lo más profundo de su alma, haciéndolo olvidar su proyecto de una nueva conquista.

## Capítulo 31

Cuando Diego se fue, Victoria se acercó al fuego y comenzó a repetirse mentalmente que nada le ocurriría. La ausencia del hombre la agitaba de nuevo y el miedo se apoderaba de ella a causa de la lluvia que no cesaba de caer.

Intentó distraerse y su mente la llevó precipitadamente a la noche anterior, en que había dormido en sus brazos. Desde aquel episodio con Pedro, había jurado mantenerse alejada de los hombres y hasta sentía repulsión al pensar en un contacto íntimo con el sexo opuesto. Sin embargo, por mucha determinación que creía poseer, la víspera había descansado apoyada en su pecho y cobijada por su calor.

Un suspiro se le escapó de entre los labios al recordar esa extraña sensación de intimidad que la embargó. Y se sintió complacida cuando Diego intentó echarse la culpa dejándola a salvo de una situación vergonzante para ella.

Otra vez sola en la tormenta, se sintió desamparada y rogó para que él volviera rápido.

Diego se desplazaba como podía, entre charcos y barriales, con el viento en contra y la lluvia azotando su espalda y traspasando el capote.

La estancia distaba unos mil metros, pero el temporal le impedía avanzar con velocidad, y el viaje que podría haber hecho en diez minutos de caminata se volvió en una odisea de casi una hora.

Tuvo que sortear árboles caídos, zanjones inundados y hasta encontró una vaca empantanada a la que no pudo auxiliar por el momento.

Cuando divisó la silueta de la casa a través de la lluvia, su pecho agitado se aquietó en parte, dado que por momentos creía que nunca llegaría. Las luces estaban encendidas porque a pesar de ser casi mediodía, el gris lo había invadido todo y apenas se veían los rostros pesarosos de quienes esperaban desde el día anterior.

Doña Leonides no cesaba de rezar y doña Teresa lloraba de a ratos; sus dos hijos estaban fuera, Andrés no había vuelto de su visita a una estancia

vecina, y Diego había partido la víspera y temían lo peor, especialmente porque el caballo había regresado solo.

Manuela, por su parte, se había recluso en su cuarto con un fuerte dolor de cabeza y ni siquiera había aparecido para preguntar si alguno había regresado.

Solo María Gracia estaba tranquila, ella conocía bien al patrón y sabía que Andrés volvería sano y salvo. En cuanto a Diego, la mujer no tenía dudas de que se las habría arreglado y estaría refugiado junto a la muchacha.

—Señora, quédese tranquila, que don Diego debe estar en la casilla del leñador —le había dicho a doña Teresa la noche anterior.

—¿Tú lo crees, María? —preguntó la mujer.

—Seguro que sí, señora —respondió la empleada secándose las manos en un trapo—. Ya verá que de un momento a otro los tenemos por acá. Seguro que don Diego no quiso volver anoche con semejante tormenta eléctrica.

Cuando la puerta principal se abrió y vieron la figura empapada de Diego, las tres dieron un grito de júbilo.

—¿Y Victoria? —Los ojos de doña Leonides se agrandaron de angustia al ver que él cerraba la puerta tras de sí.

Diego había dejado su sombrero afuera y al sacarse el capote dejó un charco a su alrededor.

—Perdón, María Gracia —dijo mientras se quitaba el saco también mojado y las botas embarradas—. Tranquila, doña Leonides, Victoria está bien —agregó sacando del pozo de angustia a la desdichada mujer, que había creído perder también a su sobrina y no estaba preparada para más muertes.

—¿Y dónde está, hijo? ¿Por qué no vino con usted? ¿Le ocurrió algo? —Tantas preguntas acudían a la mente de la tía que Diego no pudo menos que sonreír mientras se secaba con una toalla que la diligente María Gracia le había alcanzado.

—Su sobrina está bien, cálmese —se acercó a doña Leonides y la tomó por los hombros—. Créame, está bien. No vino conmigo porque ayer el caballo se descabritó y escapó.

—Sí, nos dimos un susto terrible —dijo su madre, ya más tranquila.

—Tuvimos que resguardarnos en la casilla del leñador.

—¿Vio, señora? Se lo dije —interrumpió María Gracia, y todos la miraron, reprochando la osadía—. Perdón.

—Con el temporal de anoche no quise arriesgarme a venir caminando, o más bien nadando —sonrió—. Y hoy tampoco quise que corriera tal riesgo.

Volveré con un caballo a buscarla —miró en dirección a María Gracia—. ¿Podrías preparar algo para que le lleve de comer? ¿Y ropa seca?

Doña Leonides se alegró de que Diego estuviera en todos los detalles, a ella no se le había ocurrido que Victoria podía tener hambre o frío, solo la quería de vuelta.

—Iré a cambiarme —anunció el hombre, y salió en dirección a su habitación mientras las mujeres se ponían en marcha para preparar la vianda a Victoria.

Cuando Diego reapareció en la sala estaba más abrigado, con botas más largas y un nuevo sobretodo.

—¿Mi hermano no volvió? —interrogó.

—Aún no —contestó su madre con desconsuelo.

—Tranquila, Andrés conoce este sitio mejor que yo, ya verás que vuelve en cualquier momento. —La mujer asintió.

—Tú cuídate. —Lo besó en la frente y Diego la abrazó como hacía años no lo hacía.

María Gracia regresó de la cocina con un paquetito de comida que él escondió en el bolsillo interior de su gabán.

—Cómase esto, señor —dijo la mujer mientras le extendía un bocado de pollo frío.

—Gracias, María —le sonrió ante la delicadeza del gesto—. Tenía hambre.

—¿No sería mejor que fueras en el carro? —propuso su madre.

—No, madre, las ruedas se atorarían en el barro. El caballo es más seguro. —En la puerta añadió—: Les pido que se queden tranquilas y tengan paciencia.

—Cuídate, hijo —exclamó doña Teresa antes de que él desapareciera en la intemperie.

Julián le preparó el mejor caballo y cubierto con una capa encima del sobretodo, partió campo adentro.

Ahora tenía el viento de frente y la avanzada le costaba un gran esfuerzo al animal dado que todo estaba embarrado. Diego ganaba terreno, acuciado por la ansiedad de volver junto a la muchacha que había dormido en sus brazos la víspera y que ocupaba todo su pensamiento.

El hombre había vagado por muchas camas pero nunca había experimentado lo que la noche anterior junto a Victoria. Esa jovencita por momentos parca y misteriosa poseía a la vez una fragilidad e inocencia únicas. Si bien la había abrazado para brindarle calor, no podía negarse que

también la había deseado, y mucho. Cuando Victoria, sumida en la profundidad de su sueño, había girado hacia él, Diego la había abrazado arrastrándola suavemente hacia su pecho. Había acariciado su espalda y su costado y había vibrado con su suavidad. Mucho esfuerzo le había costado no besarla y mucho más no acariciarle las caderas ni los muslos que se apretaban a los suyos buscando calor.

Evocando ese momento, pese al frío y la lluvia, una erección lo aguijoneó y maldijo el recuerdo. Sabía que Victoria no era para él, que solo buscaba la aventura. Tendría que olvidar a esa jovencita que lo atormentaba con su sola presencia, aunque por más que se lo proponía quería volver a su lado.

Pese a todo logró llegar a la casilla del leñador antes de lo que había previsto. Desmontó de un salto y ató el caballo fuertemente a un árbol. Abrió la puerta con tal rudeza que Victoria, que estaba sentada frente al fuego, dio un salto.

—Perdona —dijo él acercándose y deteniéndose a escasos centímetros de ella. Ambos contuvieron el impulso de abrazarse, él sofrenando la pasión, ella, por el alivio que significaba su regreso.

Diego se quitó la capa, el sobretodo y el sombrero, aproximándolos al fogón para que se secaran.

Victoria le preguntó:

—¿Cómo está todo por allá? ¿Fue muy duro el viaje?

—La ida sí, no voy a mentirte —sacó el paquete con la comida y se lo extendió—. Toma, debes tener hambre.

—Gracias —musitó ella mientras lo abría apresuradamente.

Sin importarle lo que él pensara, Victoria devoró su comida, y su mente voló hacia atrás, a sus días de hambruna en el conventillo y a las raciones frías y escasas de la prisión. Diego vio la tristeza repentina de sus ojos y quiso preguntar, pero algo le dijo que ella no revelaría nada.

En un momento Victoria lo miró y preguntó:

—¿Usted comió? ¿Quiere un poco? —El hombre sonrió: tarde se había acordado, dado que poco quedaba ya para ingerir—. ¡Oh! ¡Lo siento! —dijo ella al darse cuenta—. Fui muy egoísta.

—No te preocupes, comí algo antes de salir —se acercó al sobretodo y sacó otro paquete—. Era todo para ti.

Cuando Victoria finalizó, él le entregó la ropa. Ella tomó de sus manos el envoltorio y vio un par de pantalones.

—¿Y esto? —inquirió.

—Debe haberlo puesto María Gracia —respondió él, perplejo—. Tal vez para que tus piernas no se mojen tanto.

Victoria nunca había usado esas prendas masculinas y sintió vergüenza, pero tenía razón Diego, era mejor para montar.

Él se dio vuelta y miró por la ventana mientras ella se ponía la ropa que la mucama le había mandado. Al volverse hacia la jovencita la vio con pantalones, que le caían anchos por las piernas, camisa y saco de hombre. Una sonrisa iluminó su cara y ella enrojeció.

—No se burle —pidió.

Diego avanzó quitándose el cinturón. Victoria lo miró asustada. ¿Qué iba a hacer?

—Toma —él la sacó de la duda extendiéndole la faja—. Átalo así no pierdes los pantalones.

La muchacha obedeció y estuvo más cómoda. Luego juntaron las ropas sucias en un atado y Victoria calzó el otro sobretodo que él había traído para ella.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Montarás adelante, porque el viento nos dará de atrás, así no te mojas —ella asintió y Diego abrió la puerta.

El frío los golpeó en el rostro y él la tomó de la mano mientras corrían hacia el caballo. Victoria montó de un salto y Diego lo hizo detrás. El hombre pasó sus manos por su cintura y ella se estremeció de tenerlo nuevamente tan cerca; sentía el calor de su pecho en su espalda y su aliento rozándole la mejilla.

El hombre por su parte intentaba concentrarse en la conducción del animal sin distraerse en la excitación de su cercanía. Marcharon al trote dado que el suelo estaba sinuoso y era fácil caerse. La lluvia azotaba la espalda masculina y el viento mezclado con el agua parecía lastimarles la piel del rostro. Victoria cerró los ojos y volvió la cara de costado porque el aguacero venía en todas direcciones.

Diego le tomó la cabeza con delicadeza y la reclinó sobre su cuello.

—Así no te mojas tanto —susurró a su oído evitando que el ruido de la tormenta silenciara sus palabras.

Ella se apretó contra su pecho y se confió a él. Al poco rato el hombre divisó la casa y galopó los últimos metros en dirección al galpón. Una vez dentro, desmontó de un salto y la ayudó a bajar aunque no hiciera falta. La tomó por la cintura y Victoria se deslizó del caballo bajando apretada al

cuerpo del hombre, que se había acercado demasiado, en una forzada despedida.

Sin darle tiempo, Diego tomó su rostro con sus manos mojadas y se prendió de sus labios fríos y temblorosos. La besó con tanta pasión que la dejó sin aliento, haciéndola tambalear, por lo cual tuvo que sujetarla por la cintura. Ella gimió, Diego no supo si de placer o de queja, pero no la soltó. Sus labios presionaron sobre los femeninos y la obligó a abrirlos. Introdujo su lengua en la boca de la muchachita, que descubrió inexperta, y acarició su interior con ansiedad.

Esta vez Victoria no lo mordió ni hizo nada que significara rechazo, pero tampoco respondió a sus besos, tal vez por no saber cómo. Con esa esperanza la soltó y la dejó en libertad.

Liberó también al caballo y la tomó del brazo para correr nuevamente bajo la lluvia los últimos metros que los separaban de la casa.

En la galería se detuvieron y se miraron. Ella desvió la vista, avergonzada, entonces Diego le tomó la barbilla y le preguntó:

—¿Estás bien? —Había tanta dulzura en su voz, tan sincero interés, que ella se conmovió.

—Sí —respondió en un susurro.

—Entremos entonces.

Al abrirse la puerta, las mujeres en espera se abalanzaron sobre la muchacha, sin darle tiempo siquiera a sacarse el abrigo. Doña Leonides la apretujó entre sus brazos y comenzó a llorar. Victoria se conmovió y la abrazó a su vez.

Doña Teresa la siguió y María Gracia se ocupó de la ropa mojada mientras ordenaba preparar un buen baño para cada uno de los recién llegados.

Diego vio cómo las mujeres se apoderaban de la muchacha y la conducían a su habitación mientras la interrogaban. Victoria ni siquiera lo miró y él se sintió molesto ante la indiferencia. Su cuñada apareció, alertada por el alboroto, y se mostró agradable.

—¿Está tan terrible afuera? —inquirió.

—Sí, es puro barro. —Y mientras se servía una copa de coñac para entrar en calor añadió—: No te preocupes por Andrés, él sabrá ponerse a salvo.

—Estás en lo cierto, cuñado —respondió ella, resentida repentinamente—. Tu hermano siempre encuentra quién le dé cobijo.

En el cuarto, Victoria contestó todas las preguntas que su tía le hizo y una vez sola se relajó en la tina con agua caliente que le habían preparado. Un



sopor se apoderó de su cuerpo y estuvo a punto de adormecerse.

Luego se vistió con ropa de cama y se metió en ella. Cuando doña Leonides entró la halló acostada y tosiendo.

—¡Niña! —Se acercó al lecho y le tocó la frente—. ¿No habrás pescado una neumonía?

—No, tía, es solo un enfriamiento, no se preocupe —tranquilizó la joven, que solo tenía deseos de dormir en una cama calentita. Ni siquiera sentía hambre, lo que había engullido en la cabañita le había caído demasiado pesado, tal vez por la ansiedad con que lo había devorado.

—¿Tuviste mucho miedo?

—Sí, mucho. Usted sabe cómo me afectan las tormentas, es algo que no puedo dominar aún.

—¿Y Diego Alcorta? —los ojos de la mujer la escrutaron.

—¿Qué hay con él? —se alarmó la jovencita.

—¿Se portó como un caballero?

—¡Tía! ¿Qué cosas dice? —retrucó Victoria—. El señor Alcorta se portó muy bien conmigo. —Un ligero rubor cubrió sus mejillas y el calor subió por su cuerpo, pero la mujer no lo advirtió en la penumbra del cuarto.

—Perdona, ya sabes cómo somos las viejas —sonrió doña Leonides—. ¿Bajarás a cenar?

—Preferiría dormir, tía, estoy muy cansada. —Y con gesto de niña preguntó—: ¿Se ofenderá doña Teresa?

—No, mi niña, no —Leonides le palmeó la mano—. Descansa, que mañana saldrá el sol.

La cena transcurrió conversada; las mujeres preguntaban sobre lo ocurrido y Diego se sentía acosado por ellas. Íntimamente se sentía en falta, porque sabía que no se había comportado correctamente con Victoria, que había puesto en juego su reputación aunque no hubiera nadie que pudiera atestiguar sobre lo acontecido.

Por ello, cuando estaban a punto de irse a dormir, llamó a doña Leonides y la condujo a la biblioteca. Allí se sirvió una copa, ofreció otra a la dama, que rechazó, y fue directo al grano.

—Mire, doña Leonides, no me andaré con rodeos. —Ella lo miró y se asustó ante la gravedad de su mirada—. La llamé aquí para hablar de Victoria. La situación hizo que tuviéramos que pasar la noche juntos, y si eso pone en riesgo su reputación y usted se siente ofendida por ello, yo estoy dispuesto a hacerme cargo de la situación. —El hombre barbotó las palabras antes de

arrepentirse de lo que iba a decir, pero sabía que era su deber hacer el ofrecimiento.

—¿Qué quiere decir, Diego? —se inquietó la tía—. ¿Ocurrió algo?

—No, por favor —mintió él—. Repito, si usted se siente agraviada me casaré con ella —finalizó Diego exhalando un suspiro. Ya estaba dicho.

Doña Leonides se puso de pie y dio unas vueltas por la estancia.

—¿Usted quiere casarse con ella? —inquirió mirándolo fijamente a los ojos.

—En verdad no —contestó el hombre.

—Entonces no lo hará. —Diego se sintió aliviado—. Quiero que cuando Victoria se case lo haga con alguien que la ame, y si ese no es su caso, más vale olvidar esta conversación. Victoria es una dama y confío en ella. De todas maneras, agradezco su ofrecimiento.

Al día siguiente amaneció despejado aunque el barrial de los alrededores tardaría en secar.

Victoria se levantó más tarde de lo habitual, había pasado la noche tosiendo. Por la mañana, gracias a un té de cebollas que María Gracia le había acercado al lecho, se sintió mejor.

Diego había salido con Julián y otros peones a hacer una recorrida por la zona, porque varios animales habían quedado atrapados en zanjias y era preciso sacarlos.

Cerca del mediodía apareció Andrés, que había pasado las noches de tormenta en una estancia vecina donde había concertado negocios vacunos.

Su esposa le dirigió una fría mirada ni bien lo vio ingresar al comedor y a nadie pasó inadvertido el gesto. Doña Teresa fue al encuentro del hijo y se fueron secreteando hacia la cocina.

—¿Qué ocurre, hijo? —preguntó una vez a solas—. Me doy cuenta de que tu relación con Manuela no es buena.

—No hablaré de eso contigo, madre —respondió el hombre mientras se sentaba a la mesa y servía un mate que María Gracia le había dejado preparado ni bien lo oyó entrar.

—Quiero suponer que es una pelea pasajera...

—Madre. —Andrés la hizo callar con la mirada—. ¿Cómo estuvieron las cosas aquí?

Doña Teresa le resumió sobre lo ocurrido con Victoria y le anunció que Diego había ido al campo con los peones y Julián.

—No pude venir antes —se excusó Andrés—. Iré a ayudarlos.

Se puso de pie y tras tomar un trozo de queso de la alacena partió en su caballo.

Los hombres regresaron cuando el sol comenzaba a declinar, venían sucios de barro y cansados. Las mujeres de la casa estaban sentadas en la galería, escuchando los recuerdos de infancia de doña Leonides y doña Teresa, en su mayoría relacionados con la ausente Agostina, y se compadecieron del aspecto de los recién llegados. Únicamente Manuela permaneció inmovible ante la llegada de los hombres.

—¿Tan difícil fue? —preguntó doña Teresa a sus hijos.

—Y más también —replicó Diego mientras se quitaba las botas embarradas y las dejaba en un rincón.

—¡Diego! —reprochó la madre ante la falta de delicadeza—. ¡Que hay señoritas presentes!

—La única señorita aquí es Victoria, mamá —contestó él—. Y sabrá apreciar mi consideración al no querer llenar de barro los pisos de la casa.

La muchacha sonrió apenas, sin mirarlo directamente a los ojos, dado que su presencia le traía a la mente el beso que él le había impuesto en el galpón y que todavía podía sentir en los labios quemándole la piel.

—Mamá, por favor —terció Andrés haciendo lo mismo—. Que luego María Gracia nos regaña como si fuéramos niños.

Ambos hombres abandonaron la galería y las mujeres continuaron conversando. Victoria se había ruborizado ante la llegada de Diego, cosa que fue advertida por su tía.

Esa noche la cena estuvo más animada, Andrés era un gran conversador y pese a que nadie dudaba sobre la mala relación que mantenía con su esposa, él se mostraba jovial y divertido. Les contó de su estadía en casa de los vecinos, algunos chismes de la familia que lo había recibido, y todos, excepto Manuela, terminaron riendo.

Después de la comida los hermanos se encerraron en la biblioteca para conversar de asuntos relacionados con la economía de la estancia mientras bebían y fumaban como hacía tiempo no hacían.

—¿Qué pasa con Manuela? —preguntó Diego.

—Nada pasa, ese es el problema —replicó Andrés.

—¿Hay alguien más?

—Lo hubo —admitió su hermano con pesar.

—¿Por qué lo dices así?

—Manuela se enteró y la hizo echar de su casa. —Le relató sucintamente cómo se las había ingeniado su mujer para castigar a su amante.

—Tú te lo buscaste —opinó Diego.

Andrés lo taladró con su mirada.

—Roberta es el amor de mi vida, no vuelvas a decir eso.

—Perdona, no creí que fuera para tanto —se disculpó Diego advirtiéndole que su hermano estaba sufriendo—. ¿Y adónde fue la muchacha?

—No lo sé. Llevo tiempo buscándola y es como si la hubiera devorado la tierra.

—¿Se habrá ido a otra provincia? ¿Cómo sabes que realmente pudo escapar? —se atrevió a insinuar Diego.

Andrés no habría previsto esa posibilidad. ¿Y si Manuela le había mentado y había mandado matar a Roberta? Se puso de pie, desesperado, llevándose las manos a la cabeza.

—Es lo que ella dijo —contestó al fin.

Diego se solidarizó con él y se puso a su lado. Llevó una mano a su hombro y prometió:

—La encontraremos, ya verás.

Pasado el mal momento, Andrés inquirió:

—¿Y tú? ¿En qué andas?

—En lo de siempre —Diego evadía el tema que sabía su hermano abordaría.

—Me refiero a la sobrina de doña Leonides —sonrió Andrés—. Vi cómo la mirabas.

—Es muy bonita, sí —reconoció el otro.

—¿Qué pasó con ella? Sé que pasaron la noche juntos.

—Andrés, soy un caballero. —Aunque él mismo no se lo creía, no ensuciaría a Victoria—. No pasó nada, aunque me hubiera gustado, no puedo mentirte. —Diego volvió al escritorio y encendió otro cigarro—. Victoria es una señorita decente, Andrés, ¿qué podía hacer?

—Tienes razón.

Esa noche, cuando todos dormían, Diego no podía conciliar el sueño. Se puso la bata y salió al aire frío de la galería. Un ruido proveniente de la cocina lo alertó y caminó hacia allí. ¿Estaría María Gracia levantada? Era extraño, la mujer trabajaba duro durante el día y por la noche caía rendida en su cama.

Al ingresar vio a Victoria que estaba calentando agua. La joven dio un salto cuando sintió una presencia en la habitación y se volvió empuñando un cuchillo.

—¡Por Dios, Victoria! —susurró acercándose—. Voy a pensar que eres una asesina —bromeó recordando la vez anterior con el puñal.

“Estaría en lo cierto”, pensó ella.

—Me asustó —respondió dejando el arma sobre la mesa.

—¿No podías dormir? —preguntó mientras se apoyaba sobre la pared, a su lado.

—Vine a hacerme un té de cebolla, la tos me impide conciliar el sueño.

Diego la miró y la vio más hermosa que nunca. Llevaba la bata ajustada al cuerpo que adivinaba apenas cubierto por el camisón, los cabellos sueltos y alborotados y las mejillas arreboladas, seguramente a causa de su presencia. Ella se sintió observada y rogó que el agua se calentara rápido para huir a su habitación.

—¿A qué le tienes miedo, Victoria? —inquirió el hombre.

—Usted lo sabe —replicó ella sin mirarlo—. A las tormentas.

—¿Y por eso siempre tienes un cuchillo a mano? —bromeó Diego—. Vamos, Victoria, dime la verdad.

Como ella no contestó, él tomó su barbilla y la volvió hacia su rostro.

—¿No confías en mí? —La joven se estremeció por su cercanía, la ponía nerviosa ese hombre. “No confío en nadie que lleve pantalones”, pensó mientras volvía la cara con fuerza, deshaciéndose de su mano.

Diego desistió, advirtiendo su incomodidad. Se acercó a la mesa y se sentó. La miró maniobrar la cebolla, rascarse los ojos irritados por el olor fuerte que despedía y aguardó a que el té estuviera listo. Victoria se mantuvo todo el tiempo de espaldas, no quería ver sus ojos inquietantes e invitantes.

Cuando se disponía a salir, Diego le pidió:

—Quédate un rato. —Su mirada se había suavizado y parecía cansado—. No puedo dormir y me haría bien un rato de compañía.

Ella vaciló y finalmente se compadeció, al fin y al cabo el hombre la había auxiliado y al menos merecía un poco de atención. Se sentó frente a él mientras bebía el té de cebollas.

—Sé que no quieres hablar de ello, Victoria —comenzó él—. Pero me gustaría ayudarte en esa búsqueda tan misteriosa que llevas a cabo.

La jovencita bajó la mirada a sus manos que aferraban la taza con fuerza. No podía decirle a Alcorta que buscaba a su hermana, porque eso llevaría a más preguntas y terminaría descubriendo su oscuro pasado.

—Señor Alcorta —empezó, pero él no la dejó terminar.

—¿Por qué sigues llamándome señor? —logró desconcertarla con sus palabras.

—Porque es lo que corresponde —explicó ella con determinación—. Y usted debería llamarme señorita.

Diego sonrió ante la seriedad de su observación y estiró las piernas, llevando sus manos a la nuca. A ella no le pasó inadvertido el ancho pecho ni los musculosos brazos del hombre que tenía frente a sí y que desplegaba su mejor sonrisa.

—No te preocupes, delante de los demás lo haré. —Y susurrando añadió —: Pero en la intimidad me gusta más como suena Victoria en mis labios. — La hizo sonrojar y le gustó la reacción que confirmaba su ingenuidad.

Victoria bebió el resto del té de un sorbo y se puso de pie, dispuesta a partir. Diego la imitó y salieron juntos de la cocina. La acompañó en la penumbra del pasillo hasta la puerta de su habitación. La joven sentía un sudor helado corriendo por su espalda dado que presentía el deseo animal del hombre que la escoltaba, y lo peor era que a ella, en vez de generarle el asco esperable, un cosquilleo travieso le serpenteaba en el cuerpo.

Fue el mismo Diego quien le abrió la puerta, forzándose a sí mismo a ser un caballero y dominar su instinto, aunque en el tramo final se arrepintió y cuando Victoria estaba a punto de desaparecer la tomó por la cintura de un manotazo y la besó con intensidad, apretándola con su cuerpo contra el marco.

—Te deseo, Victoria —susurró sobre su boca mientras ella permanecía tiesa—. Bésame, por favor —pidió.

—No, váyase —gimió la muchacha, sofocada por sus besos y el calor intenso que los consumía—. Déjeme, esto no está bien.

Diego no hizo caso a su pedido y la apretó con más fuerza, y sin poder contener un impulso repentino llevó una mano a su pecho, acariciándolo con pasión. Victoria se enfadó ante tal actitud y lo abofeteó, enfurecida. El hombre advirtió que había pasado los límites y la soltó.

—¡Váyase! —ordenó ella, temerosa de que alguien de la casa hubiera escuchado algo y se levantara—. ¡Déjeme en paz!

—Lo siento —murmuró Diego—. Hasta mañana.

Dio la vuelta y caminó cargando sobre sus hombros la frustración de lo ocurrido y entre las piernas la excitación despertada por la muchacha.

## Capítulo 32

Cuando Marcos se enteró de la traición de Celeste al descubrirla en la cama con otro de sus amantes, el hombre enfureció de tal manera que la muchacha tuvo que echar mano a la pistola que su marido tenía guardada bajo el colchón para que el desquiciado abandonara la casa.

Marcos caminó a los tumbos por las calles, sin importarle las miradas de interrogación que le dirigían los demás transeúntes. Iba asqueado y mareado de la furia, no podía entender cómo Celeste le había jugado tan sucio, a él, que la amaba con locura. Comprendía que engañara a su esposo, un viejo decrepito y ajado, más no a él, un hombre joven y divertido, con quien disfrutaba plenamente en la cama, a juzgar por los gritos y gemidos que exhalaba.

Anduvo más de un mes echándose a perder en bares de mala muerte, frecuentó mujeres de la calle en quienes esperaba hallar el calor perdido en la amada que lo había traicionado, y por mucho que buscó no encontró en esos cuerpos fofos e inexpresivos el sosiego que su alma destrozada ansiaba.

Como un desquiciado, rondaba la casa de Celeste, queriendo verla, porque pasado el rencor inicial había caído en un pozo depresivo y aunque más no fuera quería observarla. La espiaba oculto en algún zaguán o trepaba a algún árbol de la calle de enfrente, sin importarle que alguien se asustara y llamara a la autoridad.

La muchacha ya se había olvidado de él y ahora se revolcaba con un hombre maduro pero atractivo, de mucho dinero y con aire extranjero, que la aguardaba a cuerdas de su casa en un lujoso carruaje.

Marcos los seguía a veces y terminaba llorando como un infante, abrazado a una prostituta que solo vaciaba su billetera sin alimentar su alma.

Cuando se cansó de los olores mezclados de las mujeres de la vida se refugió en las mesas de juego y su fortuna comenzó a menguar. Sus clientes del Jockey se alejaban de él y buscaban otros rematadores, porque su aspecto dejaba mucho que desear y no querían que se encargara de sus negocios.

Tuvo que tocar fondo para volver a levantar cabeza, y así lo hizo gracias a la ayuda de uno de sus clientes, Álvaro Fortín, quien se apiadó de él al conocer la historia que Marcos le relató una noche de borrachera, en la que terminó llorando en brazos del cantinero bajo la mirada atónita de los parroquianos del café.

Álvaro lo llevó a su propia casa, donde vivía con su madre anciana, lo obligó a asearse y le dio café hasta que Marcos estuvo sobrio. Conversaron durante horas, hasta que el anfitrión se ofreció a ayudarlo a recuperar su imagen y su clientela.

Al cabo de dos meses Marcos era el hombre de antaño, decidido, entrador y aceptado en los círculos sociales. Su desliz había quedado en el recuerdo gracias a la buena prensa que recibió de parte de Fortín, a quien Marcos se aferró como a una balsa de salvación hasta salir a flote.

Celeste fue una cicatriz en su corazón, pero se rehizo y hasta llegó a tenerle lástima. Cuando pudo volver a concentrarse en sus negocios recordó a aquella otra mujer a quien había jurado venganza.

Empezó el rastreo de Prudencia sirviéndose de los contactos generados gracias a su participación en los altos círculos porteños. Así llegó hasta la cárcel de San Telmo, pero el día que fue no le permitieron el ingreso. Había una inspección de autoridades y no se admitían visitas.

De modo que Marcos habría de esperar hasta la próxima semana, cuando la situación se normalizara. Mientras tanto siguió indagando en todos los sitios que le habían referenciado, pero en ninguno halló respuesta.

No tenía idea de cómo sería la muchacha aunque ya se había inventado una historia para obtener una entrevista.

Finalmente fue recibido por la madre superiora, quien lo trató distante y no se dejó conmovir por la elegancia y pulcritud del visitante.

—Vengo a ver a la señorita Prudencia Fierro Rodríguez —dijo con sus aires doctorales copiados de los caballeros del Jockey Club.

—¿Fierro Rodríguez? —reiteró la mujer, haciendo memoria—. Son tantas las internas que no sé a quién se refiere. La hermana Milagros, la encargada de la administración, falleció hace un mes y no logro ponerme al tanto de todas.

—Lo lamento —respondió Marcos—. De todas maneras, puedo esperar —insistió—. Necesito hablar con ella.

—Aguárdeme un momento. —La monja salió balanceando su cuerpo gordo y fofo y Marcos dio unas vueltas por la estancia, ansioso por ver cara a cara a quien le había arrebatado a su padre.



Al cabo de unos cuantos minutos apareció otra religiosa junto a la primera, que según la superiora podría informarle sobre la reclusa.

—Sor Renunciación, el señor busca a una interna, Prudencia Fierro Rodríguez. —La monja le dirigió una mirada inquisitiva de ojos bondadosos—. Los dejo un momento —informó la madre superiora.

Sor Renunciación tomó asiento, las manos juntas sobre las rodillas y con voz suave preguntó:

—¿Puedo preguntarle por qué busca a la señorita Fierro Rodríguez?

Marcos se sentó frente a ella y simulando una aflicción que no sentía dijo:

—Somos parientes lejanos y al enterarme de su desgracia decidí venir a ofrecerle mi ayuda.

—No sabía que Prudencia tuviera parientes —informó la religiosa—. Nunca nadie vino a verla.

—Lo sé, y es algo imperdonable. —Marcos no tenía demasiada idea del entorno familiar de la jovencita—. Estuve viviendo fuera del país algunos años —dijo sin precisar dónde— y a mi regreso me enteré de lo ocurrido —llevándose una mano a la frente simuló pesar—. Una verdadera tragedia.

—Sí —reconoció sor Renunciación.

—Nuestras madres son primas segundas, aunque hace tiempo que dejaron de tratarse, por rencillas familiares que no vienen al caso. —Marcos sabía que estaba arriesgando demasiado pero quería llegar a la joven—. No quería que mi prima, porque Prudencia sería algo así para mí, pasara necesidades aquí y pensé que tal vez, gracias a mis contactos, pudiera ayudarla a salir.

—Me alegra de que al fin haya alguien con buenas intenciones en torno a esa niña —sor Renunciación parecía complacida—. De modo que se alegrará al saber que Prudencia salió de prisión hace ya algún tiempo.

Marcos no estaba preparado para la noticia y su reacción fue tomada como de emoción cuando en realidad era de furia. Hizo uso de sus grandes habilidades para disfrazar sus sentimientos y se puso de pie, caminando nerviosamente, para evitar que la mujer buceara en su mirada.

—¡Qué alegría me da la novedad! —exclamó mientras se restregaba las manos—. ¿Y dónde está ahora? Me encantaría verla.

—Lamentablemente no puedo darle esa información, señor García Moro. —Se había anunciado como Marcos García Moro, para relacionar de alguna manera el apellido de Piedad al suyo—. No cuento con esa información. —Sor Renunciación no estaba autorizada a dar tal información, además, había algo en las maneras de ese hombre que le despertaba una alarma. En todo

caso, contactaría a Prudencia y le comentaría de la visita; si ella la autorizaba, develaría su paradero.

—Sin embargo, algún registro debe haber —pensó Marcos—. ¿Cómo fue que salió tan pronto? Tengo entendido que mató a un hombre.

—Desconozco los pormenores, señor García Moro. Soy solamente una sierva de Dios, y las cuestiones legales me son ajenas —replicó la monja.

—Necesito verla, hermana —imploró Marcos haciendo uso de todos sus artilugios que no funcionaban con esa mujer—. Somos familia.

—Lo siento, hijo —sor Renunciación se puso de pie—. Si usted quiere dejar sus datos, por si nos enteramos de algo.

Marcos anotó una dirección en una tarjeta que sacó de su bolsillo y se la entregó.

—Le ruego, hermana, que si sabe algo de mi prima, me lo haga saber —le dio la mano y cuando estaba por salir se volvió—: Supongo que algún abogado la habrá asistido —intentó.

—Sí, pero no sé quién era —mintió sor Renunciación, sospechando ante la insistencia del hombre—. Seguramente un abogado de pobres.

—Gracias de todas maneras. —Marcos salió de allí más enojado que cuando había llegado.

¿Cómo haría para encontrar a alguien que no conocía?

La crisis que vivía el país a fines de los años 90 había generado un conglomerado amorfo, donde coexistían obreros de idiomas y tradiciones diferentes, cuyas actividades se relacionaban con el campo o con las nuevas industrias urbanas.

Debido a la acción de intelectuales venidos del exterior, se formaron sociedades mutuales y asociaciones gremiales dando nacimiento al movimiento sindical argentino e iniciándose un período de huelgas y protestas masivas que provocaría la reacción del Estado.

Luego de dejar a Purita en casa de María Luz, Piedad consiguió trabajo en una fábrica de costura y se relacionó allí con otras mujeres que estaban en similar situación.

Algunas ni siquiera hablaban bien el castellano y mezclaban palabras de su dialecto italiano y seguían aferradas a sus costumbres y tradiciones.

Los hombres en su mayoría eran trabajadores no calificados y los que trabajaban a jornal cada día debían resolver el problema del empleo, mientras que los que tenían ocupaciones permanentes vivían amenazados con la posibilidad de perderlas.

La mayoría de dichos jornaleros tenían problemas de vivienda, dada la precariedad de estas.

Piedad había logrado alojarse en una pensión en el barrio de Pompeya y se sentía dichosa de haber salido del conventillo.

Muchos de los inmigrantes venían seducidos por las ideas anarquistas y socialistas de sus países de origen, a los que se sumaron los del movimiento sindical emergente.

Las huelgas como modo de protesta indicaron un cambio en el rumbo del movimiento social, preanunciando la magnitud de los fenómenos por venir.

Anarquistas y socialistas intentaron organizar la Federación Obrera Argentina, pero debido a las discrepancias entre ambos la idea murió antes de nacer.

Piedad, feliz luego de muchos años, ya que pese a que vivía al día era libre y no tenía que hacerse cargo de nadie, comenzó a sentirse mujer otra vez. Su relación con Pedro se había debido más que nada a la necesidad de apoyarse en un hombre, sentir que alguien se ocupaba de sus obligaciones económicas y llevaba los pantalones. Pero a su lado no había vivido el romance eternamente añorado desde su adolescencia, cuando se había enamorado del vecino del campo contiguo. De eso hacía ya muchos años, y pese a que era una mujer joven todavía, carecía de la ingenuidad del primer enamoramiento.

Ahora quería ser vista de verdad. Comenzó a destinar lo poco que le sobraba para vestirse mejor y se concentraba en imitar los gestos y aires de las mujeres de clase que observaba en los desfiles de los días jueves y domingos en Palermo.

Luego de tantos años al servicio de los demás, primero su marido y luego sus hijas, no tenía nadie que le reclamara cuidados ni atención y se dedicaría a vivir plenamente.

Piedad todavía tenía la carne firme y la piel lustrosa pese a sus cuarenta y tres años mal vividos a causa de la pobreza. No pasó demasiado tiempo hasta que un hombre puso sus ojos en ella.

Era un italiano que había llegado a fines de 1888 y ya estaba asentado. Había arribado a casa de parientes y con una pequeña fortuna ahorrada por sus padres, que habían quedado en la península europea. Junto a sus primos había abierto un restaurante que daba frutos para alimentar a tres familias. Marcello, a sus cuarenta y cinco, todavía era soltero.

Se conocieron en un baile de la sociedad barrial de Pompeya, al que él acudió para acompañar a su primo Beppo, que andaba tras una muchacha

criolla.

Piedad había llegado allí por mera curiosidad, hacía años que no tenía vida social, y permanecía sola en un rincón, observando con sus ojos de hielo todo cuanto acontecía a su entorno.

Marcello la divisó de inmediato y quedó prendado de su imagen de mujer inmovible y segura de sí misma. Ella advirtió el par de ojos negros que la atravesaban desde el otro extremo del salón y no le hizo caso. De momento quería ver qué hacían hombres y mujeres en sitios como ese, aunque íntimamente se sintió satisfecha cuando el moreno la invitó a bailar, pese a que lo rechazó.

El italiano no era de dejarse vencer y la estuvo rastreando hasta dar con ella a la salida de su trabajo en la fábrica, donde una Piedad sorprendida le propinó una bofetada cuando Marcello la invitó a tomar un aperitivo.

El hombre la asombró todavía más cuando la tomó de la muñeca y arrinconándola contra la pared la besó con pasión.

—Ni siquiera mi padre me pegó de niño —dijo cuando se separó de sus labios—. Y menos una mujer. —Luego la soltó y siguió su camino como si nada, dejando a Piedad desconcertada y temblando.

No volvieron a verse hasta pasados casi dos meses, cuando Marcello volvió al baile de la sociedad barrial, donde halló a Piedad, más relajada, bailando con un gallego. Esperó el turno y cuando la mujer estuvo libre, sin preguntar la tomó del brazo y la arrastró a la pista.

Piedad bailó con él toda la velada y se dejó acompañar hasta la puerta de la pensión, donde sin permiso Marcello volvió a besarla, y esa vez ella le correspondió.

Luego de un noviazgo formal él la presentó a sus parientes y Piedad se sintió, por primera vez en su vida, verdaderamente enamorada. Atrás quedaba su marido, sus hijas y su vida de pobreza. Marcello le ofrecía un futuro promisorio, seguro, y una estabilidad jamás proyectada.

Piedad le ocultó que tenía dos hijas, aunque tuvo que admitir que estaba casada cuando él le propuso matrimonio. Inventó que su marido la había abandonado para volver a España y que ella no sabía su paradero, lo cual en parte era cierto.

Marcello se conmovió y hasta intentó rastrear al desaparecido esposo, ya que tal vez había muerto y podrían casarse. Su familia no veía con buenos ojos que Piedad se instalara en su casa sin estar casados, pero el amor que él sentía por ella era tan grande que desoyó las críticas y enojos de sus parientes y la llevó a su vivienda.

Piedad ocultó sus garras, innecesarias con un hombre como Marcello, que sabía cómo dominar su carácter irascible. La familia terminó por admitirla aunque no tuviera el papel que la legitimara como esposa.

El restaurante funcionaba de maravillas y Piedad acompañaba a Marcello todas las noches, llegando a amar la comida italiana que tanto había criticado cuando vivía en el conventillo y los olores de sus vecinas la descomponían. Allí todo era diferente, el amor que sentía por su hombre hacía que Piedad viera y sintiera con ojos nuevos todo cuanto sucedía a su alrededor.

La casita donde vivían era modesta pero contaba con todas las comodidades, y Piedad no tenía demasiado que hacer en ella, dado que Marcello tenía una mucama que se encargaba de todo desde mucho tiempo antes de la llegada de la “esposa”. Ni siquiera cocinaban, ya que todos los días traían la vianda desde el restaurante. De modo que Piedad comenzó a buscar algo con que entretenerse, porque Marcello la había obligado a dejar su trabajo en la fábrica. Halló solaz en la jardinería y rápidamente el patio de la vivienda se vistió de colores y aromas.

Marcello advirtió que su mujer tenía demasiado tiempo libre y se preocupó porque los hijos no llegaban. Él ya era un hombre grande y ansiaba niños, aunque nunca lo habían hablado. Una noche, al volver del restaurante, propuso:

—Podríamos ir a ver al médico. —Estaban en la cama, prontos a dormir.

—¿Para qué? —inquirió Piedad, somnolienta.

—Para ver por qué no quedas embarazada. —La pregunta la tomó por sorpresa y se sentó de repente en el lecho—. ¿Qué ocurre?

—Nunca hablamos de tener hijos. —La antigua Piedad renació y sus ojos de hielo lo taladraron.

Marcello notó el súbito rencor que acudió a la mirada de su mujer, y fingió no advertirlo.

—Creí que tú querías. —Se sentó también y le acarició los hombros, intentando serenarla.

—Ya estoy vieja para eso —se excusó la mujer, advirtiendo su rudeza y tratando de suavizarse.

—¡Por Dios, Piedad! —se rio él—. Estás en la mejor edad, eres joven todavía.

Ella hizo acopio de todas sus fuerzas y lo miró de frente: el momento de la verdad había llegado.

—No quiero tener hijos, Marcello.

—Imagino que tienes miedo, pero todas las mujeres pasan por ello...

—No tengo miedo —interrumpió ella—. No dije eso, sino que no quiero tener hijos. —Había tal decisión en sus palabras que el hombre prefirió no volver a mencionar el tema.

—De acuerdo, hablaremos más adelante —la tumbó a su lado en la cama y la apretó contra su pecho—. Olvídate.

Esa sería la primera de las muchas discusiones que tendría la pareja en torno a la necesidad de Marcello de tener un hijo.

## Capítulo 33

A la mañana siguiente Victoria se sorprendió en el comedor al encontrarse con la señora Mercedes y su hija Remedios, quien la saludó con frialdad.

La muchacha hizo caso omiso a sus comentarios mordaces que indirectamente la atacaban, como cuando dijo que no era de damas pasar la noche a solas con un hombre.

—Hija, la señorita Victoria sufrió una experiencia excepcional al quedar en medio del diluvio —dijo doña Mercedes saliendo en su defensa.

—Gracias a Dios que esto quedará dentro de la familia —continuó Remedios—, de otro modo su reputación estaría por el suelo.

Victoria supo entonces que Remedios se encargaría de ensuciarla y, sospechando que entre ella y Diego Alcorta había algo más que una relación de parentesco, dijo a su vez para descontrolarla.

—En ese caso tendría que aceptar el ofrecimiento del señor Alcorta y casarme con él. —El resto de las damas la miró asombrada y doña Leonides abrió los ojos al decir:

—¿De veras te casarás con Diego?

—¡No, tía! —Victoria advirtió de inmediato la confusión que había causado con sus palabras—. No dije eso. Pero como si asegura la señorita Remedios, tan justificado episodio pusiera en duda mi reputación, silenciaré esas lenguas viperinas con un acertado matrimonio. —Al decir esto miró con firmeza a la mujer cuyas mejillas se tiñeron de rubor y no necesariamente de vergüenza.

Finalizado el insidioso desayuno, Victoria se alejó por la galería hasta salir al aire fresco de la mañana. Su tía la siguió y juntas caminaron por los alrededores.

—¿Qué fue todo eso, Victoria? —preguntó la mujer tomándola del brazo.

—Perdone tía, no quise incomodar a nadie —se disculpó la jovencita—. Pero necesitaba advertirle a la señorita Remedios que no debe jugar conmigo. —Leonides la miró sin entender—. No sé por qué motivos está celosa de mí y creo que todo se relaciona con el señor Alcorta.

—Sigo sin comprender.

—Tía, yo no soy quién para juzgar a nadie, sin embargo creo que ellos tienen una relación y la señorita supone que yo puedo importunarla.

—¿Diego y Remedios una relación? No lo creo —rio la mujer—. Diego es tan libre como esos pájaros que ves allá a lo lejos.

—No lo sé ni me interesa, tía —dijo Victoria con demasiado énfasis—. Solo quiero que esa mujer se mantenga en buenos términos conmigo.

—Si es como tú dices, de ahora en más andará con cuidado —y palmeando el brazo que la sostenía agregó—: Eres brava, Victoria —y volvió a reír.

El almuerzo transcurrió más tranquilo entre esas cinco mujeres tan dispares. Manuela tampoco congeniaba con Remedios de modo que no había amistad posible que surgiera entre las más jóvenes.

Diego y Andrés habían salido casi al alba y volverían al atardecer, ni siquiera estaban enterados de las nuevas visitantes.

Doña Teresa estaba contenta con la visita de su hermana y le hubiera gustado que también estuviera Agostina, aunque todos sabían de la dedicación de sor Renunciación, que pocas veces abandonaba su sitio.

—Recuerdo las tardes de verano aquí mismo, debajo de este ombú —dijo doña Teresa a las demás mientras tomaban el té—, cuando éramos apenas unas niñas, como tú, Victoria, y soñábamos con amores imposibles.

—¿Tía Agostina también? —preguntó Remedios, azorada.

—Agostina la que más —dijo doña Mercedes sorprendiéndolas a todas—. Era muy enamoradiza, cada temporada tenía una nueva ilusión.

—Por lo general eran peones de esta estancia, nuestra vida se reducía a las paredes de la casa y solo veíamos a profesores viejos y ajados —rio doña Teresa.

—¿Y cómo es que terminó dedicando su vida a Dios si tenía tantos sueños? —se animó a cuestionar Victoria.

—Es una larga historia —contestó doña Leonides—. Muy tierna y muy triste también.

—Cuéntela, por favor —pidió Manuela, que había permanecido callada.

—Hace casi veinte años que sucedió —empezó doña Teresa—. Buenos Aires se dividió entre ricos y pobres, los primeros al norte, con sus grandes casonas señoriales, y los segundos al sur. Comenzaron los problemas ambientales. Recuerdo que no se sabía cómo alisar las calles, por lo general se usaba una rueda pesada tirada por caballos que aplastaba todo desperdicio que



había en el suelo. Nosotras, ya jóvenes, nos asomábamos a los ventanales para ver semejante espectáculo.

—Se ve que no teníamos con qué entretenernos —acotó doña Mercedes—. ¿Recuerdas que el comisario Calzón mandó desparramar basura en las calles para luego alisarla?

—Una muy mala idea, ya que en épocas veraniegas el olor era insoportable —prosiguió doña Teresa—. El disparate ya había sido hecho y más allá de las buenas intenciones del comisario, esa forma de alisamiento provocó la llegada de distintas clases de mosquitos. Ellos fueron los protagonistas en aquellos tristes acontecimientos de la epidemia de fiebre amarilla en 1871.

—Sin olvidar el cólera y otras infecciones que se sucedían permanentemente y en forma regular —añadió su hermana.

El resto de las mujeres escuchaba con atención, preguntándose qué tendría que ver todo aquello con los amores de doña Agostina.

—En los barrios del sur, como San Telmo y La Boca, las condiciones empeoraban —siguió doña Teresa—. Las construcciones carecían de normas de seguridad y salubridad, y se reducían a mezclas de chapas y madera. Allí vivían los más excluidos: changarines del puerto, inmigrantes que huían de las miserias de ultramar y el sector de afroargentinos discriminados. A todo se sumó el deficiente estado sanitario, la llegada de los enfermos del frente de la Guerra de la Triple Infamia contra el Paraguay, el hacinamiento y la promiscuidad de los habitantes de esos tugurios, y la falta de previsión de la municipalidad que no estaba preparada para nada.

—¿En qué año sucedió todo eso? —inquirió Manuela.

—En 1871 —informó doña Leonides, que había permanecido callada y sumida en sus propios recuerdos—, cuando Buenos Aires era municipio regido por una comisión municipal; capital de la provincia donde residía el gobernador y sede del Gobierno nacional. Todo esto derivaba en la existencia de un alto número de funcionarios administrativos.

—Sí, eran todos administrativos y “gringos” —concordó doña Mercedes—. Superaban a los criollos; recuerdo cómo se quejaba el abuelo.

—No había obras de salubridad y las calles y los terrenos se rellenaban con basura —continuó doña Teresa—. Las aguas del Riachuelo estaban infectadas con los residuos de los saladeros y la población bebía el agua de los pozos de la primera napa, absolutamente contaminada. La vida en los conventillos era miserable. —Al oír estas palabras Victoria sintió un estremecimiento: bien sabía ella lo que significaba esa palabra—. En este

cuadro de situación en enero de 1871, los doctores Tamini, Larrosa y Montes de Oca fueron llamados al barrio de San Telmo para que diagnosticaran en tres casos de fiebre que se habían dado en uno de estos hacinamientos. El fallo fue unánime: fiebre amarilla. Tamini, que era miembro de la comisión municipal, lo informó en reunión secreta, con el objeto de retacear la información para que no cundiera el pánico. Pero como los casos continuaron en ligero aumento, la cuestión se convirtió en debate de prensa. Era una enfermedad exótica para Buenos Aires, motivo por el cual hasta los legos opinaban. La comisión municipal no quería suspender los festejos del carnaval que eran casi sagrados; y el pueblo, para olvidar, celebró entre corsos y comparsas. ¿Recuerdas, Mercedes? —dijo mirando a su hermana.

—¿Cómo olvidarlo? Los carnavales de aquella época eran únicos —suspiró la mujer con nostalgia.

—La fiebre continuó hasta que en marzo morían cuarenta personas por día. —Las muchachas se asombraron ante la cantidad—. El mal democráticamente abandonó el barrio de los conventillos para llegar hasta el Socorro, y recién allí se prohibieron las fiestas populares del entierro del carnaval. —Doña Teresa relataba todo con lujo de detalles y absoluta fidelidad—. Confirmada la realidad, los gobernantes huyeron y todos los que tenían medios abandonaron la ciudad hacia los pueblos de Flores, Belgrano, Adrogué y San Fernando. Nosotros nos vinimos para acá, excepto Agostina, que luego de una pelea feroz con papá, quedó en la ciudad.

—¿Y eso por qué? —preguntó Remedios, que desconocía la historia de la tía monja.

—Agostina siempre fue defensora de las causas perdidas —dijo doña Mercedes.

—Nuestra hermanita estaba enamorada de un médico y se quedó a su lado mientras barrios enteros se vaciaban. En abril apenas quedaba un tercio de la población. Sarmiento, que era presidente, huyó en un tren especial escoltado por setenta personas. Detrás fueron Alsina y todos los ministros nacionales. No quedó en Buenos Aires un solo funcionario público. De 160 médicos con que contaba la ciudad del puerto, solo 50 lucharon día y noche contra el flagelo. En plena acefalía el periodismo convocó a un *meeting*, alguien tenía que asumir la responsabilidad de combatir la epidemia. Apareció así la Comisión Popular de Salubridad que se multiplicó milagrosamente, coordinando los medios disponibles al servicio de esa especial batalla.

—¡Qué vergüenza que los miembros del gobierno abandonaran sus puestos en una epidemia semejante! —opinó Victoria sumamente conmovida.

—Muchos inocentes dejaron su vida en esa lucha, entre ellos el doctor Manuel Argerich, uno de los miembros más valiosos de la Comisión Popular de Salubridad.

—Aristóbulo del Valle también formaba parte, ¿recuerdas? —dijo doña Mercedes—. Era joven, rondaba los veinte.

—¿Y quién era el médico de quien tía Agostina estaba enamorada? —preguntó Remedios súbitamente interesada.

—Se llamaba Miguel Roque —informó doña Teresa—. Era un joven apasionado por la medicina, discípulo de Argerich. Agostina se enamoró inmediatamente de él y él de ella, y a escondidas iniciaron un romance, porque nuestro padre no lo hubiera permitido.

—¿Por qué no? —quiso saber Manuela.

—Porque Miguel era más pobre que las lauchas —sonrió Mercedes recordando al muchacho espigado y sereno a quien tantas veces habían ocultado de los ojos de su progenitor.

—No imaginaba a la tía Agostina sin ser monja —reflexionó Remedios, a lo cual su madre y su tía rieron.

—Agostina es religiosa porque le prometió amor eterno a Miguel.

—¿Y qué pasó con él? —inquirió Victoria, sospechando la respuesta.

—Pese a la rigurosidad de las medidas, la fiebre dio batalla. Se cerraron las oficinas nacionales, todas las instituciones: escuelas, bancos, Bolsa, aduana, tribunales e industrias. Se prohibió la realización de ceremonias religiosas, espectáculos y reuniones públicas; se devolvían los inmigrantes que llegaban. La mortandad fue en aumento, el 9 de abril se superaron las 500 víctimas. Sobre Buenos Aires se abatía una plaga comparable a las siete de Egipto. El puerto cerrado, la ciudad puesta en cuarentena por las provincias y países limítrofes. Fue la única oportunidad en que se llegó a recomendar el abandono total de la metrópoli. Se agregaron para eso vagones en ferrocarril, se construyeron viviendas provisorias en San Martín, Merlo, Moreno. Los enfermos eran tantos que los hospitales no daban abasto. De urgencia se construyó el Lazareto San Roque, se arrendaron el Hospital Italiano y otros. Sin embargo, la mayoría de los enfermos quedó sin asistencia. Los carros fúnebres también fueron insuficientes, que eran completados con los carros de basura, en los que se amontonaban los cadáveres para su traslado al cementerio. —La voz de doña Teresa se quebró al recordar tan funestos episodios.

—Se enterraba con tanto apuro para evitar el contagio que ocurrió el horror de enterrar gente que aún no había muerto —siguió doña Mercedes—.

Los cementerios de La Recoleta y Del Sur se colmaron, por lo que se compraron siete hectáreas de la Chacarita de los Colegiales para enterratorio, construyéndose un ramal de ferrocarril para el acarreo de los cuerpos, que, con esa característica macabra, fue único en el mundo.

—¡Qué horror! —dijo Manuela.

—A mediados de abril la epidemia pareció mermar, por lo cual se produjo el regreso masivo; pero los que esperanzados retornaban se encontraron con un súbito recrudecimiento del mal.

—A mediados de mayo comenzó a ceder. Y el 2 de junio fue el primer día en que no se produjo ningún fallecimiento. —Con pesar agregó—: Lo recuerdo porque fue el día siguiente a lo de Miguel.

—¿Qué pasó con Miguel? —insistió Remedios.

—Fue el último muerto de la fiebre amarilla —confirmó doña Teresa.

Se oyó un suspiro general y los ojos de las mujeres brillaron a causa de las lágrimas que pugnaban en salir. Todas pensaban en Agostina, aquella jovencita enamorada a quien la peste arrancaba el novio de su lado, condenándola a una vida de celibato y renunciación.

—La fiebre se llevó a casi catorce mil almas —dijo doña Teresa.

—¿Tantas? —Remedios no lo podía creer.

—Tantas —confirmó su madre—. No hubo distinción de razas ni religiones.

—Dijeron que la peor parte la llevó la comunidad italiana —informó doña Leonides.

—Luego vivimos un duelo general —continuó doña Teresa—. Los niños huérfanos fueron tantos que hubo necesidad de fundar un nuevo asilo. Quienes habían sido prósperos quedaron en la ruina; caídas las ventas a cero, nadie cumplía con las obligaciones de pago; se incrementaron los suicidios, el alcoholismo, la delincuencia, las enfermedades nerviosas. Las familias se habían disgregado pero todos tenían una herencia que reclamar; hubo una explosión de pleitos. Durante la epidemia, algunos valientes que no le temían a la fiebre se dedicaron a adulterar testamentos, otros lucraron revendiendo pasajes a los pueblos aledaños, hubo quienes aprovecharon el abandono y la muerte para el saqueo.

—Pero entre tanto pillaje estuvieron los médicos que arriesgaron y dejaron su vida, entre ellos Miguel Roque —recordó doña Mercedes.

—También Eduardo Wilde, ¿recuerdan? —acotó doña Leonides—. Era joven, no llegaba a los treinta, y recorría los conventillos de San Telmo prestando sus servicios a quien los necesitara. Cuenta la historia que una tarde

en su marcha por la calle México oyó un gemido que le costó identificar; ingresó a una casa deshabitada y a medida que avanzaba el lamento se oía más intensamente. En el fondo encontró a una persona desvanecida, abandonada por todos, salvo por su perro que pedía auxilio. Wilde logró salvar esa vida gracias al amor desinteresado del perro por su dueño y al suyo propio hacia su profesión.

—Ojalá hoy existieran hombres como esos, que tomaron la conducción cuando Buenos Aires iba a la deriva, abandonada por sus gobernantes que huyeron cobardemente —exclamó Victoria—. ¿Y qué pasó con doña Agustina?

—Tardó meses en reponerse de la depresión —recordó doña Teresa—. Nuestra hermana estaba casi en los huesos, no comía ni se levantaba de la cama.

—Su amor por Miguel la impulsaba a dejarse morir —dijo doña Mercedes—. Pobrecita, estaba tan triste. —La voz se le quebró y fue doña Teresa quien continuó:

—Nuestro padre se conmovió de su estado y la perdonó por sus amores ocultos. Hasta que un día se levantó y apareció en el comedor a desayunar: ya había tomado su decisión. No hubo manera de convencerla, y al día siguiente estaba en el convento —finalizó la mujer—. Hoy por hoy creo que su elección fue acertada, nunca más la vimos triste y vivió entregada al servicio de Dios.

—Y tiene una visión muy particular de las cosas para una religiosa —opinó doña Mercedes sonriendo—. No es tan rígida como otras.

Luego de esa revelación, Victoria se sintió desconsolada. Veía a sor Renunciación con otros ojos e imaginaba a la pobre muchacha enamorada, con su amante muriendo en sus brazos. Caminó por los alrededores alejándose hacia el refugio que había encontrado entre los perfumados rosales de María Gracia y se sentó a la sombra de un árbol que como un faro custodiaba las flores.

La angustia por la desgracia de sor Renunciación la llevó de la mano a su propia tristeza y evocó el rostro de su padre. ¿Dónde estaría? ¿Habría regresado a España? Tal vez no volviera a verlo y el rencor que antes la había invadido por su abandono cedió para dar rienda a su nostalgia.

A menudo el rostro delgado y sereno de su padre se le perdía en los resquicios de la memoria y la jovencita intentaba retenerlo, dado que era su único tesoro. Podía oír la voz de trueno de su madre, pero el tono suave y apacible del padre se había desvanecido también. Muchas veces se había

atormentado con las dudas que Piedad había sembrado en ella en torno a la masculinidad de Miguel.

Nunca olvidaría las palabras insidiosas de su madre tildándolo de maricón. Ella dormía junto a Purita, que era apenas un bebé de pecho, y su padre había llegado más tarde de lo habitual; procurando generar unas monedas más había aceptado el encargo de un caballero inglés que le había pagado extra por la confección de un traje, por lo cual luego de la sastrería había concurrido a su domicilio para tomar las medidas. Piedad, incrédula como siempre, le había recriminado el horario y lo había insultado diciéndole que no toleraría en su casa a un homosexual.

Miguel se había ido dando un portazo y no había regresado hasta la noche siguiente, hallando a su mujer fría e indiferente como de costumbre.

Prudencia había preguntado a su madre qué significaba la palabra homosexual, pero ella la había alejado con una amenaza de su mano en alto. De modo que la muchachita de entonces se había desasnado con Lucy.

—Significa que se acuesta con otros hombres —contestó la joven como si estuviera informando sobre el clima.

Prudencia nunca creyó que su padre fuera tan perverso, pese a que todavía no sabía a ciencia cierta qué ocurría entre un hombre y una mujer ni entre hombre y hombre. Luego, cuando la vida puso en su camino a Pedro Ruiz, tomó real conciencia de las infamias de su madre, aunque nunca pudo borrar del todo la enorme confusión en torno a su padre.

Todo le parecía tan lejano y sin embargo dolía de la misma manera. Las lágrimas nublaron su visión y el llanto la convulsionó de tal modo que no oyó los pasos que se acercaban y que eran amortiguados por la suavidad del pasto.

—¿Qué ocurre, Victoria? —Diego estaba acucillado a su lado.

Ella se sobresaltó y se secó las perlas de sus ojos de un manotazo, sin responder.

El hombre apoyó la espalda contra el tronco y sus cuerpos se rozaron.

—Cuando era pequeño tenía una casa en este árbol —relató Diego—. Me escondía aquí cuando no quería que me hallaran; este sitio siempre tuvo magia para mí. —Ella escuchaba atentamente, la vista aún brillante, las manos juntas sobre el regazo—. No existían estas rosas sino maleza, y desde lo alto podía divisar la inmensidad de la llanura, solo interrumpida por los mansos animales pastando a lo lejos. —Diego sacó un cigarro y lo encendió—. Mi madre me buscaba por horas y se enfadaba cuando yo aparecía sucio y roto luego de mis andanzas. Eran buenas épocas.

Victoria no lograba imaginar a Diego en su infancia y a medida que él avanzaba en sus recuerdos ella se fue tranquilizando y logró anidar su angustia en el fondo de su alma.

—¿Extrañas a tu familia? —preguntó él de pronto.

—Mi única familia es mi tía —contestó ella con firmeza—. De los que quedaron en España apenas tengo recuerdos.

—A veces los recuerdos nos traicionan y nos hacen flaquear. —Aunque Victoria no creyó que fuera el caso de Diego Alcorta, siempre tan seguro de sí, desapegado y libre como un pájaro, según las palabras de doña Leonides.

—A veces —reconoció, para que no siguiera preguntando. Hizo ademán de ponerse en pie pero él le sujetó el brazo.

—No te vayas, aún falta para la cena —pidió con voz ronca mientras le obsequiaba una mirada insinuante.

—Señor Alcorta —dijo poniendo distancia entre ellos—, no quiero dar lugar a más habladurías.

—¿A qué te refieres?

—Su prima estuvo haciendo insinuaciones desde temprano y no quisiera que el rumor comenzara a rodar y llegara a la ciudad. —Se puso de pie sacudiendo su falda que tenía algunas hojas pegadas—. No quiero casarme con usted, señor Alcorta. —Y sin más se fue sin darle tiempo a la respuesta.

Diego quedó sonriendo mientras la tarde llegaba a su fin. Sabía que la guerra había comenzado y tendría que tener las riendas cortas a Remedios mientras durara su estancia allí.

Andrés salió temprano al día siguiente y no esperó a su hermano. Sabía que Diego había tenido una noche entretenida, dado que había visto a su prima Remedios escabullirse en su habitación cuando todos dormían, mientras él permanecía tomando fresco caminando bajo las estrellas.

No le importaba la relación que Diego pudiera tener con Remedios, pero no quería que su madre se enterara y sufriera una decepción. Ni se enorgullecía de la virilidad de su hermano, que tenía fama de mujeriego, ni lo juzgaba. Pero le molestaba que no respetara la casa. Él no era digno ejemplo de nadie, suspirando aún por la pérdida de Roberta, pero al menos había respetado el hogar.

Luego de su recorrida por el campo montado en su alazán, Andrés volvió a los galpones a buscar ciertas herramientas para destrabar las aspas del molino, que habían quedado atoradas.

Vio venir a Panchito y de inmediato supo que el jovencito esperaba de él un cigarrillo, como todas las mañanas. Lo había malacostumbrado,

consintiéndolo siempre, pero no se arrepentía. El muchacho demostraba voluntad para el trabajo y fidelidad como un perro.

—Güenas, patrón —dijo Panchito, agitado por la carrera.

—Toma —contestó Andrés como respuesta mientras le obsequiaba un cigarro.

—Gracias —suspiró el muchacho—. ¿Lo ayudo con el molino? —A Andrés lo complació la disposición del jovencito para todo tipo de tareas.

—Vamos —y extendiéndole una herramienta agregó—: Lleva esto.

Caminaron juntos hacia la lomada en que estaba el molino y apreciaron la mañana límpida que anunciaba un día templado de primavera.

—¿Qué te pasa que andas inquieto? —preguntó Andrés, advirtiéndole que Panchito quería hablar.

—Es que tengo que contarle algo, patrón —respondió mientras apretaba la tenaza con la firmeza de sus manos—. Pero no quiero que se enoje.

—¿Qué pasó ahora? —Andrés se quitó el sombrero y secó el sudor de su frente a causa del esfuerzo con el trajín del arreglo.

—Cuando usted no estuvo me escapé por una noche —comenzó el joven—. Es que ando noviendo, con una chinita de una estancia de por ahí.

—¿Valió la pena? —sonrió Andrés, divertido ante los gestos del muchacho, seguramente entusiasmado por sus primeros descubrimientos amorosos.

—¡Y cómo! —se ufanó Panchito.

—La próxima vez que quieras andar de juerga me avisas —dijo el hombre—. No me gusta que me tomen el tiempo, pero por esta vez pasa, porque tú mismo me lo contaste.

—Gracias, patrón —contestó el joven—. Pero hay algo más.

La gravedad en la voz del muchacho alertaron a Andrés. ¿Qué habría hecho el chico? Le dirigió una mirada amenazante que empequeñeció al empleado.

—Vamos, habla.

—Tal vez no sea tan malo lo que tengo que contarle —empezó.

—Suéltalo —ordenó Andrés.

—Llegué a la estancia de noche y mi chinita me escondió en un galpón donde... bueno, usted ya sabe. —Los ojillos pequeños del muchacho brillaron ante el recuerdo de la lujuria y de su perdida virginidad—. A la mañana salí temprano, mi chica ya no estaba, había tenido que volver a su barraca, y en el camino de vuelta me topé con una mujer.



—¿Y? —inquirió Andrés, fastidiado ante la perorata sin saber adónde quería llegar con la confesión.

—Ella cargaba un montón de ropa y nos cruzamos frente a frente —siguió el muchacho—. Al principio no me di cuenta, pero luego... era esa mujer, patrón, la del ranchito quemado.

Al oír sus palabras Andrés sintió un golpe en el pecho que le arrancó el aliento. ¿Estaría hablando de Roberta?

—¿Qué dices?

—Que era la mujer del rancho, patrón.

—¿Estás seguro? —increpó Andrés tratando de recuperarse de la emoción.

—Sí, era ella. —Panchito tomó otro cigarro que Andrés le extendió mientras encendía ambos—. Además, ella también me reconoció y se me puso a llorar.

—¿Por qué?

—Me pidió que no le dijera nada a usted.

Andrés se pasó las manos por el pelo y dio vueltas sin sentido. No entendía el proceder de Roberta.

—Dime dónde queda esa estancia —ordenó el patrón.

El jovencito le dio las señas y se ofreció a guiarlo si era necesario.

—No está tan lejos, patrón.

—Iremos esta misma tarde —informó Andrés planificando ya la partida.

—Hay algo más, señor. —La voz de Panchito sonó grave.

Andrés lo interrogó con los ojos y escuchó atónito la revelación.

—Está embarazada.

## Capítulo 34

Pellegrini gobernaba como podía. Tras haber trabajado como periodista en sus épocas de estudiante, había finalizado la carrera de Derecho y había hecho sus primeros pasos en la administración, con el cargo de subsecretario del ministerio de Hacienda.

Su facilidad para los idiomas había dejado huellas en su forma de hablar, tanto que sus compañeros del Colegio Nacional lo apodaron “el gringo”.

Luego de la fiebre amarilla había pasado por el Congreso como diputado nacional, destacándose siempre por su impecable oratoria y claridad de conceptos. Hasta José Manuel Estrada reconocía los méritos de su opositor y en una ocasión en plena sesión dijo a un colega: “Si usted no me entiende, le pediré al diputado Pellegrini que se lo aclare como él solo sabe hacerlo”.

Partidario de la libertad de enseñanza y protector de la industria nacional, fue uno de los promotores del Club Industrial.

Durante la presidencia de Avellaneda había ocupado el estratégico ministerio de Guerra para asumir su banca de senador en las elecciones de 1880. Desde allí había retomado el proyecto de su padre de construir el puerto de Buenos Aires que había proyectado el ingeniero Eduardo Madero, el que finalmente logró aprobar por el Congreso.

Fundador del Jockey Club, pensaba que debía ser un centro cultural y social que contribuyera a refinar los modales y gustos de la clase dirigente.

Como vicepresidente de Juárez Celman, su perfil había sido bajo y había viajado a Europa y a los Estados Unidos. Finalmente, luego de la frustrada revolución, llegó a la presidencia recibiendo el país en grave crisis económica.

En una carta escrita por Pellegrini a su hermano le decía: “Me dirán ¿qué hay que hacer entonces? Pero, lo que hace el agricultor que pierde su cosecha: aguantar; se aprieta la barriga y economiza todo lo que puede, mientras vuelve a sembrar. Proteger la industria por todos los medios; ¡y dejarse de Bolsa y tesoros y bimetalismo y música celestial!”.

Reunido el capital, dado que como condición para asumir había pedido a un grupo de banqueros, estancieros y comerciantes la suscripción de un empréstito de 15 millones de pesos para hacer frente a los vencimientos externos, inauguró su gestión aplicando medidas de austeridad, nacionalizando las obras sanitarias privatizadas por su antecesor, creando la Caja de Conversión para dar confianza a los inversores y el Banco de la Nación Argentina.

A lo largo de su gobierno sabría demostrar sus condiciones políticas y permitiría la realización de elecciones libres en la capital, que posibilitaría la elección de senadores como Aristóbulo del Valle y Leandro Alem.

En uno de sus últimos discursos diría: “Nuestra historia política de los últimos quince años es la historia política sudamericana: círculos que dominan y círculos que se rebelan; opresiones y revoluciones, abusos y anarquía. Pasan los años, cambian los actores, pero el drama o la tragedia es siempre la misma; nada se corrige y nada se olvida, y las bonanzas halagadoras, como las conmociones destructoras, se suceden a intervalos regulares cual si obedecieran a leyes naturales. Los unos proclaman que mientras haya gobiernos personales y opresores, ha de haber revoluciones; y los otros contestan que mientras haya revoluciones, han de existir gobiernos de fuerza y de represión. Todos están en la verdad, o, más bien, todos están en el error”.

Mientras, Alem se debatía internamente y justificaba su actuación. Consideraba que la revolución había sido inevitable, dado que los derechos y libertades del pueblo habían sido aniquilados. Además, había contado con el apoyo de los hombres más puros y pensadores, del Ejército y de la Armada. Reconocía que la revolución debió estallar en todo el país, sin embargo, en su fuero más íntimo, había creído que de haber triunfado, se habría extendido al resto de la República.

En uno de sus discursos pronunciados en agosto de 1890 dijo: “Sí, señores; lo único que nubla mi espíritu es el recuerdo de los que han caído víctimas de tan sagrado deber y para los que pido la gratitud argentina, aunque comprendiendo que algún sacrificio era indispensable para reparar tan deplorable situación...”.

Alem era un idealista, un soñador romántico y utópico. Su propia pasión irrealizada lo sumiría en una depresión y lo llevaría años más tarde al suicidio.

Cuando sus seguidores lo oían declamar, se estremecían y se les erizaba la piel a causa del énfasis que ponía a sus palabras y a sus gestos. Diego podría

pasar horas escuchándolo sin aburrirse, y salía de dichas tertulias con el pecho inflamado de esa pasión contagiosa que Leandro emanaba.

Alem hablaba de pueblos oprimidos, avasallados, animalados.

—¡Desgraciados los pueblos que no tienen ideales! —había dicho en una de las reuniones posteriores a la derrota de la revolución—. Por no tener ideales cayó la antigua Roma con toda su corte de bajezas y de inmoralidades. Por no tener ideales cayó el Perú en la postración más abyecta. Por no tener ideales Francia fue esclava de reyes y pasto de los palaciegos. Y así, hermanos míos, por no tener ideales, la Argentina sufrió la ignominiosa presidencia de Juárez.

Alem creía que cuando un hombre estaba en el poder necesitaba el consejo y el cariño de sus gobernados, que tenían que ser sus amigos y no sus vasallos.

—Si el poderoso olvida que se debe al pueblo y no respeta sus derechos ni constituciones, el pueblo tiene la obligación de recordarle los deberes de la altura e imponerle su soberanía, si no por la razón, por la fuerza. —Así de vehemente era en sus alocuciones.

Del Valle también poseía una espléndida capacidad oratoria y se destacó en todos los ámbitos en que le tocó actuar, dejando su impronta en una etapa convulsionada.

Pese a la marca que llevaría de por vida por ser hijo natural, supo abrirse camino y logró llegar hasta el Congreso.

Se habían conocido con Leandro en épocas de estudiantes, en el Colegio de la América del Sur, iniciando desde ese momento una entrañable amistad que duraría toda la vida. Juntos habían pasado noches de desvelo estudiando las letras de los códigos hasta graduarse en la Facultad de Derecho. Los mismos ideales los hermanaban y supieron respetar el lugar del otro. Con solo 25 años Aristóbulo era diputado constituyente de la provincia de Buenos Aires, donde tuvo una destacada actuación.

Ambos amigos, jóvenes impulsados por sus sueños imposibles, habían llegado a la diputación nacional en 1874, renunciando luego Aristóbulo para asumir como ministro de Gobierno Provincial.

Tuvieron opiniones dispares en 1880, cuando se debatía sobre la capitalización de la ciudad de Buenos Aires, triunfando la postura de Del Valle, aunque la historia daría la razón a Alem, quien se oponía. Pese a todo, ambos hombres se profesaban un cariño sincero y eran incondicionales. Por eso fue doloroso cuando, fracasada la revolución, Del Valle impulsó una

postura moderada de negociación con Pellegrini, posición que lo distanciaba de Leandro.

Seguían viéndose, lo cual era inevitable dado que frecuentaban los mismos círculos y personajes, pero aún dolían las heridas apenas abiertas, aunque todos avizoraban que no pasaría demasiado tiempo hasta que los dos entrañables amigos volvieran a ser carne y uña.

Algunos de los perseguidos habían escapado a otras provincias donde se perdían entre los locales; muchos huyeron a las sierras cordobesas y los que se animaron fueron para el Sur.

Diego permanecía todavía en la estancia familiar, aunque no perdía contacto con Demaría y el resto de sus compañeros. Mariano todavía no había acallado sus ansias y seguía seducido por la idea de un levantamiento, pese a que Alem creía que lo había disuadido.

## Capítulo 35

La estadía en el campo se estaba convirtiendo en un martirio para Victoria; los ánimos funestos que dirigían la casa habían logrado sacarla del molde de señorita educada, y la jovencita se había dejado dominar por el enojo echando por la borda la tarea educativa de doña Leonides.

Remedios se empeñaba en hostigarla y todo el tiempo estaba haciendo preguntas e insinuaciones en torno a su procedencia, dado que la mujer sospechaba que había algo oscuro detrás de aquella muchachita hermosa.

Todos los miembros de la casa estaban enojados: Remedios dirigía miradas fulminantes a Diego, quien las recibía con indiferencia, lo cual acentuaba el malestar de la mujer; Manuela y Andrés se sacaban chispas con solo entrar en la misma habitación; doña Teresa reprendía a su hijo por el maltrato que disipaba a su esposa en público; doña Mercedes hacía otro tanto respecto de las palabras mordaces de Remedios a Victoria; solo doña Leonides parecía apenada y no mostraba signos de malhumor.

Victoria comprendía el enojo de Remedios; sin quererlo había oído una discusión que la pareja había mantenido en la biblioteca y que la dejó trastornada.

—En un rato iré a tu cuarto, querido —dijo Remedios con voz melosa, causando malestar en Victoria, que pasaba frente a la puerta entornada del recinto. Ante el murmullo de voces se sintió atraída, y a sabiendas que no debía, su curiosidad la pegó al marco. Todos dormían ya y ella había ido a la cocina por un vaso de agua.

—No, aquí no —oyó decir a Diego.

—¿Por qué no? —El timbre de Remedios había variado y Victoria podía adivinar sus ojos chispeantes—. Nunca tuviste reparos en tomarme aquí. —Dicha revelación lastimó a Victoria sin comprender el porqué. Hizo ademán de irse, aquello no debía escucharlo, pero sus pies quedaron atornillados al suelo y sus oídos aguzaron su instinto.

—Ahora es diferente —contestó él—. Vete a dormir, Remedios, no quiero escándalos. —La firmeza de su voz le reveló a Victoria un hombre nuevo,

diferente al distraído e irresponsable que todos describían.

—¿Y por qué es diferente? ¿Es que acaso ya no te excito? —Victoria retuvo la respiración, estremecida por aquella pregunta, deseosa de oír la respuesta.

—Remedios. —Diego parecía contener una emoción muy parecida al arrebató—. Lo nuestro no puede continuar.

—¿Qué estás diciendo, Diego? —La mujer parecía al borde del grito.

—Lo que oíste. —Oyó pasos que se acercaban y dedujo que Diego se habría aproximado a Remedios—. Eres una mujer hermosa y joven y puedes encontrar a alguien que te ame. —Escuchó un gemido—. Tú sabes que lo nuestro solo fue sexual, siempre estuvo claro, ¿no es así? —A Victoria no le gustó saber que Diego se acostaba con su prima solo para acallar un deseo carnal.

—Es por ella —dijo Remedios—. ¿Verdad? —Había tal desprecio en su voz que Victoria se estremeció.

—¿Qué dices?

—Tú sabes, no te hagas el tonto conmigo —respondió la mujer, alejándose con los ojos húmedos de rencor—. Es por esa estúpida de Victoria.

—No faltes el respeto a Victoria. —Diego se había enojado—. Nunca, ¿entiendes? Ella es una dama y no merece tus desplantes.

—¿Ya la llevaste a la cama? —preguntó Remedios con mordacidad.

—Te dije que Victoria es una dama.

—¡Claro! ¡Yo no lo soy! ¿Verdad? —Remedios hablaba en voz demasiado alta—. Yo soy tu puta de turno.

—¡No digas eso! —Diego parecía más calmo—. Y baja la voz que pueden oírnos.

—¡No me importa que lo sepan! ¿Sabes? Además, creo que todo el mundo está enterado de que soy tu amante, hasta la misma idiota de Victoria debe haberse dado cuenta. —Remedios hablaba sin reparar en el tono de sus palabras ni en el descontrol que la dejaba mal parada.

—¡No la insultes! —bramó Diego—. Ella no tiene nada que ver con esto —replicó él—. Tú sabes que soy un hombre libre y que jamás mujer alguna me pondrá el lazo. De modo que acepta que lo nuestro terminó porque así debía ser y deja ya de hostigar a Victoria.

—¡Te odio Diego Alcorta, y te maldigo! —Remedios avanzó apresurada en dirección a la salida y Victoria tuvo que esconderse en una puerta entreabierta de las tantas habitaciones que había en la casa.

Recordaba dicha conversación, escuchada la noche anterior, mientras avanzaba en dirección al jardín de las rosas, con la intención de animarse un poco ante su colorido y perfume. El aire viciado de rencores de la estancia la ponía de pésimo humor.

Llegó a su sitio favorito y caminó entre los rosales buscando algún pimpollo para llevar al comedor. El trinar de los pájaros a lo lejos le hizo recordar una charla con su padre, al poco tiempo de llegar a Buenos Aires.

—Escucha esos pájaros, hija —había dicho Miguel—. Aquí nunca pasaremos hambre.

Su madre venía más atrás, con la beba entre los brazos, quejándose del calor que sofocaba ese domingo de verano.

—¿Qué tienen que ver los pájaros con el hambre, padre? —había preguntado Prudencia, la inocencia bailándole en los ojos.

—Porque si las aves cantan y revolotean encima de nuestras cabezas, es que no necesitan matarlas para comerlas —reflexionó Miguel, recordando la hambruna que habían dejado atrás.

En esa oportunidad Prudencia no había entendido acabadamente lo que su padre le había dicho, aunque no pasó demasiado tiempo para que sus dudas se disiparan. Una mañana, en la fila del conventillo para buscar agua, escuchó una conversación entre doña Rita, una italiana robusta y de mal carácter, y su madre. La siciliana le refería a Piedad sus propias miserias en Italia, donde comer polenta revuelta con algún desprevenido pajarito era un manjar para las tantas bocas que tenían que alimentar.

Victoria halló solaz en el jardín que María Gracia cuidaba con premura, aunque estaba triste a causa de sus recuerdos. La vista se le nubló de perlas y cuando intentaba cortar un exquisito botón de rosa se pinchó la yema del dedo índice, dando un respingo involuntario ante el ardor. La sangre comenzó a manar a borbotones y comenzó a caer sobre su mano. La jovencita miró a su alrededor y no halló nada con qué limpiarse, a la vez que divisaba a Diego que se incorporaba y caminaba hacia ella. ¿Qué hacía él allí, escondido entre la hierba alemana? ¿Estaría espiándola?

La muchacha se estremeció con su proximidad y quedó paralizada, mientras él avanzaba con su andar indomable y dominante. El hombre se paró a su lado y sin decir palabra le tomó la mano ensangrentada. En un instante, su dedo sangrante fue introducido en la boca masculina y el calor que ella despedía contagió a Victoria. Diego succionó con sus labios la pequeña herida, chupó su sangre como si de ella se alimentara. Victoria permanecía inmóvil por fuera y temblando por dentro a causa de las sensaciones que esa



boca despertaba en todo su ser: un cosquilleo intenso y serpenteante que subía por sus muslos y bajaba por sus brazos para concentrarse en su vientre, descendiendo vertiginosamente hacia su entrepierna. “¡Por Dios! ¿Qué me sucede?”, pensó la muchacha sin poder reaccionar. La herida había dejado de sangrar gracias a la succión masculina, y Diego se encargaba de pasarle la lengua de un modo sumamente seductor y atrevido por el resto de su mano, desnudándola del rastro de la sangre.

Ella no atinó a hacer ni decir nada, estaba hechizada por esos labios impetuosos, por esa lengua tibia y esa mirada prometedora que le hacía perder la conciencia. Tan abrumada estaba que no advirtió que él estaba excitado ni alcanzó a ver el bulto que crecía en su entrepierna. De ser así, hubiera corrido con el resto de sus fuerzas para alejarse de allí cuanto antes.

Cuando Diego dejó su mano totalmente limpia y trémula, la soltó y dio media vuelta para partir, aunque antes le dijo:

—Imagina lo que mi lengua podría hacer en el resto de tu cuerpo. —Ella enrojeció de golpe y se sintió estúpida cuando Diego lanzó una carcajada. El hombre se alejó a paso tranquilo, aunque al ver su rostro furioso agregó—: Fue solo una broma. —Se fue dejándola perpleja.

A Diego parecía no importarle nada, ni que Remedios le lanzara espadas por los ojos, ni que Manuela y Andrés anduvieran todo el día discutiendo, ni que su madre hiciera maravillas para simular que todo funcionaba bien. Él vivía a su modo, libre como el viento. A Victoria le molestaba esa posición, hubiera preferido que el hombre tomara partido y se preocupara por los problemas de la familia. Su actitud no se condecía con su actuar responsable en la malograda revolución, cuyas noticias e intimidaciones le habían llegado a través de Mariano Demaría, asiduo concurrente a casa de su tía. ¿Era este el mismo hombre que había luchado junto a los soldados? ¿Era Diego Alcorta el revolucionario que asistía, aun a riesgo de su vida, a los refugiados en el burdel de Lucy? A la jovencita la desconcertaba la dualidad de Diego, quien así como por momentos parecía indiferente a ella, luego la acosaba como un bribón, y se burlaba de ella haciéndola sonrojar. Por otra parte, sabía que él la defendería de los demás, como lo había hecho en la casa de citas, o en la funesta noche de tormenta, o incluso frente a los ataques infundados de Remedios. ¿Infundados? Tal vez la mujer tenía razón en tenerle inquina. ¿Y si fuera a causa de ella que Diego la había dejado? “¿Por qué me hago tantas preguntas? ¿Qué importancia tiene lo que pase por la cabeza de ese hombre? Es hombre y eso deben ser suficientes para que me aleje de él. Nunca confiaré en un hombre. Y menos en un mujeriego que solo vive para la aventura”, se

dijo mientras volvía a la casa, furiosa consigo misma a causa del tenor de sus devaneos.

En la galería se cruzó con Andrés, que volvía de un día de trabajo en el campo. El hombre, a diferencia de su hermano, se tomaba todo con mucha seriedad y a Victoria le asombraba que él mismo se fuera campo adentro a laborar junto a los peones.

—Buenas tardes, señor Alcorta —dijo Victoria.

—Buenas tardes, señorita Victoria —contestó él sacándose el sombrero y separando sus cabellos de la frente—. ¿Puedo llamarla Victoria a secas? —sonrió—. Me gustaría que usted me llamara Andrés.

—De acuerdo —sonrió la joven.

Andrés le caía bien. Era un hombre fuerte y casi tan atractivo como su hermano, solo que su ceño por lo general estaba fruncido y un hálito de tristeza lo circundaba. Se notaba que las responsabilidades lo agobiaban y que sufría por algo que lo mantenía desvelado. Ella había oído los rumores de que tenía una amante, a quien había perdido. Había escuchado en las cocinas comentar entre la servidumbre que Manuela se había encargado de alejar a su manceba, y todo tipo de historias se habían tejido en torno a dicha relación.

—Andrés, quería pedirle permiso para usar unos de sus caballos, —dijo Victoria mientras caminaban por el corredor.

—Me contaron que le gusta montar —comentó él y ella asintió—. Cuando lo desee pídale a Panchito que le ensille uno, él sabrá cuál elegir.

—Gracias, me hará muy feliz salir a cabalgar.

—¿Montaba usted en España? —se interesó Andrés, deteniéndose en la puerta de su cuarto.

—Sí, desde muy pequeña —recordó ella, nostálgica—. Con mis primos nos peleábamos por el caballo, dado que había uno solo. Papá ponía turnos y tiempos para cada uno.

—Será entonces una alegría para mí que usted disfrute de esa manera su estadía en la casa. —Y antes de entrar a la habitación añadió—: Pídale a Panchito que la acompañe, si es necesario.

—No hará falta, Andrés —replicó Victoria.

Esa noche durante la cena Andrés se mostró más locuaz que de costumbre y contó anécdotas de cuando él y su hermano eran pequeños, que hicieron reír a doña Leonides, bostezar a Manuela e intrigar a Victoria.

Luego de la comida los hermanos se encerraron en el despacho a beber un jerez y las mujeres se retiraron a descansar. Remedios se aseguró de no ser vista y se deslizó al cuarto de Diego. Se desnudó deprisa y se metió en su

cama. Cuando el hombre entró no se preocupó de encender la lámpara y luego de arrojar la ropa sobre la silla del rincón, abrió las sábanas. Al toparse con las piernas suaves y tibias de la mujer dio un salto y supo al instante de quién se trataba.

—¿Qué haces aquí? —se levantó de un salto—. Te dije que no volveríamos a estar juntos, Remedios.

La mujer sufrió una nueva decepción y su rostro se transfiguró en una máscara de odio.

—No puedes rechazarme y humillarme de esta manera —bramó.

—Tú sola lo haces —contestó él mientras se ponía la ropa, con gesto de hartazgo—. Te dije que habíamos terminado. —Volvió sobre sus pasos y se sentó al borde del lecho donde Remedios, desnuda y a medio tapar con la sábana, lo escrutaba con rencor mientras su mente trazaba un plan de venganza—. ¿No lo entiendes? —La voz de Diego sonaba resignada—. ¿Qué tengo que hacer para que comprendas y dejes de lastimarte?

Ante sus palabras Remedios aflojó su resentimiento y se puso a llorar como una niña, intentando de esa manera arrastrarlo hasta sus brazos otra vez. Diego no se dejó conmover y aguantó estoicamente el llanto, hasta que las lágrimas se acabaron y las chispas de sus ojos se encendieron con nuevo brillo.

Sin palabras, la mujer se levantó y caminó con porte de reina hacia la silla donde había colgado su vestido. Se vistió en silencio, tomó su mantilla y sus chapines y salió del cuarto sin siquiera mirarlo.

Diego aguardó unos instantes y salió a la galería a fumar.

Aún no había amanecido y Victoria ya se encontraba en la cocina desayunando. Pese a la insistencia de María Gracia de hacerlo en el comedor, ella prefirió compartir esa primera comida junto a la servidumbre, donde se sentía como entre pares.

—La señora puede reprenderme por esto —dijo la mujer.

—La señora no tiene por qué enterarse —declaró Victoria mientras comía el pan recién horneado.

—Se enterará, el señor también desayuna acá —comentó María Gracia—. Pero él es el patrón.

—¿Diego Alcorta desayuna aquí? —preguntó Victoria.

—Me refería a Andrés, aunque Diego a veces también lo hace.

La muchacha se apresuró con su tazón, no quería cruzárselo y que empañara su alegría.

—¿Puedo preguntarle por qué amaneció tan temprano? —inquirió María Gracia.

—Iré a cabalgar —develó ella—. Y esta es la mejor hora del día.

—Perdone que se lo diga, pero las mujeres se escandalizaron al saber que usted montaba a lo varón.

—A menudo los seres humanos nos escandalizamos de nimiedades y no prestamos atención a verdaderas atrocidades.

—Tiene usted razón, señorita Victoria.

La joven se puso de pie y alisó su traje de montar, que había traído con la esperanza de usar.

En el establo halló a Panchito quien le ensilló un alazán.

—Me dijo el patrón que usted vendría —declaró el mocito—. Es mansito, pero téngale las riendas cortas porque le gusta correr —avisó mientras ajustaba la cincha.

—Gracias.

—¿Quiere que la acompañe? —ofreció el muchacho—. El patrón dijo que... —se interrumpió al verla montar de un salto, con una destreza pocas veces vista en una mujer.

—No hace falta. Gracias. —Victoria se alejó a paso tranquilo en dirección a la tranquera del fondo.

Panchito la vio abrirla sin dificultad, agachándose ligeramente para sacar el pasador y volviéndolo a poner una vez transpuesta. Luego volvió a sus faenas.

La muchacha esperó distanciarse de la visión de la casa para emprender el galope. El cielo comenzaba a vestirse de celeste lentamente, negándose a abandonar el tono anaranjado del amanecer. El sol se asomaba tímidamente a lo lejos y los pájaros salían de sus nidos y pintaban el firmamento. La suave brisa daba en pleno rostro a la jovencita que avanzaba velozmente, ganando terreno entre la llanura. Le gustaba sentir esa sensación de libertad en el cuerpo y en el rostro, el aire acariciando sus mejillas y enfriando su aliento, sus cabellos sueltos y alborotados, dado que en la carrera había perdido las horquillas. El corazón latía con renovado ímpetu y se sentía nuevamente una niña galopando por las tierras lejanas de su España natal.

Dejándose llevar por los recuerdos cabalgó sin darse cuenta de que se había alejado demasiado y que podían preocuparse por su prolongada ausencia. El sol en lo alto del cielo límpido le indicó que era cerca del mediodía. Dio vuelta el animal y emprendió el regreso al trote, porque el caballo estaba agitado.

Aún faltaba para llegar a la casa, pero ya se avistaban algunos corrales. En uno de ellos divisó un tumulto de hombres; parecía una pelea. Desvió su camino y se aproximó al lugar donde confirmó sus sospechas. Dos hombres con los torsos desnudos estaban trenzados en una feroz golpiza y el resto los azuzaba a los gritos. El corazón de Victoria se estremeció al descubrir que uno de ellos era Diego y que el otro blandía un cuchillo frente a sus ojos.

Sin importarle lo que pudiera ocurrir fustigó al caballo y galopó hacia el lugar de la riña. Su llegada pasó desapercibida por esa turba excitada y se acercó a ella de manera atolondrada y avasalladora. Los hombres se dieron cuenta de su presencia cuando los belfos babeantes del animal les dieron encima, entonces acallaron sus voces y la de la jovencita se dejó oír:

—¡Deténganse ya! —ordenó como si fuera la dueña del lugar.

Los contendientes, que continuaban enfervorizados en su pelea, se distrajeron al oír su voz. El borracho que amenazaba al patrón, avergonzado ante la presencia de la dama a quien había seguido con los ojos en sus paseos por los alrededores, depuso su actitud belicosa y Diego aprovechó para quitarle el cuchillo.

—Que junte sus cosas y se largue de aquí —ordenó Alcorta a sus peones—. ¡A trabajar! —agregó logrando la dispersión del grupo.

Victoria permaneció enhiesta en la silla de montar, aún incrédula de lo que había hecho. Diego recogió su camisa del suelo, la echó al hombro y avanzó resuelto hacia ella. La joven vio que tenía un corte en la frente y otro en el labio inferior, de donde manaba sangre. Él siguió la línea de su mirada y se llevó un dedo a la boca.

—Deberías hacer lo mismo que yo hice contigo para que no me desangre —le dijo provocativamente mientras apoyaba una mano sobre el vientre del animal.

Victoria se sonrojó al extremo de sentirse un tomate.

—Lo hiciste correr demasiado, está agitado —dijo Diego acariciando al caballo—. Bájate —ordenó.

—¿Por qué debería hacerlo? —contestó ella, molesta. ¿Quién se creía que era para darle órdenes?

El hombre no dio respuesta y de un salto montó detrás de ella, pasó sus manos por su cintura y tomó las riendas.

—Para evitar esto. —Dobló las bridas y condujo el animal de nuevo hacia la llanura, alejándose de la estancia.

—¿Qué hace? Debo volver —protestó Victoria intentando tomar los cabestros.

—Perdiste la oportunidad —se burló Diego mientras hincaba sus talones en el vientre del caballo, que empezó a trotar.

—¡Por favor! —pidió ella, pero él hizo caso omiso.

Diego sabía que no estaba bien lo que hacía, aunque no tenía voluntad para alejarse de ella. No comprendía qué le ocurría cuando la tenía cerca, lo cierto era que se había instalado en su mente y no hacía otra cosa que desearla. Se excitaba de solo verla y lo divertía provocarla y hacerla sonrojar como si fuera una niña.

Los brazos poderosos de Diego circundaban la fina cintura de la jovencita, el pecho masculino rozaba su espalda erguida y su aliento tibio le daba en el cuello cuando él se inclinaba hacia delante.

El hombre condujo hacia una depresión del terreno que formaba una hondonada rodeada de árboles frondosos, cuya sombra los cobijó del sol que a esa hora comenzaba a apretar. Diego detuvo el caballo y bajó de un salto. La tomó por la cintura y la obligó a descender pegada a su cuerpo.

—Por favor, señor Alcorta, lléveme a la casa —imploró con los ojos húmedos, asustada por lo que ese hombre le ocasionaba a su resolución.

—¿Me tienes miedo? —inquirió él, sorprendido.

Ella bajó los ojos y asintió con la cabeza, rendida.

—Victoria, mírame —le tomó la barbilla con una mano y sus ojos se encontraron—. Nunca, entiéndeme bien, nunca te haría daño —afirmó con aire protector.

—Entonces déjeme en paz —pidió Victoria. Sus ojos eran grises como una tarde de tormenta y las lágrimas se habían suspendido de sus pestañas, negándose a morir.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Qué quiere de mí? —respondió a su vez con una pregunta.

—Te deseo, Victoria, me enloqueces —confesó al fin.

—Es usted igual que todos —musitó ella con dolor.

A Diego también molestó el tono de su afirmación, aunque era cierto: todos los hombres esperaban lo mismo de una mujer, no podía negarlo. Ni siquiera podía mentirle diciéndole que la amaba, porque él no sabía lo que era amar, es más, no creía en el amor.

—Tú no sabes lo que despiertas en un hombre, Victoria —susurró apoyando su frente en la de ella, intentando alejar los demonios que lo instaban a tirarla sobre la hierba, arrancarle la ropa y penetrarla allí mismo—. Eres hermosa, diablos, que lo eres.

Ella gimió, no quería oír eso de su boca. “¿Qué esperabas? ¿Una declaración de amor? Por Dios, Victoria, ¿acaso te volviste loca? ¡Estás enamorada de este hombre!” Se dio cuenta al fin de que lo que sentía por él no era miedo, ni asco, ni pasión: estaba perdidamente enamorada de Diego Alcorta.

—Tenga piedad de mí, señor Alcorta —suplicó.

—No me llames señor, por favor, Victoria, no pongas esa distancia entre nosotros. —El hombre la miró nuevamente a los ojos y le tomó el rostro entre ambas manos—. ¿No te gusto, Victoria?

Ella no supo qué responder, no creyó que un hombre como él, por quien todas las mujeres suspiraban, se sintiera inseguro ante ella. Una íntima satisfacción la invadió al sentirse poderosa por un momento, para volver a decaer cuando él dijo:

—Otra mujer daría cualquier cosa por estar en tu lugar. —No le gustó que fuera tan vanidoso e intentó desasirse, pero él la retuvo apretándola por la cintura y estrechándola contra su cuerpo—. Ya veremos quién gana en esta lucha.

—Yo no quiero luchar, Diego, por favor.

—Dilo otra vez —pidió él mirándola al rostro.

—¿Qué cosa? —inquirió ella.

—Mi nombre. Suena maravilloso en tu boca.

—Diego —murmuró Victoria al tiempo que él se apoderaba de sus labios.

El hombre la alzó entre sus brazos y la condujo hacia el tronco de un ombú sin dejar de besarla. La apoyó contra él y la abrazó con más fuerza, como si quisiera que sus cuerpos fueran uno. La jovencita gimió al sentir que era arrastrada por un torbellino de pasión y cedió a la presión de su lengua que, como una catarata, se desbordó en ella, arrancándole sollozos y estremecimientos.

Las manos firmes de Diego subieron por su cintura y rozaron sus pechos para apoderarse de su cuello fino y frágil. Su lengua buscaba la de Victoria, la instaba a responder, pero ella no sabía cómo y el hombre se excitó más con su inexperiencia, imaginando todo lo que podría enseñarle en la cama, moldeándola a su gusto. El bulto en su entrepierna había crecido y se apretaba contra el vientre de la muchacha, que sentía cosquillas en todo el cuerpo. Victoria estaba asustada, no quería que él la tomara así, de aquella manera tan instintiva y animal pese a que sus fuerzas para detenerlo eran mínimas.

Diego se debatía entre respetarla y quitarle la ropa para someterla a sus deseos, cuando el sabor salobre de sus lágrimas lo hizo detenerse.

—¿Por qué lloras? —dijo, separando apenas su boca y hablando casi sobre su piel húmeda.

—¿Por qué se empeña en mancillarme, Diego? —sollozó ella, respirando entrecortadamente.

—¿Acaso no te gusta lo que sentimos juntos? Yo te siento vibrar, Victoria, sé que te gusta.

Ella negó con la cabeza y atinó a decir:

—Quiero ser una mujer decente, Diego, por favor, no me condene al escarnio.

Los ojos grises de la jovencita, cubiertos de lágrimas y suplicantes, obraron en el hombre el milagro de la compasión. Sin separarse besó sus párpados y absorbió sus perlas.

—Volvamos a la casa. —La tomó de la mano y la condujo sin palabras al caballo.

Victoria montó de un salto y él lo hizo detrás, aunque se mantuvo lejos de su cuerpo. Condujo al trote liviano y en cercanías de los corrales, Diego desmontó.

—Sigue tú, así no nos ven llegar juntos. —Ella azuzó al animal y galopó sin volver la vista atrás.



## Capítulo 36

La vida de Marcello se había transformado en un infierno. Piedad se negaba a tener hijos; su negación del tema era tal que ni siquiera podían mantener una conversación civilizada. La madre de Marcello, recientemente llegada de Italia dado que había enviudado, intentó interceder, y Piedad la sacó de la casa con gritos y amenazas. Cuando el hombre se enteró regresó a la vivienda hecho una furia, aunque no contó con que su mujer lo atacara.

Piedad estaba en pie de guerra y ni bien Marcello ingresó a recriminarle haber maltratado a su madre, ella lo insultó a él y a toda su familia de italianos brutos. Le recriminó desde que eran sucios hasta que todavía no hablaban bien el castellano. Marcello no podía creer lo que oía de labios de esa mujer que se había mostrado dulce y enamorada. No aceptaba que todo se debiera a la negativa de tener hijos, y si bien estaba dispuesto a esperar y aun a renunciar a la dicha de ser padre, jamás toleraría de ella un ataque a su familia.

No hubo manera de hacerla callar, Piedad seguía con su retahíla de insultos, y si no fuera porque la conocía bien Marcello, habría jurado que se trataba de otra persona.

Así comenzó el desgaste de la pareja que llegaría hasta el fondo del precipicio en que estaba parada.

Piedad se retiró a dormir a otro cuarto y ni siquiera le dirigía la palabra a su compañero. Marcello llegaba cada noche cansado del restaurante y debía lavar su ropa porque ella ya no se encargaba de esa tarea. El hombre le dejaba algo de dinero todos los días para que Piedad pudiera hacer la compra y desaparecía el resto de la jornada, refugiándose en los lazos familiares y la cocina del restaurante.

La mujer permanecía horas en la casa, rumiando su furia y pensando qué hacer con su vida. A sus ojos Marcello ya no era el hombre de quien se había enamorado y lo odiaba por querer obligarla a ser madre. Los hijos solo venían al mundo para condicionar a la mujer, deformando su cuerpo primero, absorbiendo su energía después entre teta y llanto, para luego abandonarla

tras el primer par de pantalones que pasara cerca. Eso si eran mujeres. Y si eran hombres, lo primero que harían sería correr detrás de cualquier falda que dejara ver un pedacito de piel para caer bajo el influjo de la pasión y olvidar los orígenes. No, ella no pasaría nuevamente por la maternidad, de nada le había servido tener hijos.

Prudencia la había deshonrado al asesinar a su compañero, a quien ahora veía con los ojos del amor que da la distancia en el tiempo. La muchacha había flirteado con su hombre, lo había engatusado con sus ojos extraños y sus pechos incipientes hasta llevarlo al engaño del deseo, para finalmente matarlo en la intención de despojarla a ella de un esposo.

Purita, esa mocosa insulsa y llorona, nada bueno le había dejado. Por fin se había librado de ella y ahora vivía como una niña bien en casa de un par de viejos que al morir le dejarían todo. Ya no tendría que ocuparse de ella. ¿Cuántos años tendría? ¿Ocho? ¿Nueve? Hasta la cuenta había perdido, intentando borrarla de su vida.

Una noche, Marcello llegó más temprano de lo habitual y la encontró todavía levantada, cosiendo en la cocina. La saludó con amabilidad, ilusionado de que ella le diera una tregua para reanudar una relación civilizada. Era difícil convivir con un enemigo en la casa.

Se acercó a Piedad e intentó darle un beso en la frente, en clara señal de armisticio, pero ella le corrió el rostro con desprecio.

—¿Hasta cuándo seguiremos con esto, Piedad? —bramó Marcello con impaciencia.

—Hasta que te vayas de aquí.

—¡Pero esta es mi casa! —respondió el hombre, sorprendido ante el desparpajo.

—Entonces tendrás que aguantarme, porque no pienso irme. —Se puso de pie y caminó en dirección a su cuarto—. Tú me dijiste que era la mujer de tu vida, pues aquí me tienes. —Puso los brazos en jarra y con una sonrisa ladina añadió—: Esta soy yo.

Los días que siguieron fueron tan o más violentos que los anteriores. Piedad lo atacaba todo el tiempo por cualquier motivo en el escaso espacio que compartían.

Una noche Marcello no aguantó más ser agredido en su propia casa y entró al cuarto de su mujer cerrando la puerta con llave tras de sí, dado que ella se le fue encima provista del palo de amasar. Mientras Piedad asestaba golpes como una posesa, él vació los armarios y cajones y metió todo en una maleta. Furioso, abrió y se encontró con el garrote a punto de partirle la

cabeza. Tomó la muñeca de Piedad y la retorció hasta que ella soltó el madero y profirió un grito de dolor.

—Nunca más me insultarás. —La arrastró hasta la salida, arrojó la valija a la calle y la empujó con fuerza—. Vete, Piedad, vete antes de que ocurra una desgracia.

Cerró dejándola afuera, gritando en medio de la noche.

La casa de María Luz tenía las ventanas corridas esa tarde y las voces eran apenas un murmullo. El olor a encierro quemaba en las fosas nasales de los visitantes, sin embargo, los que velaban día y noche el sueño intranquilo de la mujer ya se habían acostumbrado.

Purita era una sombra más en aquellas paredes entristecidas, y vagaba como un ánima entre las matronas que acudían a diario a atender a la enferma.

Jaime escapaba del horror que mantenía a su esposa postrada y delirante, como si un demonio se hubiera instalado entre su piel y sus huesos para martirizarla. El hombre pasaba todo el día en el teatro, intentando evadirse del cuadro espantoso que presentaba su mujer, siempre tan saludable y de repente tan frágil.

Los médicos que habían acudido a revisarla no habían sido contundentes en el diagnóstico. Algunos mencionaron un tipo de fiebre atípica para la cual no se sabía a ciencia cierta qué medicina era la más conveniente y experimentaban con la enferma. Para otros se trataba de una infección en la sangre que avanzaba a pasos agigantados, robándose la vida de la mujer.

Lo cierto era que María Luz decaía vertiginosamente, su piel cenicienta se pegaba a los huesos de su rostro, otrora relleno y vigoroso. Los ojos permanecían cerrados la mayor parte del tiempo, y cuando los abría la luz la irritaba, por lo cual la orden de Jaime había sido mantener las cortinas cerradas. Lo único que decía la enferma en los escasos momentos de lucidez era el nombre de la niña, a quien llamaba entre lágrimas y lamentos.

Purita oía desde el pasillo el llamado de la mujer que amaba más que a su propia madre. Las matronas no le permitían ingresar al cuarto, por temor al contagio de tan extraño mal. La pequeña lloraba también, uniendo su llanto al de la doliente.

La niña no entendía por qué no la dejaban ver a quien tanto clamaba por ella, y aceptaba su destino, sumisa y obediente, respetando las reglas que la naturaleza había escrito en su sangre.

Por la noche cenaba en compañía de un Jaime taciturno y demacrado, que apenas le dirigía sonrisas de compromiso, y veía con tristeza caer las lágrimas

silenciosas de ese buen hombre que la había acogido en su hogar y le había brindado el cariño incondicional del padre ausente.

Los días pasaron y María Luz no mejoraba, al contrario, su decrepitud crecía, anunciando la cercanía del final.

Las matronas se encargaron de llamar al cura para que su alma pudiera descansar en paz y en trágica procesión lo guiaron hasta el cuarto sombrío y denso.

Purita observaba el ritual desde el quicio de la puerta entreabierta y las lágrimas caían por sus pálidas mejillas. Era la primera vez que veía a María Luz luego de varios días y le costó reconocer en esa anciana, súbitamente encanecida y delgada, a quien había alegrado los últimos años de su vida.

Supo en ese instante que su mamá, como había comenzado a llamarla, no volvería a sonreír. Atrás quedarían los días de paseo por la ribera del río, las compras de dulces de los domingos, los paseos por la calle Florida con su mejor vestido, las mañanas amasando y cortando fideos, y los cuentos inventados por esa maravillosa mujer antes de dormir.

Desafiando a las señoras que se congregaban en la habitación, Purita se abrió paso entre ellas y se postró al lado del lecho. Una de las damas intentó sacarla tirando de su brazo, pero ella lo sacudió con violencia y clavó en la mujer sus ojos claros con una determinación que hizo desistir a la matrona.

Al caer la noche Jaime regresó como todos los días y al enterarse de que la pequeña no quería abandonar a María Luz, ingresó en la habitación con paso cansino y se arrodilló junto a la niña.

La manito apretaba la de la mujer, inerte y flácida, y el hombre no pudo reprimir el llanto ante aquel cuadro desgarrador. Besó a Purita en la cabeza y cubrió con su mano la de la pequeña.

Impulsada por su último aliento de vida, María Luz abrió sus ojos y al verlos allí esbozó una leve sonrisa, y antes de morir dijo:

—Ahora que están aquí, juntos, puedo irme en paz.

## Capítulo 37

Todos almorzaban cuando vieron llegar a Diego con signos de una pelea.

—¿Qué pasó ahora? —interrogó doña Teresa.

Su hijo pidió perdón por la demora y se sentó en su sitio. Mirando a su hermano informó:

—Uno de los peones estaba borracho esta mañana, lo encontré peleando y tuve que intervenir —dijo mientras comía un trozo de pollo.

—Nunca me gustó ese hombre —comentó Andrés, al tanto de la trifulca—. Pero era pariente de don Bustos, ¿te acuerdas?

—Cómo olvidarlo, sirvió acá hace muchos años —añadió doña Teresa.

El resto de las mujeres almorzaba sin participar en la conversación. Victoria lucía nostálgica y ni siquiera tenía ánimos para hacer frente a Remedios, que buscaba cualquier motivo para captar su atención y hacerla salir de sus moldes. Ese mediodía la muchacha estaba como en otro mundo, estado que no pasó desapercibido a Diego, quien no podía quitarla de sus pensamientos.

Un mensajero que venía de Buenos Aires interrumpió la comida y obligó a Diego a dejar la mesa, bajo la mirada intrigada de su prima, que no le perdía pisada.

Por la tarde, mientras los hombres concurrían a sus faenas y las damas hacían la siesta, Victoria buscó refugio en la cocina de María Gracia, quien la recibió con gusto. Esa jovencita distaba mucho de la señora Manuela, siempre altanera y disconforme. También era diferente a la señorita Remedios, quien no perdía oportunidad de resaltar los errores ajenos y a menudo se quejaba hasta de lo mal que estaban estiradas las sábanas de su cama.

Victoria en cambio siempre tenía buenos modos y estaba dispuesta a ayudar, aunque María Gracia no la dejaba hacer nada.

Esa tarde la mujer estaba haciendo dulce de ciruela y Victoria se empeñó en ayudarla. Años atrás había ayudado a su abuela y vagos recuerdos y lejanos olores la llevaban a la casita de Gijón.

—Vaya a descansar, señorita —dijo María Gracia intentando alejarla de la cocina.

—Ya tendré tiempo de descansar cuando me muera —fue la respuesta de Victoria.

—Es usted testaruda —protestó la mujer, y enseguida se corrigió—. Perdóneme.

—Por favor, no hay nada que perdonar —replicó la joven—. Permítame ayudar, me siento ociosa y me aburro mientras todos están ocupados.

Ante su insistencia, la cocinera la dejó participar y Victoria terminó revolviendo el caldero donde se espesaba la mermelada. Los aromas de la cocina se le impregnaron por las fosas nasales y por unas horas se evadió de los pensamientos que la habían atormentado desde la mañana. Quería convencerse de que Diego Alcorta le era indiferente, de que era una protección de su mente para olvidar a ese hombre malvado que había abusado de ella. Pero por mucho que quisiera engañarse lo cierto era que Diego Alcorta estaba instalado en su corazón tal vez desde mucho tiempo atrás, sin que ella lo advirtiera. El hombre lograba sacarla de quicio, con solo verlo su pulso se aceleraba, sus rodillas se aflojaban, su estómago se hacía un nudo y su piel se erizaba. Un mínimo contacto con él la estremecía y cuando sus labios la besaban se olvidaba del mundo.

¿Cuánto tiempo faltaría para volver a Buenos Aires? No podría continuar conteniéndolo por mucho tiempo más y si él insistía con sus avances Victoria temía no poder detenerlo.

No se atrevía a preguntar a doña Leonides porque la mujer parecía a gusto allí, rememorando viejas historias junto a su amiga, y no deseaba condicionarla. Además de querer huir de Diego Alcorta, Victoria deseaba reanudar la búsqueda de Purita.

—Mire, Victoria, hemos llenado más de diez frascos —dijo María Gracia jubilosa.

—Sí, y quedó exquisito —respondió sonriendo, mientras se chupaba los dedos por donde la mermelada había resbalado.

Diego entró en la cocina en ese instante y quedó fascinado por la forma en que la lengua rosada de la muchacha lamía el dulce. Al sentir sus ojos quemándole la piel Victoria giró para no verlo.

—¿Puedo probar? —inquirió él avanzando con su andar provocador y aproximándose a la olla donde la jovencita sacaba la mermelada con una cuchara para introducirla en un recipiente.

Diego se detuvo a su lado y esperó a que ella finalizara con el frasco que tenía en la mano.

—¿Sería tan amable, señorita Victoria, de darme una cucharada? —María Gracia no notó ninguna inflexión fuera de lo normal pero la jovencita sintió que su sangre hervía ante su proximidad y su tono provocativo.

Sin responder, Victoria le extendió la cuchara para que él se sirviera.

—No, por favor, deme usted —se excusó él—. Vengo del campo y no me aseé aún. —Era una excusa perfecta, aunque fuera falsa, dado que ella pudo oler su aroma a limpio.

Intentando parecer tranquila, Victoria llenó la cuchara de mermelada y se la extendió. El hombre, lejos de tomarla con sus manos, abrió la boca, aguardando. Los ojos masculinos chispeaban divertidos mientras ella se sonrojaba al darle el dulce que él saboreó como un niño.

—Exquisito —dijo, al tiempo que volvía sobre sus pasos y abandonaba la cocina.

Ni Victoria ni María Gracia hicieron comentario alguno, aunque a decir verdad la situación había sido normal, excepto que la muchacha sabía que él se estaba divirtiendo acosándola.

El resto del día fue tranquilo y el atardecer trajo una leve llovizna que enfrió ligeramente el aire primaveral. El viento era suave y susurraba entre las hojas de los árboles.

Victoria agradeció que no se descargara una fuerte tormenta, no quería que Remedios conociera su punto débil ni que se burlara de ella.

Luego de cenar los hombres se retiraron al despacho para hablar de sus asuntos y las mujeres se fueron a dormir.

En la soledad de su cuarto Victoria se despojó de la ropa y vistió un camisón escotado y de mangas tres cuartos, porque la noche estaba algo fría. Cerró los ojos e inevitablemente evocó a Diego Alcorta. ¿Por qué la provocaba de esa manera? ¿Es que no se daba cuenta de que ella era una mujer decente? “Eres una asesina, Prudencia, nunca lo olvides”, se recriminó.

El viento se había acallado y solo se oía desde afuera un rumor de hojas y el sonido sordo de la llovizna. Desvió sus pensamientos hacia su hermana y pensándola se durmió.

La puerta se abrió silenciosamente y una figura avanzó en la penumbra. La luz de la luna que ingresaba por la ventana daba de lleno en la silueta que descansaba plácidamente bajo las mantas. Solo una pierna, sedosa y sensual, escapaba de entre las sábanas y se doblaba por encima de las cobijas.

Diego se acercó al lecho y la observó. “¿Por qué estoy aquí? ¿Qué me pasa con esta muchachita? Si no deja de ser una niña en un cuerpo de mujer”, se preguntó mientras sus ojos la recorrían por entero, concentrándose en la sensualidad de su pierna desnuda.

El fuego de su mirada debió despertarla, porque Victoria abrió los ojos y se asustó al verlo allí. De inmediato se sentó sobre el lecho, tapándose con las sábanas y arrinconándose contra el respaldo.

—No te asustes —susurró él mientras se sentaba en el borde de la cama—. No vine a hacerte daño.

—¿A qué vino entonces? —inquirió con los ojos todavía atemorizados.

—Quería verte, necesitaba verte —musitó Diego acariciando su mejilla.

—Ya me vio, ahora váyase —ordenó sin demasiada resolución.

—Desde esa noche que pasamos juntos en medio de la tormenta no dejé de pensar en ti, Victoria —declaró el hombre—. Sé que te asusto con mis palabras y más con mis actitudes, pero no quiero mentirte. Te deseo como nunca deseé a nadie. —Diego parecía descargar un peso enorme al confesarle su verdad—. Y quisiera dormir contigo esta noche.

—¡Me ofende, señor Alcorta! —se molestó ella—. Y me aflige a la vez que se aproveche de mí al saber lo que me causa su proximidad —admitió al fin—. ¿Es que acaso no le sobran las mujeres, como dijo esta mañana?

—No me importan las demás mujeres, Victoria. Eres tú a quien yo deseo. —Y dejándose llevar por su necesidad la tomó por la cintura acercándola a su cuerpo. La sábana descendió y sus pechos asomaron por debajo de la fina tela del camión y rozaron el torso masculino—. Eres tan hermosa, Victoria, tan mujer y tan niña a la vez.

La boca del hombre se apoderó de la femenina y esta vez la lengua de Victoria supo cómo responder. Tal entrega encendió más a Diego, que la obligó a recostarse para acostarse a su lado sin dejar de besarla. Cuando su mano se posó sobre un seno y acarició su pezón erguido, ella dio un salto y se incorporó.

—¡No! —dijo tapándose con la sábana—. ¡No es esto lo que quiero para mí! ¡Váyase, por favor! —gimió mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas ardientes.

—Victoria, cálmate, cariño —dijo él, llamándola por primera vez de esa manera tan peculiar. De pronto, una duda lo asaltó—: ¿Es que acaso eres virgen?

Ella lo miró, ofendida, y masculló:



—¡Por supuesto que lo soy! —Diego estaba sentado a su lado y la abrazó por la espalda.

—Lo siento —besó sus cabellos y ella se dejó acunar—. Lo siento —repitió.

Victoria rompió en llanto, un llanto tardío por tantas angustias que venía sobrellevando, tantas soledades y abandonos, tantas ausencias y carencias. Hacía años que no recibía cariño, y si se ponía a rememorar, su balance daba pérdidas. Su madre jamás la había abrazado con verdadero sentimiento, solo su padre se había mostrado afectuoso con ella, aunque en contadas oportunidades. Purita, quien era dueña de un sentimiento puro e incondicional, le había sido arrancada tempranamente de su vida. Luego, había sido condenada a la soledad y al desprecio, para salir a la vida convertida en Victoria. Si bien doña Leonides la adoraba, el contacto físico era escaso, porque Victoria misma había impuesto distancia.

Su cuerpo ansiaba el calor genuino de un abrazo, su piel requería a gritos una caricia. Tal vez por eso era tan débil frente a Diego Alcorta, la única persona que se empeñaba en estrecharla en sus brazos.

—No llores, no me gusta cuando lloras —alentó él acariciando sus brazos y besando sus mejillas húmedas—. Ven, recuéstate. —La tomó por los hombros y la hizo acostar. Él lo hizo a su lado, encima de las cobijas, y la abrazó contra su pecho—. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

—Eso no estaría bien —murmuró Victoria, acurrucada entre su cuello y su hombro, oliendo su olor a lavanda mezclada con el humo del habano que de seguro había fumado junto a Andrés.

—Tampoco estaría bien que te dejara aquí sola llorando. —Y mirando hacia fuera añadió—: Además llueve, y tú tienes miedo de las tormentas. Es una buena excusa. —El tono en que lo dijo la hizo sonreír—. Al menos te hice reír. —Acarició su espalda y besó su frente, paternalmente.

Victoria suspiró y se aflojó en su pecho. Una de sus manos se deslizó sobre el torso masculino y él la cubrió con la suya.

—Me gusta dormir contigo, Victoria, aunque no tengamos sexo. —Ella sintió que toda su sangre ascendía a su rostro ante la palabra “sexo”—. Aunque admito que me gustaría más si lo tuviéramos. —La joven escondió una sonrisa ante tanta sinceridad y desparpajo—. Pero esperaré lo que sea necesario.

Diego continuó acariciándola suavemente hasta que sintió que su respiración se apaciguaba y que su cuerpo se relajaba.

—Al amanecer partiré hacia Buenos Aires —dijo de pronto.

—¿Por qué? —La pregunta escapó de los labios de Victoria y él se complació por su interés.

—Asuntos de mi bufete que requieren mi firma, cuestiones de la Unión Cívica, en fin, responsabilidades —explicó—. Hoy vino un mensajero de Demaría; me necesitan allí.

Ella no contestó, aunque se sintió deprimida.

—Volveré cuanto antes —declaró Diego girando hacia ella para quedar enfrentados—. Ahora te daré el beso de las buenas noches y te dejaré dormir. Luego me iré.

Victoria recibió ese beso dispuesta y entregada. Abrió sus labios, permitió que su lengua ávida y segura buceara en ella y danzara con la suya, y lo dejó apretarse contra su cuerpo, sintiendo su dureza aun a través de las mantas. Enfervorizado, Diego la tomó de los glúteos para aproximarla más a sí y ella se lo permitió, dado que la excitación de él la había contagiado y un cosquilleo intenso circulaba por sus venas.

—Tienes unas hermosas nalgas, Victoria —susurró sobre su boca—. Eres completamente hermosa. —Siguió besándola y acariciándola con pasión, limitándose a las zonas permitidas. Se había propuesto esperarla y llevarla lentamente hacia sus deseos, sabía que no era aún el momento de la muchacha. La idea de enseñarle, de ser su maestro, lo excitaba todavía más.

Cuando Diego abandonó su boca la recostó sobre su pecho y la acarició hasta que se durmió. Al rato, el hombre también cayó en un sueño reparador pero liviano, y al alba, antes de que el sol saliera y la casa despertara, se dispuso a dejar el lecho de la muchacha. Antes de irse se inclinó sobre ella y depositó un beso suave en sus labios rojos. Victoria lo sintió y fingió dormir, no fuera a ser que Diego se demorara y alguien lo descubriera en su cuarto.

Cuando volvió a despertar era media mañana y estaba sola en el lecho, aunque el olor masculino había quedado impregnado en sus sábanas, en su camión y en sus fosas nasales. Parecía que Diego Alcorta se había metido bajo su piel. Olió la ropa de cama, cerró los ojos y recordó los cálidos momentos de la noche anterior. Él se había portado bien, no como un caballero, porque el solo hecho de haber entrado a su habitación era inaceptable, pero había respetado su decisión, la había escuchado y se había limitado a mimarla con suma ternura. Eso lo volvía más admirable a los ojos femeninos.

Llegó tarde al desayuno y bebió el suyo en la cocina. Las mujeres habían salido a dar una caminata por los jardines, porque doña Leonides quería

recoger flores frescas para armar un *bouquet*. Recién se encontraron al mediodía y Victoria notó la ausencia de Diego.

Andrés estaba contento, como si algo lo mantuviera en expectación, sus ojos brillaban como un niño al que van a llevar al circo y reía por cualquier motivo.

La comida comenzó tranquila hasta que Remedios inquirió:

—¿Y Diego, tía? ¿Hoy también llegará tarde a almorzar?

—Diego viajó a Buenos Aires —informó doña Teresa.

Remedios abrió los ojos con asombro y fastidio a la vez. Inmediatamente dijo:

—¿Usted lo sabía, Victoria?

—¿Y por qué habría de saberlo, Remedios? —contestó ella fríamente, imitándola al suprimir la palabra “señorita”.

—Porque anoche escuché voces que venían de su cuarto. —Su mirada fue harto elocuente y todos comprendieron la insinuación. Victoria no se dejó amilanar y con toda su ironía contestó:

—Tiene usted mucha suerte, Remedios. En mi país, a quienes oyen voces, se los encierra.

—¿Está usted diciéndome loca? —Remedios se puso de pie al decirlo y Victoria la imitó:

—¿Está usted diciendo que llevo hombres a mi cuarto?

—Por favor, señoritas —dijo Andrés al tiempo que soltaba una carcajada.

El resto de las mujeres, que había permanecido atónito, escuchando el careo, reaccionó.

—¡Basta, Remedios! —dijo doña Mercedes—. No tienes derecho a tratar así a Victoria.

—¡Es ella quien me trató mal, madre! Todos la escucharon. ¡Me tildó de loca!

—Con su permiso —musitó Victoria y dejó la mesa. Doña Leonides la siguió.

En el patio delantero la tía la tomó del brazo y caminaron alejándose de la casa.

—¿Qué ocurre entre ustedes, Victoria? Quiero decir, con Diego —preguntó la mujer.

—Nada, tía. —Su respuesta fue demasiado rápida y carente de firmeza.

—Vamos, niña, a mí no me engañas. —Rodearon el casco de la estancia y se dirigieron por el camino trasero que conducía a los frutales—. A nadie se le escapó que Diego te mira como si fueras una fruta madura a punto de caer.

La metáfora hizo sonreír a Victoria.

—Tía, él me mira así porque es un mujeriego, eso todos lo saben.

—¿Y a ti qué te ocurre? ¿Es cierto lo que tanto teme Remedios?

—Me confunde el señor Alcorta, tía, no voy a negarlo. —No le gustaba mentirle pero tampoco podía reconocer que Diego había pasado la noche en su cama—. Sin embargo, no es más que un juego para él. —Y mirándola de frente agregó—: Además, tía, me divierte que Remedios se enfade. —La mujer rio a la par de Victoria—. Esa mujer me tomó ojeriza de entrada, sin justificación alguna.

—En eso tienes razón, Remedios es insufrible. —Volvieron a caminar—. Ya de niña era insoportable. Solo te pido que intentes mantener las aguas calmas, hija, nos iremos dentro de poco y no quiero poner más nerviosa a mi amiga, que ya demasiado tiene con Manuela y Andrés.

—No se preocupe, sabré dominarme. Igual, con el señor Alcorta lejos, no habrá motivo de discordia —sonrió pícaramente.

## Capítulo 38

Tenía apenas doce años cuando conoció a Florence Bordeaux. Iba corriendo, apresurado, escapando de los salvajes que en su imaginación lo perseguían, blandiendo la escopeta de madera que su padre le había fabricado para que jugara, cuando el pozo traicionero, disimulado entre la maleza, le jugó una mala pasada y cayó.

El dolor lo dobló en dos y un grito agudo escapó de su garganta, súbitamente seca. Las lágrimas le nublaron la visión y sintió vergüenza inmediata por más que no hubiera nadie para juzgarlo por su reacción poco varonil.

—Los hombres no lloran —le había dicho su padre desde su más tierna edad, cuando él andaba moqueando durante la noche por el temor a la oscuridad.

Andrés respiró hondo y miró su pierna con aprensión. Si bien era valiente, la sangre que manaba de la herida, profunda y sucia por donde había ingresado el hierro que arteralmente alguien había colocado en el hoyo, le causó un leve mareo. Los pantalones cortos que lo rotulaban como niño todavía no servían para detener la sangre.

Recordando las enseñanzas de su padre se quitó la camisa y rasgó una manga con el resto de sus fuerzas. Con la tela envolvió la pierna por encima del corte, intentando detener el caudal que teñía su piel de un rojo intenso. Logrado su objetivo trató de levantarse, pero además de la lesión externa debía tener algún hueso roto, porque le fue imposible.

Angustiado, miró a su alrededor: estaba lejos de la estancia. Necesitaba ayuda y temía que nadie lo encontrara. Sabía que su padre andaba con los troperos al otro lado del campo. Si bien no era un hombre dedicado a las faenas campestres, todos los veranos que pasaban en la estancia se mezclaba entre la peonada, queriendo demostrar que se interesaba por sus posesiones, más allá de que todos advirtieran su ineptitud para ellas.

Preso del dolor pero con una fuerza de voluntad que rayaba en el heroísmo, Andrés se puso de pie para volver a caer sobre la hierba. La

escopeta de madera había quedado a unos metros luego de la caída, de modo que el niño reptó hasta ella y la usó de bastón para incorporarse.

Avanzó unos pasos, inseguro y vacilante, su rostro se tornó lívido y la vista se le nubló a causa del mareo que el dolor imprimía a su cuerpo. Volvió a intentarlo para terminar de bruces sobre la maleza.

Los oídos también lo traicionaron; un zumbido sordo se había instalado en su cabeza y perdía noción del tiempo y del espacio.

Una visión hermosa y fantasmal lo rescató entre sus brazos firmes y volando sobre un corcel blanco lo llevó al cielo.

El niño despertó en un colchón mullido cubierto por sábanas que olían a lavanda. La luz entraba a raudales por un enorme ventanal que tenía frente a sí, cegándolo momentáneamente, hasta que sus ojitos se acostumbraron a la claridad.

Sentada en una silla al lado de la cama estaba la mujer más hermosa que había visto en su vida. Parecía un ángel: la piel era más blanca que la de las piernas de su madre, a quien había visto cuando se cambiaba mientras él estaba escondido dentro del ropero. Los cabellos también eran claros y caían en una trenza gruesa hacia su cintura. La boca carnosa de labios gruesos y rojos se abría en una sonrisa y sus ojos, intensamente negros, lo premiaban con dulzura.

—¿Cómo te sientes? —inquirió el ángel de voz grave y con acento afrancesado.

—¿Dónde estoy? —contestó Andrés, intentando sentarse en el lecho y desistiendo inmediatamente al sentir la puntada caliente de su pierna.

—En mi casa —repuso la mujer—. Soy Florence Bordeaux. Y tú debes ser uno de los muchachitos Alcorta, ¿verdad?

—Sí, señora. —Andrés no podía quitar los ojos de esa dama tan hermosa. La joven tendría unos veinte años pero él la veía como si fuera mayor, con esa distancia que pone la edad cuando se es niño—. ¿Usted me encontró? —preguntó recordando al ángel que lo había cargado en su caballo blanco.

—Estabas desmayado en medio del campo —explicó Florence—. Ya mandamos avisar a tu familia —informó.

El niño se preguntó a quién se referiría al hablar en plural, aunque no se atrevió a preguntar.

—¿Quieres algo para comer? —ofreció la mujer poniéndose de pie.

—Gracias, señora.

—Enseguida traeré un bocadillo. —Y se encaminó hacia la puerta moviendo las caderas redondeadas, hipnotizando al niño—. El doctor vendó

tu herida y entablilló tu pierna. Tendrás que guardar reposo un buen tiempo hasta que se te acomoden los huesos —dijo antes de desaparecer tras la puerta.

Andrés se acomodó en el lecho y quedó pensativo. La pierna no le dolía si permanecía quieto, de modo que tendría que hacer un gran esfuerzo para lograrlo. Pensó en esa mujer hermosa que lo había rescatado y sintió un cosquilleo por todo el cuerpo que no supo a qué atribuir.

Al rato, Florence ingresó cargando una bandeja provista de alimentos. Lo ayudó a sentarse y el niño olió en su proximidad el perfume de flores que la envolvía, decidiendo que su nombre era perfecto para ella.

Andrés comió con fruición bajo la mirada divertida de la muchacha, que intentaba disimular la risa que le causaba ese muchachito que comía como si no tuviera modales. Pensaba en qué diría su madre si lo viera, porque seguramente la señora Alcorta no aprobaría tal demostración.

—¿Cómo te llamas? —inquirió cuando lo vio finalizar el último bocado.

—Andrés, señora.

La puerta se abrió y una mole ingresó al cuarto, oscureciéndolo con su sombra a medida que se aproximaba a la cama.

—¿Así que este es el muchachito Alcorta? —inquirió el hombre, que Andrés juzgó enorme.

El niño empequeñeció en el lecho, asustado ante ese gigante.

—Sí, el pobrecito tuvo una quebradura —explicó Florence poniéndose de pie y besando ligeramente en los labios al recién llegado—. Andrés, el señor Bordeaux es mi marido —indicó con ojos suaves, imaginando la impresión que causaba en el pequeño.

Pierre Bordeaux era un buen hombre, pero la magnitud de su cuerpo lo traicionaba y con su sola presencia imponía miedo. Su voz gruesa no ayudaba y la mayoría de la gente le temía.

—Mucho gusto —musitó Andrés con temor reverencial.

—¿Cómo estás? —Pierre se sentó en el borde de la cama, hundiéndola bajo su peso.

—Mejor, señor. Gracias por su ayuda. —Andrés quería congraciarse con el dueño de casa, temeroso ante el gigante.

Cuando su padre fue a buscar al niño a la estancia de los Bordeaux tuvieron que cargarlo sobre una tabla hasta la carreta, dado que el médico había recomendado no moverlo para que su pierna soldara rápido. Entre el gigante y su padre lo acomodaron sobre la madera y lo llevaron hasta el vehículo.

Florence le tomaba la mano, porque el niño se quejaba. El vaivén del movimiento le causaba un dolor agudo y el pequeño apretaba los ojos para no dejar caer las lágrimas; su padre no se lo habría perdonado.

—Iré a ver cómo estás un día de estos —prometió la mujer.

Los días de convalecencia de Andrés fueron una tortura para él, no estaba acostumbrado a estar quieto y menos a guardar reposo. Sufría porque las vacaciones de verano se iban y él no podía disfrutarlas. Envidiaba a Diego, que corría libremente por ahí mientras él solo podía entretenerse leyendo.

En los únicos momentos en que su ánimo variaba era cuando Florence iba a visitarlo. La jovencita lo hacía porque se había prendado de ese niño a quien juzgaba hábil y despierto, tal vez soñando en los hijos que tendría con Pierre. Él, en cambio, fantaseaba con ella de otra manera y sus noches eran húmedas pensando en sus pechos generosos que a veces podía entrever a través del escote y en sus caderas redondas.

La muchacha no imaginaba los deseos que despertaba en Andrés y concurría dos veces por semana, con la anuencia de su marido, a la estancia Alcorta. Hablar con doña Teresa le hacía bien, ella le contaba de sus embarazos y los nacimientos. La joven se entusiasmaba cada día más con ser madre, pero los hijos no llegaban.

Andrés no podía dominar la pasión que sentía por Florence y había descubierto el placer que le daba manipular su miembro pensando en ella; luego se recriminaba por aquella actitud que juzgaba inmerecida para con su ángel salvador.

Recordando esos tiempos, inocentes a pesar de sus deseos carnales recién amanecidos, Andrés sonrió mientras cabalgaba hacia la estancia de los Bordeaux. Ahora era un hombre y si bien nunca le había confesado a Florence lo que había sentido por ella de niño, imaginaba que ella lo sabía.

Florence tenía ahora treinta y ocho años y la diferencia entre ambos apenas se notaba. La mujer seguía tan hermosa como antes, o aún más. La madurez se había instalado en su cuerpo todavía firme y deseable pese a que finalmente la vida la había premiado con tres hijos.

A lo largo de todos esos años, Andrés y el matrimonio Bordeaux habían trabado una entrañable amistad. A menudo recordaban el temor que había aparecido en los ojos del Andrés de doce años cuando vio entrar a Pierre en la habitación donde yacía entablillado. Reían como locos ante la evocación, mientras los hombres fumaban y Florence bebía un coñac.

Muchas veces Andrés y Pierre habían trabajado codo a codo en el campo durante las inundaciones o epidemias, ayudándose mutuamente. Había



llegado el momento de pedir nuevamente auxilio a la familia vecina.

Andrés detuvo su caballo ante la tranquera principal y sin apearse la abrió con destreza. Los perros le salieron al encuentro moviendo el rabo; no le ladraban porque era asiduo visitante. Ató las riendas a un palenque y avanzó hacia la casa. No hizo falta que palmeara sus manos; Florence apareció enseguida y lo recibió con su sonrisa franca.

Siempre que la veía, Andrés se turbaba en el primer instante, no porque sintiera algo por ella dado que la ilusión del antaño amor platónico había quedado en el pasado, aunque sí de vergüenza por los antiguos pensamientos.

—Buenas, buenas —dijo mientras dejaba al más pequeño de sus hijos en el suelo. Caminó con su aire elegante de siempre y lo besó en ambas mejillas, costumbre que la acompañaba desde su Francia natal y que se negaba a abandonar.

—Hola, Flor —respondió Andrés. Y mirando al pequeño añadió—: Hola, Jean, ¿cómo estás? —El niño, una réplica en miniatura de su padre, apenas sonrió y se alejó corriendo.

—Ven, pasa. —La mujer se dirigió a la estancia de recibo y le ofreció asiento—. ¿Buscas a Pierre?

—En realidad, quería hablar contigo. —La gravedad de su voz, el nerviosismo de sus manos y el leve temblor de su mandíbula indicaron a la mujer que el asunto era importante.

—Dime, sabes que puedes contar conmigo.

—Por eso vine. —Y Andrés comenzó su relato desde cuando había conocido a Roberta.

Nunca les había contado de sus amores ocultos, tal vez por vergüenza, tal vez por temor, lo cierto era que necesitaba su ayuda. Luego de casi una hora de confesiones Andrés expuso el pedido:

—Necesito un lugar donde alojarla y pensé en esta casa. —Andrés no se andaría con rodeos con ellos—. No tengo otro sitio que considere seguro, temo por la reacción de Manuela si se entera, y Roberta espera un hijo mío.

—Andrés, querido —musitó Florence tomándole las manos—. Es una historia muy triste y muy romántica también —dijo la mujer con los ojitos húmedos—. Sabes que esta casa tiene las puertas abiertas para ti y los tuyos.

—¿Y Pierre? ¿Estará de acuerdo?

—¿Tienes alguna duda? —sonrió la dama—. Sabes cómo es mi marido, más bueno que el pan.

—Gracias, Flor, tú eres mi ángel.

—Y dime, ¿cuándo vendrá Roberta? —inquirió intrigada.

—Esa es otra parte de la historia —reflexionó Andrés—. Por alguna razón ella no quiso buscarme y se apartó de mí. Tal vez tenga que convencerla para que vuelva.

Pese a la compasión inicial que Luciano había sentido por Roberta al verla en el huerto cantando a su vientre, con el paso de los días el hombre dejaba renacer sus instintos de cazador.

Ya se había acostado con todas las muchachas que habían servido en la casa de su abuelo, incluso con Marita, que fingía despreciarlo. La única que se había salvado de sus pasiones era Morena, que bien podría haber sido su abuela. Las otras habían calentado su cama desde su más tierna edad.

A los catorce años Luciano se había iniciado con una mucama mulata que vivía en la estancia, que con sus dieciséis años le enseñó las mil y una formas de amar en el lecho. A partir de allí el muchacho se convirtió en un experto del sexo y no dejaba mujer sin probar.

Debido a su atractivo no le costaba demasiado que cayeran a sus pies y el romance duraba lo que un suspiro para él. Ellas por lo general quedaban hechizadas.

Su vida en la ciudad era igual, solo que a veces tenía que jugar al novio con ciertas señoritas de la alta sociedad, que le negaban los placeres de la carne hasta que no hubiera pasado por la iglesia. A muchas las había engañado con tal promesa y había logrado llevarlas a la cama, robándoles la virtud y el futuro, condenándolas en esa sociedad prejuiciosa y machista, al escarnio público. A Luciano nada le importaba. Era tan hermoso como ruin.

La primera vez que había visto a Roberta, la había perdonado por la magia que se desplegó en torno a ella con su canto materno. En ese primer viaje a la estancia había estado pocos días, y con la guardia baja se había contentado con los placeres que gustosamente le prodigó Nina; amante avezada y dispuesta que calentó sus noches y acalló sus deseos.

Pero al segundo viaje su obsesión estaba en la muchacha nueva que cursaba un embarazo avanzado a juzgar por la prominencia del vientre.

Luciano la imaginaba desnuda y se excitaba de solo pensarla. Nunca había estado con una mujer gruesa, y su perversión lo agujoneaba.

Roberta había advertido la insistencia de sus ojos verdes cuando lo había cruzado en el patio trasero y ella llegaba con las sábanas para estirar. El hombre, solícito y fingiendo una caballerosidad de la que carecía, se había encargado de la ropa, liberándola de tal incómoda carga. La mujer se había sonrojado involuntariamente y él supo que tenía la mitad de la batalla ganada.

Luciano estudió sus rutinas durante tres días, buscando el momento y el sitio propicio para abordarla. A la joven le gustaba tomar un descanso a la hora de la siesta, por lo general a la sombra del ciruelo, donde antes solía sentarse sobre la hierba. A causa de su vientre había debido abandonar la costumbre y tenía que contentarse con apoyarse sobre un tronco cortado a modo de asiento que había hecho arrastrar hasta allí a uno de los peoncitos jóvenes con quien conversaba con frecuencia.

El día elegido llegó y Luciano se encaminó hacia el huerto, con la sonrisa ladeada y los ojos chispeantes. Roberta lo vio venir y se alteró. Tendría que haber escuchado los consejos de la vieja Morena.

—No andes sola por ahí mientras esté el niño Luciano —había dicho cuando descubrió que el hombre la rondaba como un perro—. Mira que ese no es de fiar.

Luciano se paró frente a ella, las piernas abiertas y los brazos en jarra, y le sonrió con los ojos. Toda su postura demostraba su autoridad, y la pasión emanaba de su cuerpo y se esparcía por sus poros.

Ella se puso de pie dispuesta a partir, pero él no le dio oportunidad y la acorraló contra el árbol.

—¿Adónde vas tan apurada? —susurró cerca de su boca—. Mira que eres bella, aún en tu estado.

—¡Déjeme, señor, se lo ruego! —pidió la mujer.

—Vamos, no seas arisca —rápidamente le robó un beso. Roberta levantó la mano para pegarle pero él la detuvo tomándola por la muñeca—. Si osas agredirme, no vivirás para contarlo —amenazó entre dientes mientras hundía su boca entre los pechos llenos de la muchacha.

Roberta gimió y se debatió, pero él tenía más fuerza y no pudo evitar que le abriera la blusa y lamiera la piel estirada de los senos, introduciendo su lengua por el valle de estos, buscando con desesperación los pezones.

Un grito escapó de la garganta de la mujer que fue ahogado con una mano tapando su boca mientras Luciano continuaba besándola.

—¡Por favor, tenga piedad del niño! —balbuceó.

El hombre, a quien nunca una mujer se le había negado, advirtió la atrocidad que estaba a punto de cometer. Se detuvo de repente, sin soltarla. La miró a los ojos y divisó sus lágrimas. De pronto sintió pena por ella. Bajó los brazos, abatido, se acomodó la ropa fuera de sitio y desvió la mirada en la lejanía.

Ella no atinó a escapar, estaba paralizada contra el tronco, aún trastornada por la pasión que ese hombre había desplegado sobre ella.

Luego de un momento de indecisión, Luciano elevó sus bellos ojos verdes, que por primera vez lucían mansos, y le pidió disculpas.

—Fui peor que un animal, Roberta. Perdóname. —Ella bajó la vista, se acomodó la blusa y los cabellos, y secó sus lágrimas—. Perdóname —repitió.

Roberta no atinó a contestar y se despegó del tronco. Él se hizo a un lado y la dejó partir.

En la casa se refugió en el cuarto que compartía con las otras muchachas y lloró amargamente su desgracia.

En lo que duró su estadía Luciano no volvió a molestarla y tampoco tuvo amoríos con las otras muchachas, cosa que no pasó desapercibida a Morena, que tenía ojos y oídos para todo.

## Capítulo 39

Al fin habían regresado a Buenos Aires. Los ataques de Remedios no habían cesado y el aire se había tornado irrespirable. Doña Mercedes no lograba contener el despecho de su hija y doña Leonides decidió poner distancia entre ambas muchachas, dado que si bien Victoria intentaba tener paciencia, a menudo veía a su sobrina a punto de estallar y no deseaba una pelea con los Alcorta.

En la ciudad recomenzó la rutina y Victoria prosiguió con sus investigaciones para dar con su hermana.

A pocos días del regreso un mensajero de la cárcel de San Telmo arribó a la casona. Traía una nota para la señora. Victoria se preocupó, no deseaba más problemas legales y temía que su pasado la envolviera de nuevo entre sus telarañas.

—No te inquietes, hija —consoló la tía—. Sor Renunciación quiere que la visitemos, es eso nada más.

La jovencita suspiró y su alma volvió a sentir paz.

—Iremos mañana —sentenció la mujer.

Sor Renunciación las recibió con efusión y alegría y Victoria imaginó a la muchachita enamorada que había sido, a quien la fiebre amarilla había arrebatado al novio de sus brazos.

Luego de convidarlas con un té la religiosa les explicó el motivo del llamado.

—Hace unos días estuvo por aquí un hombre buscando a Prudencia Fierro Rodríguez. —Al oír su verdadero nombre Victoria sintió un escozor en todo el cuerpo—. Dijo que era un pariente lejano de tu madre, niña. —Los ojos de la monja la estudiaron—. Que su madre y la tuya eran primas.

—Es extraño —musitó Victoria—. ¿Y qué quería? ¿Cómo llegó hasta aquí?

—Dijo que se había enterado de tu existencia y tus problemas. Te creía encerrada todavía y venía a ofrecer su ayuda.

—¿Tienes parientes en Argentina, Victoria? —preguntó doña Leonides, preocupada porque alguien reclamara a la jovencita y la arrebatara de su lado.

—No —respondió ella reflexiva—. No que yo supiera. —Su mente voló hacia el pasado, evocando parentescos y relaciones—. Mi madre tenía varios hermanos y muchos tíos, pero no tenía trato con ellos. Siempre estuvo enemistada con todos, y solo teníamos relación con la familia de mi padre, porque en eso él fue inflexible.

—Pero existe la posibilidad entonces de que alguien... —comenzó sor Renunciación.

—¿Cómo se llamaba ese hombre? —interrumpió la muchacha, y advirtiendo su error esbozó una disculpa.

—Marcos García Moro.

—No me resulta familiar, hermana. —Los ojos grises de la jovencita miraron a ambas mujeres, buscando opinión—. ¿Qué haremos?

—¿Y a ti qué impresión te causó? —cuestionó doña Leonides.

—No lo sé, no me dio buena espina. —Frente a ellas sor Renunciación volvía a ser la inquieta Agostina de antaño—. Sin embargo, no quiero influenciarlas.

—Tengo una idea —anunció la tía—. Le diremos que yo tenía trato con Prudencia y le ofreceremos una entrevista aquí. Victoria me acompañará, para que vea a ese sujeto y decida qué hacer.

—¿Y qué información le dará, tía?

—No mucha. Le contaremos la verdad, que yo te visitaba y que un día, gracias a los oficios de un abogado de pobres, lograste salir, perdiéndote de vista. —Era un buen plan—. Si ese hombre nos genera confianza tú resolverás la situación. —Doña Leonides temía que Victoria le fuera arrebatada; no soportaría un nuevo abandono.

Luego le contaron a sor Renunciación de su estadía en la estancia, la peripecia de Victoria durante la tormenta y los ataques de Remedios, mencionándole a la monja el supuesto romance entre primos.

—De modo que se habrán entretenido bastante —sonrió la religiosa—. Remedios siempre fue engreída y malcriada, pese a que mi hermana intentó enderezarla. Es su propia naturaleza retorcida la que la domina.

La cita tuvo lugar una semana después. Victoria acudió al encuentro, nerviosa y expectante, por más que se había planeado que ella permanecería en un rincón, ajena a lo que su tía y el supuesto pariente hablaran.

Cuando ingresaron en la salita el hombre ya estaba allí. Se puso de pie y se quitó el sombrero ante las damas. No esperaba encontrarse con una

muchacha tan joven ni tan bella como Victoria y por un momento vaciló. Luego se recompuso y avanzó con la mano extendida para sostener la de la señora mayor que lo estudiaba sin compasión.

Doña Leonides sintió al verlo un estremecimiento en la piel y un sudor helado la recorrió por entero. Había algo maligno en ese hombre y tuvo el mismo presagio que cuando conoció a Francisco Montes de Orenca.

—Señoras —saludó Marcos con reverencia.

—Señor García Moro —respondió doña Leonides—. Ella es mi sobrina, la señorita Victoria Moro Bayón.

—Encantado —replicó con una inclinación de cabeza y una mirada apabullante—. ¿Seremos parientes? —preguntó haciendo referencia al apellido Moro.

—Lo dudo, señor —dijo Victoria sin dar mayores explicaciones mientras se alejaba en dirección a la ventana, indicando que no participaría de la conversación.

Tomaron asiento y sor Renunciación dijo que los dejaría solos. Fue Marcos el primero en hablar.

—Sor Renunciación me convocó aquí porque dice que usted conoce a mi prima. —Había ansiedad en su voz pero la mujer no pudo precisar el origen de la misma.

—No la conozco, señor García Moro —corrigió—. Solía verla aquí cuando visitaba a otras internas, pobres y desamparadas como ella.

—¿Cómo es ella? No la conozco más que por las escasas referencias de mi madre, que en paz descanse.

—Lo siento —contestó la tía—. Prudencia es una muchacha común, muy triste y apesadumbrada.

—¿Sabe qué fue de ella? —Marcos se contenía para no develar sus intenciones.

—No he vuelto a verla, lamento no poder ayudarlo.

—Perdone la insistencia, señora, pero tal vez durante sus visitas mi prima mencionó a alguien, algún conocido o el deseo de instalarse en algún sitio.

Doña Leonides dudaba de ese sujeto, tal vez influenciada por la tragedia de su hija; lo cierto era que quería que Victoria se mantuviera alejada de él.

—Prudencia es una joven arisca, por así decirlo. —Victoria, de pie ante la ventana, pensó que era cierta la descripción—. Ella no confiaba en nadie, señor, y si tenía algún plan para cuando saliera de aquí puedo asegurarle que se llevó su secreto bien guardado.

Marcos advirtió que la señora no le diría más nada y no quiso perder la oportunidad de contactar a Victoria, que lo había cautivado con su belleza y frialdad.

—Gracias, señora, de todas maneras —dijo al fin—. Ha sido un placer para mí conocerlas. —Miró a Victoria y le dedicó una gentil sonrisa—. Supongo que volveremos a vernos.

—¿Cómo? —preguntó doña Leonides.

—¡Oh! No faltará oportunidad. Seguramente la señorita Victoria gustará de participar en el baile del Club del Progreso que se llevará a cabo dentro de dos semanas. —Posó sus ojos en ella y la indagó con la mirada, pero la jovencita no respondió y fue doña Leonides quien intervino:

—Aún no hemos recibido la invitación, señor García Moro.

—No se preocupe, entonces —se ufanó Marcos—. Se las haré llegar de inmediato —prometió dando a entender que tenía relaciones e influencias importantes.

La tía, arrepentida por hablar de más, agradeció, y luego de los saludos de rigor ambas mujeres salieron de la salita. Se despidieron deprisa de sor Renunciación y salieron de la prisión.

En el coche Victoria dijo:

—Tía, ese hombre me resulta extraño. —Miró a la mujer con ojos inquietos—. ¿Qué opina usted?

—Ese hombre no me gusta, Victoria. ¿Tú crees que de verdad sea pariente tuyo?

—No lo creo. El nombre de su madre —que Marcos había tenido que inventar ante la pregunta de la tía— no me resultó familiar. Tampoco el apellido despierta mis recuerdos.

—Lo mejor será seguir negando a Prudencia, hija. —La mujer posó su mano sobre la de la muchacha—. ¿O acaso quieres permitir a ese hombre que ingrese en tu vida? —Tenía el alma en vilo, temerosa de la decisión de Victoria.

La muchachita la miró y vio sus ojos a punto de las lágrimas. Esa mujer debía quererla mucho para caer en ese estado. Sin pensarlo la abrazó, sorprendiéndola.

—Nunca la abandonaré, tía, usted me ha dado en poco tiempo todo lo que mi propia familia me ha mezquinado. —El sollozo ahogado de la mujer la emocionó y sus propios ojos comenzaron a llover—. Olvidémonos de ese hombre, tía.



Diego se vestía para el baile que se llevaría minutos más tarde en el Club del Progreso, adonde concurriría la crema más batida de la alta sociedad.

Tita ingresó trayendo el frac de Poole y lo miró con signo de reproche.

—¿Todavía en veremos?

—Vamos, Tita, paciencia, que igual empezarán sin mí.

La mujer lo rondó observándolo y lo ayudó con el frac, acomodando sus mangas y sus hombros. Luego se dedicó a su corbata y ajustó el nudo, como si el hombre que tenía ante sí fuera un niño.

—Enderézate —pidió. Los ojos de Tita sonrieron con cariño y franco orgullo. Diego era apuesto, muy apuesto, y poseía una elegancia indolente.

—Las muchachas suspirarán hoy por ti.

—Como siempre, Tita, como siempre —se burló Diego.

—¡No seas engreído! —lo reprendió.

—A ti te gusta que lo sea, viejita —la premió con un beso sonoro en su mejilla flácida.

—Pareces un príncipe —musitó la mujer mientras lo veía desaparecer detrás de la puerta.

—¡Soy un príncipe! —gritó él, alejándose.

Tita quedó en medio del cuarto, sonriendo mientras ordenaba la ropa que Diego había dejado desperdigada por ahí.

Diego subió al coche y se hizo conducir hasta el Club del Progreso. Tuvo que aguardar unos minutos hasta que le tocó el turno a su carruaje para acercarse hasta la puerta. Su familia ya estaría allí y se preparó para la mirada de reproche de su madre por su tardanza. Siempre era así.

Una vez ante la puerta Diego miró divertido al grupo de hombres y mujeres que, rezagados como él, subían apresuradamente la escalera adornada con flores y guirnaldas de colores. A Diego ya no lo influenciaba la mansión que a muchos parecía un palacio. Esperó su turno para dejar su abrigo y sonrió divertido ante las miradas simuladas de muchas mujeres que verificaban su hermosura ante los espejos.

De lejos le llegaba la música de la orquesta e imaginó que por allí estaría Victoria, aumentando su ansiedad al evocarla. Desde la estancia que no había vuelto a verla, intentando tal vez acallar los reproches que Remedios se había encargado de hacerle llegar no de la mejor manera.

Avanzó resuelto hacia el salón, híbrido para alguien que, como él, había departido en los elegantes salones de París. Había mucha gente elegantemente ataviada y más de un ridículo que se había emperifollado demasiado.

El club tenía casi cuarenta años de historia, desde su fundación en el 52 por aquella dorada juventud ansiosa. Si bien el club carecía de la distinción aristocrática de un club inglés, pertenecer a él era chic.

Diego buscó con los ojos a su familia y no la halló a simple vista entre aquella multitud engalanada.

Sí divisó a Demaría conversando con otros integrantes de la Unión Cívica y se lamentó de que Alem no concurriera esa noche. Leandro era asiduo asistente a las reuniones del club, con amigos y aun con adversarios. Más de una vez lo había oído reprocharse, dado que se sentía un traidor, de departir allí cuando hombres y mujeres pobres carecían de las cosas más elementales, hacinados en conventillos.

Nadie imaginaría que sería en el Club del Progreso donde Leandro tendría su última reunión de amigos antes de su suicidio.

El Club del Progreso tenía varios salones. El de los retratos, donde se jugaba al *whist*, ajedrez y demás vicios que acaparaban a maridos impuntuales.

Diego avanzó entre la multitud y los olores de los perfumes lo embriagaron. Buscó con los ojos al objeto de su deseo pero la trayectoria de su mirada fue interrumpida por la imagen furiosa de Remedios que imaginaba a quién buscaba.

—¿Se te perdió algo, primito? —esbozó con una falsa sonrisa cuando estuvo a su lado. Detrás venía su tía Mercedes y su madre, a quien no había divisado antes.

—Señoras —saludó con una leve inclinación. Recibió el velado reproche de doña Teresa por haber llegado tarde y pensó que su destino era tragicómico con las mujeres de su familia.

—¿Me invitas este vals? —Remedios se colgó de su brazo y lo arrastró hacia donde se contoneaban las parejas.

Diego no tuvo más remedio que satisfacerla y mientras giraba automáticamente al son de la música de los violines pensaba en cómo hacer entender a su prima que lo suyo había terminado.

—Está en el bufete con su tía —dijo de pronto su compañera.

—¿Qué dices?

—Victoria. Está en el bufete con doña Leonides. —Remedios apretó su mano—. No es de buen gusto que mientras estás conmigo tus ojos estén en otra parte.

—Fuiste tú quien me obligó a bailar, Remedios —contestó fríamente—. Parece que insistes en humillarte.

—Eres muy cruel, Diego, y poco caballero. —La mujer pareció ofenderse aunque él sabía que era otra de sus artimañas.

—Terminemos ya con esta farsa, primita —replicó—. Tú no eres lo que se dice una mujer casta y pura. Y creo haberte dejado bien claro que habíamos terminado lo que en realidad nunca iniciamos.

Remedios reprimió las lágrimas que nacían de su orgullo herido. Ella no lo amaba, solo estaba encaprichada con él.

El vals terminó y Diego la condujo junto a su madre. Avistó a sus compañeros de la Unión Cívica y previo excusarse se retiró para hablar con ellos.

La fiesta siguió su curso. Las parejas se mecían al ritmo de los violines y en acompasados pasos de baile.

Diego conversaba con varios caballeros vestidos con elegancia cuando la vio ingresar al salón. Victoria venía del brazo de un hombre joven que Diego no conocía. Su belleza deslumbrante menguó el malhumor que le causó verla acompañada. Estaba vestida como una princesa y no advertía las miradas de envidia que despertaba en las demás mujeres y las de admiración que arrancaba a los hombres. Caminaba erguida con una helada sonrisa pintada en el rostro y Diego concluyó que se sentía incómoda. Él conocía sus sonrisas sinceras y tímidas y el gesto de su boca develaba su falsía. Para consolarse Diego lo atribuyó a la compañía de ese extraño que se inclinaba sobre ella y le sonreía con adulación.

Los ojos de Victoria, fríos y casi perlados al reflejo de las luces, encontraron los suyos un instante y Diego la vio enrojecer levemente, como si la hubiera pillado en falta. El hombre se sintió satisfecho en su hombría.

Detrás venía doña Leonides del brazo del doctor Mecena y al pasar a su lado la mujer lo saludó con una sonrisa. Victoria en cambio desvió la mirada, tal vez avergonzada, tal vez para evadirlo y acallar los rumores que se cernían en torno a ellos.

Diego sofrenó el impulso de interrumpir su paso y arrebatarla del brazo de ese hombre joven y elegante que, como cazador que era, reconocía quería seducirla.

Marcos Ruiz musitó unas palabras al oído de Victoria mientras se dirigían a la pista de baile y ella sonrió tímidamente, con esa sonrisa que a Diego hacía estremecer por su candidez.

Los ojos azules la siguieron mientras ella giraba diestramente en brazos del extraño. Su vestido de seda azulino, con falda amplia, acentuaba su talle y realzaba sus pechos turgentes. En cada vuelta dejaba ver sus zapatitos de raso

del mismo tono y apenas el fino tobillo que insinuaba una pierna firme y suave.

Llevaba el cabello en alto, recogido por una sencilla peineta de oro, que había sido motivo de discordia entre ella y su tía, dado que Victoria decía que era demasiada ostentación cuando había tanta gente pobre.

—Para ti lo mejor, hija —había respondido la dama.

Victoria había accedido a usarla pero la condición había sido que no luciría ninguna otra joya ni alhaja.

—No soy yo, tía —había dicho—. Me siento incómoda con tanto adorno.

Cuando el vals llegó a su fin Diego vio cómo el extraño la conducía del brazo hacia las puertas que llevaban a uno de los balcones que daban sobre la calle Perú y su pecho se infló de una sensación muy parecida a la furia.

Los siguió con la mirada, como un marido celoso, pero fue interceptado por su socio, Luis Fontán, que venía con una copa en la mano.

—¿Qué haces aquí que no bailas? —se asombró su amigo, dado que Diego tenía fama de conquistador y todas las mujeres le revoloteaban.

—Acompáñame al balcón, hace calor aquí. —Ingresaron por la puerta que daba al tercer balcón y se acodaron en él.

Luis le habló de unos asuntos del bufete pero Diego no lo escuchaba. Su mirada taladraba la espalda de Victoria que estaba apoyada sobre la barandilla del otro mirador, a escasos metros. No debería saber, atento su condición de extranjera, o tal vez no le importaba, que estar allí a solas con un hombre no era bien visto.

El viento suave de la noche le trajo su perfume que se le metió por los poros y le inflamó los pulmones. Luis seguía con su letanía, sin advertir el ausentismo de su socio.

De pronto Diego lo interrumpió:

—¿Quién es el mequetrefe que está en el balcón contiguo? —La pregunta lo sorprendió y el muchacho miró en la dirección indicada.

—No lo conozco —replicó luego de un vistazo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. —Con paso enérgico abandonó a su amigo, que quedó atónito, y se dirigió a la puerta que conducía al mirador lindante. Ingresó en él con decisión y sorprendió con su presencia a Victoria y a su acompañante.

—Señorita Victoria —dijo con firmeza—. La estaba buscando. —Ella lo interrogó con la mirada y el hombre que estaba a su lado lo miró indignado ante la intromisión.

—¿El caballero quién es? —preguntó Marcos.

—Diego Alcorta —se presentó él mismo, aunque no extendió su mano, señalando su hostilidad.

Marcos, por el contrario, dando muestras de su urbanidad, dijo su nombre y le ofreció la suya, que Diego no tuvo más remedio que estrechar.

Victoria sintió que toda la sangre subía a su rostro ante aquella aparición tan inapropiada, advirtiéndole el enojo que manifestaban los ojos azules de Diego.

—Señorita Victoria —repitió Alcorta—, ¿podría acompañarme? Su tía hace rato que la está buscando.

Los ojos grises adivinaron el engaño pero tuvo que consentirlo.

—Discúlpeme, señor García Moro —musitó pasando por su lado y tomando el brazo que Diego le ofrecía.

Sintió la rigidez de sus músculos y el calor que emanaba por debajo de la tela. Diego no dijo palabra e ingresaron al salón sin palabras. El hombre bordeó la estancia y la condujo hacia un pasillo decorado suntuosamente. Marchaba a paso rápido, como queriendo escapar, y ella tuvo que apurar su paso para poder seguirlo.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando vio que se alejaban del gentío. Él no respondió y continuó su marcha—. Le pregunté adónde vamos —repitió en tono imperioso.

—Antes no te importó estar a solas con ese tarambana —masculló—. No preguntes.

La muchacha obedeció, ese hombre tenía demasiada influencia sobre ella como para desobedecerlo. La introdujo en el salón de los retratos, cuyo frente daba a la calle Victoria. Era una sala larga y fría, aunque esa noche estaba cálida. Los pies de Victoria se hundieron en la mullida alfombra y sus ojos se fijaron en el reciente empapelado de sus paredes.

Diego cerró la puerta y la fulminó con la mirada.

—¿Cómo se te ocurre escaparte a solas con un hombre? Encima con un desconocido —dijo.

—¿Escaparme? ¿De qué habla señor Alcorta? —respondió ella tanto o más enojada que él.

—¿No sabes que una dama que se precie de tal no debe estar a solas con un hombre? Te expusiste a los ojos de todo el mundo al esconderte en el balcón con ese sujeto. —La mirada azul de Diego se había teñido de oscuridad. Victoria nunca lo había visto así y le dio temor, aunque no se amilanó, y fingió, como de costumbre, una seguridad que no sentía.

—¿No me expone usted más al encerrarme aquí? —replicó, desafiante.

—Es diferente. —Diego se acercó con paso enérgico—. Yo no soy un extraño para ti.

—¡Sí que lo es! —retrucó Victoria—. ¿Acaso nos une algún parentesco? —se mofó, veladamente, pero Diego era muy perspicaz y se aproximó a ella, deteniéndose a escasos centímetros.

—Nos une algo más que eso, y tú lo sabes. —Sus cuerpos estaban muy juntos y ella retrocedió hasta toparse con la pared.

—No sé a qué se refiere. —Victoria elevó sus ojos grises y entreabrió los labios para dejar escapar un suspiro simulado, dado que la proximidad de ese hombre le hacía faltar el aire.

—El deseo. Eso nos une. —Y sin darle tiempo la tomó por la cintura pegándola a su pecho. Una sonrisa irónica apareció en los labios masculinos y la chispa de sus ojos revivió—. ¿Lo sientes, Victoria? —inquirió—. ¿Sientes el calor que nos enlaza? —Se inclinó sobre ella y la besó en el cuello.

Victoria, instintivamente, echó la cabeza hacia atrás y sintió los labios masculinos morder suavemente la piel de su garganta. No pudo contener el gemido y el hombre se excitó aún más. La apretó contra la pared y ella sintió su dureza en la entrepierna causándole un cosquilleo que solo sentía con su contacto. Los labios de Diego siguieron bajando hacia su pecho y su lengua, tibia y jugosa, halló el valle de sus senos. Como una serpiente se introdujo en la hendidura mientras sus manos apretaban sus pechos que habían despertado a sus pezones, en la espera de la caricia.

Victoria transpiraba y su respiración era cada vez más agitada. No podía detenerlo, sus fuerzas flaqueaban pese a que sabía que no estaba bien lo que él le hacía. Pero Diego le proporcionaba un placer nuevo que era como una droga.

La boca del hombre, cansada de luchar contra el vestido demasiado ceñido que no liberaba sus pechos, ascendió dejando su huella de saliva hasta encontrar la boca de Victoria. La lengua no tuvo que hacer demasiados esfuerzos para ingresar en la cavidad tibia y jugosa de la muchacha, cuya lengua estaba deseosa de danzar con aquella otra que le resultaba familiar.

Se trenzaron en un beso apasionado y urgente, las manos de Diego subían y bajaban desde el escote hasta las nalgas, apretándolas y comprimiéndolas junto a su sexo.

—¡Basta, por favor! —alcanzó a decir Victoria cuando sintió que estaba por claudicar y permitir que él le levantara las faldas—. ¡Basta! —Y como él no se detenía, comenzó a llorar.

El sabor salobre de sus lágrimas lo detuvo. Diego volvió en sí y se separó apenas. Se pasó la mano por la frente sudada y retiró unos cabellos que se habían desacomodado.

—No llores, no me gusta que llores —musitó acariciando sus mejillas y secando las perlas de sus ojos—. Perdóname, no puedo contenerme cuando estoy contigo, Victoria —sonaba atribulado y ella lo perdonó.

Las respiraciones de ambos estaban agitadas, el pecho de Victoria subía y bajaba dejando entrever sus senos blancos y todavía húmedos de los besos recibidos. Diego le dio un pañuelo para que se sonara la nariz y aguardó hasta que ella dejó de sollozar.

—¿Qué me has hecho, Victoria, que te deseo tanto? —inquirió casi en un murmullo, más para sí que para ella.

La jovencita se acomodó la ropa y elevó el rostro, obligándolo a mirarla. Estaba sonrojada y la urgencia que su cuerpo había manifestado momentos antes no concordaba con su carita asustada y turbada.

—¿Usted me ama, señor Alcorta? —La pregunta lo sorprendió, por lo frontal e inesperada. El hombre suspiró antes de contestar:

—Yo no sé lo que es amar, Victoria. —Ella ni siquiera pestañeó aunque por dentro se sintió morir—. Nunca he amado. —Y tras una pausa agregó—: ¿Y tú me amas, Victoria?

Con la misma frialdad que había recibido la respuesta, la jovencita dijo:

—Yo tampoco sé lo que es amar, señor Alcorta. Ni siquiera creo que el amor exista —mintió.

Diego, sin poder explicar el porqué, se sintió desencantado; le hubiera gustado, al menos para satisfacer su orgullo masculino, que ella se sintiera atraída hacia él.

—¿Por qué me rechazas entonces? —inquirió dejando entrever su malestar—. Creí que te guardabas para el verdadero amor —sonrió con sorna.

—Señor Alcorta, usted parece estar empeñado en malograr mi reputación —dijo mordiendo las palabras—. Y si bien a mí me tienen sin cuidado las malas lenguas, a mi tía sí le importa “el qué dirán”. Y yo le debo demasiado como para exponerla al escarnio público.

Diego no quitaba sus ojos de la bella muchachita que declamaba enérgica y resueltamente. Él se daba cuenta del esfuerzo que hacía para contener un sentimiento que iba más allá del aparente enojo que nacía de su dignidad.

—De modo que deje de acosarme —continuó Victoria—. No me acostaré con usted. —Y cómo él comenzara a reír agregó—: ¿De qué se ríe?

Diego lanzó una carcajada. Ella se había puesto roja al decir las palabras y le habían temblado los labios. El hombre advertía sus intentos para parecer una mujer cuando en realidad tenía tanto miedo de él como la niñita en que se convertía cuando había tormenta.

—¿De qué se ríe? —repitió furiosa.

—De ti —se inclinó sobre sus labios y la besó con ternura—. No volveré a acosarte, Victoria, si eso es lo que deseas. Pero intenta mantenerte lejos de mí, porque la piel me quema cuando te tengo cerca. —Ella quedó perpleja, el pecho palpitante, los labios trémulos.

Diego comenzó a alejarse en dirección a la puerta.

—¿Adónde cree que va? —lo detuvo Victoria alcanzándolo.

—Al salón —respondió como si fuera lo más normal—. Tú sal en un rato, así no te comprometo —sonaba sincero—. ¿O quieres ir primero?

—Iremos juntos —contestó decidida—. No tengo por qué ocultarme, si van a hablar, lo harán igual.

Diego abrió la puerta y del brazo la guio hasta el salón.



## Capítulo 40

Diego dormía plácidamente cuando sintió que alguien lo sacudía. Se tapó la cabeza con las almohadas en un intento de recuperar el sueño. Se había acostado tarde luego de una reunión en casa de Del Valle, y se había dormido casi a la madrugada, luego de repasar en su mente los lineamientos de las bases políticas que habían trazado en la tertulia. Pese a que habían transcurrido casi tres meses desde la Revolución del Parque, aún había miembros de la Unión Cívica que no se resignaban al fracaso y siempre surgía alguna discusión en torno a sus responsables.

—Vamos, muchacho, son las tres de la tarde. —La voz gruesa de Tita lo rescató de la somnolencia.

—Déjame, que ya no soy un niño —se quejó mostrando el rostro.

—Por eso mismo —retrucó la mujer—. Porque tienes responsabilidades.

El hombre se sentó, estiró los brazos y bostezó. Los cabellos rebeldes le cayeron sobre la frente.

—Mírate —reprochó Tita—. ¿Cuánto hace que no te afeitas? ¿Acaso piensas dejarte el bigote?

—Estaría a la moda, ¿no? —sonrió el hombre palpándose el rostro. Ya había recuperado su habitual humor.

—Vamos, date prisa —urgió la mujer.

—¿Para qué? —No recordaba compromiso alguno para ese día.

—Tu tía mandó a llamarte —explicó—. Envió una nota requiriendo tu presencia en la prisión.

—¿Agostina? —se extrañó—. Creí que tía Mercedes...

—No. Y por eso debes apurarte, tal vez sea urgente.

Diego recordó que tiempo atrás su tía lo había solicitado para liberar a una mujer. ¿Cómo se llamaba? No pudo recordarlo por más que buceó en su memoria. Tal vez otra pobre infeliz necesitaba de su firma, y si bien poco le importaba el destino de aquellas condenadas, que por algo estaban allí, a su tía preferida no podía negarle nada. Conocía la triste historia de la religiosa y se maravillaba de cómo había dedicado la vida a los demás luego de haber

perdido a su gran amor. Otra en su lugar se hubiera abandonado a la amargura. Tía Agostina en cambio había regalado su juventud y cariño para cobijar a otros que, infelices como ella, caían en la desgracia del delito y terminaban en la prisión.

Comió ligeramente en la cocina pese a que sabía que a su madre no le gustaba y marchó al encuentro de la religiosa.

La madre superiora lo recibió con deferencia y mandó llamar a sor Renunciación, luego de conducirlo a una salita estrecha y lúgubre. Al rato la puerta se abrió en un chirrido y Diego sintió los pasitos cortos y el roce de la tela en el suelo antes de darse vuelta y divisar a la monja.

—¿Cómo está mi tía preferida? —La besó con cariño y luego la abrazó. La mujer lo permitió, como siempre que estaban a solas.

—Gracias por venir, hijo. —Lo miró al rostro y un gesto de reprobación apareció en su mirada.

—¿Qué pasó que me miras así? —Se sintió de nuevo un niño, como cuando ella lo reprendía luego de una travesura—. ¿Qué hice ahora? ¿También me dirás que tengo que afeitarme? —sonrió, dado que para llegar rápido el encuentro no se había rasurado.

—Ya hablaremos tú y yo. —Sor Renunciación lo tomó del brazo y lo condujo hacia el banco que estaba sobre la pared. Una vez sentados preguntó:

—¿Te acuerdas de aquella muchacha que te pedí que ayudaras a salir de aquí?

—Era eso —contestó Diego—. ¿Hay alguna otra reclusa a quien quieres ayudar?

—No, no se trata de eso —replicó sor Renunciación—. ¿La recuerdas?

—Vagamente —dijo él—. Ni siquiera recuerdo su nombre. ¿Qué hay con ella? ¿Volvió a caer por acá?

—Te contaré una historia —comenzó la monja y Diego la escuchó por respeto, porque no entendía qué tenía que ver él con todo aquello—. Cuando llegamos aquí y las hermanas de la Orden del Buen Pastor nos hicimos cargo de la prisión, entre todas las internas hubo una que despertó mi curiosidad. Era una jovencita, casi una niña, hermosa como un ángel y extremadamente sola. No hablaba con nadie, apenas comía y no recibió jamás, en los casi cinco años que estuvo encerrada, una visita. —La monja hablaba mientras mantenía la vista fija en la pared y Diego no se animó a interrumpirla—. Me interesé por ella y me sorprendí del motivo de su encarcelamiento: había matado a un hombre. No lo podía creer, era tan bella, tan pequeña, que dudé de que fuera cierto. Tiempo después, cuando logré su confianza, ella misma

me confesó haberlo hecho. La muchacha había sufrido mucho, desarraigada de su familia de España siendo apenas una niña, con un padre trabajador y una madre autoritaria y golpeadora, tanto que hasta a su padre atacó una vez. —Diego se había interesado en el relato, como un infante con un cuento—. Luego de la pelea el padre se fue del conventillo, dado que eran muy pobres y vivían hacinados en un cuarto de escasas dimensiones, con la promesa de volver. La madre la hizo trabajar desde pequeña, limpiando teatros y mugre ajena, y la niña dejó atrás la infancia sin darse cuenta. Hasta que la madre trajo un hombre a la casa que se transformó en su padrastro. A la muchacha no le gustaba ese sujeto a quien más de una vez sorprendió mirándola con lascivia. Una vez, luego de una fiesta en el conventillo, el padrastro quiso besarla y ella logró escapar. Cuando le contó a su madre esta no le creyó y hasta la acusó de provocarlo. A partir de entonces la niña intentaba no estar a solas con él, sin embargo, la fatalidad quiso que se encontraran. El hombre la acorraló contra la pared y empezó a manosearla, hurgando con su boca y con sus dedos en la intimidad de la jovencita a quien deseaba como a nada en el mundo. Ella intentó repelerlo y él la golpeó mientras intentaba violarla. La muchachita sacó fuerzas de donde no tenía y logró tomar un cuchillo con el que lo mató. El resto, querido sobrino, puedes imaginarlo. Vino a parar aquí y ni siquiera su mamá se apiadó de ella.

—Es una triste historia, tía. ¿Pero qué tiene que ver conmigo? —inquirió Diego, conmovido por el relato.

—Esa es la muchacha que tú salvaste de envejecer en prisión —develó al fin.

—Si fue como tú cuentas, no merecía estar encerrada —coligió—. ¿Y la madre?

—La madre nunca la perdonó y desapareció del conventillo llevándose a la pequeña, porque mi niña tenía una hermana que nunca pudo recuperar.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —insistió.

—Porque esa muchacha ha sufrido demasiado y ahora que tiene la posibilidad de rehacer, o al menos, de recomponer su historia, no deseo que tú la echés a perder —dijo sor Renunciación, con su mirada de reproche.

—No entiendo, tía. —Diego se levantó y dio unos pasos por el reducido recinto, tenía las piernas entumecidas de estar tanto tiempo sentado.

—Cuando la muchacha salió de aquí hubo otra persona que la ayudó. —La historia volvía a comenzar—. Una mujer que visitaba a las internas se sintió conmovida por Prudencia por razones...

—¿Cómo dijiste? ¿Prudencia? —inquirió Diego, pues ese nombre le resultaba familiar. ¿No había sido Lucy quien se había dirigido así a Victoria? Sí, ahora lo recordaba, y cuando él le había preguntado a la jovencita por qué la había llamado así esta le había dicho: “Le dije que me llamaba Prudencia. ¿O acaso cree que le diría mi verdadero nombre?”. Él se había conformado con la respuesta, aunque en ese momento una alarma sonaba en su cabeza.

—Sí, Prudencia Fierro Rodríguez —dijo la monja—. Te decía que una mujer, por motivos que luego tú mismo dilucidarás, se apiadó de ella y se convirtió en su benefactora. La llevó a su casa, le dio una parentesco falso, la pulió como a una piedra preciosa, esperando hacer de ella una verdadera dama, con la esperanza de que llevara una vida normal y fuera feliz.

—Sigo sin comprender qué tengo que ver con todo esto —espetó Diego, acalorado por el encierro de aquella habitación.

—Prudencia, de baja extracción social, logró insertarse en los grandes salones y estar a la altura de cualquier otra jovencita. La muchacha solo desea olvidar su pasado y hallar a su hermana, que por este tiempo debe tener nueve años. Su benefactora solo desea verla instalada y bien casada, aunque dudo que sea eso lo que Prudencia desee, porque mucho me temo que tiene pánico a los hombres y no se fía de ellos. —La monja lo miró a los ojos—. Y aquí, querido don Juan, es donde entras tú, que con tus actitudes estás poniendo en duda la reputación de Prudencia.

Un ligero calor subió desde el pecho hasta el rostro de Diego, que a tenor de las últimas revelaciones tuvo un extraño presentimiento.

—¿Qué dices, tía?

—Que Prudencia es Victoria Moro Bayón.

Salió aturdido de la prisión y caminó sin rumbo por las calles de Buenos Aires. Todo cerraba. De repente, todas las piezas del rompecabezas encajaban a la perfección.

—Deja de perseguir a Victoria —había dicho tía Agostina—. Ya sufrió demasiado para cargar ahora con el mote de mujerzuela. Si tus intenciones no son serias, ve a revolcarte por ahí con otra.

—¡Tía! —había replicado él, aunque sabía que la mujer no tenía pelos en la lengua cuando de los suyos se trataba, y al parecer había tomado partido por Victoria.

Llegó hasta el puerto y se sentó sobre un promontorio a contemplar el atardecer. Las gaviotas se lanzaban en picada sobre las aguas mansas en busca de alimento mientras la luz del día iba menguando. Ya no se veían las pequeñas embarcaciones que traían pasajeros de los barcos de gran calado

que, por no poder ingresar al puerto de Buenos Aires, lo hacían en Montevideo.

Diego padecía una confusión de sentimientos encontrados: una desconocida sensación de protección hacia Victoria y una honda furia arrolladora hacia el hombre que la había atacado.

Imaginaba a la jovencita, cinco años atrás, apenas una niña, en manos de un degenerado, y la rabia se apoderaba de él. Estrujó el cigarro entre sus dedos sin sentir el calor que lo quemaba y fantaseó que se trataba de ese sujeto, que bien muerto estaba. Pensó en Victoria acuchillando a un ser humano y las tripas se le revolvieron. Ahora entendía el porqué de su actitud defensiva, su presencia en el *cabaret* de Lucy, armada. Ella le había dicho que buscaba a alguien, coligió que debía ser a su hermana. Sintió deseos de correr a casa de doña Leonides, abrazarla y ofrecerle su protección y ayuda. “Nunca nadie más volverá a lastimarte, Victoria”, se dijo. Quedó largo rato contemplando las aves, hasta que la noche lo envolvió y solo la luz de las estrellas y el reflejo de la luna sobre las aguas mansas quedaron como testigos de su ánimo abatido.

Volvió caminando hacia la casa, que halló dormida, y sin comer, dado que no tenía apetito, se tiró con ropa y zapatos sobre la cama, anticipando el reproche de Tita. Movidito por el cariño hacia esa mujer se quitó el calzado y con los brazos bajo la cabeza rememoró cada uno de los detalles de los momentos vividos junto a Victoria. Haciendo memoria, varios indicios podrían haberlo llevado a la verdad tempranamente. Sin embargo, se había obnubilado tanto con su hermosura que había soslayado las pequeñeces.

Pensaba en doña Leonides y comprendía su actitud: Victoria se parecía a su difunta hija, a quien él había visto en dos o tres ocasiones. Aunque el motivo de la mujer podría ser considerado egoísta, lo cierto era que doña Leonides se había arriesgado a meter en su casa a una extraña que cargaba sobre sus espaldas una muerte.

Diego encendió un cigarro y fumó con apatía. Entendía el recelo de Victoria, su aparente frialdad, sus miradas ausentes y la falsía de sus palabras y actitudes cuando estaba frente a extraños. Él conocía a la verdadera Victoria, o Prudencia, la jovencita valiente cuyos únicos temores eran las tormentas y los hombres. Pese a lo inapropiado de la hora pensó en correr hacia la casa de doña Leonides, llegar hasta la habitación de Victoria y acunarla entre sus brazos, brindándole el cariño y la protección que tanto le habían negado.

Su durmió casi al alba y luego de escasas horas de sueño se dio un baño rápido y se afeitó, recibiendo por parte de Tita una sonrisa de complacencia cuando le sirvió el desayuno.

—Ahora sí estás guapo —dijo la mujer.

Cruzó a su madre en el vestíbulo, a quien saludó con un beso y partió a buscar el coche. Se hizo conducir a la casa de doña Leonides. La mucama le abrió asombrada por lo inadecuado de la hora para una visita inesperada.

—Vengo a ver a la señorita Victoria —anunció, quitándose el sombrero.

—La señorita no está, salió temprano —respondió la muchachita sin dar mayor información.

—¿Y la señora? —intentó.

—Sí, está en el jardín cuidando sus flores —lo condujo hacia la sala de recibo y le ofreció asiento.

Al rato apareció doña Leonides y sonrió desde la puerta.

—Diego, buenos días. —Se acercó arreglando su falta—. Perdone mi aspecto, no esperaba visitas.

—Lo siento —se excusó—. Estaba cerca y me dejé llevar por el impulso de ver a su sobrina. —No tenía sentido mentir, después de todo doña Leonides no tendría por qué asombrarse luego de los rumores que circulaban en torno a ellos.

—Espero que sus intenciones sean serias, Diego, las habladurías no me gustan. —El hombre no respondió, sabía que no estaba a la altura de las expectativas de la viuda—. Victoria salió temprano —manifestó—. Si quiere puede volver por la tarde.

—¿Le molesta si la espero? —Parecía un adolescente, ansioso y primerizo, y la mujer se enterneció. Tal vez Diego Alcorta había resuelto poner fin a su vida de calavera y sentaba cabeza junto a Victoria. De ser así ella no se opondría, siempre que la muchacha estuviera de acuerdo.

—Si va a quedarse ayúdeme con el jardín —desafió la dama—. Hay unas cuantas macetas muy pesadas que quiero cambiar de sitio y varias para trasplantar.

Cuando Victoria llegó halló a Diego Alcorta, de rodillas en el patio trasero, con las manos llenas de tierra y la camisa arremangada, trabajando afanosamente junto a su tía que, arrodillada sobre un almohadón, daba órdenes.

El estupor de la muchacha dio paso a la sonrisa cuando escuchó:

—Usted podrá saber mucho de leyes y estrategias —dijo refiriéndose a los planes que Alcorta le había relatado que se gestaban en la Unión Cívica—,

pero de plantas no tiene idea.

—Solo sé escoger flores hermosas para obsequiar a bellas muchachas —respondió él.

—¡Usted nunca cambiará, Diego! —dijo doña Leonides—. ¡Pobrecita la dama que se enamora de usted!

Diego se pasó las manos por la frente y al girar para tomar un gajo que había en el suelo divisó a Victoria ante la puerta que daba al patio.

—Señorita Victoria —dijo a modo de saludo.

—¡Hija! No sabía que habías vuelto —pronunció la tía poniéndose de pie con ayuda del hombre—. El señor Alcorta se quedará a almorzar. Mientras te esperábamos se ofreció a ayudarme con el jardín.

—Buenos días, señor Alcorta.

—¿Encontraste lo que buscabas? —preguntó doña Leonides.

—No, aunque traje una similar. —Victoria había puesto como excusa que necesitaba un tela de seda color melón para que la modista le confeccionara un vestido. En realidad había ido a encontrarse con Lucy en la calle Florida, dado que la joven le había enviado una nota requiriéndola. Luego de la reunión Victoria se dio cuenta de que había sido estéril. Nada nuevo había aportado la madame, aunque sí le había dado gusto verla.

—Iré a asearme —anunció la muchacha—. Los veré en el comedor.

Diego y doña Leonides finalizaron su tarea y después de higienizarse el hombre la condujo del brazo hasta el salón donde la mesa estaba dispuesta.

La actitud de Diego desconcertó a Victoria. No la miraba con esa ansia animal que hablaba de un deseo reprimido sino con otros ojos, como si quisiera penetrar en su alma.

Durante la comida la jovencita habló poco, lo necesario para responder las preguntas que le dirigían directamente, y apenas probó bocado. No sabía si prefería al Diego Alcorta acosador o a este otro que la miraba como si la viera por primera vez e intentaba transmitirle algo que iba más allá de su habitual deseo sexual.

Doña Leonides también percibió el cambio en la actitud del hombre y se dijo que tal vez sus intenciones fueran serias.

Después del almuerzo la dueña de casa concedió darle una oportunidad a Alcorta, y en contra de toda regla de moralidad, se retiró a dormir la siesta, dejándolos solos.

Victoria se sorprendió y la interrogó con la mirada, pero la tía no respondió más que con una leve sonrisa.

Al quedar solos en la salita donde habían bebido el café, Victoria no supo qué hacer; temió la habitual avanzada de ese hombre que la ponía nerviosa y se restregó las manos con impaciencia.

Diego se sentó en el canapé a su lado y se las tomó. En contra de lo esperado se mantuvo en su sitio y el único contacto fue el de sus dedos. El hombre le buscó los ojos y cuando sus miradas se hallaron, él habló:

—Victoria, una vez me dijiste que buscabas a alguien. —Ella se tensó, sorprendida por sus palabras—. Quiero ayudarte a encontrar a esa persona. —La muchacha le rehuyó la vista que ante el recuerdo de la hermanita comenzó a nublarse—. Victoria —repitió Diego con voz grave—. Sabes que puedes confiar en mí.

—¿Por qué habría de hacerlo? —inquirió ella con nostalgia.

—Porque jamás te haría daño —musitó—. Eso lo sabes. —Diego se acercó más y la jovencita se alertó; no quería que retomara su actitud de conquista, lo prefería así, sereno, protector—. Déjame ayudarte, Victoria.

—¿Por qué de pronto cambió su actitud conmigo? —A ella misma sorprendió la pregunta—. ¿Por qué desea ayudarme?

—Porque no quiero que vuelvas a meterte en sitios como el burdel donde te encontré aquella vez. —Ella se ruborizó ante el recuerdo—. ¿Qué habría ocurrido si yo no llegaba para rescatarte?

Victoria pensó que cargaría con otra muerte en su haber, no hubiera permitido que ese sujeto la violara, de algún modo habría sacado el cuchillo para defenderse. En cambio, dijo de mal modo:

—Creo que ya le di las gracias por su intervención.

—¡No seas orgullosa conmigo, Victoria! —pidió Diego, mirándola con sus ojos hermosos donde la chispa habitual había sido opacada por la pesadumbre—. ¿Por qué no podemos ser amigos?

Victoria se desconcertó. ¿Diego Alcorta pidiendo su amistad? No lo creía. Desde el inicio él había intentado llevarla a la cama. ¿Por qué ahora se mostraba tan diferente, como si una pena enorme le doblara la espalda? “Yo no puedo ser su amiga”, meditó. “Yo lo amo”. Pese a todo, Victoria se sentía segura en su compañía, sabía que él la protegería del resto y lo único que la angustiaba era que él no la quisiera. Victoria conocía su fama de mujeriego, hombre libre y sin ataduras, y pronosticaba que jamás sería fiel a una mujer por mucho que la deseara.

—¿Qué dices, Victoria? —insistió él tomando nuevamente sus manos, que ella le había quitado al inicio de la conversación. Ese suave contacto, casi fraternal y despojado de deseos, le erizó la piel. Diego tenía las manos



grandes y tibias, sus dedos acariciaban los suyos con una ternura insospechada en un hombre como él—. ¿Permitirás que te ayude? Dime a quién debo buscar y prometo que traeré a esa persona a tu lado en poco tiempo. —Sus ojos se encontraron y los de la joven se llenaron de lágrimas que embellecieron su mirada—. Ven, pequeña, ven. —Diego la atrajo hacia sí por los hombros. La abrazó contra su pecho y le acarició los cabellos que esa tarde llevaba sueltos a la altura de los hombros. Ella lo dejó hacer y se acurrucó en el hueco de su cuello, oliendo su perfume, sin reconocer que era uno exquisito traído de París—. Lloro todas tus lágrimas reprimidas, Victoria, deja salir tu tristeza. Yo estaré aquí para sostenerte. —Sus palabras la fueron calmando, su pecho se fue aquietando a medida que las manos de Diego acariciaban su espalda y sus labios besaban sus cabellos.

Luego de un rato Victoria elevó el rostro y vio que le había mojado la ropa.

—¡Perdón! —murmuró—. Moje toda tu camisa. —Sin darse cuenta lo había tuteado y él sonrió.

—Es la primera vez que me tratas de tú. Ese será nuestro secreto. —Le acarició la mejilla, suave y cálida, y por primera vez ella aceptó sin rehuirle la mirada—. Ahora dime a quién debemos buscar y te prometo que hoy mismo iniciaré la investigación. —Victoria ensombreció la mirada y él adivinó el motivo—. No te haré preguntas, Victoria, no tendrás que darme ninguna explicación si tú no quieres.

La jovencita decidió confiar en él. Reconocía que jamás hallaría a su hermana sin ayuda. ¿Qué podía perder? Se puso de pie y dio algunas vueltas por la sala, sintiendo el peso de la mirada masculina.

—Es una niña —dijo al fin—. Tiene nueve años y se llama Pura. —Al pronunciar su nombre en voz alta vinieron a su mente los recuerdos de la pequeña y tuvo que reprimir el llanto.

A continuación Diego le formuló algunas preguntas en torno a las últimas noticias de la niña y Victoria le dijo todo lo que sabía.

—Pura es pariente de... —comenzó ella para explicar el porqué de su urgencia en hallarla.

—No hace falta, Victoria —interrumpió él acercándose—. Dije que no habría preguntas. —Ella bajó los ojos y musitó:

—Gracias, señor Alcorta.

—Señor Alcorta, no —corrigió—. Dime Diego.

—Gracias, Diego. —El hombre se inclinó desde su altura y le dio un beso en la mejilla antes de partir.

—La encontraremos —dijo desde la puerta.

## Capítulo 41

Cuando Andrés llegó a la estancia donde sabía que estaba Roberta lo primero que vieron sus ojos azules fue la mujer amada. Ella caminaba hacia el interior por un caminito trasero y si bien la distancia le impedía verle el rostro, reconoció en su andar el paso seguro y digno de Roberta.

La cintura, otrora grácil, había cedido paso a una redondez que hablaba de nido, y se emocionó al punto de nublársele la visión y secársele la boca. Sofrenó el impulso de correr hacia ella y decidió actuar según lo previsto.

Panchito, que montaba a su lado, adivinó la ansiedad de su patrón y se compadeció de él. Él también estaba enamorado y podía comprenderlo.

Andrés se había demorado unos días en acudir en busca de Roberta, antes quería tener todo resuelto para su estadía en casa de Florence. Por ello había acondicionado, con la ayuda de la francesa, un cuarto especialmente decorado para la futura parturienta, donde no faltaba la cuna de madera que había mandado construir ni los afeites necesarios para la llegada de una criatura.

Avanzaron hacia la entrada principal y aguardaron a ser atendidos dado que los perros anunciaron con sus feroces ladridos la presencia de forasteros.

Un hombre, seguramente un peón a juzgar por su aspecto y actitud, salió de un cobertizo próximo a la casona y caminó con gesto de fastidio ante la interrupción de sus tareas.

—Buenas —saludó arrastrando las letras.

—Buen día —dijo Andrés que ya había desmontado—. Soy Andrés Alcorta, vecino de por aquí, y ando buscando al patrón.

El hombre los estudió antes de decir:

—Si es por trabajo, no hay, está todo completo. —Aunque las ropas y la postura del visitante no daban indicios de que estuviera desempleado.

—Es otro asunto el que me trajo hasta acá.

El jornalero repitió el gesto de hartazgo y caminó hacia la casa, dejándolos a pleno sol, aun a riesgo de ser descortés.

Panchito comenzó a husmear en los alrededores mientras buscaba con los ojos al objeto de sus desvelos. El que los había recibido reapareció y les

indicó que lo siguieran.

—Tú quédate aquí —dijo Andrés al muchacho.

Alcorta ingresó por un pasillo lateral que conducía a una especie de bodega; un lugar lúgubre, con olor a humedad y por un momento dudó de seguir avanzando. Cuando llegaron a destino divisó la figura de un anciano inclinada sobre una mesa. En un rincón, una lámpara de aceite esparcía una tenue luz amarillenta sobre el pupitre sobre el cual el viejo entretejía tientos cortados a navaja. Sobre un estante, varios frasquillos brillaban al reflejo del candil. A la derecha del hombre un frasco destapado emanaba un extraño olor desagradable que inundaba el ambiente.

Andrés elevó los ojos y vio que del techo colgaban varias liebres y una que otra mulita, que el anciano disecaba para sus artesanías.

Alcorta juzgó que el pasatiempo debía ser realizado en un sitio más aireado y a plena luz, sin embargo su anfitrión lucía a gusto y reconcentrado en la tarea.

Al sentir su presencia el hombre habló sin dirigirle la mirada.

—Así que usted quería verme, señor Alcorta. —Su voz y su tono hablaban de soberbia, de hombre acostumbrado a mandar y ser obedecido sin titubear.

—Así es, señor López Cernadas. —Andrés avanzó unos pasos y entró en el círculo de luz de la lámpara—. Siempre quise trabajar el cuero —añadió observando de cerca el fino trabajo que los dedos ágiles del anciano realizaban—, pero nunca tuve la destreza necesaria.

—No es destreza lo que hace falta, señor Alcorta, sino paciencia.

—Carezco del don —sonrió Andrés.

Al fin el viejo alzó la vista y lo estudió sin disimulo. Debió gustarle lo que vio porque su semblante emblandeció levemente.

—Supongo que no vino para que le enseñe a curar el cuero.

—No me andaré con vueltas, señor —contestó Andrés ganándose el respeto del otro—. Usted tiene trabajando entre su gente a mi mujer —hizo una pausa, aguardando la interrupción que no llegó. Impulsado por su ansiedad largamente dominada, Andrés relató a ese desconocido toda su historia. Al finalizar lanzó un suspiro de alivio—. Vine a llevarla conmigo, aunque no sé si ella estará dispuesta a seguirme.

—Eso tendrá que resolverlo con ella, Alcorta —dijo el viejo sin revelar en su rostro su íntima opinión—. Si Roberta quiere irse, no me opondré, ella no es esclava en esta casa.

—Agradezco su actitud, señor López Cernadas —y acercándose al anciano como un niño que busca el perdón a una ofensa, inquirió—: ¿Usted cree que querrá venir?

—Si tiene tantas dudas, *m'hijo*, es que no confía en el cariño de su china.

Andrés se ofuscó por unos instantes, para recuperarse al momento y decir con voz firme:

—Vendrá conmigo. —Luego de un rato de conversación banal don Segundo lo guio hasta la casa.

Salieron al sol del mediodía, bordearon los fondos pasando debajo de una parra que cubría con sus ramas el espacio aéreo sobre sus cabezas para terminar enroscada en un tronco de pino y siguieron a paso lento hasta ingresar a la cocina. Las muchachas enmudecieron de repente al ver al viejo, que pocas veces se aventuraba hasta los dominios de las domésticas.

—¿Dónde está Roberta? —inquirió el anciano. Las mujeres intercambiaron miradas de asombro, preguntándose quién sería ese apuesto hombre de ojos azules.

—Se tomó el descanso del mediodía, le dolían las piernas —justificó Marita.

Andrés se sintió culpable, su mujer, en estado de embarazo y con las piernas llenas de varices a causa del peso, tenía que trabajar limpiando mugre ajena por su irresponsabilidad.

—¿Está en el cuarto? —preguntó don Segundo.

—No —replicó Nina—. ¿Quiere que la busque? —ofreció.

—Mejor acompaña al señor adonde se encuentre la muchacha —y dirigiéndose al visitante dijo—: Espero que solucione su problema, Alcorta. —Extendió su mano firme en un apretón sincero—. Y cuando guste venga que le enseñaré a trabajar el cuero.

—Gracias —replicó Andrés, aliviado y reconfortado por la actitud del viejo—. Prometo que vendré.

La muchacha lo condujo por un caminito abierto entre los pastos que crecían en los fondos de la casa. Su corazón palpitaba a ritmo acelerado, su camisa estaba sudada y no sabía qué actitud desplegaría Roberta. La joven que lo precedía se daba vuelta de vez en cuando para mirarlo, con una sonrisita burlona y curiosa.

Andrés avistó un árbol enorme y sus oídos se deleitaron por la melodía que venía flotando en el aire. Era una canción de cuna vulgar y sin misterios, aunque en labios de Roberta sonaba a sinfonía. La muchacha que lo guiaba se detuvo y señalando con la mano murmuró:

—Ahí la tiene.

—Gracias. —Andrés la vio alejarse y se quedó contemplando a esa mujer que pronto iba a darle un hijo. Los ojos se le llenaron de lágrimas al ver la dulzura que reflejaba la imagen de Roberta acariciando su vientre abultado a la par que su voz apaciguaba su alma.

Andrés avanzó unos pasos y ella lo vio. La cara de la mujer se transformó pasando de la sorpresa al temor y de allí al enojo. El hombre se precipitó hacia ella y se arrojó a su lado sin darle tiempo a levantarse. Apoyó su mano sobre el vientre mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas como si fuera un niño.

—¿Por qué, Roberta? ¿Por qué huiste de mí? —preguntó con pena—. ¿Cómo me ocultaste que íbamos a tener un hijo?

Las palabras se atragantaron en la boca de la muchacha y quedó inerte. El rictus amargo de su gesto se fue borrando para dar paso a la angustia largamente reprimida. La sorpresa del reencuentro era tal que le impedía recitar el discurso tantas veces repetido en su mente por si llegaba el momento.

—Nunca más huirás de mí, Roberta, nunca más —dijo Andrés besándole la panza—. Somos una familia ahora.

El hombre elevó los ojos que se encontraron con los de ella, fijos e inexpresivos:

—¿Es que ya no me amas? —Había tanta decepción en su mirada que ella no logró aguantar la farsa que había inventado. Prorrumpió en un llanto inesperado que la convulsionó por entero, tanto que él se asustó al no poder detenerla ni con sus besos ni sus palabras. Andrés la atrajo hacia sí y la acarició con devoción hasta que Roberta vio agotadas sus lágrimas.

—Ya está mi amor, ya está —consoló besando sus párpados hinchados y secando sus mejillas—. Cuéntame, ¿cuándo nacerá nuestro hijo? —La luz brilló en los ojos azules y ella comprendió que no podría alejarse de él otra vez ni quitarle la felicidad que significaba la paternidad.

—En abril —respondió hipando.

—Es un hermoso mes, amor mío. —Le tomó las manos, las acarició y las besó una por una, dedo por dedo—. Vamos a casa, Roberta —dijo con tono cansado. Ya habría tiempo para preguntas y reproches.

Se puso de pie y extendió el brazo para ayudarla a incorporarse. Caminaron de la mano hacia la casa, donde el grupo de mucamas aguardaba ansioso. Al verlos avanzar con ese halo romántico que los rodeaba, todas suspiraron, algunas de alegría, otras de envidia. No todas tenían la suerte de

que un príncipe de ojos azules viniera a rescatarlas de la rutina de la servidumbre.

Marita se acercó a Roberta y la abrazó, enterneciéndola con el gesto.

—Es él, ¿verdad? —le preguntó al oído. Roberta asintió y la otra descansó su rostro en el cuello—. ¿Te irás?

—Sí —respondió la embarazada. En ese tiempo, a pesar de la brevedad, Marita había sido una buena amiga—. No llores, volveremos a vernos.

—¿De verdad? —inquirió la muchacha, con los ojos húmedos.

—De verdad.

Las otras se acercaron una por una y se despidieron de Roberta para volver a sus tareas. Andrés se mantuvo a un costado, aguardando, contento al ver que su mujer había vivido en un lugar donde la apreciaban.

Roberta estaba turbada, la emoción del reencuentro, la despedida y la incertidumbre por el futuro la volvían torpe e inexpresiva. Dirigió una mirada a Andrés y este se acercó.

—¿Qué ocurre, mi amor? ¿No quieres venir conmigo? —Ella bajó los ojos—. ¡Roberta, por favor, mírame! —Habían quedado solos en la cocina y Andrés la tomó por los hombros. Ansiaba abrazarla, besarla y demostrarle cuánto la había añorado, pero temía asustarla aún más—. ¿De qué tienes miedo?

Roberta lo miró al fin:

—¿Qué ocurrirá conmigo, Andrés? ¿Adónde piensas llevarme? —Tenía tantas dudas, tantos temores, que no sabía cómo expresarlos.

—Por el momento iremos a la estancia de unos amigos, buenos amigos —comenzó Andrés—. Acondicioné una habitación para ti y el bebé —agregó entusiasmado—. Ya verás qué bonita quedó, mi amor.

—¿Y tú? ¿Y tu esposa? —Nunca había querido presionarlo, pero ahora era diferente. Luego del ataque por parte de Manuela la muchacha se sentía indefensa y ansiaba seguridad.

—Todavía no he resuelto el tema, mi amor —reconoció él—. Te prometo que no será por mucho el tiempo que vivamos separados. Iré todos los días a verte hasta tanto consiga arreglar las cosas con Manuela. —Tomó su rostro entre sus dedos—. Te amo más que a nada en el mundo, Roberta, este tiempo sin saber de ti fue una tortura. —Ella aflojó la tensión de sus músculos y su rostro se relajó. Andrés aprovechó para apretarla contra su pecho, gesto tan simple y que tanto había ansiado—. No imaginas cuánto te añoré, amor mío, cuántas noches padecí pensando en dónde estarías, quién te cuidaría, por

Dios, Roberta, ¿por qué no acudiste a mí? Sé que lo que hizo Manuela fue atroz, pero debiste avisarme —reprochó.

—¿Qué hubieras hecho, Andrés? —inquirió con indicios de rencor—. ¿La habrías denunciado? —él vaciló—. ¿Lo ves? Yo era tu amante, nada más que eso.

—¡No digas eso! —reprochó él—. ¿Qué importa el nombre que le demos a las relaciones? Yo te amo a ti, no a ella.

—Pero con ella estás casado. —La firmeza de la afirmación lo golpeó en el rostro.

—Lo sé, no me lo recuerdes. —Andrés volvió a abrazarla intentando suavizar la situación—. Olvidemos todo eso, Roberta, por favor. Miremos hacia delante ahora.

Ella elevó la vista y vio el rostro amado con verdaderos signos de cansancio y desazón. Decidió darle una tregua.

—Está bien, Andrés —replicó en voz baja—. Miraremos hacia delante aunque el futuro sea incierto.

—No será incierto, mi amor —contestó con nuevos bríos—. Yo estaré a tu lado y juntos asistiremos al nacimiento de nuestro hijo. Ya veré qué puedo hacer con Manuela. Te aseguro que no volverá a molestarte. —Había tal determinación en su rostro y sus palabras que Roberta le creyó.

La acompañó al cuarto que compartía con las muchachas y la observó juntar sus escasas pertenencias mientras él estudiaba el sitio y veía con qué poco se conformaba. Los camastros estaban pegados unos a los otros y solo había un armario para meter toda la ropa de las mucamas. Por ello habían debido colgar unos estantes donde se apilaban vestidos y afeites.

Cuando Roberta finalizó, él tomó el bolsón y salieron en dirección a la cocina, donde Marita la aguardaba para darle el abrazo final.

—Ni bien pueda te avisaré dónde estoy —prometió Roberta—. Así vienes a verme cuando te den descanso.

—Allí estaré, Roby —contestó la muchacha.

Salieron al patio y Roberta vio a Panchito. Supo de inmediato que había sido él quien había develado su paradero. Al llegar a su lado, el jovencito le sostuvo la mirada; ni un ápice de arrepentimiento brillaba en sus ojos negros.

—Hola —musitó ella, sin vestigios de enojo.

—Buen día, señora —respondió Panchito.

Andrés la ayudó a montar a la mujeriega y él montó detrás. A paso lento emprendieron el camino hacia la nueva vida.



## Capítulo 42

—Apresúrate, madre, no quiero llegar tarde a la ceremonia —dijo Remedios de mal modo.

El viaje hasta La Plata le resultaba largo y tedioso, aunque no se perdería por nada del mundo la oportunidad de aguar la fiesta a Diego. Se había enterado por una de las mucamas de doña Leonides que su primo había invitado a Victoria y a su tía a la inauguración del Teatro Argentino.

Corría el mes de noviembre de 1890 y la capital de la provincia, fundada pocos años atrás, ya era una sólida realidad urbanística, política y económica. Tenía una sociedad propia, orgullosa de su radicación, que se jactaba de sus calles iluminadas con electricidad.

En 1884 había aparecido el diario *El Día*, y se habían inaugurado las obras para el Museo de Ciencias Naturales supervisadas por Francisco P. Moreno. En ese mismo año se había fundado el Colegio Provincial y en 1885 se había publicado la *Revista de La Plata*.

En 1887 en el Teatro Apolo había debutado la actriz Sara Bernhardt, y el payador Gabino Ezeiza, con su teatro de títeres, había convocado a grandes multitudes.

Esa noche se inauguraba el Teatro Argentino con la puesta en escena de *Otelo*, acontecimiento lírico que daría inicio a una larga trayectoria. La ciudad de las diagonales, emplazada junto al puerto de la Ensenada, perfumaba su aire con el aroma de los tilos que bordeaban sus calles.

Muchos integrantes de la alta sociedad porteña se congregarían esa noche en el recién inaugurado palco diseñado por el italiano Rocchi. Entre ellos, Victoria, conducida por el brazo fuerte y musculoso de Diego Alcorta, que había negado sus placeres a Remedios desde que había sido hechizado por los ojos grises de la jovencita.

Remedios no se resignaba a creer los rumores que circulaban por ahí en torno a la pareja, se decía que él la había pedido en matrimonio. No admitía que Diego, su Diego, hubiera cedido al compromiso.

Subió al coche junto a su madre y durante todo el viaje, que duró más de una hora, no musitó palabra. Doña Mercedes no comprendía el malhumor de su hija, ni siquiera lo asociaba a su sobrino dilecto.

La noche era cálida y despejada, y al arribar al teatro ya varios coches aguardaban su turno. Cuando las mujeres lograron ingresar al espacioso salón varios rostros conocidos les sonrieron y Remedios buscó con la mirada al objeto de su deseo. De inmediato sus ojos se toparon con Victoria, que lucía hermosa en su juventud y ese halo de inocencia que la circundaba. Llevaba un vestido color malva, ceñido a la cintura y con un escote pronunciado cubierto por encaje en un tono más claro, que dejaba adivinar su piel blanca y tersa. El cabello lo tenía recogido detrás de la nuca y lucía en su cuello grácil una gargantilla en cuyo centro brillaba un topacio que confería a sus ojos grises una tonalidad verdosa. Los guantes de seda le llegaban casi hasta el codo, donde el brazo de Diego se cerraba en torno al delgado de la muchacha. Al lado estaba doña Leonides, tomando el otro brazo de Alcorta.

Remedios sintió el aleteo de los celos en su interior y se juró destruir a esa mujer. El trayecto de su mirada encontró otro par de ojos que se fijaban en Victoria y descubrió la misma mueca de despecho en el rostro de Marcos García Moro.

Remedios lo había conocido en el baile del Club del Progreso y advirtió que el hombre tenía los ojos puestos en Victoria. Se desembarazó de su madre y se dirigió hacia él.

—Señor García Moro —saludó con afectación—. Soy Remedios Ruiz Díaz, nos presentaron en el Club del Progreso hace apenas un mes.

—La recuerdo, señora —dijo Marcos besando su mano y mirándola con curiosidad, a la vez que pensaba que su verdadero apellido era demasiado vulgar, notando que la dama se apellidaba Ruiz, como él. Asimismo se preguntaba qué la habría inducido a acercársele, no era habitual que una mujer se dirigiera sola y de esa manera hacia un desconocido.

—¿Está solo? —inquirió Remedios.

—Sí —contestó Marcos.

—Con mi madre tenemos un palco —anunció con una pícara sonrisa—. ¿Le gustaría acompañarnos?

—Será un placer.

Doña Mercedes ya no se sorprendía de nada, acostumbrada a las conductas inapropiadas de su hija. Recibió al desconocido que compartió el palco con ellas y desplegó la distinción de un caballero.

El teatro constaba de cinco niveles, con palcos y galerías, pudiendo albergar hasta mil quinientos espectadores.

Ese 19 de noviembre, octavo aniversario de la joven ciudad de La Plata, se estrenaba su primera obra, *Otelo*, una de las obras maestras de Giuseppe Verdi. La interpretarían la soprano Elvira Colonnese y el tenor José Oxilia.

En un palco cercano Victoria disfrutaba de la escena que se desarrollaba sobre el escenario, unos cuantos metros más abajo. Esa noche se sentía feliz luego de muchos meses de angustia. Diego le había demostrado que podía comportarse como un caballero, y si bien en el fondo extrañaba sus intentos de seducción y sus besos, se decía que era mejor así, porque él nunca la amaría.

Diego le había dicho que estaba cerca de dar con el paradero de Pura, y Victoria estaba con el alma en vilo. Doña Leonides se contentaba que Alcorta visitara la casa con frecuencia, sin dar crédito a los rumores ni molestarse por ellos. La mujer intuía los sentimientos de la jovencita hacia el abogado y sospechaba que él se estaba dejando hechizar mansamente por la inocencia y hermosura que emanaba de Victoria. Para la señora solo era cuestión de tiempo que Alcorta pidiera la mano de Victoria.

Diego, por su parte, hacía enormes esfuerzos para contenerse y no voltear a Victoria sobre la alfombra cuando, luego del café, la tía los dejaba un momento a solas. Sin embargo, se había prometido no lastimarla más, ya demasiado había padecido desde su infancia.

Victoria, novata en cuestiones de ópera, estaba reconcentrada en la escena, los ojos fijos, las manos sobre el regazo. Transcurría en el segundo acto y la muchacha aún se hallaba atrapada por el dueto de amor del primero. Uno de los personajes más atractivos era Iago, interpretado por un barítono. Diego la miraba de reojo y se sentía cada vez más atraído hacia ella. Lucía tan bella y serena como un lago al atardecer.

En el entreacto Victoria acompañó a doña Leonides a los servicios y luego se reunieron con Diego y otros caballeros que él les presentó. También se encontraba el doctor Mecena, quien saludó cariñosamente a la tía y a su sobrina.

Remedios se acercó mostrando su desprecio por Victoria. Doña Leonides intentó amenizar la charla aunque obtuvo escasos resultados. La mujer no dejaba de lanzar miradas amenazantes a Victoria, que fingía no darse cuenta; quería evitar un mal momento a su tía.

El cuarto acto y la escena final fueron de gran impacto para Victoria. La jovencita no conocía el libreto y no sabía que Desdémona sería asesinada ni

del suicidio de Otelio. Diego la observó y vio sus ojos brillantes, a punto de dejar caer perlas por sus mejillas. Se inclinó sobre ella y susurró unas palabras de aliento que la hicieron sonrojar, sintiéndose tonta.

Luego de la función se encontraron nuevamente con Remedios que salía del brazo de Marcos y reía exageradamente, intentando, vanamente, dar celos a Alcorta. Diego percibió la mirada embotada que García Moro dirigió a Victoria y en un arranque de posesión apretó con más fuerza el brazo de la jovencita, acercándola a su cuerpo.

—Perdón —musitó, al sentir que ella se quejaba por la rudeza.

El camino de regreso a Buenos Aires fue largo, varios coches se dirigían a la ciudad demorando la avanzada. Diego había recogido a las mujeres en su vehículo y se hallaba sentado entre ambas mientras el cochero conducía.

Doña Leonides, que en la recepción se había dejado seducir por un *champagne* francés, se durmió a los pocos minutos de iniciado el viaje. Victoria, por el contrario, permanecía bien despierta, todavía conmovida por la obra. Diego no pudo evitar mencionar a García Moro.

—Menos mal que estabas conmigo —comentó—. De otro modo ese mequetrefe te hubiera devorado. —El tono en que lo dijo dibujó en los labios de Victoria una sonrisa que él no pudo ver en la penumbra del auto. Parecía celoso y eso le dio ánimos. Tal vez no estaba todo perdido.

—¿A quién se refiere? —Por más que doña Leonides dormía prefirió llamarlo de usted.

—Sabes a quién me refiero, a ese infeliz de Marcos no sé cuántos.

—Pues no me di cuenta —fingió la muchacha.

—Yo sí lo noté, quería comerte con los ojos —dijo él de mal modo.

—¿Y eso le molesta, señor Alcorta? —preguntó emulando a una niña, amparada por la oscuridad de la cabina.

—No juegues conmigo, Victoria —amenazó—. Una leve brisa de tu aliento puede encender esta hoguera en que me conviertes con tu presencia. —Esas palabras, musitadas en su oído, el olor masculino que la embriagaba y la proximidad de su cuerpo pegado al suyo la hicieron estremecer.

Un sudor primero frío y luego caliente recorrió su piel y un aleteo agitó su pecho. Diego deslizó una mano que apoyó sobre su muslo, muy cerca de su entrepierna. El contacto la quemó y llevó su propia mano rápidamente para sacarlo, pero no pudo. Los dedos masculinos aferraban su pierna mientras sus ojos chispeantes la traspasaban a través de la oscuridad.

—Estoy tratando de ser un caballero contigo, Victoria, no me busques —pidió con aire más sereno.

—Lo siento —balbuceó ella.

El resto del viaje fue en silencio, cada uno inmerso en su propio mundo. Ella, sopesando las palabras de Diego; él, conteniendo la pasión que esa jovencita avivaba en sus ansias.

Luego de la velada en el Teatro Argentino de La Plata Marcos comenzó a frecuentar a Remedios, no porque tuviera interés en ella sino porque esta le había prometido ayudarlo a conquistar a Victoria, de quien él había quedado prendado desde la primera vez que la había visto en la prisión.

—Te aseguro, querido —dijo Remedios mientras bebían el té en la sala—, que Victoria caerá en tus brazos como una mosca en la mermelada. Y si no lo hace por tu encanto, lo hará para salvar el pellejo.

—¿A qué te refieres? —preguntó el hombre, que había resistido los intentos de Remedios de llevarlo a la cama.

Si bien la mujer le agradaba, no quería someterse a sus designios por temor a quedar mal parado frente a Victoria, de quien se estaba enamorando. Tal vez si ella lo aceptaba pudiera olvidar sus planes de venganza respecto de la asesina de su padre, a quien continuaba buscando sin resultados.

—Esa mosquita muerta esconde algo, conozco a las de su género —afirmó Remedios con rencor—. Hay algo en su mirada, en la melancolía que se oculta tras su aparente frialdad, que habla de un pasado tormentoso y oscuro.

—Lo dices movida por los celos, Remedios —sonrió Marcos mientras encendía un cigarro.

—Ya verás, querido, que tengo razón —respondió, inclinándose para tomar la taza y ofrecerle la seductora vista de su escote—. Y tú saldrás ganando con ello.

—Vamos, mujer —rio el hombre—, que no te moviliza la bondad hacia mí sino tus propios intereses para cazar a Alcorta.

—Por supuesto que es así —coligió ella—. Y tú llevarás tu tajada.

Esa misma semana la sirvienta de Remedios fue a encontrarse en el mercado con Lulú, la mucamita de doña Leonides. Las muchachas eran amigas desde hacía tiempo y la empleada de Remedios había sido tentada por su patrona con un collar de diamantes si conseguía cierta información. Los diamantes eran falsos, pero la pobre jovencita no sabía distinguir uno verdadero.

—Cualquier cosa que averigües sobre el pasado y la vida en España de la señorita Victoria será de utilidad para mí.

Cada vez que las amigas se encontraban en los escasos ratos libres que tenían, Gilberta, la mucama de Remedios, sacaba a colación a la señorita Victoria. Lulú apreciaba mucho a su patrona y había prometido no abrir la boca en relación a cómo había llegado la joven a la casa. Además se había encariñado con Victoria que siempre la trataba bien y no le pedía demasiado. Sin embargo, ante la insistencia de Gilberta, una tarde le contó la verdad. ¿Qué mal podría hacerle su amiga, que tan interesada estaba por la vida de la española?

—¡Lo sabía! —gritó Remedios al recibir la noticia.

Su mucama la veía reír y girar como si bailara, y aguardaba que se calmara para recibir el collar, que pensaba vender en la calle Florida para volver a su pueblo, perdido en una provincia nortea.

Remedios le hizo muchas preguntas antes de entregarle el falso tesoro. Al quedar sola meditó sobre qué hacer a continuación. Por el momento sabía que Victoria no había llegado de España sino que su arribo a la casa había sido en harapos, sin equipaje ni educación suficiente.

—¡Así que profesor de música y modales! —rio—. ¡Ya estás en mis manos, Victoria, o como te llames!

Le había pedido a Gilberta que sonsacara a su amiga el nombre real de la impostora.

## Capítulo 43

Tras varias semanas de investigación y rastreo, gracias a sus amigos de la política que podían alcanzar cualquier tipo de información, Diego llegó a la casa donde vivía la niña Pura.

Una mujer con ojos hinchados, piernas gruesas, vendadas para ocultar varices que como raíces de árbol añoso teñían su piel de un color azulado, y nariz roja y porosa como una frutilla, le abrió la puerta.

Desde el interior llegaba el lamento lejano de llantos reprimidos y un olor indefinido y dulzón corría en la brisa de la tarde.

—Pase, doctor, estábamos esperándolo —gimió la mujer.

—Debe haber una confusión, yo... —La dama lo tomó del brazo y lo arrastró hacia el interior.

Diego advirtió que algo grave ocurría porque varias señoras lloraban en torno a una cama que atisbó desde el umbral de una puerta.

—Está allí, murió hace dos horas —informó la mujer de piernas varicosas.

—Señora, yo no soy quien usted cree —dijo, lamentando haber caído en tal mal momento.

—¿Y quién es? —se alarmó.

—Diego Alcorta, soy abogado —añadió sin motivo.

—¡Ah! No sabía que mi hermano había llamado a un abogado, creí que era el médico.

—Lo siento. —La casa olía a encierro y el aire era denso. Las cortinas, cerradas en su mayoría, acentuaban la sensación de reclusión.

—Avisaré a Jaime. —Y sin darle tiempo desapareció tras una puerta.

Diego miró a su alrededor buscando indicios de una niña en la casa. Tal vez el dato fuera falso y él estaba allí el día menos indicado.

Una mujer salió del cuarto de la difunta, lo miró con ojos fijos, casi sin ver, y siguió su camino a la cocina que Diego divisó desde su sitio. El lamento de fondo era constante y sus oídos se habituaron a él. Un hombre surgió desde un pasillo, lucía abatido, el rostro macilento, los ojos vidriosos, ojeras de varias noches sin descanso y la piel sin vida.

—Buenos días —dijo Alcorta, y de inmediato se sintió ridículo. No era un buen día para esa gente.

—¿Quién es usted? Yo no llamé a ningún abogado —contestó el hombre—. ¿Acaso ni siquiera pueden respetar el duelo de la familia?

—Perdone, señor —se excusó Diego—, fue una confusión de la señora que me atendió.

—¿Confusión? —se extrañó el viudo.

—Vine a ver al señor Jaime Salvador por un asunto personal, aunque advierto que llegué en mal momento. Volveré otro día.

—Yo soy Jaime —develó, aunque Diego ya lo había supuesto—. ¿Por qué me busca?

—Señor, no es el momento —reiteró Alcorta, caminando hacia la puerta de salida—. Lamento haberlo importunado, así como la muerte de su esposa.

—Gracias —murmuró Jaime, acompañándolo.

En el umbral, Diego se volvió para estrechar la mano del hombre y la vio. De pie ante la abertura que llevaba al cuarto de la difunta, una niñita delgada y pálida lo escrutaba con unos enormes ojos claros. La impresión fue demasiado fuerte y Diego quedó petrificado: era una miniatura de Victoria. Quiso correr hacia ella, abrazarla y devolverla a su hermana, pero la mirada triste de la niñita lo detuvo: él no era parte de esa historia. Ni siquiera sabía si esa criatura era Purita, ni si la muerta era su verdadera madre, ya que le habían dicho que un matrimonio la había recogido ante el abandono de Piedad. Demasiados misterios a develar, que por respeto al luto tuvo que dejar para otro día.

La satisfacción que sentía merecía ser compartida, y sin demasiada reflexión se dirigió hacia la casa de doña Leonides. Allí se anotició del viaje de las damas a la estancia La Luz Buena.

Pasó por su bufete y perdió la tarde junto a su socio, firmando peticiones y fumando, hasta que la noche y el cansancio lo instaron a volver a su morada. Tita le dio de comer en la cocina y Diego preguntó:

—¿Por qué nadie me avisó que se iban para la estancia?

—¡Hijo! No hacía falta. Es tradición en esta familia pasar la Navidad en el campo.

—¿Navidad? —inquirió—. Si faltan casi diez días.

—Ya conoces a tu madre. —Tita se sentó frente a él—. Además, Andrés y Manuela andan a las patadas, parece que tu hermano duerme en otro lado y allá fue tu mamá a poner paños fríos.



—Lindas fiestas vamos a pasar. —Bebió un vaso de vino y se puso de pie —. Iré al club a reunirme con don Leandro y los demás —informó—. Prepara tus cosas para dentro de dos días, vendrás conmigo a la estancia.

—Gracias, hijo. —La mujer besó su mejilla y comenzó a levantar la vajilla.

Mientras se dirigía al Club del Progreso donde hallaría a sus amigos, pensaba en la niña que había visto esa tarde. Tendría que dejar pasar unos días, respetar el duelo de la familia y las fiestas de fin de año antes de volver a importunar a Jaime Salvador.

Victoria llegó a la estancia entusiasmada. Le gustaba ese sitio al aire libre, lejos de la falsía y compromisos de la ciudad, donde seguía sintiéndose una marginal a pesar de las ropas que vestía, las joyas que usaba y las funciones de teatro que disfrutaba.

Lo único que opacaba su estadía allí era el ánimo funesto de Manuela, que hería con sus ojos y con su lengua cuando Andrés aparecía por la casa. Las hablillas decían que él había recuperado a su amante, que la tenía oculta en algún sitio y que pronto se uniría definitivamente a ella.

Doña Teresa intentaba mediar entre la pareja, pero el matrimonio ya estaba desquiciado y su hijo no le permitía interferir.

Victoria había escuchado una conversación entre madre e hijo que la había angustiado:

—Escucha, mamá, si quieres que pase la Navidad aquí, fingiendo que somos felices y aguardamos un próspero año nuevo, deja de inmiscuirte en mis problemas de alcoba.

—Hijo, ¿por qué no intentas arreglar las cosas con tu esposa? —dijo doña Teresa con buenas intenciones.

—La única manera de arreglar las cosas con Manuela es que ella acepte que no la amo y me deje en paz.

—Eres duro, Andrés —reprochó.

—Soy realista, mamá. —Y clavando en ella sus ojos cansados susurró—: Voy a tener un hijo con una mujer a la que amo con locura, y nada ni nadie torcerá mi destino.

Doña Teresa lanzó un gemido ante la sorpresa y no atinó a decir palabra. Andrés salió rumbo a la galería y Victoria se ocultó tras una puerta para no ser vista.

De modo que los rumores eran ciertos: Andrés tenía una querida, aunque a juzgar por sus palabras era mucho más que eso.

Los días previos a la Navidad fueron ajetreados. Las mujeres pulieron la vajilla de plata para la ocasión, se enceraron los muebles con cera de abeja, se sacó brillo a los candelabros que adornarían la mesa principal y llegó de la ciudad un músico para afinar el piano.

A juzgar por los preparativos, la cena navideña en la estancia Alcorta incluía a varios estancieros vecinos, además de la familia. Victoria sabía que el arribo de Remedios era inminente y eso la alteraba. No deseaba enfrentarse a ella, menos ahora que su relación con Diego era tranquila y confiable.

—Victoria, ¿en qué piensas? —doña Leonides la sacó de sus divagues.

—En los festejos, tía. —En parte era cierto—. Parece que vendrá mucha gente.

—Sí, mucha gente —repitió la dama, recordando la última Navidad que había pasado en la estancia junto a su hija años atrás—. La comida sobra para alimentar a la peonada durante días y el baile dura hasta altas horas.

—Es una pena que los ánimos aquí no sean los mejores —se animó a decir.

—Sí —convino la tía—. Me da pena Andrés, es un buen hombre que hizo un mal matrimonio.

Ese mismo día Victoria se hallaba cerca de los corrales cuando vio venir un jinete. Su corazón se agitó creyendo que se trataba de Diego, y se apoyó sobre la tranquera, a esperarlo. Sin embargo, al acercarse el caballo descubrió que se trataba de Andrés, que por su parecido físico lo había confundido.

—Victoria —saludó deteniéndose a su lado y desmontando—. ¿No usa sombrilla con este sol tan radiante?

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—Me gusta sentir el calor en mis mejillas.

—Veo que no es de las que se preocupa por mantener la palidez del rostro —ironizó a su esposa que jamás se asomaba sin protección.

—Nada que provenga de la naturaleza puede hacernos mal, ¿no cree? —inquirió.

—Tiene usted razón —coligió el hombre—. Cuando lo desee hágase ensillar un caballo —ofreció.

—Gracias. —Y caminaron juntos hacia la casa.

Los días que siguieron fueron tranquilos hasta la llegada de doña Mercedes y su hija. Remedios arribó con una de sus mucamas, Gilberta, porque la necesitaría para su arreglo personal para la cena de Navidad. Quería ser la más hermosa de la fiesta y disfrutar el triunfo que anticipaba cuando extorsionara a Victoria con lo que sabía sobre ella.

Por el momento no le diría a Marcos que su adorada muchachita había matado a un sujeto, no fuera a ser que el hombre se echara atrás por temor a una asesina. Ella necesitaba que Marcos contuviera a Victoria en su momento de desazón, que la conquistara con su protección en ese trance tan difícil como inesperado.

Victoria notó el cambio en la actitud de Remedios, que le dirigió una mirada ladina y triunfal, como de quien se relame antes de comer un exquisito manjar. Un ligero escozor recorrió su espalda, aunque por fuera permaneció inmutable, fingiendo, como siempre, una frialdad y compostura envidiables.

A la tarde siguiente, cuando las mujeres se refugiaban en sus habitaciones para escapar al bochorno, Victoria se alejó por el sendero bordeado de álamos. Estaba nostálgica, la proximidad de los festejos navideños la ponía triste. Pensaba con frecuencia en su hermana, de quien no tenía noticias, en su padre, que quién sabe dónde andaría. Sus recuerdos la arrastraron sin tregua hasta su madre y vio sus ojos de hielo, acusadores y fijos como siempre.

Continuó internándose en el bosquecillo hasta llegar a un claro, por el cual siguió avanzando a través de una llanura verde y pareja como si quisiera huir y desaparecer en el horizonte.

Los cascos del caballo la rescataron de su nostalgia y giró la cabeza para ver de quién se trataba. Creyó que era Diego, pero se dijo que debía ser Andrés a quien, de lejos, siempre confundía con su hermano. Levantó su mano para llevarla a su frente y hacer sombra, y sus piernas temblaron de emoción y su pecho se agitó como si un pájaro aleteara dentro de él cuando descubrió que era Diego quien acortaba distancia galopando hacia ella.

—La princesa está triste, ¿qué tendrá la princesa? —dijo a modo de saludo, recitando a Rubén Darío al notar la angustia que se reflejaba en el gris de sus ojos.

Sus palabras lograron que las comisuras de los labios de la jovencita se elevaran en una sonrisa.

—Ven —dijo extendiendo su mano, que ella tomó sin vacilar para montar de un salto detrás de él—. Sujétate fuerte. —Victoria se sujetó de su cintura y dejó que su loción la envolviera.

Reprimió la tentación de apoyar su cara en su espalda, sería un atrevimiento que le daría al hombre la excusa para intentar el acercamiento que ella había evitado.

—Acabo de llegar —explicó—. Imaginé que andarías por aquí, ya que no eres de las que duerme la siesta.

—Imaginó bien —respondió sonriendo.

—Estamos solos, Victoria, no me trates con tanta distancia —pidió.

Galoparon un buen rato hasta que Diego enfiló el caballo hacia un valle pequeño, cubierto de flores silvestres y donde un improvisado altar en piedra custodiaba la imagen de una virgen.

—Mi abuela era devota de la virgen de Luján —explicó mientras la tomaba de la cintura para ayudarla a desmontar, más por caballerosidad que porque hiciera falta—. Ella misma trajo las piedras en una carreta y armó el altar.

Victoria se aproximó y admiró la sencillez de la capillita de la cual emanaba una plácida sensación de bienestar.

—Es muy bonita —musitó, mientras pensaba que ella todavía estaba enojada con Dios, pese a que por complacer a doña Leonides y respetar sus costumbres siguiera yendo a misa.

Diego se sentó sobre la hierba y la invitó a su lado. La muchacha accedió y lo acompañó.

—¿Cómo están las cosas aquí?

—Tensas. Andrés y Manuela están disgustados. —No le gustaba andar de chismes pero eso ya no era secreto.

—Mi hermanito —suspiró Diego mordiendo el tallo de una flor. Victoria lo miraba con disimulo y lo veía tan atractivo que se sonrojaba de solo verlo. Estaba apoyado sobre un codo, la camisa entreabierta, los cabellos rebeldes como siempre y sus hermosos ojos de pestañas oscuras se perdían en la línea del horizonte—. No debió casarse con Manuela, nunca estuvo enamorado de ella.

—¿No dijo usted que no creía en el amor? —preguntó Victoria.

—No creeré en él hasta que no lo experimente —contestó mirando la lejanía.

—¿No perdió usted las esperanzas entonces?

—La esperanza es lo último que se pierde, dicen —le sonrió con los ojos chispeantes—. ¿Y tú cómo has estado? ¿Mi prima te hostigó esta vez?

—No tanto, todavía —suspiró ella—. Aunque me mira de un modo extraño, como si guardara bajo sus faldas su estocada final. Temo que tenga escondida alguna sorpresa.

—No te preocupes —tranquilizó Diego—. Yo sabré cómo manejarla. —Y volviéndose hacia ella le tomó las manos. Victoria notó el cambio en su mirada y una inflexión en su voz cuando habló—: La encontré, Victoria. —Ella abrió desmesuradamente los ojos, como si fuera a tragarse el mundo—. Sí, encontré a Pura.

—¡Oh! —gimió ella llevándose las manos a la boca mientras sus mejillas eran acariciadas por las lágrimas—. ¿Está bien?

—Sí, está bien, es una niña muy hermosa, Victoria, igual a ti, salvo sus ojos, que son celestes. —Ella se asustó ante sus palabras, temerosa de que descubriera su secreto—. No temas —le acarició la cara—, no haré preguntas, lo prometí, aunque sé que esa pequeña es tu hermana, el parecido es indiscutible.

—Yo... —balbuceó.

—¡Sh! —Diego posó un dedo sobre sus labios—. Cuando tú decidas, cuando confíes plenamente en mí, me contarás tu historia. —Acarició su pelo, como lo habría hecho con una niña—. Mientras, te ayudaré a recuperar a tu hermana.

—¡Gracias! —gimió Victoria, cayendo en sus brazos con total abandono.

Diego la apretó contra sí y sus besos se derramaron sobre sus cabellos. Ella lo abrazó por la cintura y ocultó su cara en ese pecho amplio y protector que en ese momento era su única esperanza. Cuando Victoria se calmó elevó los ojos y se encontró con los azules de él que la miraban con sincero cariño.

—¿Mejor?

—Sí. No me alcanzará la vida para agradecerte lo que haces por mí —musitó aún emocionada.

—Mi pequeña —murmuró él—. No tienes nada que agradecer. Es la primera vez en mi vida que hago algo sin esperar nada a cambio.

Estaban muy juntos, sus respiraciones se mezclaban y ella creyó que Diego la besaría. Por el contrario, él la apretó contra su torso, paternalmente, y perdió su mirada en el paisaje.

Ante sus preguntas Alcorta le relató lo que había visto en casa de Jaime y el mal momento en que había llegado.

—Volveremos luego de las fiestas —anunció—. Ese hombre estaba abatido.

—¿Me llevarás contigo?

—Sí, iremos juntos —aseguró Diego.

—¿Cómo la viste? ¿Lucía bien?

—Sí, aunque se notaba triste. Esa mujer debió darle mucho cariño. —Diego había investigado y sabía que Pura había sido entregada al matrimonio por su madre.

—¡Pobrecita! —pensó Victoria en voz alta—. ¡Qué vida tan desdichada tuvo mi pequeña!

“Tú también sufriste demasiado”, reflexionó el hombre, pero calló.

Estuvieron un rato en silencio hasta que los colores de la tarde cambiaron y advirtieron que estaba atardeciendo.

—Es muy tarde —expresó ella poniéndose de pie—. Mi tía se preocupará.

—Y Remedios volará de furia —se burló él, riendo.

Montaron y Diego galopó con destreza. Victoria iba apretada a su espalda, se había rendido al deseo de abrazarlo y apoyaba su rostro en la espalda masculina. Diego se sentía dichoso ante esa súbita confianza y condujo como si juntos pudieran llegar al paraíso. Una cálida y nueva sensación lo inundaba de felicidad y no se debía a un mero deseo sexual que había aprendido a controlar en cercanía de esa jovencita.

Próximos a la casa Diego aminoró la marcha.

—¿Quieres bajar y llegar sola?

—No —afirmó Victoria—. Tu prima igual murmurará.

Dejaron el caballo en un corral y caminaron hasta la galería, donde las mujeres estaban reunidas, conversando.

—¡Hijo! —se alegró doña Teresa—. No sabía que habías llegado.

—Como todas dormían fui a montar —respondió saludando a cada una con un beso.

—Veo que tuviste grata compañía —apuntó Remedios, con sorna.

—¡Oh! Lo dices por Victoria —comentó él como si fuera lo más normal del mundo—. Nos encontramos en mi camino de regreso y volvimos juntos. —Y mirando a doña Leonides agregó—: ¿Cómo está usted?

—Muy bien, querido, el aire de campo es muy saludable.

—Si me disculpan, iré a tomar un baño antes de la cena —dirigió una mirada a las damas y se internó en la casa.

Victoria se sentó junto a su tía y soportó la mueca de amenaza que se dibujó en los labios de Remedios.

## Capítulo 44

Durante la cena Remedios anunció que había invitado a un amigo para compartir la Navidad. Todos se sorprendieron y no comprendieron el motivo de tan inoportuna invitación a una fiesta en casa ajena.

—¿Y de quién se trata? —inquirió su madre.

—De Marcos García Moro —replicó ella, triunfante, ocasionando un sobresalto en doña Leonides, a quien disgustaba ese sujeto.

—Deseo, tía, que no te moleste mi iniciativa —dijo haciendo un mohín inocente—. Es que Marcos está tan solo, no tiene a nadie aquí... —sonrió con un suspiro, intentando conmover a la concurrencia—. Además, el pobre muchacho está perdidamente enamorado de Victoria —al decir esto miró a la jovencita de soslayo para estudiar su reacción— y pensé darle la oportunidad de volver a verla.

A Victoria le subieron los colores al rostro, no de vergüenza sino de enojo, en tanto que Diego sentía el mismo malestar. Andrés rio divertido ante el triángulo amoroso que se gestaba y las damas mayores reprocharon a Remedios.

—Opino que haz hecho mal, hija, no conocemos acabadamente a ese hombre y parece olvidar que esta no es tu casa.

—¡Oh, madre! Siempre consideré este sitio como de la familia. ¿Te molesta, tía, lo que hice? —Sus ojos se tornaron suaves e inocentes y doña Teresa no pudo reprenderla—. A usted, Victoria, ¿le molesta que haya invitado a su pretendiente? —agregó fingiendo arrepentimiento.

—Para nada, Remedios —respondió Victoria con voz y semblante impávidos—. Aunque espero que el señor García Moro no se aburra, porque no despierta en mí el menor interés. —Aquellas simples palabras aplacaron el enojo de Diego y encendieron las pupilas de Remedios.

—Ya verá cómo cambia de opinión —sentenció esta última, presagiando el final.

Luego de la cena las mujeres se retiraron a sus aposentos y Diego y Andrés se encerraron en el despacho a fumar y a beber.

—Se va a poner linda la cosa cuando venga ese tal Marcos —pronosticó Andrés.

—¿Por qué lo dices? —preguntó su hermano.

—Vamos, no hagas el tonto conmigo —se burló—. Se nota a la legua que esa jovencita te tiene en su puño.

—¿Qué dices? —se quejó Diego.

—Lo que todos ven. —Andrés exhaló el aire del cigarro formando círculos.

—Victoria no es para tomar en broma y yo no estoy listo para un compromiso —reconoció—. Es guapa, eso no tiene discusión, pero no es para pasar el rato.

—¿Y qué esperas? Ya estás cerca de los treinta.

—Aunque tuviera cincuenta, no quiero atar mi vida a un par de piernas hermosas.

—Ya veremos. —Andrés se levantó y dejó el vaso sobre el escritorio—. Me voy a dormir. Mañana saldré temprano y pasaré todo el día afuera.

—¿Y tú en qué andas? Dicen las malas lenguas que tienes otra por ahí, y algo más.

—Pronto lo sabrás, hermanito —dijo pasando a su lado y palmeando su hombro—. Pronto.

Diego fumó el último cigarro y salió al fresco de la noche. Caminó hacia el molino admirando el cielo estrellado y en el camino de regreso vio que la ventana de Victoria, que daba al patio trasero, estaba abierta. Atraído por una fuerza imperiosa se dirigió hacia ella y se asomó.

La muchacha estaba sentada en el lecho, vestida con un camisón de seda, escotado y sin mangas. Llevaba el cabello suelto, que le pasaba los hombros, y estaba entusiasmada en la lectura de un libro iluminado apenas por la vacilante luz de la vela que reinaba en el candelabro de bronce.

Ella debió sentir el peso de su mirada porque dirigió sus ojos a la ventana y dio un salto al descubrirlo apoyado sobre la misma.

—¡Por Dios! —susurró a modo de reproche—. ¡Casi muero del susto!

Diego no contestó y de un brinco ingresó al cuarto.

—¿Está loco? —Cuando Victoria se ponía nerviosa volvía a tratarlo de usted—. ¡Váyase! —Había dejado el libro en la mesita e intentaba cubrirse el escote con las sábanas.

Diego caminó hacia la cama y se sentó en el borde.

—¡Váyase! —repitió sin demasiada convicción.



—Yo tampoco tengo sueño —murmuró—. Me gustaría quedarme un rato aquí, contigo.

—Eso no estaría bien —musitó Victoria.

—Victoria, tú y yo ya hemos hecho demasiadas cosas que no están bien. —Ella bajó los ojos, avergonzada—. ¿Te gusta estar conmigo? —preguntó el hombre, ansioso como un niño. Ella lo miró a la cara al responder:

—Sí.

—A mí también me gusta estar contigo, el tiempo a tu lado parece volar. —La jovencita se enterneció y sintió un intenso calor en su pecho.

Diego pasó sus manos sobre el contorno de sus brazos desnudos y notó cómo la piel femenina se estremecía. Aproximó su rostro y la besó delicadamente en los labios, aguardando su reacción. Victoria no pudo o no quiso rechazarlo y la dejó invadirla con su lengua ávida, largamente contenida. El beso se pronunció cuando él la empujó sobre la cama y se tendió a su lado. Sus manos acariciaron sus piernas levantando el camisón. Victoria intentó detenerlo pero Diego le sujetó los brazos por encima de la cabeza. La jovencita quedó totalmente expuesta, sus piernas al descubierto, sus senos apuntando con sus rígidos pezones al techo.

—Eres tan hermosa, pequeña, te deseo tanto —susurró Diego mientras enterraba su boca en el cuello de la joven para ir bajando con sus besos y subiendo con su mano. Cuando los labios, diestramente, corrieron la tirilla del camisón y se prendieron a uno de los pezones enhiestos, Victoria reprimió un quejido de placer. Excitado, Diego buscó la entrepierna de la muchacha y con una mano le quitó los calzones.

—¡No, por favor! —pidió ella, más por obligación que por ganas.

—¡Sh! —contestó él, olvidando lo que le había dicho a su hermano—. Hoy haremos el amor, Victoria, ambos lo deseamos, sé que tú me deseas también.

Avergonzada y sin fuerzas para detenerlo, Victoria gimió de placer cuando los dedos hábiles del hombre abrieron su vagina y frotaron ese punto escondido que ocasionaba en su cuerpo sensaciones maravillosas.

—Este, Victoria, es el sitio más apasionante de una mujer —murmuró mientras la besaba en los labios, sin dejar de acariciar su clítoris—. Con solo tocarte ahí puedo hacerte enloquecer. —Victoria vio que él abandonaba su boca y se arrastraba hacia abajo para meter su cabeza entre sus rodillas.

—¿Qué va a hacer? —se alarmó, adivinando sus intenciones y cerrando instintivamente las piernas que él volvió a separar.

—Voy a probar tu néctar y hacerte vibrar como un arpa —musitó Diego mientras besaba su entrepierna húmeda y palpitante—. Relájate, disfrútalo.

Victoria se desplomó sobre la cama, resignada por la fuerza y la pasión volcánica que él ejercía sobre ella. No podía luchar contra lo que sentía por ese hombre.

Cuando la lengua de Diego rozó apenas el interior de su vulva, la jovencita se mordió los labios para no gritar. El cosquilleo era tan intenso y tan agradable que creyó morir si algo inminente que sentía aproximarse no se concretaba.

Diego notó su ansiedad y supo que era el momento. Abrió su pantalón, sacó su pene erecto y listo para penetrarla, y se situó entre sus piernas, apuntándola sin dejar de acariciarla con sus dedos al mismo ritmo que lo había hecho con su lengua. Victoria gemía y se convulsionaba y apenas sintió el escozor cuando él la penetró. Fue un movimiento rápido y seguro, y una vez vencida la barrera inicial continuaron moviéndose juntos.

La muchacha se había aferrado a la espalda masculina y le clavaba las uñas sin darse cuenta. Diego empujaba más y más hasta que ambos explotaron al unísono. El hombre cayó desplomado sobre el pecho desnudo de Victoria que aún gemía ante el desborde de sensaciones nuevas e inesperadas. Diego elevó sus ojos y la vio desmadejada, los párpados cerrados, la respiración agitada, la frente perlada de sudor. Una sonrisa se dibujó en los labios masculinos antes de dormirse. Victoria también cayó en un sopor desconocido, acarició inconscientemente los cabellos del amante y se durmió.

Despertaron cuando aún era de noche. Diego estaba abrazado a su espalda, completamente desnudos. Las manos masculinas acariciaron el vientre de la muchacha que sintió un cosquilleo ante el contacto. De inmediato sintió el pene que comenzaba a erigirse y apuntaba a sus nalgas.

—Victoria —susurró—. ¿Estás bien, pequeña? —La ternura de sus palabras la conmovió—. ¿Te dolió mucho?

—No, estoy bien —respondió.

—¿Estás arrepentida? —preguntó sin dejar de acariciar su piel, sus piernas, su cuello.

—No. —Era cierto, no importaba lo que ocurriera luego, Diego la había hecho mujer y ella lo había disfrutado como nunca había creído poder sentir con un hombre.

—Ahora eres mía, Victoria —dijo Alcorta con tono posesivo—. Eres mi mujer, no lo olvides.

—¿Qué quieres decir? —preguntó en la esperanza de que le propusiera matrimonio.

—Que cuando venga ese mequetrefe de García Moro te mantengas lejos de él. —La apretó contra sí—. No me gusta que codicien mis posesiones.

Ella rio con su risa cálida y fresca, como pocas veces lo hacía.

—¿De qué te ríes?

—No te imaginaba celoso, ni siquiera creí que fueras posesivo.

—Lo soy con las cosas que me interesan.

—Yo no soy una cosa —retrucó la joven.

—Lo sé. —La besó en la nuca mientras sus dedos jugaban con sus pezones, despertándolos—. Eres la mujer más hermosa que conocí en mi vida.

—¡Déjame! No hagas eso —pidió ella sintiendo la presión del miembro en sus glúteos—. Debes irte, pronto amanecerá.

—Sí. —La hizo girar hacia él y la besó en los labios con pasión—. Eres como una droga, te deseé tanto desde que te conocí que ahora que te tengo me cuesta dejarte. —Se besaron con intensidad. Victoria pasó sus brazos alrededor del cuello de Diego y se apretó contra él. “No me lastimes”, pensó. “No me defraudes tú también”.

Se despidieron con desazón y Diego escapó por la misma ventana que había ingresado.

Victoria despertó y sintió un leve ardor en su vagina, vestigio de su desaparecida virginidad. Se rebulló entre las sábanas y las olió. Aún flotaba en ellas el olor del hombre que la había hecho mujer y le había robado la paz.

Se levantó y descubrió la mancha en el lienzo. No supo qué hacer para que no se enteraran las sirvientas. Tapó el lecho y se dijo que ya encontraría la oportunidad para cambiarlo y deshacerse de él.

Apareció en el comedor donde su tía y la dueña de casa ya estaban sentadas.

—Querida, ¡qué semblante traes! —observó doña Leonides.

Victoria sintió que se ruborizaba al tiempo que pensaba: “¿Tanto se nota que soy mujer?”. Al recordar lo que Diego había hecho con su boca sintió un intenso calor en las axilas y se dijo que no podría volver a mirarlo a la cara.

—¿Qué ocurre que pareces radiante?

—Será que dormí toda la noche —mintió.

—Siempre es bueno un sueño reparador —terció doña Teresa.

La llegada de Remedios con su falsa sonrisa opacó el desayuno. Si bien la mujer no se dirigió a ella con palabras, sus ojos saboreaban una venganza.

Victoria se refugió con María Gracia en la cocina y la ayudó a hacer queso, tarea que la entretenía más que departir entre las señoras, mientras que Remedios y Manuela, de acuerdo por primera vez, juzgaban tal tarea como repugnante.

Al mediodía el calor apretó más de lo habitual y el almuerzo fue una lucha contra las moscas que lograron poner de mal humor a doña Leonides, que jamás se perturbaba por nada.

Ni Diego ni Andrés aparecieron para comer, lo que generó cara larga en Manuela y ansiedad en Victoria.

La jovencita aguardaba el momento de verlo. Aunque muriera de vergüenza por cómo había gemido entre sus brazos, quería saber qué reacción tendría con ella, cómo la trataría y si habría un futuro. Temía haber sido objeto de su lascivia y terminar abandonada, como había hecho con Remedios. Luego se aferraba a sus palabras de cariño, a sus celos, y se calmaba.

Oyó a Manuela discutir con su suegra en el patio trasero y supo que la relación con Andrés no tenía retorno.

—Su hijo me ha convertido en el hazmerreír de los alrededores —bramó la mujer—. Todo el mundo sabe que tiene una querida y que va a tener un hijo.

Victoria oyó la exclamación ahogada de doña Teresa.

—Lo siento —murmuró la señora, desmadejada—. Lo siento de verdad. —Victoria sintió los pasos que denotaban el abatimiento de la madre ante el desliz del hijo.

La muchachita se compadeció de todos ellos: de Manuela porque en su orgullo herido sufría sobremanera; de Andrés por tener que vivir un amor clandestino y un hijo ilegítimo; de doña Teresa porque se sentía en falta por las responsabilidades de Andrés.

Caminó hacia la cocina, el único sitio de la casa que le resultaba acogedor además de los exteriores, especialmente el jardín de rosas.

—Perdón por lo que voy a decirle —comenzó María Gracia—. Pero creo que usted se siente más cerca de la servidumbre que de las señoras.

—A decir verdad, María Gracia, me siento más cómoda con usted y las muchachas —hizo un mohín que causó gracia a la mujer—. ¿Tomaría unos mates conmigo? —ofreció poniendo la pava al fuego.

—No lo juzgo apropiado, señorita Victoria —se excusó.

—Déjate de formalidades —terció Tita que estaba en un rincón pelando frutas—, que la niña Victoria es de buena cepa.

—Nadie lo sabrá —animó la muchachita—. Será nuestro secreto, el mate es para compartir.

Así las encontró Diego horas más tarde, cuando ingresó por la puerta trasera, sucio luego de todo un día de faena. Las dos mujeres charlaban y reían y él se maravilló de la simpleza de esa jovencita en la que había pensado desde que se había ido de su cama.

—¿Hay un mate para mí? —Victoria y María Gracia se sobresaltaron, por diferentes motivos.

La doméstica saltó de la silla y se disculpó. Victoria sintió que tenía la cara roja como un tomate. Tita se puso de pie tranquilamente para cambiar la yerba mientras que con su mirada escrutaba a Diego, sospechando que algo había ocurrido entre él y la jovencita.

—Quédate sentada, María Gracia —pidió sentándose frente a ambas—. ¿O acaso no puedo compartir con ustedes esta improvisada merienda? —Sus ojos destellaban con las chispas de siempre y buscaban en vano los de Victoria, que permanecían fijos en la pava con la que cebaba la infusión.

—Señor, discúlpeme por... —intentó María Gracia.

—Tranquila, mujer, que no soy un ogro.

Tita volvió a sentarse y lo reprendió con los ojos, frente a lo cual Diego le hizo un guiño.

Victoria no tuvo más remedio que mirarlo cuando le extendió el mate y se apaciguó al hallar su mirada serena, sin vestigios de sarcasmo o juzgamiento. Por momentos, durante esa tarde, había temido que se burlara de ella.

Luego de unos mates y pocas palabras, Diego abandonó la cocina anunciando que se asearían para la cena.

La comida fue mejor que el almuerzo, el calor había menguado y las moscas se habían ido. Andrés llegó al final de la comida y siguió directo hacia su cuarto sin dar explicaciones. Manuela abandonó la mesa para ir tras él a recriminarle, con gritos que traspasaron las paredes, que al menos guardara las formas cuando había visitas.

Los que quedaron en el comedor no pudieron fingir que eran sordos y terminaron hablando del malogrado matrimonio, a excepción de Victoria que prefirió no opinar.

Cuando todos se despidieron para ir a dormir, Diego encontró el momento de musitar en su oído:

—No cierres tu ventana. —Ella se estremeció y siguió camino hacia la habitación.

Horas más tarde, cuando la casa dormía, una sombra se deslizó por la ventana entreabierta de la muchacha. Victoria se incorporó en la cama y recibió el abrazo apretado y contenido durante todo el día. Luego de besarla con desesperación Diego explicó:

—Tuve que ausentarme porque no hubiera podido fingir indiferencia y te habría tomado en mis brazos delante de todos. —Volvió a besar los labios dispuestos de Victoria, que se aferró a su cuello—. ¿Tú me extrañaste? —inquirió.

—Sí —susurró ella.

—¿Sentiste dolor hoy? —La pregunta la tomó por sorpresa, no creyó que a Diego le preocupara su sufrimiento.

—Un poquito.

—Yo te curaré con mis besos —prometió mientras se ponía de pie para quitarse la ropa.

Ella admiró su cuerpo a la luz de la luna, sus piernas firmes, sus caderas estrechas, su cintura angosta, su amplio pecho y sus hombros altos. Sin pudor Diego quedó desnudo y se metió en la cama, pegándose a su cuerpo. Le quitó el camisón y ella no se resistió.

—Quiero sentir toda tu piel en mi piel —dijo mientras la cubría de besos y caricias—. No veía la hora de que llegara la noche para estar contigo —declaró. Y como ella no hablaba, preguntó—: ¿Estás bien?

—Tengo miedo —admitió.

—¿De qué, mi pequeña?

—De esto que hacemos —murmuró mientras disfrutaba de las caricias de sus manos.

—Esto es hermoso, Victoria, ¿acaso no te gustó?

—Sí me gustó, aunque temo a sus consecuencias.

—¿A un embarazo? —cuestionó Diego—. Yo me haría cargo, no soy un desalmado.

—No había pensado en eso —ahora que él lo mencionaba se asustó más.

—¿Y a qué consecuencias le temes entonces?

—A salir lastimada —sintió dudas al revelarle sus miedos, sin embargo, era mejor ser franca.

—Jamás te lastimaría, Victoria, jamás —aseguró apretándola contra sí—. Vamos, relájate y permítete gozar de lo que experimentamos juntos.

Sus dedos diestros empezaron a palpar sus pechos mientras la boca se deslizaba por su cuello en dirección al valle de sus senos. Ella suspiró de

placer cuando la lengua se apoderó de su pezón erguido al tiempo que su mano acariciaba su monte de Venus, tibio y húmedo.

—Te necesité todo el maldito día —murmuró Diego.

La cubrió con su cuerpo y la instó a abrir las piernas apoyando en ella su pene endurecido y acariciándola con él, haciéndola gemir y contonearse.

—¡No te muevas así, por Dios! —pidió Alcorta en un susurro angustiado.

Las pieles de ambos sudaban, sus olores y humedades se mezclaban y cuando el ritmo frenético de ambas intimidades rozándose se hizo doloroso, Diego la penetró y la cabalgó con maestría y decisión. Nuevamente alcanzaron juntos la cima, lo cual maravilló al hombre, porque apenas se conocían en esa súbita comunión.

Alcorta se acurrucó sobre el pecho palpitante de Victoria. Ella entrecerró los ojos y acarició con una mano sus cabellos mientras que con la otra tocaba su hombro.

—Eres única, Victoria —dijo Diego al cabo de un rato, la respiración ya sosegada—. Nunca experimenté tanto placer en la cama. —Alcorta estaba desconcertado, no entendía el porqué de tanta dicha. Después de todo ella era una jovencita inexperta, si bien dispuesta, que se había dejado arrastrar por su pasión. Sin embargo, algo que iba más allá del puro goce sexual lo encadenaba a ella y lo convertía en un títere de sus sonrisas o de sus lágrimas.

Victoria se sintió herida con sus palabras, deseaba ser algo más que su juguete en la cama. Sin embargo, no dijo nada, se había prestado al juego voluntariamente.

—Quisiera que pudiéramos irnos de aquí, los dos solos —dijo él de pronto—. Pasar la Navidad completamente desnudos y apartados del mundo.

—¿Desnudos? —La imagen de ambos sin ropas alzando las copas para brindar la hizo sonreír.

—Sí, solos tú y yo. —Diego se apoyó sobre el codo y la miró a los ojos—. Te traje un regalo para la Navidad, y me gustaría verte solo con él al momento de levantar y chocar nuestras copas.

—¿Un regalo para mí? —parecía una niña, sonrojada, los ojos brillantes, los cabellos alborotados.

—Sí, lo compré la semana anterior —admitió sin vergüenza. Ella sintió de inmediato una súbita esperanza. “Si compró un regalo antes de acostarse conmigo tal vez... Basta, Victoria, deja de soñar”, se impuso—. Es algo sencillo pero lo encargué especialmente para ti.

—Gracias, Diego —musitó mientras estampaba un beso en su mejilla.

—Ven, bésame de nuevo —instó subiéndola a su cuerpo—. Bésame, amor.

La jovencita se emocionó con la palabra y lo besó en los labios. Primero con timidez, luego, a medida que sus pieles se acaloraban, empujó con su lengua hasta que él le permitió ingresar a su boca, donde su propio apéndice la absorbió con premura. Los labios masculinos buscaron sus pechos que cayeron generosamente en su boca, llenándola. Victoria arqueó el cuerpo e instintivamente abrió las piernas, quedando sentada sobre su pelvis. Él la alzó sin dificultad por la cintura para volver a sentarla sobre su miembro.

—Así, dulce, así —rogó Diego, afiebrado—. Me vuelves insaciable, solo quiero estar dentro de ti.

Victoria se movía al ritmo exacto y su cavidad estrecha lo excitaba demasiado.

—¡Oh, Dios! —bramó Alcorta cuando llegó al éxtasis y esta vez fue ella quien se desplomó exhausta sobre su pecho.

Se durmieron de inmediato y los ladridos de los perros los despertaron al alba.

—Tengo que irme, preciosa —susurró sobre su oreja. Estaban pegados, él apretado a su espalda, sus manos en su vientre, su pierna cubriendo su cadera—. Si no fuera por estos galgos nos sorprenden juntos. ¿Imaginas qué diría tu tía? —sonrió.

—Imagino lo que diría Remedios —replicó con signos de enojo.

—¿Estás celosa? —Los ojos azules la miraron, divertidos—. Sí, estás celosa. Me alegra que tú también seas posesiva. —Le acarició las nalgas—. Me encanta tu trasero, parece una manzanita. —Y le dio un pellizco—. Remedios no significa nada para mí, Victoria.

—¿Y yo? ¿Yo significo algo para ti? —se arrepintió de inmediato, no deseaba forzarlo a una respuesta.

—Más de lo que yo quisiera —dijo, serio. Se inclinó y la besó en los labios antes de abandonar el lecho—. Mañana te veré en el jardín de las rosas a la hora de la siesta, ahora sigue durmiendo. —Salió por la ventana sin hacer ruido.



## Capítulo 45

El reencuentro con Roberta no fue lo que Andrés había soñado. La muchacha se mantuvo distante durante todo el trayecto, con la vista perdida en la lejanía, negándose a una conversación. Andrés prefirió respetar su silencio y se dijo que todo era muy reciente, que debería darle tiempo.

Cuando avistaron la estancia de Florence, el hombre se alegró, tal vez allí, al ver el bonito cuarto que había estado esperándola y la calidez de sus anfitriones, Roberta se sintiera más a gusto y poco a poco lo dejara acercarse.

Roberta miró con recelo la bonita casona que se erigía sobre la lomada, rodeada de álamos y pinos. Los animales sueltos, pastando en los alrededores, los pájaros que avivaban el cielo con sus trinos y colores, la acequia que corría a un costado de un cobertizo, todo daba sensación de paz, paz que ella no lograba retener en su interior.

Andrés la ayudó a desmontar, cuidándola como si fuera de cristal, y de la mano la condujo hacia la entrada, donde una hermosa mujer aguardaba con una sonrisa plena.

La muchacha se preguntó quién sería aquella dama que parecía tan refinada aun detrás de su vestido sencillo. ¿Es que acaso Andrés tendría otra amante y pensaba reunir las en aquella mansión? Se dijo que no podía haberse enamorado de un hombre tan perverso.

—Ven —dijo Andrés al notar su reticencia.

Frente a la mujer, Roberta descubrió que era aún más hermosa de lo que parecía a la distancia. Un pequeñito que apareció corriendo desde los fondos interrumpió la paz del día, dado que venía llorando, perseguido por otro que lo asustaba con un sapo.

—¡Mamá! —chilló el pequeñito.

—Gérard, deja a tu hermano en paz —pidió Florence con voz suave pero con una firmeza que hizo al mayor liberar al batracio—. Vamos, vayan a jugar —ordenó. Y mirando a los recién llegados agregó—: siempre es igual entre ellos, cualquier motivo es bueno para pelear.

—Roberta, ella es mi buena amiga, Florence Bordeaux. —Y mirando a la francesa dijo—: Como supondrás, ella es Roberta, mi mujer —lo dijo orgulloso, como hombre y futuro padre, y esa certeza aflojó un poquito la tensión de la muchacha.

—Mucho gusto, señora —respondió.

—Nada de señora, llámame Florence. —La mujer avanzó y la besó en ambas mejillas, sorprendiéndola—. Ven, vamos a ver tu cuarto. —La tomó del brazo y la llevó hacia el interior de la casa.

Andrés quedó a cargo del escaso equipaje y luego de atar los caballos a un poste las siguió.

A medida que se adentraban en la casa, Roberta no dejaba de admirarla. Estaba decorada con buen gusto y tenía un estilo propio, diferente a las estancias que ella conocía; seguramente el origen francés de su dueña había influido en la ambientación.

—Andrés se ocupó personalmente de la preparación de tu habitación, *chérie* —informó mientras subían los escalones de madera lustrada.

Abrió la puerta y Roberta quedó maravillada. El cuarto era grande y luminoso, con dos ventanales que daban al frente, cubierto por vaporosas cortinas de *voile* blanco. Una enorme cama con dosel, con un fino acolchado bordado a mano y adornado con encaje blanco, reinaba en la estancia. A un costado lucía una cuna de madera, también impecablemente nívea, con chichonera y cubrecama a tono. Una mecedora de mimbre descansaba en un rincón y a un costado una gran cómoda de cinco cajones. Sobre la mesilla, un florero de porcelana cobijaba flores de todos colores que perfumaban la estancia.

Los ojos de Roberta se llenaron de lágrimas ante el recibimiento. Nunca había visto un sitio tan acogedor y del cual emanaba tanto cariño y esperanza, y todo había sido preparado para ella. La dueña de casa debió advertir su emoción dado que pasó a su lado y le palmeó la mejilla.

—Andrés está muy enamorado de ti, pequeña. Mira todo lo que ha traído. —Y abriendo los brazos señaló a su alrededor—. Ven, abre los cajones.

Roberta la siguió y al abrir los compartimentos de la cómoda vio una gran cantidad de ropita para bebé: batitas, pantaloncillos, saquitos, escarpines, mantillas, gorritos, pañales y todos los utensilios que una criatura y una madre primeriza podrían necesitar.

—En dos días Andrés se encargó de todo —informó Florence—. Vino aquí desesperado cuando se enteró de que sería padre, y cuando con Pierre, mi marido, le dimos nuestro apoyo, como un loco empezó a remozar el cuarto.

—La francesa reía ante el recuerdo—. Mira que lo conocemos desde que era un crío, ya te contaré la historia otro día, pero nunca lo vimos así.

La conversación fluida de Florence, que por momentos la hechizaba a causa de su acento y su voz gutural, su entusiasmo y calidez, poco a poco consiguieron alegrar a Roberta.

Cuando bajaron encontraron a Andrés conversando con un hombre que Roberta juzgó enorme.

—Ese es mi marido —informó Florence—. Ven. —La tomó del brazo y la llevó al encuentro—. *Chéri*, ella es Roberta, mira qué bonita panza luce.

El hombre se puso de pie y resultó aún más alto de lo que parecía.

—Es una placer tenerte en casa —dijo Pierre extendiendo su mano.

—Encantada, señor.

—No, no, no —apuntó Florence—. Nada de señor aquí. Pierre, mi marido se llama Pierre.

El matrimonio Bordeaux, luego de una breve conversación, dejó sola a la pareja. Roberta lucía abatida y Andrés juzgó que debería estar agotada.

—¿Quieres tomar un descanso? —ofreció arrodillándose a su lado y tomando sus manos. Ella elevó sus ojos y vio en los azules del hombre una gran confusión, como si no supiera cómo tratarla. No le erró en sus cavilaciones, Andrés se debatía entre abrazarla y besarla como se venía conteniendo o darle espacio para que poco a poco Roberta fuera la de antes.

—No —contestó con decisión—. Quiero saber para qué me trajiste aquí. —Había dureza en sus palabras.

—Roberta —musitó él—. Te busqué tanto y así me tratas. —La intensidad de su mirada la hizo dudar en mantener esa postura distante—. Te traje aquí para cuidarte, porque eres mi mujer, la madre de mi hijo, y te necesito. Sabes que te amo, Roberta, ¿o acaso lo olvidaste? —Tomó su rostro entre sus manos callosas a fuerza del trabajo al que se había lanzado para ocupar el tiempo—. Soy yo, el mismo hombre que te amó incansablemente y del cual tú te enamoraste. ¿Me culpas a mí por lo ocurrido?

—No, sé que tú no tuviste nada que ver con el ataque a mi rancho —admitió.

—Déjame estar contigo, amor mío, no me prives de ti. —Los ojos azules brillaban—. He sido un paria todo este tiempo, dudando si huías de mi amor. ¿Qué quieres? Dímelo y lo haré.

—Lo que yo quería es un imposible.

—¿Por qué hablas en pasado?

—Porque no existe un presente y menos un futuro para nosotros, Andrés.  
—La angustia de sus ojos revelaba que ella también sufría.

—¿Cómo puedes decir algo así? Aquí está nuestro futuro —dijo tocando el vientre abultado—, nuestro hijo es nuestro futuro —acarició la panza que sintió tensa—. No renunciaré a mi hijo, Roberta —sentenció—. Podrás rechazarme como hombre, pero tendrás que luchar contra mi voluntad de hierro y mi amor incondicional para alejarme de ti. Pero jamás, escucha bien, jamás me alejarás de nuestro hijo. —Roberta se asustó ante la repentina tenacidad de ese hombre que ella conocía calmo y afable. La mujer bajó la mirada. “¿Por qué estoy enojada con él ahora? ¿Por qué si todo este tiempo lloré por él y soñé con este momento ahora no puedo sentirlo?” Andrés la miraba y advertía la contradicción que sentía. “Es pronto”, se dijo. “Debo tener paciencia”.

El hombre se puso de pie y caminó por la estancia hasta detenerse en la ventana. Afuera Florence y Pierre jugaban con sus hijos, que correteaban por ahí. Eran una familia feliz. Envidió sanamente la dicha ajena y miró de soslayo a Roberta, que continuaba sentada, la espalda erguida, las manos sobre el regazo y la vista perdida.

Los colores del día se esfumaban lentamente, el sol iba desapareciendo detrás de los árboles, los pájaros volvían a sus nidos y la paz del atardecer contrastaba con su alma atormentada.

Desesperadamente Andrés buscaba la paz que no hallaba en ningún sitio. Había soñado tanto el momento de reencontrarse con Roberta que ahora que la tenía a metros, con su frialdad y distancia, se sentía desorientado.

En su estancia lo aguardaba Manuela con sus reproches, la próxima fiesta de Navidad a la que tendría que asistir sin ganas y por cumplir, recibiendo a vecinos y amigos con quienes no tenía ganas de departir.

Miró por última vez a Roberta. Ella le prestó su mirada y el hombre tuvo una mínima esperanza. Roberta lucía tan triste y desconcertada como él.

Volvió a su lado y acarició su mejilla. Ella cerró los ojos, abandonándose a sus dedos y exhaló un suspiro. Andrés se acuclilló a su lado y la besó levemente en los labios, apenas un aleteo de su boca. Roberta se estremeció, hacía tanto tiempo que estaba sola que toda su piel se erizó. Él lo notó y se animó. “Tiempo, necesita tiempo para curar sus heridas”, se repitió.

A pesar de que moría de ganas de apretarla contra sí, besarla y acariciarla, Andrés se contuvo. Tendría que empezar de cero, como si recién se conocieran, a pesar de que llevara un hijo suyo en sus entrañas.

## Capítulo 46

*Vísperas de Navidad de 1890, estancia La Luz Buena*

El desayuno fue ajetreado. Esperaban la llegada de Marcos García Moro, y Remedios, por alguna razón, estaba furiosa. Sin pudor y sin tapujos preguntó a boca de jarro:

—¿Dónde dormiste anoche, Diego? Supe que tu cama estaba intacta esta mañana.

—¡Remedios! —reprochó su madre.

Victoria empalideció de repente para enrojecer enseguida.

—Prima, qué poca delicadeza la tuya habiendo tantas damas presentes —contestó Diego con inalterable serenidad—. Pero ya que eres tan osada y todos somos adultos, te contestaré como mereces.

—Diego, por favor —dijo doña Teresa, pero él siguió hablando.

—Como supondrás, un hombre tiene necesidades... ¿cómo diría?... carnales. —Victoria sufría. ¿Qué iría a decir? ¿Sería capaz de mancillarla?— Hay una casa de citas en un paraje cercano al que concurre con frecuencia cuando vengo a la estancia. —Se escuchó un murmullo contenido por parte de las señoras—. Espero haber satisfecho tus dudas.

Remedios no respondió, sintiéndose súbitamente estúpida.

La presencia de Marcos, que arribó a media mañana, impidió el encuentro de los amantes en el jardín de las rosas, dado que el hombre seguía la figura de Victoria a sol y a sombra.

Diego, encolerizado por la frustración de sus planes y la aparición de ese mequetrefe, como él lo llamaba, montó su caballo y se fue campo adentro a ayudar a su hermano, a quien notaba con ánimo decaído.

Marcos persiguió a Victoria toda la tarde pero no halló un momento a solas con ella, dado que la muchacha siempre se las ingeniaba para estar acompañada, ya por su tía, ya por María Gracia en la cocina y hasta con Manuela, con quien no simpatizaba pero que le sirvió para eludir a García Moro.

—¿Encontró usted a su pariente? —le preguntó doña Leonides mientras paseaban por el huerto, dado que la señora quería ejercitar las piernas y le había solicitado la acompañase.

—Todavía no, y ya estoy perdiendo las esperanzas —dijo el hombre con abatimiento—. Es como si la hubiese tragado la tierra.

—Tal vez volvió a su país. —Si bien a ella no le caía bien ese sujeto, deseaba asegurarse de que no sospechara de Victoria; algo en su sexto sentido le decía que era mejor mantenerlo lejos de la jovencita.

—Si era tan pobre como dicen dudo cómo pudo hacerlo —refutó Marcos.

—Tal vez alguien la ayudó. O se fue a otra ciudad —opinó doña Leonides—. Este país es muy grande.

—Tiene usted mucha razón.

Cuando por fin Marcos halló a Victoria sola era casi la hora de la cena. Ella salía de su cuarto y se encaminaba al comedor cuando lo encontró en el pasillo.

—Señorita Victoria —balbuceó repentinamente nervioso. La belleza angelical y a la vez distante y fría de esa jovencita lo apabullaba—. ¿Podríamos dar un paseo antes de la cena? —ofreció su brazo y por educación ella lo tomó.

La condujo por la galería y salieron al fresco de la noche.

—Este sitio es muy hermoso, ¿no cree?

—Sí —concedió ella sin ganas y ante la escasa originalidad del comentario.

Caminaron bajo las copas de los árboles que rodeaban el casco de la estancia hasta que el hombre se detuvo y la miró de frente.

—Victoria —dijo tomándole las manos que ella intentó retirar a causa de la repulsión que el contacto de esos dedos húmedos y flojos le ocasionó—. Desde que la conocí no pude dejar de pensar en usted. —Marcos sudaba y ella juzgó tal situación horripilante—. Quisiera tener su anuencia para cortejarla. —Ya estaba dicho.

—Señor García Moro —comenzó Victoria deshaciéndose de sus manos y reanudando la marcha hacia la casa—. Me honra su pedido —mintió para no herirlo—, pero debe saber que mi corazón está cerrado. —Era la primera vez que alguien le hacía una proposición y no sabía cómo negarse sin lastimar.

—¿Qué significa eso? —inquirió visiblemente apenado.

—Que no estoy en condiciones de aceptar su propuesta, mi corazón pertenece a otro hombre, un hombre que fue muy importante en mi pasado y

al cual aún estoy esperando. —Inventó esa historia porque no quería que sospechara de Diego.

Marcos dudó, porque Remedios había asegurado que era su primo quien la pretendía, pero se dijo que esos ojos tan inocentes y bellos no podían mentir tan descaradamente.

—¿Está segura de que ese hombre volverá? —insistió.

—Eso espero —concluyó ella—. Lo siento, pero no quiero generar en usted una falsa expectativa.

—De todos modos, Victoria, insistiré por usted —prometió con una sonrisa mientras ingresaban del brazo al comedor.

Diego, que estaba de pie conversando con su hermano, la atravesó con una mirada furibunda y Victoria sintió empequeñecer su corazón. Remedios notó el intercambio y sonrió para sí. Ya estaba cerca su venganza.

La cena fue tediosa para Victoria ya que notaba el enojo de Diego que apenas le dirigió la palabra. Marcos por el contrario se desvivió en atenciones y Remedios se encargó de resaltarlas con sus comentarios mordaces. Manuela no perdía ocasión de atacar a su marido hasta que Andrés terminó levantándose de la mesa para desaparecer por la puerta principal. Al rato escucharon los cascos del caballo y supieron que había partido.

Al acostarse, Victoria dejó la ventana abierta, como todas las noches, pero Diego no llegó a la hora acostumbrada y la muchacha se durmió llorando; seguramente la castigaba porque había caminado del brazo de Marcos, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

Un ruido en el cuarto la despertó y lo descubrió de pie junto a la cama.

—Creí que ya no vendrías —susurró estirando su mano.

—No lo merecías —contestó Diego con voz pastosa.

—¿Estás borracho? —inquirió.

—No, solo tomé unas copas —replicó de mal modo.

—Ven —pidió Victoria—. Ven —repitió.

El hombre se aproximó y se sentó en el lecho.

—¿Qué hacías paseando en la noche con ese mequetrefe?

—Solo eso, paseaba. No pude evitarlo —se excusó—. Pero él no significa nada para mí y ya le dejé bien en claro que no podría cortejarme.

—Pues creo que no lo entendió —bramó Alcorta—. Y si es así tendré que aclarárselo —amenazó.

—Diego, no quiero escándalos —se asustó Victoria—. Además, ¿con qué derecho lo harías?

—El derecho que me da el que seas mi mujer. —Y le tomó el rostro entre las manos—. Porque tú eres mía, Victoria, solo mía y de nadie más.

—Estás ebrio —susurró Victoria besando sus labios y sintiendo el olor a alcohol que emanaba de su boca—. No importa, yo te quiero igual. —Le abrió la camisa y metió sus manos para acariciar su pecho.

—¿Me quieres, Victoria? —preguntó mientras la dejaba desnudarlo.

—Sí, tonto, te quiero. —Lo acostó para quitarle las botas y los pantalones. Una vez en calzones lo hizo meter a la cama y se acostó sobre su pecho.

—No me gusta ese sujeto, algo esconde en sus maneras estudiadas —murmuró Diego—. No es quien dice ser.

Victoria se estremeció. “Yo tampoco soy quien digo ser”.

—¿Por qué dices eso? Apenas lo conoces.

—El tiempo me dará la razón, Victoria. Mientras, mantente alejada de él.

—Lo intentaré. —Se inclinó sobre sus labios y lo besó—. Hazme el amor —pidió—. ¿Puedes hacerlo aún estando ebrio? —preguntó inocentemente.

—Ya verás —contestó Diego tumbándola de espaldas.

El 24 de diciembre amaneció nublado. Victoria despertó más tarde de lo habitual dado que la noche anterior, aun con Diego entrado en copas, habían hecho el amor dos veces y el cansancio la había rendido.

A su lado en el lecho había un paquetito envuelto en fino papel de seda. Lo tomó con una sonrisa pintada en los labios y lo abrió con premura. Dentro había un dije de oro macizo: era la letra V. En uno de sus brazos había incrustada una piedra preciosa que no supo identificar. El dije estaba engarzado en una fina gargantilla de oro.

Diego le había dicho que era un regalo sencillo, pero para ella sería su tesoro máspreciado. Lo apretó contra su pecho y pensó que no podría usarlo sin levantar sospechas. Tomó un alfiler y lo prendió a su corpiño por el lado de adentro para llevarlo cerca de su corazón.

Cuando apareció a desayunar ya todos lo habían hecho y prefirió hacerlo sola en la cocina. Así la encontró María Gracia.

—¡Señorita! ¡Qué ojitos trae hoy! —dijo la mujer—. ¿Acaso está enamorada?

Victoria rio y negó con la cabeza.

—Es el ánimo navideño.

—¿O será la visita del señor García Moro? Ese hombre no le quita los ojos de encima.

La muchacha no contestó porque en ese momento Remedios entró en la cocina frunciendo la nariz como si el sitio le repugnara.



—Victoria, quisiera hablar con usted un momento —anunció—. La espero en el jardín de las rosas, ya que a usted le gusta tanto ese lugar. —Y sin más salió revoleando sus faldas y taconeando.

—¡Uf! —dijo María Gracia—. Vaya con cuidado, señorita, que la niña Remedios la tiene entre ojos.

—No se preocupe, María Gracia, sabré defenderme.

Intrigada ante la cita, Victoria caminó hasta el jardín. Halló a Remedios cubierta por su sombrilla, sentada en una silla que se había hecho llevar por Panchito. Victoria se paró frente a ella y la miró a los ojos.

—Como te habrás dado cuenta —comenzó Remedios tuteándola—, Marcos está loco por ti. —Victoria la dejó hablar sin comprender adónde quería llegar—. Y muy desilusionado me contó que rechazaste su proposición para cortejarte.

—No creo que ese tema le concierna, Remedios —replicó.

—¡Oh, sí! —rio la otra exageradamente—. Me concierne, y mucho. No andaré con vueltas. Tú bien sabes que Diego y yo éramos amantes. —Aunque lo sabía, las palabras hirieron a Victoria—. Pero desde que tú apareciste mi primito solo ve por tus ojos. Lógico que estará así un tiempo, hasta que se aburra de ti y busque carne nueva, pero no bajaré los brazos para que vuelva a mí.

—Remedios, no me interesa esta conversación —dijo la jovencita girando para irse.

—Ya verás que sí te interesa, Victoria. ¿O debo llamarte Prudencia? —La sonrisa maligna que brilló en la boca de Remedios se nubló en los ojos de Victoria, que sintió un súbito mareo. Tuvo que tomarse de un árbol cercano para no caer.

—¿Quieres que vaya por agua? —ofreció la otra con falsa preocupación.

Victoria respiró con fuerza varias veces antes de levantar la mirada y erguir la espalda.

—Te has puesto pálida, querida —añadió Remedios caminando hacia ella como una gata—. Como verás sé quién eres, conozco tu secreto. —Mordió cada una de sus palabras. El odio emanaba de su boca como dagas que herían a Victoria—. Sé que mataste a un hombre y que todos en tu familia te abandonaron como a un perro sarnoso. Eres una asesina, Victoria.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó Victoria recuperando la frialdad.

—Veo que entiendes rápido. —Remedios le clavó la mirada al decir—: Quiero que aceptes a Marcos, que te cases con él y que desaparezcas de la

vida de Diego. —Se acercó más a ella y agregó—: Diego es mío. —La muchachita sintió que el corazón se le oprimía—. Si lo haces, te juro que no abriré la boca y nadie sabrá nunca de tu pasado.

—¿Quién más lo sabe?

—Nadie, querida —respondió con falsa dulzura—. Imaginarás que no iba a contarle a Marcos que su futura esposa es una asesina —rio—. El pobre hombre no dormiría tranquilo a tu lado. ¿Qué dices, Prudencia? —remarcó el nombre.

—Lo pensaré. —Necesitaba ganar tiempo.

—No tienes demasiado tiempo. —La frialdad volvió a la mirada de Remedios—. Te dejaré disfrutar de la Navidad, no soy tan desalmada. Pero pasado mañana, si no aceptas a Marcos, hablaré delante de toda la familia, Prudencia, todos sabrán quién eres.

La mujer se alejó contoneando las caderas y Victoria cayó al piso de rodillas, llorando. Cuando volvió a la casa no había vestigios de llanto en su semblante. Pensó en hablar con doña Leonides, tal vez ella la ayudara, pero no quiso enturbiar la Navidad de la mujer, que parecía feliz y sosegada.

Diego y Andrés volvieron temprano para recibir a la gente que vendría de las estancias vecinas. Los Bordeaux no vendrían por obvias razones, pese a que Andrés hubiera querido compartir con ellos la cena.

Se prepararon las mesas vestidas con manteles bordados, se dispuso la vajilla de plata y las copas de cristal de Bohemia. Se iluminó el comedor que brilló en todo su esplendor y el olor de los manjares que se horneaba en la cocina inundó las fosas nasales de los presentes, abriendo su apetito.

Las damas lucieron sus mejores vestidos y joyas, a excepción de Victoria que no usó ningún adorno e igualmente deslumbró con su belleza angelical.

Diego la vio aparecer en el salón y notó de inmediato la tristeza de sus ojos; había aprendido a reconocer sus estados de ánimo, cuándo fingía estar a gusto y cuándo algo la angustiaba. Esa noche sus ojos brillaban de un modo especialmente nostálgico y sus mejillas estaban pálidas.

Victoria también lo vio y su atractivo entre los demás hombres le resultó apabullante. Vestía un traje color negro y llevaba la camisa sin moño, en contra de la formalidad imperante en el resto. Se había peinado el cabello hacia atrás pero varias hebras rebeldes le caían sobre la frente. Sus ojos se encontraron un instante y él la interrogó con la mirada. Pero Victoria escapó de su asedio sin saber cómo lo enfrentaría. ¿Y si le contaba la verdad? Sería una locura, ni siquiera tenían una relación, solo eran amantes. Además, si

había forjado una mínima esperanza, con la espada de Damocles pendiendo sobre su cabeza, la misma se había hecho trizas.

Marcos dejó el grupo de hombres con el que conversaba y se acercó a hablar con Victoria y doña Leonides. La jovencita no lo escuchaba, sus palabras se perdían en el aire y ella se debatía internamente; el miedo la paralizaba, la sacaba de sus cabales. Otra vez estaba a punto de perder lo que tenía. No sabía si doña Leonides se atrevería a enfrentar al resto de la sociedad solo para defenderla. ¿Y si el cariño de la mujer se desvanecía en el aire como el humo de los cigarros? Si hasta su propia madre la había repudiado, ¿qué podía esperar de una extraña?

—¿Qué tienes, querida? —preguntó la tía por lo bajo—. Estás muy pálida.

—No me siento bien, tía.

—Te habrá hecho mal el sol de ayer —coligió la mujer—. Nunca usas la sombrilla —amonestó.

—Puede ser.

Resistió la comida con estoicismo, percibió las miradas triunfales de Remedios, las embobadas de Marcos y las interrogantes de Diego. No percibió el esfuerzo que hacía Andrés para soportar la velada junto a toda esa gente que no le interesaba, cuando en realidad quería correr a los brazos de Roberta, con quien todavía no podía lograr la unión y complicidad anheladas.

A las doce en punto todos se pusieron de pie y alzaron sus copas para brindar. Cuando Diego chocó la suya con la de Victoria los ojos grises se llenaron de lágrimas que no llegaron a destino debido al tremendo esfuerzo que hizo para sostenerlas.

Cuando la música empezó a sonar en el piano primero y en los violines de los músicos después, las parejas se lanzaron a bailar. Victoria quiso desaparecer cuando vio que Marcos se dirigía directamente hacia ella. No pudo rechazarlo y se encontró girando con él junto a los demás. Luego bailó con Andrés, con el hijo de un estanciero cuyo nombre no recordaba, hasta que Diego pudo rescatarla luego de haber bailado él con su madre, su tía y algunas señoritas.

Al sentir las manos conocidas y ansiadas que la guiaban por la pista, Victoria se sintió a salvo.

—No me gusta que bailes con otros, ni siquiera con mi hermano —susurró él en su oreja.

—A mí tampoco me gusta hacerlo —replicó—. Pero hubiera sido de mala educación rechazarlos.

—Lo sé y por eso te perdono. ¿Te gustó mi regalo?

—Es el regalo más importante que recibí en mi vida —dijo con nostalgia—. Lo llevo prendido en mi corpiño —informó—. Gracias, Diego.

—Estás triste. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—No me mientas —pidió acentuando la presión de su mano—. Sé que algo te preocupa, me lo dicen tus ojos. —Pero ella no contestó.

Luego los compromisos los separaron y Victoria padeció el resto de la velada la persecución de la mirada ladina de Remedios y el asedio constante de Marcos.

Cerca de las tres de la madrugada la fiesta seguía en su apogeo. Victoria se excusó con su tía aduciendo un dolor de cabeza y se retiró a dormir. Diego la vio partir fingiendo apostura pero supo que algo andaba mal. Esperó el momento oportuno y la siguió hasta su cuarto. Entró rápidamente, esta vez por la puerta, y la sorprendió quitándose el vestido.

—Lo siento, no quise asustarte —musitó al acercarse—. Deja que te ayude. —Sus dedos desataron los lazos y aflojaron botones hasta que la tela se deslizó por sus caderas como una flor despegándose del tallo.

Diego le acarició el contorno y la besó en el cuello que ella echó hacia atrás, sujetándose de sus hombros.

—No podré dormir hoy contigo —susurró Diego, excitado—. Pronto amanecerá. —Ella se apretó en su pecho como si se despidiera—. Vas a decirme qué ocurre —conminó.

—Quisiera ver a mi hermana. —Aunque era cierto no era ese el motivo de su angustia.

—Estás mintiendo —acusó el hombre con paciencia—. ¿Remedios tiene algo que ver? Me dijo María Gracia que hoy conversó contigo en el jardín y que al volver no tenías buen semblante.

—No tiene importancia —respondió escondiéndole la mirada, aferrada aún a su cintura, su mejilla sobre el pecho masculino que la hacía sentir tan segura.

—Victoria, confía en mí —pidió—. Puedes decirme lo que sea, yo me encargaré.

¿Es que acaso Alcora sospechaba? Una sombra pasó por la mente de Victoria. ¿Y si le contaba la verdad? ¿La repudiaría por ser una asesina? ¿Una impostora? ¿Y si se sometía a la extorsión de Remedios y luego ella revelaba su secreto de todas formas? Doble sería su desgracia.

Se separó de él y fue en busca de su camisón, porque por más que tenía la ropa interior sentía cierto pudor.

—¿Por qué me privas de la visión de tu cuerpo? —inquirió Diego con indicios de deseo.

Ella no contestó y se cubrió con la fina tela. Él se acercó a la cama y se sentó para atraerla hacia sus rodillas. Una vez sentada sobre sus piernas Victoria sintió las manos del hombre en su espalda, reconfortándola.

—Nada de lo que haya dicho Remedios puede ser tan grave para que te hayas puesto así. —Ella elevó sus ojos grises hacia él y esbozó una sonrisa de pena.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Diego. —Estaba tan afligida que las lágrimas cayeron solas por sus mejillas.

—Te equivocas —afirmó él—, sé todo de ti. —La besó delicadamente en el hombro, sin dejar de acariciar su cuello—. Todo, pequeña.

—No —refutó Victoria—. No siempre fui lo que ves ahora.

—¡Sh! —la silenció con un beso—. No me importa tu vida antes de mí, Victoria, sino tu presente.

—Hablas sin conocimiento —suspiró la muchachita, a quien un sudor helado ante la inminencia de la revelación había invadido—. Mi pasado me avergüenza —hizo un esfuerzo para no agudizar su llanto— y amenaza con destruir mi presente y mi futuro.

—¡No llores! —le secó las lágrimas y la apretó contra sí—. Déjame adivinar —tentó—. Remedios descubrió tu secreto y amenazó con contarlo si no te alejabas de mí.

—¿Cómo lo sabes? —se alteró ella.

—Mi prima es tan predecible —sonrió—. No le hagas caso, mañana mismo hablaré con ella y la pondré en su lugar.

—¡No! —rogó—. Ella te dirá cosas horrendas de mí. —Pensó Victoria con pesar, recordando su pasado.

—Tú no te preocupes. —Le tomó la cara entre ambas manos y la besó con pasión—. A mi lado nunca nadie te hará daño. —Volvió a besarla mientras le acariciaba los senos.

Afuera las primeras luces del día invitaban a la despedida.

—Tengo que irme, preciosa, o alguien nos descubrirá. Descansa, todo se arreglará. —La metió en la cama, le dio el último beso y desapareció por la ventana, ya que el pasillo estaba concurrido.

Al día siguiente Victoria se levantó tarde. La casa ya estaba ordenada y aseada, como si duendes nocturnos se hubieran encargado de la limpieza.

El almuerzo de Navidad sería íntimo, solo Marcos y un matrimonio amigo de doña Teresa quedaban como huéspedes. A doña Leonides le molestó la

presencia de García Moro, de quien tenían escasas referencias. No comprendía el interés de Remedios en forzar una relación con Victoria que a su sobrina desagradaba.

Andrés había anunciado que se ausentaría y todos supieron que almorzaría con su amante. Remedios aguardaba ver a Victoria, gozaba al verla abatida y sufriente. El final estaba cerca y saboreaba su triunfo.

Cuando sintió los pasos de Diego avanzando en su dirección y vio sus ojos azules taladrándola, supo que algo andaba mal.

—Te espero en el despacho —bramó él—. ¡Ahora!

Ella lo siguió demudada y pasó por la puerta que él sostuvo abierta con su brazo extendido.

—¿Vas a darme mi regalito navideño? —inquirió melosa.

—Una tunda debería darte —replicó.

—¿Y por qué, querido? —Por importunar a Victoria.

—¡Ah! Veo que la falsa mosquita muerta ya te fue con el cuento —se acercó a él y lo olió—. Sigues usando la misma loción que tanto me excita. —Luego se alejó unos pasos—. ¿Qué historia inventó ahora?

—Ninguna historia, Remedios. Te lo digo por las buenas: déjala en paz. Y sea lo que sea con que la estás extorsionando, guárdatelo.

—¡Por Dios! ¡No puedo creer que esa jovencita te haya hechizado! —rio Remedios echando la cabeza hacia atrás—. ¿Qué te dio? ¿Jugo de sus calzones?

—No seas grosera, Remedios —censuró Diego—. Te recuerdo que eres una dama.

—¿Ya dormiste con ella? ¿Por eso estás así? —Los ojos de la mujer lanzaban chispas de odio—. Pues entérate, tu linda Victoria no es quien dice ser. ¡Es una asesina de la peor calaña! —Al ver que él no se asombraba se desconcertó—. ¿No me oíste? Victoria, que en realidad se llama Prudencia, mató a un hombre —aguardaba la reacción que no llegaba.

—¿Terminaste? —preguntó Alcorta impaciente.

—Sí. ¿Te parece poco lo que acabo de decir? —se alteró Remedios ante su impasividad.

—No es más de lo que ya sabía. —Su declaración la golpeó en pleno rostro y estuvo a punto de caer.

—¿Lo sabías? —inquirió incrédula.

—Sí, de modo que déjala en paz.

—¿Tu madre lo sabe?

—Lo sabrá, a su debido tiempo —Diego se volvió hacia ella y clavó sus ojos azules en su rostro—. Si vuelves a amenazar a Victoria yo mismo te sacaré de esta casa a empujones.

Remedios salió del despacho con lágrimas de furia en sus ojos. Había jugado su última carta y había perdido.

## Capítulo 47

La cena de Navidad había sido amena pese al mutismo de Roberta. La familia Bordeaux era afable y divertida, todos la trataban bien y nadie hacía preguntas. Los pequeños francesitos, dado que por más que hablaban el castellano tenían el acento imitado de sus padres, eran adorables, si bien revoltosos.

Florence le había ofrecido su amistad desde el comienzo, se mostraba amable e interesada por su embarazo sin incomodarla con preguntas soeces ni prejuicios en cuanto a su relación con Andrés.

Pierre, ese gigante que imponía silencio con su presencia, era más bueno que el pan, y solo su cuerpo grande desentonaba con su carácter. Se dirigía a sus hijos con un cariño inigualable, les tenía infinita paciencia pero no por ello los malcriaba. Cuando tenía que ponerse firme no le temblaba la voz.

Hacia poco había ingresado a trabajar una muchacha para ayudar a Florence en los quehaceres, dado que la mujer siempre había dicho que ella podía sola, aunque la verdad era que no le gustaba tener extraños en su casa, y menos para servirla. Pero a medida que los niños crecían, el trabajo se le hacía más pesado, demasiada ropa para lavar y planchar, muchas comidas que preparar, hasta que finalmente se dejó convencer por su esposo y aceptó contratar a una jovencita, con la única condición de que no viviera en la casa.

De modo que llegó Claudia a la vida de los Bordeaux, una joven taciturna y respetuosa que jamás miraba de frente a sus patrones, tal vez por el temor que Pierre hacía nacer en ella. Venía recomendada de una estancia vecina y todos los días llegaba a las siete de la mañana para irse a las seis de la tarde a su rancho donde vivía con su madre y sus hermanos.

Roberta, dada su condición, de inmediato intentó refugiarse en la cocina junto a Claudia ofreciéndose para lavar o estirar la ropa, pero Florence se opuso.

—*Ma chérie*, aquí tú eres una invitada, de modo que deja ese canasto y ven conmigo a disfrutar del aire de esta hermosa tarde. —Con la dulzura que la caracterizaba la francesa le quitó el cesto con ropa de entre las manos y



tomándola del brazo la llevó debajo de un nogal, donde dos sillas de jardín y una jarra de jugo las aguardaban.

—Señora, yo... —intentó la muchacha.

—Nada de señora, Roberta —conminó Florence.

La muchachita bajó los ojos y con las manos juntas en el regazo se retorció los dedos.

La interrupción de dos de los niños que venían peleando por un juguete fabricado en madera por su padre animó el momento de confusión de Roberta. El griterío de los pequeños fue acallado por la voz suave y cadenciosa de la madre que propuso un juego relacionado con el motivo de la discordia que puso fin a la pelea de inmediato.

—Los niños siempre necesitan que medemos entre ellos —dijo con su sonrisa diáfana—. Ya verás cuando los tuyos se peleen.

Roberta pensó que tal vez no tendría más hijos, que su pequeño sería un bastardo sin padre ni hermanos. No sabía todavía qué haría Andrés con ella, ni tenía resuelto qué estaría ella dispuesta a aceptar. No le agradaba la idea de ser una amante oculta en alguna estancia vecina, pero tampoco se convertiría en la concubina de un hombre casado. La situación de Andrés era delicada, su esposa había demostrado ser de armas tomar y Roberta temía por la seguridad de su bebé, lo único que le interesaba ahora.

Al atardecer la familia Bordeaux en pleno comenzó a preparar la mesa en la que celebrarían la Navidad. Solo ellos festejarían la llegada del niño Jesús y Roberta se sentía una intrusa en la intimidad familiar. Pero al parecer era ella la única que pensaba de esa manera, el resto reía y disfrutaba al máximo con los preparativos.

Claudia se había ido más temprano ese día y Florence le había obsequiado como regalo de Navidad un pavo que ella misma había desplumado. La muchacha lo había recibido emocionada y marchó hacia su casa ilusionada con el almuerzo del día siguiente.

Durante la cena, que consistió en diversos platos fríos, fiambres y ensaladas que Roberta nunca había sentido nombrar y que la dueña de casa le explicó que eran recetas francesas, poco a poco la muchacha fue dejando sus prejuicios de lado y entre las risas de los niños y el vaso de vino que Florence insistió que bebiera, llegó al brindis de las doce sin acordarse de su soledad ni preocuparse por su futuro.

A la medianoche en punto todos se pusieron de pie, aun los pequeñitos, y de manera solemne tras una corta oración pronunciada por Pierre en Francés, alzaron sus copas.

Luego cada uno recibió besos en ambas mejillas, costumbre que Florence había impuesto a sus hijos, y Pierre apareció con una caja de regalos. Los niños abrían los ojos desmesuradamente mientras abrían sus paquetes y Roberta misma fue sorprendida al recibir un sombrerito tejido en hilo.

—Para que puedas pasear sin exponerte tanto al sol —dijo Florence—. Así no te saldrán tantas manchas en el rostro.

Roberta elevó los ojos, dado que no comprendía el motivo del cuidado.

—¿No sabías que a las mujeres se nos mancha la piel cuando estamos de encargo? —sonrió.

—No —respondió la primeriza tímidamente.

—Eso entre tantas otras cosas, como las varices, las descomposturas y demás molestias. —Y advirtiéndole que la estaba asustando añadió—: ¡Oh! No me hagas caso, ser madre es lo mejor que nos pasa en la vida. —Y señalando a su alrededor agregó—: ¡Mírame a mí! De no ser así no hubiera parido tres veces.

—A veces tengo mucho miedo —confesó—. No a sufrir, porque soy fuerte, pero sí a morir en el parto y que mi hijo quede desamparado. —Los ojos le brillaron y Florence le tomó las manos.

—Eso no ocurrirá. Es cierto que eres una mujer fuerte, de modo que tranquilízate. Además, llegado el momento, traeremos al mejor médico de la ciudad para que esté a tu lado. —La sonrisa de los ojos de la francesa la aquietaron—. Yo estaré a tu lado, lo prometo.

—Gracias —musitó Roberta emocionada—. Es mucho lo que hacen por mí. —Limpió una lágrima que rodó por su mejilla—. Me recibieron en vuestra casa sin preguntas, me ofrecieron su amistad... no sé qué decir.

—Nada —declaró Florence—. Nada tienes que decir ni agradecer. Eres la mujer de Andrés, y él es un buen amigo. Eso es suficiente para que las puertas de esta casa y de nuestros corazones estén abiertas para ti y esa hermosa criatura que pronto estará berreando por ahí. —La expresión hizo reír a Roberta—. Vamos, ánimate, que mañana vendrá Andrés a almorzar y no queremos que piense que te tratamos mal —expresó a modo de broma.

Esa noche en la cama Roberta se quedó despierta largo rato. ¡Cómo había cambiado su vida desde que había conocido a Andrés Alcorta! Al principio su amor se había mantenido agazapado, dado que no confiaba en que él se entregaría a ella en cuerpo y alma. Finalmente ambos habían sucumbido a los brazos del otro y cuando más altura alcanzaba su amor, cuando se creían invencibles, la esposa había intervenido. Despojada de las pocas pertenencias que tenía, sabiéndose embarazada, temerosa de arriesgar la vida de su hijo,

había huido, intentando borrar a Andrés de su mente, pero ello le había sido imposible. El trabajo en lo de López Cernadas había sido un paliativo, allí la habían tratado bien excepto por el episodio con Luciano y había encontrado muchachas que, aunque diferentes a ella, la habían contenido.

Ahora estaba entre extraños nuevamente, a la espera del amante, con quien todavía no había tenido demasiadas oportunidades de conversar y sincerarse.

El bebé que habitaba en su vientre se movía demasiado, como siempre ocurría cuando estaba en posición horizontal. Roberta esperaba durante todo el día el momento de sentirlo, dado que la pasividad de la jornada la hacía pensar en una desgracia. A menudo trataba de molestarlo, moviéndose o tocando su panza en la esperanza de que el bebé realizara algún movimiento que le revelara que estaba vivo. Pero la criatura, anticipando una tozudez incomparable, no daba señales y recién a la noche le hacía sentir su presencia.

Roberta logró conciliar el sueño demasiado tarde, lo que ocasionó que se levantara casi al mediodía.

Cuando apareció en el comedor y descubrió la hora, los colores subieron a su rostro.

—¿Pudiste descansar? —inquirió Florence con amabilidad y su habitual serenidad.

—Demasiado —se excusó—. Debió haberme llamado.

—No me trates de usted, que me siento vieja —se quejó la francesa—. Tenías que descansar, muchas emociones juntas —se acercó y la tomó de la mano—. Vamos, tienes que tomar algo a modo de desayuno, aunque sea un vaso de leche recién ordeñada —aconsejó la mujer dado que pronto almorzarían.

La condujo a la cocina donde le sirvió la leche pese a las protestas de Roberta por cuanto podía hacerlo ella misma.

—Y ahora, querida niña, ve afuera a encontrarte con tu amado —propuso Florence.

—¿Ya está aquí? —inquirió nuevamente sonrojada como una adolescente.

—¿Si ya está aquí? —rio Florence—. ¡Vino casi de madrugada! El pobre está desesperado por verte.

Roberta se puso de pie, se arregló la falda y acomodó los cabellos. Florence la miraba con ternura mientras pensaba en cómo solucionarían esos dos sus problemas amorosos. Pero de algo no tenía dudas: ambos estaban embobados aunque ella pusiera reparos a la relación.

—¡Estás bien! Vamos, ve a buscarlo —instó la francesa empujándola suavemente hacia la salida.

El aire tibio del exterior la animó un poco y menguó el sofoco que sentía. Avanzó hacia donde Florence había dicho que se encontrarían los dos hombres, midiendo sus pasos dado que sus piernas temblaban a causa de los nervios que la invadían.

Pierre y Andrés bebían a la sombra de los pinos que custodiaban la casona y al verla avanzar intercambiaron unas palabras. Roberta vio cómo su amante dejaba el vaso y se encaminaba hacia ella.

La amplia y sincera sonrisa de Andrés que ocupaba todo su rostro y llegaba a sus ojos borró de inmediato todas sus dudas. Un intenso calor subió desde su pecho hacia sus mejillas, se le secó la boca y su palpitación se acentuó cuando lo tuvo enfrente.

Él no pronunció palabras y la besó en la boca con una desesperación largamente contenida. Su lengua empujó hasta derribar la barrera de sus labios y se introdujo furiosa y decidida en busca del calor anhelado. Roberta sintió las manos firmes de Andrés cerrarse en torno a su cintura gruesa y permitió que la apretara contra sí. Ante la imperiosa necesidad de él, no pudo seguir resistiendo el beso y le permitió chupar su lengua con generosidad a la vez que sus propias manos tomaban vida y se aferraban al cuello masculino. Andrés suspiró ante la entrega y profundizó el beso.

Durante esos minutos que duró el encuentro ambos perdieron noción del tiempo y de la oportunidad. Ninguno reparó en Pierre, que continuaba bebiendo a la sombra del pino, ni en los niños que aparecieron corriendo y comenzaron a gritar alborozados al ver a su tío Andrés.

—¿Trajiste los regalos de Navidad? —dijo Jean, el más descarado de todos.

La pareja se separó un poco y Andrés tomó la mano de Roberta, acariciándola con sus dedos, mientras sonreía a los tres pequeñitos que aguardaban, expectantes, la anhelada respuesta.

—Tendré que preguntar a su madre cómo se portaron este año —declaró Andrés—. Porque me parece que esta vez les toca carbón...

—¡A mí no! —replicó la pequeñita de bucles dorados, en su media lengua—. Yo me porté bien y presté mis juguetes.

—¡Yo también me porté bien! —exclamó Jean.

—Bueno, bueno, no empiecen a pelear —Andrés alzó la voz—. Los regalos están dentro, vayan a ver si les gusta lo que les traje —instó para alejarlos, dado que estaba ansioso por disfrutar de la soledad con su mujer.

Los pequeños se alejaron corriendo en dirección a la vivienda y Andrés la guio de la mano conduciéndola por el sendero de pinos que los alejaba de la casa.

Cuando estuvieron fuera de la vista de la familia, Andrés se volvió hacia Roberta y la tomó nuevamente entre sus brazos.

—Feliz Navidad, amor mío —musitó sobre sus labios.

Roberta no alcanzó a contestar porque los besos de Andrés eran imperiosos, había tanta pasión y urgencia que ella misma se vio contagiada y se despertaron sus sentidos aletargados. El antiguo cosquilleo, el intenso calor en todo su cuerpo y ese latir concentrado en su entrepierna le demostraron que también lo necesitaba. Con Andrés cerca no podría mantenerse fría y distante, él la derretía con solo mirarla, con un soplo de su aliento podía vencer todas sus barreras, miedos y prejuicios.

—Te extrañé tanto —susurró Andrés besándola en el cuello—. ¿Me extrañaste? —inquirió.

—Sí.

—No vuelvas a apartarme de ti, Roberta, por favor —suplicó mientras sus labios rodaban por su pecho buscando la hendidura de sus senos.

—¡No! —se quejó ella, aunque sentía la misma urgencia de él—. Pueden vernos, Andrés, por favor.

—Tienes razón —se separó ligeramente y se despejó la frente de cabellos—. Es que te eché tanto de menos, amor, tanto —sus ojos claros no mentían y ella se conmovió al punto de las lágrimas.

—¿Qué vamos a hacer? —se atrevió a preguntar.

—Sinceramente no lo sé. —De pronto Andrés parecía abatido—. Solo sé que quiero estar contigo, vivir contigo aunque sea en un rancho. —Inmediatamente se arrepintió, dado que con sus palabras le recordaba que ella era pobre y que había sido despojada violentamente de lo único que tenía como vivienda. Roberta bajó los ojos, dolida—. Perdóname, perdóname. —Tomó la barbilla de la mujer y la levantó—. Fui un bruto, lo siento. Es que estoy desesperado, la situación con Manuela es insostenible, y solo pienso en cómo poder vivir contigo.

—Yo...

—No digas nada, tengo miedo de tus palabras. —Posó su dedo sobre sus labios—. Solo te pido paciencia. ¿Estás bien aquí? —Ella asintió—. Te prometo que en poco tiempo estaremos juntos, sea como sea viviremos bajo el mismo techo.

—No quiero presionarte, nunca lo hice —dijo ella, desolada.

—Lo sé, mi amor, lo sé. —La besó levemente en los labios—. Será por eso que te amo tanto, por tu simpleza, tu amor incondicional, tu entrega sin reproches. —La apretó contra sí—. Fui un egoísta, Roberta, enamorarme de ti siendo un hombre comprometido, pero no pude evitarlo.

—Yo lo permití, Andrés, en el amor no manda la razón —consoló ella, acariciando su nuca—. No es culpa de nadie esto que sentimos, solo llegué tarde a tu vida.

—Pero llegaste, y eso es lo que cuenta. —Le acarició los cabellos y los besó—. Mi vida habría sido un calvario sin el remanso de tu amor. —Quedaron un rato abrazados, sintiendo el palpitar de sus corazones, sus olores largamente añorados, sus pieles que se pertenecían. Al rato Andrés dijo—: ¿Y mi hijo? ¿Cómo se siente llevar un niño en tu vientre? —La miró con ojos soñadores y ella sintió una tremenda emoción de poder ser la única que generaba en él esa mirada.

—Pon tu mano —dijo mientras tomaba la diestra de Andrés—, aguarda un rato. —El hombre quedó tieso, aguzando todos sus sentidos en la esperanza de sentir a su bebé.

Al cabo de unos minutos el hombre la miró desencantado.

—No se movió.

—Este niño es muy parco —dijo ella más animada—. Duerme durante todo el día y comienza a patalear cuando yo me acuesto.

—Tendré que acostarme contigo entonces. —La voz y la mirada de Andrés denotaban su intención—. ¿Tú no quieres acostarte conmigo? —inquirió atrayéndola por la cintura.

—No creo que podamos hacer el amor con esta panza —replicó a modo de excusa—. Además, podríamos dañar al bebé.

—No me importa hacer el amor, Roberta, me alcanza con tenerte cerca, acariciar tu piel desnuda y besar el lunar de tu nalga. —Esto último la hizo reír—. ¿Creías que me había olvidado de él? —preguntó con su sonrisa fresca—. Jamás.

—Será mejor que volvamos a la casa —propuso Roberta—. Deben estar esperándonos.

El almuerzo de Navidad con la familia Bordeaux fue perfecto. La calidez de Florence, la algarabía de los niños y la bondad de Pierre pusieron una nota colorida a la comida navideña. Ni Roberta ni Andrés se acordaron de los problemas que tendrían que solucionar para poder vivir su amor en plenitud.

## Capítulo 48

Un coche tirado por dos hermosos caballos se acercó por el camino principal. Victoria, que paseaba por allí intentando alejar a sus demonios, se detuvo a ver de quién se trataba.

La portezuela se abrió y cuando la jovencita vio la túnica que cubría las piernas que aparecieron corrió hacia el vehículo de inmediato.

—¡Sor Renunciación! —exclamó abrazándose a la monja—. ¡Cuánto me alegra que haya venido!

—¡Feliz Navidad! —dijo la mujer besando sus mejillas.

—¡Feliz Navidad! —repitió—. No sabía que la dejaban salir.

—Esta vez han hecho una excepción. —El cochero bajó su maleta y Victoria la tomó—. ¿Estás triste, Victoria?

—¡Cómo me conoce, sor Renunciación! —se ufanó la muchacha.

—¿Ocurrió algo?

—A su debido tiempo le contaré. Venga, su familia se pondrá feliz de verla.

Ingresaron en la casa donde la monja fue recibida por todos con sinceras muestras de afecto. Doña Teresa abrazó a su hermana y unas lágrimas rodaron por la mejilla de la primera. Doña Mercedes siguió en turno y doña Leonides se les unió.

—Las cuatro juntas, como cuando éramos niñas —dijo Agostina con una sonrisa plena y cautivadora.

La hora del almuerzo llegó y la familia festejó la Navidad. Había todo tipo de ánimos en la mesa. Las cuatro damas maduras rememoraban anécdotas de la niñez y hablaban de una Agostina atrevida y rebelde, muy diferente a lo que se esperaba de una monja.

Remedios ostentaba un humor de perros, tan oscuro como el de Manuela por el bochorno que significaba para ella el que su marido no asistiera a la comida.

El matrimonio de ancianos reía junto a las damas y sumaba sus propias historias personales. Marcos buscaba respuestas en los ojos de Remedios

mientras intentaba congraciarse con Victoria. Esta última apenas probó bocado y jugó con los cubiertos, evitando el diálogo de García Moro que le resultaba por demás aburrido.

Diego observaba a cada uno de los asistentes a la comida y deseaba que todos desaparecieran para poder tranquilizar a Victoria, que lucía tan perturbada.

No sabía qué le ocurría con esa muchachita, lo cierto era que no lograba extirparla de su mente. Día y noche evocaba sus encuentros y un desconocido sentimiento de posesión y exclusividad lo atormentaba. No creía en el amor, pero, ¿qué era eso que lo enloquecía? Tal vez fuera porque él la había hecho mujer y la estaba moldeando a su gusto, pero otras vírgenes habían pasado por su cama sin dejar rastro en él. Con Victoria todo era diferente, la anhelaba aun cuando la tenía frente a sí al otro lado de la mesa; quería conocer sus pensamientos, acunar sus sueños y calmar sus miedos.

Luego del almuerzo las cuatro amigas, en contra de la costumbre de ir a dormir la siesta, rejuvenecidas por los recuerdos, decidieron ir a caminar en busca de antiguos lugares que guardaban sus historias.

Invitaron a las más jóvenes pero la única que aceptó fue Victoria, deseosa de escapar de Marcos y Remedios, quien le recordaría que el plazo llegaba a su fin.

No tuvo oportunidad de hablar con Diego, pero lo vio tan sereno que intentó olvidar el asunto al menos por un rato.

Caminaron en dirección al molino, lo bordearon y luego se adentraron en una zona cubierta por flores silvestres.

—¿Se acuerdan qué había aquí? —preguntó doña Mercedes con una sonrisa pícaro.

—¡Cómo olvidarlo! —rio doña Teresa—. Aquí fue donde Sebastiano nos dio a todas nuestro primer beso.

Las cuatro rieron al unísono y Victoria se maravilló. Esas mujeres adultas y serias parecían de repente cuatro chiquillas soñando con sus primeros amores platónicos.

—¿A todas? —preguntó la joven sin poder reprimir la pregunta.

—Sí —contestó Agostina—. Era un peón nuevo, apenas un muchacho que recién dejaba los pantalones cortos. Nosotras éramos unas niñas aún, camino a la adolescencia, pero todas nos habíamos enamorado de él.

—Veníamos a la estancia todos los veranos con la sola ilusión de ver a Sebastiano —acotó doña Leonides.

—¿Usted también, tía? —se asombró Victoria.



—Yo también —rio la mujer como hacía tiempo no hacía.

—Resulta que el muchacho debió darse cuenta de nuestro asedio, de modo que nos convocó a todas aquí, donde años atrás había un cobertizo. Nos puso en fila y nos besó en la boca una por una. —Las cuatro rieron a carcajadas y Victoria no comprendía el motivo.

—¿Y qué ocurrió?

—¡Huimos despavoridas y escupimos afuera del asco que nos dio!

—El muchacho se libró de nosotras para siempre dado que nunca más volvimos a mirarlo. —La risa general se elevó en el aire y se unió al canto de los pájaros.

El resto del paseo fue igual, las mujeres revivían constantemente un pasado maravilloso que en sus relatos no parecía tan lejano.

Al volver a la casa recibieron la noticia de que Marcos volvía a Buenos Aires. Remedios le había aconsejado marchar hasta tanto la escena se enfriara y ella acomodara las piezas sobre el tablero para la próxima jugada.

El hombre agradeció la oportunidad que le habían dado de pasar la Navidad en el seno de una familia y se despidió de todos con elegancia. Dedicó una especial sonrisa a Victoria que se estrelló en su semblante de hielo y luego marchó, apesadumbrado.

Sor Renunciación buscó un momento a solas con la jovencita y la llevó a su cuarto.

—Dime qué te pasa, Prudencia —dijo la monja dulcemente.

—¡Por favor, no me llame así! Alguien podría oír —suplicó.

—Estas paredes son suficientemente gruesas como para contener hasta los gritos de los amantes —replicó sor Renunciación y Victoria se sonrojó. ¿Sabría algo?—. Bueno, cuéntame, que algo escondes.

—¡Ah, sor Renunciación! ¡Es Remedios! Descubrió mi historia, no sé cómo, pero me está amenazando con contársela a todos si no me caso con el señor García Moro. —Estaban sentadas en el lecho, las manos unidas.

—¿Lo sabe tu tía?

—No. No quise preocuparla, está feliz de estar aquí.

—Remedios —suspiró la religiosa—. Mi sobrina es una mala semilla, siempre lo supimos. —La miró a los ojos y afirmó—: Supongo que todo es por un par de pantalones.

—No entiendo —replicó Victoria cuya candidez le impedía comprender la expresión.

—Quiero decir que todo esto es por Diego. —Victoria enrojeció de repente y sor Renunciación supo que había dado en el clavo.

—Sí, pero no es lo que usted cree —se apresuró a desmentir—. El señor Alcorta y yo somos amigos, buenos amigos.

—Diego no es amigo de las mujeres, mi querida niña —expresó la monja con pesar, meneando su cabeza—. Ten cuidado, mi sobrino es un buen hombre pero no de los que se atan a un compromiso, y menos a una mujer. —Victoria meditó que ya era tarde, ella ya se había entregado a él en cuerpo y corazón.

—El señor Alcorta encontró a mi hermana —anunció de repente.

—¿De veras? —Los ojos de sor Renunciación se iluminaron—. ¡Cuánto me alegro, querida! —Victoria le relató la historia de cómo había llegado hasta Purita.

—Ahora deseo volver a Buenos Aires para ir a verla.

—Volvamos al tema de Remedios —sugirió la monja—. ¿Qué crees que diría la familia se conociera tu verdad?

—No lo sé —contestó la muchacha, deprimida—. Ni siquiera se me ocurrió esa opción. ¿Usted cree que me aceptarían de todos modos?

—Conociendo a Teresa, seguro que sí. En cuanto a Mercedes, es influenciable, hará lo que la mayoría.

—¿Y el señor Alcorta? —Los ojitos de Victoria brillaron de un modo especial y sor Renunciación supo que la niña estaba perdida por Diego. La monja sonrió: “No sabe que él sabe”, pensó. “No seré yo quien se lo diga entonces”—. Mi niña, Diego es abogado, entenderá que fue en defensa propia.

—¿Y la mentira, hermana? —insistió Victoria—. ¿Mi falsa identidad? —La jovencita lucía desahuciada.

—Tú déjalo en manos de Dios, que aprieta pero no ahorca. —Se puso de pie indicando que la reunión había finalizado—. Pero de ningún modo cederás a las amenazas de mi sobrina.

La velada fue cordial; las cuatro señoras no se cansaban de parlotear y tenían tantas historias que hasta Manuela dejó a un lado su amargura y se unió a sus risas. Solo Remedios seguía con su cara larga y sus ojos ponzoñosos. Sentía que la situación se le había escapado de las manos y el odio hacia Victoria, envuelta en ese falso halo de dulzura, crecía como un globo en su interior y amenazaba con explotar.

Ya en la calidez de su cama Victoria aguardaba al amante. Este tardó más de lo habitual en saltar su ventana, la presencia de Agostina, que se había demorado en el salón hablando con su hermana Mercedes, complicaba sus escapadas, dado que la monja era muy perspicaz y sospechaba.

—Hola, preciosa —susurró sobre su boca antes de meterse en la cama.

Luego se quitó la ropa y se deslizó bajo las sábanas. La tomó entre sus brazos y la apretó contra su pecho. Victoria le acarició el vientre, inocentemente, sin saber que ante ese mínimo contacto él hervía.

—¿Pasaste un buen día hoy? —preguntó Diego, presumiendo que la presencia de su tía Agustina había menguado la desazón de Victoria.

—Sor Renunciación es como un bálsamo para mí —expresó la jovencita mientras recibía las caricias de las manos seguras del amante—. Tiene tanta paz en su interior, sus palabras son tranquilizadoras. —De repente calló.

—¿Qué ocurre? Vamos, relájate, sé en qué estás pensando —afirmó Diego con seguridad—. Hablé con mi prima. —Notó cómo el cuerpo de Victoria se tensaba junto al suyo—. Le dejé bien en claro que te dejara en paz. —Besó su hombro desnudo y la hizo estremecer—. No volverá a molestarte. —Había tal certeza en su tono que por unos instantes Victoria creyó en sus palabras, pero de inmediato se dijo que no podía ser tan fácil, Remedios no se rendiría ante una simple amenaza. De seguro la mujer le habría dicho la verdad, pero de ser así, ¿por qué Diego no le hacía preguntas? ¿Por qué no estaba enfadado?

—¿Cómo puedes simplificar tanto las cosas, Diego? —preguntó airada; el temor la volvía agresiva.

—¿No confías en mí? —inquirió él clavando sus ojos azules a través de la penumbra. Ella bajó la mirada y se lamentó.

—Lo siento —murmuró—. Confío en ti, pero no en ella. Sea lo que sea que hayan hablado, Remedios no se contentará.

—Remedios no tiene armas para atacarte, todo lo que diga caerá en saco roto —aseguró él—. ¿O acaso no notaste su malhumor durante todo el día? —Eso era cierto, la mujer había ostentado un genio de aquellos durante toda la jornada.

—Sí, pero eso no me tranquiliza.

—¿O es que acaso estás así por la partida de García Moro? —ironizó el hombre.

—¡Oh! —se quejó ella—. Sabes que ese sujeto me da asco, hay algo en él que me genera repulsión.

—Bueno, ahora cállate y usa tu boca para besarme —ordenó Diego, de repente imperioso y dominante—. Que esta es nuestra última noche juntos.

—¿Por qué? —La pregunta escapó de sus labios: ella no tenía derechos sobre él para reclamarle nada. De inmediato se arrepintió de la premura de sus palabras, pero Diego la serenó.

—Tampoco quiero separarme de ti —reveló—. Mi cama me parecerá enorme y fría sin tu cuerpo. Pero tengo que volver a Buenos Aires; Alem está en campaña y debo acompañarlo a Montevideo. Serán solo unos días. —Al notar su mutismo agregó—: ¿Me extrañarás?

—¿Y tú? —No quería ser ella quien confesara que sufriría cada minuto que durara la separación.

—Me estoy acostumbrando a tenerte cerca —manifestó. “Y eso no me gusta, eres adictiva, Victoria, es peligroso para mi libertad”, meditó.

No era lo que la jovencita quería escuchar y se sintió herida. “¿Qué esperabas? ¿Una declaración de amor? ¡Qué ilusa eres, Prudencia! ¡Ya le diste todo lo que un hombre desea de una mujer! Ahora buscará carne nueva”.

—¿Estás enfadada? —Podía sentirlo en la repentina tensión de sus músculos, en la inmovilidad de sus manos que segundos antes lo acariciaban, en su respiración contenida—. Vamos, no peleemos nuestra última noche —intentó él, pero la palabra “última” cayó como un azote en los oídos de Victoria—. ¿Qué ocurre? —Diego se incorporó a medias sobre un codo y la miró. La muchacha tenía los ojos fijos en el techo, brillantes e inmóviles. Una mueca rígida le cruzaba el rostro y parecía lejana—. Te ofendiste —afirmó. Pasó sus dedos por la mejilla de Victoria y siguió con ellos hasta la hendidura de sus senos. Ella permanecía como una estatua, incapaz de reaccionar, pensando en lo mal que había conducido la situación con ese hombre que la dejaba inerme y le robaba la voluntad—. Por supuesto que te extrañaré —dijo al fin—. ¿No sabes que eres como una droga para mí? —Ella lo miró un instante y volvió a concentrarse en el techo—. ¿No te das cuenta? ¿No te lo demostré? —El pesar de sus palabras conmovió a Victoria, deseosa de oír una confesión.

—Lo siento, no tengo derecho a exigir nada —murmuró—. Solo hazme el amor, Diego, haz que esta despedida sea maravillosa —escondió el rostro en su cuello, intentando retener las lágrimas. La muchacha temía otro abandono, otra desilusión en su corta pero trágica vida. No había querido aferrarse a él, pero había sucumbido a sus encantos.

Diego no se hizo rogar y la amó como si realmente fuera la última vez.

Mientras la casona dormía y los amantes clandestinos hacían el amor, una sombra se deslizaba por los pasillos envuelta en una capa oscura.

Las piedras lanzadas a su ventana la habían obligado a asomarse, más por curiosidad que por esperanza de hallar en el jardín el rostro del amado. El pecho se le encogió y la garganta se le secó cuando divisó las dos figuras siniestras que le hacían señas. La clara luz de la luna iluminó los perfiles

filosos y amenazantes de quienes le habían servido a sus bajos propósitos. ¿Qué querrían esos hombres?

Manuela vaciló unos instantes, pero ante el gesto amenazador de uno de los sujetos, decidió acudir a su encuentro. Tomó una fina capa para cubrirse, dado que su camisión era fino y escotado, y salió sigilosamente del cuarto.

Los perros no habían ladrado, tal vez porque ya los conocían, tal vez porque los habrían lisonjeado con un trozo de pan o algún hueso.

Mientras se acercaba a los delincuentes que habían incendiado el rancho de Roberta, la mujer supo que había ingresado en un camino sin retorno. La mirada ladina, la sonrisa funesta, el gesto de las manos, todo en esos hombres denotaba que estaba en sus garras.

Manuela intentó su pose más digna y firme, pero la voz le flaqueó al interrogarlos.

—¿Cómo se les ocurrió volver por acá? ¿Es que acaso no terminamos nuestro asunto? —increpó sin convicción, demostrando su temor.

Uno de los sujetos, el más joven pero decidido, caminó hasta pararse a escasos centímetros de la dama. Su aliento fétido de dientes sucios la golpeó en el rostro e intentó retroceder, pero la garra de dedos finos y poderosos la detuvo:

—Esto nunca terminará —susurró sobre su mejilla. Manuela comenzó a temblar y el bandido rio—. ¿Tienes miedo, muñequita? —Aprovechó su debilidad y pasó su lengua tibia y asquerosa por el cuello de la mujer que se debatió con sus escasas fuerzas—. Ayúdame —pidió a su compañero que se había mantenido al margen, sonriente. Este obedeció y la tomó por los brazos, inmovilizándola. El primero abrió su capa y paseó sus ojos oscuros como la noche misma por el cuerpo agradable de Manuela—. No entiendo por qué tu marido te cambió por otra. —Sus palabras la hirieron tanto o más que la afrenta—. Eres hermosa. —Apretó sus pechos con sus manos, ella se retorció y comenzó a dar patadas al aire, dado que él era ágil y las esquivaba. Un grito salió de la garganta de Manuela pero de inmediato fue silenciado por el que la sujetaba por detrás—. Por esta vez te perdonaré —susurró su captor, temiendo que alguien de la casa despertara—. Pero mañana volveré por mi premio. A la misma hora saldrás y nos entregarás la misma cantidad de dinero que nos pagaste por sacarte de encima a la puta de tu esposo. —Movié nuevamente sus manos y acarició uno de los pezones de Manuela, que de inmediato se irguió ante el contacto—. Si no tienes lo que te pido te rebanaré el pescuezo luego de que me haya saciado de ti. —La soltó y ambos desaparecieron en la negrura.

Manuela quedó tiritando de pánico mientras cerraba la capa y sentía sus lágrimas correr por sus mejillas.

## Capítulo 49

La Navidad de Purita fue como su corta vida: desolada y triste. La reciente muerte de quien se había atribuido el rol de madre ante el abandono de Piedad había sumido a la niña en un mutismo desconocido e insondable para el pobre viudo.

Ni los esfuerzos del hombre ni los de su hermana habían logrado sacarla del abismo en que la pequeña había caído. Ni una lágrima había derramado pese a que habían desfilado por la casa infinidad de mujeres lloronas. Lo preocupante era que apenas comía. Ni siquiera se había tentado con las frutas secas que Jaime había comprado para la cena de Navidad, ni con los dulces que su hermana había repartido entre los niños. Pura permanecía como una estatua viviente, la mirada fija, el rostro impávido, la boca cerrada.

Al término de una semana Jaime desistió de sus intentos para animarla y la confió a su hermana, una mujer acostumbrada a lidiar con críos, pues había criado a tres que ya eran hombres y todavía estaba encaminando a dos más pequeños.

Pero los esfuerzos de Josefa eran inútiles y la mujer, agobiada por sus propios hijos y el peso del hogar, terminó olvidándola como si fuera un mueble. Cuando Jaime aparecía por la noche para llevarla a su casa la encontraba arrodillada en un rincón, a menudo desaliñada y ausente.

—Niña, tienes que comer —decía el hombre, cansado luego de una jornada de trabajo, pero pleno de amor por esa pequeña que les había cambiado la existencia en vida de su esposa—. Terminarás enfermándote.

Purita elevaba sus ojos celestes y los clavaba en los del anciano, como si fuera una muñeca, porque carecían de expresión.

Jaime estaba desorientado, él no tenía experiencia con niños, dado que a sus sobrinos solo los había malcriado cuando eran pequeños, pero desconocía cómo funcionaba la mente infantil.

Josefa tampoco podía ayudarlo debido a que la niña no le dirigía la palabra, de modo que el panorama era desalentador. Pensó en consultar con

un médico, aunque anticipaba que el problema no era físico, por tanto el facultativo nada podría hacer.

Así transcurrían los días para el dúo formado por Jaime y Purita. Piedad no había vuelto a aparecer, y aunque lo hubiera hecho el hombre dudaba de que hubiera servido de algo. La mujer había demostrado ser más fría que un témpano y prefería que nunca más retornara a la vida de Purita. Ya encontraría él la manera de animarla.

Una tarde calurosa cercana al fin de año, Jaime apareció en casa de su hermana con una bicicleta. El extraño aparato causó estupor en sus sobrinos más chiquitos que de inmediato lo rodearon como si se tratara de un objeto divino. Los ojos del anciano brillaban de expectación, imaginando la reacción de la niña al descubrir su regalo. Pero sus ilusiones si hicieron trizas contra el suelo: Purita ni siquiera pestañeó cuando le mostró el vehículo. Jaime tragó su dolor y olvidó que había gastado gran parte de sus ahorros para comprarlo.

—¿No quieres subirte? —ofreció mientras le extendía la mano. La niña, tal vez conmovida ante la desazón que vestía los ojos del hombre, se dignó a negar con la cabeza—. Bueno, lo intentaremos mañana en casa —dijo, dejando caer su brazo.

La comida de fin de año fue tan o más funesta que la de Navidad. Purita no probó bocado y hasta pareció dormirse en la mesa.

—Hay que llevarla a un médico —susurró Josefa en el oído de su hermano—. Esta niña va a morir si no come.

—¡Ni lo digas! —la reprendió Jaime alterado. No soportaría otra pérdida. Si bien hacía poco que Pura vivía en su casa, él la adoraba como si fuera su hija. Nunca imaginó que un sentimiento tan puro pudiera despertarse en él y agradeció nuevamente al cielo por haberle enviado a aquella criatura.

En la soledad de su cama, que Jaime juzgaba ancha y helada sin el cuerpo de su esposa, dirigió sus palabras a Dios: “Dios mío, agradezco infinitamente que hayas puesto en mi vida a esta niña desamparada. Te pido perdón por todos mis pecados, mis malas acciones, mis malos pensamientos. Y te ruego desde lo más profundo de mi corazón para que rescates a Purita de esta agonía. No te la lleves a ella también, llévame a mí si es necesario, pero salva a la niña y devuélvele la esperanza. Amén”.

“Gracias a Dios que volvimos a Buenos Aires. No soportaba un segundo más en cercanía de esa farsante”, se dijo Remedios mientras escuchaba a su madre departir con Carolina Lagos de Pellegrini, la presidenta de la Sociedad de Beneficencia en un café de la calle Florida.



En la mesa también estaba el doctor Riquelme y su esposa, doña Margarita Mitre y Castro. La conversación era hartamente aburrida, pero Remedios no perdía oportunidad de coquetear con cuanto caballero había en el lugar, aprovechándose de su aspecto angelical. Su cabello rubio al punto de parecer blanco era objeto de reiteradas miradas, tanto por mujeres como por hombres. Era un color tan extraño que parecía irreal. La joven se jactaba de él y lo lucía esa tarde suelto, adornado únicamente por una fina tiara dorada.

Mientras su sonrisa falsa se ofrecía generosamente, Remedios elucubraba. Los días en la estancia habían sido funestos para ella, no tenía dudas de que Diego y Victoria eran amantes. Ella misma lo había visto salir del cuarto de la muchacha acomodándose la ropa de madrugada, la víspera de su partida a Montevideo. Había pensado hacer un escándalo y despertar a todo el mundo para abochornar a la jovencita, pero lo juzgó precipitado e inútil. Ella sería la única perjudicada y sería como cavar su fosa a los ojos de Diego.

“Tienes que ser inteligente, Remedios, tienes una carta en la manga que todavía no jugaste”, se dijo. La verdad que conocía de Victoria, o Prudencia, tal era su verdadero nombre, si bien no había asombrado a su primo, sí podía servir para ensuciarla y eliminarla del seno de la familia. “A ver si te atreves a relacionarte con ella cuando todo el mundo sepa que es una asesina”, reflexionó. Sabía a causa de sus informantes que Diego estaba relacionado con Alem y con Del Valle, quienes habían encabezado la Revolución del Parque y se estaban preparando para las próximas elecciones. Seguramente su primo estaría a la caza de algún puesto político que lo alzara a la cima del poder y no le convendría que su nombre se asociara al de una convicta.

“Sí, tengo que divulgar esta noticia. Marcos sabrá ayudarme”, decidió acudir a su nuevo amigo, a quien no le importaría desposarse con una delincuente. El hombre estaba tan obsesionado con Victoria que con tal de llevarla a la cama sería capaz de perdonarle cualquier cosa.

Luego del té con el matrimonio Riquelme y la señora Lagos de Pellegrini, Remedios despidió a su madre y se dirigió a su casa. Desde allí envió una nota a Marcos por medio de una de sus mucamas.

—Se la entregas al mismo señor García Moro, y trae la respuesta —ordenó con su soberbia habitual.

Al cabo de una hora la muchacha volvió con la noticia de que el señor no estaba en la casa.

—¿Te dijeron cuándo volvería? —inquirió, visiblemente molesta.

—Está de viaje —respondió la empleada—. Fue a pasar el fin de año con unos amigos.

La realidad era que Marcos había ido a ver a sus abuelos. Hacía ya varios meses que había dejado su ciudad y la fecha era importante para pasarla solo. Además, suponía que los viejos lo estarían esperando, de modo que sin pensarlo, armó una valija y salió sin dar demasiados detalles a sus empleadas.

Remedios se sintió engañada, como si el hombre tuviera algún compromiso con ella. El resto del día lo pasó dando órdenes a las mucamas, gruñendo de aquí para allá, hasta que cayó la noche y se encerró en su cuarto a llorar sin motivo.

Siempre había sabido que la relación con Diego no continuaría, es más, ni siquiera creía estar enamorada de su primo. Sabía que no era más que un capricho, aunque si lo pensaba bien, la verdad era que le molestaba sobremanera que fuera Victoria quien se lo hubiera robado. Su orgullo estaba herido al tener que admitir que una jovencita que apenas pasaba los veinte años hubiera obtenido la atención de Diego. Ella estaba rondando los treinta, y pese a que era atractiva, comenzaba a sentirse vieja. La viudez no le sentaba y a menudo se encontraba pensando en que su vientre envejecería sin conocer la dicha de un niño despertando en él.

“Si jamás me gustaron los niños”, se decía para consolarse. “Debe ser espantoso verse gorda como un barril, la piel estirada, las carnes flácidas, Dios, sálvame de esa tortura”.

Victoria también estaba agradecida de haber vuelto a Buenos Aires. Los dos días pasados en la estancia sin la presencia de Diego habían sido fatales. Lo había extrañado muchísimo y las noches sin su compañía se le hacían eternas.

“Tendré que acostumbrarme”, se dijo mientras empacaba sus cosas para el regreso. Ya en lo de doña Leonides se dijo que era mejor así. Sabía que no podrían mantener la clandestinidad por mucho tiempo más, era peligroso. Ahora, en la ciudad, no habría oportunidad para noches apasionadas. “Tal vez sea lo mejor. Él jamás se casará conmigo. Tengo que sacarlo de mi cabeza”. Pero sabía que eso era imposible. “Ni bien me lleve con mi hermana dejaré las cosas en claro. Nunca más volveremos a tener intimidad”.

Antes de partir Diego le había prometido ir a buscar a Purita ni bien volviera a Buenos Aires.

—¿Cuándo volverás? —había preguntado ella.

—Estaré para la cena de fin de año —había sido su respuesta.

La despedida del agitado 1890 sería en casa de doña Leonides. La mujer había organizado una gran cena para conocidos y amigos, entre los que se

contaba la familia Alcorta. Desgraciadamente, doña Mercedes y su hija estaban invitadas, cuestión que fastidiaba a Victoria.

Milagrosamente Andrés y Manuela asistirían a la velada, dado que ella había rogado a su marido para pasar unos días en la ciudad. La mujer, que había cumplido con la paga exigida por los delincuentes, tenía miedo de que volvieran. El segundo encuentro con ellos había sido en los mismos términos acosadores y la mujer sospechaba que los bandidos no la dejarían en paz.

Pese a sus intenciones Victoria se preparó con especial cuidado para la cena de fin de año. Lucía espléndida con el vestido color melón, escotado y con mangas de encaje, que hacía juego con los zapatitos forrados en la misma tela. Ante la insistencia de la tía se había puesto una gargantilla de oro, cuando en realidad le hubiera gustado lucir el regalo de Diego que siempre llevaba prendido al corpiño.

Los invitados empezaron a llegar, algunos con obsequios, otros con bebidas. El salón comenzó a llenarse pero no había noticias de Alcorta.

Victoria dirigía sus ojos inquietos a la puerta cada vez que se anunciaba alguien, pero nunca aparecía ante su mirada la figura anhelada.

Se unió al grupo de mujeres formado por doña Teresa y su tía, en la esperanza de captar información. Al rato y dada la proximidad de la hora de la cena, la anfitriona preguntó:

—El único que falta es Diego. —Y mirando a doña Teresa inquirió—: ¿Vendrá?

—Sabes cómo es mi hijo, tan poco afecto a los compromisos —se quejó la madre—. Aseguró que vendría, pero en vista de la hora, te diría que pasáramos al comedor. —Las palabras de la mujer barrieron las últimas esperanzas de Victoria.

La anfitriona había asignado el sitio destinado a cada uno de los comensales y había tenido la prudencia de ubicar a Remedios bien lejos de Victoria, de modo que la jovencita pudo comer en paz. Frente a ella estaba el doctor Mecena y Mariano Demaría, a quienes apreciaba especialmente. Demaría hablaba con el médico sobre la campaña, y la muchachita dedujo que se referían a las próximas elecciones para el mes de mayo. Sabía que tanto Del Valle como Alem eran candidatos a senadores, Diego lo había comentado en una de las visitas a su cama. También le había contado que el año que se avecinaba no tenía un buen pronóstico.

—Va a ser un sálvese quien pueda —había dicho mientras fumaba un cigarro luego de hacer el amor—. Los bancos vienen en picada y las ideas de Pellegrini para levantarlos no parecen las mejores. —Ella se sentía una

ignorante frente a sus comentarios, dado que poco sabía de política y finanzas. Si bien se esforzaba por informarse y leía todo lo que llegaba a sus manos, nunca era suficiente en vista de los conocimientos de Alcorta.

Ahora mismo en la mesa Demaría decía:

—Que la Baring Brothers de Londres haya entrado en liquidación fue de por sí un hecho inesperado. —La firma, otrora poderosa, tenía sucursales en África, América del Sur, Rusia, India y Estados Unidos.

—Precisamente justo cuando De la Plaza llegó a Londres para acordar un empréstito —replicó el doctor Mecena meneando la cabeza.

El doctor Victorino de la Plaza, representante del ministro de Hacienda, había viajado a Londres para obtener un préstamo, además de renegociar la conversión de las cédulas hipotecarias, discutir la reconsideración de la garantía de los ferrocarriles, entre otros asuntos de importancia.

Apenas iniciadas las conversaciones se tuvo la noticia de que peligraba la firma Baring y se generó un gran revuelo en el Reino Unido y en los países cuyas economías dependían de la británica. El Banco de Inglaterra acudió en ayuda de la tambaleante firma y se consideró con frialdad la situación argentina, exigiéndole al gobierno de Buenos Aires que pagase a la Baring ya fueran las deudas públicas o privadas.

—Las presiones que ejercen sobre el gobierno son mayúsculas —convino Demaría—. Los servicios de la deuda pública venían al día, no así los de los papeles privados, y son esos, justamente, los que hacen peligrar a la Baring.

Victoria lo escuchaba sin comprender demasiado, pero quería aprender todo para poder conversar con Diego.

—La reacción de la Bolsa fue escandalosa —terció un caballero sentado a su lado, de quien no recordaba el nombre—. Ni hablar de la intervención policial y del ejército el mes pasado para calmar los ánimos.

El oro había trepado a 350 pesos y el 24 de noviembre se habían producido disturbios al frente de la Bolsa, atacándose abiertamente a sindicatos de especuladores y bancos particulares. El gobierno respondió suspendiendo las operaciones en oro, que fueron reemplazadas por operaciones en pesos moneda nacional. También se habían reducido los salarios de los empleados públicos, civiles y militares, así como las pensiones y jubilaciones.

—Se rumorea que van a acordar un empréstito. —El gesto del doctor Mecena fue de desaprobación—. Pero no creo que puedan evitar la catástrofe bancaria.

—Rumor viejo —esbozó Demaría—. Todos se negaron, me refiero a la Anglo Argentina, al Español del Río de la Plata, de Italia y Río de la Plata, Carabassa, Alemán Transatlántico y de Roma, todos.

—La campaña periodística no ayuda —acotó Diego, que yacía de pie detrás de Victoria. La jovencita no había notado su llegada, absorta como estaba en el intercambio de pareceres de esos hombres tan ilustrados. Dio un respingo al oír su voz y las mejillas se le tiñeron de rojo. Tomó su copa para beber y simular su exaltación—. *Le Nouveau Journal*, la *Petite Republique Française*, la *Indépendance Belge*, *Le Figaro*, entre otras, dudan de nuestra conducta financiera.

—Tú siempre tan informado —sonrió Demaría a modo de saludo.

—Y tan maleducado —añadió doña Teresa que estaba sentada a escasa distancia—. No son horas de llegar —reprendió por lo bajo.

—Ya me disculpé con doña Leonides —respondió Diego divertido—. Señorita Victoria, como anfitriona de esta velada le ruego perdone mi osadía al llegar a tan inoportuna hora —agregó solemnemente y sin visos de estar bromeando. Victoria no contestó y se limitó a asentir.

El sitio de Alcorta estaba cerca de la muchacha, pero este se unió a la conversación política con los caballeros y apenas le prestó atención.

En un principio Victoria se sintió desairada, luego meditó que era mejor así. De seguro había conocido a alguien en Montevideo y ya tendría quién le calentara la cama.

“Lo único importante ahora es mi hermana, tengo que recuperarla”. Se refugió en esa idea para ocultar lo mucho que le dolía la indiferencia de Diego.

Luego de la comida se llenaron las mesas con botellas del más exquisito *champagne* francés que doña Leonides tenía guardado desde la época en que su casa vivía de fiesta. Todos alzaron las copas y recibieron el año 1891.

La música comenzó a sonar y las parejas se lanzaron a la pista. Demaría pidió un baile a Victoria y esta aceptó: el hombre le caía bien y sería una descortesía rechazarlo. Además, quería dar celos a Diego, que continuaba enfrascado en una aburrida conversación con un candidato a diputado.

Alcorta notó que la jovencita se alejaba del brazo de su amigo, pero simuló no verla aunque por dentro deseaba correr detrás de ella y arrebatársela de la compañía de Demaría para refugiarse en el primer cuarto vacío y hacerle el amor. Habían sido varios días de separación y su cuerpo la deseaba. Pero se había propuesto mantenerse alejado esa noche, no quería más rumores y manchar su reputación. Intuía que Remedios sospechaba, si no sabía, que eran

amantes. No deseaba exponer a Victoria a un escándalo. De modo que aguantó estoicamente toda la noche verla pasar de brazo en brazo bailando con casi todos los caballeros de la fiesta.

Victoria pasaba de la furia a la resignación. Quería convencerse de que era lo mejor, pero por otra parte necesitaba sentir sus manos en su espalda, su olor, la seguridad de sus brazos, su piel. Su único consuelo fue que Diego no bailó con ninguna otra mujer tampoco.

Remedios estaba desconcertada. Se había preparado para poner en evidencia a la pareja, pero la frialdad e indiferencia de Diego la hicieron dudar. Tal vez se habían peleado, o tal vez él ya se había aburrido de Victoria.

“Quizás todo sea más fácil de lo que creí”. La esperanza renació en ella, pero no quiso apurar las cosas y permaneció alejada de su primo.

La velada comenzó a decaer y los invitados se despidieron. Diego aprovechó un momento para acercarse a Victoria y decirle con disimulo:

—Mañana a las cinco te encontraré a dos calles de aquí —sus ojos le insuflaron una esperanza—. Inventa algo a tu tía, iremos a ver a tu hermana. —Pese a que moría de ganas de abrazarla y besarla se alejó rápidamente sin esperar una respuesta.

Victoria quedó temblando de la emoción.

## Capítulo 50

Roberta despertó y permaneció deleitándose con el canto de las aves que todas las mañanas cantaban cerca de su ventana. Se había acostumbrado tanto a ese sitio en tan pocos días que le parecía que había vivido allí toda su vida. La familia Bordeaux era encantadora, los niños habían comenzado a llamarla tía y la amistad que Florence le ofrecía la colmaba de dicha. Pierre ya no la intimidaba y había descubierto en él a un hombre sencillo y bonachón bajo su apariencia de ogro.

La joven se levantaba temprano todos los días, pese a las protestas de la dueña de casa, y se ufanaba en la cocina ayudando a preparar el desayuno, tostando el pan para los niños o calentando la leche. De alguna manera quería retribuir todo lo que hacían por ella.

Andrés se había ido a Buenos Aires a pasar el fin de año y la despedida había sido emotiva para ambos. El hombre la había visitado casi todos los días, como un novio puntual y cumplidor que acude a la casa de su prometida.

Roberta se mostraba dispuesta aunque todavía no lograba soltarse y ser ella misma, un resto de recato la rondaba y a veces parecía esquiva. Andrés se dijo que tenía que cultivar la paciencia, después de todo, él no tenía nada para ofrecerle y por su culpa ella había perdido su hogar y su libertad.

La última tarde que pasaron juntos él organizó un pícnic en un claro alejado de la casona, para poder librarse de los niños que como imanes corrían a su encuentro y no lo dejaban a solas con Roberta. Florence intentaba entretenerlos pero ellos se empecinaban en rondar a la pareja, dado que “el tío Andrés”, como lo llamaban, siempre tenía cuentos e historias para deleitarlos. Pero “el tío Andrés” tenía otros intereses esos días y era estar solo con su mujer.

De manera que con ayuda de Florence armó una canasta con víveres para pasar la tarde y llevó a Roberta al sitio elegido. Desplegó un mantel y preparó la merienda bajo la mirada enternecida de la muchacha.

Conversaron largamente mientras bebían y apreciaban el paisaje que se desplegaba ante sus ojos.

—Te prometo... —comenzó Andrés, pero ella lo silenció posando un dedo sobre sus labios.

—No quiero que prometas nada, Andrés —replicó—. Hay cosas que no podrás cumplir —agregó con gesto de desazón.

—Estuve hablando con Manuela —dijo mirándola a los ojos—. Le dije que nuestro matrimonio no puede continuar. —Una luz de esperanza brilló en los de la mujer—. Consulté con mi hermano, tú sabes que es abogado. Hay una norma en el código civil que permite la separación por común acuerdo luego de transcurridos dos años del matrimonio. —Como ella no preguntó, continuó—. Me dijo que lo iba a pensar.

—¿De veras? —Roberta no podía creer que su esposa le diera la libertad.

—Eso dijo —contestó él—. Por eso quiero complacerla en pasar el fin de año en Buenos Aires. Estuvo muy nerviosa los últimos días, esta decisión no será fácil para ella. —Le tomó las manos que habían comenzado a temblarle—. No quiero que te angusties, tú tienes que estar feliz y tranquila, por ti y por nuestro hijo. Haré todo lo que esté a mi alcance para que podamos estar juntos, lo prometo.

Roberta se acercó y lo abrazó. Andrés la refugió en su pecho y la acunó un largo rato. Luego tomó su rostro y la besó. Fue un beso tierno, despojado de pasiones carnales. Pero ante el palpitar de su pecho y las caricias de su boca, Andrés se encendió como una hoguera y no pudo evitar llevar sus manos a sus senos generosos e hinchados.

Ella gimió cuando sintió sus dedos acariciando sus pezones que últimamente estaban más sensibles.

—Te extraño tanto, amor, es una tortura no poder tenerte, —susurró Andrés buscando su escote con los labios.

—Yo también te extraño, te necesito. —Sus palabras lo alentaron y abrió la blusa con dedos torpes y apurados.

El corpiño se ceñía sobre los pechos llenos y Andrés hundió entre ellos su boca mientras los apretaba con sus manos. Olió con intensidad y se extasió en su carne perfumada y suave. Comenzó a besarlos mientras bajaba la prenda hasta liberarlos. Suspiró de placer al verlos ante sus ojos y los acarició sin dejar de apreciarlos, primero con los dedos, arrancando gemidos de placer en ella, luego con su lengua, chupándolos alternativamente, introduciéndolos en su boca como si quisiera comerlos.

Desbocados ambos de pasión, se fueron recostando mientras sus manos luchaban contra las ropas que los separaban. Ella le abrió la camisa y la quitó para poder acariciar sus hombros anchos y fuertes mientras su boca besaba el



pecho amplio y protector. Andrés levantó la falda y acarició sus muslos húmedos e invitantes hasta que llegó a su centro y lo premió con sus dedos. Al sentir su contacto ella se alertó:

—¿No será peligroso, Andrés? —Sus ojos hablaban de deseo y premura.

—No, mi amor, ya consulté con un médico. —Silenció su boca con un beso para volver a su entrepierna. La abrió con sus labios y cuando su lengua acarició su clítoris ella dio un respingo a la vez que sus manos se sujetaban de sus cabellos—. ¡Cómo te extrañaba! —musitó él mientras la besaba.

La humedad y el calor que sentían los apuraron y Andrés liberó su miembro erecto para penetrarla. Cabalgó sobre ella intentando no aplastar su vientre mientras Roberta gemía y se contorsionaba de placer. Acabaron al instante y gritaron espantando a los pájaros que se habían posado sobre las migas que el viento había dispersado en cercanías del mantel.

Luego Andrés se tumbó a su lado y la abrazó sobre su pecho.

Recordando esa última tarde Roberta se vistió llena de bríos, esperanzada en verlo, dado que ya tendría que haber vuelto de Buenos Aires.

La comida de fin de año había sido alegre en compañía de sus anfitriones a quienes ya consideraba su familia. Es más, había pedido a Florence, en un arranque de sentimentalismo, que fuera la madrina del bebé. La francesa se había emocionado al punto de abrazarla y romper en llanto sobre sus hombros. Ambas habían quedado con los ojos rojos y húmedos, y Pierre se asustó al entrar y verlas en tal estado. Su carcajada al conocer el motivo de las lágrimas las hizo sonreír.

Roberta pasó todo el día mirando hacia el camino principal, esperando ver la nube de polvo y la silueta de Andrés acercándose en su caballo. Pero el atardecer trajo la calma del día pero no del espíritu ansioso de la muchacha.

—Tal vez no regresó de Buenos Aires —dijo Florence cuando la luz del día desaparecía y los ojos de la muchacha se esforzaban sobre el sendero.

—Tal vez —respondió taciturna y apenada.

El jolgorio de los niños, siempre enérgicos y revoltosos, la sacó de la nostalgia, y se sentó con ellos en el suelo a leerles un cuento.

“Mañana vendrá”, se consoló.

Andrés estaba preocupado. Manuela no había sido la misma de siempre, la notaba asustada y frágil. Su esposa le había rogado pasar el fin de año en Buenos Aires y él, que no había olvidado el ataque a Roberta y cuyo recelo no cedía, sintió pena.

Aprovechando su momento de debilidad le había sugerido la separación, previendo su negativa. Por ello su sorpresa fue mayúscula y su esperanza

creció cuando en vez de gritar e insultarlo, Manuela oyó como ausente su proposición y apenas musitó un “lo pensaré”.

Para allanar el terreno la llevó a Buenos Aires, pensando que tendría que soportarla fingir frente a todos que se llevaban de maravillas y bailar con ella como si realmente lo disfrutara. En contra de eso, Manuela pasó la velada sentada en un rincón junto a las ancianas, el rostro serio, la mirada perdida y el ánimo por el suelo.

Andrés suponía que estaba considerando su propuesta de separación y por ello la tristeza. Aunque mirándola bien, más que triste la veía temerosa. No entendía el porqué y decidió encarar el tema ni bien volvieran a la estancia.

Pero pasado el primero de año y tal como habían acordado, Manuela no quiso regresar.

—¿Y dónde planeas quedarte? —inquirió el hombre pacientemente, evitando una reyerta.

—¿Crees que a tu madre le moleste que me instale unos días en su casa? —respondió ella con voz trémula.

—¿Por qué no quieres volver? —Andrés se acercó a ella y la miró a los ojos como hacía tiempo no lo hacía. Se dio cuenta de que estaba avejentada a pesar de su juventud. La pena nuevamente lo aguijoneó y la tomó por los hombros, pero al ver un destello de ilusión en su mirada la soltó. No quería confundirla—. ¿Has pensado en lo que hablamos?

—No todavía.

—Creí que tu decisión de pasar unos días en la ciudad tenía que ver con el futuro —expresó el esposo—. No quiero que te preocupes por eso, te dejaré la estancia si es lo que quieres y yo buscaré un sitio para vivir. —Hablabla apurado, como queriendo sacarse un peso de encima.

—¡No! —gritó ella, el rostro desencajado, la voz airada—. No viviré sola en medio del campo. —Avanzó hacia él enfurecida de repente—. No he decidido dejarte libre aún —bramó y sus ojos despedían chispas—. ¿Tan apurado estás? ¿Es que acaso tu puta no tiene paciencia? —Estaba a escasos centímetros de él, desafiándolo—. No creas que no sé que esperas un hijo. Y también sé que puedo hundirte por ello. —Caminó hacia la ventana del cuarto y perdió la mirada en las rosas del jardín—. Yo también consulté un abogado —se volvió y lo fulminó con sus ojos—. Eres un adúltero, podría pedir la separación y hasta una pensión alimenticia.

—¡Basta, Manuela! —retrucó Andrés—. No quiero discutir contigo por esto. —Había dejado pasar la afrenta hacia Roberta para no escalar aún más el conflicto—. Si quieres dinero, lo tendrás. Si quieres la casa, también.

—¡Dinero! ¿Acaso crees que no sé que nuestra economía está por el suelo? ¿Crees que soy estúpida? Por más que viva en el campo estoy informada —contestó.

—A ti nunca te faltará nada —prometió.

—¡Eres capaz de vender a tu madre para deshacerte de mí! —Sus ojos reían pero su boca era una línea tensa y maliciosa.

—Deja de gritar —ordenó, al notar que ella había levantado demasiado la voz—. Mi madre no tiene por qué escuchar nuestras discusiones. —Y señalando el armario añadió—: Prepara tus cosas, volvemos ya mismo a la estancia.

—¡Dije que no quería volver!

—Pues volverás, porque todavía soy tu esposo y así lo decido. —Se encaminó hacia la puerta y antes de salir se volvió, sosteniéndola abierta—. Si en una hora no empacaste, tendrás que dejar todo aquí, porque nos vamos.

Al sentir el portazo Manuela se desplomó en la cama a llorar.

El viaje a La Luz Buena fue tenso. Ella había vuelto la cara hacia la ventanilla y no hacía más que resoplar. Arribaron casi de noche y Manuela se fue directamente a su cuarto, luego de ordenar a María Gracia que le preparara algo para cenar. Andrés la escuchó llorar pero no tocó a su puerta.

Luego de comer algo en la cocina Andrés tomó un baño y se acostó. Tenía ganas de ir a ver a Roberta pero no era hora de hacer visitas. Se durmió pensando en ella, en el hijo que iba a darle y ni siquiera escuchó cuando los perros ladraron, ni las voces sofocadas en la galería, ni el ruido que ocasionó Manuela al caer cuando los forajidos la golpearon.

A la mañana siguiente Manuela no apareció a desayunar. Ninguno se preocupó dado que a veces prefería hacerlo en la cama. Andrés salió temprano hacia el campo, quería conversar con los peones y darles algunas directivas antes de dirigirse hacia lo de los Bordeaux.

A media mañana María Gracia llamó a la puerta de su patrona y esta le indicó que entrara.

—¡Señora! —exclamó al verla a la vez que corría hacia ella.

Manuela tenía el rostro hinchado y María Gracia supo que alguien la había golpeado. Pero, ¿quién? Sabía que el matrimonio andaba mal, en realidad, no andaba, pero también sabía que el señor Andrés era incapaz de ponerle una mano encima.

—¿Qué le ocurrió? —se animó a preguntar.

Manuela, que seguramente no se había visto en el espejo, la miró intrigada. Se llevó una mano a la cara y palpó donde aún sentía el dolor del

golpe recibido. Notó que estaba hinchada y un gesto de sufrimiento surcó su semblante.

—Nada, creo que tuve una pesadilla y me caí de la cama. —María Gracia la miró y supo que mentía, pero prefirió callar.

—¿Le traigo el desayuno?

—Sí, por favor. —La señora lucía sumisa, cosa que extrañó a la empleada. Si hubiera sido el patrón quien la había golpeado tendría que estar furiosa.

Al quedar sola, Manuela reflexionó sobre lo ocurrido. Dormía tranquilamente cuando sintió los tan temidos golpes en su ventana. Se asomó y descubrió a los bandidos que había contratado para echar a Roberta y que continuaban extorsionándola.

A una señal de uno de ellos Manuela se cubrió con una bata y salió a la galería, donde se topó con esos hombres, que se habían aventurado en los interiores de la casona.

—¿Qué hacen aquí? —inquirió, intentando mostrarse fuerte—. Ya les di todo lo que tenía.

—Todo no —dijo el más joven, con acento amenazante y acercándose a su rostro. Intentó poner sus manos sobre la mujer, pero ella retrocedió hasta chocarse con la pared—. Si no tienes dinero alguna otra cosa tendrás para nosotros.

—¡Váyanse! —ordenó con el resto de su valentía—. Gritaré y mi marido saldrá armado —amenazó.

—¡Tu marido! —rio el que había hablado—. Le haríamos un favor si te sacáramos del medio. —Le tomó el rostro con una mano y apretó su mandíbula hasta hacerle daño—. Pensándolo mejor tendríamos que negociar con él. ¿Cuánto crees que pague para que te eliminemos? —Su risa ladina la hizo sudar—. Pero por el momento seguiremos exprimiéndote —anunció—. Mañana volveremos y si no tienes dinero o algo de valor, te rebanaremos el pescuezo. —Manuela sintió el frío del metal pinchando su cuello. Intentó deshacerse del hombre que la sujetaba y le dio un puntapié en la entrepierna. El delincuente la soltó ante el escozor del golpe pero inmediatamente se repuso y le propinó un puñetazo en pleno rostro. La mujer cayó al suelo y golpeó la cabeza contra la pared.

Los bandidos se alejaron rápidamente y se perdieron en la noche. Ya demasiado ruido habían hecho.

Manuela tomó su desayuno y luego salió de la cama. Le dolía el cuerpo, no había dormido bien, reflexionando sobre los pasos a seguir. Sabía que esos

hombres no la dejarían en paz, pagara lo que pagara seguirían extorsionándola. ¿Recurrir a Andrés? La idea no la entusiasmaba, sería una buena excusa para que continuara presionándola con lo de la separación. ¿Mandar montar guardia? ¿Con qué motivo? No eran frecuentes los hurtos en las estancias pese a la crisis. A lo sumo se robaba el ganado pero no en las propiedades.

Buscó entre sus joyas para ver qué podía darles, pero no quería desprenderse de lo poco que le quedaba. Dinero no tenía, era Andrés quien manejaba la economía y la suma mensual que le daba para sus gastos ya se había esfumado.

Encontró un alhajero con baratijas doradas y decidió engañarlos con ellas. Las pulió cuidadosamente y las envolvió en terciopelo, escondiendo sus verdaderas alhajas en un sitio seguro, no fuera a ser que alguna sirvienta se tentara con ellas. Esa noche los burlaría con eso. Pero no la sorprenderían desarmada.

## Capítulo 51

Victoria estuvo desvelada casi toda la noche. La inminencia del encuentro con su hermana la angustiaba. No sabía cómo la encontraría ni si la niña la recordaba. “Tiene que acordarse de mí, tenía cinco años”, se consolaba.

Cuando se levantó y se miró al espejo descubrió que parecía mucho mayor de los veinte años que tenía. Sus ojos estaban opacos y bordeados por oscuras ojeras. Su cabello parecía triste y su piel seca. Se echó agua fría en la cara para mejorar su aspecto; pese a que había decidido cortar el juego amoroso con Diego no quería que la hallara en tal estado.

Al aparecer en el comedor para desayunar, se topó con la mirada intrigada de su tía, quien la interrogaba sin abrir la boca.

—Una mala noche, tía —se excusó al sentarse.

Doña Leonides la miró atentamente y al descubrir que ella le esquivaba la mirada supo que algo andaba mal.

—Sabes que puedes confiar en mí —musitó mientras sorbía su desayuno.

Victoria bajó los ojos, apenada y avergonzada. Esa mujer no merecía tantos secretos y menos aún que la expusiera a comentarios y críticas por su pasado.

—Vamos, hija, cuéntame qué te ocurre —insistió—. Ya en la estancia estabas muy alterada. —Tomó una tostada y la untó con manteca—. No me chupo el dedo —agregó.

Victoria, que no entendía la expresión, la miró extrañada. La tía sonrió a causa de su inocencia.

—Quiero decir que no soy tonta, que sé que algo te atormenta.

La jovencita largó un suspiro, apoyó los codos sobre la mesa y se tomó el rostro.

—No fui del todo leal con usted, tía —decidió confiar una vez más en ella.

—¿A qué te refieres? —se alertó la dama.

—Cuando sor Renunciación me habló de usted al principio sospeché. —Doña Leonides la miró, extrañada—. Creí que querría algo a cambio, que me

usaría para sus fines, no lo sé. —Bajó la mirada, avergonzada—. Ahora sé que su cariño es sincero, que no hay segundas intenciones y que usted es una buena persona. —Los ojos de la tía se llenaron de lágrimas—. Soy yo la desconfiada, la recelosa por todo el daño que me han hecho. —Victoria elevó la vista y clavó sus ojos grises en los de la mujer—. Pero, ¿cómo no iba a desconfiar si hasta mi propia madre me dio la espalda?

—Te comprendo, hija —consoló doña Leonides al advertir cuánto le dolía hablar de su madre—. Pero ¿por qué dices que no has sido leal?

—Acepté su ofrecimiento de recibirme en su casa movida por una única intención —reveló—. Quería insertarme en la sociedad para encontrar a alguien que, de otra manera, no hubiera podido hallar.

—¿Te refieres a un marido? —preguntó inocentemente la tía.

—¡No! —La pregunta disparó una sonrisa en los labios de Victoria—. No me interesa hallar marido —repitió con pena—. Mi plan era que cuando encontrara a esa persona huiría con ella, volvería a mi tierra a buscar a mis parientes, o trataría de rehacer nuestras vidas.

—¿A quién buscas, Victoria? —Los ojos de doña Leonides denotaban su temor.

—A mi hermana —dijo al fin.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Se llama Pura, y está por cumplir diez años. —Sin pausa y de manera alborotada Victoria le relató la historia completa.

—¿Y por qué no me contaste de su existencia? ¿Crees que no te hubiera ayudado? —reprochó la mujer, con pena.

—¡Perdóneme, tía! —Victoria se conmovió ante la tristeza que vio en los ojos cansados de doña Leonides—. Fui egoísta e injusta con usted, lo sé —admitió—. Pero hay algo más —añadió—. Creo que encontré a mi hermana.

Los ojos de doña Leonides la miraron y la jovencita vio en ellos una mezcla de alegría y temor.

—En realidad, el señor Alcorta la encontró.

—¿Diego? ¿Él lo sabía? —se extrañó la mujer.

—Es largo de explicar —suspiró Victoria—. El señor Alcorta me descubrió en un sitio en que yo estaba investigando sobre mi hermana. —La dama la miraba sin entender—. Era un sitio poco propicio para una señorita, al que llegué siguiendo pistas y datos que me dieron. No viene al caso que le relate todo lo ocurrido, tía, —unió sus palabras a un gesto de apuro—. Lo cierto es que, luego de interrogarme sobre qué hacía allí, el señor Alcorta se ofreció a ayudarme. Y anoche me dijo que había encontrado a mi hermana. —

La súbita alegría de Victoria fue percibida por doña Leonides como un balde de agua fría.

—¿Vas a abandonarme ahora? —fue lo único que atinó a decir la mujer.

—¡No! —respondió la jovencita poniéndose de pie y corriendo a su lado—. ¿Cómo se le ocurre? —inquirió al ver los ojos llenos de lágrimas de la tía.

—Dijiste que tu plan era... —No pudo continuar a causa del nudo que atenazaba su garganta.

—Eso fue antes de conocerla —murmuró Victoria tomándole las manos—. Yo la quiero, tía —sollozó al fin y cayó en brazos de la mujer.

Lloraron juntas y sus lágrimas se mezclaron hasta que terminaron riendo. Luego se secaron el rostro y se sonrieron.

—Perdóneme, tía. Perdóneme por no haberle contado antes toda la verdad.

—Ya está, hija, olvidado. Cuéntame ahora cuáles son tus planes.

—El señor Alcorta me llevará hoy a ver a Purita. Tenía que inventar algo para poder salir, dado que me espera a las cinco a dos calles de aquí.

—¿Qué hay entre ustedes? —preguntó de pronto, sorprendiéndola. Victoria sintió que los colores subían a su rostro.

—Nada más que una amistad —mintió.

—¿Él sabe la verdad? Acerca de tu pasado, quiero decir.

—No. Solo sabe que tengo una hermana, aunque algo debe sospechar por tanto misterio que me rodea. Pero prometió no hacer preguntas.

—Está muy bien —respondió la tía—. Diego es un buen hombre, aunque poco afecto a los compromisos —añadió con intención, no fuera a ser que la niña se enamorara de él—. ¿Qué harás con tu hermana?

—No lo sé, estoy muy nerviosa. —Victoria se restregó las manos—. No sé si ella me recuerda, no sé cómo es la gente con quien vive, tengo miedo —declaró.

—Puedes traerla aquí.

—¿De veras lo dice? —Los ojos grises se iluminaron.

—¡Por supuesto! ¿Acaso tenías alguna duda? —inquirió la mujer sonriendo.

—No quiero abusar de su benevolencia —musitó Victoria—. Usted me da tanto y yo no le doy nada.

—Tú me devolviste la vida, hija —replicó la mujer con los ojos húmedos.

Luego de la charla con doña Leonides, Victoria se sentía más aliviada. Ahora le quedaba enfrentar a Diego. Sabía que tenía que hablar con él, y para ello tenía que armarse de coraje.



Si bien Alcorta se había mostrado discreto, ¿qué ocurriría si su hermana la reconocía y la llamaba por su verdadero nombre? Además había quedado flotando otra incógnita: ¿cómo explicaría que su tía no sabía —dado que antes no lo sabía— que ella tenía una hermana? “Demasiadas mentiras”, se dijo.

Caminó hacia el punto de encuentro plena de dudas, pero al verla esperándola en la esquina, con su serena y segura actitud, una inmediata calma la invadió. Él le sonrió antes de que llegara y el corazón de la muchacha se agitó. “¿Qué me ha hecho este hombre? ¿Por qué no puedo resistirlo?”, se reprochó.

—Hola, preciosa —murmuró él tomándola del brazo. Se contuvo de besarla dado que no quería que nadie los viera.

—Hola —respondió Victoria ingresando al coche, cuya portezuela Diego había abierto.

Una vez en el interior, el hombre le tomó la nuca y se prendió a su boca con ansias. Victoria no pudo negarle el beso que tanto había anhelado y se entregó a las caricias urgentes y dominantes de su lengua y sus labios. Una vez saciado a medias su deseo, Diego la soltó.

—¿Tuviste mucho problema para salir? —preguntó.

—No —clavó en él sus ojos grises para ver su reacción—. Le conté la verdad a mi tía.

Diego la miró pero no mostró signos de asombro y la instó a seguir.

—Diego —pidió la muchacha súbitamente nerviosa—, tenemos que hablar antes de ir allí.

Él dio una orden al cochero y le indicó una dirección. El resto del viaje fue en silencio, cada uno sumido en sus reflexiones. Cuando el automóvil se detuvo Diego abrió y la ayudó a descender.

Estaban frente a un edificio en una calle céntrica y el hombre la condujo hacia un portal. Lo siguió a través del pasillo y luego por una escalera.

—¿Adónde vamos? —preguntó cuando la penumbra se apoderó del ambiente, dado que no había más que puertas a lo largo del corredor.

—A mi oficina.

—Pero, ¿qué dirá tu socio? —inquirió, alarmada.

—¿Olvidas que es primero de año? —sonrió él divertido.

—Sí, lo había olvidado —reconoció.

Diego abrió la puerta e ingresaron a un cuarto de dimensiones reducidas donde reinaba un escritorio de roble, una silla y varias carpetas. Sobre la pared lateral había un pequeño canapé y dos almohadones. Dos puertas

cerradas indicaban la ubicación de las oficinas. Diego abrió la de la izquierda y entraron a su despacho.

Victoria sintió de inmediato la presencia de Diego en ese recinto: olía a él. Su perfume parecía haberse impregnado en las cortinas que adornaban la ventana, en los muebles de roble que dominaban la estancia, en el aire que allí se respiraba. Sobre el escritorio varias carpetas y libros abiertos indicaban que Diego había estado trabajando arduamente, lo que mostraba un aspecto diferente del hombre que ella conocía, siempre despreocupado y sereno. Una pequeña mesita ofrecía pocillos de café y cigarros prolijamente acomodados en una cigarrera de madera oscura. La habitación estaba limpia, no había restos de polvillo en los muebles ni papeles en el piso, señal de que su dueño era un hombre pulcro.

—Bueno —Diego la sacó de sus cavilaciones—, ¿de qué quieres hablar?

El hombre se apoyó sobre el escritorio y la miró instándola a conversar. Victoria quedó de pie frente a él, atribulada y sin saber cómo comenzar.

—Supongo que te preguntarás cómo es que mi tía no sabía que tenía una hermana. —Como él no contestó y continuó mirándola sin desviar sus ojos de su rostro, ella siguió—. En realidad la historia es muy diferente a como tú la conoces. —Diego notaba los esfuerzos que hacía la jovencita para explicar lo que él ya sabía. Tuvo intenciones de ahorrarle el momento, pero tampoco sabía hasta dónde llegaría Victoria con su confesión—. No soy quien tú crees. —Él la miraba y sus ojos azules ni siquiera parpadeaban, actitud que enfureció a Victoria—. ¿Es que no vas a preguntarme nada? —dijo casi gritando.

Diego se acercó y la tomó por los hombros.

—Tranquilízate —pidió con su voz segura—. No quiero presionarte, quiero que tú me cuentes lo que quieras.

Ella bajó los ojos y respiró profundamente antes de seguir.

—Me da mucha vergüenza lo que voy a confesarte —explicó.

—No temas, no soy quién para juzgarte —alentó Diego, que había vuelto a sentarse sobre la mesa del escritorio.

—No me llamo Victoria, ni soy la sobrina segunda de doña Leonides —elevó la mirada gris, enfrentándolo—. Me llamo Prudencia Fierro Rodríguez y soy una asesina. —Las lágrimas caían por sus mejillas pero su rostro y su postura seguían imperturbables.

Diego se acercó y le tomó la cara entre las manos. Ella lo miró asombrada y lo vio descender sobre su boca. La besó con una ternura que jamás había desplegado con ella y le transmitió todo su apoyo y comprensión en ese beso.

La muchacha gimió y reprimió sus sollozos, no entendía la reacción del hombre que la apretaba contra su pecho y acariciaba sus cabellos con suma devoción.

—No eres una asesina, Victoria —murmuró él—. Fue en defensa propia.

Ella elevó los ojos, incrédula.

—¿Qué dices? ¿Y tú qué sabes?

—Lo sé todo, preciosa, todo. —Volvió a apretarla contra su pecho y ella comenzó a llorar liberando toda su angustia reprimida—. No tienes nada que explicar, lo sé todo.

—Pero, ¿cómo...? ¿Por qué no me dijiste...? —Elevó los ojos nublados y brillantes—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—No hace mucho —explicó—. Mi tía me mandó llamar para advertirme que te dejara en paz. Dijo que se rumoreaba de nosotros y que tú habías sufrido ya demasiado en tu vida para que alguien como yo la complicara aún más. —Victoria no daba crédito a sus palabras—. Me contó tu historia.

—Pero... —Las palabras se atolondraban en la garganta de la muchacha y no lograba articularlas.

—Así comprendí el porqué de tu temor, el hecho de que siempre tuvieras un cuchillo a la mano, tu rechazo a los hombres. —Acarició su mejilla y secó sus lágrimas—. Pero yo logré derribar esos miedos y obtener tu confianza —dijo orgulloso—. No tienes que temer, Victoria, nadie te juzgará por tu pasado.

—¿Lo sabías antes de que Remedios me extorsionara? —inquirió más calmada.

—Sí. Y créeme, casi muere de un infarto cuando se enteró de que yo estaba al tanto —sonrió el hombre—. Ahora cálmate —alentó.

—Yo... no quiero seguir con esta farsa —exclamó Victoria—. Pero tengo miedo.

—¿A qué le temes?

—Al rechazo, a la marginación —bajó los ojos atribulada—. A volver a prisión.

—¿Y por qué habrías de volver? Obtuviste el derecho de gracia, si mal no recuerdo. —Y sonriendo para aliviar el malestar de la jovencita añadió—: Tuviste un buen abogado.

Victoria elevó la mirada y forzó una sonrisa.

—Nunca te agradecí lo que hiciste por mí. —Diego le tomó las manos y las besó.

—En realidad, lo hice por mi tía. A ti ni siquiera te conocía.

—Lo sé, pero igual siempre me reproché no haberte dado las gracias.

—Puedes agradecerme ahora —lo dijo en tono seductor, sus ojos azules brillaban y una pícara mueca poblaba su rostro. La tomó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¿Qué dices? —Ella abrió los ojos, asombrada—. ¿Aquí? —La carcajada de Diego la hizo sonrojar.

—Este sitio es tan bueno como cualquier otro. —Miró a su alrededor antes de decir—: Podría poseerte aquí mismo, sobre mi escritorio. —Al ver el desconcierto de la muchacha y un atisbo de temor a lo que seguramente consideraba una aberración aclaró—: Eres una mal pensada, Victoria. Me refería a un beso.

Ella suspiró, entre aliviada y desilusionada, dado que su proximidad y su juego de seducción la habían hecho desearlo. Diego volvió a inclinarse sobre su rostro y se prendió a su boca con ímpetu, con ansias acumuladas durante esos días. Chupó sus labios, mordió su lengua, la apretó contra sí haciéndole sentir su miembro erecto y le quitó sus fuerzas. Ella tuvo que sostenerse de sus hombros para no caer dado que sus rodillas se habían aflojado. Diego debió advertirlo porque la giró y la sentó sobre el escritorio, separándole las piernas. Descendió con su boca hacia el valle de sus senos y con una mano le abrió la blusa para liberarlos. Cuando al fin pudo palparlos volvió a sus labios y gimió de placer mientras acariciaba sus pezones erguidos.

—Parece que no voy a conformarme con un beso —musitó.

—Diego, por favor, aquí no —susurró la muchacha, más por compromiso que por ganas.

—¿No me deseas? —preguntó sin dejar de besarla—. Te extrañé como un loco estos días. —Sus manos expertas recorrían el cuerpo de la jovencita que vibraba para él.

Victoria no pudo seguir negándose, tampoco lo deseaba, de modo que se entregó a su pasión y dejó que la poseyera allí, sobre el escritorio, que Diego despejó de un manotazo, sin dar importancia a los papeles que quedaron desparramados en el suelo.

Una vez saciados, Diego mismo le acomodó la ropa, como si fuera una niña, y la sentó sobre sus rodillas en un rincón de la oficina.

—¿Me extrañaste? —preguntó el hombre mientras acariciaba sus cabellos.

—¿Y tú? —Victoria no quería que supiera que dependía de él como del aire que llenaba sus pulmones.

—Ya te dije: como un loco —repitió—. ¿Qué haré contigo, Victoria? — fue una pregunta cargada de pesar, casi una reflexión.

—¿A qué te refieres?

—No quiero atarme a ti. —Su sinceridad la golpeó y se apresuró a decir:

—Nunca te pedí nada. —Su voz sonó cargada de resentimiento—. De todas maneras, yo tampoco deseo atarme a ti. —Victoria irguió la espalda e intentó levantarse, pero él la detuvo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre sosteniéndola por la cintura.

—Que no volveremos a estar juntos. —Las fuerzas le fallaron y las palabras salieron sin convicción.

—Sabes que eso es imposible, Victoria. —Diego apoyó la cabeza contra la pared y lanzó un suspiro—. Nuestros cuerpos se incendian cada vez que nos rozamos.

—Yo puedo dominar mi cuerpo —se apuró a decir.

—¿De veras? —La mirada burlona la hizo enrojecer—. Con solo sentir mi aliento sobre tu cuello te derrites. —Pese al tenor de sus palabras no lo dijo con arrogancia—. Y a mí me ocurre otro tanto con solo verte. —Meneó la cabeza—. No, Victoria, no podremos separarnos.

—Pues yo sí podré —dijo la muchacha con determinación—. Ahora lo único que me interesa es ir a ver a mi hermana. —Se deshizo de su abrazo y se puso de pie—. ¿Me llevarás?

—Por supuesto, siempre cumplo mis promesas. —Diego se levantó y recogió los papeles del suelo para dejarlos en igual desorden sobre el escritorio.

En el rellano Victoria se volvió y dijo:

—¿Puedo pedirte un último favor?

—Lo que sea —respondió mientras encendía un cigarro.

—Que guardes mi secreto hasta que decida qué hacer.

—Mi boca está sellada.

Diego estaba tumbado sobre su cama, la vista perdida en las figuras que formaba el humo del cigarro, los brazos detrás de la cabeza y las piernas extendidas. Su humor oscilaba entre la satisfacción y el encono.

Nada había salido como estaba planeado ese día. Su encuentro con Victoria lo había desconcertado: no había esperado que ella le revelara su secreto. Eso demostraba que Victoria se sentía fuerte y segura de poder enfrentar a todos con su verdad. Que hubiera sido ella quién había corrido el velo de misterio que se cernía sobre su persona lo llenaba de dudas. Por un momento había creído que ella estaba enamorándose de él, pero su confesión

lo desconcertaba. ¿Qué mujer enamorada se arriesgaría a perder a su hombre contándole que era una exconvicta? Muy pocas, más bien, ninguna. Que Victoria lo hubiera hecho indicaba, o al menos así creía Diego, que no estaba enamorada de él. Y pese a que en cierta forma lo tranquilizaba, dado que no tenía intenciones de atarse a nadie y menos aún de romper por ello el corazón virgen de una muchacha, también lo hería en su hombría.

Alcorta se resistía a creer que era indiferente a Victoria. Pero ella misma había afirmado que no deseaba atarse a nadie. “Con la misma boca que tanta pasión prodiga”, reflexionó molesto.

Luego de salir de su despacho y pese a que caía la tarde, la había llevado hasta la casa donde vivía Purita. Al aproximarse a la vivienda supieron, aun antes de llamar, que no había nadie. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, algo anormal para el día caluroso y húmedo que invitaba a dejar correr el aire por los pasillos y corredores.

Tocaron de todas maneras, no fuera a ser que por causa del duelo los habitantes de la casa vivieran en el encierro. Aguardaron ante la puerta, Diego impaciente, Victoria apesadumbrada, pero nadie acudió a los llamados.

—Aquí no hay nadie, Victoria —dijo Alcorta con pesar—. Tal vez fueron a festejar el primero de año a otro lado.

Ella bajó los ojos para que él no viera sus lágrimas y asintió en silencio. Se dejó conducir del brazo hasta el coche y permaneció durante todo el camino de regreso como en un limbo impenetrable.

Al llegar a casa de doña Leonides, amparado por la oscuridad de la cabina, Diego se inclinó sobre ella para besarla, pero Victoria le corrió el rostro.

—Victoria —susurró él tomándole el rostro con delicadeza—. No nos hagas esto.

La sintió vacilar, respirar profundo antes de mirarlo a los ojos.

—Creo haber sido clara en tu oficina. —Su voz sonó como la de otra persona—. Ni tú ni yo deseamos encadenarnos, de manera que lo mejor será terminar con este juego.

—¿Quién dijo que es un juego? —se ofuscó él al sentirse despreciado.

—Sea lo que sea, es peligroso —murmuró, dado que su seguridad se desvanecía—. Alguno de los dos podría salir lastimado y no quiero ese final.

—Yo jamás te lastimaría —prometió Diego.

—Pero yo sí —afirmó reponiendo fuerzas, intentando dar veracidad a sus palabras, ayudándose de su mirada de hielo, la misma que había visto tantas veces en los ojos de su madre y que tanto detestaba.

Diego se dio por vencido y la dejó descender del coche.

—¿Quieres que pase mañana para ir a casa de tu hermana? —intentó antes de que se alejara.

—No —afirmó Victoria—. Ya hiciste demasiado por mí. —Se volvió y le regaló una sonrisa que no logró iluminar su rostro donde imperaba la tristeza—. Ahora sé dónde vive. Iré sola.

Sin darle tiempo a que la convenciera, corrió hacia el portal y se perdió en él.

Nada había sido como Diego había esperado. “¿Y qué habías esperado? ¿Que llorara desconsoladamente cuando le dijiste que no querías atarte a ella? ¿Que rogara de rodillas que no la abandonaras? ¿Eso te habría hecho sentir más macho?” Las preguntas acudían a su mente y más se enfurecía, dado que en ese momento tendría que estar con sus amigos, reunido en casa de Demaría, planificando para las postulaciones de las próximas elecciones. “¿Qué sentido tendría que fuera si no se me cae una idea? Mi mente está ocupada por Victoria, hasta puedo sentir su olor entre mis manos”.

Furioso consigo mismo se levantó y se quitó la ropa que olía a ella y la arrojó a un rincón. Se vistió con ropa limpia y salió rumbo a lo de Demaría, donde esperaba olvidarse de esa jovencita que había irrumpido en su vida para trastocarla.

## Capítulo 52

Luego de recorrer los campos y dar instrucciones a sus peones, Andrés galopó hacia la estancia de los Bordeaux. Iba apurado, aguijoneado por la ansiedad de ver a su mujer, con una ilusión que no sentía desde la adolescencia. Se reía a causa de sus sentimientos y se deleitaba con la brisa cálida que golpeaba su rostro bronceado y sudado.

Revoleó el rebenque para apurar a su alazán, dado que una nube de mosquitos lo rodeó menguando su bienestar por unos instantes y bajó la cabeza para evitar que se metieran en su boca o en sus ojos.

Cuando logró salir de la emboscada enfiló hacia el camino que conducía a lo de sus amigos y donde lo aguardaba Roberta.

Los perros le salieron al encuentro moviendo el rabo y los niños aparecieron de inmediato, como si también estuvieran esperándolo. No le dieron tiempo a desmontar que ya estaban amontonándose a su alrededor gritando y preguntando.

—Calma, calma —pidió Andrés mientras buscaba en sus bolsillos los dulces que tan ansiosamente aguardaban. Cada vez que visitaba a los Bordeaux llevaba consigo alguna confitura o golosina. “Los estás malcriando”, había dicho Florence en más de una ocasión, pero él siempre sonreía y no dejaba de mimarlos.

Pierre apareció desde el cobertizo, arremangado y sudoroso. Le sonrió con su cara bonachona y Andrés se le acercó y le palmeó la espalda a modo de saludo.

—¿Qué estás haciendo?

—Arreglando el molino. —Pierre se quitó el sombrero y su frente se mostró bañada en sudor—. Tuve que quitar el fraile —se refería al palo de álamo que unía las varas y sujetaba al palo de gobierno— porque estaba podrido.

—¿Podrido? —se extrañó Andrés, quien sabía que el fraile se realizaba con un grueso palo de álamo y por lo general duraba años sin dar problemas.

—Sí, supongo que lo habrán puesto verde —se quejó Pierre.



—Te ayudaré —ofreció su amigo caminando hacia el cobertizo.

—No, gracias —lo detuvo el gigante—. No viniste para eso, ¿no es cierto? —Una pícaro sonrisa iluminó su rostro.

—A decir verdad, no —asintió Andrés riendo con los ojos—. Pero nunca está de más ayudar a un amigo. —Y reiniciando la marcha hacia el cobertizo agregó—: ¿Ya tienes el nuevo fraile?

—Hay que terminar la punta. —Andrés puso manos a la obra ya que el palo de álamo que sustituiría al antiguo aún necesitaba ser pulido para que su coronación fuera puntiaguda.

Las mujeres, avisadas por los niños, aparecieron en el lugar y los ojos de Andrés brillaron al descubrir a su mujer sonriente y tranquila. No sabía qué actitud desplegaría Roberta hacia él, dado que en los últimos días tantas emociones habían trastocado su carácter. Pero al verla allí, serena y diáfana, sus dudas se despejaron y deseó terminar cuanto antes la reparación del molino para correr a sus brazos.

Florence trajo limonadas e hicieron una pausa en la tarea, que Andrés aprovechó para besar suavemente los labios de Roberta, que se sonrojó ante la osadía de que lo hiciera delante de todos.

—¿Por qué no le dices a los peones que te ayuden en vez de molestar a nuestro amigo? —inquirió Florence meneando la cabeza en señal de desaprobación.

—Porque prefiero que se ocupen de los animales como corresponde —contestó Pierre—. Además fue Andrés quien se ofreció. ¿No es verdad?

—Sí, Flor, fui yo —declaró Alcorta—. Además, ambos sabemos que a tu marido le gusta hacer las cosas por sí solo y le cuesta delegar en sus peones.

—Eso es cierto —comentó la francesa—. Es tan autosuficiente... —Y acercándose a él lo besó en la mejilla poniéndose en puntas de pie—. Será por eso que lo amo tanto. —Todos rieron ante la turbación del gigante, que tampoco estaba acostumbrado a esas demostraciones delante de la gente.

Los hombres continuaron durante un buen rato en la reparación del molino, dado que luego tuvieron que ajustar las aspas y nivelarlas, tarea que les llevó gran parte del mediodía.

Luego comieron todos juntos y a la hora de la siesta, que en esa casa nadie dormía, Andrés tomó a Roberta de la mano y la llevó a caminar, alejándose del bullicio de los niños revoltosos.

Se detuvieron en un prado cercano y se sentaron sobre la hierba fresca y perfumada, donde la menta crecía por doquier formando una alfombra verde.

—¿Cómo has estado? —preguntó Andrés acariciando el vientre ligeramente abultado de la muchacha.

Ella sonrió ante aquel gesto tan simple y a la vez tan cargado de amor que la colmaba de una dicha inexplicable.

—Muy bien —inspiró profundo y se deleitó con el aroma que los rodeaba—. Esta familia es magnífica. Me encantaría tener una familia así —suspiró.

—La tendremos —prometió Andrés atrayéndola hacia sí.

La besó en los labios y la encontró dispuesta y mansa. Los bríos de Roberta habían desaparecido y se mostraba más bien relajada y soñadora, como si todos los problemas por venir la tuvieran sin cuidado. Una repentina sensación de tranquilidad se había adueñado de ella, y la muchacha la atribuía al niño que crecía y nadaba en su interior.

Se tumbaron sobre la menta y Andrés la besó con pasión, dejando atrás la ternura de las primeras caricias para dar paso a sus ansias de macho enardecido.

—¡Deja! —se quejó ella—. Pueden venir los niños.

—Sh, no vendrán —replicó él—. Los dejé con varios dulces, estarán entretenidos por un rato.

—Y empachados —rio la joven, pero detuvo su risa jovial cuando sintió que las manos masculinas levantaban su falda y llegaban hasta su intimidad—. ¡Andrés! —reprochó—. ¡Pareces un chiquillo desesperado!

—Lo soy, Roberta, contigo me siento un mozuelo en su primera vez. —Volvió a empujarla sobre la hierba, dado que ella se había sentado—. Déjame disfrutar de ti, de tus pechos tan llenos que me vuelven locos, de ese sabor dulce que tienes ahora. —Ella se sonrojó pero se recostó nuevamente.

Ambos se dejaron arrastrar por sus pasiones y se amaron incansablemente hasta que una fina llovizna que repentinamente se derramó sobre ellos los hizo volver hacia la casa.

La lluvia se descargó con todas sus fuerzas justo cuando Andrés desmontó y liberó a su caballo en el corral. El hombre corrió hacia su casa, feliz por el día que había pasado junto a la mujer que amaba y en compañía de sus amigos. No le importó mojarse y entró con una tonta sonrisa pintada en el rostro, que Manuela borró de golpe con su fría mirada de reproche.

—¿Dónde estuviste todo el día? —increpó sin darle tiempo a quitarse el sombrero siquiera.

—Trabajando en el campo —mintió, sabiendo de antemano que ella no se conformaría.

—¡Ni siquiera tienes coraje para decir la verdad a la cara! —bramó furiosa.

—¿Y para qué preguntas si conoces la respuesta? —respondió de modo hiriente—. Ya te dije Manuela que lo nuestro terminó hace tiempo. —Fue hacia el perchero y colgó en él su sombrero y su chaqueta, que comenzaron a regar el piso con los restos de agua de lluvia. Ninguno hizo caso de ello, ya se ocuparía María Gracia—. Te propuse separarnos. ¿Lo pensaste ya?

—No —respondió con el orgullo herido—. No lo pensaré nunca —anunció.

—Entonces no protestes. —Cuando Andrés se lo proponía podía ser frío e inmovible—. Tendrás que convivir con esto. Sabes que no te amo. —Caminó hacia la mesilla y se sirvió una copa—. Insistes en someterte a esta tortura, privándote de ser feliz por puro capricho.

—¡No es capricho! —gritó—. ¡Yo te amo!

—¿Cómo haces para amarme? —Andrés se acercó a ella y le estudió la expresión—. ¿Cómo puedes amar a alguien que no te da nada? —De repente el rostro de su esposa se tornó sombrío y el hombre creyó que se echaría a llorar—. No quiero seguir lastimándote, Manuela, no lo deseo. Tú bien sabes que esta farsa no puede seguir. Ambos merecemos ser felices, y juntos no lo seremos jamás.

Manuela se volvió evitando que él viera sus ojos brillantes por las lágrimas que los invadían, cegándolos. Respiró hondo y se repuso antes de mirarlo de frente:

—Escúchame bien, Andrés, porque no quiero volver a hablar del tema. —Su semblante estaba desfigurado, parecía una sombra de lo que alguna vez había sido, el odio y la frustración le daban un aspecto macabro—. Nunca, ¿escuchaste? Nunca te dejaré en libertad. Tendrás que soportar esta tortura, como tú dices, hasta que la muerte nos separe.

Y dicho esto abandonó la sala.

Andrés se pasó una mano por el pelo húmedo y caminó cansinamente hacia su cuarto, como si un terrible peso abrumara sus hombros. Se tiró en la cama sin consideración al fino acolchado que se humedecía bajo su cuerpo y cerró los ojos, intentando alejar el mal trago que Manuela le había hecho beber y recordar la felicidad de esa tarde junto a Roberta.

Se durmió profundamente y ni siquiera despertó para cenar. Su agotamiento era más mental que físico, dado que se devanaba los sesos buscando una solución.

Manuela cenó en su dormitorio pero la comida le cayó tan mal como la discusión con su marido. Cuando sintió que la casa dormía y la tormenta menguaba, se levantó con sigilo y se encaminó hacia el escritorio donde sabía que Andrés guardaba su pistola. Si bien ella nunca había empuñado un arma, no podía ser tan difícil; había visto a su marido limpiarla en varias oportunidades y una vez le había mostrado cómo se disparaba.

Abrió el cajón que chirrió en el silencio de la noche y extrajo la pistola con respeto. La envolvió en una mantilla y volvió a su cama. No podía conciliar el sueño, sabía que de un momento a otro oiría los ruiditos de las piedras en su ventana. Algo la mantenía en vilo, como si un presagio le indicara que esa noche todo iba a cambiar.

Su pecho parecía contener un pájaro inquieto y su respiración era agitada. Un sudor frío recorría su espalda mojando sus axilas y un amargo sabor colmaba su boca.

Se sentó sobre la cabecera, recogió las piernas y se dedicó a estudiar el arma. La dio vueltas entre sus dedos, revisó que estuviera cargada y quitó el seguro. Una idea cruzó por su mente y se levantó de inmediato para vestir una bata ancha, adornada con grandes y profundos bolsillos donde podría esconder la pistola.

Preparada para recibir a quienes venían hostigándola, Manuela se recostó a esperar. Los bandidos no se hicieron aguardar demasiado y al poco tiempo oyó los golpecitos en su ventana.

Como si acudiera a una cita con un amante furtivo, la mujer salió del cuarto llevando consigo el trozo de terciopelo donde había guardado las baratijas doradas. Caminó con serenidad, la cabeza erguida y determinación en la mirada, hasta encontrar a los delincuentes apostados en la galería.

—¿Trajiste lo que te pedimos? —bramó el más joven mirándola con lascivia.

—Es lo último que tengo —replicó ella extendiendo la mano y ofreciendo el falso tesoro.

El otro lo tomó y desplegó la tela a la luz de la luna, asomándose para ello al jardín. Acercó su rostro descarnado a las joyas y una sonrisa malvada iluminó su cara. Luego dio media vuelta y le mostró a su compañero:

—Esta perra pretende engañarnos con estas porquerías —dijo sin dejar de sonreír y en tono amenazante.

—¿Qué dices? —se enfureció el más joven—. Déjame ver. —Manuela permanecía expectante, el corazón nuevamente desbocado, y mientras los hombres examinaban las alhajas llevó lentamente su mano al bolsillo de la

bata—. ¡Eres una estúpida! ¡Pagarás por esto! —Se acercó a ella con la intención de tomarla del cuello, pero fue sorprendido por el orificio oscuro que Manuela plantó ante sus ojos.

—No se mueva —dijo en voz baja pero firme mientras empuñaba el arma.

Toda su seguridad se desvaneció ante la risa sofocada del hombre que sin miedo avanzó para quitarle la pistola. La mujer no vaciló y apretó el gatillo a la vez que aferraba la culata con ambas manos y cerraba los ojos. El disparo tronó como una bomba en la inmensidad de la noche.

Un grito agudo salió de su garganta y otro de espanto le siguió cuando el hombre cayó al suelo, atenazado por el dolor. Sus ojos malignos se abrían de manera increíble ante la sorpresa y el sufrimiento, a la vez que a su alrededor se iba formando un charco viscoso y oscuro. Del centro de su cuerpo manaba un manantial tibio que le robaba la vida.

El otro delincuente no perdió el tiempo y se abalanzó sobre Manuela, quien aún no salía del asombro por lo que había sido capaz de hacer y hundió en su vientre un cuchillo que la dobló en dos.

—Tú te irás con mi hermano, puta barata. —Masticó cada una de las palabras sin dejar de retorcer el puñal, arrancando de la garganta de la mujer un fino quejido que se unió al del moribundo que yacía a su lado.

Luego el hombre extrajo el cuchillo, lo limpió en la bata de Manuela y se inclinó sobre su compañero. Le hizo la señal de la cruz en la frente y cerró sus ojos que, tiesos y fijos, miraban el techo.

Después se perdió entre las sombras de los árboles, dado que gritos y pasos venían desde el interior de la casa.

## Capítulo 53

Victoria se despertó sudando en medio de la noche. La recurrente pesadilla no la dejaba dormir en paz. Intentó alejarse de los malos recuerdos y volver a conciliar el sueño, pero fue inútil. Para peor, afuera llovía y traumas añejos la rodearon, asfixiándola. Un miedo atroz se apoderó de ella y tuvo que taparse los oídos fuertemente y con ambas manos para no escuchar las gotas impactando contra los postigos cerrados. Los truenos y relámpagos aumentaban su fobia, escondió la cabeza debajo de la almohada y se tapó el cuerpo con las frazadas. ¿Nunca superaría ese temor?

Recordó cuando la hermana Consuelo la sentenció a perecer bajo el diluvio por no haber asistido a misa. Aún podía ver la mirada dura de ojos pequeños y perversos, las manos delgadas cuyos dedos, como garras, se cerraron sobre su brazo infantil haciéndole daño. Su propia voz salió débil e insegura cuando le dijo que había tenido que cuidar de su hermana bebé, pero la monja no escuchó razones argumentando que era una pecadora por faltar a misa y que por tanto perecería bajo el agua que se descargaría sobre la ciudad.

Al salir de la iglesia la tormenta se desató y la lluvia anegó calles y plazas llevándose consigo todo lo que encontró a su paso. La niña que era entonces corrió a guarecerse del vendaval y pasó la tormenta abrazada a la rama de un roble que crecía a metros del conventillo y al que trepó gracias a la agilidad de sus piernas y la fuerza de sus brazos.

Tres horas duró el temporal, las cuales permaneció aferrada al árbol. Cuando el agua bajó lo suficiente como para poder caminar, regresó a su casa sucia y empapada, donde recibió la reprimenda y los golpes de su madre. Desde ese día a lo único que le temía era a la lluvia.

¿Cuántos años habían pasado? Casi diez. Dolía mirar hacia atrás. Su vida estaba marcada por la infelicidad y la desgracia, aunque al verla hoy nadie dudaría de que fuera una joven dichosa y afortunada. Solo un observador avezado descubriría detrás del gris de sus ojos el gris de su alma.

La tormenta escampó alrededor de las siete y recién a esa hora pudo dormir. Los demonios de la noche le habían dejado la cabeza dolorida, los

ojos hinchados y las mandíbulas tensas. Pero tenía que descansar, la aguardaba un largo día de actuación, como todos sus predecesores, y su rostro tenía que lucir resplandeciente y su piel lozana.

A lo largo de sus veinte años había aprendido a fingir a la perfección, y cuando sus ojos sonreían su alma lloraba. Podría haber sido una excelente actriz.

Doña Leonides le había pedido la acompañara a una tertulia en casa de doña Lucrecia de Montepia, una dama de la alta sociedad porteña, emparentada con los Victorica. Sabía que allí se hallarían doña Teresa, doña Mercedes y por supuesto Remedios, pero no tenía manera de excusarse, menos luego del apoyo brindado por su protectora.

Se vistió siguiendo las sugerencias de la mujer, peinó su cabello en alto para despejar la nuca y lucir la gargantilla que doña Leonides se empeñaba que usara, y se presentó en la sala lista para partir. Tendría que postergar otro día más la visita a casa de Purita y eso la desmoronaba.

Pero cuando fuera, al día siguiente, no lo haría sola. Doña Leonides había ofrecido acompañarla y ella había aceptado. Contar con su apoyo y su cariño la ayudaría a transitar la jornada.

El cochero las condujo hacia la residencia de la señora de Montepia, una casona de estilo colonial exquisitamente remozada. Los jardines de entrada eran soberbios, se notaba en ellos la mano experta de un jardinero y el perfume de los jazmines y azahares impregnó las fosas de nasales de Victoria.

La anfitriona dejó el grupo en el que departía para recibirlas y conducir las hacia el sillón donde otras mujeres, soberbiamente engalanadas, tomaban el té y hablaban todas a la vez, en clara señal de falta de educación pese al peso de sus apellidos.

Victoria no pudo dejar de sonreír ante aquel desfile de vestidos, joyas y mejillas excesivamente empolvadas. Por suerte doña Mercedes había concurrido sola y no tuvo que soportar la presencia de Remedios, quien aparentemente se había excusado por causas de salud.

Los hombres estaban apartados en un rincón del salón, bebiendo y fumando como era su costumbre. Diego no se contaba entre ellos y si bien se sintió aliviada, dado que no tenía fuerzas para rechazarlo y evadirlo, también se sintió nostálgica por lo que pudo ser.

La tertulia duró hasta las siete de la tarde y pese al pronóstico que la había guiado hacia ella Victoria tuvo que reconocer que no la pasó tan mal. Se enteró de chismes de personas que no conocía en su mayoría, comió exquisitos pasteles y confituras, y por unas horas no pensó.

Al volver a la casa Ramona les anunció que un hombre había ido a preguntar por la señorita Prudencia. Al oír su verdadero nombre la jovencita comenzó a temblar.

—¿Cómo era ese señor? —inquirió doña Leonides a su empleada.

—Alto, delgado, bien vestido, con acento español. —Victoria se había desplomado en un sillón, incapaz de articular preguntas. ¿Quién sería? Mezcla de miedos y esperanzas bailoteaba en su mente.

—¿Dijo qué quería? ¿O cómo había llegado hasta aquí? —continuó la dueña de casa.

—No —respondió Ramona—. Solo que le urgía ver a la niña Prudencia, así la llamó.

—¿Y tú qué le dijiste? —intervino Victoria, más repuesta.

La mucama vaciló. Sabía que a nadie debía develar la verdadera identidad de la señorita, pero la mirada mansa de ese hombre la había tomado desprevenida.

—¿Qué le dijiste? —insistió la muchacha.

—Pues que usted no estaba, señorita —dijo al fin bajando los ojos.

—¡Ramona! Sabes que nunca debes admitir que Victoria es en realidad Prudencia —reprochó doña Leonides sentándose al lado de la jovencita y dándole ánimos—. Ya está hecho. De todos modos, Victoria, íbamos a hablar del tema. ¿No es así? —Victoria le había comentado sus intenciones de aclarar su situación, harta ya de vivir en la mentira—. No te preocupes, hija, sea quien sea ese hombre, volverá y sabremos cómo enfrentarlo.

—Disculpen, señoras —musitó Ramona—. Es que parecía un buen hombre. —Y dicho esto dio media vuelta y desapareció en dirección a la cocina.

Esa noche en su cama Victoria no podía detener su cabeza. Oscuros presagios la atormentaban por momentos, para desvanecerse al rato y llenarse de esperanzas. El alba la sorprendió sentada en la cama, trenzando su cabello para volver a destrenzarlo, los ojos grandes bien abiertos pero con la vista perdida.

Cuando Lulú vino a despertarla, dado que le había pedido lo hiciera temprano, ella ya estaba vestida y pronta para partir. Desayunó sola pues su tía dormía, y en contra de lo planeado pidió al cochero la llevara a casa de su hermana. No podría aguantar otro día más sin encontrarse con la niña.

Los postigos de la ventana estaban abiertos y una luz se encendió en el alma de Victoria. Despidió al chofer y le dijo que se arreglaría sola para volver a la casa; no sabía cuánto tiempo demoraría su visita allí.



—¿Qué le digo a su tía cuando pregunte? —inquirió el hombre, preocupado.

—Dígale que vine a ver a Pura. —Y dicho esto dio media vuelta para tocar a la puerta.

Tuvo que golpear dos veces más antes de ser atendida. Un hombre mayor y de aspecto desmejorado abrió y la estudió con desgano.

—¿Qué desea, señorita? —Victoria lo escrutó a su vez y una inmediata sensación de paz la adormiló.

Pese a su semblante demacrado, sus profundas ojeras, su piel arrugada y su ánimo sombrío, Victoria supo que se hallaba frente a un buen hombre.

—¿Es usted el señor Jaime? —articuló al ver que el sujeto continuaba aguardando una respuesta.

—El mismo. ¿Y usted es...? —dejó la pregunta flotando en el aire al sentir una presencia detrás de él y las manitos delgadas de Purita aferrándose a su pantalón como si estuviera aterrada.

Jaime observó a su vez la transformación en el bello rostro de la muchachita que estaba frente a su puerta. Repentinamente la joven se llevó las manos a la boca y sus ojos grises se perlaron de lágrimas. Un presentimiento le indicó que esa mujercita tenía algo que ver con su niña y un súbito temblor ocupó su boca y sus manos. El tiempo parecía estar suspendido en ese momento, los sonidos habían desaparecido y Jaime vio cómo Purita salía de detrás de sus piernas y avanzaba como autómatas hacia la calle. Una vez frente a la desconocida la niña elevó la mirada y se reconoció en esos ojos grises que la miraban detrás de las lágrimas.

—¿Prudencia? —La voz le salió aflautada y vacilante, contrariando a la seguridad de sus ojos que estaban fijos en Victoria.

Victoria lanzó un quejido al oír su nombre en los labios de su hermana y se arrojó a sus pies, estrechándola por la cintura y hundiendo su cara en el pecho infantil. El hombre permanecía como un espectador lejano y ausente, y por sus mejillas rodaban cataratas de agua salada que morían en su camisa.

Jaime las dejó llorar, allí en la vereda, por donde pasaban los vecinos y miraban, con extrañeza unos, con reprobación otros.

Al rato Victoria pudo contener su llanto y levantó el rostro hacia Purita. La niña tenía la cara roja y mojada también, pero en sus ojitos brillaba una luz que Jaime jamás había visto en ella.

—¿Por qué no entramos? —propuso con voz queda.

Victoria se puso de pie y tomó la mano de la niña, como si con ese gesto pudiera asegurarse de que no se la arrebatarían nunca más. Purita se aferró a

ella y ambas se internaron en la casa con el solitario Jaime por detrás.

El hombre la condujo a la cocina, sitio en el que se reunían la mayor parte del tiempo, y la invitó a sentarse.

Permanecieron en silencio un buen rato, ninguno sabía cómo comenzar aunque el dueño de casa adivinaba la situación y la congoja por el inminente abandono de Purita le atenazaba el pecho.

—Ella es mi hermana Prudencia. —Fue la pequeña quien abrió el fuego, con su vocecita de pájaro y sus ojitos felices—. Y él es como un papá para mí, se llama Jaime. —Al escucharla los ojos del viejo se nublaron de lágrimas que intentó contener a la vez que su pecho se inflamaba de orgullo y cariño.

—Lo sé —pudo decir al fin Victoria, mirándolo llena de agradecimiento—. Señor... —comenzó para explicar— hace tiempo que vengo buscando a mi hermana —respiró hondo y prosiguió—: Es una larga historia.

Poco a poco las palabras fueron brotando de los labios de Victoria y la conversación creció de manera fluida y cordial. La jovencita omitió algunos detalles, como el porqué de su encierro, pero Jaime supo leer entre líneas lo que no podía ser dicho por la presencia de Purita.

Las horas pasaron y ninguno se dio cuenta, absorbidos por esa súbita hermandad y cariño que se había entrelazado entre ellos.

Fue Purita quien formuló la pregunta que ninguno quería formular:

—¿Me llevarás a vivir contigo?

Victoria y Jaime se miraron, temerosos ambos de la respuesta. La muchacha quería gritar que sí, que la llevaría con ella, pero no sabía cuáles serían los deseos de su hermana, y tampoco deseaba herir aún más el corazón del viudo.

—¿Tú quieres ir con tu hermana? —El hombre facilitó las cosas.

—Sí —musitó la pequeña—. Pero no quiero dejarte a ti, menos ahora que “mami” se ha ido —se refería a la esposa muerta.

—Por mí no debes preocuparte, hija. —La voz del viejo denotaba que contenía su angustia—. Solo te pediré que no me olvides y que vengas a verme de vez en cuando.

—¡Por supuesto que vendré! —La mirada de la niña se encendió—. ¿Podré venir, Prudencia? —Miró a su hermana como si entre ellas no hubieran pasado tantos años de separación, con complicidad y confianza.

—Las veces que lo desees, y Jaime podrá ir a vernos también. —Los ojos grises estaban colmados de agradecimiento hacia ese hombre bondadoso y triste que había cuidado de su hermana.

Si bien no estaba en los planes de Victoria aparecer en casa de doña Leonides con su hermana a cuestas, dado que no había previsto que la niña quisiera ir, ni siquiera pensaba que la reconocería, lo cierto fue que con ayuda de Jaime armaron una maleta con algunas de sus cosas y partieron rumbo a la casa de la calle Alvear.

## Capítulo 54

El comienzo de 1891 fue ajetreado para todos. Diego no podía concentrarse en las internas que desvelaban a Alem y Del Valle, sumido en sus propios devaneos.

La Unión Cívica se estaba constituyendo de forma orgánica en todo el país y por vez primera en la historia política argentina proclamó una fórmula presidencial por medio de una convención partidaria reunida en Rosario. Sin embargo, Roca, astuto líder del Partido Autonomista Nacional, oficialista, acordó con Mitre una fórmula “de unidad nacional” entre ambos partidos, encabezada por el propio Mitre.

Los rumores circulaban por los cafés y centros de reunión y preocupaban a Alem, quien de inmediato supo que la Unión Cívica se quebrantaría.

Por más que Diego acudía a todas las reuniones y tertulias, no lograba sentir el fervor que hermanaba a sus amigos. Permanecía fumando en un rincón, intentando aportar algún dato o idea que sirviera a los intereses políticos que fomentaban, pero su mente solo se dirigía a la casa de la calle Alvear, donde Victoria vivía días de euforia junto a su hermana.

Las pocas veces que había intentado acercarse a ella la jovencita se le había escapado hábilmente. Alcorta había concurrido en dos oportunidades a casa de doña Leonides, pero Victoria nunca podía recibirlo, ocupada con la pequeña Purita que parecía llenar todos sus intereses.

—Victoria está muy contenta —dijo doña Leonides—. Y la niña es un sol. Pese a todas las tragedias de su corta vida tiene un carácter sumiso y afable, sus ojitos no dejan de asombrarse hasta de la menor cotidianeidad —se ufanó la tía, contenta de ver su casa llena de risas.

—Usted también está feliz —afirmó Diego mientras bebía su café.

—Mucho. —La mujer suspiró y se inclinó hacia delante—. No puedo decir lo mismo de usted.

—Estoy cansado —mintió—. Mucho trabajo en la Unión, muchas internas partidarias. —Llevó la tacita a los labios y saboreó el exquisito café con que siempre lo agasajaba doña Leonides.

—¿Me parece a mí o está así porque Victoria no le presta atención? —La pregunta salió inesperadamente de la boca de la mujer y Diego se sorprendió.

—Victoria merece estar así —dijo al fin—. Luego de tantas desgracias necesitaba un remanso. —Apoyó la taza sobre la mesita—. Aunque no voy a negarle que me siento usado.

—¿Usado? —se extrañó la dama.

—Olvide lo que dije. —Se puso de pie con intenciones de huir; no estaba en su mejor momento y esa mujer le sacaría confesiones que ni él mismo se había animado a hacer—. No estoy en mis mejores días, con todo lo que ocurre en la estancia tengo la cabeza en los pies.

—¿Cómo sigue Manuela? —inquirió la dama con preocupación.

—Mal. —Caminó del brazo de la señora hacia la puerta—. Hace ya una semana que está inconsciente, la fiebre no cede y los médicos no dan esperanzas.

—¿Y su hermano?

—Irreconocible. Se siente culpable por todo lo ocurrido y parece diez años mayor. —Diego meneó la cabeza con pesar—. No se aleja de la cama de su esposa.

—Pobre Andrés —musitó doña Leonides—. Y pobre Manuela también, aunque ella se lo buscó.

La historia verdadera había trascendido. El delincuente al que Manuela había disparado había muerto inmediatamente, pero el otro había logrado huir y todavía no habían podido hallarlo. No hizo falta investigar mucho, y atando dos o tres cabos sueltos, más el reconocimiento del cadáver hecho por Panchito, todos supieron que esos eran los hombres que habían incendiado el rancho de Roberta.

La muchacha se enteró de lo ocurrido dado que Andrés mandó un peón a casa de los Bordeaux para avisar y justificar su repentina desaparición. Roberta misma se sentía culpable y lloró desconsolada en brazos de Florence ante aquella tragedia.

—Se lo buscó, doña Leonides, pero nadie merece morir de esa forma —dijo Diego en defensa de su cuñada.

—Lo sé, perdone mi reacción. —Un ruido de pasos y risas vino desde el pasillo y Diego miró, atraído por las voces de las muchachas, que venían chismeando y riendo como si fueran dos niñas.

Al hallarlo allí Victoria se puso tensa y dejó atrás la risa. Enderezó la espalda y caminó como una señorita. Purita también detuvo sus impulsos infantiles y adoptó igual postura que su hermana.

—Señoritas —dijo Diego formalmente.

—Hola, señor Alcorta —respondió la pequeña.

—Hola —susurró Victoria.

—Me preguntaba si les gustaría ir a tomar un refresco —improvisó el hombre, intentando ganarse a la niña para obtener la atención de la mayor.

—¡Me encantaría! —Los ojitos de Purita bailaban brillantes en su carita pequeña.

—No creo que... —comenzó Victoria.

—Vamos, Prudencia, ¡por favor! —pidió la pequeña blandiendo sus pestañas reiteradamente.

La joven no pudo resistir el ruego y fulminó a Diego con su mirada.

—Está bien, pero solo un refresco y volvemos —dijo—. Ve a buscar tu sombrero.

Doña Leonides se despidió dejando solos a los jóvenes y se alejó ocultando su sonrisa. “Esos dos...”, pensó.

Purita regresó al instante y salieron los tres al bochorno de la tarde. El aire caliente les dio en pleno rostro y Victoria lamentó no haber tomado su sombrilla. Caminaron amparándose en las sombras de los árboles y Diego entabló una conversación con la niña que de inmediato se mostró abierta e interesada.

Victoria marchaba al lado, enfurruñada y seria. No quería ver a Diego, quería que se alejara de ella para siempre. Sabía que Alcorta nunca se comprometería con ella y deseaba olvidarlo, arrancarlo de su corazón y para ello requería distancia. Pero él se empeñaba en buscarla y ahora había encontrado el camino a través de la niña.

Llegaron a la confitería y se ubicaron alrededor de una mesita de hierro pintada de blanco. El mozo les sirvió los refrescos y Purita no cesó de hablar con Diego, contándole de su vida en casa de Jaime, de lo buena que había sido su madre sustituta y lo bien que la habían tratado.

La hermana mayor bebía sin prestar atención a las miradas sugestivas que Diego le dirigía, intentando lograr alguna respuesta de los ojos grises. El hombre se deleitaba con su boca carnosa y roja que en ese momento brillaba a causa del jugo que había bebido; con sus ojos de un color plateado, esquivos y gatunos; con sus senos turgentes apretados debajo de la blusa blanca que dejaba ver su pecho suave.

Tuvo una erección y la evocó en la cama, desnuda y entregada. Hacía mucho que no podía tenerla y la extrañaba demasiado. Había buscado satisfacer su deseo en otra, una mujer que en otro tiempo le había gustado,

pero al momento de actuar su cuerpo no había respondido y tuvo que huir de su lecho, avergonzado y molesto.

—Prudencia me contó que tú la ayudaste a encontrarme —dijo la niña. Por más que sabía que su hermana era ahora conocida como Victoria, ella no lograba articular ese nombre.

—Es cierto —contestó Diego, con la imagen de Victoria desnuda en sus retinas.

—¿Y por qué entonces no quieres que nos visite? —inquirió con total ingenuidad mirando a Victoria.

La mayor se puso roja y la fulminó con los ojos.

—Es que el señor Alcorta está muy ocupado y no quiero que se distraiga con nosotras —respondió con voz vacilante—. Ya demasiado ha hecho.

Diego no pudo evitar sonreír ante la espontaneidad de Purita.

Luego del refresco volvieron caminando hacia la casa y en el umbral Alcorta dijo:

—Necesito hablar un momento a solas con tu hermana —miró a la pequeña y ambos se sonrieron.

—Hasta otro día, entonces. —La muchachita corrió hacia dentro y Victoria cruzó los brazos al pecho, como si con eso se protegiera.

Al quedar solos Diego la miró fijamente antes de hablar.

—¿Así que estoy muy ocupado? —Sus ojos sonreían.

—Pues deberías —replicó ella a la defensiva—. Con todos los vaivenes políticos tendrías que estar trabajando junto a los tuyos.

—Y lo estoy. Pero no logro concentrarme porque tú me esquivas, y eso me molesta. —Diego siempre era frontal y su confesión la desconcertó.

—Creo que fui clara cuando dije que no quería seguir con esa relación... sexual —se animó a decir.

—¿Tú crees que la nuestra es una relación únicamente sexual? —preguntó Diego.

—¿Acaso era otra cosa?

—¿Por qué hablas en pasado? —Alcorta estaba indignado—. Seguimos teniendo una relación, sexual o como te guste llamarla —masculló cada una de las palabras, acercando su rostro al de la muchacha que dio dos pasos hacia atrás.

—Ambos dijimos que no queríamos atarnos. —Victoria no sabía de dónde sacaba tanta resolución—. ¿No fue así?

—Sí.

—Listo —y unió su palabra a un gesto de su mano—. Ya nos desatamos.

—No te hagas la graciosa —amenazó entre dientes—. No tengo ganas de jueguitos, al menos no de palabras.

—Yo no quiero ningún juego contigo —replicó la joven impulsivamente.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Victoria? ¿Qué te pida en matrimonio? —inquirió el hombre.

Victoria forzó una risa irónica.

—Yo no quiero casarme contigo —contestó intentando dar veracidad a sus palabras.

Diego la miró y notó que la muchacha se debatía internamente. Quiso imaginar que ella también lo extrañaba y que todo eso era una mascarada, pero no entendía el motivo.

—Es una pena —lo dijo sin reflexionar, impulsado por el rechazo—. Tal vez yo sí. —Dicho esto dio la vuelta y se marchó a pasos rápidos.

En la estancia La Luz Buena los ánimos estaban por el piso. Luego de tres días de agonía Manuela había muerto. La muchacha se había debatido ferozmente contra la muerte, aferrándose a los delgados hilos de vida que le quedaban. Pero había sido mucha la sangre que había perdido y sus esfuerzos no alcanzaron el resultado esperado.

Su único consuelo fue que murió en brazos de su esposo, quien no se había alejado del lecho durante las setenta y dos horas que duró la agonía.

Andrés parecía un fantasma, delgado y demacrado, los ojos hundidos, la piel súbitamente grisácea y la mirada acuosa. No había dormido más que de a ratos, sentado en una silla pegada a la cama de Manuela, y su ingesta se reducía a líquido, dado que no podía contener alimentos sólidos en el cuerpo.

El hombre sabía que no tenía culpa de lo ocurrido, pues había sido Manuela quien se había relacionado con esos delincuentes. Pero en el fondo, el remordimiento por su infidelidad lo hacía caer inevitablemente en la culpa por su muerte.

No ayudó la presencia de su familia política que con miradas soeces y palabras mordaces lo hacían responsable de la locura que se había adueñado de Manuela en los últimos tiempos y que la había arrastrado a actuar como lo había hecho.

Andrés aguantó solo la tragedia que se descargó sobre la casa; cuando su madre pudo viajar, Manuela ya había muerto. Ni siquiera sus amigos Pierre y Florence podían visitarlo, dado que todos sabían, o al menos sospechaban, que eran ellos quienes estaban ayudándolo con su amante. De manera que el hombre no contó con el apoyo de alguien que lo entendiera y sostuviera los hombros cuando sus fuerzas flaqueaban.



Diego también apareció para el velatorio, excusándose en sus reuniones con los políticos y cuestiones de trabajo. Los hermanos se abrazaron y Andrés no pudo evitar llorar aferrándose a Diego. Si bien la muerte de Manuela lo dejaba legalmente libre, él sentía que la culpa no lo dejaría vivir en paz.

—Fue mi culpa, hermano, fue mi culpa —gimió en brazos de Diego.

—No digas eso, Andrés, bien sabes que no fue así.

—Es como si yo mismo hubiera hundido en ella ese cuchillo. —El hombre se desplomó sobre los hombros de Diego que lo acunó como si fuera un niño.

—Pero no lo hiciste, no fuiste tú —afirmó—. ¿Entiendes? Vamos, mírame. —Lo instó a subir el rostro descompuesto—. Escúchame bien. —Su voz parecía la de un padre reprendiendo a un hijo descarriado—. La muerte de Manuela no tiene nada que ver contigo. Tú no los trajiste aquí, fue ella quien los buscó. —Lo sacudió por los hombros—. ¿Lo entiendes, Andrés?

—Sí, pero lo hizo por despecho, porque me quería de vuelta.

—También podría haberse comportado como una mujer y dejarte en libertad si tanto te quería —argumentó Diego—. Sin embargo, Manuela misma buscó el camino peligroso.

Andrés asintió pero Diego supo que no lo había convencido. Tendrían que pasar varios días, tal vez meses antes de que su hermano se liberara de la culpa.

La familia de Manuela, que se había instalado en la estancia dos días antes de su muerte, estaba en pie de guerra. Las escasas palabras que dirigían a cualquiera de los miembros de la familia Alcorta eran de reproche o formuladas con verdadero encono.

Doña Teresa hizo a un lado su orgullo e intentó ponerse en el lugar de los padres de la difunta: nadie estaba preparado para ver morir a un hijo. De modo que obvió todos los desplantes y bajó la cabeza para no empeorar la situación.

Pero Diego no estaba dispuesto a permitir que faltaran el respeto a su madre y cuando la suegra de Andrés insultó a doña Teresa salió en su defensa y la amenazó:

—Si vuelve a faltar el respeto a mi madre tendrá que irse de esta casa. —Su voz y su mirada no admitían réplica, por tanto la señora Acuña, si bien no depuso su actitud bélica, moderó su lengua.

Cuando la mamá de Manuela abandonó el recinto, ofendida y con cara larga, doña Teresa sermoneó a su hijo:

—Fuiste duro con ella, Diego, acaba de perder a su hija.

—Entonces tendría que estar llorando y no echando veneno por su boca —respondió el hombre—. Nadie te faltará el respeto, madre, nadie mientras yo viva. —Dicho esto salió en busca del cura, que acababa de llegar para dar el sermón.

La ceremonia y el entierro duraron todo un día al término del cual la familia Acuña se encargó de vaciar los roperos y cajones de Manuela para meterlos en un baúl y abandonar la estancia con rapidez.

Las relaciones no habían quedado bien y preferían alejarse de aquel entorno que consideraban hostil.

Doña Teresa decidió quedarse unos días para contener a Andrés, que se hallaba perdido en los mares de la culpa. Diego se quedó dos días más para encargarse de algunos asuntos que encomendó a Julián, dado que su hermano no tenía la cabeza fresca como para ocuparse de las cuestiones de la estancia. Ansiaba volver a Buenos Aires. Si bien su trabajo junto a Del Valle lo requería a jornada completa, su ansiedad se relacionaba con Victoria. Nunca mujer alguna lo había tenido tan en vilo, y se preguntaba si no sería cierto que quería casarse con ella si de esa manera podía disfrutarla a diario.

—¿Por qué te dicen Victoria? —inquirió Purita a su hermana mientras estaban sentadas en el patio de la casa de la calle Alvear.

—¡Ay, hermanita! —suspiró Victoria—. Es una historia muy compleja para una niña.

—Yo no soy cualquier niña. —La mayor la miró y advirtió que era cierto. Purita había vivido tantas experiencias fuertes en su corta vida que hablaba y reaccionaba como un adulto.

—Tienes razón, pero hay cuestiones que todavía están fuera de tu alcance.

—¿Como cuáles? La maestra dijo que soy muy inteligente y que entiendo mucho más rápido que los demás. —Jaime le había contratado una maestra particular para que le diera clases en la casa y la emparejara con los niños de su edad, para que el próximo ciclo escolar la encontrara preparada. Victoria había hablado con doña Leonides para continuar con su formación durante ese verano.

Victoria suspiró. No sería fácil silenciar a su hermana, de modo que intentó explicarle la larga e intrincada historia sin entrar en los detalles del abuso sexual ni del asesinato. Recortó los hechos y suavizó los pormenores.

—¿Y ahora que yo estoy aquí, le dirán a toda esa gente que no eres la sobrina de doña Leonides?

—No lo sé, Pura. —Victoria misma estaba confundida—. Solo quiero que entiendas que está muy mal mentir. —Sonaba extraño tal consejo cuando ella

era parte de una gran mentira—. Si doña Leonides y yo fuimos parte de esto fue para evitar que me lastimaran; la gente suele ser muy cruel. Además, yo estaba sola en el mundo y doña Leonides acudió desinteresadamente en mi ayuda, hecho que en cierta manera minimiza nuestro pecado.

—¿Yo tengo que llamarte Victoria? —Los ojitos claros la miraron con tácita súplica—. Me cuesta mucho.

—Lláname como gustes. —La joven acarició los cabellos de su hermanita—. Dentro de poco toda esta historia llegará a su fin.

Doña Leonides hizo entrada al patio llevando ella misma una bandeja con la leche para la niña. Se sentó junto a ellas y se unió a la conversación alegre y espontánea de la pequeña que había llenado la casa de risas y esperanzas.

Cuando el sol menguaba su resplandor, oculto por los techos de las casas vecinas, liberando al patio del calor sofocante que había padecido toda la tarde, Ramona las interrumpió.

—Señora, vino ese hombre que buscaba a la niña Prudencia —informó circunspecta.

La nombrada elevó el rostro e intercambió una mirada con su tía, que se puso de pie de inmediato.

—Iré a ver de quién se trata. —La tranquilizó con los ojos y entró por la puerta vidriada.

Victoria quedó nerviosa, el pecho agitado, las manos repentinamente húmedas y no pudo concentrarse en la charla atolondrada de su hermana. La joven se puso de pie y caminó por el jardín, intentando serenarse con el olor de los jazmines y las rosas.

Pasó un buen rato hasta que su tía reapareció. La mujer estaba algo pálida y sus ojos brillaban. Victoria se acercó de inmediato y le tomó las manos.

—¿Qué pasa, tía? ¿Ocurrió algo malo? —inquirió al notar que la mujer estaba muy conmovida.

Doña Leonides meneó la cabeza.

—No, querida, nada malo. —Tomó aire antes de decir—: Al contrario. —Pese a que sería lo mejor para Victoria, para ella era como si la sentenciaran a muerte. Todos los miedos la acometían, pero fingió estabilidad—. Ve. —Y mirando a Purita agregó—: Tú también deberías ir.

Las hermanas se miraron, oscilando entre la duda y la ansiedad.

—Vayan —instó la mujer.

Victoria tomó la mano de Purita y juntas caminaron hacia el comedor. A medida que se acercaban, la mayor sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas

inexplicablemente. Un extraño presentimiento la instaba a llorar, pero no era un llanto de tristeza, sino que anticipaba una enorme dicha.

Apenas se asomaron al salón, Victoria vio a un hombre alto, bien vestido, que de espaldas a ellas miraba por la ventana hacia la calle. Sin percatarse de su presencia el hombre elevó una mano larga y fina, que llevó a su frente y la limpió del sudor que la perlaba. Con ese mínimo gesto Victoria lo reconoció y un nudo en su garganta atenazó sus cuerdas vocales y paralizó sus piernas. Purita advirtió el repentino cambio en su hermana y tiró de su mano para instarla a avanzar, pero la jovencita quedó petrificada sin poder dar un paso más. Se soltó de la manito infantil y llevó las suyas a la boca para retener el quejido que amenazaba escapar de sus labios carnosos.

El hombre debió notar su presencia y giró lentamente, como si estuvieran en un sueño. Cuando sus ojos se encontraron con los de Victoria inmediatamente se reconocieron y se sonrieron a través de las lágrimas. El grito de la muchacha quebró la paz del atardecer:

—¡Papá!

## Capítulo 55

Marcos tardó casi una semana en volver a Buenos Aires, al término de la cual Remedios estaba furiosa. Se había enterado por la mucama de doña Leonides que una niña había aparecido por la casa y que era nada menos que la hermana de Victoria.

—¡Esa mujer se ha vuelto loca! —bramó Remedios en la soledad de su cuarto, refiriéndose a doña Leonides—. ¡Albergar en su casa a dos desconocidas, una de ellas exconvicta por asesina!

Lulú, inocentemente, contaba a su amiga todos los pormenores de la casa de la calle Alvear, sin sospechar que con su lengua floja acarrearía serios problemas a la señorita Victoria, que tan bien la trataba.

Remedios enviaba recado todos los días a casa de Marcos para ver si había llegado, pero el muchacho se hizo esperar.

Cuando al fin regresó, se encontró con todos los mensajes de urgencia de Remedios y luego de desempacar y darse un rápido baño acudió a su casa, apremiado por la curiosidad.

La mujer lo recibió enojada, como si fuera una novia engañada por su galán. Marcos la dejó desquitarse y enrostrarle que se había ido sin despedirse, que cómo había osado escapar así, sin siquiera avisar y quién sabe cuántas otras barbaridades que él se limitó a escuchar mientras admiraba en silencio las bellas facciones de una Remedios transfigurada y meditaba sobre el porqué de su rechazo.

“Tendría que aprovechar su despecho y llevármela a la cama, a ver si con eso se calma esta gatita”, pensó sin dejar que sus pensamientos llegaran a su rostro.

Cuando Remedios terminó de vociferar se sentó frente a él y suspiró.

—No te imaginas cuántas cosas pasaron en tu ausencia.

—Supongo que serán de importancia para que estés en tal estado de agitación —bromeó con su mejor sonrisa, repentinamente seduciéndola.

—¿Y a ti qué te ocurre que me miras de ese modo? —Su instinto femenino de seducción, que antes no había funcionado con él, se alertó.

—Nada —negó Marcos—. Vamos, cuéntame qué es eso tan urgente que querías decirme días atrás.

—Empezaré por los últimos acontecimientos, dejaré la frutilla del postre para el final —esgrimió echando mano a sus artes actorales—. Parece ser que la viuda está más loca de lo que siempre creímos.

—¿A quién te refieres?

—A doña Leonides. Resulta que repentinamente apareció una niña en la casa que se dice es la hermana de Victoria. —Aguardó la reacción del hombre pero él no se inmutó—. La niña tiene unos diez u once años y se instaló allí recibiendo todos los lujos y atenciones. Hasta maestra particular le contrataron.

—¿Y qué tiene de extraño eso? —preguntó Marcos—. Después de todo, es la sobrina de doña Leonides.

—Ese es el punto, mi querido. Que Victoria no es la verdadera sobrina de doña Leonides. —Allí sí vio interesado a su compañero, que agudizó la mirada y adelantó el cuerpo.

—¿Y quién es entonces? —Marcos sintió una leve agitación, preámbulo de una revelación que de alguna manera sabía le cambiaría la vida.

—Es una exconvicta. —Remedios hizo una pausa, aguardando la reacción de Marcos. Al ver que el muchacho empalidecía y comenzaba a sudar continuó—: Parece ser que nuestra señorita estuvo presa por matar a un hombre.

—¿Y cómo sabes tú todo esto?

—Porque estuve investigando. Todo es verificable, solo que lo tienen guardado, no sé por qué. Al parecer doña Leonides la conoció en la prisión, adonde iba a visitar a una prisionera. La mujer perdió a una hija hace unos años y el parecido físico con Victoria terminó de sacarla de sus cabales. Arregló la manera de sacarla de allí, vaya a saber con la ayuda de quién. —Remedios se había puesto de pie y caminaba gesticulando y destilando su odio—. Luego la convirtió en una señorita, porque según me informaron tuvo que pulirla pues era bruta y sin educación, más pobre que las ratas. —Marcos tenía la boca seca y aflojó el cuello de su camisa que estaba ahogándolo—. Y ahora esa engreída se da la gran vida, robándome lo que era mío.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo? —atinó a preguntar Marcos.

—Absolutamente. Todo confirmado.

—¿Y a quién se supone que mató? —El hombre intuía que la revelación lo involucraría.

—No lo sé, a un hombre. —Remedios volvió al asiento—. Pero podemos averiguarlo. Espero que todo esto sirva para alejarla de mi primo y para que tú puedas presionar más sobre ella.

—¿Cuál es su verdadero nombre?

Sin saber que con sus palabras Remedios estaba ocasionando el fin de Victoria, dijo como al pasar:

—Prudencia Fierro Rodríguez.

Todo encajaba a la perfección. Marcos ya no tenía dudas. Había salido de la casa de Remedios aturdido y llegó a la suya sin saber cómo. Debió haber caminado más de tres o cuatro horas dado que al arribar la noche ya se había cernido sobre Buenos Aires.

Su mucama lo miró como si viera un fantasma, le preguntó algo a lo que él contestó con un monosílabo y lo siguió con los ojos hasta verlo desaparecer en el despacho.

Marcos se desplomó sobre el sillón y tomó su cabeza entre las manos. Lágrimas de impotencia acariciaron sus mejillas logrando indignarlo aún más. Tomó lo primero que halló sobre el escritorio y lo estrelló contra la pared que tenía enfrente. El delicado pisapapeles de mármol se astilló en sus bordes pero el hombre no se inmutó.

Luego se echó hacia atrás y respiró profundo. Ahora entendía el porqué de tanto misterio cuando había ido a la prisión. Seguramente tanto la monja como doña Leonides le habían tendido una trampa para alejarlo de la asesina de su padre. La pregunta era: ¿sabían ellas quién era él? ¿O solo resguardaban a Prudencia por precaución? Llegado a ese punto de sus intrigas se encontró pensando en ella. Tanto la había deseado como ahora la odiaba. Sin embargo, al evocarla, bella y esquiva, con sus ojos extraños y su cuerpo de diosa, una erección lo desconcertó.

Los deseos de venganza se mezclaron peligrosamente con su pasión carnal y se dijo que al fin podría dar curso a ambos. No la perdonaría. Prudencia había asesinado a su padre y él se vengaría. Esa determinación lo había llevado a Buenos Aires y no se iría de allí sin cumplir su propósito.

Despejó su cara de cabellos húmedos y sudor y se dedicó a planear la revancha. Tendría que tener la mente clara y los sentidos alertas, nada de actuar precipitadamente. Sería necesario delinear una estrategia, no dejar ningún cabo suelto ni dejarse llevar por la cólera.

Los días siguientes se dedicaría a estudiar los movimientos de la jovencita, la seguiría adonde fuera, sería su sombra. Caería sobre ella cuando menos lo esperara, pero antes de darle muerte la sometería a su lascivia, de

esa manera se vengaría doblemente; sabiendo que ella lo rechazaba la vería humillada, desnuda e implorando compasión bajo su cuerpo dominante y feroz. No le perdonaría ni una gota de la sangre de su padre derramada injustamente.

Miguel Fierro Rodríguez solo atinó a abrir los brazos para recibir a esa muchachita hermosa que lloraba y gritaba “papá”. Detrás estaba la más pequeña, tanto o más cambiada que la mayor, que miraba la escena con ojos inquietos y un leve temblor en los labios.

—¡Hija mía! —logró decir cuando la emoción se dejó dominar—. ¡Mira cómo has cambiado!

—¡Padre! —gemía y sollozaba Prudencia aferrada a su cintura, oliendo el olor a jabón blanco que tanto lo caracterizaba y que parecía haber perdurado en su memoria durante todos esos años.

—¡Por fin las encontré! —declaró el hombre. Y separando un poco a la mayor estiró la mano hacia la pequeña que observaba de pie en la entrada del salón—. Ven. Anda, sin miedo, que soy tu padre. —La voz pausada y tranquila de Miguel invitó a Purita a salir de su ensueño.

—Hola, señor —musitó con su voz de pajarillo.

—Nada de señor, dime papá —sonrió Miguel agachándose para estrecharla entre sus brazos.

La pequeña, cuyos recuerdos se habían desvanecido en los frágiles recovecos de su memoria infantil, no podía sentir la misma emoción de Prudencia, ni siquiera podía experimentar un mínimo de cariño hacia ese extraño que decía ser su padre. Se dejó abrazar porque veía que su hermana estaba muy emocionada e intentó contagiarse, sin resultado, de ese sentimiento.

Cuando el hombre la apartó de sí para mirarla se sonrojó, temerosa de defraudarlo si pudiera penetrar en su corazón.

—Pero si eras apenas una muñequita la última vez que te vi —exclamó—. Mira qué bella te has puesto.

—Gracias —balbuceó Purita.

Prudencia lo invitó a sentarse y lo interrogó con los ojos, instándolo a dar una explicación por tantos años de ausencia.

Miguel comenzó su relato, sabiendo que sería juzgado por su hija y en la esperanza de no ser sentenciado por ella.

Le contó de los días posteriores a la separación de su madre, durmiendo en la sastrería gracias a la caridad del patrón, trabajando de noche como cantinero para reunir el dinero necesario y ofrecerles una vida digna.



—Hasta que recibí noticias de España. —Miguel bajó los ojos y miró sus manos, que seguían siendo finas y delgadas—. Mi madre estaba muriendo y pedía por mí.

Los ojos de Victoria se llenaron de lágrimas, ella había amado a su abuela a pesar del poco tiempo que la había disfrutado.

—Tenía que ir —dijo compungido—. Las busqué por todos los sitios en que podrían estar, en los conventillos, en los lugares que frecuentaba su madre, pero no hallé rastros de ustedes.

—Pero... ¿por qué desapareciste luego de la pelea con mamá? —reclamó la jovencita.

—Por cobarde, hija, en eso no tengo excusas —declaró Miguel—. En los primeros tiempos rondaba el conventillo y las miraba de lejos. Quería juntar dinero para sacarlas de esa miseria, pero permanecía en las sombras, incapaz de acercarme y darles el beso que nacía en mi corazón y moría en mis labios sellados.

Las palabras poéticas de su padre conmovieron a la muchacha.

—Al poco tiempo vi que había un hombre con ustedes. —Al sentir la referencia a Pedro, Victoria se alertó—. Hice algunas preguntas y supe que era el compañero de vuestra madre, el que se hacía cargo de lo que yo había dejado abandonado. —Miguel bajó los ojos y Victoria sintió los propios empañarse—. Supuse que ya se habrían olvidado de mí, especialmente Purita —a quien dirigió una mirada de súplica—, y decidí permanecer en la ignominia, al menos hasta que pudiera ofrecerles algo mejor. Pero no fue así, la fortuna nunca me sonrió, y cuando me di cuenta habían pasado cuatro años. —Miguel suspiró—. Recibí la noticia de España y decidí volver. Ahí comenzó mi búsqueda, porque quería despedirme, avisarles, pero no las encontré.

—Yo estaba en prisión —informó Victoria con resentimiento.

—Lo sé, niña, lo sé todo. —La muchachita abrió los ojos. ¿Cómo era que su padre conocía esa parte de la historia?— Sí, estoy al tanto y mi dolor y el peso de la culpa no me dejan dormir en paz. —Victoria se enfrentó a su mirada y descubrió que su padre estaba realmente apenado. Levantó su mano y le acarició el rostro, aflojando la tensión que había nacido entre ellos. Miguel permitió que las lágrimas rodaran al fin por sus mejillas—. Te compensaré por todo el mal que has debido soportar por mi culpa. —Y mirando a Purita añadió—: A ti también.

La pequeña estaba sentada en uno de los sillones y miraba a uno y a otro como si fuera una persona adulta. No podía sentir lo mismo que ellos, ni el

cariño, ni el reproche, ni la pena. Ella no era más que una criatura cuando había pasado todo.

—¿Y la abuela? —inquirió Victoria, anticipando la respuesta.

—Murió, pero pude llegar a tiempo. —La mirada de su padre se ensombreció apenas—. Estaba muy enferma y el peso de los años hizo el resto.

—¿Regresaste por nosotras? —Victoria no se andaría con vueltas.

—Por supuesto —sonrió Miguel—. No me fue tan mal desde el momento mismo que subí al barco para volver a mi tierra. Es una larga historia que en otro momento les contaré. Solo puedo decir que ahora mi situación es otra y que he venido para llevarlas a casa.

—¿A casa? —preguntó Victoria, súbitamente nerviosa.

—Sí, a Gijón, de donde nunca deberíamos haber salido.

## Capítulo 56

Enero se presentó caluroso y abrumador en Buenos Aires. Muchas familias de las clases acomodadas abandonaban la ciudad para refugiarse en sus quintas, no así la familia Alcorta, que aún vivía el duelo por la muerte de Manuela.

Doña Teresa pasó unos días en la estancia en compañía de la sombra de quien había sido Andrés, debido a que el hombre estaba consumido por la culpa y el remordimiento. Al cabo de una semana regresó a su casa de la ciudad; no había más que hacer en el campo.

Andrés se había encerrado en sí mismo y nadie obtenía de él respuesta alguna. Pasaba horas en su despacho, fumando y bebiendo, hasta que María Gracia debía ejercer una autoridad que no le correspondía y lo obligaba a ir a su cama, donde se desplomaba como un cadáver.

La familia de Manuela ya había emprendido la retirada y solo quedaba el viudo y la servidumbre, que vagaba por la casa sin más control que el de María Gracia.

Fue Panchito quien sugirió pedir ayuda a la familia Bordeaux. Julián y María Gracia se miraron, buscando el asentimiento del otro, y finalmente permitieron al muchacho ir en busca de auxilio.

Al cabo de dos horas Panchito regresó acompañado de un hombre enorme, que a primera vista juzgaron amenazador. Enseguida Pierre se presentó y despejó las dudas, premiando a los caseros con una sonrisa bondadosa y la calidez de sus ojos mansos.

Pierre se presentó en la estancia durante todos los días de esa semana. A veces llegaba solo, otras en compañía de alguno de sus hijos, y de a poco fue sacando a Andrés del pozo del remordimiento.

—No podré seguir viviendo aquí —dijo un mediodía caluroso mientras estaban tomando mate bajo los árboles y el pequeño de Florence correteaba por ahí.

—¿Piensas volver a la ciudad? —inquirió Pierre, quien no creía que esa fuera la solución.

—No —la respuesta fue terminante—. Mi vida está en el campo, no soy bicho de ciudad.

—Lo sé —respondió el grandote—. Y a nosotros nos dolería que te alejaras.

—Estuve pensando, Pierre, no sé si sea buena idea. —Los ojos todavía tristes de Alcorta escrutaron la reacción de su amigo—. ¿Y si reconstruyera la casa de Roberta y nos mudáramos allí?

—Sería una estupenda solución —afirmó Pierre—. Yo te ayudaré, levantaremos nuevamente la vivienda y comenzarás una nueva vida con ella. —El francés se mostraba tan entusiasmado que Andrés sonrió.

—Gracias —musitó mientras perdía la vista en la lejanía—. De todos modos no digas nada a las mujeres, sabes cómo son —pidió Andrés—. Prefiero encarar el tema solo y una vez que esté concluida dar la noticia a Roberta. Además, quiero que las aguas se calmen, no sé cómo tomará esto mi familia.

—¿Y quién se encargará de este sitio?

—Veré qué hacer. —Andrés aún no había resuelto ese escollo—. No creo que mi hermano quiera instalarse aquí, él sí es hombre de ciudad, imagínate, vivió en París.

En los días que siguieron Andrés se mostró más animado, el incentivo de reconstruir la vivienda de su amada le insuflaba un nuevo ánimo. Pierre llegaba todos los días muy temprano y juntos partían hacia donde había estado el antiguo rancho, donde los restos retorcidos y renegridos aún evocaban la mano maligna de Manuela.

De a poco fueron llevando las vigas y los demás materiales que servirían para levantar las paredes, y ambos hombres trabajaban codo a codo en la reconstrucción.

Florence sospechaba que en algo raro andaba Pierre y suponía que tenía que ver con Andrés, pero prefirió callar y esperar: confiaba en que si su marido no soltaba prenda, por algún buen motivo sería.

Era la tercera vez que Victoria visitaba a sor Renunciación. Las dos veces anteriores había sido en compañía de Purita, a quien quería presentarle. La monja se había mostrado complaciente y afable como siempre, y al despedirse Victoria la había abrazado con verdadero afecto.

Esta vez en cambio llegó sola. Siempre que volvía a ese sitio donde había estado encerrada, el corazón se le agitaba y las manos comenzaban a sudarle, pero avanzó con paso firme por el corredor que la conducía a la salita de recibo.

Al cabo de un rato apareció la religiosa que la premió con una sonrisa.

—¿No vino tu hermanita esta vez? —preguntó luego de saludarla.

—No, se quedó jugando con una muñeca que le compró papá. —La noticia de la llegada de Miguel ya había trascendido.

Por el momento no habían develado la parte oscura de la historia de la jovencita, se habían limitado a decir que el padre había vuelto de España para llevarlas con él. Doña Leonides vagaba por la casa como alma en pena, la vista siempre nublada por las lágrimas que caían sin control por sus mejillas repentinamente arrugadas, la nariz roja de tanto sonársela y el paso cansino. Victoria sufría enormemente por ella, no quería defraudarla, sabía que si ella se iba la mujer se hundiría en la tristeza. La muchacha se debatía entre el querer y el deber. Más que por obedecer a su padre reconocía que tenía que irse por su propio bien, tenía que alejarse de Alcorta.

—Sé que no quisieron ir con él a la casa que alquiló —informó sor Renunciación.

—Es verdad, preferí quedarme con doña Leonides. —Victoria bajó los ojos.

—¿Qué ocurre, Prudencia? —Los ojos grises estaban llenos de lágrimas cuando enfrentaron a la monja.

—No estoy segura de querer volver a España.

—Lo suponía. —Sor Renunciación la estudió un instante—. Pero no es solo por doña Leonides —afirmó y logró que Victoria se ruborizara—. Veo que di en el clavo —sonrió la mujer—. ¿Es por Diego?

Victoria la miró con los ojos muy abiertos. ¿Sabría algo sor Renunciación? Las mejillas de la jovencita parecían dos manzanitas y los ojos esquivaban los de la religiosa.

—Es por Diego —afirmó la monja—. Estás perdidamente enamorada, ¿no es cierto?

—Sí —murmuró Victoria.

—Ajá. —La expresión sorprendió a la muchachita—. Ya veo. Y el muy compadrito de mi sobrino le escapa al compromiso.

—Yo... —La monja levantó la mano para silenciarla.

—Querida niña, Diego es como un ave, no le gusta sentirse atado. De modo que todavía estás a tiempo de salir de su círculo de encantamiento. —Al ver que Victoria estaba muy nerviosa, inquirió—: ¿Estás a tiempo, Prudencia? ¿O ya le has dado el dulce?

—Sor Renunciación, yo... —La jovencita no pudo continuar y sor Renunciación supo que había pasado lo inevitable.

—¡Oh! —se lamentó—. El muy sinvergüenza se aprovechó de ti. —La monja se puso de pie y caminó enojada por la reducida habitación.

—No fue su culpa...

—¡No lo defiendas, Prudencia! —ordenó—. Si no fuera porque ya es un hombre yo misma le daría una paliza. Te diré qué hacer. —Clavó en la muchacha avergonzada sus ojos pequeños—. ¿Sabe que volverán a España?

—No lo creo, viajó estos días, está trabajando por el tema de los próximos comicios.

—Mejor —afirmó—. Tienes que informárselo tú misma. Y muéstrate fría y distante con él. —La miró con firmeza—. No dejes que él conozca tu debilidad, Prudencia, tienes que asustarlo, que sepa que te perderá.

—No sé si podré...

—Tienes que poder —conminó la religiosa.

—Me da vergüenza hablar esto con usted —admitió la muchacha.

—Antes de ser monja fui mujer —recordó—. De modo que olvídate del pudor conmigo, niña, que si no lo tuviste con él, es tarde para sonrojos.

—Lo siento —balbuceó Victoria al punto de las lágrimas, sintiéndose juzgada.

Sor Renunciación se acercó a ella y le tomó las manos.

—No lo sientas, pequeña —dijo con aire maternal—. El amor es lo más sublime que nos llevamos de este mundo. —Acarició sus mejillas y secó sus ojos—. Ya verás que mi sobrino cae a tus pies cuando advierta que te perderá para siempre.

—¿Usted lo cree? —inquirió esperanzada.

—Estoy segura de ello.

Cuando salió de la prisión Victoria caminó por las calles vacías a esa hora, apenas terminada la siesta y con un sol radiante presidiendo el firmamento. Iba ensimismada y no se percató del coche que se detuvo a su lado hasta que sintió una presencia cerca.

—No quise asustarte —dijo Diego al notar que ella se alteraba y daba un respingo. La tomó del brazo como si fuera su dueño, pero la jovencita lo retiró bruscamente.

—¿Qué haces? —increpó, adoptando la actitud que la monja había recomendado.

Diego la miró incrédulo pero desistió de enojarse con ella. Acababa de pasar por casa de doña Leonides y esta le había informado que Victoria había salido para visitar a sor Renunciación, de modo que rehizo el camino para encontrarla.

—Ven, hace demasiado calor para caminar por las calles a esta hora. Te llevaré —ofreció abriendo la portezuela. Ella aceptó: tenía que decirle que se iría.

Diego no intentó tocarla nuevamente y ordenó al cochero condujera en la dirección que previamente le había ordenado.

Cuando Victoria vio que se desviaban de la casa de doña Leonides expresó:

—Quiero ir a casa.

—Irás, pero antes tenemos que hablar —impuso Diego sin darle derecho a réplica.

El rodado se detuvo en la costa, cerca del río, amparado en la sombra de algunos árboles cuyas copas se mecían suavemente. Hacía demasiado calor, pero él no hizo ademán de descender y ella se dispuso a escucharlo. En contra de lo esperado, Diego se acercó y le tomó la nuca. Victoria retrocedió en el asiento pero su fuerza la venció. La atrajo hacia sí y la besó en los labios con tanta urgencia que le robó el aliento. La lengua de Alcorta hurgaba en su boca, invadiéndola. Ella gimió ante tanta pasión y él se enardeció todavía más. Llevó sus manos hacia sus pechos pero Victoria lo rechazó.

—Dijiste que teníamos que hablar —dijo como pudo, recuperando la compostura—. Quiero que entiendas que no quiero ser tu amante, Diego, no quiero.

El hombre se aflojó la camisa y respiró con fuerza. Abrió la ventanilla dejando entrar aire porque se estaban ahogando.

—¿Es cierto que volverás a España? —preguntó de repente. “De modo que ya lo sabe”, pensó Victoria.

Sus ojos se encontraron, los de él lanzaban chispas de un contenido enojo, los de ella ocultaban la congoja que empañaba su alma.

—Sí, es lo que mi padre quiere. —Desvió el rostro, no quería que sus lágrimas la delataran y se concentró en la vista de las aguas mansas del río de la Plata.

—¿Y es lo que tú quieres? —La voz del hombre sonaba dura.

—No lo sé en verdad —murmuró—. Pero desde que llegué aquí mi vida estuvo teñida por la tragedia. La pobreza del conventillo, el abandono de mi padre, el resentimiento de mi madre, el abuso del que fui víctima y que me obligó a matar a un hombre —al decirlo la voz se le quebró y él quiso abrazarla, pero se contuvo—, los años de prisión, el desprecio de mi madre y la pérdida de mi hermana. —Victoria suspiró—. La balanza siempre se inclinó para el lado equivocado y no quiero seguir sufriendo.

—¿No eres feliz ahora? —inquirió Diego acercándose y tomándole el rostro con ambas manos—. Tienes a tu hermana contigo, un hogar y una familia en casa de doña Leonides. Hasta tienes a tu padre.

—Él volverá a España.

—No quiero que te vayas, Victoria —murmuró él y ella se conmovió—. ¿No soy importante para ti? —preguntó mirándola a los ojos.

“Claro que lo eres. Eres mi primer hombre, el hombre al que desnudé mi cuerpo y mi corazón, el hombre que amo con locura”. Pero en vez de responder elevó su mano y acarició la mejilla áspera de Diego, que ese día no se había afeitado.

—Llévame a casa —pidió con voz queda.

Diego dio orden al cochero y el viaje de regreso lo hicieron en silencio. Al llegar Alcorta descendió y como caballero que era la acompañó hasta la entrada. Allí se despidió formalmente y se fue sin mirar atrás.

—Señor, hay un hombre en la puerta que quiere verlo —dijo la empleada.

Miguel hizo a un lado el periódico que leía y levantó la vista.

—¿Dijo quién es? —preguntó a la muchachita que había contratado días atrás para que se hiciera cargo de la comida, la ropa y la limpieza del hogar.

A su llegada a Buenos Aires había alquilado una casa de dos plantas en el barrio de Monserrat, en donde pensaba alojarse junto a sus hijas hasta tanto regresaran a España. La búsqueda de las niñas no había sido tan difícil y las había encontrado a la semana de su arribo. Pero ellas no habían querido abandonar la casa de doña Leonides, la mujer que buenamente se había hecho cargo de sus vidas, de modo que Miguel tuvo que resignarse a pasar sus días de visita en casa de la viuda de Aragón para poder estar con sus hijas.

—No pregunté —respondió la jovencita sabiéndose en falta. Miguel suspiró y se puso de pie.

—No te preocupes, yo iré. —Caminó con su paso tranquilo hacia el recibo y se encontró con un hombre alto y bien parecido que se paseaba de un extremo al otro con un sombrero en la mano.

—Buenas tardes —saludó Miguel.

—Buenas tardes —respondió el visitante extendiendo su mano—. Soy Diego Alcorta, amigo de doña Leonides y de su hija —aclaró.

—Sentí hablar de usted. —Y señalando en dirección al otro ambiente agregó—: Pase a la sala, por favor.

Diego lo siguió y notó la delicadeza de sus movimientos y la elegancia de ese hombre que él había imaginado de otra manera.

Al llegar al salón, Miguel lo invitó a sentarse y le ofreció de beber.



—Así que usted fue quien abogó para que Prudencia saliera de su injusta prisión —comenzó el español, cuyo acento era más pronunciado que el de Victoria.

—Sí —contestó Diego con humildad—. Aunque en realidad fue mi tía quien me pidió interviniera, yo no conocía a su hija en ese entonces.

—De todos modos, sé que no cobró usted por sus servicios, y me gustaría pagarle —replicó Miguel con dignidad—. ¿Cuánto le debo, doctor?

—¡Por favor! —expresó Diego—. No me debe nada.

La empleada entró cargando la bandeja con los pocillos de café y los hombres aguardaron a que terminara de servir.

—Gracias, María —expresó Miguel—. ¿A qué se debe esta visita?

—Me dijo Victoria que usted quiere volver a España —comenzó Diego.

—Así es. —Los modos de Miguel eran los de un hombre fino, como si estuviera acostumbrado a departir con la nobleza, cuando en realidad venía de las más bajas capas sociales, y eso extrañaba a Diego—. Mi vida dio un vuelco desde el momento mismo que me embarqué para España hace unos años —explicó—. Es una larga historia que puede resumirse de la siguiente manera: en el viaje conocí a un hombre que cambió mi destino. Gracias a él ahora tengo una posición y soy dueño de una gran extensión de tierra. —Diego escuchaba asombrado pero no quería interrumpir—. Salvé la vida de su único hijo en el barco y me agradeció ofreciéndome un trabajo en Oviedo. Aguardó a que terminara mis compromisos en Gijón, esperó pacientemente a que asistiera a mi madre durante sus últimos días y luego me nombró capataz de su empresa. —Miguel notaba que Diego tenía muchas preguntas para hacer—. Al año Mateo falleció víctima del tifus —los ojos de Miguel se ensombrecieron al recordar el infortunio de quien fuere un buen amigo— y con sorpresa recibí la visita de un notario anoticiándome que me había cedido la mitad de sus posesiones, la otra mitad fue para su hijo. —El español elevó la mirada y dio por concluido su relato—. De modo que tengo negocios que atender allí.

—Entiendo —contestó Diego, repentinamente falto de argumento.

Se puso de pie, nervioso, dado que no sabía cómo comenzar. Él, que tenía la palabra fácil, que era capaz de argumentar un caso frente a un tribunal, de pronto se sentía insignificante y sin palabras para decir lo que rondaba en su cabeza desde que se había enterado de la partida de Victoria y que no se animaba a pronunciar en voz alta.

Miguel lo observaba y no entendía de qué venía la cosa.

Diego volvió a su asiento y bebió un sorbo de café que se había enfriado. Luego elevó los ojos y los fijó en los de su interlocutor.

—No quiero que se lleve a Victoria. —No era la mejor manera de decirlo, sabía que sonaba imperativo y buscó nuevamente las palabras—. Vine para decirle que quiero casarme con su hija. —Ya estaba dicho.

Miguel no dio muestras de emoción alguna pero pensó: “De modo que era eso”.

—¿Y ella quiere casarse con usted?

—No se lo pregunté todavía, quería informarle primero a usted.

“Informarme”, pensó el padre. “No viene a pedir mi consentimiento”, meditó.

Como Miguel no contestara, Diego se molestó. Jamás se había imaginado en una situación semejante. ¿Diego Alcorta pensando en casarse? Era una locura. Al pensarlo, una sonrisa se dibujó en los labios del más joven, que Miguel advirtió pero a la que hizo caso omiso.

—¿Y usted cree que ella aceptará? —preguntó el español, sacándolo de sus pensamientos.

—Cuento con ello —afirmó Alcorta.

—¿Y por qué quiere casarse con ella? —Miguel se proponía ponerlo nervioso, quería ver hasta qué punto ese hombre era confiable, dado que solo lo conocía por referencias que había hecho Victoria y algunos comentarios de doña Leonides.

Diego ocultó su enfado; después de todo era el padre de Victoria y se merecía una respuesta.

—Porque desde que la conocí no soy el mismo. —Hasta él se sorprendió de sus palabras—. Victoria cambió mi vida.

—¿Y eso por qué? —insistió Miguel.

—Porque estoy enamorado de ella —admitió al fin en voz alta.

—Entonces, hijo, vaya a decírselo. —Una sonrisa apareció en los labios finos de Miguel.

—Por supuesto que lo haré —respondió Diego, más aliviado mientras se ponía de pie. Tomó su sombrero que había dejado sobre una mesita y caminó seguido del español hacia la salida.

En el umbral Diego se volvió y clavó en el otro hombre sus ojos azules.

—Hay algo más —expresó—. Victoria ha sufrido mucho ya y una nueva separación de su familia le ocasionaría un gran dolor.

—¿Qué quiere decir?

—Que sería una buena idea que usted y Purita se quedaran en Argentina.

Se despidieron estrechándose las manos y Miguel cerró la puerta una vez Diego estuvo fuera.

“Este hombre la quiere de verdad”, pensó con una sonrisa en sus labios.

## Capítulo 57

Andrés se mostraba de buen ánimo mientras junto a Pierre levantaban los muros de la casa de Roberta. Comenzaban casi al alba, dado que cerca del mediodía el calor apretaba tanto que debían descansar hasta el día siguiente. De modo que la construcción iba lenta. Pese a todo ambos hombres estaban entusiasmados y trabajaban con ahínco.

Florence no aguantó más la intriga y una noche, luego de haber hecho el amor, aprovechando que su esposo estaba con la guardia baja, le preguntó qué se traían entre manos. El bueno de Pierre no pudo seguir ocultando de qué se trataba, pese a la promesa que había hecho a su amigo, y develó el secreto. Su mujer de inmediato empezó a planificar la confección de cortinas, manteles, sábanas y a pensar de qué manera llenarían el nuevo hogar.

—Haz lo que quieras, pero que no se entere Roberta porque Andrés se pondrá furioso conmigo, y con razón —pidió Pierre mientras la apretaba por la espalda y se dormía acurrucado en su piel tersa y perfumada.

Roberta por su parte pasaba el peor momento del embarazo. Se sentía como un globo a punto de explotar, el calor la asfixiaba y su rostro se había manchado pese a los cuidados a que se había sometido. Las piernas varicosas le dolían constantemente y no había modo de calmarlas. Su ánimo decaía a causa de su malestar y se sentía fea. Por ello agradecía la ausencia de Andrés, aunque lo extrañaba demasiado prefería que no la viera en tal estado.

—No creí que estar embarazada fuera tan horroroso —dijo una tarde a Florence—. No sé cómo has hecho tú para tener tantos niños.

La francesa rio, aunque la comprendía.

—Lo sé, Roberta, no es fácil llevar adelante un embarazo, y menos con estos calores —la consoló—. Pero cuando tengas a tu hijo en brazos te olvidarás de todo y al tiempo querrás tener otro. —Roberta negaba con la cabeza—. ¡Sí, ya verás que es así! ¿Por qué si no las mujeres tenemos tantos hijos? Luego del parto se nos borra la memoria y es como si gestar hubiera sido la cosa más fácil y maravillosa del mundo.

—Yo no quiero pasar por esto otra vez —suspiró Roberta—. Me da vergüenza decirlo, siento una enorme culpa porque sé que lo que más amaré en esta vida será a esta criaturita —dijo mientras acariciaba el vientre.

—Ya verás cuando pase el tiempo —rio Florence—. Recordarás esta conversación —sentenció.

Andrés había estado tentado de ir a ver a Roberta pero se contenía porque aún cargaba el peso de la culpa y el no verla era una manera de castigarse. Se consolaba pensando en lo feliz que sería su mujer cuando se enterara de la casa que estaba construyendo para ella.

De a poco Alcorta volvía a ser el de antes. En su estancia daba instrucciones como tiempo atrás, trabajaba codo a codo con sus peones y caía rendido por las noches, lo cual le facilitaba el sueño que en los días anteriores le era esquivo.

La servidumbre también se fue relajando y la vida en la estancia volvió a la normalidad. Ya no se veían malas caras ni se oían discusiones a cada rato, de manera que el aire que se respiraba allí volvió a ser como en los tiempos en que vivían los padres de doña Teresa.

Rara vez Purita mencionaba a su madre. La niña se mostraba feliz con su nueva vida, siempre de buen humor, esperanzada, aceptando el destino que le había tocado. Victoria la admiraba. Ella hubiera querido ser como la pequeña, poder olvidar el pasado y disfrutar del presente, pero no podía. Victoria había vivido demasiados horrores en su corta vida como para olvidarlos.

—¿Tú quieres ir a España? —inquirió de pronto Purita mientras tomaban una limonada en el patio de la casa.

La pregunta tomó por sorpresa a Victoria, que elevó los ojos y escrutó el rostro infantil. No sabía qué contestarle, si decirle la verdad o callar.

—¿Y tú quieres?

—Yo haré lo que tú digas —repuso la pequeña con voz suave—. Aunque me da un poquito de miedo viajar en barco. Papá dice que es un viaje de muchos días.

—Es cierto —Victoria fijó sus ojos grises en los jazmines—. Pero no debes temer, los barcos suelen ser muy divertidos —intentó.

—Además me da pena dejar a Jaime, tú sabes que yo lo quiero mucho. — Jaime la visitaba en casa de doña Leonides asiduamente, hasta había trabado amistad con la dueña de casa.

—Lo sé —musitó Victoria desviando la mirada para que su hermanita no viera sus ojos brillantes.

—¿A ti te da pena dejar a doña Leonides? —inquirió Purita.

—Sí, mucha. —La voz de Victoria se quebró y decidió cambiar de tema —. ¿Por qué no jugamos a las adivinanzas? —propuso.

En el interior de la casa doña Leonides recibía a Diego Alcorta. La mujer estaba sentada en el salón, con la vista perdida en los ventanales que daban a la calle, aunque nada podía ver dado que las cortinas estaban corridas para ahuyentar el calor.

El hombre ingresó detrás de Lulú y saludó a la dueña de casa.

—Pase, Diego —dijo la dama de ojos tristes.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó por compromiso.

—Ya lo ve, vieja y sola. —No era habitual en doña Leonides el pesimismo, pero en esos días nada la animaba.

—No diga eso —contestó acercándose con aire paternal.

—Deduzco que no vino a verme a mí, ¿o sí? —replicó la mujer desviando la atención, dado que no le gustaba el papel de víctima aunque se sintiera infeliz.

—Deduce bien. —Diego esbozó una sonrisa pícara y logró hacerla sonreír a ella también.

—Se irá pronto —afirmó doña Leonides clavando en él sus ojos—. Y usted la perderá para siempre si no hace algo. —Diego elevó una ceja: ¿es que esa mujer sabía algo? ¿Acaso había sido tan evidente para todos menos para él que estaba enamorado de Victoria?— Soy vieja pero no ciega —explicó la dama al notar la incertidumbre del hombre—. Vaya, está en el patio. —Diego meneó la cabeza antes de enfilar hacia la puerta—. Y piense bien qué le va a decir —ordenó cuando él ya estaba en el umbral.

Doña Leonides quedó exaltada, tal vez ese hombre era su última esperanza para no perder a Victoria.

Diego caminó hacia el jardín y se detuvo en la entrada, sin anunciarse. La imagen de Victoria siempre le quitaba el aliento, pero verla junto a su hermanita, jugando como una niña, lo llenó de ternura y se dijo que no la dejaría escapar. ¿Y si ella no lo amaba? No había contado con esa posibilidad, siempre tan seguro de sí mismo. Hizo a un lado sus pensamientos y se dedicó a observarla.

Victoria saltaba de baldosa en baldosa sobre unos dibujos que habían hecho en el suelo, levantando su falda para no enredarse en las telas, mostrando sus piernas que él sabía suaves y cálidas. Purita aguardaba su turno detrás de su hermana. Ambas estaban enfrascadas y concentradas en ese extraño juego.

El hombre sonrió cuando Victoria al parecer logró el objetivo, dado que aplaudió y se mostró triunfal. En ese instante la pequeña lo divisó en el umbral y la magia del momento se quebró.

—¡Señor Alcorta! —exclamó con alegría—. ¿Vino a buscarnos para ir a tomar una limonada?

—¡Purita! —reprendió la mayor, acomodando su falda y sus cabellos alborotados, que escapaban de la hebilla que los sujetaba detrás de la nuca.

Diego se acercó y acarició la cabecita de la pequeña al tiempo que decía:

—Hoy no podrá ser, Purita, pero no faltará oportunidad.

—¿Seguro? —inquirió la pequeña de ojitos claros—. Mire que pronto nos iremos a España —agregó como si él no lo supiera—. Es un viaje muy largo, en barco, y la verdad me da un poquito de miedo.

—Purita, deja de importunar al señor Alcorta —pidió Victoria con la autoridad que le daba ser la hermana mayor, aunque minutos atrás se mostrara como una niña.

—No me molesta, señorita Victoria, es un placer conversar con Purita. —Y mirando a la aludida añadió—: Te prometo que otro día iremos a tomar ese refresco. Hoy sin embargo vine porque necesito hablar con tu hermana. —Fijó sus ojos en Victoria de modo que supiera que no tenía escapatoria—. ¿Me haría el favor de acompañarme a dar un paseo, Victoria?

Ella vaciló pero la mirada de Diego no le dio opción.

—En un momento estaré con usted. —Y mirando a su hermana ordenó—: Acompaña al señor Alcorta a la sala, yo iré a arreglarme. —Salió presurosa dejándolos en el patio.

Ya en la calle Diego la condujo al coche y dio al cochero la indicación. El viaje fue en silencio, ambos sumidos en sus pensamientos, ella nerviosa como siempre que estaba cerca de él, y él repasando mentalmente qué le iba a decir.

A través de la ventanilla desfilaban los árboles, algunos en flor todavía, otros con sus copas tupidas ondulando al ritmo de la suave brisa del atardecer. El sol había caído y el aire era más fresco, dando así un respiro a la ciudad abochornada.

Cuando el coche se detuvo, Diego abrió la portezuela y le dio la mano a la joven para ayudarla. Estaban en un paseo que ella no conocía, el río se veía a lo lejos y más allá una zona que Victoria adivinó de quintas. Alcorta extrajo del coche una manta ante los ojos atónitos de la muchacha y despidió al cochero. Con un gesto la invitó a seguirlo y caminaron uno junto al otro hacia una arboleda.

Alrededor del tronco añoso Diego desplegó la cobija.

—¿Nos sentamos? —propuso. Victoria notó que estaba serio, sin visos de querer seducirla y decidió darle la oportunidad.

Recogió ligeramente la falda y se sentó. Él lo hizo a su lado y sacó un cigarro. Lo encendió y fumó, largando el humo despacio, como si quisiera demorar el tiempo. Ella admiró su perfil recto, sus ojos fijos en la lejanía, sus cabellos rebeldes y más largos de lo habitual, y quiso acariciarle la mejilla que notaba recién rasurada. Su perfume la hechizó como siempre y acalló su deseo pensando: “Este hombre no es para ti, tú te irás y él seguirá jugando a enamorar jovencitas por ahí”.

Ajeno a esos pensamientos, Diego buscaba las palabras para decirle que la amaba y que no la dejaría escapar. “¿Cómo puede ponerme tan nervioso si es apenas una niña? Resultó más fácil hablar con su padre”. Terminó su cigarro y la miró de frente. Admiró su piel tersa, sus ojos de ese color tan extraño, su boca carnosita, su inocencia en su mirada límpida. “Tan joven y a la vez tan mujer”, pensó. No hizo ningún intento de tocarla pese a que estaban a escasos centímetros y sus alientos se confundían.

—¡Ay, Victoria! —Ella se sorprendió ante ese suspiro que juzgó de hartazgo—. No quiero que te vayas.

—Ya hablamos de eso, Diego —replicó con el mismo cansancio mientras tomaba una flor silvestre y la giraba entre sus dedos.

—No —contestó el hombre—. No hemos hablado en serio. —Diego tomó unos manojos de hierba y los trenzó automáticamente—. No te dejaré partir. —Había seguridad y autoridad en su voz.

—¿Qué harás? —desafió la muchachita—. ¿Me secuestrarás?

—Si es necesario lo haré, no dudes de ello —sonrió el hombre—. Pero no era eso lo que iba a proponerte.

Victoria sintió que su pecho se agitaba y escondió las manos en el pasto para evitar que él viera que le temblaban y desvió los ojos grises en dirección a un par de teros que se alejó volando.

La mano de Diego se elevó y tomó un mechón de sus cabellos, que ella había soltado minutos antes en casa de doña Leonides. La joven se estremeció.

—Deja —pidió con la voz quebrada.

—No quiero dejarte, Victoria, nunca te dejaré —declaró Diego, la voz afiebrada, las manos apesando su rostro sonrojado, los ojos fijos en los de ella—. Cástate conmigo —pidió.

La jovencita abrió la boca ante el asombro de sus palabras y él aprovechó para sumergirse en ella y besarla con ardor. Las manos masculinas no se



movieron de su cara y la acariciaron con ternura a la vez que sus labios la devoraban.

—¿Qué dices? —preguntó en una pausa del prolongado beso—. ¿Te casarás conmigo?

—¿Lo dices en serio? —se atrevió a preguntar, temerosa de que fuera una broma o un arrebato.

—Nunca hablé más en serio en toda mi vida, Victoria —murmuró sin apartarse de sus labios—. Pero puedes corroborarlo con tu padre si no me crees —informó.

—¿Hablaste con mi padre? —Eso sí que era una sorpresa mayor. Los ojos de la muchacha parecían querer escapar de sus órbitas.

Diego no pudo menos que reír ante su expresión.

—Sí, hablé con tu padre. —La besó en las mejillas que estaban rojas como una manzana—. ¿Me aceptas, Victoria?

Ella respiró hondo, recuperando la estabilidad, dado que se había quedado sin aire ante la emoción.

—¿Por qué quieres casarte conmigo? —preguntó con el hilo de su voz.

—¿Por qué va a ser? —Diego estaba contento y no dejaba de sonreír.

—Dilo, quiero oírlo —pidió la muchachita, deseosa de oír las palabras con las que tanto había soñado.

—Porque te amo, Victoria —dijo al fin—. Porque no soportaría perderte y estoy dispuesto a atarme a ti durante el resto de mi vida. —Ante la declaración las lágrimas afloraron a los ojos brillantes, casi plateados—. No llores, amor, solo deseo hacerte feliz. ¿Acaso tú no me quieres? —inquirió, alarmado ante aquella reacción.

La joven quería hablar pero no lograba detener los sollozos. Diego la abrazó y la acarició hasta que logró calmarla. Entre caricias y besos ella se fue aquietando, momento que él aprovechó para separarla y repetir la pregunta:

—¿Me quieres, Victoria?

—¡Oh, Diego! —pudo responder al fin—. ¿Qué pregunta es esa? Te amo más que a mi vida misma. Creo que me enamoré de ti desde el momento mismo en que me besaste por primera vez. —Se refugió en su pecho y lo abrazó por la cintura—. Tú me hiciste mujer, Diego, tú me devolviste la vida, la libertad, la autoestima —declaró.

Él la silenció con sus besos y la colmó de caricias. Limpió con delicadeza las lágrimas que seguían cayendo sin control por las mejillas de la muchacha, lágrimas de felicidad.

La noticia del compromiso de Victoria y Diego corrió pronto entre los miembros de la familia. Entre los más felices estaba doña Leonides, dado que eso significaba que la muchacha no viajaría a España, por más que no viviera con ella la tendría cerca siempre. Doña Teresa se alegró de que su hijo al fin sentara cabeza y se comprometiera con algo. La madre no estaba al tanto del grado de compromiso asumido por Diego en la Unión Cívica y seguía creyendo que era un caso perdido.

Sor Renunciación recibió la visita de una Victoria desconocida para ella. La jovencita estaba eufórica y todo su ser emanaba felicidad.

—¡Gracias, sor Renunciación! —dijo cuando se despidieron—. Usted hizo posible que yo volviera a la vida, de no haber sido por su bondad estaría todavía encerrada. —Lágrimas de agradecimiento surcaban las mejillas arboladas de Victoria.

—Nada hay que agradecer, niña, que te lo mereces. —La monja la besó en la frente—. Y ahora ve a ocuparte de tener las riendas cortas a mi sobrino, aunque no creo que haga falta a juzgar por cómo te mira.

La muchachita se sonrojó aún más y se fue presurosa. Tenía que visitar a madame Florette, quien se encargaría de su vestido de novia.

Quien estaba furiosa y a la vez pasmada por la noticia era Remedios. Cuando su madre le contó, inocentemente, que su primo se había comprometido con la sobrina de doña Leonides, la mujer no pudo evitar el descontrol.

—¿Qué estás diciendo, madre? —bramó como un animal herido.

—Hija, cálmate —pidió doña Mercedes preocupada ante la reacción de su hija—. ¿Estás bien?

—¡No! ¡No estoy bien! ¿Dices que Diego va a casarse con esa mal nacida?

—¡Remedios! —reprendió la madre llevándose las manos a la boca—. ¡No hables así!

—¿De dónde sacaste esa locura? —inrepó acercándose a ella con gesto amenazante.

—Mi hermana me lo contó ayer —replicó haciéndole frente—. ¿Y tú por qué te pones así?

—Vete, madre, vete —rugió la hija al borde del llanto histérico.

Doña Mercedes recogió sus pertenencias y abandonó la casa con gesto altivo. “Esta hija mía me ha salido descarriada. Debí tener la mano dura, pero ahora es tarde”.

Ni bien estuvo sola, Remedios dio rienda suelta a su frustración y rompió cuanto jarrón y adorno había en la sala. La criada apareció para ver qué ocurría pero al notar que era su patrona la causante del alboroto salió por donde había entrado, no fuera a ser que arremetiera también contra ella.

Más tarde y más calmada, Remedios llamó al cochero y se hizo conducir a casa de Marcos Ruiz, a quien tuvo que aguardar durante más de una hora, dado que el hombre no estaba.

Cuando él llegó, distendido y complaciente, lo increpó como animal en celo y le lanzó a la cara la última novedad.

—¡Esperaba que hicieras algo! —bramó.

Marcos la dejó desahogarse y cuando ella se desplomó en el sillón y soltó el llanto la abrazó y la apretó contra sí. Remedios elevó los ojos, rojos e hinchados, y descubrió una mirada distinta en ese hombre que al principio la había rechazado. Una chispa maligna y desconocida alumbraba la mirada de Ruiz y se sintió atraída hacia él como por un poderoso imán. Él advirtió su entrega y la besó en la boca.

La chispa encendió el fuego de inmediato y a los manotazos se quitaron la ropa. La poseyó allí mismo, en el sillón de pana roja que reinaba en la sala. Al finalizar ambos estaban sudados y agotados porque más que un acto de amor había sido una lucha, un desquite.

De inmediato se vistieron y tomaron asiento como dos personas civilizadas.

—Olvídate de Victoria —prometió Marcos y ella le creyó. Había tal determinación y una amenaza velada en sus ojos que Remedios tuvo miedo—. Le queda poco de felicidad.

Desde el momento mismo que Marcos se enteró de que Victoria era la asesina de su padre, se puso en movimiento para su postergada venganza.

Había delegado en un empleado gran parte de su trabajo como corredor y con los ahorros que tenía había alquilado una vivienda modesta en un barrio alejado y poco frecuentado por la clase alta.

La casa tenía tres cuartos, un espacioso salón y un escritorio, lo cual bastaba para sus fines. Día tras día Marcos elucubraba sobre la manera de someter a Victoria y a menudo terminaba tan excitado que olvidaba los detalles que con tanto placer había pensado.

En el despacho había dispuesto los elementos que necesitaría y que estarían guardados hasta último momento. En la habitación que había destinado para detener a la muchacha había instalado una gran cama con barrotes de hierro en su cabecera, pensada especialmente para maniatarla.

Se había preocupado especialmente de hallar un sitio alejado, donde no existieran los vecinos solícitos ni entrometidos.

Al lado había una casa de citas, lo cual aseguraba la indiferencia de sus moradores. Y en el otro límite había un terreno desocupado, de manera que nadie interferiría en sus planes.

Por mucho que Remedios preguntó cuándo y de qué manera se encargaría de Victoria él no abrió la boca. Temía que la mujer lo importunara, o peor aún, que hablara de más. De modo que la obligó a partir diciéndole que tuviera paciencia y confiara en él.

## Capítulo 58

Miguel recibió a su hija en su hogar. Era la primera vez que Victoria lo visitaba y supo a qué se debía. Pese a que Diego había anunciado el compromiso en una cena planificada especialmente en casa de doña Leonides para tal fin, sabía que su hija querría hablar con él a solas.

Victoria por su parte no sentía culpa en decir a su padre que no volvería a España. Demasiado había sufrido ella durante tantos años de ausencia, en los cuales se había sentido abandonada, para cortar de cuajo su felicidad. Miguel era poco menos que un desconocido para ella, poco de su vida había compartido.

—Pasa, hija, sabía que vendrías —dijo él ni bien la vio en el umbral de la sala, oscurecida ese día por las nubes que poblaban el cielo estival.

Victoria se sentó frente a él y recibió la mirada de admiración de su padre.

—Estás muy hermosa, Prudencia. —Ella no se habituaba a su antiguo nombre, pero no le dijo nada—. ¿Será el señor Alcorta quien operó este cambio en tu semblante?

Ella no pudo evitar sonreír ante el nombre del amado.

—¿Volverá a España a pesar de todo? —abrió el fuego la jovencita.

—Tengo que volver —se excusó Miguel—. He dejado todos mis negocios allí —notó enseguida el error de sus palabras al advertir la mirada de reproche de su hija—. Quiero decir que este era un viaje con regreso. —Prudencia había desviado los ojos—. Sé que es duro para ti...

—Usted no sabe nada de mí. —Era la primera vez que Victoria se enfrentaba a su padre, tal vez reclamándole tantos años de ausencia, tantas angustias sufridas por el desamparo.

—Sé que estás enojada, Prudencia, y tienes toda la razón —se lamentó el hombre, sinceramente apenado—. Pero no puedo borrar el pasado, solo recomponer el futuro.

—¿Y cómo piensa hacerlo? ¿Arrancándome a mi hermana, llevándosela a miles de kilómetros? —Los ojos grises brillaban de frustración y lo taladraban.

Miguel le permitía el exceso porque reconocía que no tenía autoridad sobre ella.

—Purita puede quedarse aquí si es su deseo —dijo.

Ella escrutó su rostro, buscando un signo de mentira, pero halló en su lugar la mirada límpida y culposa de su padre.

—¿Es cierto?

—Sí, si ella quiere, por supuesto.

—Mi hermana querrá quedarse aquí —afirmó, sabiéndose ganadora.

—Entonces no tienes de qué preocuparte.

—Me preocupa que usted volverá a abandonarnos —sentenció.

—Prudencia... —Ella lo interrumpió con energía:

—¡No me llame Prudencia! ¡Prudencia murió el mismo día que mató a ese hombre y fue enterrada en ese agujero! —Los ojos plateados brillaban y despedían fuego.

—¡Lo siento! —Miguel se puso de pie y se acercó, llevando su mano fina y larga hacia el rostro de la hija, pero ella lo esquivó y se levantó del sillón para caminar por la estancia—. ¿Qué quieres de mí, hija? —preguntó el padre, incapaz de contenerla y sin saber qué decir.

—Nada —alcanzó a decir—, quisiera haber tenido una vida normal, una madre que me quisiera, un padre presente, una familia.

—Perdóname —musitó Miguel. Luego se sentó y tomó su cabeza entre las manos—. He sido un mal padre, lo sé, pero no puedo volver el tiempo atrás.

Victoria lo miró y advirtió que su padre había envejecido. Unas hebras plateadas adornaban sus cabellos y las manos que ella recordaba ágiles y finas ahora presentaban manchas y unas leves arrugas, las mismas que surcaban su frente ancha.

La muchacha se sentó a su lado, suspiró y habló:

—¿Volverá? —Más que una pregunta fue una súplica. Miguel elevó la cabeza y respondió:

—Finiquitaré mis cosas allí y volveré para quedarme con ustedes —prometió.

Al salir de la casa de su padre la tormenta se descargó sobre Victoria. El cochero la había llevado pero ella lo había despedido aduciendo que caminaría hasta la avenida, donde tomaría un coche de alquiler, dado que no sabía a qué hora terminaría y no deseaba que Silverio estuviera a su disposición.

La lluvia en un principio era leve y Victoria caminó debajo de los portales y techos salientes. Un trueno la asustó y pensó en volver a casa de su padre. Si bien había perdido el pánico a las tormentas, no le agradaban. Deshizo el camino y volvió sobre sus pasos. Distinguió un coche que se acercaba y descubrió que era el de su prometido. Una sonrisa le iluminó el rostro en esa tarde nublada y corrió hacia él.

Diego abrió la portezuela y la jaló hacia dentro.

—¡Estás empapada! —murmuró sobre su boca, ardiente y apasionado mientras sus manos le recorrían la espalda.

Ella rio y se aferró a su cuello, apretándose contra él y mojándole la camisa.

—¡Oh, Victoria, te necesito! —dijo Diego sin despegarse de sus labios. La besaba casi con desesperación, y a ella le gustaba, parecía que quería comérsela—. Hace mucho que no estamos juntos.

—Tendrás que esperar a que nos casemos —replicó ella inocentemente, aunque se estaba burlando de él.

—¡¿Qué dices?! —Diego la separó de sí y la miró a los ojos, descubriendo su broma—. ¡Bribona! —exclamó al advertir el juego—. ¿Qué te parece si nos escapamos un ratito? —propuso—. Le dije a tu tía que iría a buscarte para dar un paseo.

—¿Y adónde iríamos? —inquirió.

—Tengo un hermoso escritorio que te está esperando —declaró mientras sus manos se metían debajo de su falda y acariciaban sus muslos.

—¡Oh! —fingió escandalizarse Victoria.

Era fines de enero de modo que el bufete estaba vacío. Diego indicó a su cochero que volviera en una hora; contaba con su discreción.

Ni bien estuvieron solos Alcorta se acercó a la muchacha y la despojó de su ropa húmeda, que fue cayendo como pétalos de flores al morir la primavera. Ella se ruborizó, hacía mucho que no estaban juntos.

—Déjame mirarte, Victoria —pidió Diego—. Eres tan hermosa, mi amor, tan perfecta. —La muchacha sonrió—. Te amo, ¿te lo dije alguna vez? —bromeó.

—No, repítelo.

—Te amo. —La besó con delicadeza a la vez que sus dedos acariciaban su piel tibia y suave.

Ella gimió ante el estremecimiento de esas caricias. Elevó sus manos y se apretó contra su cuerpo. Diego la separó ligeramente y se quitó la camisa para sentir sus pechos en la piel. Sus bocas se buscaron nuevamente y sus lenguas

danzaron al mismo ritmo. Luego él la sujetó por las nalgas y la hizo sentir su miembro erecto. La alzó en sus brazos para depositarla sobre el escritorio que había despejado de papeles y carpetas. Le separó las piernas y la obligó a recostarse. Con sus dedos recorrió su piel desde la planta de sus pies para ir subiendo hacia sus muslos. Luego fue su lengua la que se deslizó sobre sus miembros para terminar en el punto más íntimo y sensible.

Victoria sollozó de placer al sentir la caricia y se contrajo, arqueando su cuerpo, elevándose y pidiendo ser penetrada. Diego no la hizo esperar y se sumergió en ella. Se movieron al unísono y llegaron juntos al momento de gloria.

Después se abrazaron y volvieron a prodigarse besos y caricias, insaciables ambos.

—Te amo, Diego, te amo tanto —murmuraba Victoria—. Nunca creí que serías mío.

—Solo tuyo, Victoria, tuyo toda la vida.

Victoria no sospechó cuando Lulú le dijo que un niño tenía un mensaje para ella.

El pequeño de unos ocho años aguardaba frente a la puerta, con una pequeña visera en la mano que giraba entre los dedos.

La muchacha sonrió al verlo, tieso y como si le hubieran encomendado una misión secreta y él se aflojó.

—El señor Diego me pidió le diera un mensaje, señorita —esbozó.

—Dime pues —pidió Victoria cálidamente.

El pequeño repitió la dirección que había memorizado a pedido de su mandante.

—Dijo que tome un coche de alquiler —agregó.

—Gracias. —Victoria le dio unas monedas antes de despedirlo—. Para que compres dulces.

Su corazón se agitó y se apresuró para arreglarse. Diego le había dicho que estaba buscando un sitio para que vivieran juntos cuando se casaran; seguramente ya había elegido la casa para empezar una familia y quería mostrársela.

—Tía, iré a encontrarme con Diego —informó cuando estuvo lista.

—¿No viene a buscarte hoy? —El hombre siempre estaba pendiente de llevarla y traerla y eso extrañó a doña Leonides.

—No, me dio una dirección, de seguro quiere sorprenderme. Usted sabe que estaba buscando una vivienda. —Los ojitos le bailaban en la cara, estaba tan feliz que la mujer olvidó su preocupación.



—Ve, no lo hagas esperar. —La tía ya se había resignado a las escapadas de Victoria con su prometido, solo le había pedido discreción, para que no anduviera en boca de todos.

“Espero que no quede embarazada antes de la boda, de otra forma tendremos que decir que el niño nació prematuro”, pensó la dama a la par que recordaba sus propias escapadas cuando era como Victoria.

Victoria la besó antes de partir y la tía la detuvo en la puerta.

—¿En qué irás? —Silverio había viajado para visitar a un familiar enfermo y no tenían cochero esos días.

—Tomaré un auto, no se preocupe.

La jovencita partió hacia su cita envuelta en su halo de felicidad.

A medida que el coche que la llevaba avanzaba hacia la dirección indicada, Victoria tomaba conciencia del entorno. No se dirigían a los barrios elegantes, de mansiones coloniales remozadas, de jardines suntuosos y rejas cuidadas, sino que iban bordeando el río, en dirección al bajo, donde ella sabía vivían los más humildes, lindando con la pobreza y la marginación. Se extrañó ante el hecho, pero luego se animó pensando que tal vez a Diego no le había alcanzado el dinero para algo más próximo al ambiente al que estaba acostumbrado, a decir verdad, nunca habían hablado de sus finanzas y ella desconocía su economía. Se consoló diciéndose que lo acompañaría hasta el fin del mundo si fuera necesario, no le importaría vivir modestamente si era a su lado.

Entre tumbos a causa de los baches de las calles, algunas empedradas y otras embarradas, llegó a su destino. El cochero la miró con intriga y hasta con cierta pena. ¿Qué haría una señorita como ella en esos andurriales? Victoria le pagó el viaje y lo vio partir para avanzar con paso seguro hacia la puerta de madera deslucida en la cual un llamador de bronce colgaba de un solo tornillo.

Victoria se arregló el cabello y tocó. Al momento apareció una mujer de edad incierta, circunspecta y vestida con delantal y cofia, desentonando en la decrepitud del entorno que la jovencita atisbó desde el umbral. Los muebles de la sala lucían tristes y la muchacha pensó que les hacía falta lustre.

—¿Señorita Victoria? —inquirió la mujer, sacándola de sus pensamientos. Ella asintió y la otra le franqueó la entrada.

Siguió a la empleada hasta el salón y le extendió su bolsito a un gesto de sus manos.

—El señor la está esperando —dijo la mujer—. Sígame.

“No creí que Diego tuviera tan mal gusto”, suspiró. “Definitivamente este sitio tiene algo que me aterra. Tal vez sea provisorio”.

La mucama la condujo por un pasillo oscuro y se detuvo ante una puerta. La miró con ojos fijos e inexpresivos y abrió. Victoria divisó una enorme cama cubierta por un acolchado amarillento y llamaron su atención los enormes barrotes de hierro que adornaban el cabezal.

Un extraño presentimiento la impulsó a retroceder, sin embargo, avanzó. Una pequeña ventana cuyas cortinas estaban entreabiertas mostraba a través de las rejas que la surcaban un patio pequeño y poblado de rosas. Dio un paso más y la puerta se cerró a sus espaldas. De inmediato sintió una presencia detrás y un estremecimiento le erizó la piel y le congeló el aliento: no era Diego quien la esperaba.

Temiendo lo que sus ojos verían apretó los dientes y rogó para detener el tiempo. Victoria era valiente, pero el aire de aquella habitación estaba viciado de una malignidad que no podría combatir, lo supo antes de girar y ver el rostro perverso y burlón de Marcos.

—Bienvenida, querida —dijo él avanzando hacia la puerta y cerrándola con llave que luego introdujo en un bolsillo de su pantalón.

Victoria abrió los ojos desmesuradamente, incapaz de articular palabra. Sus latidos se aceleraron y le faltó el aire. Marcos rio a carcajadas y caminó a su alrededor, observándola con lascivia, imaginando cómo disfrutaría de ese cuerpo generoso y apenas explorado.

La joven se repuso ante aquel desafío y lo escrutó con sus ojos repentinamente convertidos en espadas de acero:

—¿Qué es esto? ¿Acaso piensa secuestrarme?

—No necesariamente —masticó Marcos cada palabra—. No pediré rescate por ti, salvo que alguien quiera pagar por un cadáver —remató su declaración con esa risa mordaz e infame que inquietó todavía más a la muchacha.

—¿Qué es lo que quiere de mí? —Victoria necesitaba ganar tiempo para estudiar sus posibilidades de escape—. ¿Es esto una venganza porque no quise aceptarlo? —se animó a decir, ansiando no aumentar el enojo que adivinaba en los ojos ladinos de su captor.

—¡Ja, ja, ja! ¡Nada de eso, mi pequeña! —Se acercó y tomó unas hebras de su cabello que ella le arrebató de inmediato—. Aunque voy a divertirme un buen rato contigo antes de despacharte al otro mundo.

—¡Está loco! —gimió Victoria al advertir que hablaba en serio. De inmediato retomó sus fuerzas y mintió—. ¡No se saldrá con la suya! Ni bien

mi tía o Diego descubran el engaño vendrán a buscarme.

—No lo creo, pequeña mentirosa. —Su aliento tibio la golpeó en el rostro y volteó la cara—. Te conozco más de lo que tú crees y sé que no has dicho a nadie esta dirección.

—¡Usted no sabe nada de mí! —gritó.

—Te equivocas. —Marcos se había propuesto develar el secreto de su venganza, pero no ahora—. Sé mucho de ti, más de lo que imaginas. —Una mueca de lascivia surcó su rostro recién afeitado—. No te resistas a mí, Victoria, y pasaremos un buen rato juntos —prometió aferrándola por la cintura y haciéndole sentir su perfume.

Ella se agitó entre sus brazos y lo golpeó con fuerza con sus puños en el pecho y en los hombros, sin lograr que él aflojara la presión. Marcos la alzó sin dificultad y la tumbó sobre la cama mientras intentaba detener el revoleo de sus piernas que se enredaban en la falda y dificultaban sus movimientos. El hombre rio ante aquella fierecilla y la cubrió con su cuerpo sujetando sus brazos detrás de la cabeza. Acercó su boca y buscó la femenina que ella le negó moviendo frenéticamente el rostro. Marcos se impacientó y le dio una bofetada marcando su piel que de inmediato adquirió una tonalidad rojiza. Lejos de amedrentarse, Victoria recobró sus bríos y pateó y golpeó con más fuerza.

—Quédate quieta o tendré que atarte —amenazó falto de aliento, pero ella no hizo caso y siguió debatiéndose.

Victoria no supo de dónde Marcos sacó una cuerda pero de pronto se vio atada por una de sus muñecas al barrote de la cabecera. Deliberadamente el hombre le dejó una mano libre, dado que lo excitaba su lucha.

—¡Suélteme! —bramó la muchachita anticipando la inutilidad de su pedido.

Marcos halló al fin su boca y la besó con fervor. Victoria lo mordió pero él aguantó el dolor y arremetió contra sus labios y su lengua, llenándose ambos de un sabor metálico y ácido proveniente de la sangre masculina. La muchacha sintió asco y escupió, pero Marcos estaba fuera de sí, excitado y sin control. Victoria sentía en su entrepierna la dureza de su miembro y supo que no podría detenerlo. Sin dejar de luchar la angustia la acometió y revivió el terror de aquella tarde, tantos años atrás, en que había estado a punto de ser violada por Pedro, su padrastro. Pero ahora no tenía nada con qué defenderse, dado que hacía tiempo que había dejado atrás el estilete que llevaba siempre oculto en su falda, confiada en la protección que Diego siempre le brindaba.

“Diego, amor mío, ven a buscarme”, rogó. Meditó sobre sus pasos antes de salir. A nadie había dado la dirección que supuestamente le había enviado su novio y no conocía al niño que había traído el mensaje. “Por favor, que Lulú sepa quién es el niño, que lo encuentre”. A pesar de haberse enemistado con Dios y la divinidad hacía rato, comenzó a rezar maquinalmente, como si la oración la alejara del sufrimiento y el espanto que estaba viviendo.

Las manos de Marcos estaban ahora en sus muslos y buscaban su centro que ella esquivaba con movimientos frenéticos.

—Sí, así me gusta, lucha contra mí, quiero verte destruida, Victoria, no serás nada cuando acabe contigo —dijo el hombre mientras la taladraba con sus ojos cargados de odio.

—¡Nunca logrará destruirme! —gritó ella, las mandíbulas apretadas, los ojos perlados de lágrimas, los puños cerrados.

La risa cruel de Marcos la hizo dudar: ese sujeto era más que un hombre despechado, algo se ocultaba detrás de su mirada oscurecida.

—¿No lo sabes, no? —inquirió él, advirtiendo sus dudas—. No sabes quién soy —afirmó.

—No. —De pronto Marcos había dejado de besarla y se había sentado sobre ella a horcajadas.

—Ay, Prudencia —suspiró. Ella se agitó al oír su verdadero nombre—. Qué pena me das. —Marcos salió de la cama y con la mano libre Victoria se bajó la falda, cubriendo sus piernas desnudas, intentando alejarlo del deseo—. Cuando te vi por primera vez quedé prendado de tu hermosura y del misterio que se escondía en tu mirada. —Marcos caminaba alrededor del cuarto, gesticulando a medida que pronunciaba sus palabras—. Me enamoré perdidamente de ti, mis sentimientos eran puros, querida, quería casarme contigo —confesó—. Cuando me rechazaste sufrí, pero me dispuse a olvidarte, soy un hombre de voluntad férrea. —Victoria lo veía caminar a lo largo del cuarto y pensaba que tenía que ganar tiempo para que alguien la buscara—. Renació nuevamente en mí la búsqueda que me trajo a Buenos Aires. —Marcos la miró con ojos furibundos—. Vine a vengar la muerte de mi padre —declaró, y ella pestañeó sin comprender—. Mi padre era un hombre trabajador, tal vez algo apasionado, le gustaban demasiado las mujeres, pero no era mala gente. —Un leve temblor se apoderó de la muchacha dado que un presentimiento la habitó ante las palabras de su captor—. Mi padre fue asesinado por una muchachita, hija de su mujer, a quien él alimentaba y mantenía con su esfuerzo. —Marcos detuvo su andar y se acercó

al lecho. Su mirada amenazante le infundió pavor—. ¿No sabes todavía de qué estoy hablando?

—No —balbuceó Victoria, las axilas empapadas, comprendiendo al fin por qué ese loco la había secuestrado.

—¡Mientes! —gritó Marcos descargando un golpe de puño contra la pared—. ¡Sabes bien de qué te hablo! ¡Tú mataste a mi padre! ¡Tú, Prudencia Fierro Rodríguez, asesina de Pedro Ruiz!

La jovencita lanzó un sollozo y sus ojos desorbitados se cerraron cuando la mano pesada de Marcos se descargó en una bofetada sobre su rostro.

Luego el hombre volvió a caminar por el cuarto, como un animal encerrado y nervioso.

Victoria lloraba en silencio y con la mano libre se acariciaba la mejilla sonrojada a causa del golpe.

—Vine a Buenos Aires a vengar la muerte de mi padre y terminé enamorándome como un idiota de su asesina —declaró Marcos, furioso consigo mismo.

—No fue como usted cree... —intentó Victoria, pero se detuvo al recibir la amenaza de esos ojos rabiosos.

—¿Y cómo fue? —gritó Marcos fuera de sí—. Una muerte no tiene muchas maneras de explicarse, menos cuando fue a punta de cuchillo.

—Él quiso violarme... —explicó Victoria.

Marcos enfocó en ella sus ojos enajenados y salió del cuarto dando un portazo. Era tanta la furia que sentía que necesitaba alejarse de ella o terminaría acabando con su vida antes de poseerla, porque su deseo por sentir su cuerpo desnudo no menguaba.

Victoria escuchó la llave girando en la cerradura y sus pasos alejarse por el corredor. Supo que de nada serviría gritar, dado que imaginaba que la casa estaba vacía, seguramente la mucama ya no estaría. La vivienda de al lado era utilizada como casa de citas, lo había advertido al llegar, y del otro lado había un terreno baldío.

Marcos la había sujetado únicamente por una de sus muñecas, dándole la posibilidad de desatarse, cosa que hizo de inmediato con facilidad. Se masajeó la piel marcada y descendió de la cama, buscando en la habitación algo con qué defenderse cuando su captor volviera. Como había supuesto el cuarto estaba desprovisto de todo, ni siquiera pudo quitar uno de los resortes del colchón para utilizarlo como arma.

Miró por la ventana cubierta por rejas y meditó sobre la desgracia que se repetía en su vida.

## Capítulo 59

Lulú abrió los ojos con sorpresa cuando Diego Alcorta ingresó al hogar y preguntó por Victoria.

—Fue a encontrarse con usted —balbuceó la muchacha.

—¿Qué dices? —inquirió Alcorta preocupado.

—Buscaré a la señora. —Y desapareció para ir en busca de doña Leonides.

—¡Diego! Creí que estaba con Victoria —dijo la mujer mientras su rostro mudaba el gesto por uno de inquietud.

—¿Dónde está Victoria? —preguntó el hombre tanto o más inquieto que la dueña de casa.

—Iba a encontrarse con usted —explicó la dama—. ¡Lulú! —llamó.

La mucama regresó al instante y se plantó ante ellos con las manos juntas.

—¿Sabes a dónde fue la señorita Victoria? —La voz de doña Leonides vacilaba.

—A encontrarse con el señor —respondió la jovencita mirando a Diego—. Un niño trajo un mensaje de usted —agregó.

—¿Un niño? Yo no envié a ningún niño —replicó Diego mientras se aflojaba el cuello de la camisa que parecía ahogarlo—. ¿Hace mucho que se fue? ¿Dijo adónde iba?

—No —contestó la mucama.

—Partió hace más de una hora —dijo doña Leonides, las manos sobre el pecho como si quisiera contener su corazón.

—Esto no me gusta nada —exclamó Diego—. ¿Quién era ese niño? ¿Lo conoces? —inquirió a Lulú—. ¿Lo conoces? —repitió dado que la muchacha estaba paralizada.

—Vive a dos calles de aquí —balbuceó.

—Vamos, llévame a su casa —ordenó Diego tomándola del brazo. En la puerta se detuvo y dijo a doña Leonides—. Llame al padre de Victoria y a Mariano Demaría. Mientras más seamos mejor.

Alcorta llevó a la muchacha casi a la rastra hasta la casa del niño que había servido de mensajero.

La madre, una mujer marchita, los miró con desconfianza y Diego tuvo que explicarle toda la historia para que accediera a llamar al pequeño, quien se mostró temeroso ante el interrogatorio.

Diego intentó suavizar su mirada y le explicó que nada le sucedería, pero que era necesario que contara la verdad y lo más importante era revelar la dirección que había dado a la muchacha.

—Es que el hombre que me pagó por hacerlo dijo que por ningún motivo abriera la boca —musitó el pequeño mirándose los zapatos.

—¡Cuántas veces te dije que no hablaras con extraños! —reprendió la madre, desviando la atención.

—Señora, por favor —pidió Alcorta. Se agachó para quedar a la altura del infante y lo tomó por los hombros—. Mira, Juan Pedro, es sumamente importante que yo llegue a esa dirección. La señorita Victoria podría estar en peligro. —El niño elevó su mirada verde—. Por favor, dime adónde fue.

Juan Pedro dirigió sus ojitos a su madre y ante su asentimiento le dio la dirección a Diego.

—¡Gracias, niño, gracias! —Diego se despidió con urgencia y abandonó a Lulú, que había permanecido tesa como un poste—. Dile a doña Leonides que envíe a Demaría y al señor Fierro Rodríguez para allá.

Luego fue en busca de su coche y tomó él mismo la conducción para arribar al sitio donde esperaba encontrar a Victoria.

La tarde caía y con ella la luz de la habitación menguaba. Victoria oía los ruidos que venían de otra parte de la casa y aguardaba. Sabía que de un momento a otro la puerta se abriría y Marcos volvería a la carga. No sabía cómo haría para detenerlo, solo rogaba que alguien la estuviera buscando.

Al cabo de un rato, tal como presentía, un ruido en la cerradura la alertó y al instante Marcos se plantó ante ella.

—Me encanta que me esperes de pie —murmuró cerrando tras de sí—. Pero volveremos a la cama —amenazó caminando hacia ella y tomándola por las muñecas.

Ella se dejó conducir al lecho y en el instante mismo en que Marcos se descuidó ante su docilidad, le propinó una patada en el vientre que lo dobló en dos. La muchacha corrió hacia la puerta pero no llegó a abrirla dado que una mano férrea la sujetó por los cabellos y la obligó a volver.

Marcos la golpeó en el rostro y la empujó con fuerza sobre el lecho, empuñando una pistola que Victoria no había visto, escondida como la

llevaba en la cintura.

—Muévete y te vuelo los sesos, —lo dijo con tal serenidad que ella no dudó de su amenaza—. Así me gusta, quietita. —Sin soltar el arma la hizo acostar y la ató por una de sus muñecas, como había hecho antes.

Después apoyó la pistola en el suelo, donde ella no podía alcanzarla y acarició sus piernas mientras una sonrisa perversa se dibujaba en su boca. Al ver su gesto de espanto Marcos rio como un poseso. Luego desabotonó uno a uno los botones de su camisa y desplegó su pecho ante ella.

—Soy todo para ti, querida —rio burlón.

Victoria cerró los ojos cuando los labios calientes de Marcos rozaron los suyos, respiró hondo y reprimió el asco que sentía. La lengua ávida del hombre hurgaba en su boca y las manos intrépidas levantaban su falda. Cuando sus dedos se posaron en su entrepierna la jovencita lanzó un gemido de espanto.

—¡Cómo me excitas! —le oyó decir con la voz afiebrada.

Por más que intentaba cerrar las piernas, lo arañaba en los hombros y trataba de morderlo, la fuerza desplegada por Marcos era superior. A él parecía gustarle que se defendiera, por eso le había dejado una mano libre. La boca masculina rodó por el cuello blanco y suave para hallar el valle de sus pechos, que él liberó de un manotazo, rompiendo la tela de la blusa.

—Eres mejor de lo que imaginaba —susurró mientras lamía sus senos y ella se arqueaba de asco.

—¡No! ¡Déjeme! —gritó inútilmente. Los hombros de Marcos sangraban a causa de sus arañazos, pero él no sentía dolor, excitado y enardecido como estaba—. ¡Basta! ¡Por favor! —rogó reprimiendo el llanto.

Marcos se había abierto los pantalones y le había quitado las bragas, hurgando con sus manos en la intimidad de la muchacha. Victoria pataleaba y gritaba, fuera de sí, mientras él reía y se situaba encima de ella, para penetrarla.

Ninguno oyó los ruidos provenientes de los golpes propinados a la puerta, ni cuando esta fue arrancada de sus goznes, ni los pasos que se acercaban, guiados por los chillidos de auxilio de la jovencita.

Cuando Marcos estaba por violarla una fuerza poderosa lo levantó en vilo, sacándolo de la cama y arrojándolo contra la pared. Saliendo apenas de la conmoción Marcos miró a su atacante y su rostro se transfiguró al descubrir a Alcorta. Se levantó con la fuerza de un toro y arremetió contra él, golpeándolo en el rostro.



Ambos hombres se trenzaron en una dura pelea, los dos eran fuertes y los impulsaba la misma furia.

Entretanto Victoria, aún trastornada, no atinaba a moverse. Marcos logró derribar a Diego, tumbándolo de espalda contra el suelo. Recién cuando la jovencita advirtió que estaba ahogando a su novio, dado que había sacado del bolsillo de su pantalón un trozo de alambre que seguramente llevaba para algunos de sus macabros propósitos, pudo reaccionar.

Marcos apretaba el metal contra el cuello de Diego, cuyas manos sangraban intentando quitar el cerco que le impedía el paso del aire, mientras el otro reía a carcajadas, los ojos desorbitados, la respiración agitada.

Victoria se liberó y saltó de la cama recordando la pistola. La buscó con los ojos pero no la halló donde había quedado. Seguramente en la pelea la habían empujado. Se agachó y recorrió el piso con la mirada hasta que la divisó en una de las esquinas de la habitación.

Corrió hacia ella y la tomó con ambas manos. Apuntando a la espalda de Marcos ordenó:

—¡Suéltelo! —La voz le salió quebrada, ya que veía que Diego comenzaba a desvanecerse—. ¡Suéltelo o dispararé! —amenazó.

Marcos la miró y una risa maligna alumbró su rostro a la vez que ejercía más presión sobre el alambre, disminuyendo el poco aire que Alcorta recibía. Victoria no dudó y apretó el gatillo. El disparo la impulsó hacia atrás y horrorizada por lo que había hecho lanzó la pistola al suelo. El cuerpo de Marcos cayó de costado mientras el hombre gemía y se apretaba el costado por donde había entrado la bala y manaba su sangre tibia y oscura.

Diego se incorporó, vacilante y llevándose las manos al cuello, tosiendo convulsivamente a la vez que recuperaba el aire en sus pulmones. Victoria corrió hacia él y lo abrazó por la cintura, ayudándolo a sostenerse en pie.

De inmediato sintieron que la habitación se llenaba de gente, que brazos los apartaban de la escena, que gritos de alarma y voces autoritarias invadían el espacio.

Cuando Victoria salió del *shock* en que se hallaba vio que estaban en el patio de esa funesta casa y que llevaba encima la camisa de su novio. Diego tenía un paño húmedo alrededor del cuello, para aliviar el dolor y limpiar la sangre que había brotado de los finos tajos que el alambre le había infligido.

Frente a ellos, con su mirada mansa y su postura elegante, se hallaba Miguel Fierro Rodríguez, que había llegado en compañía de la policía y de Demaría, quienes se estaban ocupando de Marcos. Este último estaba siendo interrogado, luego de haber sido vendada su herida, que no era profunda.

—¿Estás bien? —oyó decir a Diego que la miraba con ojos inquietos, preocupado todavía por lo ocurrido.

—Sí —musitó ella escondiendo su cuello en el pecho de su prometido—. ¿Tú estás bien? —Elevó los ojos perlados y todavía temerosos.

—Estoy bien, mi amor, estoy bien —respondió Diego besándola con ternura en los párpados—. Dime, Victoria, ¿te forzó? —La mirada azul le transmitía seguridad y comprensión, y ella supo que la amaba tanto que sería capaz de soportar que la hubiera violado.

Elevó su mano y acarició la mejilla áspera de Diego, porque seguramente ese día no se había afeitado. Hubo tanto amor en ese gesto que los ojos de ambos se llenaron de lágrimas. Victoria no había imaginado jamás que Diego fuera capaz de llorar por ella, y esa total entrega la llenaba de orgullo.

—No, no pudo hacerlo. —Lo besó delicadamente en los labios—. Tú me salvaste de esa tortura —musitó.

Luego él le tomó el rostro entre las manos y examinó sus moretones; los golpes que le había propinado Marcos habían dejado huellas en su piel delicada. Suspiró ante la impotencia y la apretó contra sí.

—Ya todo terminó. —Avanzó, recuperado ya, y la tomó de la mano—. Vamos a casa.

—Sí, hija, vamos a casa —dijo su padre.

—¿Está muerto? —preguntó Victoria, ignorante de lo que había ocurrido ya que su crisis nerviosa le había impedido aprehender la magnitud de lo acontecido.

—No, mi amor, pero no volverá a molestarte.

Ella gimió, aliviada. No quería cargar con otra muerte en su haber.

Corría el mes de febrero y la casa de Roberta ya estaba casi lista para ser habitada. Cuando colocaron los últimos clavos y aseguraron las ventanas, Pierre y Andrés se sentaron sobre un tronco a brindar por ella. Florence les había hecho llegar como todos los días a través de Panchito una canasta con alimentos y bebida fresca para menguar el calor.

Esos últimos días ambos hombres habían trabajado aún en los horarios de la siesta, cuando el sol castigaba duramente sus espaldas y les quitaba el aire. Pero era tal la ansiedad de Andrés por compartir su dicha con Roberta que se había obligado a terminar aun a costa de dejar su piel derretida en el suelo. Pierre no pudo abandonar a su amigo pese a que este lo instaba a volver a su casa, y juntos lograron su cometido el 11 de febrero de 1891.

Andrés sabía por los comentarios de Pierre que Roberta estaba incómoda y quejosa con su embarazo, tal vez era una forma de llamar su atención luego

de casi más de un mes de ausencia.

—Creo que llegó el momento de que vayas a ver a tu mujer, —sugirió Pierre luego de vaciar el vaso de limonada.

Andrés sonrió, con esa sonrisa pícara que hacía rato había olvidado y se puso de pie.

—Iré ahora mismo —anunció.

Juntaron las herramientas que ya no necesitarían y guardaron en el pequeño cuarto que habían levantado con chapas y maderas, y montaron sus caballos.

La brisa de la tarde veraniega les daba en el rostro moreno y ellos la recibían como una caricia. Su piel se había curtido en esos días bochornosos y finas arrugas surcaban los ojos claros de Andrés.

Al aproximarse a la estancia de Pierre, el cuadro que los recibió emocionó a ambos: Roberta estaba sentada sobre la hierba y los niños de Florence la rodeaban. La mujer vestía completamente de blanco y parecía una virgen; el semblante relajado, los labios húmedos, la mirada mansa y las manos acariciando la cabecita del más pequeño, mientras les leía un cuento.

Al sentir los cascos de los caballos los niños se distrajeron y la mujer elevó la mirada que se topó con la de su amado. Ambos se sonrieron como hacía tiempo y el arrebol alumbró las mejillas de Roberta.

Andrés desmontó de prisa y se aproximó al grupo que ya había perdido la concentración de la lectura. Estiró su mano para ayudar a Roberta a incorporarse y esta lo hizo sin palabras, manteniendo sus ojos en él, sin dejar de sonreír.

Pierre, anticipándose, había ido en busca de la carreta, dado que Roberta no podía montar en su estado. Entre ambos la ayudaron a subir y Andrés azuzó al animal.

Recién cuando dejaron atrás los dominios de los Bordeaux y los pinos y abedules se perdieron de vista, ella se animó a preguntar:

—¿Adónde vamos? —Andrés la miró con infinita ternura y posó su mano áspera y morena sobre la de ella, que se había vuelto de piel fina a raíz de los cuidados que Florence le prodigaba.

—A nuestra casa —anunció él llenándola de intriga.

El cielo comenzaba a teñirse con los colores del atardecer, los pájaros volvían a sus nidos y las pocas nubes que había adquirían un tono rosado. La brisa acariciaba los cabellos de la mujer, que se agitaban suavemente llevando su perfume a las fosas nasales del hombre que tanto la necesitaba.

—¿Nuestra casa? —repitió ella.

—Sí, mi amor, nuestro nuevo hogar, donde tendremos a nuestro hijo. — Posó su mano sobre el vientre abultado y la emoción lo embargó a tal punto de no poder reprimir las lágrimas.

Roberta lo miró de reojo, no quería avergonzarlo, sabía que a los hombres se los educaba para no llorar, pero a él no parecía importarle porque no ocultó sus lágrimas.

Al advertir el rumbo que tomaba la carreta el corazón de Roberta empequeñeció: comprendió hacia dónde se dirigían y empezó a temblar. Andrés lo notó pero la dejó, era una reacción esperable.

A medida que se aproximaban los ojos de Roberta se agigantaban, asombrados. No podía creer que allí donde antes solo había escombros y cenizas se levantara ahora aquella hermosa casa.

Andrés detuvo la carreta y la ayudó a descender. Caminaron juntos de la mano, ambos mudos dado que la emoción les impedía articular palabras. Se detuvieron frente a la puerta donde Andrés había tallado sobre la madera las palabras “Mi refugio” y él estiró la mano para abrir. Ella lo detuvo con la suya y lo miró a los ojos:

—Gracias —musitó con el hilo de su voz. Él no respondió y abrió.

La casa era espaciosa pero estaba recién terminada, faltaban todos los detalles y carecía de muebles y adornos; pese a ello, Roberta la encontró maravillosa. Juntos la recorrieron y Andrés le indicó cuál sería el cuarto del niño, cuál el despacho y la biblioteca, la cocina y demás, mientras ella lo miraba y admiraba con ojos enamorados.

Una vez hecho el recorrido ambos se sentaron al frente a admirar el atardecer, y permanecieron allí, hablando y besándose, hasta que la noche los envolvió y los obligó a partir.

## Capítulo final

Finalmente Andrés se había mudado a la casa de Roberta, sin escuchar las protestas de su madre.

—Todavía no se enfrió el cadáver de Manuela, hijo, podrías esperar un poco más —había dicho doña Teresa.

—Mamá, Roberta va a darme un hijo —replicó él—. Es lo único que me importa ahora.

—¿Y quién se hará cargo de la estancia? —se inquietó la madre.

—Tú no te preocupes —aseguró Andrés—. Yo mismo me encargaré, después de todo no está tan lejos de mi nuevo hogar. Además están Julián y los muchachos.

Diego había rehusado a mudarse al campo, él no era hombre campestre pese a que conocía el trabajo. Además, estaba planificando su boda con Victoria y en plena campaña por las próximas elecciones.

Miguel había vuelto a España, sus negocios allí requerían su regreso. Además, sospechaba Victoria, había alguien esperándolo pese a que él lo había negado.

—Te prometo que volveré, hija —dijo Miguel cuando estaba a punto de subir al bote que lo llevaría hasta el barco—. Serán solo unos meses, pero vendré para quedarme —prometió.

Purita lo despidió como si despidiera a un desconocido; la pequeña no había trabado con su padre un vínculo sólido, sí en cambio con Jaime, que visitaba la casa de doña Leonides asiduamente. El hombre se mostraba cariñoso con ella y le había dicho a la viuda que la pequeña era su única razón de vivir.

—Si ella me faltara creo que me dejaría morir —había confesado.

Por eso doña Leonides lo invitaba seguido a tomar el té o a cenar, trabándose entre ambos viejos una sincera amistad.

Victoria había visitado a sor Renunciación para pedirle consejo sobre cómo manejar la historia de su pasado. Esta convocó a una reunión en casa de

doña Teresa, invitando a doña Mercedes y a su sobrina Remedios, quien concurrió contrariada.

La monja les contó la vida de Victoria y les pidió que no la condenaran al repudio.

—Prudencia fue una víctima de la miseria y del abandono de su madre —dijo—. Ahora, puesto que va a casarse con Diego, forma parte de nuestra familia y debemos protegerla —pidió.

Remedios no cabía en sí de frustración, sus planes no habían salido bien de ninguna manera y ahora su propia tía se atrevía a pedir compasión por esa asesina. Los ojos de la muchacha taladraron a la religiosa, que de inmediato notó el odio de su sobrina.

—No te atrevas, Remedios —dijo en un tono de voz que la más joven no le conocía.

Doña Teresa no cabía en sí del estupor, jamás había imaginado siquiera una historia similar.

—¿Cómo puede una madre repudiar así a su hija? —murmuró horrorizada.

—Pobrecilla —añadió doña Mercedes.

—¡No soportaré un minuto más esta farsa! —Remedios se puso de pie y abandonó el salón dando un portazo.

—¿Qué le ocurre? —preguntó su madre, ignorante de su antigua relación con Diego.

—¡Ay, Mercedes, qué poco conoces a tu hija! —suspiró sor Renunciación.

Diego había llevado a Victoria a pasear por los bosques de Palermo. Era una tarde cálida y diáfana y yacían sentados sobre la hierba admirando las aguas serenas del lago, donde nadaban en su superficie los patos de variados colores.

Luego del episodio con Marcos, quien estaba en prisión, Diego no la dejaba sola en ningún momento. La boda estaba prevista para abril y pese a que faltaba poco tiempo el hombre no veía la hora de que llegara el día en que pudiera tenerla para sí. Además de su custodia, doña Leonides misma se había obsesionado con ella y la controlaba más de lo habitual, temerosa de un nuevo ataque.

—Te extraño —susurró él llevándose a la nariz unas hebras del cabello femenino, siempre perfumado.

—Si estoy aquí —replicó ella fingiendo inocencia.

—Sabes bien a qué me refiero cuando digo “te extraño” —dijo Diego atrayéndola hacia sí y besándola en los labios con fervor.

—¡Deja! —pidió ella intentando liberarse—. Pueden vernos —adujo.

—¡Al diablo con ellos! —protestó Diego volviendo a su boca.

Victoria elevó los brazos y los pasó por detrás de su cuello, después de todo, a ella ya no le importaba lo que pudieran decir. Remedios se había encargado de desparramar la historia de su vida como hojas que arrastra el viento, de modo que su reputación estaba por el suelo.

Las que más sufrían por ello eran doña Leonides y doña Teresa, que recibiría en su hogar como nuera a una exconvicta. De todas maneras a la muchacha poco le importaba, se conformaba con ser la mujer de Diego Alcorta y sabía que al poco tiempo otra noticia tal vez más atroz diera de comer a las lenguas viperinas.

—Mañana dormiremos juntos —anunció Diego.

—¿Qué dices? —Victoria se separó de él y se perdió en sus ojos azules.

—Mi hermano organiza una cena para presentarnos a su mujer, de modo que viajaremos a la estancia —explicó.

—¿Yo estoy invitada?

—Por supuesto, eres mi prometida. —Una sonrisa pícara se dibujó en los labios masculinos—. Y cuando todos duerman, como aquella primera vez, entraré por tu ventana —amenazó al tiempo que le tomaba el rostro entre las manos y volvía a quitarle el aliento con sus besos.

## Agradecimientos

A mis hijos, León, Alejo y Valnea, por su paciencia y la inocencia de sus rezos.

A papá por inculcarme desde niña el hábito de la lectura.

A Florencia Bonelli, porque gracias a su obra *El cuarto Arcano* volví a escribir y por su generosa actitud de dar siempre más.

A Gloria V. Casañas, por su luz, por cuidar mi alma y por estar en todo tiempo brindándome su cariño.

A la licenciada en Literatura María Silvia Odino, por sus valiosas opiniones.

A mi amiga Marisol Maquieyra, por haber sido mi primera lectora, una crítica de privilegio.

A la escritora Laura Giudici, por la espontaneidad de sus sugerencias y por ayudarme a decidir en la víspera (ella y yo sabemos qué).

A mi amiga Gladis Díaz, por leer todo cuanto escribo, confiar en mí y ser mi aliada en la adversidad.

A Juan Manuel, por viajar conmigo en mis sueños, por ser mi amigo y por los autores que supo incorporar a mi vida.

A mi editora, Florencia Cambariere, por haber creído en *Tormentas del pasado*.

A los escritores Soledad Pereyra, Andrea Milano y Eduardo Balestena, por el apoyo, la reciprocidad de sus gestos y el honor que significa compartir con ellos el camino.





GABRIELA EXILART (Mar del Plata, Argentina, 1970) se dedica, además de a la escritura, a la abogacía, la docencia universitaria y la coordinación de talleres de escritura.

En su producción Exilart abarca diferentes momentos de la historia de Argentina, haciendo también hincapié en temáticas como el medioambiente, cuestiones de género y discriminación racial.

Exilart debutó como novelista en 2012 con *Tormentas del pasado*, obra de gran éxito y que por su rigurosa investigación histórica obtuvo la Declaración de Interés Legislativo por el Senado de la provincia de Buenos Aires.

Desde entonces ha publicado otros títulos como *Pinceladas de azabache*, *Renacer de los escombros*, *Con el corazón al sur*, *Napalpí*, *Atrapada en el viento*, *El susurro de las mujeres*, *En la arena de Gijón* y *Secretos al alba*. Participó en la antología *Ay, amor*, que enamoró a los lectores.

En noviembre de 2018 recibió el Premio Alfonsina en la categoría de Creación Literaria, otorgado por la Secretaría de Cultura del Municipio de General Pueyrredón. En marzo de 2019 el Honorable Concejo Deliberante del Partido de General Pueyrredón declaró de su interés la destacada trayectoria de la escritora. En mayo de 2019, la embajada de Universum Academia Suiza le otorgó el Premio Universum Donna, segunda edición, declarado de Interés

Cultural por el Consulado de Italia en Mar del Plata y por la Secretaría de Cultura de General Pueyrredón. Sus obras abarcan diferentes períodos de la historia de nuestro país y se interesan por los problemas ambientales, de género y de discriminación racial, viajando del pasado al presente con magnífica fluidez.